
3 1761 09544770 2



HISTORIA NOVELESCA ESPAÑOLA.



D. JUAN EL SEGUNDO

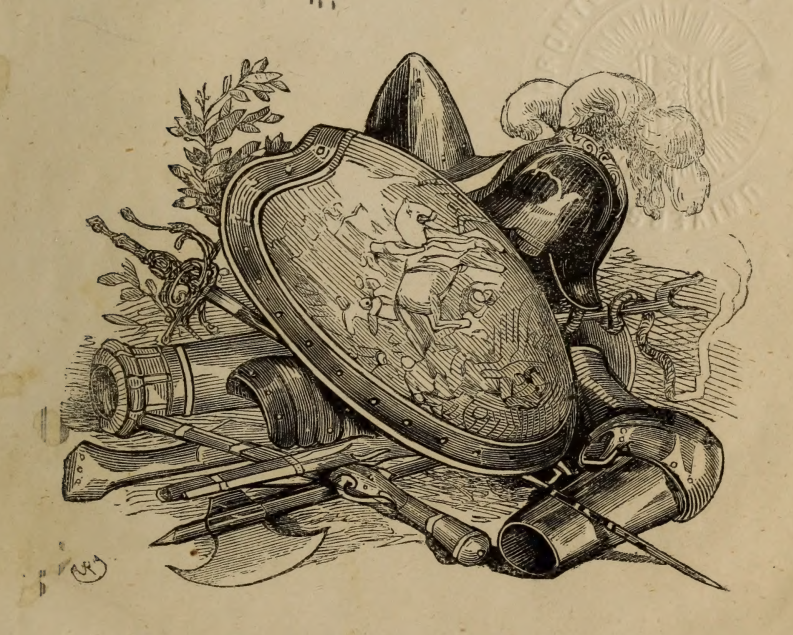
ó

EL BUFON DEL REY.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

D. Manuel Fernández y González.



PUBLICADA

POR J. RUIZ DE MORALES.

MADRID.

1853.

Censura de novelas.—Madrid 4 de mayo de 1853.—El censor D. Felipe Villaranda.—Es copia.

Madrid.-1853.-Imprenta de D. P. Montero, Encomienda, 19.

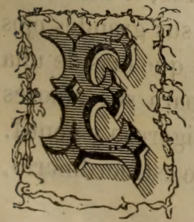


Bande lit. Lit. de Aragon.

D.n JUAN 2.o

CAPITULO I.

En que se da á conocer á don Aleluya, y dan comienzo los planes tenebrosos de esta verídica historia.



EN una de las calorosas tardes del mes de agosto del año de gracia de 1447, cuando el sol parecia iba á fundir ó á calcinar la tierra, segun la escesiva intensidad de su ardor; por una de las descubiertas, polvorosas y destartaladas galerías altas del alcázar viejo de la noble villa y corte de Valladolid, adelantaba con paso tardo y lento una persona, que tanto podia tomarse, á juzgar por su estatura como niño, ó por lo grave, reflexivo y característico de su semblante como hombre que ya ha pasado

el último año de su juventud para entrar en la edad madura.

Hémosle llamado persona, porque esta espresion genérica da á conocer un individuo de la raza humana; y no nos hemos atrevido á llamarle hombre, antes de hacerle conocer completamente á nuestros lectores, porque aunque sin disputa lo era, le faltaban á lo menos dos pies de altura, para que á primera vista pudiese considerársele como tal.

Su estatura no pasaba de dos pies y medio, de modo que cuando se veia obligado á hablar con el señor rey don Juan el segundo de Castilla, si este estaba de pie, no le llegaba á la cintura, lo que obligaba al pobre diablo á tener la cabeza levantada mas de lo justo, á cuya circunstancia se debia sin duda lo espetado y derecho de su persona: por una escepcion rara en los hombres de este género, no tenia el cuerpo cuadrado ni las piernas cortas y zambas, ni los brazos desmesuradamente largos, ni la cabeza pesada y bamboleante: no era un enano, era un hombre en miniatura.

Figurémonos que un niño que ha crecido naturalmente deja de crecer á los diez años, y tendremos una idea exacta de maese Aleluya, el bufon ó el loco, como se decia entonces, del señor rey don Juan el segundo.

Estendiéndonos mas en su descripcion, diremos que era notablemente hermoso: la rígida proporcion de sus miembros, lo noble de su ademan y de sus maneras, la simétrica forma de su semblante, la magnífica, rizada y sedosa cabellera rubia que caia en bucles sobre sus hombros, lo blanco de su tez y lo dulce, apasionado y elocuente de sus grandes ojos negros, habian dado ocasion en su juventud á que mas de una noble y hermosa dama, hubiese preferido para sus amores aquel raro juguete á un verdadero hombre, vigoroso y gentil.

En general las mugeres se apasionan por lo estraordinario, y nada lo era tanto como don Aleluya.

A mas de esto, la naturaleza siempre próvida, siempre niveladora, le habia concedido de sensibilidad y de inteligencia mucho mas de lo que le habia quitado de volúmen, y este privilegio, ó por mejor decir, esta compensacion, ha—

el carácter de don Aleluya, de tal modo que sus chistes y sandeces en la corte, que de todo habia, porque es muy dificil estar diciendo continuamente agudezas, le costaban penosos sacrificios y violencias, obligado á fingir siempre, á mentir, á demostrar una alegria enteramente opuesta al estado de su espíritu. Si el abad de San Benito le hubiese visto en su encumbrado aposento, sentado sobre un viejo almohadon, con la cabeza entre las manos, fijando una mirada particular en un gatazo negro echado á sus pies, con el entrecejo fruncido, la frente arrugada, la mirada sombría y un tanto sesgada, murmurando entre dientes ásperas palabras, al presenciar esta completa transformacion del cómico en el hombre, se hubiera acaso persignado ante su aspecto lúgubre, y le hubiera llamado *De profundis,* porque verdaderamente era terrible aquel pequeño hombre mirado por su lado serio.

Don Aleluya habia ya cumplido cuarenta años (la misma edad del rey) y en todo aquel tiempo, ó mejor dicho, en los quince años en que habia contemplado su vida desde el punto de vista de la razon, habia apurado toda la amargura de la situacion de un esclavo. Habia comprendido que si se le vestia espléndidamente, si se le trataba con cariño, si se le distinguia, es como se cuida á un mono para que divierta: sabia tambien que emanciparse, declararse libre, era sentenciarse á la miseria y al insulto público, porque el dia en que no divirtiera, seria abandonado por inútil, y la naturaleza y la educacion le habian hecho demasiado débil é incapaz para que pudiese procurarse por ningun medio la subsistencia: don Aleluya calló, pues, y sufrió una posicion que le repugnaba, por no ocupar otra mas miserable; pero ese veneno que fermenta naturalmente en el corazon de los débiles, hijo legítimo del odio que le inspiran las tiranías de los fuertes, fue apoderándose lentamente de su alma y llegó al caso de odiarlo, de despreciarlo todo: sus palabras se hicieron mas graciosas porque eran mas cáusticas, y don Aleluya pasó por un loco sabio, cuyos chistes era necesario tomar muchas veces como serios consejos.

Solo tenia don Aleluya tres horas de reposo en el dia; tres horas en que si no era feliz, gozaba de cierto modo, y estas tres horas eran las que se invertian en el almuerzo, la comida y la cena del rey, que acostumbraba tenerle junto á sí en una pequeña mesa en donde le servia de su mismo plato y de su misma copa: Aleluya era feliz en aquellas tres situaciones, porque á pesar de su pequeñez la naturaleza habia dado unos poderosos jugos gástricos á su estómago, y era gloton.

En el momento en que le presentamos á nuestros lectores en las galerías altas del alcázar de Valladolid, su paso era tardo y lento, porque contra costumbre, la mesa del rey habia estado servida con una profusion verdaderamente escandalosa, acaso porque habia asistido á la comida el poderoso condestable de Castilla don Alvaro de Luna: habia comido hasta la saciedad, y en particular se habia escedido en un guiso salpimentado de faisanes cogidos en las charcas del rio Zapardiel, donde en aquel tiempo se criaban gordas y esquisitas estas aves.

Notábase en los ojos de don Aleluya cierta cargazon; laxitud en sus brazos, flogedad en sus piernas, señales todas de un sopor producido por una comida escesiva y suculenta: su semblante se mostraba benévolo, y nadie hubiera conocido entonces en el loco el doble carácter que dormia escondido en el fondo de su alma.

Y asi en paso lento, atravesó la galería, subió con trabajo una pendiente escalera de madera, apoyándose con indolencia en su lustroso pasamano, llegó á una pequeña puerta, la abrió con llave y entró en una vivienda que vamos á describir rápidamente á nuestros lectores.

Era una torrecilla, con ventanas abiertas á todos los vientos y mal defendidas con trozos incoherentes de vidrios de colores, que debieron haber servido sin duda en alguna catedral: aqui la cabeza de un santo se unia inmediatamente sin mas separacion que un engaste de plomo, á los pies de un Cristo; mas allá, junto á la cabeza de un querubin de en—

cendidos mofletes, se encajaba la barba blanca y venerable de un ermitaño, y en otro se veia una serpiente con cabeza y alas de paloma; parecia que una fatalidad diabólica habia dispuesto que aquel aprovechamiento de vidrios rotos simbolizase la duplicidad de carácter del bufon del rey.

La torre, de diez pasos de ancho y treinta de largo, estaba dividida en tres compartimientos cuadrados, por dos tabiques de madera, forrados de tapices viejos, cuya altura no pasaba de una ancha cornisa de pino, sobre la cual se asentaba uno de esos techos gotico—árabes de profunda tracería, y prominentes relieves, que tan raros se van haciendo hoy y que se destruyen rápidamente, por un lamentable abandono ó por una brutal demolicion.

El compartimiento del centro parecia destinado á ante—cámara: el de la derecha á dormitorio, y el de la izquierda á cámara ó recibimiento: en esta última parte habia una antiquísima mesa á la que se habian aserrado las patas en su parte media para hacer posible que don Aleluya la usase sin el ausilio de unas escaleras: sobre esta mesa habia algunos volúmenes *in folio*, y al rededor de ella algunos almohadones, desollados, por decirlo asi, en parte, descoloridos en el todo y viejos y antiquísimos en la esencia. En los tres compartimientos estaba cubierto el suelo por retazos de alfombras viejas; pendian del techo largos y negros festones de telarañas, y un cántaro negro, un jarro de estaño, una lámpara de hierro y una aceitera de lata, con un gran cofre donde guardaba su coleccion de trages don Aleluya, completaban el menaje de aquella casa vivienda que habia estado abandonada muchos años, que el estraño bufon habia elegido por su gusto y que le habia sido concedida de buena gana por el rey.

Es cierto que desde allí se dominaban los tejados del alcázar, y no solo esto sino tambien la dilatada estension de Valladolid, con las mil cúpulas de sus conventos y parroquias, su Campo Grande, su Espolon, su Plaza del Ochavo, su Pisuerga y su humilde Esgueba: se veia una campiña pintoresca con sus aldeas, sus colinas rojas y sus distantes montañas

azules; los tristes necesitan para consolarse contemplar la naturaleza desde la soledad y el silencio, y don Aleluya pasaba horas enteras apoyado en una de las ventanas de su torrecilla, teniendo por delante un ancho horizonte, á sus pies una populosa villa que solo lanzaba hasta él sus rumores inarticulados y sobre la cabeza el firmamento azul, alumbrado por la radiante luz del sol, ó tachonado de estrellas, ó lánguidamente iluminado por la verdosa luz de la luna.

Cuando el bufon pasó de la puerta de su vivienda, tropezó ligeramente en un objeto que produjo el sonido metálico de monedas que se chocan: nunca pasagero perdido en una noche oscura escuchó con mas placer al sonido cercano de una campana, ni sediento peregrino el derrumbe de una corriente: hízose atrás, pálido de emocion, buscó el objeto en que habia tropezado y vió un largo y estrecho saco de cuero medio repleto, medio vacío.

Recogióle, desató con mano trémula sus cordones, entró en el departamento que le servia de cámara, y vació sobre la mesa el saco; entonces cayeron con un sonoro estruendo sobre ella, algunas monedas y un papel cuidadosamente doblado y cerrado con cera encarnada.

Don Aleluya atendió primero á las monedas: eran cincuenta florines de oro del cuño de Aragon, redondos, nuevos y relucientes: despues, y no atreviéndose á creer en lo que veia, recurrió al pliego que parecia destinado á esplicar aquel prodigio.

Aunque el papel era de lo mejor que se fabricaba en aquellos tiempos, ni por la letra ni por la cera que le cerraba, desprovista absolutamente de sello, pudo conocer don Aleluya la persona que obraba el milagro: en el sobre decia únicamente: al noble y sabio don Aleluya.

—Es la letra de siempre, dijo el bufon: la misma solicitud sin duda: esa Teresa, esa muchacha que es demasiado hermosa y pura para que se haya enamorado de ella alguno de esos miserables señores... sí, sí, en efecto, añadió despues de haber leido la carta con sobrecejo... me repiten que sa-

ben la intimidad con que yo entro en la cabaña del viejo Garcés, y me ofrecen doble oro, triple del que hay en esta bolsa, si esta noche durante la fiesta de la reina de las espigadoras, logro entretener á su familia... al honrado, al buen Garcés... para entretanto.... no, no lo haré.... me pasaré como hasta ahora, sin dinero... y luego... ¿para qué quieren esa niña? si la aman yo la amo tambien... ¡que la amo! sí! es preciso que al fin me lo confiese ¿para qué voy yo á la cabaña de Garcés? ¿para qué llevo las rosquillas de las monjas que robo de la mesa del rey sino para que la vieja Ines no encuentre fastidiosas mis visitas.... mis continuas visitas?... vamos, Pedro, es necesario que te conozcas... es verdad que tu amor hácia esa niña, nada tiene de interesado, que no tienes celos de su novio... aunque su novio te parezca algo misterioso... pero en fin; es un gentil y honrado montero, que sabe vivir á costa de los señores alodiales y feudales con su buena ballesta y sus dos sabuesos patizambos. Es mas fuerte y puede ser feliz.... yo... yo necesito para vivir tener al cuello el collar dorado de un señor... y reir de modo que los demas se rian... ¡ah! ¡ah! el buen rey don Juan me parece un pelon á quien han aplicado sanguijuelas y á quien dan á chupar pan enmelado para que calle y se distraiga. ¡Ah, diablo! he ahí una corona que debia ser de cascabales... cabeza vana, corazon flojo... aquí, aquí estaria mejor, (y se golpeaba la cabeza) ¡oh! entonces veriamos, señores, nobles y poderosos señores, si yo crecia en estatura. Entonces veriamos si era corto ó desmesuradamente largo el brazo del rey chiquito.

La vista del oro y el contenido de aquella carta habian hecho en don Aleluya el efecto del mas poderoso digestivo: habia lanzado de sí su modorra, y se encontraba tan perspicaz y despejado como siempre.

Miró de nuevo con delicia los florines, los remiró, los puso sucesivamente uno á uno en la punta de su diminuto dedo, los apiló, los estendió, y los contempló, en fin, con la misma espresion de un avaro que contempla un dinero de que no puede apoderarse.

—Es lástima, dijo para sí; con este dinero, y el mas que me ofrecen si logro apoderarme de Teresa, podria, si indudablemente, podria dejar de ser gracioso... Roboan, el honrado Roboan con sus medicamentos y sus yerbas... y con su usura, haria producir á este dinero lo bastante para que yo pudiera construir una casita con su huerto al lado de la choza de Garcés, donde podria vivir apartado de las gentes: las gentes; cada uno de esos bribones que se os acercan continuamente, entre los que vivís, que se llaman hombres, no se arriman á mí sino como el alcotan á las reses muertas: para darme un picotazo. !Vamos, es necesario no pensar mas en esto, porque seria tentar á Dios! sigamos haciendo sonar nuestras campanillas y haciendo reir: !oh! ¡si yo lograra causarles una risa en que perdieran las mandíbulas y echaran las entrañas por la boca! de risa, de pura risa!...

—Supongo mi noble y discreto don Aleluya, dijo una robusta voz á la puerta, que no seré yo de los que vos querais que echen los hígados por la boca.

—¡Eh! ¿qué? ¿cómo? ¿quién es? esclamó Aleluya cubriendo precipitadamente con dos enormes libros, el dinero, la bolsa y la carta, y mirando con inquietud á la puerta por donde aparecia á la sazon un atlético caballero armado de todas armas.

—¡Ah! ¡ah! ¿sois vois, señor Hernando de Carrillo? esclamó mudando de espresion con una maestría admirable y lanzando una sonora é insensata carcajada de alegria. ¿Os habeis vuelto loco tambien, cuando os habeis aventurado á subir por mi perlática escalera? Estais gordo y robusto como un capuchino, mi noble señor, y no debeis esponeros de este modo. ¿Qué sería sin vos de la noble y hermosa doña Mencía de Padilla?

—Hablabais de alcotanes que solo se arriman á una res muerta para clavar en ella sus garras y sus picos, dijo de malisimo talante el recien llegado, y vos me pareceis un pequeño neblí, que no pierde la ocasion, de cuando puede sacar una túrdiga de carne magra.

—¿Os pica vuestra muger?

—Señor Aleluya, vengo con una comision demasiado grave para que nos andemos con floreos.



—¿Traeis una comision grave para un loco? dijo con una seriedad heróica Aleluya; Esto me pone en cuidado por mis campanillas. Creo que todo el mundo quiere ocupar mi plaza.

—Si sois loco ó no, Dios lo sabe, dijo el capitan sentándose en la mesa de don Aleluya como pudiera haberse sentado en un banco, pero no lo sois tanto que no hayais sabido po—

ner á cobro cierto gato que se os ha entrado por la gatera de vuestra puerta.

—¡Ah! ¡un gato puesto á cobro! y es verdad! no veo por aqui á mi valiente Tragamagras, no en verdad: y esto es raro; es tan perezoso como el rey, tan gloton como él y tan morlaco como el buen arzobispo de Toledo: es raro que no haya acudido. El sabe muy bien que á estas horas le regalo yo como el rey me regala á mí. El rey me da lo que le dan del desuello del reino, y yo le doy lo que el rey me dá de su desuello propio. Pues mirad, esto es muy raro y debe haber acontecido alguna notable desgracia á mi buen Tragamagras.

En aquel momento se oyó ese ronquido sostenido con que acarician esta especie de animales á sus dueños y un enorme gatazo negro saltó sobre las rodillas de Aleluya y se revolvió en ellas, pasándole una y cien veces el lomo por el rostro y procurando meter el hocico en la escarcela de su amo.

—¡Ah! ¡pues si está aqui! dijo el bufon ¿no os decia yo? era imposible que sucediese otra cosa.

Y el bufon despues de haber acariciado á su gato, sacó de su escarcela un papel en que estaba envuelto un trozo de jabalí asado, le cortó en pequeños pedazos con su daga, y le entregó á la voracidad del gato. El feroz Hernando de Carrillo estuvo contemplando aquello en silencio, y luego guiado por un pedazo de cordon de la bolsa que salia por debajo de un libro, tiró de ella, levantó el brazo y la mostró colgando al bufon.

—El gato de que se trata es este, dijo; y por cierto que os habeis dado harta prisa á sacarle las tripas.

—¡Ah! ¿ese era el gato de que se trataba? dijo con seriedad el bufon: pues mirad, me alegro de que me hayais hablado de eso, porque en verdad no sabia qué hacerme con él.

—¿Que no sabiais qué haceros con cincuenta buenos florines del cuño de Aragon? dijo el capitan con estrañeza.

—No, por mi fé; no sabia qué hacerme si no los empleaba en cascabeles y campanillas, y ya tengo las bastantes para hacer ruido.

—Pues mirad: yo creia que estábais ya harto de campanillas y cascabeles, y que querríais dejar de ser lo que sois, para ser lo que no habeis sido.

—¿Y qué diablos puede uno ser con cincuenta florines?... ¡bah! ¡sé por esperiencia que siempre es mejor un mal oficio conocido que otro bueno que no se conoce.

—¿De modo que si ademas de eso se os diese un albala firmado por el rey, con un juro de por vida de cincuenta florines al año...?

El bufon puso el gesto mas risiblemente triste que pudo, á pesar de lo cual el capitan Hernando de Carrillo no perdió una ligera chispa de codicia que brilló por un momento en sus ojos.

—¡*Hei me miserrimo!* esclamó; ¿con que el rey se ha cansado ya de locuras secas!

—¿Qué es eso de locuras secas?

—Quiero decir que el rey necesita de otras locuras mas profundas, mas dulces: de las locuras de una muger. ¡Ah, diablo! sí, ya caigo: el rey cree que le usurpo mi plaza en la corte, esto es, que hay un bufon de mas en Castilla, y que ese bufon soy yo. Pues mirad, llevadle mi cinturon y mi gorra; se los doy gratis. Pero llevaos ese oro; no le necesito. Cuento con el agradecimiento de Tragamagras, y no faltará un desvan en que encontremos abundante caza de ratones.

—Indudablemente, pensó para sí Hernando de Carrillo, que mejor hubiera querido que mi tio el arzobispo de Toledo me hubiese enviado á tirarme de las barbas con el mismísimo conde de Paredes, que venir á perder el tiempo y la paciencia con este engendro malicioso y mostrenco. ¿Pero no comprendeis, dijo en voz alta, que no se quiere que os resigneis á caza de desvan, que no se os busca sino porque sois necesario, y que no se os paga, tambien, sino porque se tiene gran interés en vuestros servicios?

—Pues dejad que me regocije. Ello es que los locos sirven alguna vez para algo y que no hay hombre, por chico que sea, que no crezca siquiera una vez en su vida hasta parecer un gigante.

—Quisiera ver cómo vos creciais.

—Negándome redondamente á lo que se me pide; haciéndome un imposible. ¿No creeis que ese oro y esos ofrecimientos no son otra cosa que escaleras con las que se pretende llegar á mi voluntad?

—Pero por alta que esté en vos la voluntad de servirnos, todo se reducirá á que repitamos el asalto usando escalas mas largas.

—¿Y por qué ha de ser mi ayuda necesaria para el robo de esa muchacha?

—Se quiere que vos hagais ese robo.

—¡Ah! ¡se quiere hacer perder la pista! pues entonces no es el rey el que está loco... ni entiendo tampoco... vamos, es necesario que hablemos como hombres, señor capitan del rey.

—Eso debíamos haber hecho desde el principio.

—Qué quereis, yo no os conocia bien, pero ahora veo que somos compañeros, y os hablo como á tal.

—¡Es decir, esclamó roncamente Hernando de Carrillo, que creeis que se divierten conmigo!

—No, si no que os toman por medio para divertirse con otro ó con otra.

—Ya sabeis don Aleluya, que en la corte se echa á veces mano de cosas que parecen leves, para producir los mas grandes resultados.

—¿Y para un gran resultado de corte se necesita á Teresa?

—¡Tal vez! ¡tal vez!

—¡Es decir, cosas de los bandos!

—Justamente.

—El rey va á casarse con una infanta de Portugal... este casamiento ha sido hecho por el condestable... se teme que se enamore el rey de su muger, y se busca una muger mas

hermosa, para hacer con ella la guerra á don Alvaro de Luna... pues es una equivocacion, señor capitan del rey. Teresa es una sencilla é inocente flor del campo, que nada entiende de conspiraciones ni de bandos. Teresa no puede servir mas que para amante de una semana, y su mejor destino seria casarla con un hombre de su jaez: por ejemplo, con Jimeno Nuñez, su novio...

—Y decidme: ¿ese Jimeno ama con fe á Teresa?

—¿Que si la ama? y ¿qué os importa eso?

—¿Importarme... ¡eh! nada: poco... pero si Teresa se ve amada con pasion por un buen mozo, es probable que le pague en la misma moneda, y que su amor la haga invencible.

—Lo que es en cuanto á amar á un hombre porque ame y sea buen mozo, las mugeres están dando cada dia ejemplos del diablo. Ahí teneis á doña Mencía de Padilla, vuestra muger: vos la amais y ella se burla de vos; la amenazais y se rie, os revelais y os envia á la frontera con cartas del rey... juega, en fin, con vos á la pelota...

—Pero no se trate de mí... muger... ¡Diablo! no señor... ni yo quiero, ni permito bufonadas acerca de eso... aqui se trata de Teresa...

—Aqui se trata de una infamia, dijo el bufon levantándose con una dignidad que hizo crecer su pequeña persona.

—Aqui se trata de una intriga de corte.

—En la que se pone por primera partida la honra de una pobre niña.

—¿Teneis confianza en la virtud de mi... muger?..

El capitan pronunciaba siempre con empacho la frase mi muger.

—¿Que si confio en la honra de vuestra esposa?... sí... cien veces sí.

—¿Creeis en la virtud de doña Blanca de Navarra?

—¡Ah! ¡infeliz princesa! esclamó el bufon, en cuyo semblante apareció una verdadera espresion de lástima.

—Yo os pongo por fiadoras de la honra de Teresa á doña Blanca y á doña Mencía.

—¿Y con qué me asegurais eso?

—Con mi juramento de cristiano.

—Esto ya es algo... vuestra fe de católico vale para mí mucho mas que vuestra fe de caballero; ¡caballeros! hoy de la caballería no quedan mas que las caballerías.

—Será todo lo que querais, mi buen don Aleluya. Pero van á dar las tres: tengo que acompañar al rey á la parroquia de Santa María, donde va á encomendar á la Vírgen su viage á Madrigal, en cuya villa piensa casarse, y por esta razon me veis con la cota de armas al pecho y el arnés al hombro. Quedamos, pues, convenidos.

—Las condiciones.

—Teresa será respetada.

—Bien, muy bien: pero yo...

—Vos... añadid estos cien florines á los cincuenta que habeis recibido, y contad desde el momento en que tengamos á Teresa en nuestro poder, con un albalá que os asegure un juro de cincuenta florines al año de por vida.

—¿Sabeis que voy creyendo que un bufon sirve para mas que para divertir? dijo don Aleluya, tomando la repleta bolsa que le mostraba Hernando de Carrillo.

—Indudablemente, no hay hombre que no sea precioso en su tiempo y ocasion.

—Ahora bien: ¿cómo creeis que yo puedo hacer lo que se me pide?

—Queremos apoderarnos de Teresa sin escándalo.

—Pues no se me ocurre el cómo. Garcés es valiente... y sobre todo tiene una corneta á cuyo sonido salen de entre los breñales ballesteros, que no hay mas que pedir.

—Hé aqui que esta noche las espigadoras elegirán una reina.

—Cierto. Mañana es el dia de la Vírgen de Agosto, y es necesario que una doncella vele á la Vírgen desde la media noche.

—Bien: esa Vírgen está en la ermita de Pero Alarcon... la doncella se quedará sola, porque ese es el voto.

—Pero no sabemos si se elegirá á Teresa.

—Mas dura y dificil es la eleccion de un maestre, y la alcanza el que mas sabe: Teresa será elegida reina de las espigadoras y velará á la Vírgen.

—La acompañará su padre.

—Acompañadla vos tambien.

—¡Yo! y ¿para qué?

—Ya os hemos dicho que no queremos escándalos. Aunque sus padres y su novio y los amigos y amigas de sus padres y de su novio las acompañen, esta gente se quedará fuera de la ermita.

—Y bien...

—Esta velada será una velada de broma y borrachera...

—¡Ah! ¡ah!

—Pero esa gente es capaz de beberse diez odres sin caer, y es necesario que duerman como troncos.

—Pues no hallo el medio.

—El medio está aqui.

El capitan sacó de su escarcela un pomo.

—Y ¿qué es eso? dijo palideciendo el bufon.

—Esto es beleño.

—¡Ah! para que duerman todos...

—Y vos tambien...

—Bien, bien... pero...

—Habeis aceptado ya...

—Sí he aceptado... pero escuchad, capitan: si por un acaso esa doncella sufre un insulto; si me convenzo de que la he vendido á un precio infame, para una infamia... no es el loco el que os habla ahora... sino el hombre... en ese caso tened presente que empinándome alcanzo con mi mano á vuestro pecho y que tengo bastante fuerza para partiros de una puñalada el corazon.

—Si os engaño, y lo haceis, y me dejais vida para hablar tres solas palabras, dijo el capitan levantándose,

esas palabras serán: habeis hecho bien. Contamos pues con vos.

—Sí.

—Pues entonces hasta mañana que vendré á traeros el albalá.

—A Dios capitan. A Dios.

Hernando Carrillo salió de la torre, hizo crugir, al bajar las escaleras, oyóse el ruido de sus espuelas en la galería, se alejó y se perdió al fin.

—¡Ciento cincuenta florines al contado, y cincuenta de acostamiento al año, por una intriga de corte..! lo ha jurado como cristiano... y le creo... doña Blanca de Navarra es una santa y nadie en cuanto á honra puede dudar de doña Mencía de Padilla... y yo estoy cansado de ser esclavo... puedo ser libre... ¡oh! sí... lo haré... despues yo me encargo de la felicidad de Teresa.

El bufon guardó en su arca los florines, en su escarcela el pomo, salió de su vivienda, cerró, bajó á las caballerizas, se hizo enjaezar una jaquita enana destinada para su uso por el rey y salió con ella de Valladolid por el puente Grande.





Amor y ambicion.

A una legua de Valladolid, sobre la márgen derecha del Pisuerga, al pie de una colina escueta y rodeada de tierras áridas, habia por aquellos tiempos una alameda frondosa de pequeña estension, impenetrable á los rayos del sol, y tapizada de musgo, semejante á una alfombra verde bordada de sedas. La frescura del rio, conservada por la sombra de los árboles y por el fuerte tegido de sus raices, hacia brotar sobre aquella alfombra natural una vegetacion vigorosa de plantas párasitas, y enormes toldos de yedra se estendian, como un tapiz de tronco á tronco de árbol, rodeando con una muralla vegetal aquel recinto.

A alguna distancia de este grupo de árboles iba perdiéndose lentamente el verdor del suelo hasta desvanecerse en una tierra arenisca, rogiza y seca. Mas allá, á algunos tiros de ballesta, hácia el sur, empezaban claras y enanas, como atalayas avanzadas de un gran ejército, copudas carrascas, tras las cuales se levantaba la negra mole del bosque del Abrojo en el cual penetraba manso y ruidoso el Pisuerga. Unas altas montañas al norte, y al oriente dicho rio, la vega y Valladolid en lontananza, eran los límites que se alcanzaban á ver desde la entrada de la senda que conducia al interior de aquel misterioso bosquecillo de álamos tan verde y tan sombroso.

Entrando por aquella senda y siguiendo sus sinuosidades, se desembocaba en un claro, en cuyo centro habia una cabaña notablemente pintoresca, y cuyo aspecto revelaba á un mismo tiempo buen gusto y comodidad. Sus paredes de madera, estaban cubiertas por un puntiagudo techo de bálago, sobre el que descollaba una alta chimenea y una veleta de hierro con su cruz. En la parte que miraba al oriente, frente á la desembocadura de la senda, tenia una fuerte puerta aspillerada, lo que significaba que los habitantes se veian obligados con frecuencia á defenderse de bandidos y otras gentes aviesas que pululaban por entonces en Castilla: en los otros tres costados se veian ventanas defendidas con rejas de madera y celosías, y últimamente junto á la puerta y debajo de un olmo que se unia en aquel lugar á la casa, habia un banco de madera.

Al rededor de la cabaña habia algunos cuadros de flores y en lo restante del terreno hasta los árboles, legumbres y hortalizas.

Sentada en el banco junto á la puerta habia una jóven, frente á ella un montero apoyado en una ballesta, y de la parte de adentro de la puerta una muger, ya anciana hilando un copo de lino.

La jóven era notablemente hermosa, y apenas demostraba contar veinte y dos años; vestia el corpiño de estameña azul, y la saya de colores abigarrados de las villanas de Castilla, medias encarnadas y zapatos de suela gruesa, que en verdad no convenian á lo pequeñito y dulcemente encorvado de su pie: tenia el cabello partido en dos grandes y brillantes trenzas negras, y de su cuello mórbido, densamente blanco y de una suavidad sedosa, pendia de una cinta negra una cruz dorada.

Nada tenia su semblante de la selvática y ruda belleza de las campesinas á quienes ennegrece el sol, y ponen árida la tez los vientos y las lluvias; era una hermosura noble, iluminada con la ardiente y altiva mirada de unos ojos negrísimos, grandes, sombreados por largas y espesas pestañas dulce—

mente convexas y por dos anchas y dilatadas cejas semejantes á dos arcos de terciopelo, su frente límpida y tersa, su nariz dulcemente aguileña, su boca, fresca, pura, con labios del bello y trasparente matiz de la flor del granado, el contorno oval de sus hombros, lo turgente de su seno, lo redondo de sus hombros, lo gentil de su talle, en que se comprendia á primera vista la elasticidad y la fuerza, lo torneado de sus brazos desnudos hasta el hombro, la acabada perfeccion de sus manos, y en fin, lo simétrico, elegante y bello de su conjunto, hacian de aquella niña una de esas bellezas de primer órden que no pueden verse sin que se sienta una sensacion profundísima.

El montero que hemos dicho estaba junto á ella apoyado en una ballesta, era un mancebo como de veinte y cuatro años: vestia de una manera romancesca y bella, ceñia sobre sus cabellos castaño-oscuros, mejor cuidados de lo que podia suponerse de un montero, una gorra de lana azul con una pluma de águila sujeta con una cruz de hierro, ajustábase al rededor de su cuello corto y musculoso, una camisa de tela tosca pero blanca, y su cuerpo estaba cubierto por un coleto de piel de gamuza curtida de un color amarillento, ceñida por un lustroso cinturon de piel de toro hervida, cerrado con una enorme y reluciente hebilla de hierro: de este cinturon colgaban un puñal de montería, una bolsa de piel de zorro y una aljaba con una docena de venablos; sus brazos y sus piernas estaban cubiertos, á pesar de lo caloroso de la estacion, con mangas y calzas de punto de lana, azules como la gorra: calzaba abarcas, y sus ligaduras subian entrelazadas á lo largo de su robusta y magnífica pierna hasta atarse debajo de la rodilla.

Este hombre en cuanto á su aventajada estatura, su continente bizarro, su semblante moreno, grave y espresivo, rodeado de una barba negra y rizada, era lo que puede llamarse un buen mozo en toda la estension de la frase. Por la dominante y bravía espresion de sus ojos, por la inflexion particular de la línea de su boca, por el aspecto de fuerza, de soltura, y si se quiere, de independencia de su cuerpo, y

por un no se qué, estraño y característico que emanaba de todo su conjunto, se comprendia que no era ni señor ni vasallo, que vivia por cuenta propia fiando su existencia á su valor y á su ballesta, que era en fin, uno de aquellos terribles seres emancipados de la edad media, que tanto eran bandidos, como aventureros, como monteros de caza libre, raza nómada y errante, cuyo territorio especial eran los bosques y las breñas, que reposaban en el verano al pie de un árbol, y en el invierno en una cueva, y que cuando mas ricos eran poseian una cabaña ó moraban en las ruinas de una ermita ó castillejo abandonados en un despoblado.

La muger que hilaba dentro de la cabaña y que habia cuidado de colocarse para defenderse del calor en la corriente del aire establecida entre la puerta y una ventana del fondo, era ni mas ni menos que una vieja que conservaba vestigios de haber sido hermosa en su juventud, que vestia un trage sencillo y pobre de estameña y que parecia feliz y resignada á sus sesenta años y á su modesta y pobre situacion.

La jóven se llamaba Teresa, el montero Jimeno Nuñez, y la vieja Ines, por lo que nuestros lectores comprenderán que aquella sencilla y cómoda cabaña pertenecia á Garcés, que allí era donde tenia sus amores platónicos don Aleluya, y que aquella Teresa era la muger que sin saberlo habia hecho que se ofreciese por su capitan al bufon del rey una fortuna de caballero.

Era poco mas ó menos la misma hora en que don Aleluya y el capitan Hernando de Carrillo departian bajo un calor de treinta grados en la torrecilla del alcázar viejo de Valladolid, esto es, las tres de la tarde; hacia un calor insoportable y solo se sentia algun fresco bajo la sombra del olmo y de la madreselva que cubrian como un toldo la puerta de la cabaña. Todo estaba en calma y solo se oia algun leve susurro del perezoso vuelo del viento entre los árboles y el cantar estridente y ronco de las cigarras.

Teresa profundamente abstraida, con una decidida espre-



Don Juan II.
Lám. 1.ª

sion de fastidio y displicencia marcada en el semblante, reclinada contra la espaldera de cañas que sostenia la madreselva, y dando á compás y sin intermision con la punta de su pie en el menudo césped que arrancaba de raiz, parecia no percibir la anhelante y triste mirada con que Jimeno apoyado en su ballesta contemplaba su hermosura. La vieja Ines agena á todo esto, hilaba con gran aplicacion, y de tiempo en tiempo entonaba á media voz una balada popular.

Pasó algun tiempo sin que Jimeno, absorto en la contemplacion de la jóven, pronunciase una sola palabra.

—Los dias pasan, dijo al fin, los rios corren para no volver atras y los vientos y las nubes se mudan. Entre tanto la cervatilla se hace cierva, ve en la fuente su hermosura, se engrie, y le parece estrecho el soto en que ha nacido y crecido. Quiere conocer otros bosques y otros sotos, otear en en los collados, triscar por las altas cortaduras de las montañas donde estan las sendas de los cazadores. Necesita lucir su belleza, no la basta el verde suelo que la alimentó por primera vez, es una ingrata y corre al peligro al encuentro de las jaras de los monteros y de las pelotas de hierro de los gentiles hombres.

Teresa á quien aquella poética imágen habia sido encaminada con acento entre sentido y colérico, hizo un gracioso mohin con la boca.

—Sí, ya sé, dijo Jimeno recogiendo aquella indicacion de disgusto; ya sé que desde cierto dia en que nobles caballeros pasaron por la cabaña de tu padre andas pensativa, Teresa, que te se hace penoso el verme, que te enojan mis palabras: sé tambien que algunas veces un rico y noble señor ha venido solo dejándose sus monteros en el bosque... y ha llegado y ha hablado contigo; desde entonces yo, que antes respetaba á ese hombre, le aborrezco, y hay momentos en que pienso vengarme de él.

Teresa hizo un segundo y mas enérgico ademan de fastidio.

—Sí, es verdad, continuó Jimeno; vosotras las mugeres quereis que se os deje obrar libremente: para vosotras el mejor amor es aquel que mas sufre, aquel que hace al hombre mas esclavo; pero eso no es amor, Teresa; el verdadero amor tiene celos, celos de todo: hasta del aire que agita los cabellos de la muger que se ama.

—Amor que tiene celos de todo, dijo con acento Teresa, es un amor insoportable.

—¡Ah! ¡con que mi amor es insoportable! esclamó Jimeno en cuyos ojos brilló un relámpago sombrio; y como lo que es insoportable se procura evitar, eso quiere decir que rechazas mis amores.

—Nada quiero decir cuando nada digo Jimeno, contestó sosteniendo su duro acento de réplica Teresa.

—El no decir nada en amor es decir mucho, repuso con su inflexible lógica natural el montero; una muger que ama se apresura á desvanecer las dudas que se tienen de su amor.

—Jamás me casaré con quien haya dudado de mí, dijo Teresa.

—¿Sabes, la preguntó con acento ronco el montero, quién es el hombre que ha emponzoñado tu alma con sus palabras embusteras, Teresa?

—Ignoro de qué hombre me hablas, Jimeno.

—Es verdad: no es un hombre; es un caballero que lleva gorra de tela de oro con joyel de perlas, sayo de vellorí con forros de martas cibelinas, espada dorada y una cadena de oro con una patena de San Miguel: él tiene espuelas de oro y yo abarcas; él monta fogosos corceles y yo.... por ahora piso la ojarasca de los bosques y la arena de las rocas... es verdad... debe llamarse de una manera mas respetuosa á un poderoso señor que tiene vasallos á quienes dar de latigazos y para quien es una pobre diversion el engañar, el perder á una jóven honrada que tiene la desgracia de parecerle hermosa.

—¿Qué hablais de perder, de deshonrar? esclamó con enojo Teresa.

—Ese noble señor conseguirá por la fuerza lo que le niegue la voluntad.

—No sé que mala yerba habeis pisado Jimeno, desde algunos dias á esta parte.

—Sí, es verdad: una malísima yerba, una yerba emponzoñada, pero no la he pisado... la he visto inclinarse sobre mí, noble Teresa, y arrojar en su corazon, su semilla corrompida... lo he visto, esclamó el montero conteniendo con un ademan una palabra de indignacion que rebosaba de la boca de Teresa; he visto que los labios que antes me sonreian con amor y me decian dulces palabras se han tornado frios y mudos; te he visto palidecer y he comprendido en tu mirada que un fuego oculto y voraz arde en tu corazon: pero no es el santo fuego del amor: es el fuego de la vanidad, del deseo de abandonar esta cabaña donde habitan la lealtad y la honra, para ir allá, á la corte á lucir preseas y joyas: te conozco desde que eras pequeñita, Teresa; desde que corrias hasta los linderos del bosque tras los cervatillos que yo iba á robar para tí en la cama de hojas secas de la cierva, y he aprendido á leer en tu alma.

—Yo podré ser la esposa de un noble, dijo Teresa levantando con vanidad la cabeza, pero nunca su manceba.

—¡La esposa de un noble! ¿y qué noble vendrá á buscar á la hija de Alvar para arrojarla á las plantas su bandera señorial y conducirla á la cámara de honor de su castillo? La vanidad te ciega, Teresa, y bien se conoce cuán pronto han arraigado en tu alma las traidoras palabras del príncipe don Enrique.

—¡Del príncipe don Enrique! esclamó Teresa, en cuyos ojos brilló por un momento un relámpago de orgullo satisfecho. ¿Con que ese hidalgo que ha venido tres veces, es el príncipe hijo del rey?

—Escucha Teresa, dijo Jimeno pronunciando sus palabras con esa lentitud grave y fatal que demuestra que se ha tomado una resolucion irrevocable acerca de lo que se va á decir, yo creia que ante todo eras honrada: cuando he dudado he

conocido que me era preciso creerlo para vivir (y dos gruesas lágrimas asomaron á los sombrios ojos de Jimeno y resvalaron por sus mejillas) me habia acostumbrado á mirarte como á una hermana casta y pura, y habia pensado ya en el dia en que debia abandonar la vida errante de los bosques, para construir una cabaña junto á la de tu padre y hacerte mi esposa. Yo creia que me amabas y tú misma me lo has dicho mil veces sonriéndome con tu boca de ángel... pues bien, al saber que dentro de poco serás una cortesana, sin fe y sin honra, me he sentido herido de muerte en el corazon; le he sentido hueco, vacio como si toda su vida, toda su sangre, hubiese salido por la herida. Pensamientos de muerte que nunca he tenido han ajitado mi sueño, y al despertar velos de sangre han oscurecido mis ojos. Puedo vengarme, ¡oh! ¡sí! y me vengaré: pero esperaré para ello al dia en que venga á esta cabaña y la encuentre abandonada por tí y á tu viejo padre pálido de vergüenza: hasta entonces, Teresa, á Dios. A Dios hasta entonces, porque yo te buscaré para decirte: me he vengado.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Teresa. Tú estás loco, Jimeno.

—Sabes que puedo vengarme, te aterra mi venganza y recurres al engaño: es tarde ya; me has descubierto demasiado tu corazen para que puedas volver atrás.

—¡Que te engaño! ¿y para qué habia de engañarte, Jimeno? si yo temiera la venganza... si ese hombre... á quien yo no conocia y que dices que es el príncipe don Enrique... ¡un hombre casado! ¡un hijo rebelde contra su padre y lleno de vicios! si yo le amase, ¿no me seria fácil, dime, el avisarle de tu venganza, el hacerte acudir á una cita falsa y que cayeses en una emboscada?

—Quien conoce el modo de hacer mal y lo dice, es capaz de hacerlo, esclamó profundamente el montero; pero mira (y llevándose una corneta de cuerno á los labios lanzó un punto sostenido) lo he previsto todo.

Acaba de retumbar en la alameda el toque de la corneta

de Jimeno, cuando á la redonda de los senderos de la alameda aparecieron una veintena de feroces monteros con las ballestas armadas.

—¿Crees que sea tan fácil engañarme y hacerme traicion? no, Teresa, no, Guárdate, pues; porque si deshonras al viejo Garcés ¡oh! no sé lo que haré entonces; pero será terrible, muy terrible.

—Si alguna vez pienso en disponer de mí misma, dijo Teresa dejando de reprimirse, no será á tí á quien yo tema ni á tus baladronadas... si notas en mí despego es porque hace mucho tiempo que me estás ofendiendo con tus celos... cuando nada tienes de que acusarme... cuando...

—Cuando recibes todas las tardes á don Aleluya, el loco del rey.

—¿Y tendrias tambien celos del pobre bufon...? no falta mas si no que te se ocurra tambien encelarte con el leproso que pasa por el sendero del bosque, con el mendigo que viene á pedir un pedazo de pan á la puerta de nuestra casa. Esto es brutal, Jimeno.

Jimeno, que era hombre de poca paciencia y que ya la habia perdido enteramente, adelantó hácia la jóven.

—No tientes á Dios, Teresa, la dijo; porque tu desprecio me hace pensar en cosas espantosas.

—¿Y para que te ame empleas las amenazas, y quieres que no me estremezca al pensar que podia ser la muger de un lobo celoso?

Jimeno palideció de una manera intensa, sus ojos se cerraron con una espresion colérica, y dió otro paso hácia Teresa que se habia levantado y se habia dirigido á la puerta.

Pero en aquel momento se oyeron lejanos ladridos y cornetas de caza en la direccion de la entrada de la senda que conducia á la cabaña de Garcés. Aquel estruendo pareció despertar á Jimeno, que se hizo atrás bruscamente, se limpió con el embés de la mano el sudor que corria por su rostro, y echándose la ballesta al hombro esclamó:

—Los ojeadores del príncipe se acercan y tengo demasia-

das razones para no dejarme ver de ellos. Han venido á tiempo para alejar los malos espíritus de mi alma. Ya no me volverás á ver sino cuando sea necesario que yo vengue á un mismo tiempo á tu padre y á mi amor. A dios.

Y tras estas palabras volvió la espalda, atravesó el plantío y se perdió en la alameda. Teresa le vió marchar con una atencion colérica, y luego elevando con desden los hombros esclamó:

—Sí, le he amado y ya no le amo... si no puedo sufrir sus celos... ¿qué culpa tengo yo?

Y tras este frio pensamiento se puso á mirar con anhelo hácia la parte de la alameda por donde se sentian pasar retumbando las jaurías, los monteros y los ojeadores.



Prosigue el asunto comenzado en el anterior.



El clamor de las cornetas y el ladrido de los perros se fue haciendo mas cercano y distinto. Teresa le escuchaba con la cabeza erguida y la mirada atenta y anhelante; no habia duda de que algunos de los cazadores se habian apartado del rastro, porque mientras el estruendo de la montería se alejaba por la izquierda se oia galope de caballos que se aproximaban cada vez mas por la senda en direccion á la cabaña de Garcés.

Muy pronto aparecieron en el claro dos damas jóvenes, montadas en dos magníficas hacaneas, engualdrapadas con suma riqueza; refrenaron á sus cabalgaduras y adelantaron el paso hácia la cabaña.

Entonces la vieja Inés, que habia continuado hilando, sin cuidarse de nada mientras duró la agria escena entre Teresa y Jimeno, cuyas palabras no había podido llegar hasta ella, levantó la cabeza al sentir las pisadas de las cabalgaduras, y viendo que dos poderosas é ilustres damas, segun se podia juzgar por sus apariencias, se encaminaban á su pobre albergue se levantó y dijo con acento dulce á Teresa.

—Hé aqui, hija mia, que las gentes de la corte vienen á visitarnos, y es necesario que conozcan que en la choza del viejo Garcés se sabe servir de la manera que se puede á los grandes señores. Ve á tener las hacaneas á esas damas, hija mia.

Teresa se sonrojó y se puso alternativamente pálida: acostumbrada á mandar en jefe en la cabaña de su padre, se la hacia dura la servidumbre: por otra parte no comprendia bien la razon de que ciertas gentes fuesen servidas en todas partes, hasta por quienes no las conocian. Sin embargo, Teresa dominó su orgullo, y, si bien con talante seco, fue á tener la hacanea á la de mas edad de las dos damas, por la sencilla razon de que estaba mas cerca.

—No, mi querida niña, no; dijo esta con ese acento de noble proteccion que usa el poderoso para con el pobre cuando le trata bien; antes su señoría.

Y la señaló la otra dama que habia quedado algo mas atrás acariciando á su jaca que estaba cubierta de sudor.

Su señoría, mas amable que la primera dama, saludó á Teresa con una ligera inclinacion de cabeza y una dulce sonrisa, la arrojó las riendas y se apoyó en su hombro para bajar: su compañera, mas impaciente ó mas diestra, habia echado pie á tierra sin ayuda de nadie, y llevando su hacanea hasta Teresa, la arrojó las riendas.

—Perdonad si os incomodamos, buenas gentes, dijo la mas jóven de las damas adelantando hácia la puerta de la cabaña; pero se hace insoportable el calor; hemos preguntado á nuestros ojeadores dónde podríamos encontrar un techo y agua fresca, y nos han indicado vuestra ala-

meda; despues, sin contar para ello con nadie, nos hemos separado de la montería y hemos venido.

—Bien venidas sean vuestras señorías á honrar mi choza, dijo Inés: en otros tiempos, cuando los tributos no eran tan fuertes, y los bandos y los bandidos no habian esquilmado la tierra, bien podíamos ofrecer algunas comodidades á los señores que nos honraban, deteniéndose á la puerta de nuestra casa: sin embargo, no somos tan pobres que no podamos serviros nuestra agua como conviene á tan poderosas y nobles damas.

Mientras Inés decia esto, habia puesto de la parte de adentro de la puerta dos viejos sitiales descoloridos, con un escudo de armas bordado en la tela de seda de los asientos, y despues de haber abierto un fuerte armario sacó de él un jarro, una batea y dos enormes copas de plata, en las que poco despues Teresa sirvió el agua, aunque con cierto empacho á las dos damas.

—¡Magníficas alhajas! dijo la mas jóven de ellas, contemplando la pesada copa que tenia en la mano, cincelada, segun el gusto árabe, con rica profusion de flores y cintas entrelazadas: hé aqui una verdadera prenda de rey.

—¡Ah, señora! esclamó Inés suspirando: mejores tiempos eran aquellos en que se entraba á fuego y tala en la vega de Granada, y se encontraban ricas presas en las alquerías de los moros. Verdad es que á veces la caridad hacia recojer niños abandonados y perdidos entre el incendio, pero siempre se sacaba en esto algo provechoso para el alma, porque se traia una oveja mas al rebaño del Señor.

—¿Con que estas alhajas han sido tomadas á los moros de Granada? dijo la mas jóven de las damas poniendo la copa en la bandeja que sostenia Teresa.

—Sí, mi noble señora: las encontró mi velado, que era entonces hombre de armas de las guardas del rey don Juan, en una alquería de Granada; con otra prenda que vale mucho mas que ellas: de esto hace ya diez y seis años, y es cosa de oir á mi Alvar Garcés cuando habla de aquella me-

morable batalla en que murieron cuarenta mil moros, y ni un solo cristiano (1).

—¿Y cuál es esa otra prenda? dijo la dama de mas edad: si aventaja á estas debe ser una maravilla.

—La otra prenda, señora, no me es posible presentárosla: seria necesaro para ello muchas circunstancias.

—¡La habeis vendido!

—Gracias á Dios no ha llegado á tanto nuestra pobreza que nos hayamos visto obligados á vender nuestras pobres albajas, y de todos modos hubiéramos conservado estas para que no se separasen de la otra en que no puedo haceros reparar.

Las dos damas comprendieron que la vieja por darse importancia ó por cualquier otro motivo, estaba resuelta á sostener lo misterioso de sus palabras, y no insistieron.

—Pero á mas de esas prendas, dijo la mayor de las damas, teneis otra admirable y que no recatais por cierto.

—¿Y qué prenda es esa, señora?

—Vuestra hija.

Teresa se sonrojó y no pudo contener una sonrisa arrancada á su vanidad satisfecha.

—Mi hija... sí en verdad, señoras... y á fe á fe qué no habia nacido ella para estar aquí arrinconada, escondida, sin mas esperanza que ser la esposa de un vasallo como su padre, ó de uno de esos malditos monteros, que lo mismo se atreven á las piezas mayores de los cotos de los señoríos, como á las doncellas de las alquerías y de los lugares de los despoblados, donde es necesario tenerles buena cara para librarse de sus malos hechos.

—Dicen que esos monteros son gente poderosa, dijo la mas jóven de las damas; que tienen un capitan, que se

(1) Inés se referia á la batalla de la Higuera, en que se encontraron el rey don Juan el segundo y el condestable don Alvaro de Luna, con la flor de la nobleza castellana, dada al pié de Sierra-Elvira el dia 21 de junio de 1451, y ganada al rey Mojanmet Al-Ayseri, sin resultado posterior.

reunen en gran número, y resisten á los guardas de los cotos señoriales.

—¡Sí, sí señora! todo eso es verdad: por acá tenemos al viejo Barba—larga, que aunque con nadie se entromete, manda como un rey cuando se deja ver, y arroja delante de sí con su gente á los hombres de armas de la Abadía del Abrojo: pero si él es un buen cristiano y un hombre de bien, no lo son del mismo modo sus monteros: preferimos cien veces ver asomar á los recaudadores de los tributos, que á uno de esos malditos renegados vagabundos, con quienes no hay medio de entenderse y á los que es menester dar las gracias si no hacen mas que llevarse hasta los clavos de las paredes y las telarañas de la despensa.

—Sin embargo, buena madre, dijo á esta sazon la mayor de las damas; vos no podreis quejaros ciertamente de esos buenos monteros, porque segun se ve por vuestro ajuar y por las alhajas que conservais, no deben haberos hecho muchas visitas.

—¡Oh! ¡oh! en cuanto á eso siempre tenemos junto al hogar á uno de ellos, y al rededor de nuestra cabaña una jauría de malsines que le sirven ni mas ni menos que como un esclavo á su señor: si hubiérais venido un poco antes, mi buenas señoras, le hubiérais encontrado hablando con mi hija.

—¡Ah! con que es el amor el que trae á vuestra casa á ese honrado mozo, dijo la mayor de las damas.

—¡El amor! ¡ah! ¡maldígale Dios! si yo hubiera sabido que... pero en fin, ello no tiene remedio: mi velado dice que Jimeno es todo un hombre de bien y valiente, y le recibe ni mas ni menos que si ya fuera de la familia: mi hija parece amarle, puesto que se deja acompañar de él cuando va á espigar á los rastrojos...

—¡Cómo! ¿una niña tan hermosa y tan delicada, va á las faenas del campo bajo los ardientes rayos del sol? dijo con una marcada espresion de repugnancia la mas jóven de las damas.

—Permítame vuestra señoría, que en cuanto á lo delicado de mi hija, la diga que se engaña: ahí donde la veis con sus grandes ojos brillantes, sus labios de rosa y sus manitas de imágen, es la espigadora mas fuerte, la que recoge mas fanegas de las muchachas de los alrededores: y luego, si la vierais tirar con la ballesta de ese maldecido de Jimeno, y seguir una pieza y azuzar sobre el rastro á los lebreles... ella no habia nacido para eso; pero los tiempos están malos y es necesario ganar el pan que se come... por lo mismo es necesario dar gracias á Dios que la ha hecho fuerte como una roca... es una buena hija de un labriego y será sin disputa una escelente compañera para un montero.

La mayor de las damas fijó entonces de una manera particular su mirada en Teresa y observó que habia recibido con un disgusto marcado la opinion de su madre.

—Pues yo creo, dijo por consecuencia de esta observacion la dama, que vuestra hija viviria mejor que en esta cabaña en un alcázar, y que la vendrian mejor los amores de un gentil escudero ó paje que, andando el tiempo podria llegar á ser caballero y aun rico hombre, que los amores de uno de esos osos salvajes que están siempre espuestos á la cuerda del ejecutor de baja justicia del rey ó de los señores.

Por un impulso contrario entre sí, el rostro de la vieja Inés se nubló, mientras el de Teresa se puso radiante.

—Mi hija estaria mal en la corte, dijo secamente la vieja: es demasiado hermosa para no estar espuesta á las asechanzas de esos grandes señores entregados á Satanás, que en todo piensan menos en servir á Dios y al rey... la corte es un lodazal donde no puede menos de mancharse todo el que entre: á mas de eso, mi hija está muy bien avenida con nuestras costumbres: para ir á la corte se veria precisada á servir y ella no ha nacido para eso.

—¡Oh! buena muger, dijo con dulzura la dama mas jóven; en la corte como en todas partes hay bueno y malo,

y en cuanto á lo de servir, tal podia ser la persona, que no se desdeñase de servirla una noble dama.

—Noble y muy noble soy yo, dijo la dama de mas edad, y sirvo, honrándome de ello, á su señoría.

Y señaló á la otra dama.

Al ver el aspecto noble de la sirviente, Inés comprendió que no podia tratarse de otra persona que de una reina ó una infanta, y se puso de pie sobrecogida de respeto: Teresa fijaba una profundísima mirada en la dama, y tal era su interés que se aventuró á decir:

—¿Y cómo se llama vuestra señora?

—Doña Blanca, infanta de Navarra y princesa de Castilla, te ofrece su proteccion y su amparo, niña, dijo la mas jóven.

—Y doña Mencía de Padilla, camarera mayor de su señoría, y esposa del capitan de la guarda morisca del rey, Hernando de Carrillo, te ofrece su amistad, hermosa.

Por un momento Inés no supo hacer otra cosa que tartamudear monosílabos, y Teresa muda, con la mirada singularmente atónita, contemplaba de una manera interesada á doña Blanca de Navarra.

Era esta una magnífica hermosura, de formas esbeltas, espresion lánguida, cabellos rubios, ojos azules y tez blanca; en su frente cándida y serena, parecia que el infortunio habia marcado ya una arruga prematura, y su boca mostraba haber sido modificada de su primera espresion, en fuerza de lanzar silenciosos y comprimidos suspiros: sus ojos de una mirada dulcísima parecian prontos siempre á conmoverse y á derramar lágrimas, y á pesar de ser la esposa de un hombre tan corrompido como el príncipe don Enrique, de todo su ser, de sus miradas, del sonido de su voz, de lo dulce de sus palabras, emanaba como un perfume un álito de virginidad, de inmaculada pureza. Vestia brocados, pero sencillos, y en su cuello y en su prendido apenas se veia una joya.

Su camarera mayor, doña Mencía de Padilla, era lo

que puede llamarse una de esas beldades simpáticas, en las cuales una gran hermosura se une á un irresistible atractivo, dones que no siempre van juntos.

Parecia contar veinte años: como en su señora, á pesar de su alegre y maliciosa espresion, se comprendia una pureza, una existencia vírgen, que le daban un encanto inesplicable; era blanca con la blancura del nácar, de mediana estatura, de talle gentil y de magestuosa frente, sobre la que se agrupaba de anchas y brillantes trenzas una cabellera azulada en fuerza de negra. En la mirada chispeante á veces, ora profunda, de sus grandes y hermosos ojos garzos, se adivinaban travesura hasta lo infinito, y fuerza de poder, de voluntad hasta lo maravilloso, cuando nó dejaban percibir un recóndito foco de pasion no satisfecha aun, y sedienta por fijarse en un objeto. Doña Mencia de Padilla, vestida como entonces lo estaba, con una toquilla y una túnica de terciopelo negro, tomados de oro, era una criatura tentadora.

A mas de esò el rico collar de perlas que rodeaba con anchas vueltas su mórvido cuello, cerrado por un broche de diamantes, de que pendia descansando sobre el nacimiento de su turgente seno una cruz de oro, la hacia mas voluptuosa: las perlas nos han parecido siempre, no sabemos por qué, sobre cuellos de cierta forma y de blanco color, un adorno lascivo.

Teresa contemplaba todo lo que hemos descrito; esto es: las damas, su atavio y sus joyas, su aspecto de poder, la nobleza de su porte y de sus maneras y su trato cortesano, con cierta envidia altiva, que calificaríamos mejor llamándola impaciencia: porque ella se creia bastante hermosa para no temer una comparacion con ellas puesta en iguales circunstancias, y un secreto instinto le decia que ella tambien, y muy pronto acaso, llegaria á tener justillos bordados de oro, collares de perlas, toquillas de brocado y briales rojos y azules acuartelados como los de la princesa; tenia el sentimiento de la nobleza, de la aristo-

gracia de la hermosura; la habian adulado demasiado para que no se envaneciese, y envaneciéndose, habia encontrado vil el alternar con las espigadoras, el acompañarlas á la vendimia cuando llegaba setiembre, el tener por novio á un montero, como la mas ruin de las aldeanas, y el vivir, en fin, en una pobre cabaña, mientras que otras menos hermosas que ella, vivian en magníficos alcázares servidas por dueñas, pajes y doncellas, y enamoradas por los mas gentiles caballeros.

Pero por mucho que la pasion del orgullo dominase á Teresa, tuvo bastante fuerza de reserva, para no dejarlo percibir á las dos damas, y para mostrarse humilde con ellas, por la sola razon de que podian servirla de mucho introduciéndola bajo su amparo en la corte: pero á pesar de la reserva de Teresa, doña Mencía, que en esto de adivinar pensamientos era mas sútil que un escribano, leyó hasta el fondo del corazon de la jóven.

—Ya veis, niña, la dijo continuando en el diálogo, que si nosotros le hemos interrumpido para hacer algunas descripciones y observaciones indispensables (habia continuado entre los interlecutores sin interrupcion) ya veis, y del mismo modo puede verlo vuestra madre, que hay servidumbres honrosas.

—¡Ah, señora! dijo la vieja Inés, vuestra señoría piensa demasiado bien de mi hija que es una pobre villana, que seria en la corte lo que un madroño puesto entre joyas en la cabeza de una dama; muy hermoso, sí, pero muy rústico.

Teresa se sonrojó ofendida por la llaneza de Inés. Doña Mencía se apresuró á añadir:

—Veo que no conoceis á vuestra hija: es una hermosa perla á la que solo falta que se le engaste en oro. Y si no esperad: allí hay un espejo de acero, que sin duda trajo tambien de la vega de Granada vuestro marido: será necesario que nuestra querida niña se contemple en él, despues de que yo la haya prendido.

Y con una rapidez solo comparada á la volubilidad de sus palabras, se quitó el collar, le rodeó al cuello de Teresa, se apoderó de sus anchas trenzas, las agrupó sobre su cabeza, sujetándolas con clavadores, cuyas cabezas eran de diamantes, y al fin las cubrió con su toquilla: Teresa dejaba hacer á doña Mencía, la vieja Inés callaba, fascinada por el estraño imperio que ejercia sobre ella la dama, que llevó á la jóven delante del espejo.

Entonces la sangre de Teresa ardió: se habia operado en ella una transformacion completa: su rostro habia adquirido una magestad estrema bajo la sombra de aquella dorada toquilla, bajo la luz que destellaban aquellos diamantes entre sus negros cabellos, y las perlas, como acariciando suavemente su garganta, hacian resaltar su morvidez y su blancura: al contemplarse tan bella, su mirada se inflamó y el severo espejo se la volvió haciéndola sentir una embriaguez que nunca habia sentido de una manera tan intensa: la impresion de enamorarse uno de sí mismo. Inés contempló con espanto la influencia que aquel imprevisto lujo habia causado en Teresa, y se apresuró á decir:

—Quitad esas joyas á mi hija, señora: ella no podrá tenerlas nunca, y no seria bueno que las codiciase. Una muger honrada debe estar satisfecha con lo que tiene.

—Dejadla que se satisfaga, pues, dijo doña Mencía, porque esas alhajas son suyas.

—¿Y á qué es eso? dijo doña Blanca en voz baja á su camarera.

—¡Cómo! ¡suyas! dijo Inés enrojeciéndose de vergüenza: ¿habeis dicho que son suyas, señora?

—Sí, dijo doña Mencía, tranquilizando con una mirada los escrúpulos de doña Blanca y dispensando una amable sonrisa á Inés; suyas, puesto que yo se las regalo. ¿Cómo queriais que yo la demostrase el afecto que sin saber cómo ha sabido inspirarme?

—Dejándola tranquila con su inocencia y su pobreza,

señora; dijo Inés dirijiéndose severamente á su hija para despojarla de aquel atavio.

—Que no se diga, mi buena madre, que sois mas loca que yo, dijo una voz á la puerta. ¿La corte dá? pues tomémoslo; eso tendremos adelantado para cuando nos despoje... Dios hace á las gentes, y todo el oro del mundo no hará soberbio al humilde, mientras que el soberbio buscará siempre, aun á costa de su alma, lo que su vanidad le pida.

—¡Ah! ¡don Aleluya! dijo doña Mencía, volviéndose alegremente al bufon, que acababa de presentarse á la puerta y se ocupaba en atar de un árbol su jaca: sin duda venís del sermon que ha debido haber predicado al rey don Fray Lope de Barrientos en Santa Maria, y se os han pegado las rancias sentencias del buen obispo.

—Os engañais, hermosa señora; dijo gravemente don Aleluya: hace algunos dias que su alteza me deja libre, y que no le veo mas que á las horas del yantar: ¿para qué quiere el señor rey á un loco?... temeria pretendiese ser mas loco que él, lo que es difícil.

—Y creo que teneis razon, don Aleluya, dijo con dignidad doña Blanca: nunca he podido concebir cómo se toleran en las cortes gentes que tienen por oficio el ser insolentes con sus amos.

—Os diré, mi noble y magnífica princesa: si todos los reyes fueran como vos, estarian de mas los locos y los tontos en la corte: pero cuando son como son los que alcanzamos es necesario ponerles al lado otros que sean mas locos y mas tontos que ellos para que de este modo no se repare tanto en sus sandeces... buenas tardes, Inés, buenas tardes Teresa, hija mia, continuó el bufon dando una zapateta y haciendo sonar sus campanillas: paréceme que te adornan, esto es, que te amortajan, para abrirte la puerta del infierno... ó porque lo entiendas mejor, las puertas de la corte... vive Dios que estás hermosa rapaza, y que se conoce de qué mano te vienen esos ricos trevejos.

Teresa, contrariada por la posicion violenta en que se veia, llevó la mano á la toca para desprenderse de ella, mientras doña Mencía reia á carcajadas á impulsos de los accidentes de don Aleluya.

—¡Eh! no, de ningun modo, dijo don Aleluya conteniendo la mano de Teresa: es preciso que vayas haciéndote cortesana; nunca se desairan los dones de los poderosos, porque esto significa orgullo; y aunque ellos tengan mucho, no quieren que le tengan los demas. Apropósito, allí viene el príncipe don Enrique, y bueno será que conozca, cuán bien te están esos relumbrones.

—¡El príncipe! esclamó á media voz y palideciendo doña Blanca.

—¡El príncipe! esclamó aterrada Inés, que no se creia en estado de recibir tan altas visitas.

—¡El príncipe! murmuró á media voz y palideciendo de emocion Teresa.

—¡Oh! ya se conoce que su señoría no vive bien cuando no tiene junto á sí á su esposa; teneis una fortuna envidiable, señora: os aman como mereceis... como se ama á los ángeles.

Tenian tal fondo de amargura y de sarcasmo, á pesar de su risa las palabras de don Aleluya, que era difícil comprender, si sentia compasion ó se burlaba de doña Blanca.

En efecto, un ginete acompañado de algunos caballeros adelantaba: cuando la cabalgata llegó á la puerta, uno de los caballeros desmontó y fué á tener el estribo al ginete, que entró decididamente en la cabaña, y al ver á doña Blanca dejó notar en sus labios una vaga sonrisa, sesgada, fria, repugnante, que hizo bajar los ojos á la jóven.

Aquel hombre, como lo habia indicado don Aleluya, era el príncipe don Enrique: tenia la misma edad que su esposa doña Blanca de Navarra, pero gastado por los escesos de una vida entregada á vicios degradantes, representaba muchos

mas: á pesar de su rico traje de monteria, de la cadena de oro que caia sobre su pecho, de la que pendia la placa de San Miguel, mas que príncipe parecia un innoble jayan disfrazado de caballero, por lo que sus ropas parecian querer huir de él: sus cabellos indómitos revueltos, eran digno adorno de una fisonomia repugnante en que estaban impresas las señales de los vicios, de la debilidad y del recelo: sus narices anchas y aplastadas, no por configuracion natural, sino por una caida en su infancia, se dilataban y se comprimian en su base á la presencia de una mujer, como al impulso de un deseo voraz, semejante al del animal carnívoro que olfatea una presa: no se cuidaba de disimular sus pasiones vergonzosas, ni su audaz cinismo, afeando descaradamente con ellos la espresion de sus ojos, que animados por pasiones mas nobles hubieran sido hermosos y aun magníficos; era de alta estatura, bien configurado y no podia llamársele feo, á pesar de lo cual, y de las razones que hemos indicado, repugnaba.

Acompañábanle cuatro mancebos: era el uno de ellos don Pero Manrique, hijo del adelantado don Rodrigo Manrique, conde de Paredes; otro, Suero de Quiñones, el valiente noble que mas adelante debia hacerse renombrado por el *paso honroso* de la puente de Orbigo, y los dos restantes, Alonso Perez de Vivero, repostero mayor del rey, y Alfonso Tenorio, su caballerizo.

—¡Ah! ¡ah! dijo el príncipe dirigiéndose á su esposa... hé aqui, que como siempre, nos topamos con vos, señora, cuando menos lo esperábamos... ¡Diablo! yo os hacia rezando á la Vírgen de Pero Alarcon, de que sois tan devota, mejor que por estos caseríos engalanando doncellas.

—¿Qué quereis, señor príncipe? dijo don Aleluya abusando de su posicion y adelantándose á la respuesta de doña Blanca: tal anda la corte, que para procurarse una dama honrada es preciso mandarla hacer: ¿qué tiene de estraño que su señoria haya venido á hacer una dama de una espigadora?

—¿Por dónde andas, engendro del diablo? dijo el príncipe,

aludiendo con esta pregunta á la pequeñez del bufon, en quien era difícil reparar, en un grupo de mas de tres personas.

Don Aleluya sonó sus campanillas.

—¡Ah! al fin te veo, lo que es mas difícil que oirte.

—Cómo es siempre difícil oir la verdad.

—¡Ola! ¡ola! parece que te declaras mi bufon.

—Lo que es del padre es del hijo, ¿no es verdad, señor? y cuando los hijos tienen poca paciencia para esperar las cosas, siempre es bueno brindárselas antes que las tomen.

Esta alusion á las rebeldías de don Enrique, irritaron su carácter brutal.

—Agárrame á ese hombrecillo, Tenorio, dijo á uno de sus caballeros, y átamelo por la lengua á la cola de mi caballo Roldan.

—E... eso qui... qui... siera yo... veer... loo, esclamó don Aleluya imitando admirablemente un tartajeo particular.

—¡O... o... ola! esclamó el príncipe riendo, y remedándole os... os... ha... ha... ceis...el insolente, por otro rumbo, para que os perdonemos vuestras insolencias.

—¿Y quién os habia de hablar mal del magnífico y poderoso condestable don Alvaro de Luna, y remedaros sus tar... ta... ta... jeos, si me lastimais la lengua, señor?... ¡vah! yo me rio de eso... esas cosas se dicen... pero no se hacen... era menester ser mas loco que yo, señor... y á buen seguro que vos no sereis nunca loco.

Riéronse los caballeros entendiendo la intencion del bufon, rióse don Enrique no entendiéndola, y pasó la tormenta, no sin contrariar á doña Blanca y sin hacer sonreir con desprecio á doña Mencía.

—Hemos venido, señor, dijo doña Blanca, á guarecernos en tanto del insufrible calor que hace.

—Y aprovechais bien el tiempo. Si hemos de creer á don Aleluya, tratais de hacer vuestra dama á esta doncella.

—Nada menos que eso, señor, replicó vivamente doña Blanca, que por ese instinto que jamás engaña á las mugeres,

habia comprendido que existia en don Enrique mas que un interés momentáneo por Teresa; nada menos que eso; yo jamás admitiré en mi servicio á personas que vos no me indiqueis.

—Pues admitidla, doña Blanca, admitidla, dijo con un repugnante cinismo el príncipe: creo que esa doncella es bastante hermosa para ser un bello adorno en nuestra casa: y en cuanto á nobleza... ¡vah! yo creo que debemos pararnos poco en eso, cuando don Alvaro de Luna nos ha dado un buen ejemplo de lo que puede hacerse, llenando de nobles nuevos la corte: hombre tenemos en ella muy poderoso y muy hombreado con nosotros, cuyo padre araba ayer detrás de dos bueyes rencos... vamos, hija mia, besad la mano á vuestra ama y seguidnos... don Aleluya, vuestro amigo, puede llevaros á la grupa de su jaca que es un animal pacífico.

Aquella intempestiva ocurrencia sorprendió á todos: doña Blanca palideció al sentir la humillacion, y sus ojos se hincharon de lágrimas: los acompañantes del príncipe se miraron unos á otros sorprendidos: Inés callaba agobiada por el fortunon que se le habia entrado por las puertas, y Teresa acrecida en su orgullo, gozaba de una manera violenta, si se nos permite esta frase, porque comprendia la situacion y triunfaba sobre una esposa, harto digna y bella para no ser un precioso trofeo para una rival. Doña Mencía estaba visiblemente contrariada, y solo don Aleluya dominaba la situacion.

—Ni Teresa ni yo, dijo, saldremos de aqui: no puede ser, ¡vaya! aunque lo mandasen todos los príncipes del mundo! No se deja de ser reina por ser dama; de ningun modo.

—¿Qué locuras estás diciendo, imbécil? esclamó el príncipe.

—¡Locuras! pregúntenselo á las espigadoras.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que mañana es Nuestra Señora de Agosto.

—¡Ah! ¿y Nuestra Señora de Agosto?...

—Necesita que la vele esta noche, que sea su dama una reina... yo creo, señor príncipe, que ser reina es antes que ser dama, y que es preferible para serlo la reina de los ángeles

á una princesa, por mas que sea tan buena, tan noble, tan santa y tan mártir como la princesa doña Blanca de Navarra.

—¡Ah! ¿se trata de que esa doncella sea reina?...

—De espigadoras...pues; ni mas ni menos que como se trata de que cierto conde sea maestre ó rey, que lo mismo dá de ciertos caballeros. Ello es verdad que la eleccion de ambas dignidades será trabajosilla tratándose nada menos que de mugeres por una parte y de frailes (1) por la otra, gente toda de faldas y dificil de avenir. Con que príncipe mio, yo me quedo aqui para que la eleccion de mi protejida se cumpla. Vos no debeis descuidaros si quereis que se lleve á cabo la de vuestro amigo el noble conde de Paredes.

Don Enrique quedó profundamente pensativo: despues levantó la cabeza, y dijo bruscamente:

—Creo que ya habreis descansado bastante, doña Blanca: seguidme, pues; en cuanto á tí, bufon, loco, ó demonio, que asi te entrometes en asuntos demasiado altos para tu estatura, cuida de no ponerte delante de mí de tal modo que te pise y te espanzurre. Vos, hermosa doncella, preparaos: esta noche os dejo ser reina, pero mañana sereis dama. Vamos, señores.

Tras esto montó á caballo; sus caballeros tuvieron el estribo á doña Blanca y á doña Mencía, y la cabalgata partió.

—¡Ah! ¡ah! pensó el bufon viéndolos alejarse ¡con que el amante es el príncipe Don Enrique. ¡Ah! ¡ah! ¡y anda en esto doña Mencía de Padilla! ¡Diablo! paréceme que se quiere que tercien en el asunto del maestrazgo los hermanos del Cristo de las tinieblas, y con suma habilidad se sirven para ello del príncipe don Enrique. Pues bien: adelante, y veamos.

El príncipe entretanto pensaba de distinto modo.

—Doña Blanca tiene celos y viene á conocer por sí misma á Teresa: bien: Teresa tendrá y sobrada: es necesario que

(1) Los caballeros de Santiago en su mayor parte eran frailes profesos como los de Alcántara y Calatrava, como lo fueron los templarios y los de San Juan de Jerusalen.

doña Blanca se resigne, porque en fin ello es necesario que yo tenga muger ¡y muger mas á propósito que la Teresa...! ¿pero por dónde ha podido saber doña Blanca...? esto es necesario consultarlo con don Juan Pacheco... anda por medio doña Mencía de Padilla, y no veo claro... y luego ¡ese don Aleluya...! ese bribon que sabe mas que el marqués de Villena y que el arzobispo de Toledo juntos en uno... unir la eleccion de Teresa para reina de las espigadoras á la eleccion de don Rodrigo Manrique para maestre de Santiago... ¡por aqui debe andar don Alvaro...! pues cuidado, mucho cuidado, señor condestable, porque si se os llegan á ir los pies, tendremos otra vez destierro y... algo mas.

Cuando acababa de hacer el príncipe este razonamiento, encontraron á la salida de la alameda la montería: tocaron á recojer, y se retiraron á Valladolid, en el que entraron por el Puente Grande.

Cuando llegaron al alcázar tuvieron que detenerse: el rey don Juan el II entraba en él, llevando á la derecha á don Alvaro de Luna.



CAPITULO IV

En que se trata de dos caballeros y de una fiesta de espigadoras.

Llegó la noche. Una de esas noches diáfanas, en que la luna, esa lámpara de Dios suspendida en los espacios, alumbra con una clara, lánguida y misteriosa luz. Al calor del dia, habia sucedido un fresco ambiente, y en el cielo despejado y terso, ni una sola estrella estaba oculta ni por la mas ligera nubecilla.

Si en vez de ocuparnos de una leyenda nos ocupáramos de una poesía lírica, podríamos decir cosas muy bellas y muy buenas acerca de una noche con luna: lo guardamos para otra ocasion, y esperamos que nuestros lectores nos perdonarán estas tres líneas que nada tienen que ver con el asunto. ¡Inspira tanto en ciertas situaciones el recuerdo de una noche serena!

En aquella noche, pues, y en el camino que conduce de Simancas á Valladolid, en direccion á esta villa, aunque tambien podia decirse que su escursion se limitaba al bosque del Abrojo, puesto que empezaban á internarse en él, se veian dos caballeros ginetes en pesados corceles de batalla, y armados de todas armas, aunque, por razon de lo rigoroso de la estacion, llevaban las cabezas descubiertas, y los yelmos de encaje pendientes de los arzones.

Era el uno viejo y el otro jóven. El viejo parecia contar sesenta años y el jóven veinticinco; merced á la claridad de la luna un transeunte pudiera haber visto perfectamente sus facciones: por una singular semejanza, estos dos hombres parecian padre é hijo, ó al menos parientes muy próximos: en los dos la misma mirada, las mismas formas, la misma espresion característica de enérgica rudeza, pero en el viejo se notaba que una larga esperiencia, y sin duda grandes infortunios, habian agriado su carácter y secado su corazon, por señales inequívocas de desaliento, de hastío, de sombría resignacion, efectos todos de un corazon seco y gastado, mientras, por el contrario, el jóven, á pesar de su continente bravío, mostraba en sus miradas, en su espresion, en su actitud, un corazon abierto aun á las mas ardientes ilusiones.

Estos dos hombres no hablaban, ni podia juzgarse del timbre de su voz mas que por los monosílabos con que de tiempo en tiempo animaban á sus caballos que parecian fatigados por una larga marcha.

Marchaban á la sazon por una ancha avenida del bosque: la luz de la luna, penetrando por las aberturas del ramaje, iluminaba vigorosamente el florido y verde césped, por el

que serpeaba un arroyuelo, y su débil reflejo, estendiéndose hasta la sombra de las enramadas, permitia ver de una manera fantástica los troncos de las encinas: á veces entre aquellos troncos, se veia moverse y pasar rápidamente una sombra, pero sin ruido, sin tocar á una hoja: esta se habia repetido muchas veces desde la entrada de los viajeros en el bosque, y llegó el caso de que el mas viejo se pusiese en cuidado, y de que, refrenando su caballo, dijese al jóven.

—El bosque del Abrojo tiene fama de servir de guarida á tremendos bandidos, Fadrique.

—No andan mejor los demas bosques y montañas del reino, tio, contestó el jóven: desde hace mucho tiempo, especialmente desde que empezó á ser rey de Castilla el Condestable, van las cosas de mal en peor; se necesita dinero para dominar los bandos y se desuella al pobre, robándole el fruto de su sudor de sangre: el pobre se cansa, se siente fuerte, y suelta la esteva para tomar una ballesta: no sé si hacen mal ó bien: ello es que ya hemos tenido, desde la frontera acá, cinco encuentros, y nos hemos visto obligados á abrirnos el páso á golpe de hacha: como hemos salido antes, saldremos ahora.

Y el jóven se encogió de hombros, y como por una medida de prudencia, descolgó del arzon su yelmo, se lo encajó, echó mano á su hacha de armas, embrazó la adarga y aguijo á su caballo.

—¿Adónde vas Fadrique? le dijo el anciano.

—Yo soy el mas jóven y me corresponde abrir camino.

—No, no, dijo el otro: nuestros caballos están demasiado fatigados y nosotros no lo estamos menos: obligados á ocultarnos de dia, no hemos encontrado que comer desde ayer, y en verdad que nuestras bolsas van quedándose exhaustas: no sé lo que hemos de hacer si por acaso... pero yo dejé mi dinero encomendado á manos fieles... en fin, cuando estamos próximos al término de nuestro viaje, es cuando debemos ser mas prudentes: mira:

Y mostró al jóven un tallar cercano, en el que se

veian clara y distintamente sombras de hombres, aunque inmóviles.

—Son demasiados para nosotros solos, dijo el viejo, y, por lo que parece, nos observan y deben tener tomado el sendero: permanezcamos inmóviles; si adelantan nos valdremos de nuestra seña: si son los que presumo, nada tendremos que temer; sino lo son, la Vírgen y Santiago nos ayudarán.

Siguió el jóven el consejo del viejo, y entrambos permanecieron inmóviles: los caballos alargaron las cabezas hasta la yerba y se pusieron tranquilamente á pastarla: por algun tiempo las sombras que habian aparecido entre los árboles permanecieron quietas y mudas, pero al fin adelantaron en círculo por todas partes, en un número considerable.

Entonces el caballero de mas edad, llevó una corneta á su boca, y dejó oir un toque estraño y prolongado: en el mismo momento resonó otra corneta en el círculo de hombres que adelantaba, é instantáneamente todos aquellos hombres, escepto uno, desaparecieron entre los árboles, y el que habia quedado se adelantó hasta los caballeros.

Aquel hombre era Jimeno Nuñez, el novio de Teresa.

—¿Quiénes sois? preguntó con acento breve.

—Ignoro si debo contestaros, dijo el caballero: nuestro nombre no se puede decir en cualquiera parte y á cualquiera persona.

—¡Ah! ¿y á quién podria decirse?

—¿Conoceis á un honrado montero que hace muchos años mora en el Abrojo, y que se llama Iñigo de Ayvar?

—Es nuestro capitan; es el valiente Barba-larga.

—¿Y ese hombre os envia?

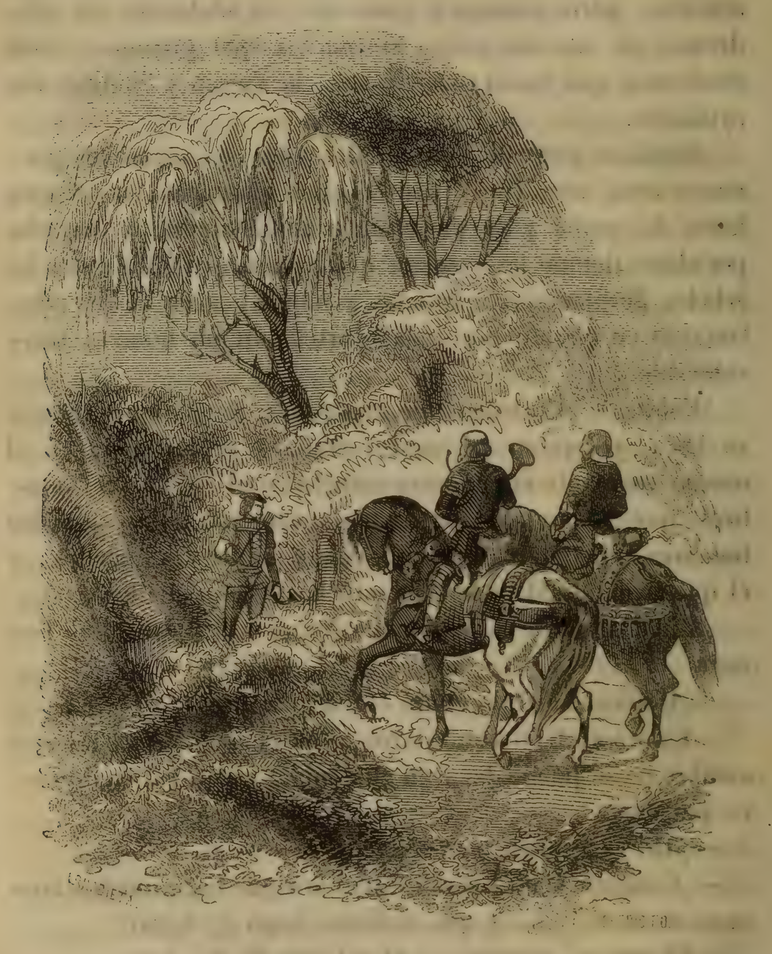
—¿Enviarme, á qué?

—A encontrarnos.

—No os puedo responder si no me decís quién sois; y sobre todo si no me mostrais una señal.

—Sea, pues; me llamo don Pero de Aguirre, y la señal es esta.

El caballero sacó de la escarcela la punta de un venablo y la entregó á Jimeno.



—En buen hora, dijo este; el nombre y las señas convienen, y estoy á las órdenes de vuestra señoría.

—Entonces llevadme á la ermita de la Virgen de Pero Alarcon.

—Si asi lo quiere vuestra señoría, le conduciré allá...pero si vuestra señoría no quiere ser visto...

—De ningun modo.

—Entonces será necesario renunciar esta noche á ir á la ermita.

—¿Y por què?

—Mañana es Nuestra Señora de Agosto.

—¿Y qué tiene que ver?

—Mucho, si gustais, caballero. Todos los años las espigadoras de estos alrededores acostumbran á elegir una doncella que vele á la Virgen desde la media noche abajo.

—Costumbre harto religiosa y loable, pero que me contraría.

—No me contraría á mí menos; pero en fin, ello es necesario respetar las costumbres. Todas estas buenas muchachas de al rededor, creen firmemente que la doncella que vele á la Vírgen, queda bajo su proteccion, mediante la cual encuentra un marido, ó un dote para ser monja ó un amante poderoso, lo que en estos tiempos viene á ser lo mismo. Asi andan las cosas. La eleccion, pues, de reina de las espigadoras es tan reñida, tan disputada como la de un maestre, aunque por distintos medios. Lo positivo, en fin, es que esta noche habrá en la ermita una muchacha vestida de blanco, con una corona de flores, y fuera de la ermita algunas gentes para defenderla de bandidos y caballeros, que cuando se trata de doncellas hermosas se parecen mucho. La terrible fama de que goza el bosque del Abrojo, y la proximidad de la corte, en que hay mas de un hidalgo desocupado, hacen precisas estas precauciones, por lo que comprenderá vuestra señoría que no es prudente acercarse hoy á Nuestra Señora de Pero Alarcon.

—Llevadme, pues, á vuestro capitan.

—Tampoco puede ser eso, porque Barba-larga se halla en compañía de personas con quienes tal vez no quisierais encontraros.

—¿Y qué personas son esas?

—Una de ellas es don Rodrigo Manrique.

—No, de ningun modo: aun no es tiempo de que yo me

haga visible al buen conde de Paredes.

—Entonces, decida vuestra señoría.

—Segun el número de las gentes de quien os he visto acompañado, debeis tener guaridas en donde encontremos un lecho y una cama.

—Espere vuestra señoría; me parece que todo está arreglado... por lo visto vuestra señoría quiere descanso y refrigerio... en lugar seguro... pues bien, los tendrá: un lecho de hojas debajo de una encina, un cuarto de cervato asado y un zaque de vino de la tierra con pan candeal como el que come el rey.

—Es todo lo que necesitamos.

—Y ademas de eso para entretener la espera una fiesta campestre.

—Entonces de nada sirve que nos ocultemos.

—Verá vuestra señoría la fiesta desde muy alto.

—¿Es acaso novia vuestra la que ha de ser elegida reina de las espigadoras?

—Yo no tengo novia, contestó lúgubremente Jimeno.

—Sea como quiera, y puesto que no hallo otra cosa mejor que hacer que seguiros, os sigo.

Jimeno hizo sonar su corneta y acudió un montero.

—Cuarenta hombres, le dijo, á los breñales y á los senderos del Salto de la Monja: en lo mas alto de la cortadura, bajo las carrascas, una cena digna de un rey: á ver como asais un cervato, que nada tenga que decirse de él... y al momento.

—¿Hay algo mas que hacer?

—Nada; si no hacer pronto lo que te he mandado.

El montero partió y se perdió entre los árboles, y Jimeno, despues de haber invitado á don Pero de Aguirre á que le siguiese, se echó la ballesta al hombro y empezó á guiar con paso largo.

—¿Está muy lejos el lugar á donde vamos? dijo don Pero.

—Una buena legua, contestó Jimeno.

—Montad, pues, á mi grupa.

—Para una cabalgadura un caballero, contestó Jimeno: ademas, señores, vuestros caballos están cansados y hambrientos, y yo estoy fuerte y ahito.

Y tirando adelante empezó á cantar el romance siguiente:

Dicen que Juana á su hija
con un hidalgo la casa:
él la da por su hermosura
joyas ricas, nobles galas...
ella sus amores vende
y á novio amante desama,
que, cual muger, es mudable,
y dió al viento sus palabras.
¡Ay si el galan desdeñado
trueca las risas en lágrimas,
las esperanzas en duelos
y las galas en mortaja!
que aunque es pobre es bien nacido,
y quien bien su nombre guarda,
cuando le deben afrentas
sabe cobrarse en venganzas.

Por el antecedente romance se vé que Jimeno habia tomado muy por lo sério los desdenes de Teresa, y que hasta en su canto, soñaba con desagraviarse de una manera terrible: habia, sin embargo, amor y respeto aun hácia Teresa, puesto que en vez de decir en su rústica poesia que Teresa por su ambicion sucumbia á los amores vergonzosos de un príncipe, se referia á un casamiento con un hidalgo. El asunto para él en la parte que le tocaba era igual, porque de todos modos perdia á Teresa, de todos modos Teresa le despreciaba.

Don Pero de Aguirre no dejó de reparar en aquella cancion.

—Parece, segun el tono y la manera con que habeis can—

tado esa trova, amigo mio, le dijo, que no es otro que vos el que ha sido desdeñado por esa *ella*, hija de esa Juana.

—¿Quién? ¡yo desdeñado! para eso seria necesario que yo hubiese hecho caso alguna vez de las mugeres.

—¡Ah! ¿sois tan dichoso que no habeis encontrado una que os derrita el seso y os vuelva loco?

—Cuando se desprecia una cosa no se la puede amar.

—¿Sabeis que me parece que ese es el lenguaje de un des-esperado?

—¡Vah! vuestra señoría se engaña. He escarmentado en cabeza agena.

—Asi escarmientan los prudentes. ¿Y os ha servido de ejemplo el novio de esa *ella?*

—Ha sido uno de mis desengaños acerca de las mugeres: porque mancebo mas cabal que Fortun el montero, ni que mas la amase...

—Por lo general ellas pagan peor al que las sirve que al que las desama.

—Por eso, cuando una muger fementida vende á un hombre por otro, el vendido se venga como se vengó Fortun, matando al gran señor que le arrebataba su novia, y haciendo su esclava á la miserable.

—¡Diablo! muy duramente se vengó el señor Fortun.

—Hizo lo que pudo.... en cuanto á mí, hubiera hecho mas.

—Al fin no habia tenido tanto motivo como otros Fortun: porque ello es que la muchacha prefirió, como era natural, un poderoso señor á un montero que tal vez rayaria en bandido.

—Las gentes de Barba-larga, contestó severamente Jimeno, no han robado jamás ni robarán: eso se queda para los malsines que vienen de Francia y de Aragon y para algunos ricos-hombres falsos á quienes se deja pasar por tales, sin serlo, de miedo: nosotros, es verdad, cazamos libremente en los cotos señoriales del muy alto, temido y poderoso señor Abad del Abrojo, Don Sancho

de Benavides, y se nos da una higa de sus hombres de armas, y de sus guardas y de sus perros de presa: de tiempo en tiempo, solemos montar en un rocin, vestirnos un arnés y enristrar una lanza, entrometiéndonos en los bandos en favor de algun señor, que es nuestro amigo y que nos paga bien.

—¡Ola! ¿sois capitan de aventuras?

—Sí, decis bien: yo soy el capitan, porque Barba-larga, está encariñado con el bosque y con cierto escondrijo que tiene en él, y no quiere abandonarlos: pero él es quien manda y quien hace las cosas, y quien sobre todo, cuando llegan estos casos me entrega cierta vieja bandera encarnada que ya ha visto huir mas de una vez á los hombres de armas del rey y del condestable.

—Siendo asi, y estando acostumbrado á esta tan libre vida, no me estraña la venganza de vuestro camarada, ni que vos seais de su misma opinion en ese punto: ¿qué hubierais vos hecho si en vez de haberos abandonado por un señor poderoso, rico y noble, os hubieran herido el corazon por un ser que ni aun era hombre, ni tenia mas mérito que sus picardias y sus insolencias de bufon?

—¡Cómo! ¿tendrá eso algo que ver con don Aleluya?

—No conozco mas aleluyas que las del rezo, ni ese hecho tiene relacion conmigo: pero por lo general las mugeres se enamoran de truanes. ¿Y quién es ese don Aleluya?

—Un hombrecillo, tan alto como mi ballesta, rufian y bribon, bufon del rey, la piel negra del diablo, y á quien tengo grandes deseos de retorcer el cuello.

El caballero calló despues de estas palabras: quedó profundamente pensativo, y Jimeno siguió adelante, alargando su romance, con nuevas amenazas.

Asi anduvieron por espacio de una hora: la selva, hasta áquel momento practicable, se fué estrechando, y el arroyo que habian costeado aumentado por otros arroyos, era ya un rio: el paisaje era sombriamente agreste; se cruzaban los brazos de las encinas interceptando enteramente la luz

de la luna; espesos jarales crecian junto á una cortadura jigantesca, por la cual se derrumbaban con estruendo las aguas, formando á su pie una laguna que ocupaba el centro de un pequeño valle, mas allá del cual corria el Pisuerga en el que desaguaba el sobrante de la laguna.

A la márgen del lago, sobre una eminencia, habia un pequeño edificio de piedra, en el cual se veia en el interior una lámpara á través de una ventana: en el otro estremo del valle habia, rodeado de alegres hogueras, un toldo formado con ramaje y colgado de guirnaldas de flores, al rededor del cual habia una multitud revuelta y alegre: sonaban rústicos instrumentos, se cantaba, se reia, y todo aquello tenia el aspecto de una fiesta campestre nocturna.

—¿Qué edificio es aquel? dijo á Jimeno don Pero de Aguirre, señalando al situado sobre la eminencia.

—Aquella es la ermita de Nuestra Señora de Pero Alarcon.

—Y aquello otro ¿qué significa?

—Aquel toldo que veis en el centro es el trono de la reina de las espigadoras.

—Y sin duda es la reina aquella doncella que llevan en andas formadas con ramas de árboles.

—Sí, dijo roncamente Jimeno, porque en la muger que llevaban sobre sus andas las espigadoras, habia reconocido á Teresa.

—¿Sabeis que á pesar de la distancia me parece muy hermosa esa jóven?

—Sí, dijo Jimeno, es la hija de Alvar Garcés, que es tenida por la mas hermosa de la comarca.

—Y debe ser rica, observó Fadrique que habia desmontado y se habia tendido en la yerba.

—¡Rica! su padre es ni mas ni menos que un hortelano que vive del precio de sus legumbres que lleva á vender á Valladolid... y esas joyas... deben ser algunos relumbrones falsos que le habrá comprado su padre.

—Son diamantes, y buenos, añadió Fadrique. Solo siendo

así podríamos ver, como vemos, á esa distancia tan vivos destellos.

—¡Diamantes! murmuró roncamente Jimeno.

Despues guardó un profundo silencio.

—¿Quién es aquel hombrecillo que va de acá para allá, que en todas partes se halla, y que con tal algazara se le recibe por todos? dijo don Pero de Aguirre.

—Es el bufon del rey; el maldito don Aleluya, dijo Jimeno en acento de amenaza.

—¡Don Aleluya! esclamó Don Pero de Aguirre, y guardó silencio: pero un silencio que tenia mucho de singular despues de la entonacion estraña con que habia pronunciado el nombre del bufon.

Por algun tiempo ninguno de los tres hombres pronunció una sola palabra: los tres miraban con una profunda atencion lo que pasaba en el valle que se estendia al pie de la cortadura.

De repente se levantó Jimeno.

—Vuestras señorias, dijo, no quieren ser vistos, y por lo tanto no pueden ir allá abajo; pero á mí nada me importa que me vean, y quiero ver de cerca esa fiesta. Mientras vuelvo dejaré aqui quien cuide de vuestras señorias.

Dicho esto, silbó ténuemente como una culebra, y poco despues se oyó ruido entre el ramaje y se presentó un montero con el cual habló Jimeno algunas palabras en voz baja. Luego se despidió de Don Pero y de Fadrique y se lanzó por el borde de la cortadura.

Suelto y ájil como una cabra montés, saltó breñas y precipicios, se deslizó por las crestas de las rocas, y llegó al fin á las márgenes de la laguna, adelantó por ellas y muy pronto estuvo mezclado con los grupos de labradores y mugeres que rodeaban el verde trono de la reina de las espigadoras.

Todas las muchachas estaban engalanadas, con sus vestidos de fiesta, y alegres, pero con una alegria forzada, porque ninguna de ellas sabia resignarse á no haber sido ele-

gida reina. Ello es cierto que este reinado era efímero, el reinado de algunas horas; pero durante ellas, la elegida era obsequiada por todos los mozos, disputábanse los mas apuestos el honor de bailar con ella, y al dia siguiente su cabaña se veia llena de nidos de pichones, de tortas de manteca, de canastillos de flores y de frutas y de ricos panales de miel, rústicos y sencillos dones de los enamorados zagales. Sobre todo, y esto era lo mas importante, nunca faltaba uno de aquellos mancebos, el mas rico y el mas gentil, que se atreviese á pedirla á sus padres, con el consentimiento de los cuales, y ademas la bendicion y unas cuantas palabras del cura, la trasladaba á su cabaña y la hacia reina de sus gallinas, de su perro, de sus dos bueyes flacos y de su ético rocin.

Haber perdido esto por Teresa, era cosa que ninguna de las muchachas la perdonaba, y mucho menos las viejas madres de las muchachas que veian perderse una ocasion probable de pasar á los hombros de un marido el peso de su hija.

El haber caido la eleccion en Teresa era cosa que habia maravillado á todas las espigadoras: desde la edad de quince años, es decir, desde cinco años antes, en que ya era demasiado notable su hermosura para que los zagales no hubiesen reparado en ella, habia concurrido Teresa á las elecciones de reina de las espigadoras, y en cinco ocasiones, habia sido pospuesta á otras infinitamente menos bellas, sin lograr alcanzar un solo voto. Esto consistia primero en que Teresa habia sido siempre demasiado altiva con los mancebos, que mas audaces que otros, se habian atrevido á decirla amores, y en segundo lugar, en que durante estas fiestas habia siempre junto á ella un hombre de fija y amenazadora mirada, ya cubierto con un traje de soldado, ya con una ballesta de montero al hombro: este hombre era Jimeno Nuñez. Unos le llamaban capitan de aventuras, otros bandido, otros montero libre: pero todos estaban de acuerdo en que era un hombre terrible, y nadie se atrevia á provocar sus celos pronunciando el nombre de Teresa.

Porque la eleccion se hacia al aire libre por la noche, á la luz de hogueras y en derredor del trono campestre. El mas anciano de los segadores, sentado sobre un tonel lleno de vino, presidia á la eleccion. Solo los jóvenes, desde diez y ocho á treinta años, tenian derecho á votar y lo hacian sentados en el suelo al rededer del presidente: los que no llegaban á los diez y ocho años, formaban en pie un círculo esterior como testigos: los que pasaban de treinta, formaban un círculo interno al rededor del tonel, y su representacion en aquel acto era la de una especie de consejo, cuyo dictámen era decisivo en los casos de empate y de discordia; antes de procederse á la votacion, el presidente, el jefe, el maestre, como le llamaban entonces usando de una frase de la época, aplicaba un cuerno á sus labios, le hacia sonar y entonces cada uno de los segadores ocupaba su lugar y las espigadoras se retiraban para dejar deliberar libremente al cuerpo electivo. Despues el presidente en una esposicion aprendida de memoria, y que no discrepaba un ápice de las esposiciones de los años anteriores, demostraba el obgeto de aquella reunion y pasaba á espresar la causa de ella, que no era otra que predisponer á la Vírgen á que concediese una buena cosecha para el año siguiente, horra de langosta y de soldados merodeadores, ofreciéndola una doncella sin mancha para velarla la víspera de su festividad: despues de esto se abria la espita del tonel, cada uno de los asistentes llenaba un cuenco de arcilla ó cuerno, y cuerno ó cuenco en mano se procedia á la votacion nominal, que empezaba siempre por la derecha. El presidente al ser nombrada una muchacha, rayaba en una caña, haciendo lo mismo cada vez que se nombraba una de ellas: concluida la votacion, se comparaban las cañas y era declarada solemnemente reina aquella cuya caña representante tenia mas rayas. Se bebia de nuevo alegremente, y acto contínuo una diputacion de la junta directiva iba en busca de la elejida, la noticiaba su destino, la entregaba una corona de rosas blancas, y nombrando por suerte otras cuatro muchachas, la hacian

cargar, mal que les pesase, con la reina, en unas andas de ramas de árboles y flores y que la condujesen al trono, despues de haber descrito al rededor de él una doble vuelta; precedian en este paseo á la reina algunos jóvenes segadores cantando al son de instrumentos campestres, y seguia la turba multa con antorchas de paja encendida.

Despues de esto la reina presidia el baile, y honraba, eligiéndole para danzar con ella, á uno de los segadores, que generalmente era su novio. Duraba la fiesta hasta la media noche, en cuya hora cuatro de los mas robustos segadores llevaban á la reina en andas á la próxima ermita de la Vírgen de Pero Alarcon, precedidos por músicas y acompañados por la multitud con antorchas: la doncella entraba sola en la ermita, y acto contínuo se retiraban todos á sus cabañas escepto su familia, sus amigos y su novio que se quedaban guardándola hasta el amanecer en que concluia la vela y la elejida dejaba de ser reina.

La duracion de aquel reinado era igual al de la vida de las rosas blancas de su corona.

Esta fiesta era inmemorial y se conservó en Castilla mucho tiempo despues de la época en que la presentamos á nuestros lectores.

Por esta vez, Teresa que nunca habia logrado alcanzar un solo voto, supo con gran complacencia, que en la eleccion no habia habido mas caña que la suya, ó lo que es lo mismo, que para ella habian sido todos los votos: Teresa sabia por don Aleluya que seria elegida reina, pero nunca esperó un éxito tan completo, que atribuyó á la influencia del príncipe.

Y en verdad, algunos caballeros y soldados hidalgos vagaban por la pradera, lo que no tenia nada de estraño, puesto que aquella festividad alcanzaba gran fama y acostumbraban á concurrir á ella muchos caballeros de la corte y generalmente los señores de los segadores, que pagaban el gasto.

Cuando Jimeno llegó á la fiesta, encontró á las mugeres enteramente rebeladas.

—¡Miren! decia una morena mofletuda. ¿Quién le ha dado ese rico collar de perlas, y esas arracadas de oro y esos alfileres de diamantes? ¿de dónde los ha sacado ella? ¡Eso es una vergüenza! ¡y tiene el descaro de venir ataviada de ese modo cuando todas sabemos!...

—¿Y qué sabeís vosotras, reinas mias? dijo Jimeno poniéndose la gorra de medio lado, afirmándose en su ballesta y cruzando la pierna derecha por delante de la izquierda.

—Nosotras no sabemos nada, dijo maliciosamente una rubia feroz; pero debe de haber un encantador que haya convertido en perlas y diamantes las fanegas de trigo que ha rebuscado la presumida en este agosto, que por cierto no han sido muchas.

—Sí; un encantador que se llama príncipe, dijo otra.

—Si; un príncipe que se llama don Enrique, recargó la rubia.

Un sudor frio bañó la frente de Jimeno, que devoró la rabia y siguió sonriendo.

—¡El príncipe don Enrique! esclamó alegremente: ¡Diablo! ved ahí que mañana se le ponga en las mientes á su señoría repudiar por estéril á su esposa doña Blanca y tengamos á esa muchacha princesa.

—¡Princesa ella! de puercos, con perdon sea dicho, esclamó la rubia con los ojos entumecidos de envidia.

—Ya veis; nunca ha logrado hacerse vuestra reina.... y este año...

—Todos han tenido su nombre en la boca... sí, sí señor; pero antes han andado por aqui escuderos de la corte hablando con todos y prometiendo á todos: ¡cuando os digo, señor montero, que están pasando escándalos que la hacen á una ponerse colorada hasta lo blanco de los ojos!

Y en verdad que la rubia mientras esto decia, tenia los ojos inyectados en sangre y lanzaba miradas furiosas desde lejos, no á Teresa, sino á las perlas y á los diamantes que la embellecian.

—¡Y qué gargantilla! esclamó la murmuradora: yo no en-

tiendo de alhajas porque soy pobre para comprarlas y demasiado honrada para admitirlas, pero creo que con el dinero que daria por ellas un judio habria para comprar toda la tierra que tenemos delante de los ojos.

En efecto, era tan rica la alhaja y tan estremadamente comprimido el valle donde acontecia la fiesta entre montañas, que bien se podia tener por juiciosa la observacion de la espigadora.

—Vamos, hijas mias, dijo Jimeno dominando la ansiedad mortal que le devoraba: á cada puerco le llega su San Martin; no hay por qué envidiar á Teresa su buena suerte... no por Dios... no hay que envidiársela...

—Ya lo creo, porque de seguro esto no puede acabar en bien, y tarde ó temprano le sucederá alguna desgracia.

—No lo digo por eso, se apresuró á decir Jimeno, sino porque si ella ha sabido enamorar á un príncipe, vosotras podreis enamorar á un duque.

—Sí, á un duque de gitanos.

—Eso se queda para las hermosas.

—Para las vanidosas.

—Para las que cambian besos por perlas.

Y aquella falange de harpías se alejo riendo.

—Ese es su novio, dijo una de ellas cuando estaban lejos.

—Y es lástima; porque es un buen mozo, observó suspirando la rubia.

—Dios guarde á Teresa, dijo otra, porque el señor Jimeno, asi como le veis, con su ballesta de montero y sus calzas de lana, es un capitan de aventuras que mete miedo.

Jimeno permaneció algun tiempo apoyado en su ballesta.

—Esto es un sueño: un horrible sueño, esclamó al fin irguiéndose y pasándose la mano por la frente, como quien procura lanzar de sí una pesadilla: pero no... no... es una horrible realidad... aquellas joyas no son mentira... se ha llevado la desvergüenza hasta el último estremo... todos lo saben... el príncipe... ese miserable príncipe á quien ser—

vimos tan lealmente, y en pago nos roba nuestras amantes... nos las corrompe... pero es porque ella es impura... siempre ha estado descontenta con su suerte... siempre, sí, siempre estaba pensando en el dia en que yo pudiese ser caballero, llevar tras mí escuderos y pajes: ¡oh! yo creia que esto era amor... interés por mí... y era ambicion: en el momento en que ese hombre la ha dicho amores, me ha despreciado... pues bien, señora Teresa, acordaos de que si aun no se me conoce como caballero puedo mas que algunos caballeros... pues bien, señor príncipe, acordaos de cuánto os sirvieron nuestras lanzas negras en Toledo, Palenzuela y Robledillo.

Jimeno se arrancó del sitio en que por decirlo así se habia clavado, y siguió adelante de frente hácia el trono campestre, desde el cual Teresa presidia el baile: estrañas ideas, y sobre todo lúgubres, cruzaban por su cabeza y seguia de frente sin ver otra cosa que la jóven, y como si le arrastrasen hácia ella el brillo de sus joyas.

De improviso chocó en un objeto y se detuvo: entonces vió delante de sí á don Aleluya.

—Hé aqui un hombre que por el momento no es hombre, dijo el bufon: una de las mayores prerogativas de la muger es convertirnos en máquinas: ¿andais ó soñais, señor Jimeno?

El montero lanzó un rugido sordo, se inclinó y asió de un brazo al bufon.

—Me alegro de haberos encontrado, don Aleluya, le dijo; venios conmigo; tengo que hablaros.

—¡Ta! ¡ta! para todo lo que tienes que decirme solo tengo dos palabras: desprecia ó véngate.

—¡Ah! con que ello en fin...

—Sí, es cierto, ciertísimo, hijo mio: la garza real se encontraba mal en el puño de un montero y ha volado al hombro de un señor: desde alli ve mas alto.

—Pues por alto que vuele, no será tanto que no le alcance un venablo lanzado por mi ballesta.

—¡Diablo! en tu lugar yo buena y simplemente me vengaria de Teresa obligándola á que me amase.

—¿Y cómo puede ser eso? esclamó con ansia Jimeno.

—¡Cómo! mira: ¿ves aquella morenita... Elvira, la hija de Artal el ganadero? el año pasado fué reina por hermosa, y no quiso á ninguno de los zagales que la pidieron á su padre: es muy bella... y sobre todo esa muchacha debe ser un ardiente pedernal, que arrojará fuego si la toca un acero como tú... para esos pobres hierros de labriegos ha sido dura como un diamante... pues mira, me parece que si Teresa está tan ufana es porque ha vencido á su rival, porque doña Mencía de Padilla la ha dado algunas joyas que causan la envidia de todas estas pobres muchachas, y porque el príncipe don Enrique la ha nombrabo dama de su esposa.

—¡Ah! ¡ha sido doña Mencía!

—Cabalmente el mal está en que doña Mencía haya hecho el regalo.

—¡Cómo!

—¿No conoces que aqui lo que se quiere es quitar al príncipe don Enrique la ayuda de los hermanos del Cristo de las Tinieblas?

El semblante de Jimeno permaneció impasible como si no conociese á los tales hermanos, pero el astuto bufon comprendió que le costaba un esfuerzo su disimulo.

—¿Y qué me importa eso?... dijo Jimeno; el caso está...

—El caso es que anda por medio cierto maestrazgo que el principe quiere para uno de sus privados, y que el condestable don Alvaro de Luna quiere para sí.

—Pero nada tiene que ver eso con el asunto.

—Pues yo digo que es el todo: don Enrique no tiene poder sino prestado... si el poder le falta, no podrá vencer á los hombres de armas del condestable, y hacerle que sea desterrado ó preso... hay quien se interesa por don Alvaro...

—Con que en fin, don Aleluya, ¿Teresa es ya la querida del príncipe?

—El príncipe las quiere á todas... ¡vah! su señoría usa bien de la vida... no digo que... porque en fin, ella es muger... ¡pero vah...! ¿y qué te importa eso? un señor montero tan libre como el aire no debe sufrir por tan poco... si fuese yo... yo, pobre, raquítico...

—Don Aleluya, ese no es el caso; aqui se trata de Teresa y del príncipe: quiero saber claramente lo que sucede, lo que hay en esto... ¿lo entendeis? vos debeis saberlo y... ¡por las barbas de Poncio Pilatos...!

El bufon cortó la palabra de Jimeno con un ademan.

—Escucha, le dijo: lo que yo sé de esto es, que se pretende que el príncipe te ofenda en Teresa.

—¿Y cómo sabeis eso?

—Como lo sabe todo el mundo: emisarios de don Enrique han cohechado á los zagales para que elijan reina de las espigadoras á Teresa, y esos mismos emisarios han dejado entender que el príncipe tiene interés en ello; luego esas joyas y la noticia de que Teresa ha sido nombrada dama de doña Blanca de Navarra, han levantado una polvareda de mil diablos... ello, en fin, si Teresa no te ama, es porque desde el momento en que ha tenido esperanzas de entrar en la corte ha renegado de tí.

Jimeno lanzó un rugido.

—Te compadezco, jóven, continuó don Aleluya; y mi sola compasion es la que me impele á darte un consejo.

—¿Y qué consejo es ese?

—Las mugeres por lo general cuando son amadas desdeñan, y cuando son desdeñadas aman.

—No: yo no quiero que me ame Teresa; lo que quiero es vengarme.

—Pues bien, véngate, empieza á vengarte desde el momento.

—¿Y cómo?

—Ya te he dicho que Elvira es una hermosa doncella.

Y tras estas palabras y aprovechando un momento de distraccion de Jimeno, el bufon se escurrió tras uno de

los grupos inmediatos: cuando Jimeno quiso buscarle le fué imposible, era tal la concurrencia de labriegos y espigadoras, y tal la animacion del baile, que pretender encontrar en él la pequeña persona de don Aleluya era una empresa harto difícil.

Jimeno volvió á su antiguo pensamiento y continuó avanzando hácia Teresa.

De repente una muger se cruzó por delante de su paso, y se paró detenida por un jóven segador.

—Quiero bailar contigo, Elvira, la dijo.

—Queremos muchas cosas, dijo con desden la muchacha, que serian muy fáciles si otros tambien las quisiesen.

—El año pasado me prometiste bailar conmigo, si este año no eras reina.

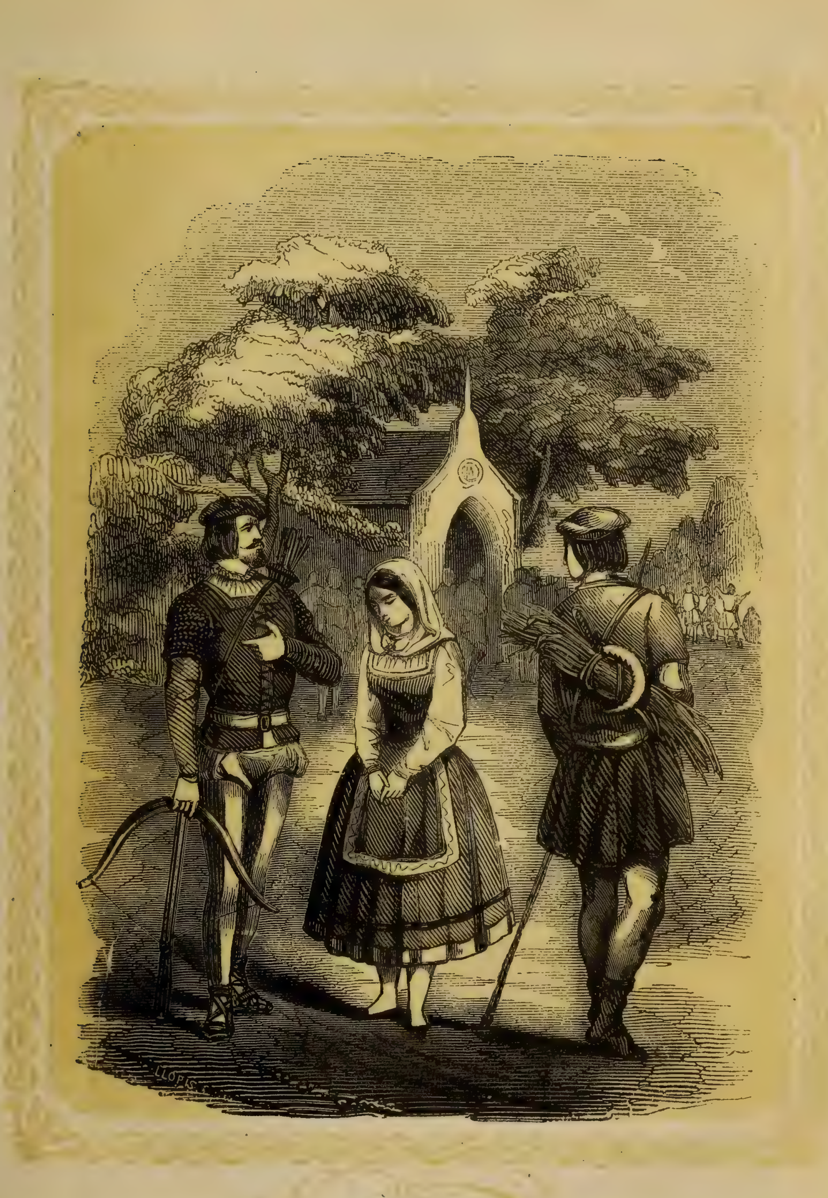
—Hace tanto tiempo, que si la hice, ya he olvidado mi promesa. Déjame pasar.

—¡Ah! es verdad: como te acompaña un señor montero, dijo el segador equivocándose al ver junto á Elvira á Jimeno.

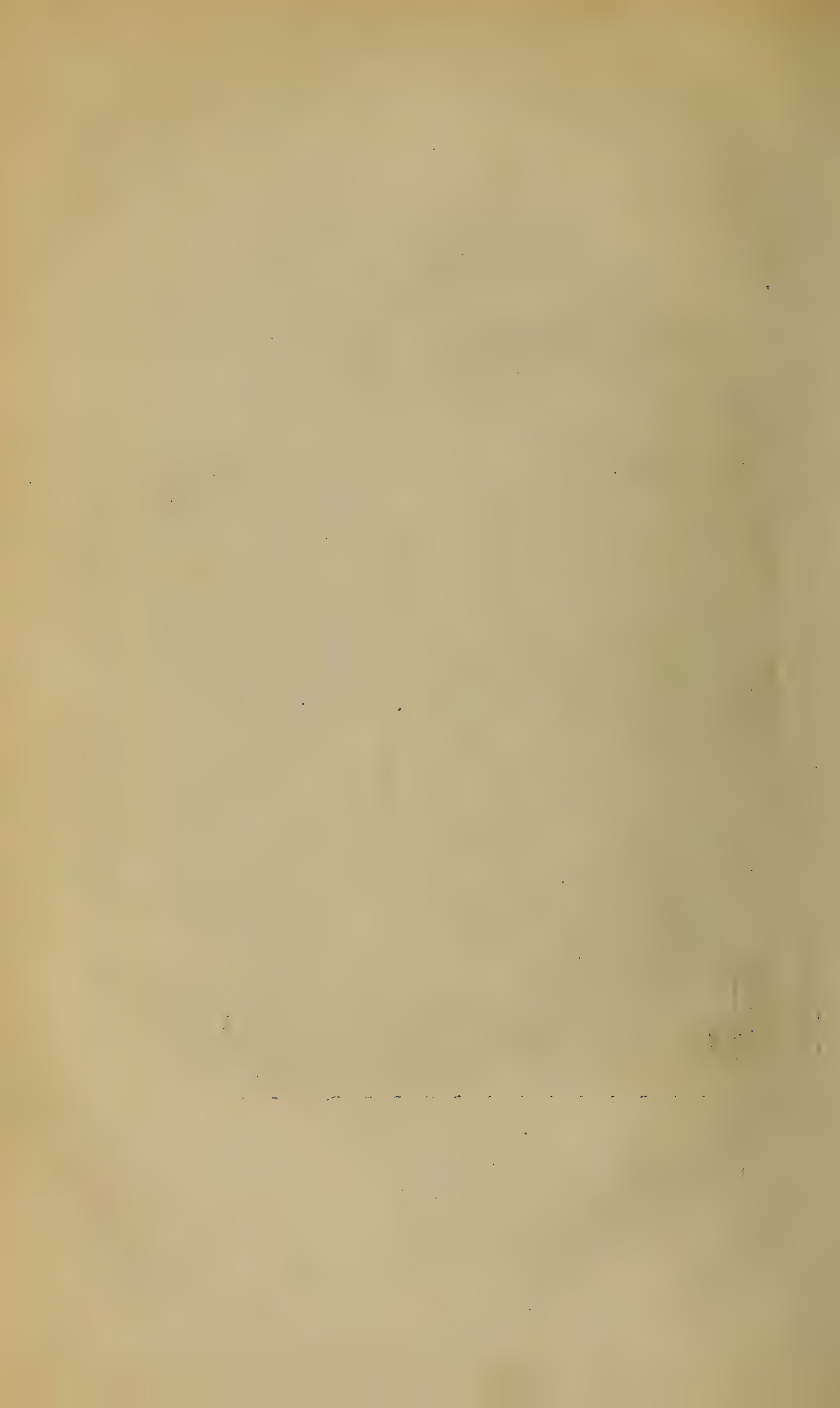
—¿Y qué os importa, seor rasura barbechos? dijo el jóven, el que yo acompañe ó no á esta doncella?

Elvira se volvió y vió á Jimeno junto á sí; su hermoso semblante palideció y se puso rojo por un momento, y el labriego contrairado murmuró algunas palabras ininteligibles y pasó.

Elvira y Jimeno quedaron frente á frente mirándose en silencio; en los ojos de la jóven habia cierta espresion de interés y de sorpresa, que hizo daño al montero: esto consistia en que los ojos de Elvira eran muy grandes, muy hermosos, muy brillantes, y sobre todo, que espresaban de una manera muy elocuente una palabra que no se atrevian á decir sus labios: aquella palabra podia significar muchas cosas, por egemplo: me agradais, estoy contenta junto á vos, decidme: yo te amo, y yo os diré os amo tambien: porque á veces tienen las mugeres unas miradas tales, que traduciéndolas, podria escribirse un volúmen.



Don Juan II.
Lám. 2.ª



No conocemos ningun hombre ni creemos exista, á quien, por enamorado que esté de una muger, no halague el ser mirado con predileccion por otra, con mucha mas razon cuando esa otra es hermosa, pura, cándida y altiva: y con muchísima mas razon cuando el enamorado se siente desdeñado y ofendido por la muger que ama.

Elvira pertenecia á esa hermosísima raza de mugeres de tez morena, encendida como el reflejo de una hoguera, aterciopelada y pura como un riquísimo tejido de seda, con grandes y rasgados ojos negros, á los que dan una dulce y misteriosa sombra, largas, espesas y negrísimas pestañas; cuyas bocas tienen el puro y vigoroso esmalte del coral; cuyos cabellos brillantes y sedosos, parecen fatigar con su peso una cabeza magestuosa, haciéndola balancearse graciosamente sobre un cuello mórvido de tez tan suave como el rostro y de inflecsiones voluptuosas; y cuando bajo este cuello se indica el nacimiento de un alto seno, bajo un justillo negro y una camisola blanca; cuando un talle flexible y encantador sostiene este peso de hermosura, y cuando bajo un brial rojo se alcanza á ver una pierna dibujada por el genio de la tentacion, con un pie de niño, dignos compañeros de un desnudo brazo, y de una mano admirable; cuando una muger asi, sea labriega ó hidalga, dama ó princesa, se detiene delante de un hombre y le mira de la manera particular con que Elvira miraba á Jimeno, las consecuencias son precisas: se siente primero una turbacion de placer y de sorpresa, luego un retroceso de la sangre de las estremidades sobre el corazon, por lo que el semblante se pone pálido, y al fin cierta irresistible influencia magnética que nos arrastra sobre aquella mirada, que nos fascina y que hace que nuestra mirada se identifique, se asimile á ella.

Esto generalmente en un hombre que tiene el corazon libre, es un principio de amor; en quien lo tiene empeñado un principio de lucha: y como en todas las luchas el mas fuerte es el que vence, ¡ay del amor antiguo, si para vencer al nuevo no tiene mas fuerza que la influencia de la costumbre!

A todas luces Teresa era mas dama que Elvira, pero Elvira era mas hermosa, mas vírgen, si se nos permite esta frase, mas fresca, mas incitante y mas robusta que Teresa, añadiéndose que era mas jóven y con una juventud infinitamente mas brillante que la de su rival.

Mediaban entre el montero y la jóven ciertos recuerdos, que si se olvidan por uno de dos que se han encontrado en una situacion respectiva, se guardan de una manera avara por el otro.

Jimeno recordó que habia visto en alguna parte á aquella muger, pero de una manera confusa: Elvira por el contrario, no dudó, sino que le reconoció de un modo fijo y le dirijió en este sentido la palabra.

—¡Ah! señor capitan, le dijo: ¿vos en nuestra fiesta y disfrazado de montero?

—¡Capitan! esclamó Jimeno procurando recordar: ¿quién os ha dicho que soy yo capitan?

—Os he visto caballero en un corcel, con una hermosa armadura negra, como las que llevan los hidalgos; con penacho encarnado en el morrion, y banda dorada sobre el pecho... me acuerdo... sí; vaya si me acuerdo... no se me olvidará nunca, porque...

—¿Por qué, vida mia?

Elvira sonrió como un ángel al verse requebrada por Jimeno, y contestó.

—Porque me librasteis de que mi padre me castigase.

—Pues mirad, no recuerdo el cómo.

—Pues yo sí: escuchad: hace un año... por la primavera; ya se habian escardado los campos, no habia nada que hacer, era la buena estacion de la caza, y mi padre me habia entregado un hato de cabras...

—¡Ah! esclamó Jimeno, como aquel á quien se esclarece por fin un recuerdo confuso; es verdad, sí: allá abajo, junto al Pisuerga, una mañanita al salir el sol... una pastora morena, una cabra blanca y un lobo cano... sí; cierto... y os acor—

dais... veamos de qué os acordais mas: ¿del lobo, de la cabra ó de mí?

—Me acuerdo de todo, dijo ruborizándose Elvira.

—Pero cuando recordamos tres cosas á un tiempo, alguna de ellas nos hace mas impresion que la otra.

—Vos tomasteis un arco de vuestro arzon, armasteis en él una flecha, y á pesar de que el lobo que perseguia mi cabra, que se habia estraviado huyendo, estaba muy lejos, le clavasteis el venablo en el corazon, y librasteis mi cabra, la mejor cabra del hato.

—En cambio vos, hermosa, me clavasteis dos dardos en el alma con vuestros ojos.

—Pero como despues de haber muerto al lobo os alejasteis de mí á todo el correr de vuestro caballo, se os cayeron sin duda los dardos con la violencia de la carrera.

—Iba muy deprisa al castillo de Simancas, hermosa: sin embargo, me he acordado de vos tantas veces.... y aun os he buscado.

—Quien busca á una persona de quien no se acuerda bien, se espone á pasar junto á ella y aun á tenerla delante sin conocerla.

—Cuando miramos por un momento al sol, no podemos conocerle bien, porque sus rayos nos deslumbran.

—Eso quiere decir que la segunda vez que habeis visto al sol le habeis visto entre nubes, y no os ha parecido tan hermoso.

—¡Oh! sí, sí; mas hermoso que nunca.... hermoso.... si sois un ángel, Elvira.

—¡Ah! ¿sabeis mi nombre?...

—Eso debe probaros que no os tenia tan olvidada cuando al veros he preguntado vuestro nombre, y despues de saberlo os he salido al encuentro.

—¿No mentís?... ¿me buscabais?

—¡Oh! ¡sí!

—¿Y por qué me buscabais?

Esta pregunta, aunque pronunciada con el candor y el

descuido con que la inocencia pronuncia algunas palabras sin conocer su sentido, puso en un conflicto á Jimeno que era honrado, y no queria comprometerse comprometiendo un corazon.

—Os buscaba.... para bailar. ¿Quereis bailar conmigo?

—¡Oh! ¡sí! contestó Elvira, significando en su acento que era demasiado pequeño el favor que le habia pedido para que no se apresurara á concederlo.

Jimeno se echó la ballesta á la espalda, asió la mano derecha de la jóven y rodeó con el otro brazo su cintura, adelantando con ella hácia Teresa: Elvira iba encendida de placer, Jimeno pálido, altivo y provocador mirando frente á frente á Teresa. Cuando estuvieron muy cerca de ella, cuando Jimeno notó la llamarada de cólera que se habia exhalado por los ojos de su amante infiel al sentir su insulto, se lanzó con Elvira en el baile sin que la jóven hubiese notado nada de esto.

Teresa los seguia con la vista: su semblante pálido, sus ojos sombríos, sus labios convulsos, el ligero temblor que la agitaba, representaban que habia comprendido la venganza de Jimeno y que la apreciaba en lo que valia: y ¡cosa estraña! aquella muger que habia olvidado los amores de Jimeno, que los habia escarnecido mientras el jóven montero los habia arrastrado á sus pies, cuando vió que aquellos amores eran despreciados, volvió á concebirlos, pero rabiosos: sintió la rebeldia de Jimeno y se irritó: queria volverle á ver á sus pies, despreciarle, humillarle, aherrojarle como á un esclavo: pero necesitaba una venganza del momento, porque la venganza de las mugeres es impaciente: la buscaba, y no encontrándola, temblaba de rabia.

De repente su semblante se iluminó con un gozo cruel: delante de ella habia aparecido un hombre que se habia arrodillado en señal de homenage ante su trono de flores: aquel hombre era el innoble príncipe don Enrique, que, despues de haber dejado á su esposa doña Blanca en el alcázar viejo de Valladolid, habia vuelto por mas de un motivo,

como verán mas adelante nuestros lectores, al bosque del Abrojo.

—Salud á la hermosísima reina de las espigadoras y de mi corazon, dijo con una repugnante galantería. ¿Quieres bailar conmigo, Teresa?

—¿Que si quiero bailar con vuestra señoría? esclamó Teresa alzándose rígida, á tiempo que pasaban delante de ella como un torbellino Elvira y Jimeno, sí... sí.... puesto que vuestra señoría lo quiere.

Y se arrojó en sus brazos. El príncipe la arrastró consigo.

Aquel baile, aunque antiguo y compuesto de diferentes pasos, tenia algunos muy semejantes á los de nuestra galop y de nuestro wals moderno: era un verdadero remolino, una mezcla de baile morisco y castellano, una danza alegre, rápida, semibárbara: las parejas se entrelazaban, se mezclaban unas con otras, se desvandaban, volvian á replegarse, con esa energía viril y fortísima que prestaba su sello característico á todos los usos y cosas de la edad media. Aquello era un torbellino.

El príncipe se lanzó en él con Teresa.

Esto causó un verdadero escándalo, y los mas circunspectos, los que habian rechazado las hablillas anteriores respecto á la jóven, no tuvieron ya duda. Teresa, arrastrada por sus celos, por su venganza, parecia provocar aquel escándalo, abandonándose de un modo poco conveniente en los brazos del príncipe que abusaba de su posicion, del mismo modo que si se hubiera encontrado entre cortesanas en una orgia de nobles, y no en una fiesta campestre entre buenos y honrados labriegos.

Y como si estos hubieran temido contaminarse con aquel egemplo, lentamente fueron retirándose parejas del baile, y al cabo solo quedaron Don Enrique y Teresa, Elvira y Jimeno.

En el mismo momento en que se quedaban solos, rodeados de un inmenso círculo de espectadores, Elvira y

Jimeno pasaron como un vendaval junto al príncipe y Teresa: la ballesta del montero se asió á la ancha plegadura de la túnica del príncipe, le hizo perder el equilibrio, y cayó arrastrando á Teresa consigo.

Oyéronse algunas rústicas é imprudentes carcajadas: Teresa se levantó pálida, y trémula, y el príncipe lívido de cólera.

Por fortuna para su dignidad, ya bastante estropeada, se levantó delante de él una figurilla exigua.

Era don Aleluya.

—Aconséjote, príncipe mio, le dijo, que lo tomes á broma. De otro modo seria peor el remedio que el mal. ¡Diablo! ello en fin es lo mas natural del mundo: te has puesto delante de ese bravo montero y te ha arrollado. Pide á Dios, Teresa, añadió rápidamente al oido de la jóven, que no te arrolle tambien.

Cuando Teresa quiso contestar al bufon, este habia desaparecido. Del mismo modo habian desaparecido Elvira y Jimeno, segun se podia juzgar por las imprecaciones del padre de esta última que la buscaba desesperado.



En que el autor lleva al lector á donde estaban Elvira y Jimeno.

Y ciertamente por mucho que el viejo Artal hubiera buscado á su hija, imposible le hubiera sido dar con ella.

Figuraos un lugar oscuro abovedado, de arquitectura gótica, y que mas que otra cosa parecia la cúpula de

una capilla, sobre cuya cornisa se ha puesto un suelo de madera; en efecto, la ogiva del arco nacia desde el pavimento de tablas entrelazándose en junquillos que marcaban una traceria caprichosa, en cuyos huecos se veian florones, cabezas de mónstruos y de angelotes. La entrada en aquel espacio debia suponerse en una compuerta abierta en un ángulo del entarimado, porque en la corroida piedra de la bóveda no habia abertura alguna: en un ángulo habia un lecho bastante cómodo: junto al lecho, colgado de una escarpia, una armadura negra de guerra; en otro ángulo unos jaeces de batalla, y tendidos en el suelo una lanza, una partesana y un arco: en otro lugar se veian una mesa con papeles y recado de escribir, un arcon, un armario con libros, y uno como hábito penitente colgado de la pared: algunos sitiales y una alfombra estendida á los pies de la cama, completaban el mueblaje.

Elvira estaba sentada en un escabel, pensativa, pálida y llorosa: Jimeno, sentado junto á ella, y teniendo una de sus manos entre las suyas, la hablaba con acento de disculpa.

—No, no; dijo la jóven: matadme Jimeno, matadme: me habeis engañado, me habeis apartado de mi padre, me habeis perdido...

—¿Y no me amais?

—Os amaba... no sé... estaba dispuesta á amaros... ¡oh! sí, sí, demasiado os amo cuando me habeis vuelto loca.

—Y bien, yo necesitaba tomar una resolucion decisiva: decisiva de todo punto: vos sois hermosa, muy hermosa, Elvira; pero esto no bastaba: estoy poseido de Satanás... ofendido por otra muger, y necesito olvidarla.

Elvira levantó sus hermosos ojos cubiertos de lágrimas, y lanzó una triste mirada á Jimeno.

—¿Y para vengaros, para olvidar, me habeis encontrado á vuestro paso y me habeis deshonrado?

—Porque tengo honra, Elvira: si hubiera sucedido de otro modo, acaso no os hubiera vuelto á ver, pero despues de que vuestra honra me pertenece, es necesario que seais mi

esposa, y lo sereis esta misma noche: mañana volvereis pura y honrada á casa de vuestro padre.

—Jamás me uniré á un hombre que ha abusado de mi debilidad, de mi amor hácia él, por vengarse, por apartarse de otra muger á quien ama.

—¿Y quién os ha dicho que yo amé?



—Quereis vengaros de una muger.

—Quiero prepararme á la venganza defendiéndome con el amor de un corazon noble y puro como el vuestro. ¿Creeis que no os amo ya, Elvira mia? ¿me creeis tan infame que si

no os hubiera elegido por mi ángel tutelar, os hubiera arrastrado conmigo? Nó Elvira, nó: vos me amais, y yo os amo tambien: no con ese amor impetuoso, hijo solo del corazon; que es ciego, que sueña, que nada ve mas que un semblante hermoso, unos ojos que mienten y unos falsos lábios que sonrien: no os amo así, nó; aunque sois bastante hermosa, bastante discreta, bastante pura para enloquecer á un hombre y esclavizarle á vuestros pies: yo no puedo amar ya asi porque sé que un lecho de rosas puede abrir un abismo; porque sé que tras un rostro de ángel se puede ocultar el corazon impuro de un demonio: os amo con el alma que piensa y encuentra en otra alma, esa dulce compañera, esa hermana que necesitamos para campletar nuestro ser: porque el hombre y la muger no son otra cosa que dos mitades de un ser que no está completo, sino cuando sus dos mitades se unen: ya sabeis el dicho vulgar de la media naranja: la dificultad consiste en encontrar nuestra mitad: en que esa mitad se adapte perfectamente á nosotros, que sienta como nosotros, que llore cuando sufrimos, y se sienta feliz cuando gozamos. Yo no os conocia, Elvira: habia olvidado enteramente el lance del lobo y de la oveja...

—¡Oh! y le habeis repetido exactamente esta noche, con la diferencia de que yo no he tenido un caballero que me salve.

—Dejadme concluir: como os he dicho, yo no os conocia pero no faltó alguien que viéndome desesperado me dijo: sufres por una muger, que vale tanto como las manzanas de la conseja: hermosas por fuera, podridas por dentro, y eres como el otro que teniendo sed, pasaba junto á un arroyo, puro, tranquilo y trasparente, sin reparar en él, porque no hacia ruido y se escondia entre la yerba, y se afanaba por apagarla en un raudal ruidoso y altivo, pero con fondo de fango. Amas á una muger que es la manzana podrida y el raudal impuro, á Teresa, que huye de tí, que te desprecia y se vende á otro, y ciego con tu amor y con tus celos no ves á Elvira, tan hermosa, tan cándida, tan noblemente al-

tiva, que no ha amado todavia, ni amará, porque la gente qne la rodea es demasiado záfia y vulgar para que hable á su corazon, y es demasiado honrada para aceptar los amores de un magnate como los acepta Teresa.

—¡Ah! ¡esa Teresa! esclamó con amargura Elvira.

—Las palabras que os he dicho me hicieron reparar en vos. ¡Oh! entonces conocí que aquel hombre tenia razon. Os ví sola, triste, vagando por la fiesta, sin tomar parte en ella, pintado en vuestro semblante el sublime fondo de vuestra alma. ¿Y lo creereis, Elvira? mi corazon se estremeció de una manera dulce, como jamás se ha estremecido á la vista de una muger, y mi alma se unió á la vuestra, porque habia encontrado en ella su otra mitad; estaba atormentado por un demonio, y ví en vos el ángel que descendia para protejerme... Despues, la casualidad hizo que la obra se completara, cuando hice rodar sin quererlo á Teresa y al príncipe don Enrique. Me importaba mucho, mas de lo que podeís creer, que el príncipe no me conociera y me aparté rápidamente de la fiesta: vos me seguisteis...

—¡Oh! sin pensar, asida á vuestro brazo, distraida...

—¿Y por qué no decir que soñando en mi amor, nada vísteis? ¿que os creísteis todavia entre mis brazos perdida en aquel baile embriagador?

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Elvira, pasándose con desesperacion la mano por la frente, como quien procura arrancar un pensamiento que le tortura.

—¡Oh! ¡si! era necesario que sucediese así, cuando Dios ha permitido que suceda. ¿No os basta que yo os asegure que os amo?...

—Sí; pero con la cabeza, y no con el corazon: le teneis hecho pedazos.

—No, no; le tengo herido: vos le curareis, y mi corazon agradecido amante, será todo para vos; entretanto, dejadle que piense en su venganza.

—Quien desprecia no se venga.

—¿Y creeis que se puede despreciar una infamia?

—¡Oh, Dios mio! vos no me comprendeis, Jimeno; vos no me comprendereis nunca. Un corazon que ama, solo piensa en su amor. Jamás me amareis como amais á Teresa.

—¿Que amo á Teresa?

—Sí; ¿qué otra cosa es que amor, esa rabia cruel con que recordais que os desdeña por otro hombre, que por él os ofende, que por él os abandona? Si no la amáseis ¿os importaria algo?...

—Es, Elvira, que todos tenemos en el corazon vanidad.

—Y esa vanidad os perderá si sois débil; si sois fuerte, lo bastante para inspirar temor á esa muger, ella se defenderá de vos haciéndoos caer de nuevo á sus pies...

—¡Oh! ¡eso nunca! ¡jamás!

—¡Llorará; os jurará su amor retorciéndose las manos! cortesana impura, á quien nada importan los sacrificios de la honra, os enloquecerá, y volverá á haceros sentir su amor de demonio, ese amor que os hace pensar en la sangre para vengaros. En tanto la que habeis llamado vuestro ángel tutelar, vuestra esposa, se verá lanzada de vuestro corazon, tratada con indiferencia, si no con dureza, pospuesta á una miserable... No, no; no me espondré á tal infortunio: eso me romperia el corazon; me volveria loca; ya casi lo estoy... porque... me ha sucedido como la pobre flor que crece en en el verano entre las grietas de una roca, en el lecho de un torrente: el cielo azul se carga de improviso de negras nubes: la lluvia se desprende á raudales, el torrente se precipita sobre su lecho, encuentra á la pobre flor y la arrastra consigo despues de haberla deshojado y enlodado.

—¡Oh! vos, Elvira, no sois lo que pareceis: esclamó Jimeno fascinado por la poética y sentida elocuencia de Elvira, á la que daban un inmenso prestigio sus lágrimas: vos no sois una rústica labriega: ni vuestra figura, ni vuestras miradas, ni vuestra alma, convienen á una de esas mugeres que han nacido para perpetuar la barbarie y producir hijos casi salvajes. ¿Quién sois?

—Soy hija de Artal el ganadero.

—¿Y quién os ha enseñado á pensar así? ¿quién ha abierto de tal manera vuestra alma á las sublimes impresiones del amor?

—Dios, mostrándome la luz por medio de uno de sus santos sacerdotes.

—¿Y quién es ese buen varon?

—El arcipreste de Sigüenza.

—¡Cómo! ¿de dónde sois, Elvira?

—De la cercana aldea de Pinoseco.

—Segun eso os habeis criado fuera de ella.

—No, no; el señor arcipreste don Rodrigo de Ulloa vive há muchos años, dejado su arciprestazgo, en Pinoseco, donde tiene hacienda: á él debo lo que soy... pero á él debo tambien el que esos hombres, entre los cuales solo podia encontrar un esposo, me desagraden y me parezcan inferiores... pero ¿y bien?... Don Rodrigo de Olloa me criaba para Dios, y para Dios seré...

—Líbreme Dios de apartaros de su servicio, pero le servireis casada.

—¡Casada! ¡y casada con vos! no, Jimeno, no.... si es cierto que me amais, probádmelo.

—¿Y cómo?

—Llevándome al convento de la Madre de Dios.

—¿No creeis en mi amor?

—Vuestro amor me hará desdichada... mas desdichada de lo que soy.

—¿Y si yo os diera una prueba de que podeis mas en mí que Teresa?...

—¿Y qué prueba podeis darme?

—Os juro no tomar venganza de ella, aunque pudiera hacerlo.

—¿Ni del príncipe?

—Ni del príncipe..... lo que haré solamente será no ayudarle.

—¿No ayudar vos al príncipe? pues, quién sois para que los príncipes os necesiten?

—Yo soy muchas cosas á un tiempo: vos me habeis conocido ya capitan: despues me habeis visto montero: luego os he traido á una casa bien estraña: ¿no es verdad?

—¿Sereis acaso uno de esos terribles bandidos contra los que se gritan pregones del señor rey todos los dias?

—Si nos llaman bandidos, es por que cuesta menos trabajo pronunciar una palabra despreciativa que una palabra que honra: pero bien sabe el muy magnífico señor condestable don Alvaro de Luna, que los que él llama bandidos le han hecho salir alguna vez de la corte, y que mas de tres veces los mismos bandidos, tras la bandera de su capitan Jimeno, han vencido á sus jactanciosos hombres de armas, aunque hayan estado mandados por su valiente hermano bastardo don Juan de la Cerezuela, ó por su bizarro hijo don Juan de Luna.

—¡Oh, Dios mio! ¿y por qué vivir asi, siempre perseguidos, siempre ocultos?

Si nos ocultamos, comunmente llega un dia en que se nos ven los rostros de claro en claro entre el humo y el fragor de la batalla, y entonces suelen ser nuestros cautivos orgullosos infanzones y soberbios caballeros.

—¿Pero tan desdichados sois que no podeis vivir en las poblaciones, de una manera honrada?

—¿Vivir honradamente llamais á reconocer las tiranías de un señor, á dejarse azotar como un perro y desollar como un cabrito: á sufrir las exaciones y los escandalosos desmanes de las gentes que gobiernan el reino y le sangran y le destrozan en su provecho...? ¿y á sufrir eso llamais honra? no: que vivan asi los débiles y los cobardes... nosotros tenemos un caballo, un arnés y una lanza, para la pelea, y una ballesta y un puñal para la montería: sabemos vivir de nuestra lanza ó de nuestra ballesta: estamos acostumbrados á dormir en el ángulo de una torre arruinada, en el fondo de una gruta, debajo de un árbol, á la faz del cielo: nos basta con poco, y cuando necesitamos oro para engalanar á nuestras amantes ó á nuestras esposas, nunca falta un caballero ó

un príncipe que nos pague á buen precio nuestra espada.

—Pero esa es una vida de peligros.

—¿Lo es menos la del vasallo que está siempre espuesto á la cuerda ó al cuchillo de su señor, ó la del caballero que contínuamente se vé obligado á llevar el arnés al hombro, por el rey, ó por el condestable, que es el verdadero rey de Castilla, ó por el príncipe don Enrique ó por los bandos?

—De modo que la esposa de uno de vosotros...

—Está siempre espuesta á quedar viuda, pero viuda de un valiente.

Elvira palideció.

—Y bien, continuó Jimeno: ¿por qué obstinaros en rechazarme?... ¿por qué, si habeis guardado mi recuerdo desde la primera vez que me visteis?... si me amais, ¿por qué condenarme á vanos temores?... ¿Quereis ser mi esposa Elvira?... abandonaré por vos, si es preciso, estas hospitalarias ruinas... no pensaré en vengarme de Teresa, seré vuestro, enteramente vuestro...

—¡Oh! ¡yo no os conozco bien, no sé quien sois!

—¿No os basta que sea un hombre honrado?

—Quiero saber el misterio de vuestra vida... porque hay tal altivez en vuestra mirada y tal acento de dominio en vuestra voz... acaso no sois lo que pareceis.

—Escuchad, Elvira, dijo Jimeno; jamás contaré los misterios de mi vida sino á una esposa.

El jóven fijó de una manera profunda su mirada en Elvira, que bajó los ojos confusa.

—Pues bien, Jimeno, le dijo: si para que me abrais vuestro corazon, es necesario que yo sea... esposa vuestra... hablad, hablad sin temor como si habláseis con vos mismo.

—¿Habeis pensado bien en lo que me habeis prometido? dijo Jimeno.

—Sí.

—¿Y no os desdecireis de lo dicho?

—Por nada del mundo.

—¿Sereis pues, mi esposa esta misma noche?

—Sí, pero con una sola condicion.

—¡Cuál!

—Juradme por la vida de vuestra madre si está viva, ó por su descanso, si ha muerto, que no amais á Teresa y que no os vengareis de ella.

—¿Me pedís que jure por mi madre? dijo profundamente Jimeno: pues bien, por el alma de mi madre os juro que no amo á otra que á vos, ni la amaré jamás.

—Entonces Jimeno, yo os perdono lo que habeis hecho, y soy vuestra.

Elvira se arrojó sollozando en los brazos de Jimeno.

—¡Oh! esclamó estrechándola en ellos con ternura, ¡y cuán lacerado teneis el corazon, Elvira, cuando asi comprimiais en él tan hondos gemidos!

—¡Oh! sí; ya sois mi esposo, y yo tambien puedo decíroslo todo, porque yo tambien tengo secretos.

—¡Secretos! esclamó con acento receloso Jimeno.

—Secretos de otros, no mios, contestó con dignidad Elvira.

Y luego continuó.

—¿Sabeis por qué os amé desde el punto en que os ví? ¿sabeis por qué he guardado vuestro recuerdo como un tesoro, como una esperanza?... era porque en vuestra noble mirada, en vuestro hidalgo comportamiento, habia yo encontrado el sér que habia soñado... un sér en cuyo seno pudiese yo verter mis lágrimas, á quien hacer partícipe de mis alegrías, á quien prodigar una ternura que estaba comprimida en mí desde la cuna... porque... porque no tengo padres.

—¡Cómo!... ¿y Artal?

—Artal es un hombre á quien no he comprendido bien: detrás de su áspera corteza, hay un corazon honrado sin duda, pero duro... y su muger ¡oh! su muger es una naturaleza enferma, una cabeza caprichosa... la locura, una terrible locura la estravia: esa muger me causa miedo... Yo creia á Artal mi padre, aunque nunca le he debido una

caricia... pero un dia... (¡oh qué dia tan terrible para mi!) Artal vino á la majada y me encontró sola, pensativa, sentada en una piedra en el mismo sitio en que me encontrasteis la primera vez... pensaba en vos... como se piensa en un sueño, y no reparé en Artal.—Elvira, me dijo: he venido solamente á hablarte sin testigos.—¿Y de qué teneis que hablarme, padre?—De cosas demasiado graves: por lo tanto escúchame con atencion.—Dicho esto se sentó en la yerba, delante de mí y continuó:—Ya tienes diez y seis años, Elvira, y hace algun tiempo que noto en tí un cambio notable. Antes jugabas y reias con tus amigas de la aldea, eras con ellas llana y sencilla, corrias como una loquilla tras los cabritos, y eras, en fin, una niña; el señor arcipreste estaba muy contento de tí porque, decia, tenias paz en el corazon y eras comunicativa, sencilla y devota: aprendias bien tus lecciones de latin y lo amabas todo. Ahora no eres la misma, huyes de tus compañeras; si te buscan, las tratas con desvio; te has hecho disimulada y altiva, y por las noches te oigo sollozar en tu lecho. No; indudablemente no eres la misma: ¿En qué consiste este cambio?—No lo sé, padre mio, le contesté.—¿Que no lo sabes? me dijo... pues yo sí lo sé: tu amas á un hombre.—Me hube de poner sumamente colorada cuando Artal, tomando aquel rubor por una confesion, me dijo con acento de amenaza:—¿Y qué clase de hombre es ese?... ¿es tal que no lo pueda conocer yo?—Entonces yo, que nunca he mentido, le conté que desde el momento en que os ví, no habia podido olvidaros, que cada dia os recordaba con mas fuerza, y que este recuerdo entristeciéndome, era la causa de la variacion que se encontraba en mí.—¿Y dices que ese hombre parecia un caballero? me preguntó.—Asi es la verdad, le dije: pero no le he vuelto á ver.—Las montañas son las únicas que no se encuentran nunca, pero tratándose de hombres y de mugeres, es distinto... podrás encontrar cuando menos lo pienses al tal capitan, y si antes no reparó en tí, puede reparar en otra ocasion que eres muy hermosa y que le amas: guárdate,

Elvira, pero guárdate por tí misma, porque si das un paso en falso... se acabó... no seré yo quien me deshonre por llevar adelante una obra de caridad.—Yo me eché á llorar: entonces Artal se dulcificó.—No he venido á hablarte solo por eso, me dijo: sé que eres una buena muchacha: pero los hombres de estos tiempos en nada reparan: ya no volverás á la majada ni estarás sola; ademas quiero que sepas que no eres mi hija.—Considerad cómo quedaria yo al escuchar esta declaracion, Jimeno, porque es cruel, muy cruel, creer que el nombre que tenemos, por mas que sea humilde, nos pertence, y saber de repente que no podemos llevarlo sino porque nos lo permiten, porque nos lo dan de limosna... Aquel fué un momento cruel en que no supe hacer otra cosa que llorar.—Justo es que sepas, continuó Artál, cómo viniste á mi poder: vivia yo hace veinte años en una alquería junto á la márgen del Duero: era una noche de invierno muy cerrada y muy fria: no se oia otra cosa que el zumbido del viento entre los árboles y el desplome del aguacero: era ya tarde, cerca de la queda, y ya habíamos acabado de cenar y rezábamos con los mozos de la hacienda. De repente nuestros perros empezaron á ladrar y se arrojaron á la puerta: todo habia que temerlo entonces, porque el Abrojo estaba infestado de bandidos, y mandé tomar á mis gentes sus ballestas, despues de lo cual me asomé á una ventana en la cual cuidé de que no hubiese luz para impedir el que pudiesen tener en mí un blanco seguro para un arcabuz ó una ballesta. En el mismo momento, y antes de que yo hablase, uno de muchos hombres que estaban á la puerta á caballo y al parecer armados de todas armas, me dijo estas palabras que no he podido olvidar todavia:—Así que hayamos marchado, bajad y recoged lo que dejamos á vuestra puerta.—Y sin decir mas todos aquellos hombres revolvieron sus caballos.—En aquel momento resonó en mi puerta el llanto desconsolado de un niño, y como si le hubiera respondido sonó el llanto de otro entre las gentes que se alejaban.—Bajé y te encontré á tí, Elvira, en-

vuelta en nobles pañales, y junto á tí un pesado bolson de cuero. Tu estabas enferma, muy enferma, y en el bolson habia hasta mil doblas de oro, lo que ya era una hacienda digna de una infanta. Pendiente del cuello tenias un pergamino escrito dentro de una bolsa, y el pergamino está aquí. Puesto que sabes leer, léelo.

—¿Y qué relataba el pergamino? dijo Jimeno interrumpiendo á Elvira.

—¿Sabeis leer? dijo Elvira sacando una bolsita de su seno.

—Sí; gracias á los buenos oficios de un anciano monje del Abrojo.

—Pues bien, leed; dijo la jóven sacando de la bolsa un pergamino muy enrollado.

Jimeno le desenrolló y leyó lo siguiente:

«A Maese Artal Ramirez: la buena fama de honrado que »gozais y las riquezas que os ha dado vuestra ganadería, me »hace tener mas confianza en vos que en otro ninguno, y os »dejo mi hija á quien podreis poner el nombre de Elvira. »Me veo obligado á salir con prisa y secreto de Castilla, por»que me va en ello la cabeza, y mi hija está demasiado en»ferma para que me atreva á hacerla sufrir un largo viaje. »Es noble, tan noble como quien desciende de una de las »primeras casas de Castilla. Por consecuencia, vos, que ha»beis sido soldado y escudero del famoso antipapa don Pedro »de Luna cuando era arzobispo de Toledo, sabeis demasiado »cómo debe criarse á una dama. Criadla, pues, así; y para »que podais hacerlo, os dejo en una bolsa mil doblas de oro. »Pero sin embargo, si Dios quiere que no muera de la do»lencia que sufre, y que es demasiado grave, criadla en el »temor de Dios, hacedla robusta y fuerte, y no la reveleis »que es hija de un caballero, de un señor de vasallos, sino »cuando fuese necesario; si muere, tened puesta durante un »año sobre vuestra puerta una cruz negra. Si antes de diez »años no se ha presentado nadie á pediros esa niña con la »mitad del sello, cuya otra mitad está en este pergamino, »tenedla como hija vuestra. Espero en vuestra honradez y

»cristiandad que cumplireis fielmente mi encargo, y que no »os espondreis á las consecuencias que tendria el que me »dieseis una mala cuenta de mi hija.»

Este pergamino no tenia fecha ni firma. Solo en una de sus puntas que habia sido cortada, quedaba medio sello en cera colorada.

Jimeno leyó pausadamente el pergamino y le devolvió á Elvira.

—No, no, le dijo esta, guardadlo; ¿acaso no sois mi esposo? ¿quién le puede tener mejor que vos?

—¡Oh! ¡Elvira! ¡Elvira! dijo Jimeno; lo que me acabaís de decir me llena de alegría: ¿con que no sois una villana? ¿con que el hijo de un caballero se enlazará con otra igual suya?

—¡Cómo! ¡vos!

—Sí; yo tambien.... pero yo no os referiré mi historia hasta que haya caido sobre nosotros la bendicion de Dios por la mano de un sacerdote.

—¿Y cuándo? preguntó ruborosa Elvira.

—Esta misma noche, contestó Jimeno.

Y yendo á la mesa se puso á escribir una larga carta. Cuando hubo concluido llamó junto á sí á Elvira.

—Firmad aqui, dijo.

La jóven firmó sin mirar el escrito.

—¡Qué! dijo Jimeno; ¿no quereis saber lo que firmais?

—Cuando vos lo habeis escrito, bien escrito está

—Esta es una carta á don Rodrigo de Ulloa.

—¿Para qué?

—Para que nos case.

Despues de esto Jimeno dobló la carta, la cerró, la selló como pudiera haberlo hecho un caballero, y yendo á la compuerta desapareció por ella.

Poco despues volvió y dijo á Elvira.

—Pinoseco está cerca, y el hombre que he enviado no tardará en llegar á la casa del arcipreste. No es justo que hagamos esperar á ese buen sacerdote.

Elvira se levantó, se asió del brazo de Jimeno, y entrambos desaparecieron por la compuerta.



En que se sabe algo de lo que hacian los hermanos del Cristo de las tinieblas y se presenta un personage de interés en esta historia.

Con gran terror suyo, Elvira asida al brazo de Jimeno, atravesó espacios lóbregos y húmedos, sobre cuyos gigantescos muros reflejaba turbiamente la lámpara de Jimeno: con frecuencia sus pies resbalaban en la humedad, ó aplastaban un reptil que crugia bajo su presion. Aquellos eran los ámbitos intrincados y tenebrosos de unas estensas ruinas subterráneas.

De tiempo en tiempo, y al pasar por algunas encrucijadas, creia Elvira escuchar voces de muchos hombres reunidos; pero pasaban, y aquel rumor se desvanecia quedando en su lugar un sepulcral silencio.

Al cabo de algunos minutos de marcha, empezaron á descender por una anchísima escalera de mármol, á cuyos costados se veian en nichos de piedra, temerosas estátuas de santos, cuyas sombras causadas por la lámpara de Jimeno, disminuian, pasaban y se desvanecian como gigantes fantasmas.

Al fin, al medio de la escalera, Jimeno torció á la izquierda, apagó la luz y entró en un aposento oscuro con Elvira.

Al fondo de aquel aposento habia una doble ventana gótica, partida por una columna, por la que se veia un gran espacio iluminado por una luz fuertemente rojiza.

Jimeno llevó á Elvira a aquella ventana.

—Aqui os dejo por un momento, la dijo.

—¿Y á dónde vais? contestó temblando Elvira.

—A buscar testigos para nuestro casamiento entre esos buenos penitentes que veis allá abajo en la nave mayor de la iglesia, de que esta ventana es una tribuna,

—¡Cómo! ¿en estas ruinas hay una iglesia?

—Ya lo veis: nada ha quedado sobre la tierra de la antigua abadía-castillo de los monges negros de Juan-sin-alma: pero debajo de ella, cubierta por una espesa capa de musgo ha quedado la iglesia del panteon: ¿no veis esas oscuras capillas en que se apilan sepulcros de caballeros; esos robustos pilares, y sobre todo ese severo altar en que solo hay un Crucifijo?

La decoracion que se veia desde la tribuna era imponente: era una vieja iglesia gótica, entera, sustentada sobre robustísimos pilares, de una gran altura y de una estension tal, como la de nuestras mayores catedrales: la estraña habitacion en que se ha fijado el capítulo anterior, no era otra cosa que la bóveda de una de sus capillas.

En el presbiterio de la iglesia, habia una mesa cubierta de un tapete negro y sobre ella seis candelabros en que ardian otras tantas velas de cera amarilla: detrás de aquella mesa, sentados en sillones, habia tres hombres, vestidos con hábitos de penitentes, con las cabezas cubiertas con capuces, que solo tenian dos aberturas para los ojos. Dos hombres vestidos con el mismo traje estaban á los dos estremos de la mesa escribiendo de tiempo en tiempo en grandes libros; por bajo de la graderia del presbiterio, á lo largo de la gran nave, habia dos largas hileras de penitentes sentados en escaños, y detrás de los escaños, en cada hilera, doce penitentes de pie teniendo en las manos antorchas encendidas que eran las que iluminaban la iglesia tiñendo sus muros de un resplandor rojizo.

—¿Qué gente es esa? dijo Elvira estrechándose á impulsos del terror con Jimeno.

—Esos son los hermanos penitentes del Cristo de las tinieblas, que es aquel enorme Crucifijo que está sobre el altar, y á quien hace tiempo se llama de las tinieblas, porque generalmente está á oscuras.

—¿Y qué clase de hombres son esos?

—No les temereis cuando yo os diga que soy mayordomo de esa cofradía.

—¿Y para qué se reune esa gente aqui?

—Por ahora para conspirar contra el condestable don Alvaro de Luna.

—Pues entonces debe de haber aqui caballeros.

—Y muy nobles y poderosos. ¿Veis aquel que está sentado entre otros dos detrás de la mesa?

—Sí.

—Pues aquel es no menos que el señor marqués de Villena.

—¡Cómo! ¿descendiente acaso de ese nigromante que dicen mandó que le picaran despues de muerto y le metieran en una redoma?

—Ese era don Enrique de Aragon, primer marqués de Villena; rico noble y caballero, muy sabio y muy respetado, aunque un tanto ambicioso: perdió los bienes y quedó pobre, todo por querer ser maestre de Santiago: murió sin hijos y el marquesado pasó á la corona: hace un año el rey don Juan el segundo, dió ese marquesado á don Juan Pacheco, sobrino del arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo, hermano de don Pedro Giron, maestre de Calatraba, y privado del príncipe don Enrique, que es el caballero que está sentado en el sillon de en medio. El que tiene á la derecha es don Rodrigo Manrique, conde de Paredes.

—¿Y toda esa gente os conoce?

—Ya lo creo, me necesitan y de ello podreis juzgar dentro de un momento. Por supuesto no os asusteis, suceda lo que suceda.

—¡Pero qué va á suceder!

—Podrá haber cuchilladas.

—¡Dios mio!

—Pero vos no correis peligro, ni yo tampoco.

—¡Oh! ¡no, no os vayais! voy á morir de miedo.

—Es preciso, preciso de todo punto, Elvira.

—¿Preciso, cuando yo os lo pido por mi amor?

—Vuestro amor es quien me obliga á ello. Ademas debeis acostumbraros á ser fuerte y á no pensar en el peligro, puesto que vais á ser mi esposa.

Y sin decir mas se separó de Elvira, que quedó anhelante y transida de miedo en la tribuna.

Por algun tiempo de nada pudo apercibirse dominada por el terror en que la colocaba su estraña posicion: solo veia á sus pies sombras negras é inmóviles que se ajitaban de tiempo en tiempo bajo la influencia de la palabra del hombre que estaba sentado entre otros dos en la mesa y que Jimeno habia dicho llamarse el marqués de Villena.

Aquellos hombres encapuchados, bajo cuyos hábitos en la mayor parte de ellos se veia asomar la punta de una espada, ó un pie calzado con un pesado zapato de hierro; aquellos otros doce penitentes, inferiores sin duda, que de pie é inmóviles, como estátuas, sostenian antorchas cuyas luces chisporreaban ajitadas por el viento, que penetraba por las ruinas; las gigantescas pilastras cercanas, iluminadas vigorosamente por aquellas luces, y destacándose sobre fondos densamente oscuros; aquel sombrio Crucifijo relegado en su tenebroso altar; la sombra, que se apilaba en la parte mas alta de las ogivas; acá y allá algun caballero de piedra de rodillas sobre una tumba, todo contribuia á dar á aquella escena un colorido eminentemente misterioso y fantástico.

Poco despues de haberse separado Jimeno de ella, Elvira creyó verle aparecer y permanecer oculto en la sombra, tras uno de los pilares de los arcos del presbiterio. En aquel momento el marqués de Villena dirigió su voz á los encubiertos, encubierto como ellos, segun mas atrás dejamos dicho.

—Es necesario, pues, concluir de una vez, decia: todo cede en Castilla al capricho del favorito: á cada momento se hace mas formidable: tiene hechizado al rey.

Levantóse un ronco murmullo sobre todas aquellas cabezas.

—Hechizado, sí, repitió el marqués; ¿quién puede dudarlo al presenciar el escándalo con que se conceden mercedes á ese hombre? no bastaba haberle puesto en la mano la espada del reino como condestable, ni haberle hecho conde de Santisteban de Gormaz, infanzon y señor de horca y cuchillo; á él que es un bastardo, hijo de una mugerzuela de aldea, y sabe Dios de quién, porque aunque le reconoció por su hijo don Alvaro, señor de Cañete, Jubera y Cornago, se ha averiguado que por este tiempo, la María de Cañete, su madre, tenia amigos que eran muy jóvenes y mas vigorosos que el copero mayor del rey don Alvaro de Luna, aunque fuesen menos nobles.

—Nada nos importa eso, dijo una robusta voz á la estremidad de uno de los escaños, y estamos perdiendo vanamente el tiempo. Lo que importa es apoderarnos de don Alvaro de Luna, sin meternos á averiguar quiénes fueron sus padres.

—¡Que no nos importa! esclamó con acento displicente el marqués: ¡con que es decir que el noble caballero que acaba de hablar, mira con indiferencia el engrandecimiento de un hombre oscuro, que ha llegado á tanto como á obligar á lo mas noble de Castilla á tratar como iguales á hombres que...!

—A hombres que han ganado sus señorios como vos vuestro marquesado, ilustre señor don Juan Pacheco.

—¿Estamos tan seguros de que no hay entre nosotros traidores, ni espias del condestable, dijo profundamente el marqués, que ya pronunciamos nuestros nombres?

—Demasiado conoce el condestable á sus enemigos para que podamos temer que aqui nos escuche ó nos vea uno de sus parciales, dijo el que habia apostrofado al marqués de Vi-

llena; y en prueba de ello, yo que temo mas á la traicion con el rostro encubierto, arrojo mi disfraz; arrójelo el que quiera: siempre estaremos mejor mirándonos frente á frente.

Elvira escuchó tras estas palabras un áspero crugimiento de arneses al moverse cada uno de aquellos hombres, y poco despues vió que se habian convertido en una larga fila de armados: entonces comprendió por qué antes aquellos capuces abultaban de una manera distinta entre sí: esto consistia en que bajo cada uno de ellos habia un casco, y en que cada casco tenia una forma particular.

Elvira contó hasta cuarenta caballeros: los únicos que habian quedado encubiertos eran los doce hombres que mantenian las antorchas: entre aquellos cuarenta hombres habia siete que parecian señores, por el mayor lujo de sus armas y la mayor espresion de dominio de su semblante.

Como nuestros lectores querrán saber quiénes eran estos caballeros, y no tenemos á mano nigun personage que nos lo diga, vamos á decirlo nosotros.

Ya hemos hablado de dos de ellos: de don Juan Pacheco, marqués de Villena, y de don Rodrigo Manrique, conde de Paredes. Estos ocupaban la mesa de la presidencia con otro caballero anciano que era el almirante don Fadrique Enriquez. Los otros cuatro caballeros, que estaban colocados á la cabeza de cada banco eran don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, los hermanos Pedro y Suero de Quiñones y el conde de Alba de Liste, don Fernan Alvarez de Toledo.

Los demas eran hijos-dalgos, gentiles hombres y escuderos, partidarios ó servidores de aquellos magnates, algunos de los cuales tendremos ocasion de conocer en el transcurso de esta historia: uno de los principales de ellos era Pedro de Mendoza, recientemente hecho señor de Almazan, por los buenos oficios de don Alvaro de Luna, y como señor de nueva creacion, era el que habia apostrofado al marqués de Villena cuando habia oido tratar con desprecio á los nobles nuevos: acompañábanle Rodrigo de Robledo, que algunos

meses antes habia defendido contra el rey y contra el condestable, la villa y castillo de Atienza que tenia por el rey don Juan de Aragon, y Pedro de Ontiveros, alcaide de Medellin en otro tiempo, y tambien enemigo del condestable.

Ademas de estos cuantos hidalgos, y de Jimeno que estaba en espera en el presbiterio, habia en la iglesia otro personage que nadie habia visto ni aun Elvira: era una sombra opaca que estaba casi perdida en el oscuro fondo de una puertecilla á la derecha del altar. Imposible hubiera sido aun á una persona que hubiera estado á su lado pretender conocerle: tan densamente oscura era la penumbra en que se encontraba envuelto: pero podia habérsele oido murmurar con cierto acento de desprecio:

—De mal en peor: esto no puede continuar asi; estos hombres se aproximan demasiado unos á otros para que no haya un duro rompimiento; y bien, todo se reducirá á una de dos: ó á que el diablo, cansado de ayudar al condestable, le abandone en manos de sus enemigos, y á que estos escarmentados le corten la cabeza, ó á que el condestable los venza, se apodere de los principales y los despedace. Y bien: en cuanto á mí lo mismo me dá uno que otro: siempre seré lo que soy: pero siempre seré mas fuerte que vosotros, mis nobles y poderosos señores. ¿Y Jimeno? no veo á Jimeno entre esos hombres: ¡Ah! es verdad: esta noche es la fiesta de las espigadoras y estará con Teresa: sin embargo probemos.

Aquel hombre produjo un tenue silbido semejante al de una culebra, que pasó desapercibido para los hermanos del Cristo de las Tinieblas, que á mas de estar abstraidos en sus asuntos, aunque le hubiesen escuchado le hubieran confundido con los silbidos naturales de las culebras que andaban en el subterráneo y que se escuchaban á cada momento.

Al silbido del hombre aquel, contestaron inmediatamente dos, y luego resonaron perdidos en todas las capillas y ángulos del panteon.

—¡Oh! ¡oh! dijo aquel hombre: pues esto es distinto; Jimeno no está en la fiesta, sino aquí, y sus buenos soldados negros se ocultan en las sombras: pues cuidado, mucho cuidado, señor marqués de Villena: si yo os sirvo es por Jimeno: si Jimeno no os sirve, dejo de serviros yo: pero ¿qué diablos será esto? ese muchacho parecia terriblemente decidido en contra del condestable, y cuando él ha variado, debe tener poderosas razones: paréceme que dentro de poco va haber aquí ballestazo y cuchillada, con cada uno de los cuales tendrá bastante el mas descontentadizo y sobrado; pues bien, preparémonos: justo será ayudar en un caso á nuestros amigos.

Aquel hombre calló y permaneció inmóvil en su puesto; solo se le veia agitar en las manos una cosa como ballesta.

Entretanto el marqués de Villena, el conde de Paredes, el almirante don Fadrique y los demas caballeros habian dejado su anterior posicion, y se habian agrupado alrededor de la mesa.

—Yo no hacia referencia, dijo el marqués de Villena dirigiéndose á Pedro de Mendoza, al tratar con desprecio á los nobles nuevos, ni á vos ni á ninguno de vuestros amigos que han recibido recientemente mercedes del rey: todos sabemos, señor Pedro de Mendoza, que antes de ser señor de Almazan, érais noble y muy noble, que serviais el oficio de montero de su alteza el rey, lo que es ya un buen oficio, y que al daros el señorío de esa villa, no han hecho mas que premiar vuestros buenos servicios en el último cerco de Atienza, y sea esto dicho sin ofender al señor Rodrigo de Robledo que defendia aquella villa por el rey don Juan segundo de Aragon, no; yo no hacia referencia á vosotros, caballeros, sino á la corte del condestable.

—Me doy por satisfecho, señor marqués, y no insisto mas en el asunto.

—¿Y cómo confundiros con esa turba multa de pages, de escuderos y de criados á quienes ha ennoblecido el condestable y alguno de los cuales, como á Gonzalo Chacon, ha elevado

hasta la honra de comendador de Santiago? Lo repito, señores: ¿cómo sufrir la soberbia de esos pelones enriquecidos, que hoy nos tratan con desden y que ayer no hubiéramos querido ni para nuestros escuderos?

—Pero estamos perdiendo el tiempo, señores, dijo el almirante ;y no es por cierto esto lo que conviene á los intereses de mi sobrina doña Juana de Navarra. Vos, señor marqués de Villena, como propietario y señor de muchas tierras y feudos en Aragon, debeis tener un gran interés en que los nobles reyes de Navarra estén propicios con vos.

—¡Ah! ¡ah! ¡parece que se quiere que por acá tomemos mas parte de la conveniente en las cosas del príncipe de Viana y de su hermana doña Blanca de Navarra!

—Ya sabeis á cuanto nos puede conducir el que el condestable favorezca á estos dos príncipes!

—Lo sé demasiado, señor almirante, y por lo mismo os he citado esta noche en estas ruinas para dar un golpe decisivo, un golpe de gracia á don Alvaro de Luna.

—¿Y qué golpe es ese?

—Es necesario impedir que el condestable case al rey.

—Pues yo creo, dijo el almirante, que debíamos dejar tranquilo al condestable hasta que hiciese ese casamiento.

—¿Y en qué os fundais para darnos ese consejo, don Fadrique?

—¿Conoceis á la infanta doña Isabel de Portuga, señor marqués de Villena?

—La ví hace cuatro años en Viseo durante unas fiestas que se hicieron por mi cuando fuí de embajador del rey de Castilla á tratar de ciertos arreglos de frontera con su tio el rey Don Alonso de Portugal.

—Y bien: ¿no notásteis nada en ella?

—Noté, señor almirante, que era una niña muy bella, que prometia ser una muger muy hermosa.

—Y muy altiva, muy dominadora, muy firme y muy digna. El condestable ha debido estar ciego, y ciertamente le tiene ciego la soberbia, cuando dominado por las sugestio—

nes de su grande amigo el infante don Juan, gran mastre de Santiago en Portugal y padre de la infanta doña Isabel, no ha comprendido que casar con ella á don Juan segundo, es echarse él mismo á la garganta el dogal que debe ahogarle.

—Mucho pretendeis conocer á su señoría, señor Almirante.

—¿A cómo estamos hoy? dijo don Fadrique.

—Estamos á catorce de agosto de mil cuatrocientos cuarenta y siete: contestó con cierta estrañeza el marqués de Villena que no sabia á dónde iba á parar el almirante con su pregunta.

—Pues bien: para dentro de seis años, por esta fecha, os juro que el condestable es hombre perdido.

—¡Dentro de seis años! murmuraron con disgusto algunas voces.

—Muy largo fiais el plazo, señor almirante, repuso el marqués.

—¿Qué, os parece tan fácil arrancar el poder á un hombre que vale tanto como don Alvaro de Luna, que se ha criado con el rey, que le domina, que tiene demasiado valor y talento para vencer á sus enemigos y sin que no le sean traidores sus parciales?

—En seis años, el condestable acabará por apoderarse de toda Castilla, dijo el conde de Paredes, como se ha apoderado por sorpresa del maestrazgo de Santiago.

—Al fin respirais por la herida, señor Rodrigo Manrique, dijo el almirante: paréceos que para ser vos maestre, es necesario de todo punto que caiga de una vez, y de una manera sangrienta, don Alvaro de Luna. Pues os engañais: para que caiga, es necesario que no sea maestre de Santiago: es necesario que los trece de la órden que lo han elejido, por un mandato terminante del rey, y temiendo al poder del privado, tengan fuerzas en qué apoyarse para protestar de esa eleccion, como fruto de una violencia. Ahora bien: ¿con qué fuerzas contamos?

—¿Con qué fuerzas? dijo una voz detrás del grupo que

hizo volver á todos la cabeza... y os entreteneis en esas niñerías, caballeros: ya no me estraña el ver tan avinagrado el semblante de mi grande amigo el señor marqués de Villena, que conoce perfectamente que estais perdiendo el tiempo. ¿Con qué fuerzas contamos? preguntádselo á don Juan Pacheco, y él os contestará.

El hombre que asi habia hablado, no era otro que el príncipe don Enrique que acababa de llegar, y en cuyos ojos se notaba, asi como en lo inseguro de su voz, el efecto de una embriaguez reciente.

—¿De dónde venís, señor? dijo el marqués, cuyo semblante se avinagró mas y mas, valiéndonos de la espresion del príncipe, al ver lo descompuesto de su aspecto.

—¿Que de dónde vengo? respondió. Y bien ¿qué te importa eso, Pacheco? ¿qué pretenderás tu ser conmigo; lo que es don Alvaro con mi padre? ¿quieres ser eternamente mi ayo y mi pedagogo? pues mira, trabajo te mando. Conténtate con que yo te deje como hasta ahora usar y abusar de mi nombre, y no te metas en mas honduras.

—Adivino de dónde venis, señor, dijo el marqués; y adivino con disgusto que vuestros devaneos son fatales á vuestros nobles.

—¡Que mis devaneos...! ¡dale! ¿con que es decir que para que mis nobles prosperen á su antojo, será necesario que yo me sentencie á una vida de anacoreta?

—¿Queriais que yo dijese, señor, con qué fuerzas contamos para vencer al privado? Pues voy á poneros en camino de que conozcais cuánto nos sois contrario con vuestros caprichos. Ninguno de los que estamos aqui presentes podemos contar con una lanza: las vuestras desde el cerco de Atienza, y por disposicion del condestable, sirven al rey bajo el mando de Pedro de Silva, señor de Cifuentes, que tan honrado y favorecido está por el condestable, que antes se dejará sacar los ojos que hacerle traicion: el almirante don Fadrique Enriquez, aqui presente, anda oculto y desterrado: yo me encuentro reducido á la impòtencia; el arzobispo

de Toledo mi tio, y mi hermano el maestre de Calatrava, temen aventurarse en un descabellamiento: ni tenemos hombres ni dineros ni mas esperanza que una, con la cual es muy posible que vos hayais dado al traste.

—¿Y qué esperanza es esa?

—Mucho será que me engañe: pero hace mucho tiempo que ando buscando con la vista á cierto caballero amigo mio y no le encuentro entre nosotros.

—¿Y qué caballero es ese?

—Llámole caballero, aunque solo le conozco como capitan de una brava gente que nos sirvió á las mil maravillas hace un año, cuando despues del desastre de Robledillo obligamos al condestable á ir á encerrarse en su castillo de Escalona.

—Entonces eran otros tiempos, señor marqués de Villena, dijo Jimeno que vió llegada su ocasion saliendo de su escondite: decis bien, el capitan de las compañías negras os sirvió buena y lealmente, por un sueldo que aun se le debe y el condestable estuvo algunos dias retirado en Escalona, y para rehacerse en el poder le fué necesario aventurar la batalla de Olmedo, contra el rey de Navarra y el infante don Enrique de Aragon, que gloria haya: desde entonces su señoria don Fadrique Enriquez por la parte que tomó en aquellas cosas atendiendo á su parentesco con la reina de Navarra, anda oculto en Castilla, del mismo modo que todos vosotros: el príncipe don Enrique se ha visto reducido á vivir en tutela, cosa que es altamente desagradable, y á privarse de sus dispendiosos vicios....

—¿Quién es este hombre? esclamó con una dignidad exasperada el príncipe.

—¡Yo! ¿quién soy yo? esclamó con cólera Jimeno; yo soy quien os tengo en mis manos, señor príncipe: yo soy quien os hizo rodar con Teresa cuando bailábais esta noche en la fiesta de las espigadoras... yo soy vuestro enemigo personal... y sin embargo os dejo libre, porque asi lo he jurado á un ángel.

—¡Prended á ese hombre! esclamó colérico el príncipe.

Pero ni uno solo de los caballeros se movió.

—Ya sabia yo que habriaís cometido alguna imprudencia tal como vuestra, señor príncipe, dijo don Juan Pacheco; porque estais destinado á ser la fatalidad de todos los que os sirven. Bien sabia yo que el valiente Jimeno Nuñez tendria bastantes motivos para negarnos su ayuda.

—¡Pues qué! ¡cómo! ¡este montero!...

—Este montero, señor, es el capitan del ejército de que podiamos disponer por ahora, para marchar sobre Avila, prestar ayuda á los caballeros de la órden de Santiago, para que puedan protestar de la eleccion de maestre en don Alvaro, y hacer recaer la eleccion sobre el conde de Paredes, don Rodrigo Manrique; despues, unido mi hermano el maestre de Calatrava, con el maestre de Alcántara, hubiéramos podido reunir una fuerza considerable: representar al rey con las armas en la mano, echar por tierra á don Alvaro en una batalla que seria menos desgraciada que la de Olmedo....

—Bien, bien... con que en este bravo mozo consistia.... pues mira... no lo hubiera creido de ninguna manera... Y bien, mancebo; nada de queja conmigo, porque, en fin, yo no te conozco... y aunque quisiera, que bien hubiera podido ofenderte, no hay ofensa posible á persona que no se conoce... ¿con que tú eres el capitan de las famosas compañías negras que tan bien nos sirvieron en Robledillo?.. hé aqui, señores, como anda Castilla, y no por mi culpa, no... mientras los príncipes, los infanzones, los ricos-hombres, y aun el mismo rey, no tienen una lanza de que disponer, hé aqui que de repente se os presenta saliendo de detrás de un jaral, un montero y os ofrece doscientas ó trescientas lanzas, por vuestro dinero, se entiende.

—¿Y qué quereis, señor? dijo notablemente disgustado el marqués de Villena: desde que las mercedes del señor rey don Enrique II, vuestro tercer abuelo, crearon los bandos haciendo demasiado poderosos á nobles que nunca de-

bian haberlo sido; desde que la debilidad del señor rey don Enrique el doliente llevó á una altura tal, como todos conocen, la privanza del condestable don Ruy Lopez Dávalos; desde que la verdadera nobleza de solar se ha visto mandada y tiranizada, no por el rey, su señor natural, sino por un igual suyo, por menos que un igual, por un bastardo ennoblecido y mañero, los bandos se han hecho precisos: la nobleza no puede sufrir afrentas, y no las sufre: los bandos han traido la guerra civil y con ella la corrupcion y el empobrecimiento del reino: cada cual, antes que en otro, ha pensado en sí mismo: el pueblo desangrado por los tributos, y azotado por la tiranía, ha visto arrancársele sus hijos, no para la defensa de la patria, sino para la lucha de los bandos: los labradores han creido inútil labrar tierras que les serian taladas por la guerra; los villanos aquejados por el hambre se han lanzado al bandidage: el mas fuerte ó el mas diestro ha reunido doscientos ó trescientos hombres valientes, los ha armado con el fruto de sus depredaciones y sus rapiñas, se ha hecho capitan de aventureros y ha vendido sus lanzas al que mas precio le ha dado por ellas. Han combatido con los unos y con los otros; con Aragon contra Castilla; con Castilla contra Navarra; con Navarra contra Francia; con los moros contra los cristianos; con los bandos contra los bandos, y cuando no han tenido á quien servir, se han servido á sí mismos cazando libremente en los cotos señoriales, siendo á la par monteros y bandidos.

—Si os referís á mí en esa última frase, dijo Jimeno que habia escuchado con calma la larga y ágria tirada del marqués de Villena, os digo que mentís, don Juan, y vuelvo contra vos todas las palabras que habeis pronunciado en contra mia.

—¿Hay algun motivo para sufrir la insolencia de este hombre? dijo con altivez don Fadrique Enriquez.

—Ese hombre, señor almirante, dijo el marqués de Villena, era ayer nuestro amigo.... y hoy, preciso es confesarlo; nos tiene en sus manos.

Un murmullo de amenaza surgió de las bocas de aquellos cuarenta caballeros.

—¿Que nos tiene en sus manos? dijo el príncipe con acento de incredulidad; ¡vah! y bien, ¿qué quieres, mancebo? ¿has puesto ya el ojo á algun castillo real ó á alguna encomienda? vamos, es muy justo que cuando ves elevados á otros que valen menos que tú, pienses tambien en elevarte.... y te elevarás.... sí: yo te lo juro por mi patron san Lázaro.... pero para ello es necesario que tengamos poder para elevarte.... puesto que puedes ayudarnos, ayúdanos, porque asi te ayudas á tí mismo.

—Veo aqui muchos hombres, señor príncipe, dijo con acento reconcentrado Jimeno, que os hubieran vendido la vida de su madre y la honra de su esposa, si les hubierais ofrecido la mitad de lo que acabais de ofrecerme.

—Y ¿quiénes son esos hombres? gritaron en coro con acento amenazador los nobles, mientras el almirante, el marqués de Villena y el conde de Paredes guardaban un silencio sombrío.

—Dejadme concluir; dijo Jimeno con un acento tal y estendiendo el brazo derecho con tal ademan de imperio, que logró sobreponerse á la situacion. Aqui se me ha acusado de bandido, de aventurero, y necesito justificarme: un bandido no tiene honra: un aventurero no tiene mas fé que el oro: yo tengo honra y fé, y por eso me niego á servir al príncipe don Enrique que no tiene ni fé ni honra, puesto que alienta rebeldías contra el señor rey su padre, y pretende entrar en arreglos con un enemigo que le ha despreciado.

—¿Con que tú te crees mi enemigo?... esclamó trémulo de cólera el príncipe en quien los denuestos de Jimeno habian logrado hacer revivir esa chispa de orgullo que existe en el corazon de todo hombre por abyecto que sea.

—Escucha, príncipe: yo tenia una amante pura y honrada: aquella muger se llamaba Teresa: aunque yo no sea lo que parezco, aunque valga mas de lo que soy, arrastrado por su amor habia pensado en casarme con ella: pero la viste



D. Juan II.
lám. 3.ª

tú, y de una muger honrada hiciste una de esas rameras que se venden al oro: ya te he dicho que aquella muger era mi novia: ahora bien, no es mi amor lo que yo vengo, sino la deshonra de esa niña que seria pura y honrada sino la hubiese inficionado tu aliento: tú la has arrancado de su humilde hogar, tú la has nombrado camarera de tu infeliz esposa.... la has lanzado sin honor y sin conciencia á la corrupcion, has envenenado su porvenir, has deshonrado á su padre; hé ahí por qué soy tu enemigo: hé ahí por qué te niego mis lanzas aunque me pagases cada una de ellas con una gota de sangre de tu corazon: hé aquí por qué te llamo infame y te arrojo de mis dominios.

Era ya tan terminante el insulto de Jimeno que don Enrique se sobrepuso á sí mismo, y desnudó su espada: en un momento estuvieron fuera de la vaina la de los cuarenta caballeros, pero antes de que estos tuviesen tiempo de herir al jóven capitan, este se hizo atrás, subió al presbiterio y gritó con voz de trueno:

—¡Ah de los mios! ¡san Silvestre y á ellos! ¡que no quede uno!

En el momento por todas las oscuras capillas del panteon aparecieron en un número considerable hombres armados, que acometieron en círculo á los nobles que por un instinto de lealtad caballeresca rodearon al príncipe. Los doce penitentes de las antorchas habian tomado visiblemente parte por Jimeno: habian cambiado las antorchas á las manos siniestras, y mostraban largas espadas desnudas.

Todos, escepto Jimeno, estaban cubiertos de hierro, y se oyó inmediatamente un martilleo atronador: todos se habian mezclado y se acuchillaban con furor: pero de repente sobre aquel estruendo retumbó en las bóvedas del panteon el sonido seco y vibrante de una corneta: á aquel sonido todos los soldados suyos que habian acometido á los caballeros, el mismo Jimeno y los hombres de las antorchas, se apartaron del combate y bajaron las espadas, en tanto que la oscura puerta situada á la derecha del altar, y en la que anteriormente

hemos dicho se ocultaba una sombra, adelantó esta rápidamente y avanzó hácia las gradas del presbiterio.

—¡Sus! alto todos! gritó: para que no nos hagamos pedazos unos á otros, basta el que todos seamos enemigos de don Alvaro de Luna.

—¡El capitan!

—¡Barba-larga! esclamaron algunos de los soldados negros.

—El hombre de la selva del Abrojo, esclamó el príncipe don Enrique.

—Iñigo de Ayvar, esclamaron el almirante y el marqués de Villena.

La presencia de este hombre suspendió las hostilidades y hubo un momento en que la sorpresa estableció un profundo silencio.

Aprovechando nosotros esta tregua vamos á describir este nuevo personage, que segun hemos oido, se llamaba Iñigo de Ayvar, ó el capitan Barba-larga.

Era un hombre como de cincuenta años, de semblante cobrizo, de mirada fija y noble, de soberbio talante, y de buena estatura; lo mas notable de él era una formidable barba entrecana, que le llegaba á la cintura. Vestia una gorra de piel con pluma de águila, un coleto de ante, bajo el cual se veian las mangas de un camisote de mallas, unas calzas de lana pardas y unas abarcas de piel de toro, llevavaba del cinto limosnero una espada y puñal como un noble; en su mano derecha tenia una ballesta armada, y en la izquierda una corneta de asta de toro con embocadura y bordes de plata.

—Suplico á vuestras señorías, dijo, que sean razonables: bien mirado, si yo intervengo en esto, es por evitar un inútil derramamiento de sangre, puesto que nada tengo que ver en estos asuntos: por lo que he oido, mi buen amigo y compañero Jimeno, tiene razon: es verdaderamente una torpeza venir á pedir servicios á un hombre á quien se ha ofendido: pero tampoco es justo que por una mugerzuela, se vierta ni una sola gota de sangre valiente: por lo demas, señor

príncipe, si es que teneis un gran empeño en que vuestro amigo el conde de Paredes sea maestre de Santiago, buscad otros medios: los nuestros acaso no hubieran sido bastante eficaces, porque se trata nada menos que de un hombre tal como el condestable. Eso no impide para que salgais libremente por donde habeis venido, á pesar de que vos, señor príncipe, y vos, señor marqués de Villena, nos habeis llamado bandidos y ladrones, cuando todo consiste en que somos unos bravos mozos que preferimos probar nuestras ballestas con los guardas de los cotos señoriales, á vivir como esclavos: idos, pues, y ni una palabra mas: ya veis que la fuerza está de nuestra parte y que debeis ser prudentes.

—Es decir que desde este momento deberemos tener por rota la noble cofradía del Cristo de las Tinieblas, dijo el marqués de Villena.

—Á nadie mejor que á vos, como hermano mayor, contestó Barba-larga, corresponde arreglar las desagradables desavenencias que han turbado nuestra buena hermandad.

—Pues bien, señor Iñigo de Ayvar, ¿dónde podré veros pasados algunos dias, cuando se haya efectuado el casamiento de su alteza? añadió el marqués acercándose á Barba-larga y de modo que este solo pudiese oirle.

—¿Es decir, que ese matrimonio se efectuará?

—Ese matrimonio, segun habeis oido decir al almirante, nos conviene.

—Pues bien, despues del matrimonio, tres dias despues, en la ermita de Pero Alarcon.

—No faltaré, procurad que nuestro buen Jimeno entre en razon: estas son estupideces y caprichos del príncipe..... pero yo haré que le satisfaga, y en cuanto á esa muger...

—No conoceis á Jimeno: en este momento desprecia tanto á esa muger como al príncipe.

—¡Oh! ¿quién sabe? dijo el marqués. Entretanto, señor Barba-larga, á Dios.

—El guarde á vuestra señoría.

El marqués de Villena se separó del montero, bajó las

gradas del presbiterio y habló un momento con el príncipe, con el almirante y con el conde de Paredes.

Poco despues aquellos cuatro personages y los restantes conjurados salieron del panteon, guiados por uno de los penitentes que llevaba una antorcha en la mano.

—Apostaria la cabeza, dijo al salir del panteon el marqués de Villena, á que anda en estos asuntos doña Mencía de Padilla.



De como, respecto de ciertos asuntos, Barba-larga no era de la misma opinion que Jimeno, segun se verá.

Barba-larga tomó una antorcha á uno de los penitentes, los despidió como asimismo á los soldados, y se quedó solo con Jimeno.

—Y bien, le dijo con dureza: ¿qué motivo habeis tenido, caballero, para romper de una manera tan decidida con esa noble gente á quien debíais ayudar á todo trance, puesto que sin ella os será muy dificil vencer al condestable?

Jimeno le contó punto por punto cuanto le habia acontecido con Teresa y el príncipe.

—¡Y todo eso por una villana! ¡por una tosca labriega, vos descendiente de!....

—Callad, callad, señor Barba-larga, hay alguien que pudiera oirnos y que me importa mas que Teresa.

—¿Otro nuevo amor?

—Venid, venid, y juzgad antes de sentenciarme.

Barba-larga no se movió.

—Supongo lo que es, dijo; vamos de locura en locura.

—¡Oh! no: os engañais, mi buen Iñigo; Satanás me habia hecho enamorarme de un demonio.

—No há mucho tiempo Teresa era para vos un ángel.

—Me engañaban las apariencias.

—Bien os lo decia yo. En esa muchacha habla de una manera misteriosa la sangre de su raza.

—¡La sangre de su raza! nunca me habeis hablado de esto. Os engañais.

—¡Cómo! ¿no os he dicho?... sí, es verdad.... los años y el aislamiento han lastimado mi cabeza... apenas tengo memoria... de seguro si no os lo he dicho, he pensado decíroslo.

—Pero ¿qué habiais pensado decirme?

—Vamos, ya habeis concluido con Teresa y nada os importa. Ademas, es una historia muy larga que yo no referiria bien, y que os será mejor contada por Alvar Garcés.

—¡El padre de Teresa!

—Hé ahí el resultado de la historia: Alvar Garcés nunca ha tenido hijos.

—¿Luego, Teresa?...

—¡Teresa! ¡Teresa! decís que no la amais...

—Sí, sí, es verdad, Iñigo; ¿qué me importa Teresa? nada; y en prueba de ello, no os hablaré mas de esa muger.

—Temo que, á pesar de que Teresa os ha abandonado por el príncipe, no os sea posible olvidarla.

—En hombres como yo, un ultraje engendra el desprecio.

—Entonces, si habeis dejado de amarla es peor, porque os vengareis.

—Y ¿qué habria de malo en que yo me vengase?

—La venganza produce fatales frutos. Los resultados de una venganza os hacen encubrir vuestro ilustre nombre, llevar al hombro la ballesta de montero ó el arnés de capitan de

aventuras... si vuestro padre hubiera despreciado á una muger como vos debeis despreciarla....

—Silencio, Iñigo, silencio: en estas ruinas es donde acaso menos que en ninguna parte se pueden pronunciar secretos: ya sabeis que los hermanos del Cristo de las Tinieblas saben por donde pueden entrar aqui á todas horas, y despues de lo que ha sucedido....

—Habeis dado por esa muger un golpe de muerte á la hermandad: habeis hecho nacer en ella la desconfianza y el recelo: nada me importa por mi parte: yo no espero ni deseo ya nada, y me basta para vivir con la caza que debo á mi ballesta; pero vos, es distinto: apenas teneis veinticuatro años, sois ambicioso, y esa hermandad hubiera podido llevaros muy lejos: en fin, haré por vos lo que no he hecho por mí mismo: satisfaré al marqués de Villena.

—Pero de ningun modo ofrezcais mi ayuda al príncipe don Enrique: no puede servirse á miserables como él sin haber perdido el honor.

—En no servir al príncipe nada aventurais, porque ademas de que tiene muy poco poder, deshace hoy lo que hizo ayer, y muda de favoritos como de perros y manceba: pero en cuanto á don Juan Pacheco es distinto: él, su tio don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo y su hermano don Pedro Giron, maestre de Calatrava, son el poder que existe en Castilla contrapuesto al poder de don Alvaro de Luna.

—¡Oh! ¡Don Alvaro! esclamó Jimeno con acento amenazador.

—A pesar de cuanto aborrecemos á ese hombre, vos por vos mismo, yo por el infortunio que le deben mis señores, es necesario conceder que don Alvaro vale mas y es mas noble y mas caballero que sus tres enemigos: si el condestable no fuese vuestro enemigo personal, á él era á quien deberiais uniros; pero no pudiendo ser esto, enlazaos con sus competidores: ademas, y despues del paso que habeis dado con don Juan Pacheco que de cierto os aisla, reduciéndoos á vuestras propias fuerzas, que por ahora de nada os servirian

en la corte, debeis buscar vuestra fuerza en una muger.

—¡En una muger!

—Sí; en una muger jóven, discreta y hermosa, en una muger que es el mas bello ornamento de la corte de Castilla.

—¿Doña Blanca de Navarra?

—Doña Blanca en vez de servir de ayuda, necesita de amparo. ¡Pobre y desgraciada princesa! no os hablo de ella sino de una dama que asiste de cerca á doña Blanca, que es mas hermosa que ella, tan pura como ella, y que á pesar de esto trae revueltas tres cortes á un tiempo: la de Castilla, la de Portugal y la de Navarra; una muger que ó mucho me engaño, ó está sedienta de un amor capaz de llenar su gran corazon: vos sois jóven, y aunque la vida errante que habeis llevado por bosques y montes desde vuestra infancia os han hecho un montañés rudo y feroz cuando estais al frente de vuestros soldados, sin embargo, cuando quereis, sabeis como yo lanzar esa rústica corteza y ser cortesano y galan, gracias á la buena enseñanza que hemos debido al buen monje don Ferran de Fonseca; pues bien: medios tenemos sobrados para que os podais acercar á esa muger de una manera que por lo estraña la interesará: sois hermoso y audaz, y nada de particular tendria el que esa dama se enamore de vos; una vez enamorada, y con un poco que la casualidad se pusiese de vuestra parte, podriais ser su esposo, y siendo su esposo, érais el primer hombre de Castilla.

—¿Y quién es esa muger tan poderosa, mi buen Barbalarga? dijo con acento de reserva el jóven.

—Esa muger es doña Mencía de Padilla.

—¡Doña Mencía de Padilla! pero esa muger está casada con el capitan Hernando de Carrillo.

—¿Y qué importa? el capitan Carrillo, que es el primer oso feroz del reino, y solo debe el ser esposo de doña Mencía, á una casualidad: pero os puedo asegurar que doña Mencía ni le ama, ni le respeta, ni aun es su muger.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—El mismo Hernando de Carrillo á quien conozco mucho? como que es un gran cazador de montería.

—Otra vez me contareis esa historia, porque me interesa poco.

—¡Cómo!

—¡Ya veis! sea muger ó no lo sea doña Mencía del capitan de la guarda morisca del rey, al fin está casada.

—El capitan vivirá poco: usan demasiado de él en empresas arriesgadas, el condestable por una parte, doña Mencía por otra, y ademas de estos su tio el arzobispo de Toledo y sus primos el marqués de Villena y el maestre de Santiago: es un hombre á propósito para todo: pero es necesario para que sirva, que doña Mencía le imponga el servicio: la ama tanto mas, cuanto menos caso hace ella de él: por lo mismo nada tendrá de estraño que en una de las arriesgadas empresas en que está todos los dias el buen capitan en estos tiempos de guerras civiles, le envie al otro mundo una jara, una lanza ó una pelota de arcabuz.

—Jamás me casaria con una muger que para casarse con otro se desembarazase de su marido.

—¿Y quién os ha dicho que doña Mencía sea capaz de descender al crímen, ni de procurar ni aun indirectamente la muerte á su esposo? Tratad á doña Mencía y os convencereis de que lo que os he dicho acerca de su gran corazon es una verdad.

—Sin embargo, segun vos decís, es una cortesana intrigante que trae revueltas tres cortes á un tiempo, y eso en verdad...

—Comprueba lo que os he dicho: doña Mencía no puede ver sin conmoverse el gran infortunio de la princesa doña Blanca, de quien es camarera mayor: sabe que despues de la muerte de su madre, la reina doña Blanca de Navarra y del matrimonio de su padre el infante don Juan de Aragon, con doña Juana Enriquez, hermana del almirante don Fadrique, la ambicion de este y de su hermana, es una fatalidad para el príncipe don Carlos de Viana, hermano de la

princesa doña Blanca: este noble príncipe que segun el testamento de su madre la reina doña Blanca, debia ser ahora rey de Navarra, encuentra que su padre le disputa la corona, violentando el testamento de su difunta esposa, instigado por los consejos de doña Juana Enriquez: el príncipe don Carlos de Viana, morirá por el puñal ó por el tósigo, el dia en que sus amigos, entre los que se cuenta don Luis de Beamonte, conde de Lerin, se hagan fuertes lo bastante para decidir en una batalla el derecho del príncipe á la corona de Navarra: muerto don Carlos el derecho de esa corona recae en doña Blanca, y vendrá sobre ella el odio y el puñal de los Enriquez: y tanto se piensa en eso, que los desdenes del príncipe don Enrique, y las frialdades de su padre el rey don Juan el segundo de Castilla, no tienen otro orígen que los amaños del almirante: el condestable don Alvaro de Luna, favorece abiertamente á la princesa, por lo mismo que la desatiende el príncipe don Enrique con quien priva el marqués de Villena, enemigo personal del condestable, y este se vale de doña Mencía, cuya cabeza es la mas á propósito del mudo para la intriga. En cuantó á lo de Portugal, si esta dama se entromete en sus asuntos, es porque tiene á la vista el matrimonio concertado entre el rey de Castilla y doña Isabel, hija del infante don Juan de Portugal. Este matrimonio segun las noticias que se tienen de la infanta, y atendidos los vicios que ennegrecen al príncipe don Enrique, puede ser fatal para doña Blanca. Supongamos que, como es probable, el rey tiene hijos en la infanta doña Isabel de Portugal, y que estos hijos le hacen pensar en arrancar al príncipe don Enrique, el derecho de sucesion á la corona de Castilla: el rey es débil, el condestable puede perder por un accidente cualquiera la privanza, y el príncipe don Enrique que está acostumbrado desde muy antiguo á la rebeldía, que ha sido ya perdonado dos veces por su padre, incurre en una tercera rebeldía, por resultado de la cual, en vez de obtener un tercer perdon, es desheredado y encerrado en una

torre, y declarado heredero del reino un hijo de la reina doña Isabel de Portugal; hé aquí la razon por qué doña Mencía de Padilla, pensando en los intereses de la princesa doña Blanca, revuelve las cortes de Navarra, Castilla y Portugal, lo que prueba que tiene un gran corazon.

—¿Y quereis que una muger tal, repare en mí?

—Esa muger os conoce y os aprecia en lo que valeis: y no es estraño, tiene espías en todas partes.

—¿Qué me conoce?

—No tengo duda de ello.

—¿Y en qué lo fundais?

—Esa muger sabe que sois capitan de aventureros y que podeis disponer de trescientos buenos hombres de armas: esa muger sabe tambien que el condestable está demasiado ocupado con las rebeldías de los bandos, que la órden de Santiago no le ha recibido por su maestre sino temiendo á su poder, porque se encuentra diseminada y ocupada en servicio del rey en cercos de villas y castillos rebeldes; solamente en Laguna de Negrillos, señorío de la madre del señor Suero de Quiñones, se encuentran mezclados con las lanzas del condestable y á las órdenes de su hijo don Juan de Luna mas de cien caballeros freires de la órden; los demas están repartidos del mismo modo, porque el condestable sabe lo que se hace y divide á sus enemigos para dominarlos: pero el condestable no sabia ni sabe que existen fuera de los bandos y de la corona trescientos buenos aventureros y se descuida creyéndose asegurado: Doña Mencía lo sabe como lo sabe todo, hasta si se mueve una mosca en Castilla, y ha tenido bastante habilidad para robar de una manera segura á don Juan Pacheco y al conde de Paredes, la ayuda de vuestras gentes que hubieran bastado para que apoyándose en ellas la órden de la caballería de Santiago, hubiese protestado, como de una eleccion violenta de la eleccion de gran maestre hecha en don Alvaro: por el momento os retirais con los vuestros de don Rodrigo Manrique, que puede dar ya por perdido el maestrazgo hasta nue-

va ocasion; porque entretanto se rehacen del golpe que acaba de darle doña Mencía, llegarán las bulas del papa aprobando la eleccion de don Alvaro, reconocerán las tales bulas los trece, los claveros y los comendadores de la órden, y despues de este reconocimiento, ya no les será posible protestar de la eleccion. Y todo esto es obra de doña Mencía á quien habeis servido sin saberlo.

—¿Y por qué en vez de decir que es obra de esa señora, no se ha de decir que lo es de los vicios del príncipe y de la ambicion de Teresa?

—Con todo se ha contado, y puede ser que con un doble objeto.

—¿Y cuál otro puede ser á mas del que ya me habeis dicho?

—Puede ser que doña Mencía os quiera para algo, y haya tenido un interés mas directo en separaros de Teresa.

—No creo tal: pero tales andan los vicios en la corte que acaso tengais razon: pero siempre se habrá engañado doña Mencia, porque amo á otra muger,

—¿Y cuándo habeis conocido á esa muger?

—Esta noche en la fiesta de las espigadoras.

—¿Y tan pronto la habeis amado?

—Es una de esas mugeres que se apoderan de una vez del corazon.

—¿Y no la habeis visto hasta ahora?

—Me hizo reparar en ella el bufon del rey.

—Pues guardaos, porque don Aleluya es un solapado y maligno engendro que no acostumbra á hacer las cosas en valde.

—No, no; Elvira tiene el candor y la inocencia de un ángel, y si no tiene su pureza...

—¡Cómo!

—Culpadme en buen hora, Iñigo: ya sé que vuestra honradez ha resistido á todas las pruebas, á todas las necesidades; pero yo estaba loco, enteramente loco: sin saber cómo habia arrebatado á Elvira de la fiesta; me encontraba con

ella, solo, en medio de un bosque: la luna iluminaba su belleza, de una manera embriagadora... y luego necesitaba hacerme fuerte... poner entre Teresa y yo mi honor.

—¡Oh! ¡oh! me parece que la corrupcion de la corte penetra hasta nuestros bosques, esclamó severamente Barba-larga: esto es una peste incurable, y al veros contaminado con ella, me parece que yo mismo no podré librarme del contagio. ¡Oh! esto es grave, muy grave: se tienen celos de una muchacha engreida con su hermosura, á quien se debia haber despreciado: estos celos envenenan el corazon, y cuando se está en el momento del delirio llega un engendro de Satanás y nos dice: no estés triste, no te desesperes; una muger no vale mas que otra: si Teresa te deja, mira á Elvira; mira cuan bella es, cuan inocente... Y un hombre, un caballero, un noble que debia tener el corazon fuerte, escucha la voz de la tentacion, seduce á una pobre niña, la arrebata á sus padres, y la deshonra... para olvidar ¡oh! ¡oh! esto no es justo, no; de ningun modo, y os lo digo como os lo hubiera dicho vuestro padre.

—Cuando yo he llegado á tanto, respondió con gravedad Jimeno, ha sido considerando ya como á mi esposa á esa jóven.

—Otra nueva locura: ¿y si mañana se abre para vos como es justo, la corte; si volveis á vuestros honores, á vuestra fortuna? os vereis obligado á presentar entre las altivas ricas-hembras castellanas á una espigadora... ¡oh! ¡oh!

—Mirad, Iñigo, mirad, dijo el jóven acercándose á la mesa donde aun ardian las luces, y entregando á Barba-larga el pergamino que le habia dado Elvira.

El anciano, porque aunque apenas contaba cincuenta años, habia sufrido tanto el buen Iñigo de Ayvar, que ya parecia viejo; el anciano, decimos, tomó el pergamino, y al examinarlo y al ver el medio sello que estaba unido á él, palideció, tembló su larga barba, y volviéndose doblemente severo á Jimeno, esclamó:

—Habeis deshonrado á esta dama; pues bien, es necesa-

rio que al momento os caseis con ella; no seria bien que de un momento á otro volviese su noble padre y os viéseis en el caso de tener que satisfacerle por la mancha que habeis arrojado sobre sus canas.

—Cuando os dije que me acompañáseis á ver á Elvira era con la intencion de deciros: ved ahí á mi esposa; contestó con grave dignidad Jimeno.

—Bien, hijo mio, bien: bendito sea Dios que dispone las cosas de modo que los hombres tienen que adorar lo justo de sus inescrutables decretos. ¿Dónde está esa señora?

—Aqui, en aquella tribuna, escalmó Jimeno señalando el lugar en donde habia dejado á Elvira.

—¡Allí! esclamó con la voz trémula de terror Iñigo. ¡Allí..! allí no hay nada; mirad bien.

—Estará dentro del arco y no podremos verla.

—No, no: en el momento de que vuestros hombres se trabaron con los hermanos del Cristo de las Tinieblas, un poco despues, me pareció oir un agudo grito de muger saliendo de allí, de la bóveda de la tribuna... yo lo creí, un eco, una imaginacion, una... porque... ¿cómo suponer aqui mugeres?

—¡Oh Dios mio! esclamó Jimeno, tomando uno de los candeleros y lanzándose precipitadamente al fondo del panteon; acaso el terror...

Y siguió precipitadamente adelante. Iñigo de Ayvar le siguió.

Entraron por una puertecilla, subieron unas anchas escaleras de espiral y muy pronto se encontraron en el espacio interior de la tribuna. Elvira no estaba allí; Jimeno la llamó á grandes voces, y solo le contestó el eco: desesperado tomó por las anchas escaleras por donde habia descendido hasta allí con Elvira.

—Esperad, esperad: dijo Barba-larga, recogiendo del suelo un objeto que relucia; aqui hay un indicio: un puñal.

Jimeno se volvió, y él y Barba- larga examinaron el arma.

—Es el puñal de Pero Valiente, del hermano mayor de la gente de armas de la cofradía. ¡Oh! me figuro lo que puede ser esto: en el momento de trabarse el combate, ese miserable huyó, y al escaparse encontró á su paso á esa dama; pero nuestros atalayas deben haberle visto: adelante, adelante, señor.

Y aquellos dos singulares personajes se lanzaron como dos insensatos por las escaleras arriba: atravesaron oscuros pasadizos y ámbitos tenebrosos, y al fin llegaron á una ancha grieta cubierta de brezos y alumbrada por la luna: delante de aquella grieta, por la parte de adentro, habia una sombra informe que se agitó á su llegada y se oyó una voz robusta que dijo:

—¿Quien va?

—Cristo y luz, contestó Barba-larga.

—Adelante, capitan, dijo el bulto.

—No, acércate tú, Fortuño.

La sombra se acercó y dejó ver un penitente con una espada en la mano.

—¿Ha pasado por aqui hace una hora, el hermano mayor de la gente de armas? le preguntó Barba-larga.

—Si señor.

—¿Solo?

—No señor.

—¿Con quién?

—Llevaba en los brazos una muger desmayada, rindió la seña; me previno que á nadie dijese que le habia visto con aquella muger, pero yo no quiero ocultaros nada, capitan.

—¿Y no le detuviste? dijo Jimeno.

—Es mi capitan como vos, señor, cuando se reune la cofradía; despues á nadie tengo que obedecer sino á vosotros: primero al señor Iñigo; despues á vos, señor Jimeno; pero encontraremos al momento á esa muger.

—¿Y cómo?

—Tan deprisa iba el hermano mayor, que al pasar se de-

jó enganchado de estos espinos un pedazo de brial de la muger.

—¿Y qué hacemos con eso?

—¿Qué hacemos? mi cabaña está á dos tiros de ballesta de aqui, y tengo en ella á mi buena lebrela la Ventora; con darla á oler ese giron, ella nos pondrá sobre el rastro.

Y Fortuño arrancó un pedazo de tela de lana encarnada, que estaba sujeto en las zarzas que orlaban la abertura, y le entregó á Jimeno. Despues saltó fuera, y poco despues volvió con una gigantesca perra lebrela asida de una trailla.



—Vamos, dijo Jimeno.

—Esperad, capitan, dijo el montero: no debemos abandonar el puesto.

Y lanzó un silbido.

Inmediatamente, saliendo de los árboles cercanos, se presentó otro montero.

—Quédate aqui, Anton, le dijo Barba-larga; que nadie entre ni salga sin rendir por seña Cristo y luz.

—Muy bien, señor; dijo el nuevo montero desapareciendo por la grieta.

Entonces Jimeno hizo oler á la perra el giron del brial de Elvira, y seguidamente Fortuño, rodeándola al cuello la trailla, gritó:

—¡Ah mi buena perra Ventora! ¡sobre el rastro, sobre el rastro, hija mia!

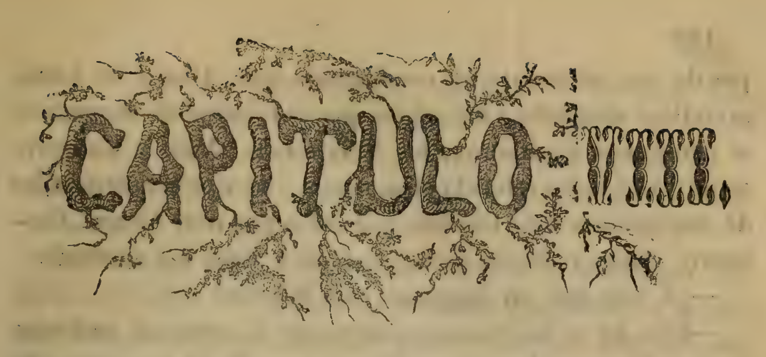
La perra levantó el hocico al viento, olfateó con fuerza, y luego inclinando su hocico sobre la tierra, partió.

Fortuño se habia quitado su túnica de penitente é iba vestido con poca diferencia, como Jimeno y Barba-larga.

Aquellos tres hombres eran estremadamente fuertes y ágiles á juzgar por la facilidad con que seguian la rápida marcha de la Ventora: podia decirse que el hombre á quien buscaban debia haber convertido una cuádruple cantidad de tiempo en recorrer el camino que seguian, embarazado con la carga de Elvira.

Y asi, perdidos en lo mas enmarañado del bosque, revolviendo por sendas y trochas, anduvieron en muy poco tiempo un espacio como de media legua: al fin se escuchó á lo lejos el zumbido del torrente que se derrumbaba por el Salto de la Monja: apresuraron el paso, pero de repente se detuvieron. En el fondo de un barranco se veian sombras de hombres que se revolvian y se escuchaba un áspero choque de espadas.





En que suceden portentosos sucesos, si no para el lector, para algunos personages de nuestra historia.

AHORA nos permitirán nuestros lectores que volvamos un tanto atrás y les digamos qué aconteció en el borde de la cortadura del Salto de la Monja en donde Jimeno habia dejado á don Pero de Aguirre, y á su sobrino Fadrique, para ir á acercarse á Teresa.

—¿Qué os parece de este mancebo, tio? dijo el jóven apenas se hubo separado de ellos Jimeno.

—Paréceme que debajo de ese coleto de montero se oculta algo de ilustre: en verdad que hay rudeza en ese semblante, pero tambien hay dignidad y energía.

—Estos monteros libres, están acostumbrados á mandar, dijo lacónicamente Fadrique. Sin embargo, es demasiado jóven para ser capitan, y luego ya has visto con cuánto respeto nombra á Barba-larga.

—¡Barba-larga! hé aqui un nombre que parece arrancado de un cuento de viejas.

—Ese Barba-larga tiene otro nombre, y bien conocido y honrado en otro tiempo cuando era escudero de nuestro pariente Gutierre de Villafranca. Se llamaba Iñigo de Ayvar.

—¡Ah! el valiente de quien me habeis hablado tantas veces.

—Valiente y muy valiente: cuando en los primeros tiem-

pos de su valimiento el condestable don Alvaro de Luna, prendió y atropelló á los nobles que se levantaban dignamente contra sus desafueros, los Villafranca, Juan y Gutierre, como ya te lo he referido otras veces, se vieron amenazados de una manera mas terrible que otros por don Alvaro. Gutierre, como ya te he dicho, escapó y Juan fué ahorcado.

—¿Y aun está sin venganza esta infamia?

—Dios no se ha cansado todavia de la criminal ambicion de don Alvaro ó le consiente para azote de la corrupcion de estos tiempos. Pero continuemos. Iñigo de Ayvar creyó inútil de todo punto seguir á su señor en el destierro que se habia impuesto, y que le seria mas útil permaneciendo aqui. En efecto, permaneció, ocultándose en el bosque del Abrojo, en las ruinas de una autigua abadía, castillo que habia sido de los Villafranca, fundada por su cuarto abuelo Juan-sin-alma, llamado asi por sus ferocidades; Iñigo de Ayvar era y es, como te he dicho, valiente, manejaba admirablemente la ballesta, y se hizo capitan de los monteros libres que andaban á su antojo y sin que nadie los mandase por estos descampados y selvas: cuando mis desgracias de familia, y el odio del condestable me obligaron á huir, él fué quien se hizo cargo de mis arcas llenas de oro y las enterró en un lugar seguro, él es quien puesto en comunicacion conmigo, por un acaso, me ha enviado la suma necesaria para nuestro rescate, y él, en fin, el que me ha avisado de que existe la infame muger causa de mis desgracias y de que puedo volver á Castilla, seguro de que tendremos un asilo impenetrable en las ruinas del castillo de Juan-sin-alma. Ya ves cuánto vale ese hombre y cuán leal es con los parientes de sus antiguos señores.

Don Pero de Aguirre calló porque en aquel momento adelantaban dos monteros que traian en una gran cesta la cena que Jimeno les habia mandado preparar para los dos caballeros.

Hicieron mantel del verde cesped, y devoraron mas bien que comieron un cuarto de cerbatillo, mejor asado que pu—

diera haberlo sido por el mejor cocinero de nuestros dias, y despues de haber comido y bebido á su placer, se echaron en la yerba y se pusieron á mirar lo que pasaba en el valle á la orilla de la laguna y á esperar ya con mas paciencia la vuelta de Jimeno.

En cuanto á las espigadoras, seguia la fiesta en todo su esplendor; se cantaba, se bailaba y se bebia, y avanzaba la noche sin que aquellas gentes tuvieran visos de cansarse.

Y asi siguió: la soledad, el ruido monótono del derrumbo del torrente y el inalterable compás de la música campestre de las espigadoras, y sobre todo el cansancio, cerraron los ojos de don Pero de Aguirre, y su sobrino se sentó junto á él á velarle en silencio.

Habian quedádo solos, y si alguien les acompañaba, era de una manera invisible.

Pasó aun mas tiempo, y el sueño empezaba á rendir á Fadrique, cuando de repente resonaron los pasos de un caballo junto á la cortadura y la de algunos hombres armados.

Era tan intrincada alli la maleza, que los que llegaron no pudieron ver á los dos caballeros ni á sus caballos aunque estaban demasiado cerca.

—Aun no se han cansado esos villanos, dijo una fuerte voz: tienen piernas de hierro y oidos de topo, cuando asi danzan, y danzan y sufren esa maldita música: pero si no me engaño, allá abajo veo á nuestro buen don Aleluya y á esa perla montaraz, que mi esposa llama una hermosa dama en bruto. Vamos Perafan. Ya veo que hemos llegado á tiempo. Demos un rodeo y tomemos la espalda de la ermita de Pero Alarcon si hemos de dar un golpe sobre seguro.

Estas palabras fueron pronunciadas tan de cerca, y de un modo tal, que las oyeron perfectamente don Pero de Aguirre y Fadrique. Despues de ellas, oyóse á aquella gente revolver sus caballos, marchar y alejarse.

—Ola, amigo, dijo don Pero al montero que los acompañaba por encargo de Jimeno: ¿qué gente es esa?

—Es el capitan de la guarda morisca del rey, Hernando de Carrillo, y diez de sus gentes.

—¿Y habeis oido bien?

—Si señor.

—¿Y quién vive en la ermita de Pero Alarcon?

—No es por la que vive por lo que se habla de dar un golpe, señor, sino por la que ha de ir alli esta noche á velar á la Vírgen.

—¡Ah! se vela esta noche á la Vírgen... alguna muger...

—Sí, aquella doncella que está sentada allá abajo entre pámpanas y flores: Teresa, la hermosa hija de Alvar Garcés.

—¿Y cómo sabeis vos..?

—El capitan Jimeno, me ha mandado observar desde aqui lo que pase allá abajo... El capitan sin duda sospecha algo cuando me ha dado tal encargo, y sin duda se trata de alguna sorpresa... de hacer alguna cosa con Teresa.

—¿ Pero no sabeis si vuestro capitan ha tomado algunas medidas para impedir que roben ó insulten á esa Teresa?

—Lo que sé es que ni al rededor de la ermita, ni en algunos tiros de ballesta á la redonda, hay un solo hombre de los nuestros.

—Pero segun he podido observar al venir, la selva del Abrojo hervia en monteros.

—En verdad que somos muchos señor, y que esta noche estamos todos agolpados á este punto.

—Entonces se me ocurre una idea que no desagradará á vuestro capitan.

Y á mí se me ocurre otra, señor

—Creo que se debe cubrir inmediatamerte la ermita y estar á lo que resulte.

—Pues esa es cabalmente mi idea. Mire vueseñoría, si ha de hacerse, ha de ser al momento, porque la media noche ha llegado, y ya se mueven allá abajo.

En efecto, en el campamento de los labriegos, habia cesado el baile: todos se habian agrupado al rededor del

trono campestre, al que habian acercado unas andas cubiertas de flores, en cuyas andas habia subido Teresa; cuatro de los espigadores mas jóvenes coronados de pámpanos y flores, llevaban las andas, y las espigadoras con antorchas formadas en procesion y cantando, rompieron la marcha llevando delante un grupo de hombres tocando sus instrumentos campestres: últimamente seguia un grupo de espigadores, como una guarda de honor de la reina de la fiesta.

Las hogueras y el trono, escepto el tonel con el que cargaron cuatro adeptos, quedaron abandonados.

Todo aquel cortejo, que tenia mucho de vistoso á aquella hora y á la doble luz de la luna y de las antorchas, se encaminó lentamente á la ermita de Pero Alarcon.

No habia pues que perder tiempo: segun el dicho del montero que acompañaba á don Pero de Aguirre y á su sobrino, despues de orar un momento en la ermita, debian retirarse y dejar encomendada la doncella que velaba á la Vírgen, á la guarda de su familia que se quedaria fuera velándola.

Don Pero de Aguirre, Fadrique y el montero, se levantaron; los dos primeros tomaron los caballos, montaron y el montero hizo retumbar su corneta en el bosque.

Inmediatamente salieron de la espesura algunos monteros, y se acercaron con actitud de respeto al que los habia llamado.

—Ballestas al hombro, dijo aquel hombre á los demas, y en marcha: por los rodeos á tomar la espalda de la ermita de Pero Alarcon, ocultaos en la espesura, y esperad.

Los monteros que llegarian á diez partieron, y el que habia quedado con los dos caballeros, tomó por una senda á paso largo.

Habian andado un gran trecho, en lo cual habian invertido mas de media hora, cuando el montero se detuvo de repente y retrocedió.

—¿Qué sucede? dijo don Pero de Aguirre refrenando su caballo.

—Calle vuestra señoría: acaba de cambiar el viento por la parte de las ruinas de Juan–sin–alma, y me ha traido gritos de muger: esperemos á que cambie otra vez.

En efecto: volvió á cambiar el viento, y entonces pudieron escuchar otros gritos desesperados.

—Es en la cañada del *Ciervo de oro*, esclamó el montero; cabalmente es el camino por donde tenemos que pasar para ir á la ermita: si esa muger es Teresa, no ha perdido tiempo el señor Hernando de Carrillo en dar el golpe. Pero mala landre para el señor capitan del rey que asi se mete en el avispero sin carátula: adelante, caballeros, adelante: mi capitan os agradecerá mucho el que nos ayudeis á salvar á esa doncella.

Y el montero partió á la carrera y los dos caballeros le siguieron al galope de sus caballos.

A medida que adelantaban se hacian mas perceptibles los gritos; al fin, despues de algunos minutos de marcha, desembocaron en un barranco, en medio del cual, iluminado de lleno por la luna, vieron un grupo compuesto de un hombre que luchaba con una muger.

La muger resistía de una manera desesperada, mientras el hombre, contando sin duda, seguro su triunfo, se divertia con la resistencia de la muger, y lanzaba brutales carcajadas.

—Esperad, caballeros, dijo el montero: es un hombre solo, y yo me las avendré con él.

Y adelantando llegó á alguna distancia del grupo, y dijo con voz seca é imperiosa:

—¡Eh, jayán mal nacido! deja esa doncella, ó yo te haré dejarla con la vida.

—¿Desde cuándo acá te atreves á tanto como á amenazarme, Garcerán? dijo aquel hombre con acento rudo y despreciativo sin soltar á la muger: yo he encontrado estraviada esta doncella, y quiero ponerla á buen cobro: con que asi, hi-



D. Juan II.
Lám. 4.ª

jo, sigue tu camino y no te entrometas en lo que no te importa.

—¡Ah! ¿sois vos, señor Pero Valiente? dijo el montero con acento mesurado y bajando su ballesta; perdonad: yo creia que se trataba de otra muger: pero puesto que no es ella, quedad en paz, y que Dios os dé buena ventura.

Y se volvió.

—¿Qué es esto, amigo? dijo don Pero de Aguirre: ¿os causa miedo ese hombre?

—¡Miedo! esclamó con acento amenazador Garcerán: no es miedo lo que me causa, es respeto.

—¿Respeto un bribon?

—Es uno de nuestros capitanes.

—¿Y le dejais abandonada esa doncella?

—Nada me importa, ó por mejor decir, me importa mas mi pellejo. Entre nosotros una rebeldía se paga con la vida.

—Pues yo os digo, seor bandido, esclamó Fadrique, que por sus pocos años tenia menos prudencia que su tio, que si os esponeis á perder la vida favoreciendo á esa muchacha, no la esponeis menos dejando de hacerlo.

—El gallito bravea y aun no tiene espolones: dijo Garcerán perdiendo enteramente el respeto que hasta entonces habia mostrado á los dos caballeros; pues peor para tí, doncel.

Y encarándose la ballesta que tenia armada, lanzó á Fadrique un venablo que le dió en medio del coselete.

La aguda punta atravesó las duras hojas de acero de Milan, y penetró en el pecho del jóven que cayó, dando un grito, por las grupas del caballo.

Instantáneamente se oyó otro grito salvaje: don Pero de Aguirre habia lanzado su caballo sobre Garcerán, y antes de que este hubiera tenido tiempo para armar otro venablo en su ballesta le levantó en alto de un bote de lanza atravesándole de parte á parte.

El montero cayó y no volvió á levantarse. Entonces don Pero cargó sobre el que se habia llamado Pero Valiente, con la lanza baja. Aquel hombre soltó á la muger que cayó

por tierra desvanecida por la fatiga y el terror.

Pero Valiente huyó algun trecho hasta tomar un árbol, para guarecerse del caballo de don Pero de Aguirre, y una vez á cubierto, lanzó tres agudos silbidos.

Pasó algun tiempo y nadie apareció. Don Pero caracoleaba al rededor del árbol con que se cubria Pero Valiente que lanzó otros tres silbidos. Cansado don Pero de aquel ataque inútil iba á desmontar, cuando tres venablos se clavaron silbando en su adarga. En el mismo instante aparecieron unos veinte monteros entre las quebraduras, y se agruparon al rededor de Pero Valiente.

—Prendedme vivo á ese fanfarron, esclamó aquel, perdido ya el miedo, prendédmelo y atádmelo á uno de esos árboles. Veremos entonces cómo se mete á favorecedor de doncellas.

—¡Ah! ¡malsines! esclamó don Pero, haciendo sonar su corneta como lo habia hecho á su entrada en la selva; veremos si ha de ser eso ó no: en todo caso tomad para prueba: Y se arrojó sobre ellos hiriendo á dos de la primera embestida.

Pero no eran gente los monteros que se aterrase á la vista de la sangre.

Don Pero de Aguirre se encontró cercado, acosado, combatido por todas partes; rebotaban los venablos en su fortísimo arnés de Vizcaya, que por fortuna era de un temple infinitamente mas fino que el del coselete de Fadrique, habia roto su lanza y esgrimia su hacha de armas, pero en vano: los monteros eran demasiado ágiles para dejarse herir por ella; cansado su brazo, se debilitaba ya y su caballo aturdido, fatigado, obedecia mal al freno y á la espuela, y no habia sido herido merced á su paramento de mallas de Milan, porque en aquel tiempo los corceles de batalla iban tan cubiertos de hierro como los ginetes: pero este mismo peso les hacia inútiles despues de las primeras embestidas, y esto cabalmente era lo que tenia á punto de sucumbir al valiente caballero.

Pero como un socorro inesperado del cielo, retumbó cerca otra corneta, y á su sonido todos los monteros que le rodeaban retrocedieron.

—¡Barba—larga! el capitan Barba—larga, esclamaron.

—¡Barba—larga! esclamó á su vez don Pero que contuvo su caballo y respiró como quien descansa de una larga tarea.

Instantáneamente Iñigo de Ayvar, Jimeno, Fortuño y la perra Ventora, se acercaron: en cuanto á la lebrela, no se detuvo hasta llegar á la muger que estaba desmayada y donde terminaba su rastro, porque como habrán sospechado nuestros lectores, aquella muger no era otra que Elvira.

—¿Qué sucede aquí? ¿qué es esto? dijo Barba—larga con un ademan y un acento que hubieran honrado á un emperador delante de su ejército; ¿por qué os reunís en cuadrilla para atacar á un solo hombre?

—Hemos sido llamados por el hermano mayor de la gente de armas de la cofradía, y hemos venido de nuestros apostaderos á su socorro.

—¿Y vos, señor Pero Valiente, acostumbrais á llamar á mis monteros para que protejan vuestras picardías y mueran en vuestra demanda? dijo con acento altamente despreciativo Jimeno.

—Esas gentes son hermanos del Cristo de las Tinieblas, y tanto ellos como vos me debeis obedecer.

—Eso será cuando se traten asuntos encubiertos del príncipe don Enrique, del marqués de Villena ó del arzobispo de Toledo: pero tened presente que yo soy quien pago sueldo á las compañias negras, que las presto á los bandos cuando me conviene prestárselas, y que si alguna vez van á vuestras órdenes, es por concesion y nada mas... ¿me entendeis?.. ahora, en atencion á que podeis decir que me valgo de la fuerza y de las circunstancias, no os castigaré como debiera, puesto que os habeis atrevido á robar en mi jurisdiccion una doncella; pero os lanzaré de mi tierra á la que podeis volver

á buscarme cuando gusteis. ¡Ola! apoderaos de ese hombre: añadió volviéndose á los monteros, sacadle del bosque y ponedle en el camino de Valladolid.

—Os juro que nos veremos las caras: dijo colérico Pero Valiente.

—Decid mas bien que procurareis buscarme las espaldas; dijo con desprecio Jimeno. ¡Ah! se me olvidaba: decid al señor marqués de Villena.....

Barba—larga le interrumpió.

—Decidle únicamente, dijo, que no olvide el dia ni el punto de la cita que tiene empeñada con Iñigo de Ayvar. Idos, idos solo, señor Pero Valiente: no queremos abusar de nuestra fuerza, y os suplicamos que en adelante seais mas comedido con las personas que, por estar en nuestra casa, podais pensar que nos interesan.

Pero Valiente tomó á buen partido callar, y sin despedirse de Barba—larga, que de una manera tan cortés le habia tratado, se alejó solo y colérico el barranco arriba meditando ya una rastrera venganza.

—Que no vuelva á acontecer lo que ha acontecido, dijo Barba-larga dirigiéndose á los monteros: vosotros no debeis obedecer á nadie... á nadie, ¿lo entendeis? que nosotros no os hayamos mandado que obedezcais. Y ¿cómo se llama el noble, el valiente caballero, añadió dirigiéndose á don Pero, que no ha dudado en esponer su vida por salvar una muger?

—Es don Pero de Aguirre, dijo adelantando Jimeno hácia el noble: el caballero á quien esperábais, que ha llegado esta noche con su sobrino.

—Con mi pobre sobrino, á quien acaso ha costado la vida el defender á esa doncella!

—¡Perder la vida!.. esclamó roncamente Jimeno: ¿y quién ha sido el miserable?.. añadió volviéndose ferozmente á los monteros.

Todos callaron.

—El que tuvo la desgracia de herir á mi sobrino no herirá ya á otro hombre; dijo don Pero.

—¡Oh! bien muerto está: pero... perdonadme, don Pero: la muger que habeis salvado necesita de ayuda, y la amo demasiado para no prestársela.

Y Jimeno corrió al sitio en que estaba aun mal repuesta de su desvanecimiento Elvira.

Barba-larga despidió á los monteros, que se apartaron un poco, y se quedó solo con don Pero de Aguirre.

—Ante todo, dijo Barba-larga, porque el asunto de que voy á hablaros, es mas importante de lo que podais creer. ¿Os acordais de una noche en que yo os acompañaba hace veinte años? Era una noche de tempestad: paramos á la puerta de una alquería... de la alqueria de Artal el ganadero: ¿os acordais, señor?

—Y cómo no he de acordarme si dejé en ella una hija, esclamó don Pero.

—Esa hija llevaba consigo pendiente del cuello en una bolsita un pergamino.

—¿Y ese pergamino? esclamó anhelante don Pero.

—Ese pergamino está aquí, y la luz de la luna es bastante clara para que podais reconocerle.

Y Barba-larga entregó á don Pero el pergamino que le habia dado Jimeno.

Al verle el noble, se estremeció de placer, y en su primer arranque de alegria se arrojó entre los brazos de Barba-larga y apoyó la cabeza en su pecho.

—Llorad, llorad, señor, le dijo Iñigo: Dios ha puesto en nuestro corazon las lágrimas para que las derramemos, y el placer nos mataria como el dolor si no diésemos salida á nuestro llanto.

En efecto, don Pero lloraba de placer.

—¡Oh! esclamó, alzando al fin la cabeza, ¡la felicidad y la desgracia á un tiempo! pierdo á mi sobrino Fadrique, y encuentro á mi hija.

—Vuestro sobrino: ¡oh! es verdad, ¡ola! dijo á sus monteros, socorred á ese hidalgo, desarmadle, mirad su herida, hijos mios.

Los monteros corrieron á Fadrique que estaba desmayado y le desarmaron y abrieron sus vestidos. Don Pero y Barba-larga se contemplaban anhelantes del mismo modo que Jimeno á Inés que estaba á poca distancia y que no habia vuelto enteramente en sí.

—Juan, hijo, esclamó Barba-larga dirijiéndoso á uno de los monteros, tú que eres algo curandero, ¿qué piensas de esa herida?

—Pienso que el desvanecimiento ha sobrevenido por el sobresalto y por el perdimiento de sangre; pero la herida es ancha y limpia y no ha pasado de la parte carnosa del costado: esto será asunto de buscar algunas yerbas y de apretarlas contra la herida durante ocho dias: gracias á que las hojas del coselete son de buen acero de Milan.

—¡Oh! gracias, Dios mio, gracias, esclamó don Pero.

—Ahora bien, Juan, arma un lecho de ramas y conduce á ese caballero á la alquería de Anton, en la que te quedarás cuidándole y sin que nadie le vea; ¿lo entiendes?

—Si señor.

—Vosotros todos, ayudad á Juan, acompañadle, y mientras esté en la alquería ese caballero, dadle guarda

Los monteros se dedicaron al cumplimiento del mandato de Barba-larga, y este dirijió de nuevo la palabra á don Pero.

—Ahora bien, señor, le dijo; armaos de valor, porque teneis hija y no la teneis.

—¡Cómo! esclamó con ansiedad el noble.

—Sí, vuestra hija es la doncella que habeis salvado del bribon á quien hemos despedido como perro con maza, y testá ahí.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó don Pero precipitándose hácia Elvira y Jimeno.

Barba-larga le contuvo.

—Esperad, señor; ese hombre que la tiene entre sus brazos, es su esposo.

—Su esposo ese montero, un capitan de aventuras.

—¿Qué habeis sido, señor, en el reino de Granada?...¡un esclavo!

—Sí, pero en el esclavo vivia un caballero.

—Y en el capitan de aventuras vive un hijo de la raza de los Villafrancas.

—¡Oh!

—Por lo mismo, señor, es necesario que seais prudente. Venid, venid. Conteneos por ahora, dejémoslos solos, no han menester de nosotros, y entretanto podré contaros una historia.

Y Barba-larga asiendo de un brazo á don Pero, le arrastró consigo llevando su caballo y el de Fadrique del diestro.



Espiacion y ambicion.

La procesion de los espigadores llegó á la ermita y entró en ella.

Era esta ermita un pequeño edificio bizantino de los tiempos medios, de bóveda semicircular y robusta, sustentada en anchas pilastras, con un sencillo altar en el presbiterio, en el que habia una imágen de la Vírgen de tosca escultura, y frente á este altar, sobre la puerta, la luz de la luna penetraba libremente por un calado roseton gótico.

Al lado de este pequeño templo, y de la misma fábrica que él, habia una casa dividida en dos compartimientos: el del piso bajo servia de sacristía; el del superior de celda de la ermitaña.

Era esta ermitaña una muger como de cuarenta y cinco

años, flaca, estenuada por el ascetismo, y en cuyas mejillas pálidas habian abierto dos surcos las lágrimas. A pesar de su estado de penitencia, esta muger conservaba restos de una gran hermosura, y cierta distincion en las maneras, por la que se podia juzgar que no pertenecia á una condicion humilde, ó que habia recibido una educacion superior.

Sea como quiera, los labriegos, y las gentes que pasaban junto á la ermita, la miraban con respeto, no por causa de su santidad, sino por temor á la ermitaña; bien es verdad que este temor era hijo de la supersticion y de la manera de sentir y de pensar de aquellas buenas gentes. Todo consistia en que la hermana Berta era uraña y gruñona, en que no daba jamás hospitalidad á un viajero perdido aunque la noche fuese de ventisca y relámpagos, y en que huia de la vista de las gentes.

Esto, que para un pensador no hubiera significado otra cosa que un espíritu agriado por las desgracias, y acaso por los remordimientos, era para aquellas ignorantes y sencillas gentes un signo seguro de todo lo malo que puede suponer la supersticion en un ser humano.

Decíanse de la ermita y de la ermitaña consejas de aldea, como por ejemplo: que en las noches oscuras y cerradas en lluvia, iba montado en un vicho negro, que no era ni caballo, ni asno ni mulo, aunque se parecia mucho á una de estas tres cosas ó á todas á la vez, un bulto negro vestido de fraile, que no era otro que el diablo, puesto que, desde el momento en que dicho fraile entraba estallaba sobre la ermita una furiosa tormenta, y los relámpagos contínuos y deslumbradores parecian salir de ella, como reflejos del infierno. Decíase tambien que á veces se escuchaban músicas estrañas y disonantes en que alternaban las voces de un gato, un ximio, un cerdo y un grajo: añadíase que en ciertas épocas del año exhalaba la celda un marcado olor de azufre, y que todos los sábados venian las brujas á posarse sobre el caballete de su empinado techo de pizarras. Apoyábanse para justificar este último dicho, en que.

durante una tormenta, una exhalacion habia roto la cruz de hierro colocada sobre aquel caballete, signo que sin duda no hubiera permitido á los diablos y á las brujas entregarse á sus nocturnos solaces.

A pesar de esto habia épocas, segun el dicho vulgar, en qué los malos espíritus no se atrevian á acercarse á la ermita, y una de estas épocas se contaba desde ocho dias antes de la Vírgen de agosto hasta ocho dias despues.

Por lo tanto los buenos segadores y las no menos buenas espigadoras, se acercaban sin temor á la ermita y la doncella reina, no tenia el menor escrúpulo en velar en ella desde la media noche hasta el amanecer.

La procesion, como hemos dicho, entró en la ermita: él altar á costa de los labradores estaba resplandeciente como una ascua de oro, segun suele decirse; se habian invertido para ello no menos que dos docenas de velas de cera vírgen, y otras dos docenas de candelillas: á los pies del altar habia dos cogines de terciopelo un tanto raidos y llevados que habian sido pedidos á cierto sacristan de la parroquia de un pueblecillo inmediato, y asimismo una alfombrilla un tanto recosida y remendada: un sacerdote venerable, con larga barba blanca revestido con ornamentos pontificales, y asistido del sobredicho sacristan alquilador, con sotana, sobrepelliz, caldereta de agua bendita é hisopo, esperaban á la reina de las espigadoras.

Al fin llegó esta, adelantó, se arrodilló en los cogines, y el sacerdote, tomando un blandon de cera blanca, adornado con flores, que estaba sobre el altar, le bendijo segun las ce- ceremonias del ritual romano, despues de lo cual encendió el blandon de la lámpara del altar, y le entregó á Teresa diciéndola estas palabras:

«Asi como arde esta cera bendita, arda tu espíritu en el amor de Dios, hija mia, y tan cándida como es su blancura, lo sea tu pureza para que puedas ser dignamente dama de la reina de las reinas, de la emperatriz de los ángeles.»

Tras estas palabras, el sacristan sin miramiento alguno,

estendió el hisopo y roció de agua bendita á Teresa.

Despues el sacerdote encaminó una sencilla y evangélica plática á los espigadores que estaban arrodillados, el sacristan levantando mas el brazo roció sobre ellos algunas gotas de agua bendita, despues de lo cual, los labriegos salieron de la ermita en la que quedó sola Teresa, de rodillas con el blandon en la mano velando á la Vírgen.

Los labradores se despidieron, cada cual en direccion á sus hogares despues de haberse despedido de Alvar Garcés, de su muger, de don Aleluya y de dos amigos y amigas mas que habian quedado fuera de la ermita á guardar á Teresa.

Don Aleluya vió alejarse á toda aquella gente, pero no reparó en que el sacerdote habia quedado dentro de la ermita.

Entre él y el sacristan se habian cruzado las siguientes palabras, en la sacristía.

—Aqui tiene vuesamercé su capa y su sombrero.

—No, no, mi buen Anastasio, dijo el sacerdote; nos quedamos aqui.

—¿Cómo, señor arcipreste, va á pasar vuesamercé una mala noche?

—Os engañais Anastasio; hace calor y aqui tendremos mas fresco que en nuestra casa: á mas si os rinde el sueño, la hermana Berta que, á pesar de lo que dicen, es caritativa, os dejará su lecho.

—¡Uf! señor, no dormiria yo muy bien en el lecho de esa...

—¡Mas caridad, mas caridad, hermano!

—Si vuesamercé la tuviera de mí nos trasladariamos en la mula á Pino-seco.

—Tenemos algo de matrimonio esta noche...

—¡Cómo! ¿acaso la reina de las espigadoras?...

—Esperad, esperad, y no os pesará, Anastasio, porque el novio tiene fama de generoso.

Poco despues el arcipreste subia por unas estrechas es-

caleras que conducian á la celda de la hermana Berta, y el sacristan roncaba tendido en el suelo de la sacristía.



De los graves sucesos que pasaban en la ermita, mientras Tersa velaba á la Virgen.

DON Aleluya sentia una verdadera ansiedad: habia llegado el momento de que sirviese los proyectos de doña Mencía de Padilla contribuyendo al robo de Teresa: su codicia le arrastraba por una parte, por otra su cuidado, y estas dos fuerzas reunidas triunfaron de su voluntad.

—¿Sabeis, dijo don Aleluya, que la fiesta de esta noche ha sido una verdadera fiesta de locos? creo que yo era el que tenia mas juicio de todos: ¡vamos! y cuando los príncipes andan por el suelo, no es mucho que el juicio de los villanos esté en las nubes.

—Esto me huele mal, muy mal; dijo Alvar; ¿para qué quiere la señora princesa á mi hija? ¿para qué se la regalan tan ricas alhajas...? ¿por qué ella desdeña á ese buen Jimeno que hubiera sido un escelente esposo?

—Alvar, nuestra hija no era para un villano... dijo Inés; bien lo sabes... el águila volará siempre alto, muy alto... déjala que vaya á la corte... ya no es una niña: y luego ¿qué la puede suceder al lado de la princesa, que es una santa?

—Tanto como el príncipe es un diablo tonto y perverso y mal intencionado... ello sí, Teresa hará suerte... y mucho mas bajo mi vista... yo la aleccionaré... ¡ Diablo! ¿pues no faltaba mas ? yo sirvo como cualquier otro para guardar doncellas, y mucho mejor que una dama. Pero dejemos esto, mi buen Alvar, que Dios dirá, y si no dice será porque no tenga nada que decir: ya es la alta noche, ó por mejor decir el bajo dia, y mi estómago está bajo, y muy bajo.

—Por eso no quede, que aqui hay un pernil con que entretener el apetito, y aloque del mejor.

—¿Y quién piensa en aloque, cuando traigo yo aqui bajo el balandran cierto vinillo de Peralta que he robado sutilmente hoy de la mesa del rey?

—¡ Qué feliz sois, don Aleluya! dijo una de las muchachas amigas de Teresa; comeis todos los dias con su alteza.

—Cuando su alteza come.

—Pues qué, ¿no come el rey todos los dias?

—El rey es gloton.

—¿Gloton? pues mejor.

—Pues yo digo que peor.

—¿Y por qué ha de ser peor?

—Pues sí señor, mucho peor, porque esa misma glotonería del rey hace que siendo generalmente poca la comida, la devore enteramente su alteza y no queden para el loco mas que los huesos roidos.

—Pero hoy no debe de haber sucedido eso, don Aleluya, dijo riendo la muchacha.

—Hoy ha sido distinto, como que ha comido con su alteza el muy magnífico condestable, que se cuida á cuerpo de rey que no tiene favorito... vamos alargad acá un trozo de pernil, amigo Alvar.... tomad y bebed ... dad de beber á la redonda mientras yo como: asais admirablemente perniles hermana Inés, y el rey os tendria muy sobre sus ojos si fuéseis su cocinera; pues no, no os parece tan malo el vinillo que el señor condestable ha enviado hoy á la mesa del

rey: empinais mas de lo que debiérais, si ha de quedar algo para mí en la bota.

—¿Y qué necesidad teneis de esto, don Aleluya? dijo la otra muchacha; vos debeis estar ahito, y nosotras nunca bebemos mas vino que el de nuestras viñuelas, que están harto esquilmadas.

—Si estoy ahito, dijo el bufon, mascando á dos carrillos, bien sabe Dios que es de picardias.

—Pero dicen que las picardias de la corte engordan, dijo la muchacha

—¿Qué entiendes tú de esto, Andrea, parlanchina? dijo Alvar; no te pareces ciertamente á tu hermana Clara, que calla, come y bebe.

—Cabalmente lo mismo que hace el rey... cualidad de gloton... Clara seria capaz de casarse con un oso, con tal de que siempre que la hablasen de él la diesen vino de Peralta y conejos perdigados, del mismo modo que el rey para escuchar buenamente los tratos de ese matrimonio con la infanta de Portugal necesita que el condestable le dé un banquete.

—¡Ah, ah! ¿y por qué tienen siempre á su alteza sin comer?

—Preguntádselo al señor bachiller Fernan Gomez de Cib-dadreal, su médico: el tal Galeno alega testos, dice que la incontinencia en comer manjares crasos á que su alteza es sumamente aficionado, engruesa los humores, y pueden sobrevenir... cata... cata... apople... ¿qué es ello, señor... no me acuerdo ni jamás he podido entender al buen médico... ello es que siempre que se quiere lograr algo del rey se le pone quince dias antes en doble abstinencia.

—¿En doble abstinencia? dijo uno de los mancebos; ¿y de qué, don Aleluya, de qué le hacen abstenerse ademas de la comída?

—De otra comida á que el rey es muy aficionado... ¡Diablo! yo lo creo: de cierto género de piezas que sabe hacer buscar el condestable y que paga á peso de oro...

—¿Aves de vuelo..?

—Y tan de vuelo que se escapan de las manos por bien que se las tenga asidas.

—¿Y cómo se llaman esas aves?...

—Esas aves suelen llamarse Maria, Teresa, Juana, Andrea, Clara ....

—¡Vamos, don Aleluya, dijo ruborizándose Andrea, que teneis unas cosas!...

—Mis cosas nada tienen de estraño sino lo pequeñas que son, hija mia: pero sin embargo, y por pequeños que sean mis ojos y mis oidos, oigo y veo mucho mas, muchísimo mas que otros; como que quisiera no oir ni ver tanto.

Alvar Garcés creyó encontrar algo de intencion en las palabras de don Aleluya.

—¿Con que decís, amigo mio, dijo, que veis mas que otros?... ¿y si yo os probase que veo tan largo como cualquiera?

—¡Vah! vos no veis mas allá de los álamos que rodean vuestra huerta.

—Algo mas, algo mas, don Aleluya; esclamó Garcés cuya lengua pronunciaba ya mal las palabras... por ejemplo: mañana por la mañana, llevaré á doña Mencía de Padilla las alhajas que dejó ayer á mi hija, que no irá á la corte, sino que mal le pese se casará con Jimeno.

—¿Con Jimeno Nuñez, el montero? dijo Andrea: ¡ta! ¡ta! ese buen mozo se ha llevado esta noche de la fiesta á Elvira la hija del ganadero Artal... que jura y perjura que ó se ha de casar el señor montero con Elvira, ó que hará... y volverá á hacer... vamos dá lástima y miedo de oir al viejo.

—¿Con que Jimeno Nuñez ha robado á Elvira? dijo pronunciando ya sus palabras con mas dificultad Garcés.

—No se sabe si la ha robado, ó ella se ha ido buenamente con él... algunos dicen que Jimeno no ha hecho esto mas que por dar en ojos á Teresa, y que Teresa por dar en ojos á Jimeno, cuando le vió bailar con Elvira, se puso á bailar con el príncipe... lo que ha sido un escándalo... si señor...

añadió Andrea á quien los efectos del Peralta hacian hablar mas de lo conveniente.

—¿Con que... ha sido... un escándalo? dijo Alvar lanzando un largo bostezo... pues bien... mejor... mi hija no irá á la corte... no... y si no se casa... con Jimeno que eso... lo veremos... se casará... con... otro...

Estas palabras casi no se entendieron; despues de ellas Garcés inclinó la cabeza, luchó algun tiempo con el sopor, y luego murmurando algunas frases incoherentes, se dejó caer sobre el cesped y se durmió.

Inés hacia ya algun tiempo que dormia, los dos mozos y Clara bostezaban, Andrea siguió charlando por algun tiempo enteramente ébria, y al fin cayó; poco despues todos dormian profundamente.

Don Aleluya movió vigorosamente á Garcés, pero obtuvo el mismo resultado que si hubiese movido á un cadáver: el viejo labriego siguió roncando é inerte como un tronco: don Aleluya se levantó y movió sucesivamente á cada uno de los otros que estaban aletargados de la misma manera profunda.

—¡Dios de Dios! dijo el bufon: no, pues el señor capitan del rey, ó por mejor decir, la noble señora doña Mencía de Padilla, sabe proveerse de buenos brebajes... tienen el sueño tan profundo como el de los siete durmientes... no; no seré yo quien beba de ese Peralta... no sabemos lo que puede acontecer... y sobre todo, que lo mismo parece un hombre dormido, con los ojos cerrados é inerte, que si efectivamente durmiera. Pero el caso no es ese... ó debo ó no debo... y bien... ¿quién soy yo para oponerme á los deseos de doña Mencía, del condestable ó del príncipe don Enrique...? pero es que no veo claro... indudablemente el golpe viene de doña Mencía; ¿pero con qué objeto...? ¿para qué quiere esa niña...? ¡oh! despacio, pensamiento mio... no andes tan de prisa, no ruedes tanto; creo que voy á volverme verdaderamente loco... esa niña puede haber servido de una manera doble... primero para dar un golpe á los pro-

yectos de don Juan Pacheco ó del príncipe, lo que es lo mismo, y mañana para tener asido al rey... para contrabalancear el poder de la reina con quien casa á su alteza el condestable, y que debe ser muy su amiga... ¡oh! ¡maldita sea la hora en que la han visto! ¡malditas sean mi pequeñez y mi pobreza! ¡pero yo puedo mucho...! sí, indudablemente en un caso desesperado yo puedo mucho para vengarla; ¿y quién sabe? esa muchacha es ambiciosa... impura... ¡Dios mio...! ¡Dios mio...! pues bien, esperemos... el tiempo dirá... yo no la perderé de vista... entretanto, sí, ya no deben tardar; finjamos dormir, y escuchemos... sí, escuchemos con toda el alma.

Don Aleluya se tendió en la yerba al lado de Garcés, y poco despues sus ronquidos afectados parecian tan naturales como los de los demas.

Esto consistia en que habia oido hácia la parte de la ermita un ruido semejante al del chocar de las piezas del arnés de un hombre armado que se acercaba.

En efecto, un caballero de alta estatura adelantó con la visera calada, y al ponerse bajo el rayo de la luna se vió sobre su coselete una cota de armas en que estaban bordadas las armas del rey.

Acercóse y examinó uno á uno á los que dormian, y luego dijo con una voz en que aunque desfigurada por el hueco del yelmo, se conocia el acento del capitan Hernando de Carrillo.

—Duermen como lirones, dijo: acaso este, añadió moviendo á don Aleluya, esté tan despierto como yo: en ese caso señor loco, tened todo lo que oigas ó veais como un sueño que no debeis contar á nadie, á nadie, y que hareis muy vien en olvidar... ¿me entendeis, amigo bufon....? pues si me entendeis, me alegro... Quedad en paz y que Dios os dé muy buenas noches.

Dicho esto se volvió por donde habia venido.



De lo que aconteció á Teresa en la ermita de Nuestra Señora de Pero Alarcon, con mas que el lector verá.

El capitan Hernando de Carrillo dió vuelta á la ermita, atravesó un claro descubierto y se internó en una alameda, sin notar algunos bultos, que estaban inmóviles y pegados á los troncos de los árboles, como formando parte de ellos.

Al fin llegó á un lugar, en donde le salió al encuentro un hidalgo jóven, buen mozo, cubierto de sedas y brocados y perfumado de una manera que trascendia á incienso desde una legua: apenas contaria veinte y cuatro años, y se notaba que era hidalgo por lo noble y lo desembarazado de su apostura y por la elegante manera con que llevaba sus ricos trajes.

—¡Ah! ¡ah! dijo el capitan; paréceme que estais impaciente, señor don Rodrigo de Sandoval; y en verdad que la aventura no es para menos, pero afortunadamente esos pobres diablos duermen ya y podeis cuando gusteis, entrar en la ermita: os aconsejo que os prepareis, y esteis sobre vos, si no quereis deslumbraros.

—¡Cuerpo de...! y don Rodrigo soltó un voto formidable: en verdad, en verdad, que vuestra esposa, hace milagros... tenerme á mí esperando toda una noche... para...

—En fin, si buena espera os cuesta, buenos brocados gastais, y llevais en la escarcela sendos y abundantos escudos, sin contar con el palacio que habitais en la calle del Conde, y los caballos, y las literas, y los escuderos y los

pages de que podeis disponer: pues á fé á fé que cuando vinísteis de Sicilia á buscar entretenimiento y sueldo á la corte del señor rey don Juan el Segundo, traiais la vesta harto agujereada, mas de lo que convenia mohoso el estoque y con mas migajas de pan duro en la escarcela que escudos, mi... muger, ha encontrado sin duda algun mérito en vos y os ha empleado en su servicio. Pues os paga bien, servidla bien. Esto es muy justo.

—Sí, pero se me exijen servicios indignos de un noble.

—Un noble como vos, no tiene mucho en que reparar: á fé á fé que sin mi... muger, os hubierais visto precisado á seguir la vida que teníais en Sicilia, que sobre ser una vida de perros, os hubiera puesto en peligro de trabar conocimiento con los alguaciles de la casa y corte de su alteza en poblado ó con los cuadrilleros de la santa hermandad en los caminos.

—En Sicilia nadie conocía mi nombre, mientras que aqui...

—Le presentareis dorado... vamos, dejaos de melindres, y si necesitais que mi... muger os suba el precio, decídselo francamente: ella os pagará segun la sirvais... con que asi, venid conmigo: yo me quedaré dandoos la guarda: procurad despachar pronto y responder á la fama que teneis de buen galanteador.

Y dicho esto enlazó por un brazo al llamado don Rodrigo de Sandoval, y le llevó á la ermita, en cuya puerta le dejó.

Lo primero que vió don Rodrigo fué á Teresa, que era admirablemente esbelta, arrodillada en los almohadones, vestida de blanco, con la corona de rosas al rededor de la cabeza, y algunos diamantes en la cabellera que lanzaban heridos por las luces del altar fúlgidos destellos. Aunque no la podia ver el semblante, don Rodrigo comprendió que se trataba de una muger hermosa; y queriendo verla sin ser visto, adelantó de puntillas, y con una habilidad tal para no ser sentido, que se comprendia que el tal hidalgo

en otras ocasiones graves habia usado de la misma cautela. Adelantó, pues, sin hacer el mas leve ruido llegó á ponerse junto al muro de la ermita, y se replegó al ángulo de una pilastra, desde donde, por las pequeñas dimensiones del templo, podia ver perfectamente el semblante de Teresa.



Estaba la jóven tan profundamente abstraida, que no hubiera reparado en don Rodrigo aun cuando hubiese pasado por delante de ella, y en su semblante se notaba un disgusto sombrio, un pensamiento fijo, con el que debia luchar poderosamente en el fondo de su alma, á juzgar por los contínuos y nerviosos estremecimientos que la agitaban de tiempo en tiempo, tras de los cuales parecia como despertar de un sueño, y murmuraba en voz baja algunas oraciones.

—Por Satanás, dijo don Rodrigo: siempre despues de ese demonio tentador de doña Mencía de Padilla, esta es la muger mas hermosa que he visto en toda mi vida. ¡Cuernos de Belcebú! ¡pues nó! ¡que no me digan que esta es una villana... aqui hay misterio... he conocido muchas reinas que no tienen la dignidad de esta doncella... Y si no, sin mas andar, ahí está doña Juana Enriquez la reina de Navarra, la esposa del infante don Juan de Aragon. ¡Diablo! pues trabajo os mando, mi señora doña Mencía de Padilla, si habeis de luchar conmigo... vos no me conoceis bien tampoco... y si confiais en vuestro marido el señor capitan de la guarda morisca, ¡vah! todo se reduciria á que uno se figurase que estaba en la caza del javalí.

Despues de estas palabras, pronunciadas para su capote, don Rodrigo quedó profundamente abstraido contemplando á Teresa. Las luces del altar iluminaban de lleno su semblante, y nos parece oportuno decir algo á nuestros lectores acerca de las dotes físicas de este nuevo personage, puesto que de las morales tendrán tiempo de juzgar en el discurso de nuestro relato.

Era don Rodrigo Sandoval un jóven, segun hemos dicho, de veinte y cuatro años: su cabeza tenia nobleza y audacia, y estaba enriquecida por una brillante y sedosa cabellera negra como el ébano. Era ligeramente moreno, pero con magníficos y espresivos ojos negros sombreados por largas pestañas y coronados por dos anchas y lustrosas cejas bellamente arqueadas: su nariz aguileña daba á su rostro oval cierto aspecto de distincion y de nobleza, que se completaba por el esmerado aliño de una barba cuidadosamente rizada y perfumada; en cuanto á su talante ya hemos dicho que era gentil, que llevaba con soltura su riquísimo trage de brocado, y debemos añadir, que la espada que llevaba al costado, por su pesadez y longitud, representaba el arma de un valiente.

Por algun tiempo Teresa no reparó en don Rodrigo, y este continuó mirándola abstraido; pero por un incidente

casual, Teresa volvió el semblante y le vió: entonces se puso de pie lentamente, y dejando el blandon en un atril, dijo con voz lenta y grave:

—¿Quién sois? ¿qué quereis aqui?

—Soy un hombre que os ama y viene á buscaros; dijo don Rodrigo despegándose de la pilastra y adelantando hácia Teresa, que retrocedió.

El acento de don Rodrigo habia variado, no era el que usaba en su lenguage votador y alegre, ni el de un galanteador de oficio, sino el de un hombre enamorado conmomovido por la hermosura de Teresa.

Esta axaminó en una sola y larga mirada el semblante, el traje y la apostura de aquel caballero que iba á buscarla al templo de Dios, y que tan irreverentemente y de una manera tan sumisa y dulce al mismo tiempo, la decia en él amores.

—¿Qué me amais? dijo Teresa; yo no os conozco, caballero.

—Pues yo sí os conozco: dígalo sino esta carta de vuestra buena amiga doña Mencía de Padilla.

Y adelantó mostrando á Teresa una carta.

—No sé leer, caballero.

—Pues si vos no sabeis leer, permitidme que os la lea.

—¿Y para qué, caballero?

—En ella se me recomienda á vos para que no os negueis á recibirme por esposo.

Un rayo de luz iluminó el pensamiento de Teresa, al escuchar aquella estraña proposicion, luz que dulcificó un tanto su semblante, y le dió la espresion de alguna intimidad para con don Rodrigo.

—¿Es decir que doña Mencía...?

—Escuchad lo que os dice en su carta...

—¿Pero...?

—Doña Mencía cree tener razones...

—¿Para que yo me case con vos?

—Ciertamente.

—¿Y qué razones son esas?

—¿Cuáles pueden ser sino la súplica de mi amor?

—Vuestro amor... pero yo no os he visto nunca, caballero: por el contrario, cuantos han tenido la debilidad de enamorarse de mí me han perseguido, me han acosado con sus súplicas...

—Yo, señora, he respetado en vos vuesta pureza: no me he atrevido á presentarme por temor de que siendo vos una labradora, no creyéseis que un caballero no podia presentarse á vos sino con el pensamiento de deshonraros.

—Y decidme, señor, ¿acaso he dejado de ser esa humilde labradora?

—Sí, puesto que mañana entrareis al servicio de la princesa doña Blanca, por nombramiento del príncipe don Enrique. Yo debo presentaros á la corte como mi esposa.

—¡Ah! ¡es necesario!...

—Si, es necesario que seais noble para entrar al servicio de la princesa, y yo os presto mi nobleza.

Teresa lo comprendió todo: comprendió que aquel era un hombre que se vendia, un instrumento destinado á cubrir las apariencias: Teresa habia ya probado ese goce tentador del lujo, estaba sedienta de probar las demas ventajas de las damas nobles y poderosas, y en vez de rechazar á don Rodrigo, solo procuró cubrir por su parte, y de la mejor manera posible, las apariencias.

—Leedme esa carta de doña Mencía, caballero, dijo.

Don Rodrigo desdobló la carta y la leyó afectando una conmocion profunda:

—«Mi buena amiga Teresa: no habeis sido elegi-
«da reina de las espigadoras, si no para proporcionar á
«don Rodrigo Sandoval, señor de Santa Cruz en Sici-
«lia, una ocasion de hablaros del profundo amor que
«siente por vos, y que no ha podido espresaros antes; sa-
«biendo que érais mi amiga, y que estábais elegida para
«la servidumbre de la señora princesa doña Blanca, me
«ha suplicado interponga con vos mis buenos oficios, para

«que consintais en darle esta misma noche la mano de es-
«posa. A ello me han decidido algunas razones: en primer
«lugar, siendo como es don Rodrigo, jóven, galan y apues-
«to noble por su casa, y rico por su hacienda, no debeis
«tener reparo alguno en elegirle por vuestro señor, puesto
«que posee cuantas dotes apreciables puedan desearse en un
«buen marido: os ama con frenesí; y aunque bien veo que
«no conociéndole vos no podeis estar enamorada de él, este
«casamiento os conviene, y el amor vendrá con el tiempo:
«ademas, vuestro esposo, porque ya le tengo por tal, parte
«mañana á Sicilia, donde estará algun tiempo, y como vos
«no podeis ser presentada en la corte, si no siendo noble
«por vos misma ó esposa de un rico-hombre, la dilatacion
«de vuestro matrimonio con don Rodrigo dilataria vuestra
«presentacion; pesad pues bien estas razones. Mi esposo,
«Hernando de Carrillo, lleva la licencia de su alteza y ór-
«den para que un clérigo cualquiera os case. En cuanto á
»mí quedo esperando la noticia de que sois de don Rodri-
«go Sandoval. De Valladolid á 15 dias del mes de agosto del
«año del Señor de 1447 años.—Vuestra amiga doña Mencía
«de Padilla.»

—¡Pero señor! dijo Teresa; doña Mencía no piensa en mi padre, en mi corazon...

—Venid, Teresa, venid, dijo don Rodrigo; tengo que hablaros.

Y la llevó hasta un escaño situado en el presbiterio.

Habia una entonacion tal y tan poderosa en el acento de don Rodrigo, que Teresa se sentó temblando.

—Estamos espiados por todas partes, Teresa, dijo don Rodrigo.

—¿Espiados? dijo Teresa.

—Espiados, sí: ¿no comprendeis que se tiene gran interés en hacer este matrimononio?

—¡Interés en este matrimonio..! ¡en mi matrimonio con vos!

—Sí, y un gran interés de corte.

—No os entiendo.

—Yo procuraré que me entendais. Ante todo ¿habeis amado á alguien?

Teresa bajó los ojos y no contestó.

—Respondedme, y respondedme con verdad. Estoy seguro de conocer si me engañais.

—Sí, he amado; dijo Teresa.

—¿Y amais aun?

—No, aquel era un amor de niña que ya no basta á mi corazon.

—¿Qué ama vuestro corazon?

—Mi corazon desea un caballero noble, hermoso, rico y valiente, que me pueda proteger, que me pueda honrar....

—¿Y no encontrando á ese caballero ibais á venderos á un príncipe?

Teresa bajó los ojos, y luego los levantó con dignidad.

—Aun no me he vendido, caballero.

—Pero os vais á casar conmigo... lo que significa.

—Aun no me he casado.

—¡Bien! teneis orgullo y pureza... ¡Dios de Dios! perdonad, señora; pero no me puedo ir á la mano. ¿Sabeis que soy muy feliz?

—¿Que sois muy feliz...?

—Cuanto puede serlo un hombre que ha fundado siempre su felicidad en la muger.

—¿Y creeis que yo...?

—Vos sois una muger como no hay dos: no os han comprendido, Teresa; pero os he comprendido yo... han pensado que podrian... pero no hablemos de eso, porque no será... miradme bien... ¿pensais que podreis amarme?

—¡Oh! me preguntais cosas bien estrañas, señor.

—Pero del mismo modo que os amo yo, aunque solo hace algunos momentos que os hablo, ¿no podreis vos comprender si me amareis ó no?

Don Rodrigo, como hemos dicho, era hermoso insinuante, conocia profundamente á la muger y hablaba con

pasion. Teresa alzó y bajó dos ó tres veces alternativamente los ojos, y al fin dijo:

—Creo que podré casarme con vos sin violencia.

—¡Casaros enteramente conmigo!

—Caballero, creo que habeis dicho que no se me habia comprendido, y teneis razon. Yo nunca hubiera sido la manceba del príncipe: tengo demasiado orgullo para ello: el príncipe hubiera sido un esclavo mio y nada mas.

—¡Diablo! es decir, quereis ser de la corte: pero quereis ser noble...

Don Rodrigo se rascó la estremidad de una oreja.

—Escuchad caballero, dijo Teresa: yo tenia un novio á quien amaba, á Jimeno Nuñez, un valiente montero de nuestros bosques.

—Algun oso montaraz.

—A Jimeno para ser caballero solo le falta que el rey le conceda una cédula de hidalguía.

—¡Ah! ¡ah!

—El es quien con su orgullo, ha despertado el orgullo que dormia en mi alma: cuando sentados sobre un rivazo me leia antiguos libros de caballería, mi alma se formaba lentamente: primero me disgustó ser hija de un labrador: yo envidiaba á esas nobles y ricas damas que pasaban en palafrenes encubertados con telas de oro por delante de nuestros linderos siguiendo en la montería con un alcon en el puño á apuestos y nobles hidalgos: yo me figuraba á aquellas damas en las habitaciones de sus palacios, en los estrados de los torneos y de las justas, como las que me leia en sus libros Jimeno, y se me hacia duro el espigar, el ayudar á mi padre en las faenas del campo: mi sueño fué ser dama, y ese sueño me lo inspiró Jimeno: despues el mismo Jimeno se me hizo insoportable: la que estaba mal avenida con su estado, no podia estarlo bien con los amores de un hombre que era igual suyo, y de esto, ya os lo he dicho, nadie mas que él tenia la culpa: el no quiso que fuese una rústica aldeana y procuró hacerme una dama; que no se queje

pues.—Llegó un dia en que un caballero ricamente vestido paró á la puerta de nuestra casa: le acompañaban otros tambien nobles, que le servian con respeto y le llamaban señor. Aquel hombre me saludó, me llamó hermosa y pasó.—Aquel mismo hombre volvió al dia siguiente, volvi, muchos dias mas, me requebró y aun habló conmigo. Yo no sabia que era el príncipe don Enrique... Pero ayer (Teresa contó á don Rodrigo lo que la habia acontecido) me sentí orgullosa, continuó, triunfando de una princesa; peró os lo juro, nunca, por nada del mundo, hubiera descendido á ser la manceba del príncipe... de un hombre casado... de un hombre que dicen tiene mancebas en las carnicerías de Valladolid...

Dijo con tal energía Teresa estas palabras, que no podia dudarse que hablaba con el corazon.

Don Rodrigo se rascó segunda vez la estremidad de la oreja derecha.

—¡Diablo! ¡infierno y truenos! dijo para sí: creo que doña Mencía de Padilla con toda su trastienda de corte se ha equivocado de alto abajo con esta rapaza. Y luego añadió alto: lo que acabais de decir es muy noble, muy digno y muy bello, y me hace amaros doblemente... pero para que yo consienta en ser vuestro marido necesito saber si me amais.

—Basta con que no me repugneis: el amor vendrá despues si sois digno de ser amado.

Rascóse la oreja por tercera vez don Rodrigo.

—Pues si solo consiste en eso Teresa, vuestro soy.

Hubo un momento de silencio solemne, provocado por la situacion que no podia ser mas estraña. Al fin se levantó don Rodrigo.

—¿A dónde vais, caballero? le dijo Teresa.

—Voy á buscar al que nos ha de proporcionar los medios de casarnos en el momento.

—¿Y quién es el que..?

—El capitan Hernando de Carrillo.

—Pero mi padre...

—Vuestro padre no ofrecerá dificultad alguna.

—Os engañais, mi padre...

—Vuestro padre duerme con sus amigos en la pradera.

—Pero si despierta....

—Estad segura de que no despertará....

—¡Cómo! esclamó Teresa aterrada...

—No os asusteis: todo consiste en que se ha puesto beeño en el vino que han bebido.

—Y eso ¿no puede causarle ningun mal?

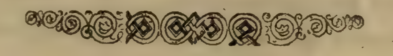
—Ninguno, mañana despertará, se encontrará sin voz, y... se irritará pero vendremos los dos á verle despues de haberle avisado de que nos hemos casado.

—¡Casado! ¡casado! ¡Dios mio! esclamó Teresa mientras se alejaba don Rodrigo. Y bien, sí: Jimeno me ha insultado me ha insultado Elvira: ese hombre es un noble y me llevará á la corte... seré dama de la princesa... podré vengarme... y luego... luego... yo creo que podré amarle...

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, dijo una voz hueca y cascada junto á ella... me ha parecido haber visto en sueños á un ángel perdido; el señor arcipreste duerme y yo vengo á verte... si eres tú... tú eres...

Teresa dió un grito agudo; habia visto junto á sí una figura horrible: una muger palida, desgreñada con los ojos hundidos, los pómulos salientes, la boca cabernosa; una muger destrozada, horrible... aquella muger la habia mirado fijamente mientras habia pronunciado estas palabras y luego se habia avalanzado á ella para abrazarla.

Teresa creyó que la Vírgen la castigaba por haber abandonado su vela y haberse entregado á conversaciones profanas, enviándole un espectro, y se desmayó.





De lo que aconteció por Teresa á la ermitaña de Pero Alarcon.

Al grito de Teresa entraron precipitadamente en la ermita Hernando de Carrillo y don Rodrigo de Sandoval, que encontraron á la jóven tendida en el presbiterio, sin sentido y junto á ella la ermitaña que habia rasgado el trage de Teresa y contemplaba con una atencion intensa, con una espresion indescribible, un ancho lunar negro que se marcaba sobre el hombro derecho de la jóven.

—¡Eh! ¿qué diablos haceis ahí, hermana Berta? le dijo Hernando de Carrillo. ¿No veis que con vuestra apariencia de bruja habeis asustado á esta niña?

—¿Y quién eres tu para apartarme de ella?

Don Rodrigo retrocedió ante la actitud de leona que habia tomado la ermitaña alzada delante de Teresa, lívida con la mirada fija, los ojos inyectados en sangre y relucientes como carbunclos. Pero no aconteció lo mismo con el capitan de la guarda morisca del rey: Hernando de Carillo comprendió que por muy afiladas que fuesen las uñas y por agudos y fuertes que fuesen los dientes de la hermana Berta, no lograrian ni aun arañar su templado arnés de Milan: es de advertir que, el esposo de doña Mencía de Padilla hubiera despreciado del mismo modo, la actitud hostil de la hermana Berta aunque hubiera estado vestido de seda, porque era hombre que lo veia todo por su lado positivo, con el cual eran inútiles las impresiones, y que sabia bien que una muger, por fuerte que sea, es un débil enemigo para un hombre que no es débil ni manco.

—Vamos, buena madre, dijo; vos no teneis nada que hacer aqui, y habeis asustado á esta dama... pues no es mal apuro ¡vive Dios! decidme, don Rodrigo, ¿sabeis vos algun remedio para hacer volver en sí á una doncella?

Y entre tanto se preparaba á desasir á la ermitaña de Teresa.

—No, no; esclamó la ermitaña; no me la quitareis, es mi hija... mi hija ¿lo entiendes? me la quitaron hace veinte años, y á pesar de eso la he reconocido... mira, ves; y luego he encontrado sobre ella esta señal... este hermoso lunar negro... es mi Teresa, mi Teresa... No me la quitarás.

—Ayudadme, vive Dios, don Rodrigo, esclamó el capitan, á desaferrar esa jóven de las uñas de esa loca: ¿qué diablos haceis ahí, parado, atónito?

—No, no; gritaba la ermitaña, siempre asida á Teresa: es mi hija... mi hija...... socorro... señor, socorro que me la roban... Dios no me la devuelve para que me la quiten, no.... mi hija, mi pobre hija, mi... Elvi... ra....

La voz de la ermitaña se cortó, á tiempo que su cabeza chocaba con el pavimento. El capitan del rey cansado de luchar con la vieja habia hecho un esfuerzo, y Berta al ser lanzada habia recibido un golpe horroroso.

Entonces hubo dos mugeres desmayadas. Arrepentido sin duda de su brutalidad, miraba el capitan á Berta, de cuya cabeza surgia un raudal de sangre. Don Rodrigo parecia mas bien absorto por las palabras que habia oido á la ermitaña, que por el fatal accidente que habia hecho un asesino involuntario del capitan de la guarda morisca del rey, que estaba aturdido.

—¡Su hija! ¡es su hija!... esclamó atónito don Rodrigo.

—¡Maldita vieja! esclamó Hernando de Carrillo: el diablo ha debido de traerla: esto es atroz... en todos los empeños en que me mete mi... muger, me ha de suceder algo formidable... pues no, no; esto es necesario que concluya. ¿Qué diablos haceis vos, don Rodrigo? añadió mirando al aventurero que se inclinaba sobre Berta.

—¡Qué hago! esclamó con estrañeza don Rodrigo: socorrer á esa muger.

—¡Para socorros estamos, vive Dios! dejaos, dejaos de eso... esa doña Teresa ó doña diablo, está dando ya muestras de volver en sí; y es necesario sacarla de aqui antes que vea esa sangre. Vamos, despachaos y ayudadme..... en un cuarto de hora estaremos, si corremos á mata caballo, en la abadía del Abrojo, donde conozco yo mas de un monje que no se detendrá en casaros, y el casamiento, tenedlo presente, es lo que aqui mas importa: no, por nada del mundo me espondria yo á una reyerta con doña Mencía... ademas nadie ha visto este fracaso y es necesario que nadie lo vea... si esta dama vuelve en sí y se entera, puede ser un testigo formidable... pero no se enterará, no, vive Dios, porque cuando vuelva en sí, ya estará lejos.

Y el capitan asió de Teresa.

—Esperad capitan, dijo don Rodrigo, y ved que no os las habeis ahora con una vieja á quien se lanza como una caña, sino con un hombre que nada os envidia ni en puños ni en brios.

—En buen hora: si otro me hubiera dicho lo que vos acabais de decirme, veriamos hasta qué punto sostenia sus palabras... pero tratándose de vos no me atreveria yo ciertamente á abriros un ojal de la piel... no... esto lo llevaria muy á mal doña Mencía... lo que yo únicamente haré si os empeñais en ser necio, será llamar á una docena de esos buenos moriscos que me acompañan, y sacaros de aqui atado como un gazapo... ¡pues para andarnos en bizarrías estamos! ea, pues, conoced que no estais puesto en razon; que vos, lo mismo que yo, debemos complacer á doña Mencía; vos porque os paga, y yo porque no sé hacer mas que lo que ella quiere, y concluyamos.

—¿Pero no veis que aqui hay misterios que debe naturalmente desear aclarar el que ha de ser marido de esa dama?

—¿Y qué os importa una muger de la cual os habeis de

separar apenas os caseis? Ademas, si aqui hay misterios, debe conocerlos el viejo Alvar Garcés, con el que podeis hablar todo cuanto querais, teniendo sin embargo muy presente, no hablar una palabra del lance que acaba de pasar.

Don Rodrigo conoció que estaba dominado, y tuvo á buen partido no solo callar, sino el mostrarse complaciente.

—Teneis razon, dijo: yo no sé por qué he tenido este empeño: esa muger está loca á todas luces... sin embargo es deplorable lo que acaba de suceder.

—No lo siento yo menos que vos. ¡Diablo! á nadie que es cristiano y bien nacido, y que como yo se jacta de llevar con honra una espada al cinto, puede agradarle...no, ciertamente no, el hacer daño, á un pobre demonio de vieja... ¡vamos, esto es para estallar..! ¿Quién habia de creer que tuviese tan pocas fuerzas? en fin, señor don Rodrigo, os diré como dice el confesor de mi muger: á lo hecho pecho... por ahora ayudadme y saquemos de aqui esta doncella.

En el acento de Hernando de Carrillo se comprendia la buena fé de sus quejas: era rudo, feroz, brutal, pero bajo aquella áspera corteza se ocultaba una alma escelente. Por su parte don Rodrigo se doblegó á las circunstancias, y ayudando á Hernando de Carrillo á cargar con Teresa, la sacaron apresuradamente de la ermita, cuando empezaba á tornar en sí.

Beta quedó abandonada y sola: tenian algo de fatídico en aquella situacion aquel cogin en que quedaba la impresion de una persona, aquel blandon adornado de flores, abandonado en el atril, y aquella anciana inerte y ensangrentada, delante de un altar en que una multitud de luces alumbraban el semblante angular y severo de una Vírgen modelada en piedra por los rudos buriles de la edad media.

Por su parte don Aleluya, tendido é inmóvil junto á Garcés y los demas que le acompañaban, y que estaban aun aletargados, habia visto entrar en la ermita á don Rodrigo y quedar á su puerta el capitan Hernando, despues les habia visto salir y volver á entrar, entre lo cual habia escu—

chado el grito de terror de Teresa: luego habia oido distintamente los gritos de: ¡no me la quiteis...! ¡es mi hija! ¡mi hija!

Y á pesar de esto, y de que un presentimiento que no pueden aun apreciar nuestros lectores, se habia despertado en su alma, no se atrevió á levantarse, á presentarse como un nuevo personaje en aquella escena que pasaba á algunos pasos de él: nunca le oprimió tanto el corazon el conocimiento de su debilidad: nunca se le hizo tan intolerable su posicion de esclavo.

Luego vió salir á Teresa, inmóvil, inerte, conducida por aquellos dos hombres y los vió perderse con ella en el bosque.

Sigámoslos.

El aire de la noche reanimó á Teresa, y apenas la depositaron sobre el cesped, tornó en sí.

—¿Dónde estoy? ¿qué ha sido de mí? dijo.

—Estais junto á nosotros... junto al hombre que os ama, dijo dulcemente don Rodrigo asiéndola la mano.

—¿Y quién es ese hombre? dijo Teresa señalando á Hernando de Carrillo.

—Yo, señora... soy... pues... yo soy vuestro respetuoso servidor, dijo Hernando de Carrillo que se sentia mas turbado delante de una dama, por la rudeza de sus libres costumbres, que delante de un escuadron de lanzas enemigas.

—Es un grande amigo mio, señora, dijo don Rodrigo, que se ha prestado á acompañarme y á servirme de reguardo con algunas lanzas: ya sabeis, ó debeis saber, que estos lugares en la jurisdiccion de la abadía del Abrojo estan infestados de bandidos, por lo que creo que debemos partir.

—¿Partir, y adónde? dijo Teresa.

—¿No quereis ser mi esposa?

—Yo conozco algunos monjes de la abadía... dijo mostrándose oficioso Hernando de Carrillo.

—Sí, sí, partamos, dijo Teresa... no sé por qué siento aqui miedo... un miedo terrible.

—¡Ola! dijo Hernando de Carrillo.

A su voz salieron algunos hombres armados de entre la espesura.

—Traednos los caballos á este hidalgo y á mí.

Un momento despues dos escuderos se acercaron con dos caballos.

—Cabalgad, don Rodrigo, dijo el capitan: despues yo os pondré en el arzon esta dama.

Montó don Rodrigo, y Hernando de Carrillo levantó á Teresa, como si solo se tratara de una pluma, y la puso en el arzon delantero. El jóven rodeó su cintura y la estrechó con pasion: Teresa se estremeció. Sin saber por qué, ó por mejor decir pensando siempre en la corte, abandonaba su familia y se entregaba á dos hombres desconocidos, fiando en la fé de su palabra y en la carta de doña Mencía de Padilla. Ademas, su ambicion la inclinaba hácia don Rodrigo: habia juzgado de él por su esterior y por sus maneras, era hermoso lo bastante para hacerle tolerable como marido y le aceptaba: y sin embargo, el recuerdo de Jimeno y de Elvira estaba fijo en su memoria, y los veia incesantemente pasando delante de ella como dos fantasmas apenadoras, bailando y arrojados el uno en los brazos del otro.

En el fondo del alma de Teresa se agitaba una tormenta terrible; estaba sedienta de venganza y se dejaba arrastrar por ella como una hoja por el huracan.

Hernando de Carrillo montó en un magnífico y fuerte corcel de guerra, con silla de acero y paramentos de mallas, y se volvió á su gente á la que gritó:

—A caballo, hijos mios, y al galope detrás de mí.

Todos, es decir, una veintena de hombres de armas, vestidos á la morisca, montaron á caballo; pero antes de que hubiesen podido ponerse en marcha, sobre los coseletes de algunos de ellos rechinaron las puntas de algunos venablos lanzados desde la espesura; pero eran tan fuertes y tan bien templados sus arneses, que ninguno cayó.

—Bien lo decia yo... esclamó Hernando de Carrillo... ¡Ola,

Ayub!.. ¡mi valiente Ayub, mi pantera de Africa! sosténte como puedas con esos villanos; y vos, don Rodrigo, picad adelante y tomad por la márgen del Pisuerga.

Teresa vió en aquella acometida invisible la mano de su antiguo amante, y se aterró.

—Picad, caballeros, picad, dijo, ó todos caemos... es él, es Jimeno.

—Pues trabajo le mando, dijo el aventurero, si ha de alcanzar á mi caballo.

Y partió seguido de Hernando de Carrillo con la velocidad de una saeta.

Muy pronto se alejaron.

Algunos monteros sin hacer cuenta de los soldados que habian quedado con Ayub, pretendieron cortar la huida al caballo de don Rodrigo, pero aunque corrian como gamos se quedaron muy pronto atrás.

Entonces se limitaron á tocar sus cornetas y á lanzar algunos venablos á Ayub, y á los moriscos que no siendo acometidos por nadie habian seguido á Hernando de Carrillo.

Al son de las cornetas, multitud de monteros salieron por las sendas del bosque, pero de una manera inútil: los mas avanzados solo vieron una cabalgata que pasaba por delante de ellos con la violencia del huracan, como si llevaran el diablo en el cuerpo.

Media hora despues, Hernando de Carrillo, don Rodrigo y su tropa, refrenaban sus caballos delante de un colosal edificio circuido de torres y murallas, en medio del cual se levantaban la cúpula y la aguja de una iglesia, con sus ventanas og'vas, sus botareles y sus caladas balaustradas góticas, sus pirámides crestadas, y sus techos de pizarra, sobre los que arrancaba pálidos destellos la luz de la luna.

Aquel edificio, medio fortaleza, medio convento, era la abadía señorial del Abrojo.

—¡Oh! ¡oh! dijo Hernando de Carrillo: ya estamos en salvo: en verdad que no las tengo todas conmigo: no parecia sino que los árboles y las piedras se convertian en bandidos;

pero á buen seguro, que no vendrán á ser el blanco de las ballestas de los hombres de armas de la abadía. Bien hemos corrido, y de seguro esta aventura costará al señor don Juan el segundo algun caballo reventado de los buenos soldados de su guarda morisca; pero esto nada importa, siempre que esté bien servida mi muger.

—¿Y toda esa gente que hemos visto arrojarse sobre el camino, obedece á Jimeno? dijo don Rodrigo.

—Sí, sí, esclamó con terror Teresa... todos son suyos.

Y calló como dominada por la situacion.

En aquel momento sonó desde los matacanes de la portería de la abadía una robusta voz que gritó:

—¿Quién va?

—Da gusto de ver como se hacen guardar estos buenos monjes, dijo Carrillo despues de haber contestado con su nombre y una seña al atalaya: no está tambien guardado ni con mucho el alcázar del rey... ¡ya se ve... el rey no conspira!

Mediaron algunas palabras entre los de adentro y los de afuera, despues de lo cual se oyó rechinar el rastrillo, crugieron las cadenas del puente que cayó sobre el foso, y adelantó un capitan con una linterna resguardado por algunos ballesteros.

Habló con él Hernando de Carrillo algunas palabras en voz baja, tras las cuales el don Rodrigo, Teresa y los soldados moriscos, precedidos por el capitan y por los ballesteros, entraron en la abadía.

Levantóse el puente, crugió de nuevo el rastrillo, y los alrededores quedaron desiertos y silenciosos.

Quien hubiera esperado algun tiempo, hubiera oido retumbar el órgano de la iglesia: entonces sin duda eran unidos en uno por el sacramento del matrimonio don Rodrigo y Teresa.

Habiendo esperado mas, se hubiera oido de nuevo el rechinar del rastrillo y el crugir de las cadenas del puente.

Por él salieron una litera conducida por dos ballesteros

á los cuales acompañaban ocho, sin armas, como para servir de relevo; tras la litera Hernando de Carrillo y don Rodrigo á caballo: luego las veinte lanzas de la guarda morisca, y en fin, como cien hombres de armas de la abadía.

Aquello sin duda era un resguardo contra los bandidos.

Cuando llegaron á la torre que defendia en aquellos tiempos el puente grande de Valladolid, Hernando de Carrillo se la hizo abrir en nombre del rey, se despidió del capitan de la gente de armas de la abadía y le dijo:

—Decid á su señoría, el alto y poderoso señor Abad del Abrojo, don Sancho de Benavides, vuestro amo, que mi... muger le queda muy obligada por haberse dignado casar por si mismo á estos dos amantes. Del mismo modo, en nombre de doña Mencía guardad esta bolsa que está noblemente rellena, señor capitan Sancho de Velarcazar.

—Hasta otro dia, señor Hernando de Carrillo, en que beberemos juntos.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando acabe de tener miedo el noble Abad del Abrojo.

—Pues á Dios, amigo Velarcazar.

—A Dios, mi señor Carrillo.

Hernando de Carrillo siguió con sus lanzas á la litera y á don Rodrigo que ya habian desaparecído por la puerta de la torre, y el capitan Sancho y su gente se volvieron á la abadía.

Algun tiempo despues, la litera paró en una gran casa en la calle del Conde, algunas casas mas allá de los arcos de Benavente, y salió de ella Teresa que se apoyó toda trémula en el brazo de don Rodrigo que entró con ella: Hernando de Carrillo se escusó de entrar.

—¿Qué, no quereis asistir á mi cena de bodas? dijo don Rodrigo en cuyo acento se notaba una gran distraccion.

—No amigo mio... no... me espera mi... muger. Os recomiendo una gran prudencia: mañana, ó por mejor decir, hoy muy temprano, podeis estar seguro de que tendreis aquí á doña Mencía.

Dicho esto Hernando de Carrillo, revolvió su caballo, y se encaminó con su gente al alcázar, mientras se cerraba la puerta de la casa que á todas luces parecia pertenecer á don Rodrigo.

Cuando Hernando de Carrillo llegó al alcázar, atravesó su patio, subió por unas estrechas escaleras, atravesó un largo corredor medio oscuro y llamó á una puertecilla.

Abrióle una jóven.

—¿Está despierta mi... muger, Alicia? la dijo procurando tomarla la cara.

—Estaos quedos, señor capitan, dijo rechazándole la jóven: mi señora no se ha acostado todavia, y me ha preguntado cien veces si habiais venido: entrad.

—Mi... muger cree que las cosas se hacen como se piensan... ¡Diablo..! y no sucede así: hay que vencer algunas dificultades y algunas... algunas no se vencen sino de una manera muy desagradable... y luego se encuentra uno con doncellas tan zafias y tan montaraces como vos, Alicia.

—El señor, dijo la jóven sin contestar al capitan, levantando á tiempo un tapiz, despues de lo cual se retiró.

Hernando de Carrillo entró en una cámara estensa alhajada con gran lujo: en ella sentada en un sillon, apoyada en una gran mesa de nogal y alumbrada por un velon de plata, estaba doña Mencía con un elegantísimo *negligé*, digámoslo asi de noche: leia en un libro manuscrito, que cuando le cerró, dejó ver en su cubierta escrito en letras gordas. «Laberinto del señor Juan de Mena».

—¡Válgame Dios, y qué hermosa estais, señora! la dijo Hernando de Carrillo, contemplándola embobado.

—Pues no sé como no estoy hecha una meguera, Hernando,

—¡Meguera! ¿me quereis esplicar, señora?... desde que os enseñó latin el señor marqués de Santillana, vuestro tio, os confieso que yo que os entendia mal, he acabado por no entenderos de ningun modo.

—Quiero decir que me teneis furiosa.

—Buena recompensa para un hombre que ha andado á caballo toda la noche por vuestros asuntos.

—Vos no teneis que hacer otra cosa sino servirme.

—¿Pero cuándo se me paga, señora?

—En fin, ¿está ese asunto concluido? dijo doña Mencía como si no hubiese escuchado la última pregunta de Hernando de Carrillo.

—Enteramente concluido por mi parte.

—¿Se han casado?

—Sí; el señor don Sancho de Benavides, ha tenido la dignacion de dejar el lecho, de revestirse, de hacer tocar el órgano, y de mandar iluminar la iglesia, en el momento que supo que se trataba de vos.

—¡Oh! ¡es muy buen amigo el señor abad!

—Es un barbilindo que apenas serviria para page. ¡Qué escándalo, señor!

— ¿Y ella no ha opuesto resistencia?

—¿Querreis creer que me parece enamorada de ese tuno, de ese don Rodrigo, con quien no sé por qué os habeis gastado tan buenos escudos?

—¡Enamorada! ¡y le ha visto por primera vez esta noche! esa muger me conviene demasiado... creo que me ha comprendido... y él...

—El hace su farsa á las mil maravillas... pero este matrimonio será peor que el nuestro, Mencía, aunque estoy seguro que don Rodrigo no sacará tan mala parte como yo.

—¡Sois un animal, Hernando! no sabeis quejaros de cosas en que ninguna parte tengo, sin ser grosero. Dejadme sola.

—Quedad con Dios, señora, quedad con Dios, y que él me pague las heregías que estais haciendo conmigo, que bien lo he menester,

Hernando de Carrillo salió, y doña Mencía se quedó sola murmurando.

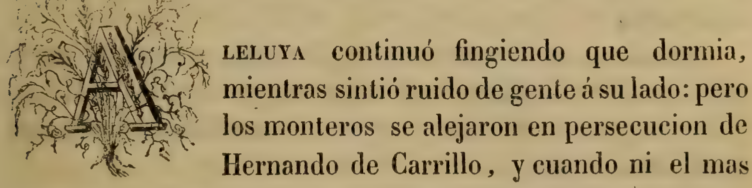
—Yo esperaba mas resistencia... esto era natural: esa jóven se ha prestado demasiado pronto... si habrá comprendi-

do... Yo hubiera querido mas pudor ó mas astucia... para una cortesana vulgar, ciertamente que tenia á mi disposicion cuantas hubiese querido en Valladolid... y mas baratas... es necesario estudiar á esa muger... ¿Quién sabe? Y bien, si no me sirve, peor para ella... porque no he de ser yo quien me deje engañar y robar por una labriega... Y bien ello dirá.

Despues llamó á sus doncellas, se hizo vestir de nuevo con un trage oscuro, se puso un manto, y acompañada de dos escuderos, salió de su casa por un postigo del huerto.



De como encontró de una manera terrible don Aleluya un recuerdo de amores en la ermita de Pero Alarcon.



Aleluya continuó fingiendo que dormia, mientras sintió ruido de gente á su lado: pero los monteros se alejaron en persecucion de Hernando de Carrillo, y cuando ni el mas leve rumor, ni el ruido de una hoja al chocarse con otra resonó cerca ó lejos, se levantó, y recelándose como el zorro que busca la entrada del gallinero, entró en la ermita.

Su primera mirada fué para el lugar que habia ocupado Teresa, y al verle vacío, su corazon se comprimió; un presentimiento terrible, el mismo presentimiento que le habia agitado cuando escuchó llamar su hija á Teresa á la ermitaña le desgarró el corazon, se sintió vacilar sobre sus rodillas, y tuvo necesidad de apoyarse en la pared para no caer.

—¡Oh! ¡seria horroroso! dijo pasándose la mano por los

ojos como pretendiendo desvanecer la densa niebla que los oscurecia : Dios no puede haber querido castigar de tal modo algunos momentos de olvido... ¡oh! no señor, no: yo no tuve la culpa... yo no habia pensado en ella... ella, ella fué... y luego era hermosa... sí, muy hermosa, una tentacion del diablo encarnada en una muger. ¡Señor, Señor! ¡seria horroroso que un padre hubiera vendido á su hija..! ¡no, no, imposible..! las dos desaparecieron hace veinte años... él tambien desapareció... pero la edad de Teresa... el amor que he sentido por ella... no es ese amor impuro que se siente por una muger... sino el grito, el profundo grito de la sangre... ¡Oh! pero la muger que la ha llamado hija, estará aqui... sí, sí... de la ermita no han salido mas que ellos dos que se llevaban á Teresa, á mi pobre Teresa... sí, ella está aqui; aunque los años y las desgracias y el remordimiento la hayan puesto vieja y fea, yo la conoceria... sí... la conoceria aunque no viese mas que su esqueleto.

Don Aleluya se armó de valor, que bien le habia menester, y se volvió hácia la estrecha entrada de la escalera que conducia á la celda de la ermitaña. Pero en aquel momento un gemido profundo y doloroso, le hizo volverse hácia el altar.

Entonces vió lo que antes no le habia permitido ver la turbacion de su espíritu: un bulto negro, tendido á lo largo en las gradas del altar, al pie del atril donde ardia aun el blandon de Teresa.

Don Aleluya se precipitó anhelante hácia él: se acercó, le volvió y su mirada, al fijarse en aquel semblante, despues de un momento de observacion, adquirió una terrible espresion de espanto; acometióle un temblor convulsivo, sus cabellos se erizaron, corrió sudor frio por su frente, y un grito de horror se ahogó en sus labios; si entonces le hubiera visto el abad de San Benito de Valladolid, de seguro no le hubiera llamado Aleluya.

—¡Oh! esclamó al fin con una voz profundamente ronca y conmovida, en la que se adivinaba el llanto del dolor:

¡es ella! ¡es ella! ¡infeliz! ¡ensangrentada! ¡asesinada acaso!

Don Aleluya se levantó, se irguió, pareció por un momento que su pequeña persona crecia, y luego volviéndose á la Vírgen y estendiendo su diminuto brazo hácia ella, esclamó, quitándose la caperuza que por olvido habia conservado puesta:

—¡Vírgen madre de Dios! ¡tú, que apuraste los dolores! ¡tú, que sabes pesar las lágrimas de los corazones afligidos! ¡tú, que habrás contado una á una las que habrán vertido los ojos de esta desdichada! ¡ampárame, dame fuerzas, ayúdame para que yo pueda vengarla!

Y como si tras esta súplica su corazon se hubiese robustecido, sus lágrimas se secaron, cesó el temblor que le agitaba y el sudor se heló sobre su frente.

—Es necesario tener valor, se dijo volviéndose á Berta: solo la fuerza del corazon puede sacarnos de situaciones tan terribles como esta: ante todo es preciso socorrerla... ¿pero cómo? ¡estoy solo...! ¡solo! no... me acuerdo bien... sí... el arcipreste de Sigüenza y el sacristan de Pino-seco, no salieron de la ermita... ¿y cómo no han oido...? ¡pero vah! ¿quién puede turbar el profundo sueño de bienaventurado, de un arcipreste y de un sacristan?

Don Aleluya atravesó rápidamente el presbiterio, y entró en la sacristía: el señor Anastasio roncaba su primer sueño de una manera que daba envidia: don Aleluya no se detuvo allí: subió las estrechas escaleras, y entró en la celda de la ermitaña.

A la luz de la lámpara, sobre el pobre lecho de Berta, dormia profundamente don Rodrigo de Ulloa.

Don Aleluya se acercó á él, y le movió bruscamente.

El arcipreste se incorporó asustado.

—¿Que? ¿qué es eso? Anastasio; ¿han venido ya? dijo sin ver á quien le movia.

—No es Anastasio, ni ha venido nadie, señor arcipreste, soy yo.

—¿Y quién sois vos?

—Vos no me conoceis; yo os he visto esta noche por la primera vez, pero sé que os llamais don Rodrigo de Ulloa, y que sois arcipreste de Sigüenza, porque asi me lo han dicho los segadores.

—¿Y vos, quién sois, hijo? le preguntó el arcipreste tranquilo ya, porque nada de hostil encontraba en su interlocutor.

—Yo soy don Aleluya, el bufon ó el loco del rey, como mejor querais: contestó con amargo acento Aleluya.

—¡Don Aleluya! esclamó el arcipreste, en cuya mirada se pintó una espresion de espanto. ¡Y á qué venís aquí, desdichado!

—Teresa ha sido robada, dijo el bufon; y Berta está sin sentido y ensangrentada al pie del altar.

Don Rodrigo se levantó de un salto, y empezó á gritar llamando á Anastasio.

—No, no señor, no llameis á nadie... los testigos serian importunos... pero venid, venid.

Don Rodrigo y don Aleluya bajaron las escaleras, atravesaron la sacristía sin que su paso despertase á Anastasio, y entraron en la iglesia.

—¡Robada Teresa! ¡asesinada Berta! esclamó el arcipreste, que se habia quedado estático y aterrado ante aquel espectáculo; ¿y quién ha podido hacer esto?

—Lo ignoro, señor arcipreste; pero ahora lo necesario es subir esta desdichada á su lecho y socorrerla.

Don Rodrigo encontró juiciosa la determinacion de don Aleluya; pero ponerla en práctica ofrecia serias dificultades: el arcipreste era un hombre de sesenta años, obeso, mas á propósito para ser conducido á brazo por dos jayanes en una enorme litera, que para conducir á nadie: pero como dice el proverbio latino, la necesidad carece de ley, y tiene cara de herege, segun la traduccion picaresca de ese mismo proverbio, don Rodrigo y don Aleluya, hicieron de la necesidad virtud, y condujeron, no podemos espresar bien con cuánto trabajo, á Berta á su celda.

Cuando estuvo en el lecho, don Aleluya rasgó su paño de narices, y como mejor pudo la vendó la herida y le restaño la sangre, despues de lo cual, le roció con agua el rostro.

Berta empezó á dar señales de vida, y al fin abrió los ojos, pero de una manera débil.

—¿Dónde está? ¡se la han llevado! esclamó incorporándose, y mirando en torno suyo, al ver á don Aleluya exhaló un grito y cayó de nuevo desplomada sobre el lecho.

—Vuestra vista la mata, esclamó conmovido el arcipreste.

—¡Sabeis, señor!

—Soy el confesor de esta desdichada, desde hace diez años.

Don Aleluya cayó de rodillas á los pies del lecho y rompió á llorar.

El arcipreste se dedicó enteramente á Berta.

—¿Pero cómo ha sido esto, señor? esclamaba todo aturdido, sosteniendo la cabeza de la ermitaña, y prodigándola inútiles socorros... ¡ah! sí... un robo... habrá querido defender á esa pobre muchacha, y los bandidos... ¡oh! no tiene perdon el señor rey, y el señor condestable está maldito del Señor, cuando con su incuria da lugar á estos hechos; ¿y á dónde vamos á parar, Dios mio...? Escuchadme... señora.., ¿me escuchais? ¡soy yo! vuestro amigo el arcipreste.

—¡Pedro! ¡Pedro! dijo con acento débil la ermitaña: ¿estás ahí?

—Aqui estoy, señora, contestó levantando la cabeza Aleluya.

Debemos recordar á nuestros lectores, que el bufon antes de ser confirmado de una manera tan estraña y tan alegre por el abad de San Benito de Valladolid, se llamaba Pero Alvargonzalez.

—Acércate, acércate mas, dijo con voz débil la ermitaña: conozco que voy á morir.

—¡A morir! esclamó el arcipreste todo asustado... ¡no.... no... no lo querrá Dios..!

—Escucha, Pedro; he encontrado á nuestra hija, añadió, haciendo un esfuerzo la ermitaña.

—¡A nuestra hija! esclamó anhelante el bufon. ¿Y quién era?... decid, señora, decid.

—Era la jóven que velaba á la Vírgen.

—¡Era Teresa! esclamó don Aleluya con acento indescribible.

—Sí; la curiosidad, la mano de Dios, me llevó, y la contemplé orando: no sé qué ví en su semblante... no sé qué pasó en mi corazon... ¡Agua, dadme agua..! ¡me muero!

El arcipresta dió agua en un negro jarro á Berta.

Hubo un momento de silencio, despues del cual la ermitaña continuó con doble trabajo y dificultad.

—Creí ver á mi hija, á la hija pequeñita que yo habia tenido en mis brazos cuando niña, pero crecida ya y hermosa; quise abrazarla... y al acercarme á ella... ¡Oh! ¡esto es horroroso para una madre..! ¡la hija de mis entrañas se aterró al verme y se desmayó!

—Acaso os habreis engañado, señora, dijo trémulo de emocion don Aleluya.

—No, Pedro, no; la descubrí el hombro derecho... y en él... en él tenia un lunar negro.

—¡Misericordia de Dios! esclamó el bufon.

—Luego... luego... ¡no puedo mas..! ¡Oh Señor! ¡no puedo..! ¡perdon, Dios mio..! quise proteger á nuestra hija.... dos hombres... ¡ay! me la arrebataron... ¡perdon... perdon..! ¡mi hija..!

La ermitaña hizo inútiles esfuerzos para hablar; poco despues se agitó en una convulsion horrible, se llevó las manos al vendage, se lo arrancó, lanzó un grito terrible y luego calló... calló para no volver á hablar mas.

Habia muerto.

Don Aleluya demostró entonces cuánto poder tenia su alma: devoró la situacion, se hizo superior á ella, y dijo al



D Juan II.
lám. 5.ª

arcipreste que estaba enteramente aturdido;

—Es necesario que nadie sepa lo que ha sucedido aqui: es necesario que me ayudeis á sacar fuera de la ermita este cadáver.

—La desdichada, dijo el arcipreste, habia cavado con sus propias manos su sepultura.

—No será en ella donde yo la deposite; al encontrarla llena, la abririan y encontrarian una muger muerta violentamente: no sabemos por cuántos rodeos pudiera venir esa muerte sobre nuestras cabezas, y yo necesito vivir... para vengarla á ella... á mi hija... Vamos, ayudadme señor.

El arcipreste se doblegó de nuevo á la situacion, y con un trabajo ímprobo, él y don Aleluya lograron poner en el bosque el cadáver de Berta.

Luego el bufon volvió á la ermita, tomó las sábanas del lecho, bajó y limpió cuidadosamente la sangre que estaba á los pies del altar: despues de haber borrado aquella señal de muerte, hizo un lio de aquellas sábanas, entró en el huerto, tomó el azadon de la ermitaña y salió, cavó con gran trabajo una profunda sepultura, arrojó en ella el cadáver y las sábanas ensangrentadas, lo cubrió luego de tierra, la igualó, arrojó sobre el sitio musgo y ramage, volvió á poner el azadon en su sitio, y luego dijo al arcipreste:

—Yo por mi parte he hecho cuanto tenia que hacer.

—Y á mí aun me queda que hacer algo, dijo don Rodrigo.

Y el buen sacerdote se arrodilló y oró sobre la sepultura de Berta.

—Yo no oraré por ella hasta que la haya vengado, dijo el bufon.

Y yendo al sitio donde dormia aun su letargo la familia de Teresa, se arrojó junto á Alvar y permaneció inmóvil como si durmiera tambien.





En que se trata del casamiento de Jimeno y Elvira con otras particularidades.

La ermita quedó tan silenciosa como si nada hubiera acontecido: los sangrientos sucesos anteriores habian quedado sepultados en el corazon del arcipreste y de don Aleluya en la parte que habian podido conocer, y por la otra parte el capitan del rey y don Rodrigo de Sandoval estaban harto interesados en ocultar aquel crímen.

Por algun tiempo nadie parecció por los alrededores: se acercaba el dia: ya una faja de luz blanquecina se levantaba sobre al horizonte oriental, y la luna próxima al occidente empalidecia.

Don Aleluya estaba desesperado; conocedor de la vigilancia que los monteros libres ejercian en la jurisdiccion del Abrojo, no se atrevió á levantarse ni á dar señales de que estaba libre del letargo que dominaba aun á Alvar y á sus compañeros; sin embargo, pegado el rostro contra la tierra, con el oido atento, escuchaba y miraba con toda su alma, esperando que no seria sola la terrible aventura pasada, la que tuviera lugar aquella noche.

Al fin antes del amanecer un montero atravesó por entre él y la ermita y entró en ella, permaneció dentro algun tiempo, salió, se perdió en el bosque y poco despues aparecieron Jimeno, Elvira, Barba-larga y don Pero de Aguirre; tras ellos seguian Fortuño con la perra Ventora y cuatro monteros.

Lentamente atravesaron el espacio que separaba el bosque de la ermita y entraron en ella.

A pesar de encontrarla abandonada, cuando era de suponer se encontrase en ella Teresa, ninguno de aquellos personages dijo una sola palabra: todos, escepto Elvira, sabian que Teresa habia sido robada ó que habia huido con el capitan de la guardia morisca del rey, por aviso de los monteros que habian perseguido á los fugitivos hasta la abadía del Abrojo, y sin embargo, ninguno de ellos dijo una sola palabra. Jimeno se limitó á apagar el blandon que aun ardia, y que al gastarse habia quemado su primera orla de flores blancas, como si la fatalidad hubiese hecho aquel holocausto á la perdida pureza de Teresa.

Jimeno miró sombriamente en torno suyo, y su vista esperimentada, creyó ver en el presbiterio señales de sangre entre las junturas del pavimento; Iñigo de Ayvar lo habia notado tambien y ademas la perra Ventora atirantaba la trailla sostenida por Fortuño, venteando hácia aquel lugar y lanzando ahullidos lastimeros.

—Aqui se ha vertido sangre, dijo rápidamente y en voz baja Iñigo de Ayvar á don Pero y á Jimeno.

—Sí, sí, dijo este estremeciéndose: pero que nada entienda Elvira: hagamos lo que tenemos que hacer, que despues tiempo nos quedará para averiguar lo que aqui ha sucedido.

Y se encaminó á la sacristia.

Entretanto Elvira, sola entre gentes desconocidas, miraba con asombro dos cojines abandonados por Teresa y el blandon apagado: ella recordaba que las tres veces que habia sido elejida reina de las espigadoras, habia velado hasta el amanecer, y que, despues de haber oido misa, se habia retirado con su familia llevándose el blandon adornado de rosas y la corona de vírgen, en muestra de lo cual conservaba con gran cuidado en su aposento los tres blandones y las tres coronas.

Don Pero de Aguirre se mostraba ostensiblemente preocupado dentro de la ermita, y miraba de una manera ansiosa á Elvira, lo que no contribuia poco á aumentar la preocupacion de la jóven.

Iñigo de Ayvar estaba por su parte profundamente pensativo, y en cuanto á los monteros, aunque indiferentes, estaban templados á la gravedad que veian en sus señores.

En cuanto Jimeno entró en la sacristía, no pudo menos de apercibirse de los ronquidos de Maese Anastasio que dormia aun su primer sueño.

—El es el buen sacristan, dijo Jimeno: sin duda el arcipreste está en el aposento de la ermitaña: ¡eh! Anastasio, despertad.

Y le sacudió de una manera tan vigorosa, que maese Anastasio hubiera despertado, como despertó, aunque hubiera estado poseido por el sueño de los siete durmientes.

—¡Eh! ¿qué es esto?... ¿qué sucede...? dijo con acento tardo... ¿han tocado ya las ave-marías, Cipriana?... ¿qué hacen esos monaguillos? ¡dormilones!

Y el buen sacristan se restregaba los ojos y regañaba creyéndose en su casa.

—Aqui no se trata de ave-marías ni de monaguillos, maese: estais en la ermita de Nuestra Señora de Pero Alarcon. ¿Dónde está el señor arcipreste?

—¡Ah! ¡es verdad! ¡demasiado verdad que no estoy en mi casa! dijo el sacristan; bien lo conozco en lo molido de mis huesos. ¡Uf! esta cama será santa pero no es blanda. ¡El señor arcipreste! ¿eh? el señor arcipreste ha pasado sin duda una noche tan mala como yo, por no sé qué cosa que espera.

—Pues id á donde esté y decidle que lo que espera ha llegado.

—¿Por qué no subis vos conmigo, señor montero, si es que le conoceis? Asi, en presencia agena me libraré del mal humor con que despierta, cuando le hacen despertar antes de las nueve de la mañana: el señor arcipreste, con perdon á su estado, sea dicho, es dormilon y gruñidor como buen viejo.

—Sea como querais, ¿dónde está don Rodrigo?

—En la celda de la ermitaña.

Jimeno y Anastasio tomaron por las escaleras que conducian á la celda.

El arcipreste que antes, y desde la salida de don Aleluya, habia estado paseando á lo largo de aquel reducido aposento mortuorio, rezando y torturado por el reciente y terrible recuerdo de la catástrofe que habia presenciado, al sentir pasos en las escaleras se sentó precipitadamente en un escabel, se rebujó en su manto de seda y fingió torpemente que dormia.

Era la primera mentira del buen clérigo, y la falta de costumbre le denunció á Jimeno.

—Este hombre duerme como yo, dijo para sí lanzando una rápida mirada en torno suyo; y viendo el pobre lecho de la ermitaña desmantelado, su ausencia de la celda, y á mas, el vendage ensangrentado que la desdichada se habia arrancado en la agonía y que habia quedado fatalmente abandonado, como un acusador, á los pies del lecho, añadió: aqui ha pasado algo estraordinario.

Y antes de que pudiese repararlo Anastasio, que estaba medio dormido aun, recogió el vendage, le guardó en su bolsa y despertó al arcipreste, que lo hizo tan torpemente como habia fingido el sueño.

Don Rodrigo habia llorado, tenia los ojos encarnados y entumecidos, y esto fué para Jimeno un indicio de que el arcipreste sabia lo que habia sucedido.

—¡Ah! ¿sois vos, señor capitan Jimeno? dijo don Rodrigo haciendo violentos esfuerzos para aparecer sereno: en verdad, en verdad, que habeis tardado mucho; ya debe ser de dia cuando la hermana Berta ha abandonado su celda para ir á ponerse como de costumbre en el camino á implorar la caridad cristiana: ¡escelente muger!

Era la segunda mentira del arcipreste; y dos gruesas lágrimas que se desprendieron de sus megillas vinieron á desmentirle.

Jimeno hizo como que no habia reparado en aquella conmocion, y le dijo:

—¿Habeis recibido, señor, antes de la media noche una carta de Elvira Ramirez que os envié á esta ermita con uno de mis soldados sabiendo que debiais asistir á la bendicion de la reina de las espigadoras?

—Sí, hijo; y en verdad que me ha maravillado esta carta, contestó el arcipreste sacando una de su bolsillo... yo no sabia que...

—Eso no tiene remedio ya, padre; y es necesario que Elvira sea mi esposa para que pueda yo presentarme con ella honradamente al viejo Artal.

—Sí hijo mio, sí, preciso de todo punto: pobre Elvira... ¿quién hubiera pensado?

—¿Creeis que no será feliz conmigo, padre?

—Sí, sí, indudablemente, hijo mio... pero... en fin ello no tiene remedio.. la juventud, y luego el diablo que nunca duerme... al cabo ella os ama, se conoce en su carta: si supiérais señor capitan... os llevais un tesoro, un tesoro de virtud... una hija mia á quien yo he formado, y que puede decirse que sabe mas que yo, que paso por sabio entre teólogos y gramáticos... en fin, yo no sé como puede haber sido esto... el amor... las mugeres... indudablemente es caso de conciencia casaros, y casaros cuanto antes..... ¡Dios mio...! ¡Oh, y si mañana... si llega un dia en que...!

—¿Y qué dia ha de llegar...?

—Yo me entiendo... puede ser que algun dia conozcais que habeis hecho un buen casamiento uniéndoos con Elvira... pero vamos, Anastasio, ya amanece... vamos á la sacristia... revestidme y poneos vuestra sobrepelliz... y vos señor capitan id á preparar á la novia... ¿teneis testigos?

—Sí por cierto, y buenos á fe.

—Pues bien, hijo mio, id que yo no tardaré.

Jimeno bajó antes que el arcipreste y Anastasio, y encontró á don Pero hablando anhelante con Elvira.

—¿Qué interés podrá tener este hidalgo? dijo Jimeno,

que en todo veia misterios: habia conmovido con Elvira.

Y se acercó á ellos.

—¡Cuán feliz sois, caballero, dijo don Pero, en hacer vuestra esposa á Elvira, y cuán feliz ella en teneros por esposo!

—¿Por qué me llamais caballero, señor? dijo con intencion Jimeno.

—Porque en todas vuestras acciones, en vuestro aspecto, en vuestras palabras se deja conocer en vos la nobleza del alma que es la primera de las noblezas, contestó con algun embarazo don Pero.

Jimeno lanzó una mirada escudriñadora á Barba-larga que estaba sentado en un escaño apoyado en su ballesta, y que sostuvo con una serenidad admirable aquella mirada interrogadora.

—Mucho tengo que agradeceros, señor, dijo á don Pero, el buen concepto que habreis formado de mí cuando solo me conoceis desde hace algunas horas.

—En cuyo tiempo he tenido ocasiones bastantes para conoceros.

—¿Y creeis conocerme enteramente?

—Sí, capitan; hay hombres que se conocen á primera vista.

Elvira, salvada por Jimeno, enamorada dignamente de él, próxima á ser su esposa, se ruborizó de placer al escuchar los elogios de un hombre que parecia un grande y noble caballero, respecto á aquel con quien iba á enlazarse hasta la muerte.

—Mi adorada Elvira, dijo Jimeno apartándola un tanto: dentro de un momento nos habrá enlazado la religion por mano de uno de sus ministros: vos sois hija de un caballero, segun parece, rico y poderoso, á quien si no conoceis hoy podreis conocer mañana: pensad bien si alguna vez tendreis motivo de arrepentiros de haber unido vuestra suerte á la de un pobre capitan de aventureros.

—¡Oh Jimeno! ¿quiere eso decir que estais ya pesaroso de

vuestra promesa? esclamó palideciendo Elvira.

—No, Elviro mia, no: mi vida es tu amor... mi alma le necesita, y el tiempo que trascurre, aunque breve, me parece una eternidad... ¡ah! ¡por fin!

Apareció en la puerta de la sacristia el arcipreste revestido, acompañado de maese Anastasio, que aun no habia lanzado enteramente el sueño, y que á pesar de él, se pavoneaba con su sotana nueva y su sobrepelliz rizada, y empuñaba el hisopo con la misma prosopopeya con que hubiera podido empuñar el cetro un emperador.

Cuando el arcipreste estuvo en el presbiterio, los novios se arrodillaron, á invitacion del sacristan en los mismos cogines que habia ocupado Teresa. La ceremonia fué muy corta, porque entonces no se habia aun celebrado el concilio de Trento que añadió muchas formalidades á los matrimonios. Para casarse entonces bastaba que dos personas de diferente sexo se presentasen á un sacerdote y le espresasen su deseo de ser unidos. El sacerdote, si no tenia noticias propias de que era casado alguno de ellos, los casaba simplemente por medio de las preguntas de fórmula, algunas preces y una bendicion. De esto provenian muchas vigamias y casamientos ilícitos, con los cuales tenia que ver el Papa, si los casados eran gente de bulto, y mas de una vez se anularon casamientos de reyes, como sucedió doscientos años antes con el matrimonio del rey de Aragon don Jaime I el Conquistador con la infanta doña Leonor de Castilla, anulado por el Papa á causa de su parentesco en grado ilícito. El concilio de Trento remedió sábiamente estos males, y desde su celebracion los matrimonios no se efectúan sino con las formalidades que vemos se contraen en nuestros dias.

Pero en 1447, como hemos dicho, era distinto: el arcipreste de Sigüenza, sólo invirtió cinco minutos en convertir de amantes en esposos á Elvira y á Jimeno, despues de lo cual Anastasio los roció abundantemente de agua bendita, lo que le valió una tremenda mirada del montero.

Sin embargo, un florin de oro dejado caer poco despues

por este en la mano del sacristan, le recompensó con usura del terror de aquella mirada y de lo duro del lecho en que habia dormido aquella noche.

Concluido el casamiento, el arcipreste se apresuró á despojarse de sus ornamentos, y á despedirse. Pero Jimeno le detuvo.

—Esperad, padre mio, le dijo: no debeis iros así tan sin resguardo. ¡Ola!

A una seña suya se le acercó Fortuño, de cuyas manos tomó Jimeno la traílla de la perra Ventora, y con quien habló algunas palabras en voz baja.

El arcipreste se doblegó á las circunstancias y salió, dejándose acompañar de cuatro de aquellos bravios soldados.

—Y vos, mi buen Iñigo, añadió Jimeno dirigiéndose á Barba-larga, acompañad á este caballero y á Elvira á las ruinas.

—¿Pero yo tengo algo que hacer aqui? dijo don Pero.

La persona que buscais, señor, replicó Jimeno, no se encuentra ahora en la ermita, y nadie mejor que yo podrá daros noticias de ella. Creedme, acompañad al señor Iñigo, y tú Elvira vete tranquila; muy pronto estaré á tu lado.

Don Pero, Elvira y Barba-larga salieron, y Jimeno quedó solo en la ermita con un montero.

Acababa de esclarecer el dia, y fuese porque hubiera cesado la accion del narcótico sobre los durmientes, ó que el fresco de la mañana hubiera contribuido á ello, Alvar despertó, despertó Ines, despertaron todos. Don Aleluya, que era el único que no habia dormido, fué el último que se puso de pie.

—Pardiez, dijo Alvar, nuestro sueño ha durado mas de lo justo y nuestra hija estará impaciente: dentro de poco el señor arcipreste celebrará la misa de alba. Entremos.

Y se encaminó á la ermita y entró en ella: su primer movimiento fué de estupor, en vez de Teresa, á quien buscó en vano con la vista, solo encontró á Jimeno, que fatí-

dico y sombrío dejaba oler á la Ventora la sangre que habia quedado entre las junturas de las baldosas del pavimento.

—¡Mi hija! ¡mi Teresa! ¿dónde está mi hija? esclamó encarándose ferozmente á Jimeno.

—¡Tu hija! ¿y qué sé yo de tu hija, Alvar? contestó roncamente Jimeno. ¿Acaso me la has entregado para que asi me pidas cuenta de ella? Mas á mano tienes quien pueda darte razon, añadió lanzando una mirada sombría á don Aleluya.

—¿Que puedo yo dar razon de Teresa, señor Jimeno? dijo don Aleluya, viendo que Alvar habia comprendido la mirada de Jimeno y se volvia irritado hácia él: vaya, señor montero, eso seria lo mismo que pretender que yo supiera desde aqui en donde se halla el señor rey don Juan... ¡no, sino hay mas que declararle á uno guarda de doncellas!

—Pero nuestra hija no está tampoco en la celda de la ermitaña, dijo Inés, que con Andrea y Clara habia recorrido toda la ermita.

—¿Dónde está mi hija? esclamó Alvar con acento amenazador, dirijiéndose tan pronto á Jimeno como á don Aleluya.

Jimeno se encogió de hombros y don Aleluya miró á Alvar con la espresion de la mas franca y estúpida ignorancia.

—Aqui va á suceder algo terrible, esclamó Alvar, poniendo la mano en su puñal.

—Suceda lo que quiera, dijo Jimeno, mirándole de una manera glacial: en cuanto á mí ignoro enteramente lo que haya sido de Teresa, lo que por otra parte me importa poco.

Y volviendo la espalda á Alvar se dejó llevar por la Ventora que evidentemente seguia un rastro.

—Nó, no te irás, le dijo Alvar, asiéndole bruscamente de un brazo.

—En verdad que si te empeñas, dijo friamente Jimeno, podrá sucederte una desgracia que yo sentiria mucho, Al—

var: el que tu hija me haya dado motivos para que la desprecie no significa el que yo no te estime: déjame pues ir en paz.

—¿Que desprecias á Teresa..? ¡ah! sí... esclamó Alvar, como aquel que se siente iluminado por una inspiracion.... ella en verdad te ha ofendido, lo confieso... y tú te has vengado robándola, sorprendiendo nuestro sueño.

—¿Robándola? ¿para qué queria yo á tu hija despues que se ha deshonrado, Alvar?

—¡Jimeno! esclamó Alvar rojo de cólera, desnudando su puñal y arrojándose sobre él.



Pero en aquel momento sintió un empuje poderoso que le hizo rodar por tierra y un ronco gruñido. La Ventora al ver el ademan hostil de Alvar, le habia avanzado, sin que

Jimeno distraido hubiera podido impedirlo; despues de lo cual se apresuró á contener la lebrela.

—Ya ves, dijo Jimeno, que no necesito llevar la mano á mis armas para vencerte: desengáñate Alvar, y no me culpes de cosas en que ninguna parte tengo, y de las cuales, á no haberme olvidado de Teresa, debia estar yo tan injuriado como tú. Pero aqui viene alguien que podrá darte nuevas de tu hija.

La persona á quien Jimeno se referia, era un escudero que armado de todas armas, con el blason de los Padillas sobre la vesta, acababa de entrar en la ermita: su presencia suspendió las hostilidades.

—¿Quién de vosotros es, dijo el escudero, el honrado Alvar Garcés, padre de doña Teresa Garcés?

—Yo soy ese que decís, aunque mi hija no sea doña, contestó desabridamente Alvar.

—Tomad esta carta que me ha dado para vos mi señora doña Mencía de Padilla, dijo el escudero, sin hacer aprecio de lo ágrio de las palabras de Alvar.

—¡Una carta de doña Mencía de Padilla...!

—Camarera mayor de su señoría la princesa doña Blanca de Navarra, dijo el escudero como para ilustrar á Garcés.

—¿Y qué quiere de mí esa señora?

—Esa carta os lo dirá: en cuanto á mí, he cumplido mi mision y os dejo.

Y sin decir mas salió de la ermita.

Alvar quedó dando vueltas á la carta de doña Mencía, sin saber qué hacer con ella porque no sabia leer.

—Dame acá y concluyamos de una vez, dijo Jimeno tomándole la carta.

Alvar frunció el entrecejo, pero se puso en actitud de escuchar: la vieja Marta, y los demas personages sentian una curiosa ansiedad, escepto don Aleluya.

—Tu hija es esposa de don Rodrigo de Sandoval, señor de Santa-Cruz en Sicilia, noble, rico y jóven.

—¡Mi hija esposa de..!

—De un noble... ya ves, Alvar; has sido injusto conmigo, y te perdono: confieso que las apariencias me condenaban y no te guardo rencor.

—Pero léeme esta carta.

—Te la leeré á trueque de que me dejes solo: yo tambien tengo aqui mucho que averiguar.

Despues leyó lo siguiente:

«Al honrado Alvar Garcés: como supongo que estareis »cuidadoso por la desaparicion de vuestra hija, me apresu- »ro á anunciaros que esta noche ha contraido matrimonio »con el noble señor de los estados de Santa-Cruz en el rei- »no de Sicilia, don Rodrigo de Sandoval, gallardo y va- «liente jóven que no ha podido verla sin enamorarse ciega- »mente de ella. Cuando querais podeis ver á Teresa en casa »de su esposo, que vive en Valladolid en la calle del Con- »de, y donde sabreis los poderosos motivos por qué se os »ha ocultado este matrimonio. Decid á la buena Marta que »mi casa está abierta para ella, y que hoy será presentada »su hija á la corte como dama de la princesa doña Blanca. »Creo que estoy en el caso de daros el pláceme por estas nue- »vas que os llenarán de alegria, y os le doy.—De Valladolid »á quince dias del mes de mayo de mil cuatrocientos y cua- »renta y siete años.—Doña Mencía de Padilla.»

Por un momento dominó el mas profundo estupor á aquellas gentes; don Aleluya reprimió su conmocion y se mostró alegre, Alvar quiso en vano parecer severo, Inés dejó salir libremente su frenética alegría, las muchachas su envidia, y los labriegos su asombro. Solo Jimeno permaneció indiferente.

—Te ruego que me perdones, Jimeno, le dijo Alvar: veo que siempre eres un buen muchacho: yo hubiera querido que te hubieses casado con Teresa: pero Dios lo ha dispuesto de otro modo.

Habia cierto acento de proteccion en Alvar, que ya se creia noble y casi señor por el casamiento de Teresa.

—No hay por qué sientas lo que ha sucedido, dijo Jimeno, porque yo tambien me he casado.

—¡Qué te has casado!

—Sí, con Elvira Ramirez.

—¡Con Elvira! esclamaron Andrea y Clara con doblada envidia.

—Si, amigos mios; y como mi esposa me espera, os dejo: que Dios os dé muchas felicidades.

Y dicho esto salió de la ermita dejándose guiar por la perra Ventora.

—Que me confundan si entiendo una palabra de esto, esclamó alegremente el bufon, devorando su dolor: pero ello es que todos se casan y es necesario estar alegre.. muy alegre, sí pardiez... dentro de ocho dias se casará el rey, y claro está que el egemplo de su alteza debe decidirme... debo casarme tambien para dejar sucesion de locos... ¿me quieres por marido, Andrea?

Y se colgó del brazo de la muchacha que le arrojó de sí lanzando alegres carcajadas.

Poco despues todos ellos atravesaban el valle, y al cabo se perdieron por las quebraduras del bosque del Abrojo.

Entonces Jimeno que habia quedado oculto tras de la ermita con el único montero que le habia acompañado, le dijo:

—Ve, Sancho, y haz que se tomen los atajos y las sendas en dos tiros de ballesta á la redonda, y que no pasen hácia aqui mas personas que Fortuño y quien le acompañe.

Sancho partió, y Jimeno sacó de su bolsa el vendage ensangrentado de Berta, y le dió á oler á la perra que lanzó un lastimero ahullido, despues de lo cual venteó y partió en direccion del bosque.





De como la mano de la Providencia llevó á Jimeno hasta la tumba de Berta.

La perra siguió una direccion fija: en poco espacio llegó al sitio donde Aleluya y el arcipreste habian conducido el cadáver de Berta y se puso á escarbar en el cesped sobrepuesto lanzando lastimeros ahullidos.

Muy pronto bajo el cesped apareció la tierra removida, y Jimeno no pudo ya dudar de que alli existia un cadáver recientemente enterrado: aquella sepultura debia haberse abierto con algo y fué á la ermita, buscó, y al fin encontró el azadon de Berta: le tomó, volvió al bosque, y seguro de que nadie interrumpiria su soledad, resguardado como estaba por la circumbalacion de sus monteros, se puso á cavar con ardor: poco despues quedó descubierto el cadáver de Berta agarrotado, sangriento, lívido, horroroso, envuelto en su sayal penitente.

—Esto ha sido un asesinato, un asesinato horrible, esclamó con indignacion Jimeno: ¿qué daño habia hecho á nadie esta desdichada? ¿y quién puede haber sido? mis gentes han visto entrar en la ermita dos hombres, y salir poco despues con Teresa: pero ¿qué necesidad tenian estos hombres de asesinar á la ermitaña? Veamos: una herida ancha sobre la sien... herida de piedra, ó contra una piedra; esta herida puede haber sido motivada al caer por causa de otra; examinemos.

Y tirando del cadáver le sacó fuera de la sepultura, y abrió su sayal; no halló ninguna herida, pero en cambio encontró pendiente en su cuello de un cordon de seda una bolsa bordada.

Jimeno abrió aquella bolsa y encontró en ella un papel y una llave pequeña: siguió el registro del cadáver y nada mas encontró. Entonces le envolvió de nuevo en su túnica, le puso en el fondo de la sepultura, oró conmovido por ella, porque era cristiano y compasivo, la cubrió de tierra, y antes de cubrirla enteramente, puso dos ramas en cruz, ya que no podia poner sobre la tierra el signo de redencion que hubiera servido de señal de que allí se encontraba un cadáver: acabó de cubrirla; arrancó cesped y lo estendió sobre ella, y volvió á la ermita, dejó el azadon en el lugar en que le habia encontrado, y solo entonces desdobló el papel.

«En el nombre de Dios uno y trino, decia: yo Berta de »Rojas, nombro heredero de la mitad de mis bienes, al que, »si yo muriese, sin haber podido nombrar persona que eje»cute mi voluntad, encuentre sobre mí este papel y la llave »que le acompaña. Pero si le nombro heredero es con la »condicion de que buscará á mi hija *Teresa* por todos los me»dios que le sean posibles, sirviéndole de indicios el relato de »mi vida, que encontrará en el lugar en donde se encuen»tra el arca en que guardo mi tesoro. Si en vez de cumplir »esta mi voluntad, el que sobre mí encontrara este papel »se apodera de todo, ó vende los secretos de una ilustre »familia en su provecho ó abusa de cualquier otro modo de »mi confianza, maldito sea en el nombre de Dios, que no »pueda ser absuelto de su pecado sino cuando reparase el »daño que hiciere, y sino lo repara, que arda su alma en »los infiernos por toda una eternidad.»

Despues de este estraño contesto, se leia en letra mas gruesa y clara como si se hubiera querido evitar toda duda en la escritura:

«El tesoro está enterrado en el nicho de la Vírgen, de»bajo de su imágen, y está sobre él una losa que tiene se»ñaladas en la piedra tres cruces negras.»

Jimeno quedó atónito: ¿para qué habia servido el asesinato de la ermitaña si no se habian apoderado de su secreto?

Ademas tuvo escrúpulos: aquel tesoro no le correspondia, y por otra parte la mitad que se le concedia era como una paga, como un precio, y su orgullo le rechazaba. No podia haber dado en mejores manos el estraño secreto de Berta. Jimeno creyó un deber impuesto por la causalidad, el cumplir el testamento de la ermitaña, pero dejó para otra ocasion el desenterrar el tesoro.

Entonces esperaba algo que no tardó en llegar.

Fortuño apareció en la puerta de la ermita llevando una mula del diestro, y ginete en ella al arcipreste de Sigüenza, que se mostraba no poco asustado á pesar de las corteses maneras con que le trataba el montero.

—¿Qué significa esto, señor montero, dijo con la voz convulsa, por el temor y por la indignacion; será necesario creer que sois un capitan de bandidos?

—Espero, señor arcipreste, que pronto variareis de opinion.

—Me basta con lo que he visto: antes de salir del bosque los hombres que me acompañaban de vuestra órden han despedido á maese Anastasio y me han detenido preso, obligándome, á pesar de mis protestas, á volver á este sitio.

—¿Os ha faltado alguno de ellos al respeto?

—No, señor montero, no: pues esto consiste acaso en que he procurado prudentemente que no llegue ese caso prestándome á seguirlos.

—Obedecian mis órdenes, y para darles estas tenia poderosos motivos, señor; déjanos solos, Fortuño, añadió Jimeno.

El montero desapareció entre los árboles con la mula.

—¿Sabeis qué ha sido de la hermana Berta? preguntó Jimeno al arcipreste en cuanto quedaron solos.

—¿Pues qué ha sucedido á esa buena muger? esclamó balbuceando el arcipreste.

—Vos debeis saberlo mejor que nadie, puesto que habeis dormido en su aposento.

—Por lo mismo que he dormido, solo puedo deciros que

cuando me dormí, la hermana Berta quedaba tambien dormida en su lecho.

—Venid conmigo, señor, venid, y en otro lugar acaso me contestareis mejor.

El arcipreste siguió temblando á Jimeno, que le condujo al lugar del bosque donde estaba enterrada Berta.

—¿Sabeis lo que se encierra bajo ese cesped? dijo Jimeno señalando á la sepultura.

La turbacion del arcipreste creció, quiso murmurar una respuesta evasiva y no pudo.

—Ahí se encierra un cadáver; dijo severamente Jimeno.

—¡Un cadáver! balbuceó el arcipreste.

—Si, un cadáver que ayer vivia, aunque de una manera lamentable; un cadáver hecho, sin duda, por el crímen puesto que se han tomado tales precauciones para ocultarle.

—¿Y creeis que podeis acusarme de ese crímen? dijo palideciendo densamente el arcipreste.

—Si no os creyera noble y virtuoso, don Rodrigo, no me hubierais casado con Elvira... la bendicion de un sacerdote impuro hubiera sido tenida por mí como una maldicion que debia traerme grandes desgracias, y la hubiera evitado: creo que sabeis cuanto ha sucedido en la ermita esta noche, que habeis presenciado por casualidad un gran crímen, y quiero que me reveleis su autor.

—Yo nada sé... nada he visto; esclamó enteramente atortolado el arcipreste.

El implacable Jimeno sacó de su bolsa el vendage ensangrentado de Berta y le mostró al arcipreste.

—¿Y desoireis tambien el grito de esta sangre que os manda hablar en nombre de la justicia divina?

El arcipreste se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar como una muger.

—Esto me matará, esclamó.

—¿Y por qué ha de mataros?

—Esto es terrible, demasiado terrible.

—Ved que yo no os acuso, y que solo os invoco como testigo.

—Es que no sé nada.

—Pero sabeis que Berta ha sido asesinada.

—Sí.

—Sabreis tambien quién la ha enterrado aqui, porque vos solo no habeis podido hacerlo.

—Me pedís un secreto que no es solo mio; en que otro tienen participacion.

—Es que os pregunta Dios por mi boca: la Providencias ha hecho que este noble animal rastree sangre humana, y ha sido ciertamente porque no quiere que este crímen quede impune. Pregunto á vuestra conciencia, señor arcipreste.

Atacado en aquella última barrera don Rodrigo, se rindió á discrecion.

—Suceda lo que quiera, dijo: soy inocente y mi inocencia responderá por mí: quien me ha hecho conocer esta desgracia, quien me ha ayudado á ocultarla, ha sido el bufon del rey.

—¡El bufon del rey! esclamó meditabundo Jimeno: y decidme, ¿cuando os avisó don Aleluya estaba todavia en la ermita Teresa?

—Teresa habia desaparecido.

—Bien, muy bien: es decir que antes que el bufon habian llegado las gentes de doña Mencía de Padilla: un indicio lleva á otro. ¿Y cómo encontrasteis á la hermana Berta?

—La encontramos moribunda y bañada en sangre en las gradas del presbiterio.

—¿Y no reveló nada antes de morir...?

—Pero su revelacion, señor montero, fué confusa, incoherente, incompleta: habló de una hija... es decir, llamó hija suya á Teresa... ¡delirios de loca...! porque la buena Berta estaba loca... y dijo que al verla Teresa se habia desmayado, y que luego dos hombres se la arrebataron.

—¿Y no dijo quiénes eran esos dos hombres?

—La muerte apagó su voz.

—De modo que don Aleluya....

—Don Aleluya es tan inocente como yo.

Jimeno quedó por algun tiempo profundamente pensativo.

—Me basta con lo que me habeis dicho, señor arcipreste, dijo al fin: y os ruego que me perdoneis la molestia y el pesar que os he causado.

—¿Pero pensais hacer uso de lo que sabeis?

—Sí, pienso hacer uso de ello, delante de Dios, pero no delante de los hombres: os juro, señor, que cuando llegue á ver claro en esto, seré á un mismo tiempo juez y verdugo. Este asesinato ha sido una consecuencia imprevista de una intriga de corte, don Rodrigo... no tengo duda de ello... Pues bien, yo conoceré la mano que ha tramado esta intriga y la heriré... Por lo menos estad seguro, señor arcipreste, de que nada se sabrá, mis monteros guardarán dia y noche esta sepultura hasta que el cesped haya brotado naturalmente sobre ella, y nadie sabrá nada.. nadie... idos pues en paz, y pues habeis sido casi un padre para Elvira, recibidme por hijo.

—¡Oh! ¡cuán noble y cuán bueno sois, hijo mio! esclamó el arcipreste mirando con efusion á Jimeno.

—No me creo bastante justo para que Dios me proteja, pero bendecidme, señor, para que vuestra bendicion traiga sobre mí el amparo de Dios, que harto le habré menester para salir avante del empeño que he contraido.

Y Jimeno se arrodilló á los pies del sacerdote.

—Que te bendiga Dios, hijo mio, esclamó este elevando al cielo los ojos arrasados en lágrimas y poniendo las trémulas manos sobre la descubierta cabeza del jóven: que te bendiga, como yo te bendigo en su nombre, y te robustezca para que puedas cumplir su justicia castigando en la tierra la iniquidad que ha vertido la sangre de esa desventurada.

—Ahora, dijo Jimeno conmovido, levantándose y cubriéndose, partid, padre mio: voy á mandar que os acom-

pañen, y si no os acompaño yo mismo, es porque necesito de todo mi tiempo.

Dicho esto tocó su corneta de una manera particular, despues de lo cual no tardó en presentarse Fortuño.

—Acompaña al señor arcipreste, le dijo, hasta las inmediaciones de Pino-seco: entretanto que nadie pase de los alrededores de la ermita y que nadie se atreva á observarme: necesito estar solo.

Despidióse de nuevo afectuosamente de don Rodrigo, y este partió acompañado de Fortuño.

Cuando desaparecieron entre el bosque, Jimeno se encaminó en paso tardo á la ermita, entró en ella y cerró su puerta.



En que Jimeno descubre muchas cosas relativas á Teresa.

Jimeno, con arreglo á las ideas de su tiempo era profundamente religioso, y no solo religioso, sino fanático. Estuvo dudando mucho tiempo antes de atreverse á llegar al sitio donde el testamento de la ermitaña espresaba estar enterrado el tesoro, pero al fin la fuerza de las circunstancias le decidió.

No fué, sin embargo, sino despues de haber pedido perdon á la Vírgen en una fervorosa oracion: al fin, fué al altar, subió sobre él y apartó temblando la Vírgen, sin entrometerse á considerar que esa es una operacion que hacen todos los dias los sacristanes, gente baja de la iglesia, en la mayor

parte de la cual no reside ningun carácter sagrado.

La Vírgen era una pequeña y tosca escultura de piedra, y el nicho en que se encontraba colocada bastante ancho para que no fuese necesario bajarla de él, para dejar descubierta la losa marcada con las tres cruces negras citadas en el escrito de la infeliz Berta, que no habia encontrado mejor sitio para ocultar sus recuerdos y los restos de su fortuna, que poniéndolos bajo la proteccion y la guarda de la Vírgen.

Jimeno escavó con su puñal al rededor de la losa, la levantó y se vió precisado á escavar la tierra que habia bajo ella; á poca profundidad el puñal tropezó en hierro, y al fin quedó descubierto un cofre como de media vara de largo por una cuarta de ancho.

Cuando Jimeno pretendió sacarle fuera conoció que necesitaba de todas sus fuezas, porque el cofre, aunque pequeño, era pesadísimo: al fin logró ponerle sobre el altar: colocó de nuevo la Vírgen en su sitio, sobre la losa, bajó, cargó con el cofre y entró con el en la sacristía: entonces le abrió con la llave que habia encontrado en la bolsa de Berta: estaba cubierto por cajas forradas de terciopelo: abrió sucesivamente cada una de aquellas cajas, y encontró en ellas admirables alhajas: collares de perlas, piochas de brillantes, riquísimas sortijas, prendidos, adornos, cuantas joyas usaban entonces en su atavío las mugeres: aquello, efectivamente, valia un tesoro: en otra caja solo encontró Jimeno un pequeño relicario de oro con un *Signum crucis*, y un rizo de cabellos negros: lo que acababa de llenar el cofre, era una gruesa cantidad de escudos de oro.

Ademas en el fondo, en un ángulo, habia un rollo de papeles envueltos en un paño de seda.

Jimeno puso á un lado las joyas y los escudos, y abrió trémulo de emocion aquel cuaderno á quien el tiempo habia dado un color amarillo; se sentó en un sillon junto á una ventana y se puso á leerlo.

A medida que adelantaba, su semblante variaba de es-

presion; á veces se pintaba en él la cólera, á veces la compasion: durante la lectura se reprodujeron en él todas las pasiones del corazon humano. Cuando concluyó, guardó cuidadosamente el cuaderno en su pecho; puso las joyas en su lugar, cerró el cofre y esclamó:

—No puedo ni debo guardar y apropiarme este oro y estas joyas... sé lo bastante para poder hacerme un lugar en la corte y me lo haré: pero es preciso saber mas... vamos á ver á Alvar Garcés.

Y saliendo de la ermita hizo retumbar su corneta, á cuyo son acudió un montero desde la próxima enramada.

—Fernan, le dijo: entra en la sacristía, toma un cofre de hierro que verás sobre un escaño, y ayudado por otro de los mios, llévalo á mi aposento á las ruinas.

Y sin decir mas se echó la ballesta al hombro, y en paso apresurado tomó el camino de la cabaña de Alvar á la que llegó una hora despues.

Encontró á los esposos urgentemente ocupados en su atavío: se trataba nada menos que de ir á presentarse como padres de la señora desposada, en la casa del alto y poderoso señor don Rodrigo de Sandoval, y no influia poco á ponerlos en aprieto la eleccion, la busca de la manera como debian presentarse en aquel noble solar para no herir con sus palabras el orgullo del marido de su hija: cuando se presentó Jimeno, Alvar le consideró como un poderoso auxiliar y le salió al encuentro sonriéndose y frotándose las manos.

—Creo, dijo, que no me guardarás ningun rencor por el lance de esta mañana: yo no sabia que tú y mi hija hubiéseis reñido, ni que tú ni ella os hubiéseis casado cada cual con su cada cual.

—Necesito hablarte á solas, Garcés, contestó gravemente Jimeno.

—¡Que necesitas hablarme! y bien, habla: yo tambien necesito pedirte consejo. Ya ves: tenemos que ir á visitar á nuestra hija, y como su marido es rico-hombre, y esos señores son tan quisquillosos... y...

—¿Por qué llamas á Teresa tu hija? dijo con doble severidad Jimeno, aprovechando una ocasion en que Inés ocupada en su prendido no podia oirle.

—¿Que por qué llamo á Teresa mi hija? esclamó Garcés, no comprendiendo bien las palabras de Jimeno.

—Ya te he dicho que necesito hablarte á solas.

—Ven pues á mi aposento.

—No, no, las mugeres son muy curiosas y es necesario que lo que hablemos no lo escuche nadie mas que Dios.

—Vamos pues; espera un momento, Inés; el buen Jimeno necesita hablarme á solas.

—¿Y qué tiene que hablarte Jimeno que yo no pueda oirlo? ¡eh! ó crees tú que tenemos mucho tiempo que perder.

—Vamos, buena madre, dijo Jimeno que durante sus amores con Teresa, se habia acostumbrado á dar á Inés aquella dulce denominacion; lo que tengo que preguntar á vuestro marido será breve, y os lo devolveré al momento... Ven, Garcés, y entendámos.

Garcés, á quien habia puesto en cuidado la duda del jóven acerca de su derecho de paternidad sobre Teresa, le siguió sin tomar en consideracion las murmuraciones de Inés.

Cuando estuvieron enteramente solos al pie de un árbol en el centro de la huerta, se detuvo y le dijo:

—¿Por qué estrañas que llame á Teresa mi hija?

—Porque no lo es... dijo de una manera inexorable Jimeno.

—¿Que no lo es...? ¿pues cómo? ¿quién te lo ha dicho? ¿quién sabe eso?

—Teresa tiene un lunar negro en el hombro derecho.

Garcés abrió enormemente los ojos.

—Y esta señal, continuó Jimeno, es bastante para que yo pueda hacerte confesar que no eres su padre.

—Tú has visto ese lunar, tienes sospechas y quieres saber la verdad, que piensas que te oculto, dijo con doble turbacion Garcés.

—Yo he tratado siempre como una doncella honrada á Teresa: ni sé que tiene un lunar, ni yo lo he visto, ni Teresa me lo ha dicho.

—Pues bien, te han engañado.

—Concluyamos de una vez, Alvar: ¿cómo ha venido á tu poder Teresa....? importa demasiado saberlo, y acaso, acaso te pueda ser fatal el negarlo... Teresa es hija de...

—¿De quién?

—¡Ah! tu franca curiosidad te vende. Asi pues, no gastemos el tiempo en valde, y respóndeme á lo que te he dicho. ¿Dónde encontraste á Teresa? ¿quién te la entregó?

Era tan seguro el acento de Jimeno, que Alvar vaciló y al fin cedió.

—Pues bien, es verdad, Teresa no es nuestra hija, pero la amo tanto como si lo fuera... tú puedes mucho, Jimeno, y... sentiria que quisieses vengarte de Teresa.

—Ya te he dicho que la desprecio...

—Y bien... ¿qué te importa entonces?

—Cuando pregunto de buena manera y con razones corteses, quiero que se me conteste.

—Pues bien, dijo Garcés, nada tendrá de estraño que Teresa sea hija de un moro...

—Jimeno hizo un gesto de impaciencia.

—No te pregunto acerca de su padre... sé quien es... lo que quiero saber...

—Es donde la encontré... pues bien, la encontré en la vega de Granada hace diez y siete años, el 21 de junio de 1431. Bien me acuerdo; asaltábamos una alquería en que se habian recogido algunos moros, despues de haber perdido la batalla, la famosa batalla de la Higuera, de que habrás oido hablar sin duda: como que se encontró en ella el rey don Juan y el muy magnífico condestable don Alvaro de Luna. Los perros nos entretuvieron hasta bien entrada la noche, hasta que al fin logramos poner fuego á la alquería: entonces huyeron, y nosotros nos precipitamos dentro: yo tuve la fortuna de alcanzar una buena parte de botin, pero

cuando salia cargado, al pasar por junto á una habitacion enteramente incendiada oí los gritos desesperados de un niño: se me erizaron los cabellos... ¡si hubiera sido un hombre..! pero una criatura á la que podia hacerse cristiana..! arrojé el botin y entre... encontré á Teresa, á quien habia sofocado casi el humo, y la saqué por entre las llamas que chamuscaban sus ropas y mis cabellos; mi armadura se habia caldeado, y cuando estaba próximo á caer... salí... y como si Dios no hubiera querido que por hacer una buena accion perdiese mi parte de botin lo encontré donde le habia dejado y lo puse en salvo con Teresa.

—Bien, bien: hiciste muy bien... dijo Jimeno tendiéndole la mano; eres un valiente, Garcés.

—Para hacer lo que yo hice no se necesita mas que ser cristiano.

—Y dime, ¿bautizaste á Teresa?

—Sí... pero condicionalmente.

—¿Y por qué?

—Porque cuando la recogí tenia al cuello una cruz de oro y diamantes... cuando referí al cura que queria adoptar aquella niña, y le dije que la habia encontrado con una cruz de oro al cuello en que estaba grabado: Teresa, me dijo: no sabemos si es cristiana: no puede bautizársela sino *in conticione* (Garcés queria decir: *sub conditione*) y como yo no entendiese lo que me queria decir, me lo esplicó en castellano: la bautizaré bajo condicion de no haber sido bautizada.

—Te doy gracias, Garcés, por lo que acabas de decirme: no necesito saber mas: lo que necesito averiguar aun, no puedes tú decírmelo: vete: mira: ya viene Inés impaciente en tu busca.

—¿Pero sabe esto Teresa? dijo anhelante Garcés.

—Nó, ni lo sabrá por ahora.

—¿De modo que podré pasar aun por su padre?

—Te prometo que ella no sabrá que no es tu hija, sino cuando se lo digas tú.



D. Juan II.
lám. 6.ª

—¿De seguro?

—Palabra de hombre honrado.

—¡A Dios!

—¡A Dios!

Jimeno se alejó á tiempo que Inés en alas de su impaciencia, llegaba hecha una furia al sitio donde estaba su marido.

Como la reyerta de los cónyuges nada nos importa, preferimos seguir á Jimeno.

Este se encaminó á las ruinas del castillo de Juan-sin-alma, entró en su aposento y envió un montero, á don Pero de Aguirre, á suplicarle que pasase á verle.

No se dejó esperar el noble, y Jimeno le hizo sentarse: despues de algunos preámbulos le dijo:

—¿Habeis conocido alguna vez á una noble dama que se llamaba doña Berta de Rojas?

Don Pero palideció y miró de una manera atónita á Jimeno.

—¿Sabeis...? le dijo.

—Solo quiero saber, contestó interrumpiéndole Jimeno, si hace diez y ocho años hicísteis robar de casa de esa dama por vuestros escuderos una niña.

—Me importaba mucho robarla.

—Os importaba una venganza.

—Sin duda, caballero, debe haberos informado esa misma dama.

—Esa dama, señor, ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido Berta?

—Sí... pero tened la bondad de contestarme: ¿á quién entregásteis esa niña?

—¡Oh caballero! ¡ese secreto es mi remordimiento!

—¿Qué hicisteis de ella...?

—La vendí á un mercader de esclavas en el reino de Granada....

—¿Y ese mercader tenia una alqueria en la vega?

—Sí.

—Aquella alqueria fué incendiada...

—Sí, durante la batalla de la Higuera; entonces mis desgracias me llevaron bajo el amparo de los moros: entré en batalla anhelando haber á las manos á don Alvaro de Luna, mi enemigo personal, pero la batalla se perdió y me recogí á la alquería de la que me sacaron mis escuderos medio muerto. Pero ¿qué os importa eso?

—Nada, caballero, nada. Os doy las gracias por la cortesía con que habeis respondido á mis preguntas, y os pido permiso para cambiar de vestidos. Me es urgente de todo punto ir al momento á la corte.

Don Pero se levantó, estrechó la mano del jóven y le dejó solo.

Poco despues, Jimeno ricamente engalanado, ginete en un magnífico caballo, acompañado de dos escuderos armados, ginetes en no menos nobles cabalgaduras, atravesaba al galope la distancia que separaba el bosque del Abrojo de Valladolid.

No podia reconocerse en él entonces á un montero ni á un capitan de aventuras; llevaba con una nobleza sin igual una gorra de brocado con jóyel de diamantes y pluma de garza, un sayo de vellori vellud bellotado, tachonado de oro: un talabarte bordado, una escarcela cubierta de aljofin, una espada y una daga con empuñaduras doradas, unas calzas de grana y unos borceguíes de tafilete con espuelas de oro: llevaba al pecho una cadena de caballero y sobre el semblante un medio antifaz de terciopelo.

En cuanto á los escuderos, iban armados de punta en blanco y llevaban sobre las vestas y sobre los escudos un blason que consistía en un águila negra en campo de gules sosteniendo entre las garras cuatro cabezas de reyes moros ensangrentadas.

Al dar un rodeo para entrar por la puerta de Madrid en la villa, el caballo de uno de los escuderos se encabritó.

Le habia asustado un hombre enteramente vestido de

rojo que habia aparecido sentado en un banco á la puerta de una casucha al doblar un ángulo de la tapia.

El hombre reparó á su vez en el blason que mostraba el escudero y se estremeció.

—¡Ah! ¡ah! esclamó: aun hay quien lleve todavia al pecho el blason de los Villafrancas.

Aquel hombre era el verdugo de la casa y corte del rey.

Jimeno y sus escuderos entraban poco despues en Valladolid.



XVII.

En que se sabe que Jimeno no era Jimeno.

JIMENO atravesó el Campo Grande, el de la Cuatropea y algunas calles, no sin llamar la atencion de los transeuntes por sus ricas preseas y por su incógnito y llegó á una gran casa en la calle de Francos en cuya puerta habia pajes, guardas y escuderos: un forastero hubiera tomado buenamente aquella casa por la casa del rey.

Sin embargo, no era otra que la de su señoria el muy alto y poderoso señor y magnífico condestable don Alvaro de Luna, que en realidad era el verdadero rey de Castilla.

La servidumbre, que se hubiera mostrado grosera con un simple hidalgo, se apresuró á presentarse oficiosamente á Jimeno que tenia todas las trazas de un alto y poderoso caballero.

—Necesito ver á su señoría: dijo á un viejo mayordomo que asomó por acaso á la puerta.

—Es tarde ya y su señoría ha cerrado la audiencia; dijo el mayordomo.

—No soy ni un pretendiente ni un querelloso, insistió Jimeno; soy un antiguo conocido de su señoría.

—Sin embargo, señor, dijo el mayordomo quitándose respetuosamente su gorra por lo que pudiera acontecer: su señoría ha prohibido terminantemente que se reciba á nadie.

—Pero no habrá prohibido que se le introduzcan cartas.

—No tanto como eso, señor.

—Pues bien, entradle esta mia.

Jimeno entregó una al mayordomo, que se inclinó respetuosamente y tomó por la escalera arriba, en tanto que uno de los escuderos del condestable tenia el caballo de Jimeno que desmontó y fué introducido en un magnífico salon de espera en el piso bajo: los escuderos fueron introducidos en el patio al trato de la gente menuda.

Poco despues el mismo mayordomo apareció, saludó profundamente á Jimeno y le dijo:

—Sígame vues señoria.

El jóven no pareció alterarase sin enorgullecerse por este tratamiento, y siguió al escudero por medio de salones y cámaras magníficamente amuebladas con la misma indiferencia con que marchaba con su ballesta al hombro por medio de las selvas.

El mayordomo le hizo subir por una escalera de servicio estrecha pero alfombrada y con las paredes entapizadas de cuero: atravesaron un retrete, levantó el mayordomo un tapiz y Jimeno entró en una cámara asombrosamente amueblada.

En ella se paseaba un hombre cuya cabeza parecia por lo grave, calva y cana, la de un anciano, aunque en el brillo de sus penetrantes y móviles ojos, se comprendia que no lo era: vestia entera y sencillamente de terciopelo negro, tenia puesta una gorra ó birrete del mismo género con una

pequeña pluma blanca, y de su cuello pendia de una cadena de oro la placa de San Miguel y la cruz de grande maestre de Santiago.

Su espada y su daga estaban sobre un sillon forrado de terciopelo carmesí y clavellado de oro.

Este hombre era el condestable don Alvaro de Luna:

Jimeno al verle cubierto no se descubrió. El condestable le miró fijamente de pies á cabeza, pero de una manera instantánea.

—¿Habeis escrito esta carta? le dijo con acento seco y breve.

—Si señor.

—¿Y habeis venido á mí confiado en mi generosidad?

—No, no señor: dijo Jimeno con acento de rectificacion. Hablemos con exactitud: he venido á vos, como viene un enemigo noble á otro enemigo tan noble como él, confiando en vuestro honor.

—¡Ah! ¡venís como enemigo! Sin embargo no está muy justificado el derecho que tengais para declararos enemigo mio.

—Mi semblante, que no habeis visto hasta ahora, lo justificará.

Y Jimeno se despojó del medio antifaz.

El condestable al ver su rostro retrocedió.

—En efecto... os pareceis en demasía á vuestro padre, caballero... ¿y á qué debo el consuelo de veros en mi casa?

—¿El consuelo, señor condestable? ¡no os comprendo!

—¿No comprendeis que para un alma generosa es un consuelo saber que se han desengañado y que le vuelven su aprecio los que le aborrecian injustamente?

—¿Y creeis, don Alvaro, que yo me he desengañado?

—¿No sois al mismo tiempo que lo que verdaderamente sois, ese hombre terrible á quien llaman Jimeno, que tan pronto es montero como capitan de aventuras, segun vuestra carta?

—Cierto, señor condestable: y os diré mas; he tomado

tal cariño á mi nombre supuesto, á ese terrible nombre, que me costará gran trabajo renunciar á él, y gran dolor no oirle pronunciar.

—Pues bien, tal es la fama que teneis de esforzado y testarudo, que estoy cierto de que os habeis convencido de que, si bien vuestro padre os legó al morir una venganza injusta contra mí, yo no habia merecido su odio.

—Mi padre creyó mas á sus parientes y á la reina doña María de Aragon, que á lo que debia suponer de vuestra generosidad, de vuestra hidalguía.

—Vuestro padre no comprendió que sus primos los Villafranca, se habian revelado contra mí y contra el rey de una manera furiosa, ciega... me culpó de la muerte de Juan de Villafranca y de la huida de Gutierre; sin embargo á Juan le mató la justicia del rey con hartás pruebas, y vuestro padre no tuvo razon en revelarse, ni prudencia en hacer que se le buscase para prenderle, y que despues de huido se le confiscasen sus bienes, sus señoríos, sus derechos:—desapareció... y...

—Y murió pobre en Aragon, señor, dejando á su jóven muger viuda y á su hijo niño.

—No hablemos mas de eso, don Juan, que alguna vez habeis de empezar á usar de vuestro verdadero nombre: os llamais don Juan, creo: al menos recuerdo haberos nombrado asi, cuando erais tamañito y os mecia sobre mis rodillas.

—¡Ah! ¡señor!

—Por lo que veo estais resuelto á volver á la corte.

—Todo dependerá, señor condestable, de lo que me contesteis.

—Se os devolverán todos vuestros señoríos, rentas, pechos y derechos...

—No, no se trata ahora de eso, dijo con noble desprendimiento Jimeno, que asi le llamaremos hasta que mas adelante la marcha de los sucesos nos obligue á descubrir su incógnito; no es una justa devolucion lo que vengo á

pediros por ahora, ni la rehabilitacion de la tacha de traidor inferida á mi padre: vengo á pediros otra cosa.

—¿Y qué otra cosa quereis?

—Acabo de contraer matrimonio, señor.

—¡Que os habeis casado! ¿y con quién?

—Con una dama, que ha vivido como yo hasta ahora encubierta bajo un traje de labradora.

—Hé aquí el fruto de las rebeldías, de las traiciones, y sobre todo, de los rudos ataques con que desde hace treinta años se lucha por arrojarme del puesto que ocupo y que he adquirido sacrificándome por el rey y por el buen gobierno del reino. ¿Y cómo se llama esa dama?

—Es hija de don Pero de Aguirre, señor.

Palideció profundamente el condestable.

—¡Uno de los mas rebeldes! ¡Uno de mis mas encarnizados enemigos!

—Hoy era yo todavia vuestro enemigo á muerte, señor, y he necesitado de que un cadáver me hable desde la eternidad para dejar de serlo.

—¡Cómo! ¿os habeis valido de la nigromancia? esclamó con cierto respeto fanático el condestable.

—No, no señor: ha sido el acaso, el crímen, un crímen funesto el que me ha revelado...

—¿El crímen? dijo severamente el condestable.

—El crímen de otro, señor; contestó con dignidad Jimeno.

Y seguidamente refirió al condestable, la manera como habia encontrado el cadáver de Berta, sin omitirle otra cosa que lo que hubiera podido comprometer al arcipreste.

—¡Berta de Rojas! esclamó el condestable, paseándose agitado por la cámara: ¡oh! ¡fatalidad! ¡fatalidad! y bien, ¿qué motivos tuvo don Pero de Aguirre para levantar pendones contra el rey?

—Mirad, señor, dijo Jimeno sacando de debajo de su sayo, el cuaderno que habia encontrado entre el tesoro de Berta, y buscando en él un pasage.

—Se me acusaba de asesino... dijo el condestable, despues de haber leido... las apariencias justificaban esta causacion.

—Y don Pero de Aguirre engañado por ellas, y demasiado valiente por otra parte...

—Dejadme, dejadme leer.

Y el condestable leyó una, dos y tres veces, el pasage que le habia dado Jimeno.

—Pero esta fué una intriga horrible, una de las mayores maldades de la reina doña María de Aragon.

—Yo he necesitado conocer esa intriga, señor condestable, para pensar en vos sin cólera.

—Sí, sí: teneis razon... ¡Dios! ¡poderoso Dios! yo creia al ponerme al frente del gobierno de un reino, que mi ingenio, mi valor y mi fuerza de voluntad, bastarian para regirle en paz, para engrandecerle: no habia previsto que los reptiles se introducen en el corazon del edificio mejor construido, socabando la tierra... y he vertido sangre inocente... he causado la desgracia de nobles y leales caballeros, mientras los traidores han quedado impunes. Pero repararé el mal en la parte que puedo. Esperad, señor don Juan, esperad.

Y el condestable se sentó en su ancha mesa de despacho, cubierta enteramente de legajos y pergaminos, se quitó los guantes y se puso á escribir apresuradamente, llenando enteramente con una letra redonda y clara dos hojas de pergamino.

Cuando hubo concluido, tocó un silbato de oro.

—¿Qué manda vuestra señoría? dijo poco despues á la puerta un page maravillosamente vestido.

—Llamad á mi camarero Gonzalo Chacon.

Despues de esto tomó un pliego de papel y escribió; aun no habia concluido, cuando un hermoso y jóven caballero apareció en la puerta y entró, dirigiéndose á la mesa: cuando notó que el condestable estaba profundamente abstraido en su escritura, se detuvo respetuosamente, y al reparar en Jimeno, su semblante se iluminó con una es—

presion singular, adelantó hácia él un paso, pero se contuvo. Jimeno le saludó sonriendo con la mano.

—¿Cómo es esto? dijo el condestable, que por añeja costumbre veia cuanto pasaba en torno suyo por mas que estuviese ocupado en asuntos graves: ¿os conoceis caballeros?

—Yo guardo un profundo recuerdo del señor capitan, dijo Gonzalo Chacon; recuerdo que jamás se borrará de mi pecho.

—¿Tan profundo es, Gonzalo? dijo el condestable sin dejar de escribir.

—Como que está marcado á hierro, señor: repuso Chacon.

—¿Un lance de armas?

—Una lanzada recibida en el último cerco de Toledo, señor.

—¡Ah! ¿estábais allí, don Juan?

—Era el capitan de las famosas lanzas negras, señor.

—¡Ah! continuó el condestable sin dejar de escribir; ¿con que el terrible capitan de aventuras de la selva del Abrojo, el hombre á quien jamás se le encuentra cuando se le busca, y al que se siente encima cuando menos se piensa, es el mismo tremendo capitan de las formidables compañías negras, con las cuales son inútiles los jayanes á quienes vestimos una armadura, montamos en un rocin y llamamos hombres de armas, y para las que se necesita un cuerpo escogido de caballeros? ¿y ese valiente capitan sois vos, prudente ya, esforzado esgrimidor y buena lanza? ¡á vuestra edad! ¡no lo hubiera creido! recuerdo que vencísteis mi bandera, don Juan, mi bandera que ha visto huir á los aragoneses, á los navarros y á lo moros de Granada.

El condestable habia dejado de escribir, y miraba fijamente á Jimeno, que no se enorgulleció por esta distincion.

—¿Y cómo fué el lance, Gonzalo?

—Embestía yo en la primera batalla de las lanzas de

vuestra señoría: nos venia al encuentro un escuadron perfectamente armado: una batalla de trescientas lanzas, con arneses, paramentos y caballos negros: á la embestida sin poderse valer los nuestros, se desvandaron: yo llevaba vuestra bandera, señor, y me sentí derribado por la lanza de un caballero que llevaba un airon amarillo y una banda roja.—Los soldados se arrojaron sobre mí para arrebatarme la bandera que yo defendia tenazmente, á pesar de estar herido. Entonces el capitan de la banda roja, hizo retirar á su gente y echando pie á tierra, me levantó y me dijo:—Quien así defiende su enseña, merece vivir: idos caballero, con vuestra bandera, y decid al condestable que lo que quiero es su cabeza.

—¡Ah! ¿y el capitan érais vos, don Juan?

—No he podido menos de reconocerle, señor, y de reconocerle con agradecimiento, dijo noblemente Gonzalo Chacon: no solo permitió que mis escuderos me sacasen del campo, sino que antes me dijo abriendo las vistas de su morrion.—Sois valiente, caballero, si deseais cobraros de esta lanzada y de este vencimiento, buscad al capitan Jimeno en el bosque del Abrojo, y le encontrareis con suma facilidad.

—¿Y vos no le habeis buscado?

—Yo no podia buscarle, señor, sino para tenderle mi mano, y no podia hacerlo con un hombre que deseaba vuestra cabeza.

—Entonces era como entonces, Gonzalo, y ahora como ahora: podeis estrechar cuanto querais, la mano del señor ballestero mayor del rey.

—¡Cómo, señor condestable...! esclamó Jimeno.

—No hablemos mas de esto: os doy en la casa real un oficio que está vacante, y para el cual sois infinitamente mas apropósito que otros.

—No sabeis cuanto placer tengo, señor: le dijo acercándosele Gonzalo, mientras el condestable cerraba el pliego y le sellaba, en que seais al fin de los nuestros.

Y le tendió la mano.

—Yo siempre he sido lo que he debido ser, segun mi conciencia, caballero; dijo Jimeno estrechando francamente la mano de Chacon.

—Tomad, Gonzalo: id al momento al alcázar, y entregad esta carta al rey y estas cédulas rodadas: su alteza las firmará: hacedlas refrendar por cualquiera de los secretarios, y sellar por el canciller del sello de la puridad: que tomen razon en la tesorería, y en el fisco: todo eso lo podeis hacer al momento porque es hora de que encontreis en el alcázar á todos los que necesitais.

—Dios guarde á vuestra señoría, dijo Gonzalo inclinándose: á Dios caballero, dijo tendiéndole de nuevo la mano; espero tener ocasion de demostraros mi amistad.

Jimeno contestó afectuosamente al ofrecimiento de Gonzalo que salió.

El condestable tocó de nuevo su silbato.

Presentose otra vez el page.

—Que venga Fernando de Rivadeneira: dijo.

El page desapareció.

—Perdonadme don Juan, dijo el condestable, pero antes de consagrarme enteramente á vos, necesito desembarazarme de asuntos enfadosos. Hé aquí á Rivadeneira. Soy con vos al momento, don Juan: si sois aficionado á la *gaya sciencia*, en ese armario teneis en que entreteneros desde el arcipreste de Hita, hasta el señor Juan de Mena.

Y sin decir mas, se fué al hueco de un balcon con Rivadeneira.

—¿Has estado en casa del obispo, le dijo?

—Sí, si señor: don Frey Lope de Barrientos se acordará toda su vida de su imprudencia de ayer.

—¡Oh! su sermon fué audaz, maravillosamente increible: esa gente se cree sin duda muy segura de su triunfo, cuando asi ese obispo se ha atrevido á aplicarme de una manera tan transparente todas las soberbias todas las tiranías de que hablan las santas escrituras; nunca me ha hecho sufrir

mas la cólera que en el sermon de ayer tarde. Le habrás hablado de una manera terminante.

—En verdad, señor, que deben haber sufrido algun revés los confederados, porque el obispo se me presentó cuidadoso, cobarde y mas suave que un guante de gamuza: al oir la intimacion de un viage á su diócesis con el resguardo de algunas lanzas del rey, se presentó á decirme que en la primera ocasion predicaria un sermon delante del rey, de que vuestra señoría quedaria muy contento, cosa que no podia hacer en su diócesis, á no ser que su alteza fuese con la corte á Cuenca.

—Esto no significa otra cosa, sino que ese clérigo redomado quiere ganar tiempo.

—Sin embargo, señor, hay grandes nuevas.

—¡Cómo!

—Anoche en las ruinas de la Abadía de Juan-sin-alma, se reunieron los hermanos del Cristo de las Tinieblas.

—¡Los hermanos del Cristo de las Tinieblas! ¿y quién es esa gente, á la que no podemos encontrar?

—Entre ellos se encontraba el marqués de Villena, el príncipe don Enrique y el conde de Paredes.

—¡Ah, el buen don Rodrigo Manrique! ¡el buen caballero que se ha obstinado en alcanzar el gran maestrazgo de Santiago haciendo protestar á los Trece de la orden de mi eleccion! ¡ah! ¡ah!

—Pero el príncipe don Enrique, ha ofendido en una muger, á un hombre con cuyo poder contaban para dar el golpe, y la conspiracion se ha deshecho por sí misma.

—¿Y qué hombre es ese?

—El bandido Jimeno Nuñez.

—¡Cómo! ¿ese famoso montero del Abrojo?

—Sí señor.

—¿Y por quién sabes eso, Rivadeneira?

—Por la escelente señora doña Mencía de Padilla.

—¡Oh! ¡oh! anda en esto esa muger... esa muger que es mi enemiga... pues andemos despacio, Rivadeneira: cada

dia se va haciendo mas tenebrosa la trama y empiezo á ver claro. ¿Y quiénes eran los que estaban en esa junta?

—Hé aqui la lista, señor.

—Me sirve demasiado bien doña Mencía, y por instigacion propia, para que yo no desconfie. ¡Diablo! ¡los primeros nombres de los reveldes..! bien, muy bien, Rivadeneira, velaremos, estaremos alerta.

—Además, el capitan Hernando de Carrillo, y don Aleluya han estado fuera de Valladolid esta noche, y esta mañana se ha hablado en el alcázar de un matrimonio contraido por un don Rodrigo de Sandoval, señor de Santa-cruz en Sicilia, con una dama á quien nadie conoce: con una doña Teresa Garcés.

—Pues bien, busca, averigua. ¿Y la dama es hermosa?

—Dicen que es un prodigio. Ademas, si se ha hablado de esto en el alcázar, es porque habiendo sido nombrada esa dama por el príncipe camarera de doña Blanca, va á ser hoy mismo presentada á la corte.

—¡Oh! ¡oh! una aventurera á quien á quien na.... na.... die... co... co... no... ce... va á ser... va á ser.... pre... pre.... sentada..!

El condestable que era generalmente reposado en el hablar, tartamudeaba cuando se despertaba su cólera, ó cuando preguntado de improviso por un asunto dificil y de una manera insidiosa, necesitaba ganar tiempo para pensar la contestacion y no ser sorprendido: algunas veces por esta razon su tartamudo era horrible.

En la ocasion presente le hacia tartamudear la cólera, porque andando en la presentacion de una muger hermosa el príncipe don Enrique, su enemigo encarnizado por la privanza de don Juan Pacheco, veia en aquella presentacion un nuevo ataque.

—¿Con que es muy hermosa esa muger? dijo dominándose, y lentamente. ¡Oh! ¡oh! será necesario conocerla. Dí á mi ayuda de cámara Sebastian que entre á vestirme.

Rivadeneira salió.

El condestable vió á Jimeno ocupado y distraido con un enorme infolio.

—¡Bien, bien! dijo el condestable: estamos hoy de presentaciones: mis enemigos pensaban asirse de las buenas lanzas de ese bravo mozo y han tenido la alta sabiduría de hacérsele enemigo; ellos traen á la corte para ponerla enfrente del rey... si... sin duda... para contrapesar la influencia de su prometida la infanta doña Isabel de Portugal, una aventurera hermosísima. Bien, muy bien, yo os presentaré lanzas y mas lanzas: esa hermosa y juvenil cabeza (añadió mirando con satisfaccion á Jimeno) vale por ciento de vuestras testarudas cabezas de rebelde. Pues bien, le presentaremos á la corte; vosotros la habeis hecho camarera de la princesa: yo le hago ballestero mayor... ¡Pero qué innoble lucha! es necesario concluir de una vez... ¡cortar una docena de cabezas... y nada mas! ¿Qué leeis, don Juan? añadió acercándose á Jimeno.

—Leo, señor condestable, el arte de criar y adiestrar aves de cetrería, del señor rey don Jaime de Aragon.

—¡Ah! ¡ah! ¡cuán bien se conoce vuestra aficion á la caza!.. pero creo que vos no necesitais que os enseñen.

—Segun y como sea la caza, señor.

—Paréceme que nos comprendemos, don Juan.

—Pues os juro que no comprendo ahora, señor condestable.

—Si se tratase de rebeldes... de enemigos que siéndolo mios lo son de mis amigos.

—En ese caso, y habiendo razon para ellos, les daria alcance en el campo una vez levantada la pieza.

—¿Y con cuántos sabuesos contais, don Juan?

—Por ahora con ninguno, señor.

—¡Cómo! ¿pues y vuestras tremendas compañías negras?

—Esas gentes antes que á mí obedecen á otro.

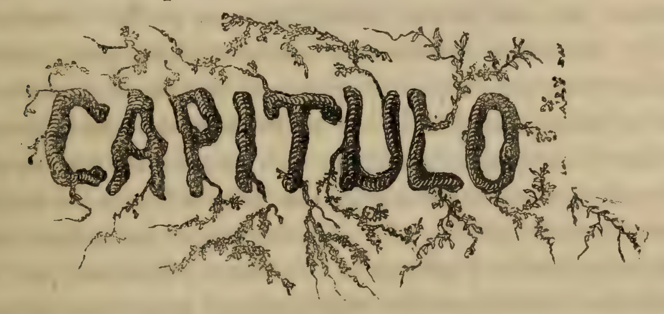
—¿Y quién es ese otro?

—Un antiguo escudero de los Villafranca, que jamás cree-

rá que fué ahorcado por fatalidad y con visos de justicia uno de esos señores.

—Bien, muy bien, no importa: me basta con vuestra amistad, dijo el condestable despues de haber meditado un momento. Ahora tened la bondad de esperarme: voy á mudar de vestidos y cuento con vos para que me acompañeis al alcázar.

Dicho esto, don Alvaro de Luna salió de la cámara, y Jimeno quedó solo afectando distraccion con el arte de cetrería del rey don Jaime, por temor de ser observado tras alguno de los tapices de la cámara.



XVIII.

De como don Rodrigo quiso ser marido de su muger con otros particulares.

Volvamos un tanto atras al momento en que Teresa y su esposo improvisado entraron en su casa de la calle del Conde.

Era uno de esos casarones antiguos que aun se ven en Valladolid, macizas y sombrías construcciones de piedra, por las cuales pasa el tiempo como sobre una roca, sin dejar las huellas de su paso de otro modo que imprimiéndoles ese color monumental que representó en los edificios la vejez como las canas la representa en el hombre.

Es un axioma en pintura que el tiempo acaba la obra del pintor, pintando á su vez el cuadro, y dándole una entona-

cion indeleble, permanente regida, del mismo modo el arquitecto hace el edificio y el tiempo el monumento.

La casa que doña Mencía habia procurado á los esposos, era uno de los edificios mas venerables de Valladolid: recordaba en sus cimientos á los romanos, en sus muros á los godos, en sus ventanas y sus puertas á los árabes, y por último la edad media le habia dado sus prominentes aleros de pino, su cubierta de pizarras, sus techos labrados y escultados, sus tapicerias de cuero y seda y sus pavimentos de mármol blanco y negro.

En el estenso solar en que solo se habia construido habitacion para una familia noble, hubieran podido construirse hoy doscientas habitaciones mas completas para familias nobles y pleveyas : aquella, era una habitacion de gigantes; la que se hubiera construido hoy no hubiera sido una colmena.

Don Rodrigo prentendió en vano sorprender una mirada, una esclamacion, un ademan de asombro en Teresa á la vista de la servidumbre que les salió al encuentro, de las anchas escaleras alfombradas y adornadas con flores; y á su paso por habitaciones magníficamente amuebladas, y esto causó un verdadero asombro á don Rodrigo, porque no comprenden que el orgullo se satisface y no se admira, y que Teresa era eminentemente orgullosa.

Pero cuando creció doblemente el asombro del aventurero , fué cuando dirigiéndose Teresa á una de las doncellas que la rodeaban, la mandó que la llevase á su aposento, despues de lo cual dió á su esposo de la manera mas natural del mundo, las buenas noches.

Don Rodrigo no se atrevió á seguir á Teresa, porque no sabia hasta qué punto podia estar la jóven iniciada en las condiciones de su casamiento : era un hombre que se vendia y que no tenia absolutamente derecho á otra cosa que aquella que quisiesen concederle.

No tuvo, pues, otro arbitrio que resignarse á la situacion y mandar á un page que le condujese á su aposento.

En tanto Teresa, habia llegado al suyo, y la doncella que

la acompañaba, contemplaba con admiracion su hermosura y las ricas joyas que la engalanaban, y que producian un enérgico y disonante contraste con su sencillo trage de linó, y su ya ajada y marchita corona de rosas blancas.

Teresa se sentó fatigada, pero á pesar de no ser dama mas que una hora antes, no cometió la torpeza de mandar sentar á la doncella, que esceptuando las joyas, estaba incomparablemente mejor ataviada que Teresa. La doncella, sin embargo, no se atrevió á aventurar deducciones por el trage, puesto que habia sido enviada á aquella casa por una dama en cuya conducta habia muchos misterios.

Aquella dama era doña Mencía de Padilla.

En cuanto á la doncella, se llamaba Angélica.

Y en verdad que le convenia el nombre, porque con su juventud, sus rubios cabellos ensortijados, sus ojos rientes, sus megillas blandamente gruesas y sonrosados, su diminuta nariz, su boca purpúrea, y los oyitos de su barba y de sus megillas parecia uno de esos lindos querubines de retablo que nos hacen comprender la voluptuosidad y la malicia del escultor; y decimos malicia, porque en aquellos bonitos y brillantes ojos negros, habia una espresion tal de travesura, un tan marcado fondo de inteligencia y observacion, que era necesario pensar en la intriga y en la intriga diabólica, al ver su semblante.

—¿Se desnuda vuestra señoría? dijo al fin la doncella.

—No; mas bien me desnudaré yó.

—Como gusteis, señora.

—Dejadme sola. ¡Ah! esperad: tened preparadas las ropas que he de vestirme mañana.

—Muy bien, señora.

—¿Dormís sin duda junto á mí?

—Si señora, dos habitaciones mas allá; pero si me necesitais, podreis tirar del cordon que está junto á vuestro lecho.

—Bien: mañana despertadme temprano.

—Es ya cerca del amanecer, señora.

—Pues bien, despertadme á las ocho.

—Muy bien.
—Id con Dios.
—El dé muy buen sueño á vuestra señoría.
La doncella salió mortificada por el continente severo y el acento seco de Teresa. En cuanto á esta se quedó murmurando para sí.
—Sin duda me han puesto esta muchacha al lado para que me observe: tiene cara de espía: pues bien: el que sabe callar, sabe cuanto necesita saber: indudablemente yo no puedo alternar ahora con esas damas de la corte... pues bien, callaré y aprenderé... y despues, ¡oh! despues ya veremos.
Despues de este pensamiento consagrado á su nueva posicion, Teresa volvió naturalmente á sus recuerdos: el de Jimeno era demasiado reciente para que no fuese el primero que brotó en su imaginacion; recordóle hermoso, galan, valiente, enamorado... y sin poderse dar razon de lo que sentia por él, sus ojos se arrasaron de lágrimas: pero recordó su traje de montero, su oscuro nombre, su vida de fatigas y de azares, y un secreto impulso, el sentimiento íntimo del orgullo le separaba de él: pero sin embargo, aquel mismo sentimiento le hacia volver á recaer en su recuerdo: presentábase incesantemente á su memoria, Elvira, hermosa, dulce, suspirante, reclinada en sus brazos dejándose arrastrar en la danza por él, que la contemplaba estasiado: recordaba que habia sido arrojada por tierra con el príncipe por aquella pareja que parecia tan feliz y tan contenta de sí misma, y luego la veia alejarse, perderse. Teresa sentia dolor, rabia, celos, porque á pesar de todo, aunque menos que á su vanidad, amaba á Jimeno: aquel pensamiento tenaz, acaso por desarrollar enteramente en su corazon un profundo odio hácia Elvira, odio que acrecia cuando se ponia á considerar el sacrificio que la costaba el salir de la pobre barraca de Garcés, el poseer joyas, ricos trajes, tener una hermosa casa, una numerosa servidumbre y poder pasar en la corte entre las mas altivas damas.

Teresa creia que la bastaba con su hermosura, con su juventud, con su altivez y con el oropel que la habian procurado, para ser respetada, para poder dominar, para ser la estrella mas brillante de la pleyada cortesana: no sabia que la altivez de raza, el orgullo gerárquico, no olvida jamás el origen, no ya de la persona sino de su cuarto abuelo, y que por mas que se cubriese de oro, por mas que brillase su hermosura, no podria evitar el que una hidalga de solar antiguo, aunque fuese pobre y fea, esclamase al encontrarla á su paso:

—¡Hé aqui una prostituta á quien se viste y se alimenta bien para dar realce á su hermosura!

Y esto aunque fuese mas casta que Susana, y mas digna que Lucrecia.

La vanidad es una de las pasiones mas fatales, y que con mayor facilidad dan de través con el hombre, haciéndole cometer desaciertos irremediables, y Teresa era toda vanidad.

Cuando mas absorta estaba en el revuelto caos de mil pensamientos contradictorios, vino á sacarla de ellos dos golpes recatados que dieron á la puerta y una voz dulce que dijo tras ella:

—¿Os habeis encerrado, señora, para defenderos de vuestro esposo?

Teresa no creyó decente contestar con un silencio de desprecio al hombre con quien de buen grado acababa de casarse y se levantó y fué á la puerta.

—Perdonadme, don Rodrigo, le dijo: pero las circunstancias en que nos hemos conocido me impiden trataros con mas confianza.

—Sin embargo, señora, no sabemos lo que se piensa hacer de nosotros, dijo don Rodrigo, y bueno será que podamos entendernos y ampararnos.

—¿Y creeis que no trendremos tiempo, señor?

—Creo que por un milagro se nos ha dejado solos, y aun asi creo que se nos tendrán puestas escuchas. Abridme, pues, señora y entendámonos.

Habia tal frialdad de razon en el acento de don Rodrigo, que Teresa, aunque con repugnancia, abrió la puerta.

Don Rodrigo entró, la tomó una mano y se la besó con respeto.

—Sentémonos señora en el lugar mas retirado de las puertas, y hablemos tan bajo que sea imposible oirnos.

Y la llevó á un sofá, situado en el fondo del dormitorio.

—¡Qué hermosa! ¡qué hermosa sois, Teresa! la dijo don Rodrigo juntando las manos y mirándola con un apasionado asombro.

Teresa hizo su mohin de desden habitual.

—Sí, sí, ya sé, dijo el aventurero, que no os habeis casado conmigo, sino con mi nombre: sí, y si las rentas y los estados que acompañaban antes á este malhadado nombre no estuviesen en poder de usureros judíos, yo os hablaria de otro modo Teresa: ¿pero qué pensais que soy yo ahora?

—¿Qué no sois el rico, noble y poderoso señor don Rodrigo de Sandoval?

—¡Ya se ve! vos, pobre niña, criada en el campo, no habeis podido sospechar que el haber situado mis fingidos estados en Sicilia, no era por otra cosa que por evitar que al verme en la corte se dijese: ¿de dónde saca ese hombre su ostentacion? ¿cómo mantiene su casa, sus lacayos, sus caballerizas?

—Pues, y entonces ¿de quién es esto? dijo anhelante Teresa.

—Esta es una casa que me presta doña Mencía de Padilla: este vestido que llevo lo ha comprado ella, como ha comprado las joyas que os engalanan: el oro con que pagué ayer mi servidumbre me lo dió ella: todo, todo es de ella; ¿y sabeis por qué nos ha comprado á tan alto precio?

—¡Comprado! esclamó Teresa.

—¡Comprado, sí! esa, aunque sea dura de pronunciar, es la espresion. Pues bien, se nos ha comprado para hacer con vos la guerra al condestable.

—Conmigo: ¿y qué poder puedo tener yo?

—Aislada, sin ayuda, ninguno. Pero bajo el arrimo de doña Mencía de Padilla, introducida en la corte como dama de doña Blanca de Navarra, mucho.

—Pero esplicaos por Dios.

—Voy á esplicarme. El condestable está ahora muy ase-



gurado, dispone como en sus mejores tiempos del gobierno del reino, y va á casar al rey con la infanta doña Isabel de Portugal, hija del infante don Juan y sobrina del rey don Alonso. Esta boda asegurará el poder al condestable. Una vez asegurado el condestable, que es enemigo á muerte del príncipe don Enrique, procurará si tiene hijos de la infanta doña Isabel, que sea escluido por sus escesos de la sucesion el príncipe don Enrique, y declarado su sucesor en su lugar un hijo de la portuguesa. ¿Me comprendeis?

—Os confieso que comprendo muy mal estas cosas.

—Me esplicaré en dos palabras. Se teme que el rey, que es muy enamorado, ame ciegamente á la infanta doña Isabel de Portugal, que es muy hermosa, y para que esto no suceda, se procura que se enamore antes de otra muger mas hermosa. Y esa muger sois vos, Teresa.

—¡Yo! ¡que se ha pensado en mí para...!

—Para que seais manceba del rey, y le fascineis evitando que otra le fascine.

—Pues se engañan, don Rodrigo, se engañan, esclamó Teresa: del mismo modo que os habeis engañado vos.

—Yo no me he engañado: cuando me propusieron vender mi nombre, acepté porque no me quedaba otro arbitrio para vivir que hacerme bandido, lo que si no era mas deshonroso, era mas espuesto; pero cuando os vi, cuando os hable en la ermita, vi que si vos llegabais á amarme, podriamos ser mucho.

—¿Y qué podriamos ser?

—¿De quién creeis que sois hija, Teresa? dijo don Rodrigo.

—¿De quién? ¿de quién he de serlo sino de Alvar Garcés? dijo Teresa contestando con la mas natural estrañeza.

—¿Es decir que nada sabeis?

—¿Y qué he de saber, don Rodrigo?

—Que no sois hija de Garcés ni de Inés.

Aquella revelacion hecha con el mayor aplomo aterró á Teresa.

—¿Pues de quién soy hija?... decid... ¿quién os ha revelado eso?

—Eso nos lo revelará Garcés...

—¿Pues quién os ha dicho?...

—Os juro que no me engaño... no podeis serlo, no: una dama como vos... es decir, quien como vos posee una hermosura tan noble y tan delicada, no es hija de dos rústicos labriegos.

—¿Y os fundais en eso?

—Tengo pruebas positivas. Y para que os convenzais

¿no teneis un lunar negro sobre el hombro derecho?

Teresa miró con asombro á don Rodrigo.

—Ya veis: Yo no he visto esa señal.

—Nadie la ha visto tampoco, esclamó Teresa.

—Asi, pues, solo vuestra madre, vuestra madre que os ha conocido.

—¿Y quién es mi madre, caballero?

—Vuestra madre... vuestra madre os ha hecho desmayar esta noche de terror.

—¡La ermitaña de Nuestra Señora de Pero Alarcon!

—Sí... iremos á verla... y ya veis... puede acontecer... ello es necesario que tomemos una determinacion pronta.

—¿Y cuál? don Rodrigo.

—¡Cuál! huir de aqui con las joyas que se os han dado, con el oro que he recibido.

—¡Un robo!...

—No; á un engaño, un engaño mayor.

—¿Pero, para qué es necesario huir?

—Para evitar que seais manceba del rey.

—No lo seré.

—Entonces doña Mencía nos desnudará con la misma facilidad con que nos ha vestido.

—Yo os juro que doña Mencía nos cubrirá de oro y nos ayudará.

—Creo que os engañais.

—Vos teneis vuestra esperiencia del mundo, y yo mi poder de muger.

—¡Ah! pero... no me amareis.

—Lo creo dificil, don Rodrigo.

—¿Por qué?

—Ayer estaba ciega y hoy he empezado á ver.

—¿Es decir que sereis una cortesana?

—No lo seré por respeto á mí misma, no por respeto á vos, que al casaros conmigo habiais consentido en todo.

—No os conocia.

—Y ahora que creeis conocerme...

—Ahora que os conozco...

—Tal vez os engañeis.

—Os amo, Teresa; os amo con toda mi alma.

—¿Y me amais por mí misma, dijo con intencion Teresa?

—¿Y por qué habia de amaros?

—Me parece que me habeis dicho que Alvar Garcés no es mi padre... y que como prueba, habeis alegado que tengo un lunar negro en un hombro.

—Es verdad.

—¿Y consiste en eso el que vos me ameis?...

—¡Señora...!

—En ese caso mis padres deben ser nobles y ricos... porque vos, don Rodrigo, no amais otra cosa que el oro.

—Antes de casarnos os dije que os amaba.

—Pero cometísteis la imprudencia de decirme que me veiais por primera vez.

—A pesar de eso me asegurásteis que os casariais conmigo sin repugnancia.

—Yo creia que erais un noble y poderoso señor... y á haber sido esto cierto, era necesario creer que solamente el amor podia arrastraros á contraer matrimonio con una pobre villana como yo.

—Vos sois un misterio, señora: vos sabeis de vos misma sin duda mas de lo que decis: una villana, ya os lo he dicho y os lo repito, señora, no tiene vuestro aspecto, no tiene vuestra dignidad, no habla como vos.

—Ya os he dicho que Jimeno en seis años de amores, me ha enseñado á ser dama: ya os he dicho que esto le ha perjudicado haciendo que yo mire á mas altura que la que él me podia ofrecer... y en esto mismo he encontrado mi castigo, porque me he engañado... me he casado con vos, que sois un aventurero, un hombre sin fé, un hombre que se ha vendido infamemente.

—¡Señora!...

—Jimeno jamás hubiera hecho lo que habeis hecho vos.

—¿Olvidais que sea como fuere, sois mi muger?

—Lo que no olvido es que yo soy la causa de que vos supongais algo en la corte, y que por lo mismo, no solo sois esclavo de los que os han comprado vuestro nombre, sino tambien esclavo mio.

—No me conoceis, señora, esclamó don Rodrigo con acento de amenaza.

—Me basta con conocerme á mí misma. Estad seguro de que jamás seré vuestra muger, de que obraré libremente segun mi voluntad, y de que, si no doy escándalos, no será ciertamente por vos, sino por mí misma.

—¿Es decir que me retais?

—No os reto: os aviso de que nada alcanzareis de mí por el terror... porque... no me conoceis... os lo repito... soy mas valiente que vos.

—¿Y no os aterra el tenerme por enemigo?

—No, porque sin contar con el valor de que ya os he hablado, cuento con el amparo de las personas que os han comprado para mí.

Don Rodrigo varió de ataque.

—¿Y nada os interesa conocer á vuestros padres?

—¡Interesarme! ¡sí! pero de esto me informará Alvar Garcés.

—¿Es decir que yo no soy para vos?...

—Para mí no sois otra cosa que un hombre que me presentará en la corte y me llevará á todas partes diciendo: esta es mi esposa.

—Ved no os pese Teresa, el haberos puesto en lucha tan abiertamente conmigo.

—Vos acabais de decir la palabra precisa... estamos en lucha: por lo tanto uno de los dos ha de vencer y otro ha de ser vencido: si venceis, usad de vuestro triunfo, no os pediré gracia.

—¿Y es esa vuestra resolucion irrevocable.

—Irrevocable, don Rodrigo.

—Bien, muy bien señora: luchemos pues; en cuanto á

mí estoy dispuesto á acompañaros á la corte... á presentaros... pero ved, ya es de dia: recojeos y procurad descansar algo, es necesario que os presenteis en la corte con todo el esplendor de vuestra hermosura para que me tengan envidia los mas afortunados.

Y sin decir mas, saludando con una amarga ironía á la jóven, salió.

Apenas estuvo fuera, el valor de Teresa se desplomó. Hasta entonces habia estado sostenida por su orgullo, pero cuando se creyó sin testigos, se abandonó á la situacion difícil y romancesca en que se encontraba. Su vanidad habia sufrido un castigo inmediato, habia dado un paso del cual no podia volver atras, y tal vez en aquel momento su suerte cambiaba, dejando de aparecer como hija de Alvar Garcés; ¿no la habia dicho don Rodrigo que tenia un lunar negro sobre el hombro derecho? ¿y no era esto verdad? ella estaba segura de que nadie habia visto aquella señal marcada en su hombro por la mano de Dios. ¿Quién se lo habia revelado á don Rodrigo? ¿La ermitaña de Nuestra Señora de Pero Alarcon? Ella recordaba haber oido relatar á Garcés estraños y misteriosas consejas acerca de aquella muger: recordaba haber oido decir en alguna ocasion, que era una ilustre dama á quien el arrepentimiento habia llevado á la penitencia. ¡Y don Rodrigo afirmaba que aquella muger era su madre!

Teresa en vez de acostarse, se puso á pasear impaciente por la cámara: el dia empezaba á lucir, y su impaciencia anhelaba que aquel dia adelantase, que llegase la hora de la presentacion, y que, terminada esta, la dejaran libre para correr á la cabaña de Garcés y desde allí á la ermita. La imaginacion de Teresa era un caos revuelto, en que se hallaban alternativamente Jimeno, el príncipe, el rey, doña Mencía, don Rodrigo, y sobre todo aquella muger loca que se la habia puesto delante en la ermita y la habia hecho desmayar.

Embebida en estos pensamientos, Teresa no oyó que

se abria una puerta, ni vió una muger que levantando un tapiz entraba por ella.

Aquella muger era doña Mencía de Padilla.

Adelantó y se detuvo delante de la jóven. Solo entonces Teresa reparó en ella y retrocedió, pero al reconocerla se acercó y la tendió la mano.

—Acabais de tener una esplicacion desagradable con vuestro esposo, amiga mia, ¿no es cierto?

—Sí, si señora; demasiado cierto por desgracia... ¿habeis oido...?

—Me intereso por vos mas de lo que pensais.

—¡Ah, ¡señora! creo que sin quererlo me habeis hecho infeliz!

—¡Qué os hecho infeliz! ¿pues no era uno de vuestros mas ardientes deseos entrar en la corte?

—Pero he entrado en ella, señora, por la puerta falsa.

Doña Mencía miró con intencion á Teresa. Parecióle que no era la misma jóven de quien la habian hablado como de una ambicion dispuesta á todo, y que ella misma habia creido al verla á propósito para servir como una rueda utilísima en la máquina de sus intrigas. Habia adivinado con su perspicaz talento y su instinto de muger, que tenia ante sí un enemigo digno al que seria dificil vencer.

—Que habeis entrado en la corte por la puerta falsa, decís.

—Sí, si señora... y no diré que se me ha engañado... pero sí que me he engañado yo misma.

—Y... ¿estais pesarosa?

—No... no me arrepiento jamás de lo que hago, pero procuro remediarlo.

—¿Y cómo lo remediareis?

—Amparándome de vos.

Doña Mencía notó que no habia adulacion en las palabras de la jóven, sino una profunda conviccion de que no podria salir avante de su empeño sino apoyándose en un fuerte arrimo.

—¡Ah! ¡os quereis amparar de mí!

—Creo, señora, que podeis mucho en la corte: creo ademas que sois noble y generosa, y que solo grandes miras han podido aconsejaros que arranqueis de su hogar á una pobre doncella que...

—Que estaba á punto de perderse...

—Vos no me conociais, señora... es verdad que obedeciendo á una voz secreta que me decia que yo no habia nacido para ser una labriega, me halagaba el verme enamorar por un poderoso caballero: pero os juro que si siempre me hubiera casado sin amor con un hombre que me pudiera haber arrancado de la pobreza y de la oscuridad, como me he casado engañada con don Rodrigo de Sandoval, jamás hubiera sido la manceba, ni aun del mismo rey.

—¿Hablas con sinceridad, Teresa? dijo doña Mencía en cuyos ojos brilló un relámpago de gozo.

—Os hablo con el corazon en la mano.

—¿No consentiriais en ser la querida del rey?

—¡Jamás!

—¿Y si le amarais?

—No puedo amarle.

—¡Que no podeis amarle! cuidad de lo que decís. Don Juan el Segundo, aunque ya cuenta cuarenta años, es enamorado, ama con todo su corazon, para algunas mugeres puede pasar por hermoso... y al fin es rey.

—Pues os juro que don Juan el Segundo alcanzará tanto en mí como el hombre con quien acabais de casarme.

—¿Estais acaso enamorada?

—¿Que si estoy enamorada?.. ¡enamorada! ¿y de quién?.. no, yo no amo... y si amo, mi amor es profundo, imposible.

—¡Imposible!

—Sí, porque he ofendido al hombre de mi amor.

—Bien, Teresa, bien: todo lo he oido tras aquella puerta.

—Es decir que sois mi señora.

—No, Teresa, no; soy vuestra amiga... lo sois mas desde el momento en que he llegado á comprender la fuerza

de vuestro corazon. Es verdad que he pensado en valerme de vos, pero fué creyendo que érais lo que verdaderamente sois... una muger altiva que lo sacrifica todo á su orgullo, menos su honra.

—Y ya que os llamais mi amiga, ¿podré saber, señora, para qué habeis creido que yo os puedo servir?

—Os lo diré: es necesario dar en tierra con un hombre poderoso.

—¿Y quién es ese hombre?

—Ese hombre es el verdadero rey de Castilla.

—¡Cómo! ¿en Castilla hay dos reyes?

—No hay mas que uno, y ese rey es don Alvaro de Luna.

—¡Ah!

—Sois hermosa, muy hermosa, Teresa.

—Señora... vuestra bondad...

—Sois ademas entendida y ambiciosa.

—¿Y qué quereis de mí?

—No quiero que os deshonreis, pero sin deshonraros...

—¿Qué puedo hacer?

—¡Mucho!

—¡Ah! ¡puedo hacer mucho!

—¡Sí! podeis hacer que el rey y don Alvaro se aborrezcan de muerte.

—¿Y cómo, señora?

—Dando ocasion para que los dos os enamoren.

—Me pedís un sacrificio terrible.

—No por cierto... mirad, yo paso por honrada entre las honradas, y sin embargo...

—Os ama el rey... os ama el condestable...

—Si no me aman es porque yo no quiero que me amen; pero sin faltarse á sí misma una muger, sin dar motivo á que murmuren de ella, tiene á su alcance mil medios para enloquecer á un hombre. Para con el rey os bastará poco: en cuanto al condestable no será necesario mas sino que le mireis con una entera indiferencia: en este punto el condestable es una muger: su orgullo se irrita de no causar sen-

sacion, cuando, respecto á amor está demasiado acostumbrado á ser la antorcha que luce en la corte, á ver inclinarse todas las frentes ante él, que de seguro le irritará el que vos le mireis con indiferencia: esto le hará reparar profundamente en vos, y estoy segura de que si recae mucho en ello su pensamiento, se enamorará: hombre enamorado es hombre al agua.

—Pero el condestable es poderoso, y un empeño por su parte...

—El condestable ante todo es caballero, y jamás abusará de su poder con una dama.

—Pero la murmuracion de la corte...

—La corte dirá viéndoos resistir á un tiempo el amor de dos reyes, y acaso el de un príncipe, que sois la muger mas honrada del mundo, y verdaderamente tendrá razon si los resistís.

—Pues bien, señora, los resistiré.

—Pero provocadlos al mismo tiempo con esos mil medios que están al alcance de una muger hermosa.

—Los provocaré.

—Pues bien, yo en cambio os buscaré vuestros padres.

—¡Ah! señora...

—Os aseguraré una posicion independiente en la corte.

—Sois muy generosa conmigo.

—No tanto como creeis, Teresa, puesto que en cambio de ello os pido ayuda... me valgo de vos como de un arma. He sido franca con vos, y espero qne correspondereis noblemente á mi confianza.

—Os lo debo todo, puesto que me pedís lo mismo que yo hubiera hecho estando en posicion, sin pensarlo arrastrada por mi carácter.

—¡Oh! no me habia engañado, dijo para sí doña Mencia, esta es la muger que me conviene.

Y luego besando á Teresa en la frente, añadió en voz alta:

—Mirad, ya ilumina el sol los vidrios de colores de vuestra ventana: estais bellamente pálida, y esa palidez se creerá

resultado de una noche de felicidad... esto os hará mas interesante.

Teresa se ruborizó densamente, y doña Mencía aspiró con delicia aquel delicado pudor que le demostraba que si Teresa vendia su corazon á la ambicion, no la venderia su honra: tenia en ella una muger incitante y de espíritu fuerte, y esto era mas de lo que necesitaba.

—Os dejo, amiga mia, dijo besándola de nuevo: llamad á vuestras doncellas y haceos ataviar noblemente: es necesario que deslumbreis á la corte: á Dios, yo volveré para llevaros al alcázar á tiempo que el rey salga de misa.

—No olvidaré nunca vuestras mercedes, señora.

Doña Mencía salió por la misma puerta por donde habia entrado. Cuando pasó algun tiempo despues de su salida, Teresa entró por aquella misma puerta en una habitacion que aun no habia visto.

Era un lindo retrete destinado á tocador: frente á la puerta habia una mesa de piedra montada en bronce dorado con cinceladuras góticas: un enorme espejo de brillantísimo acero se apoyaba en la mesa, y sobre su bruñida superficie, se veian botes de plata, llenos de bálsamos y aguas olorosas: entre ellos estaba un cofrecillo de terciopelo puesta en la cerradura una llave de oro, y en un repostero junto á la mesa se veian algunos espléndidos trages de seda y de brocados Una gran ventana ogiva con vidrios de colores en que estaban pintadas escenas de la historia antigua, daba paso á lo. rayos del sol, que colorándose en los vidrios y en el tapiz de seda carmesí estendido delante de la ventana, bañaba el retrete en una luz lánguida, ardiente, que arrancaba fantásticos cambiantes de los dorados del techo de ensambladura, de los muebles, del espejo, de la mesa, y proyectaba caprichosos reflejos en la rica y muelle alfombra que cubria el pavimento.

Pero entre todas estas bellezas, Teresa no encontró lo que buscaba: esto es, la puerta por donde debia haber salido doña Mencía de Padilla.

No habia absolutamente mas vanos en aquel retrete que la puerta de entrada y la ventana. Esto preocupó á Teresa haciéndola concebir estraños y supersticiosos pensamientos: segun ella, doña Mencía no podia haber salido por la ventana ó á través de las paredes, y cualquiera de estas dos cosas era terrible. Jimeno no la habia dicho, que en las casas grandes de aquellos tiempos, ya fuese por el recelo de los maridos, por la liviandad de las mugeres, ó bien por el temor de los rebeldes nobles de aquel tiempo, existian siempre salidas ocultas que comunicaban con alguna mina, y por las cuales se entraba y se salia sin ser sentidos: Teresa encontró mas á mano la brujería y las artes diabólicas para esplicarse la estrema desaparicion de doña Mencía, y esta idea la hizo pensar de una manera aterradora en el poder de aquella dama, que sin duda ninguna segun su solucion, debia ser bruja ó tener pacto con el diablo.

Esto, trivial al parecer, influyó de una manera decisiva en el alma de Teresa, para la cual empezó á ser doña Mencía un objeto terrible.

Su mismo miedo la hizo decidirse á obedecerla, y como por otra parte lo que le pedia doña Mencía no habia llegado al estremo á que podia haber llegado, se apresuró á poner por obra sus deseos, y llamó á las doncellas.

Estas se presentaron inmediatamente y se apoderaron de Teresa, llenándola de aduladores elogios por su belleza: ponderaron lo rico y sedoso de su cabellera, lo blanco de su tez, lo magnífico de sus bellezas: entrelazaron aquellos cabellos con perlas y piedras preciosas, los saturaron de fragante bálsamo, y al fin la vistieron una espléndida túnica de brocado de oro en verde, que Teresa eligió con un esquisito gusto entre otras que le presentaron; pusiéronle sobre la frente una diadema de rica-hembra, un velo de seda y plata pendiente de ella, y ciñeron á su cuello el magnífico collar de perlas que la noche antes habia llevado en la fiesta de las espigadoras.

Cuando Teresa, ya completamente ataviada, se miró en



D. Juan II.
lám. 7.ª

el espejo, no se conoció: su hermosura habia acrecido entre aquel marco de sedas, de oro, de diamantes; su sangre ardió en su corazon, y ansió verse ya en la corte causando la envidia de las mas hermosas.

Eran ya las ocho de la mañana, y un maestresala anunció que el señor esperaba para almorzar con la señora.

Al salir de la cámara, Teresa encontró dos pages que se apoderaron de la cola de su vestido que hasta alli habian llevado las doncellas. Nada habia olvidado doña Mencía: aquello era magnífico: era el boato completo de una poderosa rica-hembra.

Un maestresala la precedió, y acompañada de sus doncellas y de sus dueñas, llegó á otra magnífica habitacion, á cuya puerta la salió al encuentro don Rodrigo que estaba tan deslumbrantemente ataviado como ella.

Don Rodrigo la recibió ni mas ni menos que como un recien casado á quien hace feliz su muger, y la condujo á una mesa perfectamente servida, en la que les esperaba un escelente almuerzo. Empezaba la farsa.

Teresa se sentó en un alto sillon, y á su izquierda don Rodrigo. La jóven comió muy poco y necesitó esforzarse mucho para no aparecer indiferente en presencia de la servidumbre á don Rodrigo. La parecia ver en cada uno de aquellos criados un espia, en particular la doncella Angélica no quitaba de ella sus negros y relucientes ojos.

Concluyóse el almuerzo, ofrecieron agua de rosa dos pages en aguamaniles de plata á los dos esposos, despues de lo cual, un maestresala anunció que quedaba esperando en la cámara de recibo á sus señorías, la muy noble señora su madrina doña Mencía de Padilla, acompañada de su esposo el señor Hernando de Carrillo.

Don Rodrigo y Teresa se encaminaron allá, y encontraron en efecto al capitan del rey y á su esposa que les salieron cortesmente al encuentro.

Allí siguió la farsa, hablóse algun tiempo de una manera tal como si ninguna de aquellas cuatro personas conocie-

se la posicion respectiva en que se encontraban: al fin Hernando de Carrillo, que era entre todos el mas rudo y el mas impaciente, dijo:

—Paréceme, hermosísima doña Teresa, amada doña Mencía, que el señor arcediano Pero de Albarracin debe estar un tanto impaciente en Nuestra Señora de la Antigua; como que á las ocho debia ser la misa de velaciones, y ya son las nueve, segun acaba de cantarlo el reloj del alcázar.

—Mi marido ha sido siempre muy buen cristiano, dijo doña Mencía, y como que le causa escrúpulo el que os mireis de una manera amorosa sin haberos velado, amigos mios. Ademas tiene razon: la misa y las ceremonias durarán dos horas, y es necesario estar en el alcázar antes de que salga de la misa de al medio dia el rey.

Teresa comprendió que estaba enteramente á la merced de doña Mencía, y asiéndose al brazo que esta la presentaba, salió con ella seguida de don Rodrigo que de igual modo se habia asido al brazo del capitan de la guardia morisca.

—Paréceme que vuestra muger os trata ni mas ni menos que la mia, don Rodrigo, dijo con cierta malignidad Hernando de Carrillo, mientras atravesaban los corredores.

Don Rodrigo que no podia comprender la intencion del capitan porque no sabia las interioridades de aquel matrimonio, se sonrió de una manera ambigüa.

—Pues, insistió Carrillo; creo que nuestras mugeres serán muy amigas y que nosotros seremos los maridos mas felices del mundo.

—Bien puede ser, contestó don Rodrigo: por mi parte, no espero ser muy desventurado.

Habian llegado entretanto al zaguan donde les esperaban dos magníficas literas abiertas, junto á las cuales estaban ocho lacayos brillantemente vestidos, destinados á conducirlos: dos palafreneros tenian del diestro dos caballos, y últimamente se veian cuatro hacaneas destinadas á conducir cuatro doncellas de doña Mencía, y en fin, en la calle, en-

treteniendo la curiosidad de algunos ociosos, se veian cuatro escuderos á caballo, con el blason de doña Mencía de Padilla al pecho; parecia que para nada se contaba con el señor Hernando de Carrillo, y que en todo, hasta en los signos esteriores, representaba la casa su muger.

Doña Mencía y Teresa entraron en las literas, montaron en sus caballos Don Rodrigo y Hernando de Carrillo, las doncellas en sus hacaneas, los pages en sus jacas, y salieron de la casa y adelantaron en la calle, precedidos por dos escuderos y seguidos por otros dos.

—¡Mírala! ¡mírala qué hermosa va! dijo una villana de cierta edad que apoyada en el hombro de un labriego vestido como ella de fiesta estaba arrimada á una de las pilastras del vestíbulo.

—Sí, muy hermosa, dijo preocupado el labriego; pero ni siquiera nos ha mirado, Inés.

—¿Y cómo quereis que nos mire Alvar, yendo rodeada de tanta gente noble?.. Si hubiera ido sola....

—Es que nos ha visto y ha apartado la vista de nosotros, dijo tristemente el labriego: creo que Jimeno ha hecho muy bien en no casarse con ella. No tenemos hija, Inés.

—Pero en cambio será feliz, dijo la anciana enjugándose una lágrima.

—¡Oh! no sé, repuso Alvar notablemente abstraido. Y luego ello era necesario que asi sucediese, al fin no es nuestra hija.

—¿Que no es nuestra hija? ¿y qué hubiera sido de ella si tú no la hubieses sacado de las llamas... si yo no hubiese cuidado de ella?

—Todo eso es cierto, Inés; pero creo que hemos hecho bien en no entrar en su casa.

—Ella irá á la nuestra, dijo Inés, lo espero... ¿y por qué no ha de ir? añadió tirando del brazo á su marido.

—¿A dónde me llevas, Inés, la dijo.

—¿Pues no has oido decir á los criados que su señora va á velarse con su marido á la capilla de Nuestra Señora de la Antigua?

—Sí, ¿pero qué vamos á hacer allí? ¿acaso nos han convidado?

—No, pero nosotros que somos sus padres, aunque ella no sea nuestra hija, debemos ir á bendecirla para que la ampare Dios. Y luego quiero verla... aunque sea de lejos; estará tan hermosa... y la iglesia parecerá un ascua de oro, y habrá tapices y cogines de terciopelo y tocarán el órgano... vamos, vamos, Garcés, es necesario ver eso, y si no ¿para qué nos hemos vestido de fiesta?

—El señor Jimeno ha hecho muy bien el no casarse con Teresa, repitió Garcés, y siguió á Inés maquinalmente á tiempo que la cabalgata desaparecia por el otro estremo de la calle causando la admiracion de los curiosos.



XIX.

De como eran muy amigos el bufon y el médico del rey.

A DÓNDE bueno, señor bachiller? decia un clérigo obeso á un personage alto y magro á quien habia detenido en una de las galerías del alcázar viejo de Valladolid.

—Ni á bueno ni á malo, señor licenciado Astudillo, sino á mi que hacer de todos los dias; voy á ver en qué estado de salud ha despertado su alteza.

—Paréceme, señor Cibdadreal, que su alteza está desde algunos dias fuertemente escitado.

—Su alteza se impacienta... y esto es natural, resultado inmediato de su organizacion, de la cual no falta quien sepa sacar partido.

—¡Ya se ve! ¡se pondera tanto la hermosura de la portuguesa!

—En efecto, el rey me mostró el otro dia su traslado: es una rubia hermosísima, que, si el pintor no ha mentido, me temo mucho que no nos dé que hacer: hay en aquella pura frente, en aquella dulce mirada, una fuerza tal de voluntad, que no será estraño que no se pueda hacer con ella lo que se hace con otros. Ello dirá.

—¿Y cuándo es el matrimonio?

—El rey está enamorado con la vehemencia con que suele impresionarse, y por él ya hubiera sido. Pero ¿qué diablos es esto? ¿ruido de cabalgaduras en el patio? añadió el llamado Cibdadreal, asomándose á una ventana de la galería. ¡Diablo! hé aqui que cuando me preguntabais acerca del matrimonio, se nos viene á las manos una respuesta de carne y hueso.

—¡Cómo!

—Ese hidalgo que desmonta de ese caballo jadeante y cubierto de sudor, que lleva sobre las armas una vesta y en la vesta bordadas cinco gumias, no es otra cosa que un correo de Portugal. Esto me hace sospechar que la infanta está ya en camino.

—¡Oh! ¡oh! pues será necesario aprovechar bien estos dias.

—Aprovecharlos, ¿y para qué?

—Para pensar en lo que se ha de hacer para no verse comprometido.

—¿Qué se ha de hacer? lo que yo haré.

—Vos haceis demasiado tomando el pulso al rey. Sois la vida de su alteza.

—Y vos no haceis menos, siendo confesor de doña Mencía de Padilla: os creo mas seguro que yo.

—¿Sois vosotros tambien conspiradores? mis buenos amigos, dijo una diminuta persona parándose delante de ellos.

—¡Conspiradores! ¡hum! ¡don Aleluya! dijo el clérigo obeso: ¿y por qué hemos de conspirar?

—Vos, señor licenciado, porque no disminuya de volu—

men vuestra barriga, y vos señor bachiller Fernan Gomez, para que os dejen estar quieto: ¿eh? sentiria mucho don Gonzalo el que el dia menos pensado enviasen á doña Mencía, que es vuestro bajel en el revuelto mar de la corte, á buscar consonantes á Ubeda con su tio el marqués de Santillana, y no os agradaria mucho señor bachiller, el tener que concluir lejos del rey vuestro centon epistolario.

—Siempre andais con misterios, don Aleluya.

—¡Misterios, eh! todo consiste en que delante de los niños y de los locos, se habla con menos reserva. ¡Pero se conspira! ¡se conspira! ¡se conspira! por lo que nada tiene de estraño que vosotros conspireis tambien.

—¿Y vos no conspirais?

—¿Y para qué he de conspirar yo? ¿para que no me quiten mi plaza? ¡vah! ¡y á quién habian de dársela que fuera mas cuerdo que yo?

—Teneis razon don Aleluya, dijo Fernan Gomez de Cibdadreal, tales andan las cosas, que no parece sino que todos han perdido el juicio: ¡ese casamiento! ¡ese casamiento! el condestable no sabe lo que hace, y lo que es mas, no quiere oir buenos consejos: quiera Dios que no tengamos que lamentar las consecuencias.

—¿Y qué decís del desmatrimonio?

—¿De qué desmatrimonio hablais?

—Hé aqui dos hombres que pasan por muy entendidos y muy perspicaces en la corte, y que sin embargo son mas inútiles que mis cascabeles que no dan sonidos sino cuando los muevo.

—No os entiendo, vive Dios.

—Pues preparaos para consignar un bello escándalo en vuestro centon.

—¿Un escándalo?

—Por mejor decir, dos escándalos.

—Muy misterioso venís esta mañana.

—El príncipe y la princesa... dijo Aleluya empinándose y bajando la voz.

—¡El príncipe y la princesa!... bien ¿y qué? dijo con algun cuidado el bachiller.

—Pues don Enrique y doña Blanca, van á ser declarados respectivamente impotentes.

—Pero esto es una mentira, una atrocidad. La princesa casada con otro hombre...

—No perteneceria al coro de las vírgenes.

—¿Cómo se ha llegado á traslucir?

—Cuando os digo que se trata de escándalos.

—Creo que si esto continúa asi, dijo el arcediano con acento hipócrita, va á caer fuego sobre Castilla.

—Fuego que vos veriais con un santo placer.

—¡Cómo!

—Ya lo creo. El fuego purifica.

—¿Y creeis que yo?...

—No, yo no creo, mi buen arcediano de Ubeda, que vos necesiteis purificaros: solo quiere decir, que ese fuego, destruyendo lo que hoy existe, podia crear otras cosas entre las cuales encontrariais probablemente una mitra.

—¡Ah! ¡ah! ni los ministros del Señor están libres de vuestras bufonadas.

—Si llamais bufonadas á los buenos deseos, es necesario conceder, que vos estais un bufon contínuo.

Don Gonzalo avinagró de una manera visible su mofletudo semblante, mientras el malicioso Fernan Gomez de Cibdadreal guiñaba con intencion á don Aleluya.

—Ello es, que burla burlando, las cosas marchan: tendremos anulacion de matrimonio, en lo que creo que harán una señalada merced á doña Blanca, y ademas tendrémos una nueva manceba.

—¿Es ese vuestro segundo escándalo?

—He dicho mal: las mancebas no son ya un escándalo en la corte: todos tenemos en ella manceba.

—¡Todos! esclamó ya irritado el arcediano.

—Vos, por ejemplo, estais amancebado...

—¡Yo!..

—Pues, con vuestra ambicion: el señor bachiller creo que se amanceba con el condestable, y yo... yo estoy amancebado con el rey.

—¿Y llamais á eso amancebamiento? dijo el médico.

—Sí, porque llamo amancebamiento á toda union escandalosa é ilegítima. Y si no el señor arcediano que entiende de cánones...

—Yo no entiendo de nada, ni quiero entender... ni quiero perder mas mi tiempo con vos, dijo el arcediano.

—Pues mirad, creo que perdeis mas tiempo en otras cosas.

—A propósito: me habia olvidado, dijo el arcediano... sí, precisamente son cerca de las once de la mañana: soy el capellan de servicio y la misa del rey... ¡hum! ¡á Dios señor Fernan Gomez á Dios! á Dios don Aleluya.

Y sin decir mas, se alejó la crugia adelante con cuanta prisa le permitia su obesidad.

—Habeis estado demasiado duro con don Gonzalo, dijo el bachiller al bufon.

—¿Qué he estado duro?...

—Sí, con vuestros amancebamientos habeis querido decirle que su ambicion por una mitra es ilegítima.

—¿Y acaso le he dicho nada de mas? ¡buen pastor para el rebaño! ¿no sabeis que si tiene tan abultado el vientre es porque no encierra en él mas que picardías?

—Pero no todo lo que es se debe decir.

—Un bufon tiene privilegio de decir la verdad riendo.

—Pero por mucho que envolvais en risas las verdades, siempre serán amargas.

—Para los pícaros... ademas necesitaba quedarme solo con vos, y hablaros seriamente.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Ved que voy á la cámara de su alteza.

—Yo vengo de allá, y su alteza duerme como un liron.

—¡Cómo! ¿durmiendo y son las once del dia?

—Sin duda su alteza no tiene permiso aun para levantarse. Aun no ha venido el señor condestable.

—¿Tambien con su señoría os permitís?...

—Mirad, aborrezco á su señoría.

—¿Qué aborreceis á don Alvaro?...

—Me soba por mitad al rey y á veces por entero.

—Recuerdo que me habiais dicho que teniais que hablarme formalmente.

—Pues bien, hablemos. Lo que tenia que deciros señor bachiller Fernan Gomez, es que aunque tan chiquito, tengo corazon.

—¡Ah! ¡diablo! yo lo creo, los ratones le tienen tambien.

—Pero mi corazon es un corazon de hombre: corazon grande, corazon que ama.

—¡Ah! ¡ah! ¡estais enamorado!... á vuestros cuarenta...

—¿Qué quereis? el ámor es una locura y una locura contagiosa: al ver enamorado al rey ¿qué queriais que hiciera su bufon, si no enamorarse tambien?

—Bueno, ¿y qué? porque si no me esplicais lo que quereis decirme con esa revelacion, no entiendo una palabra.

—Es muy posible que el rey y yo amemos á una misma muger.

—¡Cómo! habrá llegado vuestra locura...

—No se trata aquí de la infanta de Portugal para amores, aunque, tratándose de celos, bien pudiera tambien con el tiempo tratarse de ella.

—Pues no os entiendo.

—Puede ser que cuando yo tenga celos del rey, la reina los tenga de una muger.

—¡Ah! empiezo á comprender.

—Pues: el condestable busca esposa á su alteza, y doña Mencía de Padilla le busca manceba.

—¿Y quién es?

—Hoy va á ser presentada al rey despues de la misa.

—¿Y qué quereis que yo haga?

—Es necesario empezar por oponer dificultades.

—Ya sabeis que doña Mencía puede mucho.

—Pero puede mucho mas el condestable.

—¿Y pensais que esa muger?...

—Es hermosísima y se arroja al rey para tener junto á él una influencia.

—¿Y amais á una muger capaz de venderse de ese modo?

—¿Y qué muger, ó por mejor decir, qué ser humano no se vende si se atina con su precio?

—Teneis razon, don Aleluya, y me parece que sois un buen conspirador.

—Soy un leal vasallo del rey, y un buen amigo del condestable.

—¡Cómo! ¿pues no deciais que le aborreciais?

—Señor bachiller, yo como todos los hombres, llamo mi amigo al hombre que necesito.

—Supongo que no prodigareis con todo el mundo vuestras verdades de loco.

—Vos, señor Cibdadreal, sois el hombre de mas juicio y mas honrado de la corte, y con vos se puede ser franco.

—Creo que me necesitais.

—Mucho que os necesito: pero os he dicho lo mismo, y os he hablado con igual llaneza, cuando ni os necesitaba, ni sospechaba necesitaros.

—¿Y creeis que se debe evitar que esa muger?...

—Y tanto como lo creo. Teresa si quiere envenenará el alma de su alteza.

—¿Tan hermosa es?

—Esperad, esperad: me parece que vais á poder juzgar por vos mismo. ¿No son escuderos de doña Mencía de Padilla esos que acaban de entrar en el patio? Sí... ved esas literas y junto á ellas el señor capitan del rey y ese noble, ese don Rodrigo de Sandoval á quien nadie conoce, y que dicen que acaba de venir de Sicilia. ¡Pajes! ¡doncellas! esto es: se engalana al pájaro para aumentar su hermosura. ¿Quereis ver de cerca á esa muger?

—¿Y desde dónde?

—¿Cómo desde donde? desde las ventanas de las escaleras: es un escelente acechadero, desde donde he visto muchas veces muy buenas cosas. Venid.

Cibdadreal se dejó llevar por el bufon, que llegando al desemboque de la escalera, le hizo torcer por un pasadizo, y le colocó tras las entreabiertas vidrieras de una ventana desde donde se veian de frente los que subian por las escaleras.

Poco despues doña Mencía, rígidamente vestida con un magnífico traje de seda negro, adelantó llevando de la mano á Teresa que estaba deslumbrante de galas y de hermosura. Seguíanlas Hernando de Carrillo, don Rodrigo y la servidumbre.

El bachiller Cibdadreal pudo verla á su placer. La falta de costumbre de encontrarse en la corte, habia colorado con un hechicero rubor el semblante de Teresa, y habia en él tal espresion de candor, de timidez, que Cibdadreal no pudo contener una esclamacion.

—Esa muger es un arcángel humano, dijo.

—Esa muger, esclamó con dolor don Aleluya, es un ángel caido.

—¿Y de dónde ha sacado esa joya doña Mencía?

—Doña Mencía es un demonio para el que nada hay oculto.

—Y un demonio tentador.

—Decís bien: ha sido una tentacion para esa pobre muchacha, y ha traido con ella una tentacion al rey.

—¡Al rey! decid á la corte: esa muger será en ella una Elena: ¿pero quién será el Páris?

—El Páris, bachiller, no tardará en dejarse ver.

—¿Y decís que esa jóven era una pobre muchacha?

—Ni mas ni menos que una labradora.

—Parece increible: su continente, la delicadeza de sus formas, la manera con que lleva sus ricos vestidos...

—¿No es verdad que es muy hermosa, bachiller?

—El rey se enamorará locamente de ella.

—Pues es cabalmente lo que debemos evitar, dijo don Aleluya separándose de la ventana, porque ya habian pasado Teresa y sus acompañantes.

—¡Evitar! dijo Cibdadreal, tomando por una crugía oscura y desierta.... ¿os parece fácil ponerse al paso de doña Mencía?

—Vos privais con el condestable como el condestable priva con el rey: ademas, podeis hacer creer á su alteza que está enfermo y evitar que vaya á misa y que reciba á nadie en audiencia. Despues podeis aconsejar al rey que para mejorarse se vaya á Escalona con don Alvaro... podemos ganar tiempo hasta el casamiento de su alteza que ya no debe tardar.

—Hoy no puede negarse el rey á dar audiencia: le será preciso recibir el correo de Portugal.

—Le recibirá el condestable.

—Es verdad, es preciso evitar: ¿pero estais seguro de que á quien se quiere fascinar es al rey?

—He creido algun tiempo que el tiro se hacia al príncipe don Enrique, pero despues he visto que puede pensarse en todo... si os hablo en verdad, nada veo claro... pero preveo, y hombre prevenido... ya sabeis...

—Vale por dos.

—Y en algunas ocasiones por doscientos.

—Ya estamos cerca de la cámara de su alteza.

—Pues oid: dejadme entrar el primero.

—¿Y para qué?

—Quiero preparároslo.

—¡Es decir, que os habeis empeñado en que el rey esté malo!

—Es preciso de todo punto.

—Pues bien, entrad. Yo entraré despues.

Don Aleluya avanzó y entró en la cámara real sin que el escudero hidalgo que daba la guarda le pusiera impedimento.

Don Aleluya era tan familiar en la cámara del rey, como lo eran su perro y su alcon favorito.

El loco, que, como habrán notado nuestros lectores, solo lo era de nombre, atravesó la antecámara murmurando:

—Ello es que se pueden muy bien tender redes al leon: pero por mas que sea pequeño y despreciable, un raton las rompe. ¡Oh Teresa! ¡Teresa! ¡un demonio ha escitada tu orgullo para perderte! ¡pues bien! ¡yo á tu despecho te salvaré!

Y levantando un tapiz entró en el dormitorio del rey.



El despertar de su alteza.

Allí aun era de noche: una lamparilla ardia opacamente sobre una mesa, y á su débil luz, junto á un enorme lecho, cuyos cortinages estaban corridos, sentado en un sillon se veia un hombre toscamente vestido con una ballesta en la mano.

Al entrar don Aleluya, aquel hombre se puso de pie, armó en su ballesta un venablo, y dijo á media voz:

—¡Quién va!

—Podeis retiraros ya, señor montero de Espinosa, dijo el bufon en voz alta.

—¡Su alteza duerme! repuso el montero con voz contenida.

—Pues no es hora de que duerma, dijo con voz mas alta don Aleluya, si no es ya que quiere que los castellanos piensen que tienen por rey á un liron.

—¿Quién anda ahí? ¿qué es eso? dijo á este punto una voz soñolienta desde el lecho.

—Es el loco de vuestra alteza, señor, dijo el montero.

—¡Ah! ¡ah! es mi loco, dijo el rey; ¿y qué quiere mi loco tan de mañana?

—Vengo á pediros un poco de juicio, señor.

—¡Diablo! ¡muy hablador has despertado!

—Si estuviera hablando desde que desperté, mas débil tendria el estómago, aunque es bien que sepas, Juan mio, que no le tengo muy fuerte. ¿En qué piensas para estarte durmiendo á estas horas?

—Vete, montero, dijo el rey.

El montero salió.

—Eres un insolente, hermano Aleluya, dijo el rey, nada respetas ni aun el sueño de tu señor.

—Por el contrario, rey mio, te amo tanto, que desesperado de esperarte para almorzar, he venido cuidadoso de tu salud. Tú no eres de ordinario tan dormilon.

—Es que nunca he trasnochado como ahora, Aleluya.

—¿Y quién causa tus trasnochos, rey mio?

—Estoy enamorado.

—¡Enamorado! pues mira, me alegro.

—Te alegras. ¿Y por qué?

—Porque yo te creia loco, y tenia miedo de que te creyeses mas loco que yo... pero ahora...

—¡Ahora! ¿qué?

—Veo que eres tonto.

—Paréceme, hermano Aleluya, que hoy vienes de mal humor. No te conozco.

—Bien puede ser; pero esto consiste en que me voy volviendo tonto tambien.

—¡Cómo!

—Sí; estoy enamorado ni mas ni menos que tú; pero con la diferencia de que tú estás enamorado de una pintura, y yo de una muger de carne y hueso.

—Abre las ventanas, Aleluya, y ven.

El bufon abrió las ventanas, se acercó al lecho del rey y descorrió las cortinas.

Don Juan el segundo con la cabellera descompuesta, el rostro pálido y su ajustada armilla de dormir, era una figura original que producia un gracioso contraste con la origi—

nalísima figura de don Aleluya que habia acercado un sillon, y trepando por él se habia sentado sin ceremonia y sin quitarse la gorra en el lecho.



Tenia el bufon por efecto de las violentas impresiones que habia sufrido la noche anterior, tan macilento y pálido el rostro, que el rey no pudo menos de decirle con gran benevolencia:

—Tú estás enfermo, Pedro.

—Ni mas ni menos que tú, Juan, contestó el bufon.

—¡Yo! te engañas: nunca me he sentido mejor.

—Sucede muchas veces que nunca se cree el hombre con mas vida que cuando va á morir.

—¡Diablo! en efecto, dijo el rey; paréceme que tengo algo pesada la cabeza.

—Piensas demasiado, rey mio.

—¡Pienso! ¡qué pienso! ¿y en qué pienso? ¿No dicen mis reinos que no pienso en nada?

—¡Tienen razon! no piensas en nada de provecho para ellos.

—¿Y en qué he de pensar? ¿No está ahí mi buen vasallo el condestable?

—El condestable es tu mas cruel enemigo, Juan.

—¡Cómo! ¡mi enemigo don Alvaro!

—Sí, tu enemigo puesto que te casa.

—Pero me casa con una diosa.

—Dios quiera que no sea para tí lo que fué la diosa Juno para Eneas, segun dice el bachiller Cibdadreal. Tú no sabes lo que quieres, rey mio.

—Mira, mira: para esto te habia mandado que te acercases, dijo el rey sacando un medallon de debajo de su almohada: confiesa que en tu vida has visto una dama tan hermosa y tan noble como ella, y que quien quiere dármela por esposa no puede menos de ser mi amigo.

—En verdad que es muy hermosa la doña Isabel, dijo el bufon examinando el retrato: te dan el tósigo en copa de oro.

—No sé por qué hayas de mirar con tal prevencion este casamiento, dijo el rey con el acento de irritacion de un niño á quien contrarían.

—Mejor te fuera seguir teniendo por juguete á tu Juan de Mena, á tu Jorge Manrique, á tu Alonso de Baena y á tu marqués de Santillana: esos, cuando mas, solo llegarian á acabarte de secar el seso con sus coplas, estancias y madrigales: pero tu doña Isabel te secará el corazon, despues de habértele reverdecido.

Habia algo de profético en el acento de don Aleluya, y el rey estaba predispuesto de tal modo que aquel acento le impresionó.

—En la corte, segun dicen, se murmura de este casamiento.

—Te engañas, Juan: en la corte se la espera con ansia porque habrá fiestas y mercedes.

—Todo lo ves por el lado odioso, don Aleluya.

—Veo las cosas por todos los lados, y esto me hace hablar

con mas juicio que otros que solo las ven por uno.

—Dicen que el reino...

—El reino espera con ansia este casamiento, porque de todo lo nuevo que sucede espera ver levantarse un poder que dé al traste con el buen duque de Escalona, conde de Santisteban, condestable de Castilla, maestre de Santiago; el señor rey, en fin, don Alvaro de Luna.

—En Castilla no hay mas rey que don Juan el segundo.

—Rey de copas.

—¡Pedro! te olvidas demasiado de que solo mi bondad es la que puede autorizar á tu lengua.

—¡Esto es un relámpago y no mas que un relámpago! Tu dignidad, Juan, dura tanto como una tormenta de verano y es menos temible que ella.

—Paréceme don Aleluya, que será bien que te vayas.

—Y á mí me pareceria bien obedecerte, rey Juan, si no fuera porque me da vergüenza de ser el único vasallo que te obedezca en el reino.

—Quisiera saber quién manda en Castilla.

—Pues no es dificil decírtelo. Quien manda aqui es el condestable.

—Pero manda á mi nombre.

—Lo que es mas cómodo para él: sin duda por no manchar el suyo manda en nombre del rey don Juan.

—¿Te han enviado, don Aleluya, á que me hables mal del condestable?

—No por cierto: nadie se atreveria á proponérmelo, porque todos saben que soy su amigo.

—¿Su amigo y le desuellas?

—Desde que veo que te roba la salud y el sueño con tu doña Isabel.

—¡El sueño!... ¡el sueño! sí; estoy impaciente... pero la salud... estos amores me han vuelto el vigor y la vida: he retrocedido á mis veinte años.

—¡Ah, señor! ¡señor! nunca está peor un enfermo que cuando no quiere creer en la enfermedad.

—El señor médico de cámara de su alteza; dijo á la puerta un camarero.

—Me alegro: el buen Cibdadreal es demasiado sabio para no ver claro, y él te demostrará que eres un mentecato, don Aleluya.

—Dios guarde á vuestra alteza, señor: dijo el médico acercándose al lecho con cierta noble familiaridad.

—Bien venido seas, bachiller: nunca has llegado tan á punto.

—¡Cómo, señor! ¿se siente enfermo vuestra alteza?

—No: pero mi buen loco don Aleluya se empeña en hacérmelo creer.

—¿Y vuestra alteza se cree enteramente bueno, señor? dijo Cibdadreal con acento de duda mientras miraba fijamente al rey.

—¡Qué! ¿será verdad?

—Vuestra alteza tiene fiebre; dijo el bachiller pulsándole.

—¡Fiebre! esclamó el rey rebujándose.

—Vuestra alteza debe tener el sueño inquieto.

—Sí, muy inquieto.

—Vuestra alteza debe sentir fuertes palpitaciones.

—Sí, sí, en efecto.

—Vuestra alteza, pues, no debe recibir á nadie ni dar audiencia.

—¿A nadie?

—A nadie, escepto al señor condestable.

—Ah, es verdad... pues mira, Cibdadreal, paréceme que estoy verdaderamente enfermo.

—Ya lo decia yo, esclamó el bufon.

—Pues mira, lo siento: porque hoy debia dar audiencia á doña Mencía de Padilla que me debia presentar una dama de mi hija la princesa doña Blanca... una dama que dicen que es muy hermosa.

De los ojos del bufon salió un relámpago que fué á chocar en la indiferente mirada del médico.

—He cumplido con mi deber, señor, dijo el bachiller; vuestra alteza ahora puede hacer lo que mejor le parezca.

—Mi mal es del alma, bachiller.

—Cuando el alma está enferma el cuerpo se resiente, y á veces si no se acude con tiempo...

El rey acabó de rebujarse, y tal era de impresionable su organizacion, que se creyó verdaderamente enfermo y aun dolorido.

—¡Barrasa! esclamó.

Presentóse un camarero á la puerta.

—Haz avisar al condestable que estoy enfermo y que le espero al momento.

Barrasa desapareció.

—Dejo, pues, á vuestra alteza para prepararle una tisana: dijo el médico, y murmuró en voz baja: para ir á avisar á don Alvaro de Luna.

—Y yo me voy á almorzar, Juan; dijo el bufon.

El rey no les contestó: se habia rebujado enteramente.

Cibdadreal y don Aleluya salieron.

—¡Qué rey! ¡qué rey! esclamó el bachiller cuando estuvieron en las galerías.

—Es un niño grande: pero al menos si es débil, no es malvado: que Dios guarde la vida del rey.

—Sí, teneis razon, don Aleluya: que Dios guarde la vida del rey... porque si el príncipe don Enrique le sucede, tendremos el vicio, la crueldad y la torpeza sobre el trono.

—¿A dónde vais, bachiller?

—Voy á casa del condestable: ¿y vos?

—Yo á la antecámara de la audiencia.

—Id con Dios.

—Guárdeos él.

El médico bajó de prisa las escaleras, y don Aleluya tomó por las galerías adelante.



XXI.

Cómo mandaba á los servidores del rey el condestable.

MARTIN, decia por aquel mismo tiempo el condestable á las puertas de su cámara á uno de los de su servidumbre: haced venir al momento á Mari–luz.

Mari–luz era una de las doncellas de doña Juana Pimentel, esposa del condestable.

—¡Válgame Dios! decia don Alvaro á Jimeno: ¡no haberme dicho vos que erais casado, y que vuestra esposa no habia tenido tiempo de proveerse de ropas de corte!

—¡Pero señor!...

—Segun decis, mi esposa y la vuestra tienen una misma presencia, y en cuanto á ropas soy bastante rico para que pueda ofreceros buenos estrenos.

—Nunca creí, señor...

—Dejemos disputas, don Juan. En vuestro poder teneis ya las cédulas que os autorizan á volver á la corte con vuestro suegro don Pero de Aguirre, y es necesario que nos ahorremos de presentaciones. Hé aqui la persona que necesitamos.

Apareció á punto en la cámara una jóven y linda doncella.

—Acércate Mari–luz, la dijo el condestable.

La jóven se acercó sonriendo, y don Alvaro la dijo en vóz baja algunas palabras.

Despues de esto la doncella fué á presentarse á Jimeno.

—Estoy á vuestro servicio, señor, le dijo.

—¡Cómo! el señor condestable priva á su esposa....

—Espero que la vuestra aceptará este pequeño obsequio. Podeis partir cuando querais don Juan, y procurad invertir poco tiempo, porque esta misma tarde pienso partir con el rey para Madrigal.

—Señor, dijo Chacon á la puerta.

—¿Qué quieres?

—Acaba de llegar al alcázar un correo de Portugal.

—Con vuestra licencia, don Juan, os dejo á Mari-luz que ya tiene mis instrucciones, y el servicio del rey me llama al alcázar. Hasta luego, á Dios: y estrechando amistosamente las manos del jóven salió.

Poco despues, Jimeno montó á caballo y seguido de Mari-luz que llevaba en una litera un pequeño cofre, salió de la casa del condestable.

Cuando este entraba en el alcázar, tropezó con Fernan Gomez de Cibdadreal que salia.

—Iba en busca de vuestra señoría, dijo el médico.

—¡En mi busca! ¿pues qué sucede?

—El rey está enfermo.

—¡Que está enfermo su alteza!

—Es decir, añadió el médico acercándose al oido del condestable: el rey se encuentra mejor que nunca.

—Pues entonces, cómo...

—Se trata de sorprender al rey con una audiencia, con una presentacion.

—¿Y vos?...

—He querido evitar.

—Bien... Cibdadreal... bien... habeis hecho bien... pero el rey sanará...

—Señor... es demasiado hermosa la dama, y demasiado sagaz doña Mencía para no temer...

—¡Ira de Dios! ¿quereis que los alentemos demostrándoles miedo? No, mi buen Cibdadreal, no... si ellos usan tan viles medios... ademas debeis haberos engañado; doña Men-

cía es mi amiga... y en todo caso... dicen que acaba de venir un correo de Portugal: ¿en dónde está?

—En la cámara de la audiencia, señor.

—Pues bien, id á decir á su alteza que ha venido su correo y que puede recibirle.

Fernan Gomez se volvió atrás, y el condestable siguió adelante atravesando el patio y subiendo las escaleras del alcázar por medio de los serviles saludos de los que encontraba al paso.

Cuando el condestable entró en la cámara de audiencias, todos se levantaron, ni mas ni menos que si se hubiese presentado el rey: el condestable saludó afablemente en general, habló en particular algunas afectuosas palabras con doña Mencía, la ofreció que el rey la recibiria en audiencia con su ahijada, saludó ceremoniosamente á Teresa, y despues se dirigió á un hombre armado de todas armas que estaba apoyado en el alfeizar de una ventana al fondo de la cámara.

—Guárdeos Dios, señor Blasco de Pereira, le dijo: ¿hace mucho tiempo que habeis llegado?

—Por poco que sea, señor condestable, siempre me parece una eternidad el tiempo que paso esperando á vuestra señoría, contestó servilmente el portugués.

—¿Cómo dejais á mi noble amigo el infante don Juan?

—Su señoría os envia su amistad en estas letras.

Y entregó un pergamino enrollado al condestable que le leyó disimulando su impaciencia.

—La señora infanta ha salido ya de Viseo, dijo con alegría... bien... muy bien... de modo que... ¿cuándo creeis que llegará, señor Blasco de Pereira?

—La tendremos aqui dentro de seis dias.

—Bien, muy bien... su alteza está algo enfermo de impaciencia, y las letras que el infante me dice traeis para él le volverán enteramente la salud: seguidme, señor comendador.

El condestable y el portugués entraron por una puerta,

y poco despues salió por ella un camarero, y se dirigió á doña Mencía.

—Su señoría me encarga de deciros, noble señora, que muy á su pesar se ve precisado á haceros esperar, no sabe cuanto tiempo.

—¿Pero nos dará audiencia?

—¡Oh! sí señora.

—Entonces bien: esperaremos... el rey sin duda se halla en circunstancias particulares que respeto... pero creo que debia prescindirse de esto para los de dentro de casa.

—¿Qué quereis? señora, aquí no manda nadie mas que el condestable.

—No os culpo yo, Barrasa, id con Dios.

En seguida aquel mismo hombre, dijo en voz alta dirigièndose á los demas:

—Su alteza el rey no da hoy audiencia, señores.

Todos salieron, escepto doña Mencía, Teresa, don Rodrigo y Hernando de Carrillo.

—Paréceme, mi cara esposa, dijo este á doña Mencía, que el condestable juega con nosotros.

—El condestable no puede jugar conmigo, Hernando.

—Pero puede haceros esperar lo mismo que á un pelon cualquiera.

—El condestable sabe demasiado que el alcázar es nuestra casa.

—Pues mirad, me parece que seria bueno que pensásemos en entretener la espera de cualquier modo.

—En cuanto á mí, me voy con Teresa á la cámara de doña Blanca.

—Y yo con don Rodrigo á la sala de alféreces de la guardia.

—Tened, cuenta de decir á uno de esos camareros que nos avisen cuando el rey esté visible.

—Eso por supuesto.

Dicho esto doña Mencía asió del brazo á Teresa, que no sabia donde estaba, y salió con ella por una puerta inmedia-

ta. Hernando de Carrillo y don Rodrigo salieron por otra.

La cámara de audiencia quedó abandonada inundada por el sol que entraba por sus ventanas uniendo, con un fuerte reflejo los pabellones de su dosel rojo.



En que empieza á conocerse de qué manera trataba el condestable al rey.

Cuando don Alvaro llegó al dormitorio del rey entró en él sin hacerse anunciar; nadie le puso impedimento: por el contrario, camareros, pages y criados, se inclinaron ante él mucho mas profundamente que solian hacerlo ante el rey.

Don Alvaro habia hecho esperar en la antecámara al comendador de la Orden de Cristo ó Senhor Blasco Pereira-dos Basconcelos.

Cuando se acercó al lecho, encontró al rey tan rebujado como le dejó el bachiller Fernan Gomez.

—¿Qué es esto, señor; qué os sucede? dijo el condestable despojándose presurosamente del birrete.

—¿Qué ha sucederme? contestó el rey, sino que estoy enfermo, duque.

—¡Cómo! ¿enfermo vuestra alteza?

—Enfermo, sí; y quien tiene la culpa de mi enfermedad...

—¡Ah! ¿hay culpados?

—Uno solo.

—¿Y quién es, señor?

—Tú.

—¡Yo!

—Sí, ciertamente: estoy enfermo de...

—De aprension.

—De impaciencia: como mal... duermo mal... cuando tu sabes que en el dormir y en el comer soy estremado.

—¿Y soy yo la causa de vuestros desvelos y vuestras desganas?

—Sí, indudablemente... con tu infanta doña Isabel me has traido una enfermedad.

—Es decir, que estais enamorado.

—¿Que si estoy enamorado?... tu infanta es una musa, duque.

—Que inspirará á vuestros poetas.

—Indublemente... y me inspirará á mí; y nos inspirará á todos.

Don Alvaro frunció levemente el entrecejo: aunque él hacia aquel casamiento, parecióle sin saber por qué fatal, aquello de que la infanta doña Isabel inspiraria al rey.

—¿Que os inspirará, repitió?... y bien, bueno será que os inspire el sobreponeros á vuestra pereza.

—Mi pereza, siempre me estas riñendo, condestable.... y yo te obedezco.... procuro obedecerte aun en cosas que no me agradan. A propósito de mi pereza y de mi obediencia: esta mañana harto temprano, me has hecho despertar para firmar ciertas cédulas.

—En efecto, señor; cédulas de rehabilitacion en su buena opinion y fama de lealtad y de devolucion de sus señoríos, rentas, pechos y derechos para don Juan de Albornoz, señor de Villabarbe y Ciraca, y don Pero de Aguirre su suegro, señor de Barbadillo.

—Esos señoríos, rentas pechos y derechos, estaban en nuestra casa.

—En efecto, señor, fugitivos y juzgados como traidores, don Pero de Aguirre y don Alvar de Albornoz, padre del don Juan, sus patrimonios y mayorazgos...

—Vinieron á nos... ¿y sabes don Alvaro que nuestra corona está muy pobre?

—Mas que de dineros está necesitado el rey de vasallos leales, dijo con cierta entonacion dura é imperiosa don Alvaro.

—¡Bien! ¡bien! yo no me opongo... he firmado, y por cierto que para que no me lastimase la luz de las ventanas, firmé en el lecho á la luz de una lamparilla. No hablemos mas de esto; pero sin embargo... sin embargo... has hecho al dicho don Juan de Ulloa nuestro montero mayor, sin perjuicio de Diego Hurtado de Mendoza, á quien apreciamos, aunque no sea mas que porque es hijo de nuestro buen ingenio don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana.

—Se satisfará á Diego Hurtado con las tercias de la villa de Dueñas.

—Esas tercias son tambien de la corona, duque.

—¿Y qué importa? Hurtado de Mendoza es uno de vuestros mas leales vasallos.

—Bien, bien... sea como tú quieras; pero la lealtad de mis vasallos me cuesta cara, muy cara.

—No ha costado menos á vuestros predecesores, no costaba menos al señor rey don Enrique III vuestro padre.

—Es que mi padre tenia en don Rui Lopez Dávalos un condestable rapaz.

—Lo mismo dirán mañana de mí los que vengan y crean á mis enemigos, que lo dicen ya.

—No, duque, no: tú eres distinto... es verdad que eres mas rico que nos... pero nos tenemos orgullo en que hayas podido enriquecerte sirviéndonos... es verdad que hay quien dice que tú, no yo, eres el rey de Castilla... y esto me regocija.

—¿Que os regocija?...

—Ciertamente: eres mi hechura... porque tú no serias nada sin mí...

Don Alvaro volvió á fruncir el gesto, pero de una manera mas marcada.

—He dicho mal, se apresuró á decir el rey... tú indudablemente, podrias ser mucho sin mí... sí, de seguro...

porque yo no te he dado el talento, la sabiduría, el valor y la nobleza que tienes: te los ha dado Dios... pero sin mí no podrias ser rey de Castilla, ni hacer ni deshacer grandes, ni tener una numerosa nobleza pagada á sueldo, ni una guardia de tres mil lanzas, mejor, mucho mejor que nuestra guarda morisca, que no pasa de tener cien hombres de armas... tú tienes como nos guardas mayores, camareros mayores, monteros mayores que están mejor pagados y remunerados que los oficiales de nuestra casa. Tú, en fin, haces la guerra con tus lanzas y con las mesnadas de los nobles que te sirven porque te lo deben todo, y esto... esto... me lo debes á mí.

—Paréceme, señor, que me estais repitiendo el sermon que predicó ayer tarde ese insolente fraile don frey Lope de Barrientos, que se olvida demasiado de que me debe la mitra que tuvo en Avila, y la silla episcopal que rige hoy en Cuenca, dijo todo hosco el condestable.

—Frey Lope de Barrientos solo habló ayer tarde de la soberbia de Absalon.

—El obispo de Cuenca violentó la letra de la Escritura de una manera escandalosa, y se dirigió á mí de una manera insolente y desembozada.

—Pero cuando me lo advertiste duque, me reí buenamente en las barbas del buen obispo cuando me vino á besar la mano.

—Sois ingrato, don Juan de Castilla, dijo el condestable con acento duro: sembrar en vos beneficios, es como arrojar trigo en arena: no solo no da frutos, sino que se pierde el trigo.

—¡Cómo! ¡cómo! ¿qué es esto? dijo el rey incorporándose en el lecho en uno de sus accesos de dignidad, que don Aleluya habia calificado oportunísimamente de tormentas de verano. ¡Con que es decir que vuestra señoría se atreve á acusar al rey vuestro señor, duque de Escalona!

—¡Acusar! ¿y quién... qui... en os... os acu... acuuusa?.. esclamó tartamudeando de cólera el condestable escitado por

el arranque del rey, ¡acu... acu... saros!... ¡como... si... se pudie... ra acu... acu... sar... á un ni... ni... ni... ñoo de sus imper... ti... tinen... cias!..

Don Juan el segundo sabia demasiado, que cuando el condestable tartamudeaba, era capaz de todo; sabia que su cólera era terrible; y egercia tal influencia el condestable en el ánimo del rey, le temia este de tal modo, que su dignidad se desplomó.

—Tú has pisado alguna mala yerba esta mañana, condestable, le dijo el rey con acento débil, casi indigno... estimais nuestras palabras al revés... enteramente al revés... te ofende que yo diga que eres el verdadero rey de Castilla... pues bien, lo diré mal que te pese, y lo diré con orgullo sí... tú eres el rey, puesto que me alivias del gobierno, que me permites entregarme libremente á mis aficiones... ¿qué seria de mí sin tí, don Alvaro?

—¡Débil, siempre!.. ¡siempre muger..! dijo entre dientes con desprecio el condestable; y luego dominándose, continuó sin tartamudear y lentamente: si me he engañado interpretando de una manera desfavorable para mí las palabras de vuestra alteza, no es mia la culpa... sino del recelo en que me tienen continuamente nobles desagradecidos é infames.

—Pues bien, destierra á esos nobles... ¿no gobiernas tú? ¿no tienes la espada del reino? ¿la noble espada que el rey ha dado á tu lealtad..? encarcela, hiere, mata...

—Preciso será matar, dijo profundamente el condestable... si solo se tratase de mí... pero se alientan rebeldías.

—¡Rebeldías!...

—Don Pero Manrique ofendido porque los Trece de Santiago no le han elegido maestre...

—¡Y cómo! ¿se atreverá el conde de Paredes á competir contigo que eres el primer caballero del mundo, casi un príncipe?

—El conde de Paredes no se atreveria á tanto, si no le alentase el marqués de Villena, que con su tio el arzobispo

de Toledo y su hermano el maestre de Calatrava, se atreven á todo al abrigo del príncipe don Enrique.

—¡Cómo! su señoría se atreverá de nuevo... ya le hemos perdonado dos rebeldías.

—El príncipe encuentra demasiado larga la vida de vuestra alteza.

—¡Oh! ¡oh! el príncipe está mal aconsejado.

El príncipe no necesita que le aconsejen el mal: le tiene en si mismo... El príncipe deshonra ya á su estirpe, y si alguna vez llega á ser rey, cubrirá de laceria al trono.

—¡Oh! ¡oh! dijo el rey encerrado en un círculo del que no sabia cómo salir.

—Si Dios permite que de vuestro casamiento con su señoría la infanta doña Isabel de Portugal...

El rey se asió con ansia á este nombre soltado por el condestable.

—Hé aqui que volvemos á un asunto de que no debíamos haber salido, dijo: la infanta ¡oh! la infanta.. ¿Sabes duque, que estoy locamente enamorado de ella?..

—Esto significa que amándoos la infanta, como de seguro os amará, si no os ama ya...

—¡Que me amará la infanta! ¡oh! pues mira, su amor será para mí el paraiso anticipado en la tierra.

—Pues, y añadiendo á esto nobles y hermosos hijos de su amor...

—¿Y qué se sabe de ella, condestable, qué se sabe?

—Un hijo de la infanta podria hacer posible una esclusion.

—Sí, sí... veremos... ello es preciso hacer algo... tenemos malas noticias del príncipe; por el momento doña Blanca, nuestra amada hija...

—Doña Blanca es una mártir.

—Doña Blanca hubiera sido mas feliz siendo vuestra esposa.

—Ya lo pensé, pero tú...

—Yo creí que el casamiento del príncipe con ella, acabaria de una vez, por razon de alianza, la guerra de asc—

chanzas y de traiciones que hace tanto tiempo sostenemos con Aragon y Navarra... pero despues el rey don Juan vuestro primo ha casado con doña Juana Henriquez, y la ambicion de su padre el almirante, ha doblado las enemistades con Castilla: se trata de perder de todo punto á doña Blanca.

—Bien, bien: nosotros protejeremos á esa pobre niña: haremos que sea amiga de la reina doña Isabel... y sepamos... cuándo podremos poner nuestra corona sobre las sienes de esa hermosa señora.

—En verdad, en verdad, que debiais agradecerme mucho, señor, lo que por vos trabajo y me afano.

—Sí, indudablemente... y te lo agradecemos en el fondo del alma... ya sabes que tú lo eres aqui todo, duque... y sin embargo nos atormentas.

—Forzoso es hablaros, señor, de los asuntos del reino, ó por mejor decir, de los asuntos del rey.

—Bien, bien; obra como quieras.

—Necesito prender y juzgar á los nobles que están en esta lista, dijo el condestable, sacando un pergamino enrollado de su escarcela.

El rey le rechazó con la mano.

—Haz estender los ordenamientos de prision y tráemelos al despacho.

El condestable guardó el pergamino.

—Ahora bien, señor: pensemos en nosotros mismos: el señor comendador de Cristo, Blasco de Pereira, acaba de llegar de Portugal y espera en la antecámara.

—¡Y nada me habias dicho!... esclamó con arranque don Juan el segundo... ¡y traerá noticias de la infanta!... eres un tirano, don Alvaro. ¡Ola! ¡ola! gritó llamando.

Presentóse un maestresala á la puerta.

—Avisad al camarero mayor Pero de Lujan, que el rey necesita vestirse; dijo el condestable.

—¿Cómo vestirme?... ¿ignoras que el buen Cibdadreal me ha anunciado hace poco que estaba enfermo?

—Sin duda que la presencia del correo de la noble infanta doña Isabel curará á vuestra alteza.

—Pero... ¿y por qué no recibirle al momento?

—¡Cómo! ¿recibir en el lecho al noble enviado de la infanta vuestra novia?... ¿qué diria de ello el señor Blasco de Pereira?.. Llegad, señor Pero de Lujan, añadió el condestable volviéndose á un caballero que entraba seguido de cuatro camareros, cada uno de los cuales traia prendas en el brazo; sacad del lecho á su alteza y vestidle.

El camarero mayor se acercó al lecho y ayudó á salir de él al rey. El condestable se puso á pasear por el dormitorio, y como por acaso viese una almilla usada que uno de los camareros tenia en el brazo, dijo volviéndose á Pero de Lujan:

—¿Cómo es esto, señor camarero mayor? ¿no tiene su alteza mas nobles y decentes ropas?

—Su alteza tiene una almilla nueva de velludo tomada de oro... pero...

—¿Pero qué?...

—Esa almilla se reserva... para los dias de corte.

—Pues bien, hoy es un dia de corte: vestid en consecuencia á su alteza.

Los camareros salieron y volvieron á poco con nuevas ropas.

El rey no pudo contener su impaciencia en todo el tiempo que duró su atavío; durante él, el condestable no habló una sola palabra; cuando los camareros concluyeron, don Alvaro se dirigió á Pero de Lujan.

—Ocupaos en preparar el equipaje entero del rey, sin olvidar ni aun los trajes de cazar, le dijo: encerradlos en cofres y tenedlos dispuestos, y estad dispuesto vos mismo y los camareros para despues de comer.

—¡Cómo! dijo el rey para quien aquella era una novedad.

—Sí, sí señor: la infanta doña Isabel solo debe tardar seis dias, y vamos á recibirla á Madrigal.

—¡Oh, oh! éres mi mejor vasallo: dijo el rey abrazando en el arranque de su efusion al condestable.

—Decid á vuestro hermano Juan, maestresala del rey, dijo el condestable á Pero de Lujan, que introduzca al correo de Portugal en la cámara particular de su alteza.

En seguida el rey y el condestable entraron en aquella cámara por una puerta de servicio. Durante dos horas estuvieron encerrados en ella con el señor Blasco de Pereira que tuvo el alto honor de comer con su alteza el rey y con su señoría el condestable:

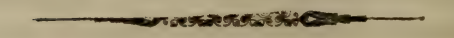
Apenas acabada la comida un camarero entró y dijo al oido al condestable.

—El señor don Juan de Albornoz, acompañado de una dama y de un caballero anciano, acaba de llegar al alcázar y está en la cámara de audiencias.

—Bien, bien: introducid á esa dama y á esos caballeros, y avisad á doña Mencía de Padilla para que lo haga á su señoría la princesa doña Blanca de que el rey da audiencia para ellas y para la dama que debe ser presentada á la corte.

El camarero se inclinó y salió.

Otro camarero puso al rey sobre los hombros un manto de púrpura y en la cabeza una pequeña corona de plata sobredorada, y el condestable le condujo en esta guisa por un pasadizo interior á la cámara de la audiencia.





De como Teresa conoció con desesperacion que habia cometido un disparate trascendental al despreciar á Jimeno.

La cámara de audiencias en el alcázar viejo de la noble villa y corte de Valladolid, era un estenso salon cubierto de paños franceses, con techos de rica ensambladura, grandes ventanas góticas, retratos de reyes castellanos pintados en tabla, colocados en los espacios comprendidos entre las ventanas, alfombra de abigarrados colores y dosel alto sobre un estrado de cinco gradas y con un solo sillon dorado y blasonado con las armas reales de Castilla.

La cámara tenia dos pequeñas puertas laterales de entrada al fondo inferior, y al superior, á alguna distancia del dosel, sobre una grada, habia una barandilla dorada abierta en el centro, á los estremos de cuya abertura habia dos donceles armados de punta en blanco apoyados en picas de corte inmóviles como estátuas.

Al lado izquierdo del dosel habia una puerta dorada á manera de retablo cubierta por un tapiz, por la cual entró el rey precedido por un heraldo y dos maceros, y acompañado de don Alvaro de Luna y seguido de su mayordomo mayor Diego de Estúñiga, y de sus guardas mayores Pero de Mendoza y Sancho de Tobar.

—¡El rey! dijo en alta voz al asomar en la puerta el rey de armas Avanguarda.

Nadie habia aun en la cámara mas que los dos donceles que guardaban la balaustrada.

El rey se sentó en el sillon bajo del dosel, don Alvaro de Luna quedó en la primera grada á la izquierda de pie, el mayordomo y los guardas mayores quedaron en aquel mismo costado junto á la última grada, los dos maceros se pusieron á ambos lados del trono, y el rey de armas Avanguarda quedó á la puerta de entrada.

Aun no habia acabado de sentarse el rey cuando un maestresala dijo á la puerta de entrada de la izquierda:

—¡Su señoría el príncipe don Enrique!

Entró seguidamente el príncipe, se detuvo un momento, miró al fondo, se despojó de su birrete, adelantó, pasó la barra, llegó al trono, hincó una rodilla y besó con indiferencia, mas por ceremonia que por afecto, la mano de su padre. Despues se levantó, y mirando á la derecha, dijo:

—¿Qué es esto, no se cuenta ya en Castilla con el príncipe heredero? ¿no se le pone una silla en el lugar que le corresponde bajo la cortina real?

—Traed una silla á su señoría, dijo el rey, obedeciendo una mirada del condestable.

Avanguarda desapareció bajo el tapiz y volvió á poco espacio trayendo una silla sinblason con que colocó á la derecha de la segunda grada.

—Nuestro blason ha volado bien.. muy bien, dijo el príncipe á media voz mirando con sobrecejo á don Alvaro... ¿es esto casualidad ó intencion?.. bien, no importa... basta con que tengamos valor para sostener nuestro derecho.

—Tu derecho anda demasiado torcido, Enrique; dijo el rey en voz baja inclinándose hasta su hijo, cuando asi levantas la voz en nuestra presencia, en audiencia pública.

—Mandad, señor, que traigan otra silla para mi esposa, insistió el príncipe en acento mas bajo: hay descuidos que parecen...

—¿Qué parecen, qué?

—Esclusiones...

—Pudiera suceder... pero silencio... Avanguarda, traed otra silla.

El rey de armas trajo otra silla que se colocó á la derecha de la tercera grada.

Aquello era un escalon de sillas que correspondia á otro escalon de categorías.

Aquel casi escándalo habia pasado, como suele decirse, en familia, puesto que en la cámara no habia mas que oficiales de la casa del rey que estaban acostumbrados de antiguo á presenciar escándalos mayores y menos contenidos en el interior del alcázar.

Poco despues se levantó el tapiz de la misma puerta por donde habia entrado don Enrique, y el maestre gritó:

—¡Su señoría la princesa doña Blanca de Navarra!

En seguida entró doña Blanca hechiceramente vestida de blanco con algunas flores en vez de joyas en la cabellera, y pendiente de ella un velo bordado de plata. Tras ella, sosteniendo en el brazo la cola de su vestido, venia doña Mencía de Padilla, y luego Teresa, confusa, ruborosa, acompañada de don Rodrigo de Sandoval y de Hernando de Carrillo.

—¿Es esta la presentada? dijo el rey á media voz volviéndose al condestable.

—Esa es, señor, contestó don Alvaro que tenia fija una mirada intensa en Teresa.

—¿Y á dónde han ido á buscar tan hermosa dama?... no es de la corte... no la conozco... ¡no, pardiez!

—De eso señor, os podrá informar doña Mencía de Padilla.

—¡Pues diablo!... no entiendo como doña Mencía ha hecho esto... hasta ahora, ella y mi nuera, cada cual á su modo, eran las damas mas hermosas de la corte... pero ya hay tres... ¡diablo! ¡diablo!

Doña Blanca que ya habia llegado al trono y habia doblado una rodilla, esperaba que el rey acabase de hablar con el condestable y fué necesario que este le llamase la atencion.

—¡Vuestra hija, señor!

—¡Ah! mi buena y dulce Blanca! dijo el rey tendiéndola la mano, que la princesa besó con amor posando la dulce y sonriente mirada de sus hermosos ojos garzos en el rey, ¡Dios te bendiga!

Doña Blanca estrechó la mano del rey, y bajó del dosel para dedicarse á la ceremonia de la presentacion.

En aquel momento, se levantó el tapiz de la derecha, y apareció un maestresala; pero antes que hablase, le contuvo el condestable y bajando del dosel, atravesó el estrado, pasó la balaustrada, atravesó la cámara y desapareció por la puerta por donde habia asomado el último maestresala.

Entretanto doña Blanca asió á Teresa de una mano, y llevándola delante del dosel, dijo dirigiéndose al rey con voz dulce y acentuada.

—Señor, tengo la alta honra de presentar á vuestra alteza, á doña Teresa Garcés, esposa de don Rodrigo de Sandoval, señor de Santa Cruz en Sicilia, dama á quien su señoría el príncipe don Enrique, mi esposo y señor, se ha servido destinar á mi servidumbre.

—La ha nombrado el príncipe, murmuró el rey... ¡oh! ¡oh! y luego añadió alto: noble y hermosa princesa doña Blanca de Navarra nuestra hija, sentimos un gran contento en que tan hermosa y noble dama como acabais de presentarnos, pertenezca á nuestra corte, y esperamos la ocasion, próxima sin duda, de que podamos mostrarla con alguna merced nuestro aprecio.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, señor! contestó tartamudeando Teresa; y guiada por la princesa, llegó al trono, se arrodilló y besó la mano del rey.

La impresion de aquellos húmedos y ardientes labios, causaron en el rey una sensacion inespicable, el príncipe palideció, y Teresa se levantó cubierta de rubor, lo que la hacian doblemente hermosa.

—Decid á vuestro esposo, señora, la dijo el rey, que aun que no le conocemos ni le hemos visto nunca en nuestros

reinos, en gracia á vos, le hacemos la merced de que bese nuestra mano.

Estas palabras fueron dichas en alta voz, y al oirlas don Rodrigo adelantó con desembarazo, y arrodillándose, besó la mano del rey.

—Mi vida es de vuestra alteza, señor, dijo al levantarse.

Iba el rey á contestar, pero la voz del maestresala que pronunciaba un nombre, llamó su atencion: el maestresala habia dicho:

—¡El alto, noble, poderoso y escelente señor don Alvaro de Luna, duque de Escalona, conde de Santisteban de Gormas, señor de villas y lugares, maestre de Santiago y condestable de Castilla!

—Mas breve fuera decir ¡el rey! esclamó don Enrique á media voz, pero de manera que pudo ser oido por su padre.

Entretanto el condestable, adelantaba llevando de la mano un gentil caballero; detras de ellos, armado de todas armas con un arnés de guerra, como quien acaba de venir de un viage, venia un caballero que traia de la mano una hermosísima dama ataviada con un lujo deslumbrador.

—¿Qué es esto? dijo á media voz el rey.

—Esto es, dijo el príncipe, que estamos de presentaciones.

—Señor, dijo el condestable sin llegar al dosel ni besar la mano al rey, presento á vuestra alteza á su leal y noble vasallo don Juan de Albornoz, señor de Villabarba y Ciraca á quien vuestra alteza acaba de honrar nombrándole su montero mayor.

—Acercaos, noble mancebo, dijo el rey, y besad mi mano: quiero que todos os tengan y os miren como de mi casa.

Jimeno, que él era, pasó junto á Teresa sin mirarla, aunque la habia visto, y Jimeno besó la mano del rey.

Teresa palideció, tembló y sus ojos se nublaron al ver á Jimeno: para ella aquello era una cosa de hechicería. ¡Cómo! ¡Jimeno, el montero Jimeno, era noble, rico, poderoso, montero mayor del rey, y ella le habia desairado por villano!

Pero aun la quedaban que sufrir mas amarguras.

—Presento asimismo á vuestra alteza, dijo don Alvaro, á don Pero de Aguirre, señor de Barbadillo, y á su noble hija doña Elvira de Aguirre, esposa de don Juan de Albornoz y á quien vuestra alteza ha nombrado dama de la noble señora que ha de ser, si Dios lo quiere, reina de Castilla, doña Isabel de Portugal.

Al oir decir Teresa, esposa de don Juan de Albornoz lanzó toda su vida á su mirada, y aquella mirada sobre Inés... y entonces los celos, la desesperacion, la rabia, no pudiendo contenerse dentro de su alma, la hicieron lanzar un grito terrible y caer desmayada, como muerta, sobre el estrado á tiempo que Elvira besaba la mano del rey.

Aquel accidente rompió la etiqueta de la ceremonia. El rey, el príncipe, el condestable, todos rodearon á Teresa á quien sostenia entre sus brazos doña Mencía. Todos, escepto Jimeno y Elvira.

—¡Pronto, mis damas! esclamó la princesa.

—Que llamen al bachiller, dijo el rey.

—¡Oh! ¡oh! esclamó para sí el príncipe: el antiguo amante de Teresa... ¡en la corte! ¡oh! ¡oh! el condestable arrojó otra manceba al rey.

—Por san Lázaro, pensaba el rey tambien para sí: esta es una verdadera irrupcion de bellezas en el alcázar... Ya son cuatro... mucho me temo que la infanta llegue á constituir el número cinco.

Y como aquel incidente comprometia el ceremonioso carácter que en aquel instante estaba obligado á representar, salió de la cámara de audiencias como habia venido, precedido del rey de armas, acompañado del condestable y seguido de los maceros.

Jimeno, Elvira y don Pero de Aguirre, salieron de la cámara por donde habian entrado y el príncipe y la princesa por la otra, dejando á Teresa encomendada al cuidado de su esposo, de doña Mencía y de Hernando de Carrillo.

—¿Podriais decirme, señora, dijo don Rodrigo, en qué consiste el desmayo de mi esposa?



D Juan II.
lam. 8.ª

—¿Y qué os importa? contestó secamente doña Mencía.

El aventurero calló.

—Id, id Hernando, id: continuó doña Mencía; me estais asesinando con vuestra indiferencia; id y haced que vengan pronto esos camareros.

—Indudablemente, dijo para sí Hernando de Carrillo; alguien ha hecho una mala jugada á mi... muger. Ello es que este desmayo... y esa otra dama... ¡oh! ¡oh! pues maldito si entiendo una palabra de esto.

Y tomando al paso dos camareros, entró con ellos y Teresa fué conducida en un sillon sin que hubiera vuelto en si, á las habitaciones que ocupaba en el alcázar doña Blanca de Navarra, y donde poco despues acudió á asistirla el bachiller Cibdadreal.

Creemos deber advertir que le acompañaba mas de lo que parecia cuidadoso, el loco del rey, don Aleluya.



De lo que pasó por Teresa durante un mes.

Por algun tiempo el bachiller Cibdadreal, á pesar de su ciencia, desconfió de salvar de la muerte á Teresa: la fiebre, el delirio, un delirio horroroso, sobrevinieron al desmayo de que la sacaron poseida de la cámara de audiencias.

Gracias á la fuerza de carácter del bachiller, nadie mas que él supo los secretos de amor, de venganza, de desesperacion que durante el delirio salieron del alma de Teresa.

Es verdad que para favorecer este secreto, la corte se habia trasladado á Madrigal, y con ella el príncipe, don

Alvaro, doña Mencía de Padilla, Jimeno ó don Juan de Albornoz que asi le llamaremos en adelante, puesto que este era su verdadero nombre; todos, en fin, los que podian tener un interés directo ó indirecto en conocer el misterio que rodeaba la vida de Teresa.

Solamente el bufon, pretestando una enfermedad y encerrándose en el chiribitil que ocupaba en el alcázar, el bachiller Cibdadreal, que habia protestado que su ausencia podia causar la muerte de la enferma, y don Rodrigo de Sandoval por decoro, como esposo de Teresa, permanecieron en Valladolid, en el desierto alcázar viejo, del que habian huido los cortesanos para ir á buscar el nuevo sol que asomaba en el horizonte del reino con doña Isabel de Portugal.

La prudencia del bachiller Fernan Gomez de Cibdadreal, personage muy conocido en la historia de aquel tiempo, no tanto por su empleo de médico de cámara del rey, como por su Centon epistolario, coleccion de cartas históricas, que son unas escelentes memorias del reinado de don Juan el segundo; la prudencia del bachiller, decimos, que habia visto en aquella muger algo mas que la simple esposa de un noble y algo menos que la manceba de un rey, testigo de los primeros delirios de Teresa, evitó que estos fuesen conocidos de nadie; asistió asiduamente á Teresa por si mismo, se hizo llevar un lecho á una habitacion inmediata, se encerró con ella, y no permitió que nadie entrase. En vano los agentes de doña Mencía de Padilla pretendieron penetrar hasta la enferma: en vano don Rodrigo alegó sus derechos de esposo: en vano don Aleluya quiso traspapelarse, por decirlo asi, penetrar sin ser notado, gracias á su pequeñez: el bachiller le vió asi repetidas veces al agazaparse con una agilidad infinita entre sus piernas cuando iba á abrir la puerta. El médico era mas astuto y fuerte que sus asediadores, burlaba ó resistia los ataques directos ó indirectos con que se pretendia burlar su vigilancia, y no pudiendo por sí mismo atender á todos los servicios que exigia el estado de Teresa, habia buscado, no sabemos dónde ni cómo, una vieja sorda y

muda de la que se hacia entender por señas, y le servia en el cuidado de Teresa.

Esta, por su parte, durante muchos dias nada vió ni sintió de cuanto realmente pasaba en torno suyo, ni tuvo conocimiento de su estado: parecíala vivir en otro mundo: en un mundo de locas ambiciones, de amores, de venganzas, de risas, de lágrimas, de felicidad, de desesperacion: Jimeno, y eternamente Jimeno: este era su sueño... y luego Elvira, reclinada en los brazos de Jimeno, mientras ella calenturienta, celosa, se apoyaba en los del príncipe... la corte, el rey en su trono, rodeados de su servidumbre y de sus nobles, ella cubierta de galas, contemplada con admiracion de todos... despues, delante de aquel mismo trono Jimeno, no ya con sus rudas ropas de montero, sino resplandeciente de brocados como un gran señor, llevando de la mano una dama mas hermosa que ella, mejor prendida que ella, y aquella dama era Elvira... Elvira su rival... Elvira, la esposa de Jimeno.

Despues la venganza hacia ver á Teresa horribles sucesos tras un velo de sangre... Jimeno arrastrándose á sus pies, pálido, aterrado, pidiéndola compasion... Elvira, puesta á su voluntad, entregada á su cólera, y sobre todo aquello revolviéndose en los monstruosos giros del sueño, la ermita de Nuestra Señora de Pero Alarcon, y en ella una horrible vieja que la estrechaba entre sus brazos, que la besaba con su boca fétida, y la llamaba su hija.

Entonces Teresa lanzaba horribles gritos, se mordia las manos, se retorcia los brazos y hubo momentos en que desalentado el bachiller Cibdadreal, desconfiaba del poder de su ciencia, y creia habérselas con una loca, y con una loca incurable.

Cada vez que tenia lugar uno de estos terribles accesos, y apenas se habia calmado, el bachiller apelaba á sus libros, devoraba con el pensamiento profundamente fijo cuantos lugares trataban en ellos de la locura, de sus causas y de sus resultados; apelaba á su misma esperiencia, se encerraba

en su laboratorio; confeccionaba medicamentos, y ponia en prensa su fecunda imaginacion para encontrar el remedio moral de aquella enfermedad moral: Cibdadreal comprendió por fin que la enfermedad de Teresa radicaba en el alma, y que los padecimientos del cuerpo no eran otra cosa que el resultado de una fiebre nerviosa.

Hubo momentos en que perdido en un laberinto de indicios contradictorios, blasfemó de Esculapio, y se confesó ignorante: pero tras un instante de desaliento, renacia en el médico con mas fuerza que nunca la fé en la ciencia, y volvia á la lucha con mas fuerzas que antes.

Luchó brazo á brazo, primero con la muerte, despues con la locura y las venció: llegó un dia en que Teresa despertó, y su mirada hasta entonces errante y vaga, se fijó en los objetos y los reconoció por lo que verdaderamente eran; vió al bachiller y no le llamó Jimeno, vió á la vieja asistenta y no la llamó Elvira: recordó y lloró: el bachiller lloró tambien de alegría porque habia comprendido la pureza del alma de Teresa, sus debilidades, su amor, su desgracia, y la amaba: y de orgullo porque habia vencido, como médico, una afeccion en que otros muchos hubieran sido vencidos.

Pero no se rehizo Teresa sin que quedasen impresas en su semblante las señales de la terrible lucha que la habia agitado: el hermoso color de rosa que antes matizaba sus mejillas, desapareció, quedando en su lugar una palidez mate, nerviosa, que aumentaba su blancura, haciendo resaltar de una manera enérgica lo negro y brillante de sus cabellos, de sus cejas, de sus espesas pestañas y de sus magníficos ojos: la mirada de aquellos ojos se habia hecho lánguida, profunda, pensadora: bajo la piel diáfana se veia circular la sangre y su talle habia adquirido una fuerza de esbeltez, su andar una magestad tan poderosa, sus ademanes tal fuerza de espresion, que podia decirse que Teresa se habia trasfigurado, y que trasfigurándose, habia llegado á ser casi ideal su hermosura.

Cibdadreal se asustó al pensar en las fecundas consecuen—

cias que podia producir aquella magnífica hermosura escitada por la venganza y por los celos de una corte corrompida en donde de antiguo tenian tanta fuerza las mugeres.

El bachiller comprendió que Teresa á pesar de su enfermedad no habia olvidado nada, y lo comprendió por el cuidado con que ella evitaba hablar de las causas de su enfermedad.

Pasó, en fin, un mes, y Teresa se encontró enteramente buena: entonces el bachiller, seguro de que nada aventuraba, permitió llegar hasta ella á don Rodrigo y á don Aleluya. El primero se mostró enamorado, dolorido por el lárgo plazo en que se habia visto sentenciado á devorar su ansiedad, y el bufon estuvo frenéticamente alegre: rió, danzó, hizo locuras, y sus bufonadas obligaron á reir aun á la misma Teresa, que cambiando de conducta, recibió á don Rodrigo con afecto, haciéndole concebir esperanzas, y al bufon con una dulce intimidad.

La corte, efectuado el casamiento del rey con doña Isabel de Portugal, se habia detenido en el Abrojo. La antigua abadía benedictina se habia visto invadida, atronada, profanada casi, por la galante nube de damas y caballeros que, como una reluciente pleyada, acompañaban á la corte; los monteros, las jaurías, los alcones con sus gritos, sus ladridos, sus graznidos y sús relinchos; los hombres de armas con el áspero crugir de sus arneses; las trompas de caza y de guerra, habian rechazado el silencio de los viejos claustros bizantinos, y el abad y los monjes jóvenes; dado vado por un momento á la penitencia y á la abstraccion, unian su ruidosa alegría á la alegría que les habia llevado la corte, mientras los monjes ancianos redoblaban sus oraciones y su penitencia relegados á lo mas profundo de sus celdas, como para compensar los escesos de aquel desórden temporal que habia caido como una tormenta sobre la abadía.

Teresa supo por don Rodrigo que se preparaba para el dia siguiente una batida, y quiso asistir á ella de una manera imprevista.

—Pero adorada Teresa, la dijo don Rodrigo, ¿os sentís bastante fuerte?

—Me siento mejor que nunca.

—¿Y cómo pensais presentaros?....

—A caballo, con mi mejor vestido de montería...

—¿Y un alcon?...

—No, no por cierto; llevaré una ballesta.

—¡A caballo! ¡con una ballesta! ¿sabeis lo que decís?

—Mi padre me acostumbró desde niña á cabalgar: dijo Teresa insistiendo porque no queria nombrar delante de don Rodrigo á Jimeno: y á mas, criada en el campo, viendo siempre monteros, y en los confines de una selva donde hervia la caza, me he acostumbrado al tiro de la ballesta: ya.... ya vereis... os aseguro que el mejor montero del rey no hará tan buenos tiros como yo.

—Sea asi, pues lo quereis. ¿Y cómo hemos de presentarnos?

—Llevaremos toda nuestra servidumbre.

—En buen hora.

—¡Mañana!

—Mañana.

—Pues bien, voy á disponerlo todo.

—Y yo tambien, dijo el bufon que constituido en un tenaz espía de Teresa lo habia oido todo escondido tras un tapiz de la cámara.

En efecto, al dia siguiente á punto de amanecer, una magnífica cabalgata salió de Valladolid por el puente Grande y se encaminó al bosque del Abrojo.

Aquella cabalgata la constituian Teresa que ginete sobre un magnífico overo, entregaba al viento de la mañana la falda de un hermoso traje de brocado verde, sobre el que se ceñia una especie de chaqueta abierta bordada y cubierta de perlas; una preciosa aljaba pendia de su hombro izquierdo suspendida por una bandolera y llena de fuertes venablos; rodeaba su cintura un talabarte de seda en que se sujetaba un cuchillo de montería; sus cabellos trenzados estaban

sujetos con una gorrita dorada con joyel de diamantes en que se prendia una larga pluma de garza real, y en su pequeña mano mostraba una fuerte ballesta.

Don Rodrigo llevaba un traje completo de montero; y su servidumbre, que se componia de cuatro lacayos, iba asímismo convenientemente vestida.

Para procurarse aquel lujo, Teresa habia deshecho la mayor parte de las joyas que para presentarla en la corte la habia procurado doña Mencía, y sastres y costureras, espléndidamente pagados, habian hecho aquella obra en veinte y cuatro horas.

Don Rodrigo, Teresa y los suyos avanzaron al galope y se perdieron á lo largo del camino; al pasar por un lugar que se llamaba y se llama aun las Tapias del Verdugo, el mismo hombre rojo que habia reparado en el blason de los hombres de armas de don Juan de Albornoz cuando se dirigia á la casa del condestable, pareció reconocer tambien á don Rodrigo de Sandoval; palideció, entró apresuradamente en un casucho inmediato, y poco despues salió vestido de negro á la usanza de los nobles de la época, llevando un caballo del diestro; se puso sobre el rostro un antifaz de cuero, saltó en el caballo, se apretó los acicates y se lanzó á toda rienda en direccion á la nube de polvo que levantaban á lo lejos los caballos de Teresa, de don Rodrigo y de su servidumbre.

Pasó algun tiempo y nadie apareció en el solitario camino: aun no habia salido el sol, y oscuros nubarrones se apiñaban por la parte del norte: un cierzo frio soplaba con violencia y todo hacia esperar un dia de tempestad.

De pronto aparecieron sobre el camino otras dos personas: la una montaba en una alta mula negra con paramentos de bayeta: la otra en una pequeña jaca torda con gualdrapas á usanza de los nobles.

Era la una el bachiller Fernan Gomez de Cibdadreal severamente vestido con un traje de velludo negro: la otra don Aleluya, abigarrada y chillonamente vestido de corte.

—Hé aqui que me arrastrais á una verdadera locura, amigo mio, decia Cibdadreal: estad seguro de que se aguará la montería, y de que si se nos seca el agua encima, será muy posible que cojamos un reuma.

—Quiera Dios que no haya mas que agua.

—¡Oh! ¡oh! tales andan los tiempos, que será muy posible que llueva sangre.

Y sin decir mas picaron á sus cabalgaduras y siguieron adelante, si bien no con tanta prisa como Teresa, don Rodrigo y el hombre del antifaz de cuero.



De cómo aconteció una desgracia imprevista á uno de nuestros personages.



ra á mediado de setiembre: de los árboles amarillentos ya, empezaban á desprenderse algunas hojas secas por el sol de agosto, y el viento cambiado de violento y seco en tibio y perezoso, las arrastraba pesadamente augurando el invierno.

Erase una ancha avenida, cubierta de musgo, surcada por un ruidoso arroyo y blanqueada por gigantescas y espesas encinas en la selva del Abrojo.

El sol á poca altura sobre el horizonte, marcaba las seis de la mañana, y sus rayos verticales coloraban los árboles con una luz diáfana, dorada, pura, radiente, á través de los nubarrones que cada vez mas negros y apiñados encapotaban el cielo.

A lo lejos rodaban, perdidos en la inmensidad, algunos lejanos truenos, y el viento traia de tiempo en tiempo el ale—

gre sonido de vocinas y ladridos de perros, que se adelantaban y se perdian arrastrados por una ráfaga.

Cuando uno de estos rumores se dejaba escuchar vago é informe, los conejos que pacian acá y allá tranquilamente, la yerba, levantaban la cabeza asustados y corrian á esconderse en sus madrigueras entre las espesuras: alguna vez no eran estos inofensivos animales los que presintiendo la cacería, y los perros se ponian en salvo, sino un magnífico venado, que atravesaba á saltos la avenida y se perdia en los senderos inmediatos ó un formidable javalí que rompia bufando la maleza.

Los hombres habian dado el alerta á los animales, y estos huian á esconderse en sus cubiles y en sus madrigueras.

De repente el sonido vibrante de una corneta, tañida de una manera particular, como una seña, no como un toque de montería, se escuchó cerca, adelantando con maravillosa rapidez; al poco espacio se escucharon las pisadas de un caballo que corria á rienda suelta y apareció llevando por ginete á una muger.

Aquella muger era Teresa, que firme en la silla, inclinada sobre el arzon y tocando siempre la corneta, pasó como una exhalacion, y se perdió por uno de estos ramales en que se partia la avenida.

Algun tiempo despues sonaron las pisadas de otro caballo, y apareció un nuevo ginete, que al ver ante sí la triple prosecucion de la avenida, refrenó indeciso al bruto.

Aquel hombre era don Rodrigo Sandoval.

Escuchó un poco, oyó retumbar la corneta, y engañado por el viento, aguijó su caballo y avanzó á toda rienda por el sendero inmediato al que habia seguido Teresa.

Instantánaemente apareció tambien á rienda suelta el hombre del antifaz de cuero, y sin vacilar partió por el mismo sendero por donde habia entrado don Rodrigo.

Ultimamente, los cuatro lacayos de don Rodrigo, y uno despues de otro, aparecieron á escape, y engañados por un

nuevo y mas próximo son de montería, partieron por la tercera avenida.

Como hemos visto, Teresa habia tomado por una senda que era la de la derecha; por la del centro se habian perdido don Rodrigo y el hombre del antifaz; por la izquierda se habian aventurado los lacayos.

Sigamos nosotros la del centro: esta es aquella por donde hemos visto desaparecer al esposo aventurero de Teresa y al incógnito del antifaz de cuero.

Don Rodrigo corrió algun tiempo sin reparar de que le seguian, pero al llegar á un estenso claro no pudo menos de notarlo: el incógnito le iba al alcance de una manera muy próxima y se escuchaba su voz robusta que le gritaba:

—¡Eh! ¡miserable, ladron! ¡asesino, vil! ¡espera, espera! ¡por Cristo vivo! no sigas mas, si no quieres que te tenga por cobarde!

Don Rodrigo revolvió su caballo y se encaró hosco y contrairado con aquel hombre que le impedia seguir su camino.

—¿Qué quereis? ¿por qué me insultais? ¿ó es que estais desesperado y os encontrais mal con vuestra vida?

—Espera, espera; mi rostro te dirá quién soy y lo que quiero.

Y el incógnito se arrancó el antifaz, y dejó ver un semblante noble, como de treinta y cinco á cuarenta años, altivo, marcado con una tremenda cicatriz en la frente: aquel semblante, al par que tenia mucho de interesante y de hermoso, mostraba una espresion lúgubre, terrible, feroz, impresa en él como un sello; como la señal del dedo del angel de la justicia, sobre la frente del réprobo; aquel semblante con sus grandes y chispeantes ojos negros, su color moreno rogizo, su boca duramente entreabierta y trémula, y su espresion sombría, tenia mucho de fatal.

—¡El verdugo! esclamó algo preocupado don Rodrigo.

—Sí, el verdugo público y real, que mata á la luz del sol, y en un lugar en que puede ser visto por todo el mundo

con la espada del rey; el verdugo que viene á buscar á otro miserable verdugo de mugeres, á un infame ladron que se esconde para cometer sus maldades. ¡Oh! ¿quién me hubiera dicho que volveria á encontrarte, que podria saciar en tí mi corage, mi sed de sangre?... ¡oh! ¡oh! dicen bien: solo las montañas no se encuentran.

—¡En buen hora! dijo con un insolente cinismo don Rodrigo: confieso que al engañar á tu querida, para robarte los ahorros que habias hecho, cercenando gargantas, y vendiendo cadáveres de ahorcados á los hechiceros, me puse frente á frente delante de tu cólera. Pero como yo, sea lo que fuese, paso ahora por un caballero, y lo soy, puesto que lo parezco, me será preciso que me desembarace de tí de cualquier modo, porque estoy de prisa. Te aconsejo que me dejes seguir mi camino, y no te entromentas en vengar una muger que ya ves no te amaba mucho cuando te engañaba.

—¡Oh! tu fuiste una serpiente que te introdujiste en el seno de María, de María, que era mi angel, de María que ignoraba mi vil oficio, y que me consolaba de él dándome felicidad, olvido... No hablemos mas de esto: está continuamente ante mis ojos aquel hermoso y blanquísimo cuello en que estaban impresas las señales moradas de tus manos... aun suena en mi oido aquella débil voz que me pedia perdon por haberme engañado, y que antes de estinguirse para siempre, me revelaba tu nombre y me pedia venganza: aun recuerdo aquel aposento mortuorio sembrado de ropas sacadas por tí de una arca violentada, en busca del oro y de las alhajas que me guardaba María: te busqué, te hallé; el demonio te libró de mí, aventurero, asesino y ladron, y hoy Dios te arroja á mi paso. Concluyamos. Traes espada y yo la traigo tambien; ahorremos de palabras y obremos.

—¡Cómo! ¡medirme yo con un verdugo! esclamó con una repugnancia fanática don Rodrigo.

—Ya te he dicho que entre nosotros no existe mas diferencia, sino que yo estrangulo á luz del sol y por la justicia del rey, y tu por el crímen y entre las tinieblas: si solo me

hubieras robado su amor, acaso te lo hubiera perdonado; pero engañarla, envenenar su alma, hacerla impura para sacrificarla despues, ¡oh no! ¡eso no! defiéndete, miserable, ó te mato.

Y el verdugo desnudó una espada que llevaba á su costado.

—Por mas que el crímen nos haya igualado, aun existe una diferencia notable entre los dos; esclamó don Rodrigo que empezaba á tener miedo. Yo he nacido noble.

—¡Noble he sido, noble fué mi padre, nobles fueron mis abuelos! esclamó con rabia el verdugo: por muy noble que seas, no podrás levantarte hasta mi linage; ademas que aquí no se trata de noblezas, sino de venganzas.

Don Rodrigo quiso cobrar su caballo, pero el verdugo para quitarle toda esperanza, desjarretó de una cuchillada al pobre animal.

El aventurero comprendió que no le quedaba mas recurso que probar la suerte de las armas, y que solo su serenidad podia sacarle avante. Pero estaba lívido, y un copioso sudor frio inundaba su frente.

—Puesto que me obligas á defenderme, dijo, sea; y desnudó su espada.

—Sí, quiero que te defiendas y que emplees toda tu destreza, dijo el verdugo: por mas que la desgracia me haya envilecido, no puedo olvidarme de que he sido caballero: yo no mato sin peligro sino sobre el cadalso: defiéndete.

—¡Vive Dios! esclamó don Rodrigo recobrando su serenidad y poniéndose en guardia, que no creia que mi aventura con aquella ramera, viniese á ponerte en mi camino, ahora que verdaderamente amo y que esperaba ser algo en la corte.

—¡Ah! ¡ah! que Dios me ponga en cuenta este servicio que hago acaso á la humanidad salvando de tus manos una víctima, dijo el verdugo parando las primeras estocadas del aventurero con una calma admirable.

—¡Oh! ¡oh! no te precipites, dijo don Rodrigo que con-

taba con la cólera del verdugo para que le ayudase, descomponiéndole y haciéndole ser imprudente. Pues mira allá va eso.

Y fingiendo una estocada baja al verdugo, huyó la parada, se tendió á fondo y le tocó ligeramente en un hombro.

El verdugo lanzó un rugido.

—¡Ola, te escuece! dijo con sarcasmo don Rodrigo: paréceme que vas á acompañar á María.

—No te alegres demasiado que te descompones, esclamó con una feroz alegría el verdugo metiendo una estocada por un claro que habia dejado descubierto don Rodrigo.

La punta llegó al pecho, penetró y salió por la espalda.

Don Rodrigo lanzó un horrible grito, abrió los brazos y vaciló un momento, y al sacar el verdugo su espada de la herida cayó de espaldas sobre el cesped.



Balbuceó algunas palabras ininteligibles, se agitó en una convulsion violenta, le sobrevino una tos horrorosa, lanzó un vómito de negra sangre y murió.

—¡Hé aqui la justicia de Dios! dijo sombriamente el verdugo contemplando el cadáver.

Despues envainó su espada, se puso de nuevo su antifaz, fué á su caballo, montó y volvió á escape por el mismo camino que habia traido.

Pasó algun tiempo; nada turbó el silencio del bosque; las nubes continuaban apiñándose cada vez mas, y habian cubierto enteramente el sol: algunas gruesas gotas se desprendian del celage, y la tormenta avanzaba.

—Deciais bien, señor bachiller, esclamó una voz á la entrada del claro: nos mojaremos, es decir, ya nos estamos mojando.

—Mi primer pronóstico se ha cumplido, contestó Cibdadreal: quiera Dios que no se cumpla el segundo.

—¿El relativo á la lluvia de sangre?

—Eso es

—¡Pues mirad! creo que tambien se ha cumplido.

—¡Cómo!

—¿No veis allí un hombre tendido de espaldas contra la yerba y mas allá un pobre caballo desjarretado que pugna por levantarse?

—¡Lleguemos, lleguemos, don Aleluya! puede ser que aun sea tiempo de salvar á ese desdichado.

—Podrá suceder si está muerto que nos encuentren con las manos en la sangre y nos cuelguen su muerte.

—¿Y qué seríamos en la corte si no tuviésemos bastante favor para quitarnos de encima un delito que no hemos cometido?

Y el buen bachiller se apeaba de su mula.

Acercóse al muerto y le volvió.

—¡Ah! esclamó el bufon saltando con la agilidad de un mono de su jaca: ¿no es este hombre el marido de Teresa?

—¡El marido de Teresa! esclamó el bachiller palideciendo al acordarse de algunas frases pronunciadas en sus delirios por la jóven. Ella le aborrecia... se llamaba engañada... ¡habrá sido capaz!...

—¡Cómo! ¡Teresa!.. ¡Teresa haber muerto á su marido! esclamó el bufon estremeciéndose... no, no puede ser... no... y si es... es necesario que nadie lo sepa. ¿Y está ese hombre muerto?

—Y de veras: tiene el pulmon atravesado de una estocada: esperad, esperad: segun todas las señales, esta herida ha sido recibida en duelo.

—En efecto, sí; y para comprobarlo, don Rodrigo tiene aun la espada desnuda.

—Pero señor, un duelo aqui... un recien casado.

—Pues ahí vereis.

—¡Oh! ¡oh! me parece que tengo un hilo.

—¿Un hilo?

—Sí.

—¿Os acordais del hombre que hemos encontrado?

—En efecto.

—Pues bien, he reconocido su caballo.

—¡Su caballo!

—Sí.

—¿Y quién es ese hombre?

—Perdonad, don Aleluya; ese hombre es un grande amigo mio.

—¿Amigo vuestro?

—Sí, en verdad.

—Será noble.

—Ocupa un puesto muy alto y muy respetable.

—¡Ah! ¡ah!

—¿No adivinais?

—En efecto, el condestable... no, no puede ser el condestable.

—Pero puede ser tambien su amigo.

—Pues no os entiendo.

—Basta que yo me entienda.

—Decís bien: pero daremos parte al rey.

—Por supuesto.

—Y vos certificareis.

—Certificaré que he encontrado muerto de una estocada, al parecer en duelo, al noble y poderoso señor de Santa Cruz en Sicilia, don Rodrigo de Sandoval, esposo de la noble señora doña Teresa Garcés, dama de su señoría la princesa doña Blanca.

—¿Sabeis una cosa, señor bachiller?

—¿Qué?

—Que siempre he creido en la providencia de Dios.

—¿Creeis que Dios haya tenido parte en esto?

—Y tanto como lo creo: esa pobre niña habia sido sacrificada por razones de corte á ese hombre que era un aventurero, un hombre oscuro.

—¡Ya! Doña Teresa ha sido presentada en la corte; es hermosa, y quedando ahora viuda y dama de la princesa...

—¡Pues! puede encontrar un buen acomodo.

—¡Quiera Dios que no busque ese acomodo de una manera fatal!

—¡Qué! ¿pensais?

—Nada pienso, don Aleluya.

—¿Sabeis algo de la historia de esa muger?

—Nada sé.

—Creí notar en vuestro acento...

—Vuestras malicias, don Aleluya, vuestras malicias...

—No por Dios: me intereso por esa jóven; creo que hay un misterio en su historia...

—¿Y creeis que la Providencia ha venido en su ayuda?

—Sí, lo creo.

—Pues mirad, yo creo por el contrario que la muerte de este hombre, y señalaba á don Rodrigo, es obra de Satanás.

—¡Ah! ¡ah! dijo para sí el bufon: el bachiller ha estado encerrado un mes con Teresa y acaso ella le ha referido su historia.

—¡Oh! ¡oh! decia para sí Cibdadreal: sé bastante, pero el bufon me acabará de decir lo demas.

—¿En qué pensais, señor bachiller?

—¿Y vos, señor Aleluya?

—Pienso que debemos seguir nuestro camino.

—¿Y este cadáver?

—Cuando encontremos la corte daremos parte de ello al condestable... y vos estendereis certificacion.

—Sí, sí; y me informarè despues de lo que haya por el verdugo, añadió para sí.

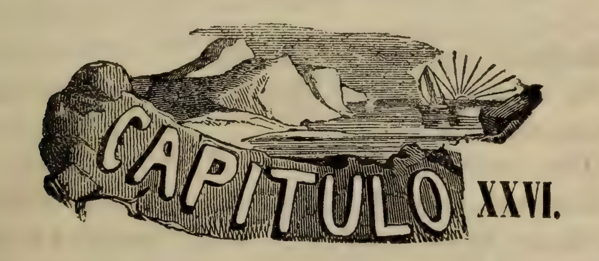
—Paréceme que debemos montar y alejarnos: la lluvia arrecia.

—Pues montemos y alejémonos.

—Esperad, dijo el bufon tomando la espada de don Rodrigo y dirigiéndose á su caballo; este pobre animal sufre demasiado, no sirve ya para nada... y la humanidad... sí, sí; rematémosle.

Y acercándose á él le degolló.

Despues de esto, y viendo que el bachiller habia cabalgado en su mula, cabalgó en su jaca y entrambos siguieron adelante cabizbajos y pensativos.



CAPITULO XXVI.

En que se ve que Teresa era antigua conocida de Barbalarga.

RETROCEDAMOS un tanto y sigamos á Teresa que seguia adelante por el sendero que habia tomado, aguijando á su caballo y haciendo retumbar cada vez mas su corneta, bien agena de que en aquellos momentos una casualidad, venturosa para ella, la dejaba viuda.

Llegó á un lugar en que no fueron ya los ecos de la selva los que contestaron únicamente á su corneta: allá entre las lejanas enrramadas contestó otro, y la jóven aguijó su caballo.

Poco despues llegaba á las ruinas de la abadía de Juan-sin-alma á tiempo que descendia de ellas un montero.

Aquel hombre era Barba-larga.

Al ver á la jóven se detuvo, palideció, y se apoyó en su ballesta: Teresa llegó á él, saltó del caballo y se le acercó tendiéndole la mano, que el viejo estrechó entre las suyas callosas.

—Dios os guarde, padre mio, le dijo Teresa; en otro tiempo, ya sabia de qué modo podia encontraros, y hoy me he valido para ello del mismo medio, porque necesitaba veros.

—¡Teresa! ¡Teresa! esclamó severamente Barba-larga; tú y él os habeis vendido al diablo.

—¡El! ¿y quién es él? dijo Teresa: ¿hablais de Jimeno ó de?...

—Hablo de don Juan de Albornoz.

—Ya sabia yo, esclamó Teresa, que podriais decirme quién era ese hombre.

—¿Qué, no lo sabes?...

—Escuchad, padre Iñigo; yo solo he venido á veros; y para ello me he adelantado á mi esposo, gracias á la velocidad de mi caballo: mi esposo me seguia, y es necesario que no nos encuentre.

—¿Y qué le responderás, cuando te haya buscado en vano, y vuelvas á presentarte tú sola?

—Diré que se desbocó mi caballo, que me arrastró, consigo; ademas, me importa muy poco ese hombre, lo que únicamente quiero es que no pueda interrumpirnos: nadie conoce mas que vos las revueltas de estas ruinas, y si vos me conducis, nadie nos encontrará.

Barba-larga meditó un momento, y despues tomó el caballo del diestro y á Teresa de la mano, y se aventuró en

las ruinas: despues de muchas vueltas y revueltas entre fragmentos de muros, llegó al pie de una torre, introdújose por una ancha grieta orlada de zarzas, entró en un espacio denegrido , ató en él á un espino el caballo, y subiendo por unas ruinosas escaleras condujo á la jóven á una polvorienta cámara, en cuyo techo quedaban restos de una rota ensanbladura, y en los muros girones de tapices viejos que mecia el viento que entraba libremente por las ventanas desguarnecidas.

Teresa se sentó sobre un sillar desprendido de la bóveda, sin cuidarse de si ensuciaba ó no su rico trage, y Barba-larga se sentó en otro sillar junto á ella.

—Aqui no nos sorprenderá nadie, dijo el montero, y puedes empezar hija mia: ¿qué quieres?

—Soy la muger mas desgraciada del mundo, dijo Teresa, cuyos ojos al recuerdo de sus desdichas, se llenaron de lágrimas.

—¡Desdichada! y sin embargo, estás en la corte, eres dama de la princesa doña Blanca, vistes brocados y joyas, y te llamas esposa de un noble y poderoso señor. ¿Se puede llamar desgraciada quien posee todo esto?

La voz de Barba-larga dejaba notar un amargo sarcasmo.

—Sí, dijo Teresa... soy muy desgraciada, porque no sabia cuánto le amaba; para saberlo ha sido preciso que le vea en los brazos de otra.

—Tu has podido ser su esposa, esclamó con dolor el viejo, y él ha podido ser más leal que lo que se muestra hoy; á entrambos os ha perdido la soberbia: á él le ha comprado el condestable y á tí te ha hecho su esclava doña Mencía de Padilla.

—¿Y quién tiene la culpa?

—La fatalidad.... ó por mejor decir, yo... yo que le dije tu no eres un pobre montero sin padres... un hombre destinado á vivir de su ballesta ó de su espada... eres noble, muy noble; y llegará un dia, si es que Dios permite que res-

plandezca nuestra venganza, en que serás poderoso... yo le hice caballero y altivo; yo le crié como se cria al hijo de un magnate: yo le vestí un arnés, le ceñí una espada, le hice cabalgar en un caballo, puse bajo su bandera negra trescientos valientes aventureros, y le envié todos los años tres veces á guerrear contra los moros ó á servir á sueldo á los reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra, contra sus enemigos: despues le hice conocer á los enemigos del condestable, que eran amigos de su padre, y de sus parientes, y ensangrentó su espada en los bandos: Jimeno, de vuelta de cada una de estas espediciones, se me presentó mas gentil, mas valiente, mas cubierto de gloria: al mismo tiempo Jimeno sembraba en tí esa loca ambicion que te hizo penoso ser la esposa de un pobre montero; de esa ambicion que te ha perdido... el mal ya no tiene remedio: cada cual habeis seguido vuestro camino, os habeis separado, y ahora os encontrais, por desgracia, frente á frente los dos en la casa del rey, los dos ofendidos, los dos celosos... los dos amándoos aun, pero con un amor desesperado, horrible... mas de lo que parece horrible.

—Lo que ha sido, ya no tiene remedio padre Iñigo, contestó Teresa: por mi parte os juro que no habiendo sido esposa de don Juan de Albornoz, porque este es su nombre, no perteneceré á nadie,... os juro que no tendré esposo mas que en el nombre.

—En lo que te pareces á una princesa y á una noble dama.

—Doña Blanca y doña Mencía.

—¡Oh! ¡qué tiempos! ¡qué tiempos estos! la impureza, la desgracia y la traicion por todas partes... y todo esto alentado por ese hombre, por ese condestable á quien Dios maldiga... esto es cosa de desesperarse.... sin ese hombre.... ¿cuán feliz podrias ser Teresa?... y acaso ¿quién sabe?...

—He venido á vos porque sé mucho, pero quiero saber mas; sé que Jimeno se llama don Juan de Albornoz; sé que Garcés no es mi padre... sé que tengo una madre, y que esa

madre es la ermitaña de Nuestra Señora de Pero Alcarcon.

—¡La ermitaña de Nuestra Señora de Pero Alarcon! esclamó con espanto Iñigo; ¿y quién te ha dicho eso?

—Mi esposo don Rodrigo de Sandoval.

—¡Oh! ¡esto es imposible! ¿cómo ha sabido eso don Rodrigo?

Teresa contó á Barga-larga cuanto la habia acontecido en la ermita y fuera de ella, la noche que fué elegida reina de las espigadoras.

—¿Pero tú no has oido á esa muger llamarte hija?.. esto puede ser una mentira de don Rodrigo.

—No, no; Garcés me ha confesado al fin que no es mi padre, que me encontró siendo muy niña en una alquería de la vega de Granada despues de una batalla, y que me trajo á Castilla.

—Eso no prueba otra cosa, sino que eres hija de un moro, dijo profundamente Barba-larga.

—Bien; sea como quiera, yo necesito llegar á la certeza de mi orígen, lo necesito de todo punto, y lo sabré. Vos me acompañareis á ver á la ermitaña.

—¡La ermitaña! ¡la ermitaña hace un mes que ha desaparecido!

—¡Que ha desaparecido! esclamó con violencia Teresa; y vos que sabeis todo lo que sucede en el Abrojo ¿no sabeis qué ha sido de ella?

—Sí, Teresa, sí... sé que la pobre ermitaña duerme en la eternidad.

—¡Muerta!

—Sí, muerta.

—Pero aun nos queda don Rodrigo... don Rodrigo acaso recuerde alguna palabra, algun indicio que nos pueda servir de guia.

—Don Rodrigo ha buscado estos dias á la ermitaña, ha preguntado por ella... ha indicado conocer que podia haber muerto, lo que significa...

—¿Qué?

—Que podrá saber mucho acerca del misterio de la muerte de esa muger, pero que cuando con tanto afan la busca, no sabe acerca de tu origen mas que lo que te ha dicho.

En aquel momento se oyó muy cerca el sonido de una corneta; Barba-larga guardó silencio y escuchó con atencion: el toque se repitió por segunda y tercera vez.

—Me llaman, dijo, y segun la seña, para un asunto demasiado urgente; espera, hija mia, espera un momento.

Y lanzándose fuera, permaneció apartado de Teresa algunos momentos, y volvió al fin trayendo consigo á un montero.

Estaba mas pálido que de costumbre, y miraba á la jóven de una manera intensa: el montero se mostraba sombrío.

—¿Amas á tu esposo, Teresa? la dijo Barba-larga.

Teresa hizo su mohin habitual de desden.

—Si tu esposo muriera... añadió Barba-larga.

—Líbreme Dios de desear su muerte, pero si aconteciera no verteria por ella una sola lágrima.

—¡Teresa! ¡Teresa! contéstame como si estuvieras delante de Dios. ¿Sabias que don Rodrigo de Sandoval tuviese algun enemigo?

—Yo no conozco casi á ese hombre.

—Es que ese hombre ha sido encontrado por mis monteros muerto á hierro en el bosque.

—¡Muerto! ¡muerto! esclamó con un acento indefinible Teresa.

Hubo un momento de solemne silencio.

—Pero ¿cómo conocen vuestros monteros á don Rodrigo? dijo Teresa.

—La noche de la fiesta de las espigadoras hice seguir á Jimeno y á ciertas gentes que habian aparecido en el bosque, y lo sé todo: á mas, este buen muchacho tuvo ocasion de ver á don Rodrigo, y hoy le ha reconocido al encontrarle muerto.

—Pero, puede haberse engañado.



—No, no; ademas de que le conoce, ha encontrado sobre él esta cartera.

Y Barba—larga sacó una cartera de seda y de ella algunas cartas de doña Mencía á don Rodrigo.

—¿Sabe ese montero leer? dijo Teresa.

—No: lo que en estas cartas se encierra, solo lo sabrán don Rodrigo, Dios y tú: dijo Barba—larga entregando noblemente la cartera á la jóven.

—Pero eso es estraño, dijo la jóven guardando la cartera; estraño de todo punto: ¿quién ha podido matar á don Rodrigo? ¿por qué?

—Sábelo Dios, esclamó profundamente Barba—larga. Lo que importa ahora es que no puedan hacerte cargo de esa muerte. ¿Hácia dónde ha sucedido esa desgracia?

—Hácia la fuente de los Ciervos, dijo el montero.

—¡Oh! cerca de aquí, y aun no ha sonado por esta parte la montería, ni los perros, ni los gritos de los ojeadores. Guia Galvan, guia: á caballo Teresa, á caballo: añadió Barba—larga sacándola de las ruinas.

Poco despues el viejo conduciendo del diestro el caballo de Teresa, atravesaba á paso largo el bosque precedido por Galvan, que poco despues se detuvo en el lugar de la desgracia.

Allí permanecia aun don Rodrigo horriblemente ensangrentado: al verle Teresa, que no era dura de corazon, se conmovió, en tanto que Barba-larga miraba profundamente el cadáver.

—Yo conozco á este hombre, dijo hablando para sí: le he conocido en otro tiempo: era un aventurero, un bandido, y está muerto, enteramente muerto; añadió inclinándose sobre él y reconociéndole: puedes contarte por viuda, Teresa, lo que nada importa: Dios sabe bien lo que permite: estás recibida en la corte, cobras sueldo del príncipe... eres hermosa, pura... acaso mañana... si olvidases los amores de Jimeno... y los olvidarás, sí... yo lo espero...

—¡Oh! ¡eso nunca! ¡nunca! esclamó la jóven llorando,

mas por la precaria situacion en que se encontraba que por la muerte de don Rodrigo.

—¿Cómo ha sucedido esto? dijo Barba—larga á Galvan.

—Ese caballero entró á rienda suelta en el claro.

—¿Solo?

—Solo.

—¿Y luego?

—Luego entró en el claro otro hombre á caballo vestido de negro y cubierto con un antifaz.

—¿Era noble?

—Noble parecia.

—¡Y ha sido ese hombre!...

—Sí, sí señor: provocó al otro, le desjarretó el caballo obligándole á desmontar, se dijeron algunas palabras irritantes y poco despues este caballero estaba por tierra: yo le conocia desde la noche de la fiesta de las espigadoras, y cuando quedó solo llegué á él, le registré y encontré esa cartera que fuí á entregaros al momento, capitan.

—¿Y sabes si ha visto alguien á este hombre?

—Sí, sí señor: el médico y el bufon del rey.

—¡Ah! ¡ah! esclamó profundamente pensativo Iñigo: ¡esta debe ser alguna horrible intriga de corte!... pero paréceme que se escuchan hácia aqui cuernos de caza y ladridos de perros; será necesario que te dejemos sola, Teresa.

—¡Sola! ¡sola con este hombre! esclamó aterrada la jóven.

—Es preciso: por mas que nada humano te haya unido á él, el mundo no debe saberlo y este es tu lugar, hija mia.

—¿Pero si creen que yo?...

—Nada creerán: afortunadamente, el bachiller Cibdadreal y don Aleluya han visto el cadáver: tus lacayos afirmarán que se desbocó tu caballo, tu debes añadir que monteros de la selva te han conducido á este sitio, en lo que por cierto no mientes: despues de lo cual, enterrarán al muerto, vestirás lutos, aparecerás mas hermosa con tu viudez, y acaso, acaso haya alguno que te haga olvidar á Jimeno.

—¡Oh, señor Iñigo!... no me abandoneis por Dios; esclamó llorando Teresa.

—¿Y qué quieres tu que haga entre la corte que dentro de poco estará aqui, un hombre que se encuentra pregonado y perseguido? no, pardiez... por lo demas, cuando quieras verme, ya sabes como puedes encontrarme. Y á Dios: no puedo déteneme mas, ya se escuchan cercanas las voces de los ojeaderes; ¡ah diablo! ¡un javalí! un ¡javalí herido que carga sobre nosotros!

En efecto, un monstruoso javalí, acababa de aparecer en el claro, y adelantaba bufando hácia nuestros personages, con mas rapidez de la que nosotros podemos espresar, y aun mismo tiempo Barba-larga y Galvan armaron cada cual un venablo en su ballesta y dispararon: las dos jaras se clavaron silbando en el cuerpo del javalí que dió una vuelta sobre sí mismo y cayó muerto.

—Hagamos la pieza de una manera completa, dijo Barba-larga cediendo á su aficion de cazador; y yéndose al javalí con el cuchillo desnudo, le degolló, le cortó una oreja como en señal de posesion, y guardándola en su cinto y despidiéndose rápidamente de Teresa, se perdió entre los árboles á tiempo que desembocaban en el claro las jaurías, los ojeadores y una nube de damas y caballeros á caballo.

Teresa comprendió que debia afectar un dolor que no sentia, y permaneció inclinada sobre el cadáver, asiendo, aunque con repugnancia, una de sus manos.

Poco tiempo despues, los perros, los ojeadores y todos los que habian desembocado en el claro, estaban al rededor de Teresa y del javalí, que habia caido á poca distancia.

—¡Ah! ¡ah! esclamó una voz admirada: ¿no es esta doña Teresa, la hermosa dama de nuestra hija doña Blanca?

Teresa alzó los ojos y vió ante sí al rey don Juan el segundo que habia echado precipitadamente pie á tierra: del mismo modo habian descabalgado damas y caballeros.

—¡Justicia, señor, justicia! esclamó Teresa al ver al rey

levantándose de junto al cadáver y arrojándose á los pies de don Juan: ¡justicia contra el asesino!

—¿Qué hablais de asesinos, señora? ¿quién está muerto aqui? yo creia que vuestro esposo solo hubiese sufrido un rebolcon de ese bravo cerdoso que perseguimos desde hace dos horas: ¡pero esto es grave!... ¿qué dices tú, don Alvaro, mi buen condestable? ¿no te parece estraño lo que sucede?

—Pienso, señor, que este es asunto de averiguar, y nada mas; ¿por dónde anda nuestro buen Cibdadreal?

—Aqui estoy, señor condestable; y puedo decir á vuestra señoría, que el señor don Rodrigo de Sandoval ha sido muerto en duelo de una buena estocada.

—¡Ah! ¿y podeis decir eso sin haber reconocido el cadáver?

—Le he reconocido ya, señor.

—Vuestra vista puede engañarse.

—Le hemos encontrado muerto antes de encontrar la montería de su alteza don Aleluya y yo... le reconocí entonces, y puedo aseguraros que doña Teresa Garcés es viuda.

—¡Viuda! esclamaron con cierto interés algunos jóvenes caballeros.

—¿Y cómo ha acontecido esto, señora? dijo el condestable que siempre llevaba la voz en todo, aun en presencia del rey.

—No lo sé, dijo Teresa.

—¿Que no lo sabeis? sin embargo, vos estábais en Valladolid y solo habeis podido venir aqui acompañada de vuestro esposo.

—Es verdad: pero mi caballo se desbocó al entrar en el bosque y me apartó de mi desventurado esposo.

—¿Al que habeis encontrado muerto?...

—Me han conducido aqui unos monteros que detuvieron mi caballo.

—Los que sin duda no han sabido alejarse, dijo el príncipe don Enrique, sin cometer el desacato de herir, degollar y

cortar la oreja de una presa que perseguia el rey.

—El javalí hubiera hecho pedazos á esta dama, dijo con la voz insegura don Pero de Aguirre que asistia á la montería, si una buena ballesta no le hubiera detenido en el camino.

—¡Ah! ¡ah! esclamó el rey volviéndose á una dama jóven y hermosa que estaba junto á él profundamente pálida, fijándo una mirada llena de compasion y de interés en Teresa, que lastimada por la situacion lloraba de una manera desgarradora: ¿qué decís á esto, doña Isabel?

—Digo, contestó la dama, que si la hermosa doña Blanca de Navarra no se opone á ello, tomo bajo mi proteccion y á mi servicio á esa dama.

Teresa alzó los ojos á mirar á quien asi hablaba.

Era una jóven como de diez y ocho años; vestia magníficamente: pero su hermosura sobrepujaba á su atavío: su semblante magestuoso y grave, era al par lánguido y simpático, con esa pureza de formas que se nota en la estatuaria griega; su mirada firme, observadora, pura, marcaba al mismo tiempo una gran fuerza de voluntad, y una dignidad á toda prueba: aquella muger, en fin, inspiraba el puro amor y respeto: y era imposible verla, sin sentirse conmovido, ni olvidarla, despues de haberla visto.

Aquella dama era la reina doña Isabel de Portugal que hacia un mes se habia casado en Madrigal con don Juan el segundo, que parecia junto á ella enamorado como un adolescente.

—Ya lo oís, hija mia; dijo el rey volviéndose á doña Blanca: su alteza no quiere violentaros sacando de vuestra servidumbre tan rica joya... pero...

—Cuanto me pertenece, señor, es de su alteza: contestó doña Blanca.

—Ya lo oís, señora: dijo el rey volviéndose á Teresa; la reina os admite en su cámara... enjugad, pues, el llanto: no dudo que amareis mucho á ese desgraciado caballero, pero todo pasa en este mundo, todo: el placer como el dolor... sois jóven, hermosa, y ya tendremos ocasion de bus-

caros un buen marido: ¡á caballo! ¡á caballo, señores! señor Pero de Almazan, acercad la litera de su alteza y haced entrar en ella á esta dama; señor Hernando de Carrillo, quedaos vos aqui con algunas lanzas, y conducid ese cadáver á Valladolid: ¡ah! si teneis ocasion de echar el guante á algunos de esos buenos mozos que se atreven á cortar las orejas á los javalíes del rey, cortadle vos las suyas despues de haberle hecho ahorcar. En marcha, caballeros, en marcha y á la corte.

Teresa entró en la litera y la cabalgata se puso en marcha: la componian el rey, la reina, el príncipe, doña Blanca de Navarra, el condestable, don Juan de Albornoz, su esposa doña Elvira de Aguirre, su padre, su primo Fadrique, el bachiller Cibdadreal, don Aleluya y las servidumbres respectivas.

Todos se alejaron: solo quedó Hernando de Carrillo con una veintena de lanzas y el señor Fadrique de Lara que se habia rezagado.

Como sabemos, este jóven, herido por los monteros la noche de la fiesta de las espigadoras al defender á Elvira, habia curado de sus heridas, habia sido presentado en la corte, recibido en la cámara del rey como gentil-hombre, y como tal habia acompañado al rey en la montería.

Por lo tanto no conocia á Teresa, lo que no habia impedido el que al verla tan hermosa y tan doliente, sintiese en su alma una conmocion profunda.

—¿Quereis decirme lo que pensais de esto, señor Hernando de Carrillo? dijo el capitan de la guarda morisca.

—Solo puedo deciros que no pienso nada, absolutamente nada; sino es en que este pobre diablo de don Rodrigo ha dado por lo que se ve con la horma de su zapato: ¡diablo! ¡diablo! pues no: la estocada no ha sido de aprendiz; asi quisiera yo tener una cada vez que me encontrase delante de un enemigo.

—¿Sabeis que debe amarle mucho su esposa? la pobre señora lloraba que daba compasion.

—¡Quién sabe! yo me fio poco de las mugeres: ¡al diablo con ellas! son incomprensibles: ¿quién se atreverá á asegurar que doña Teresa no fingía, y que si hubiera obrado segun su corazon se hubiera puesto á bailar de alegría?

—Sois muy receloso, señor Hernando de Carrillo: no se llora como lloraba esa dama sino cuando se tiene el alma hecha pedazos.

—Bien se ve que sois nuevo en la corte, pero yo os aseguro que antes de mucho no sereis tan confiado. Vamos, mis valientes hijos, mis buenos renegados, gritó el capitan á sus soldados, que obedeciendo sus órdenes hacian una camilla con ramas de encina: ¿pensais que vamos á estarnos aqui todo el dia? mirad con cuánta presteza nuestros monteros han cargado con el javalí: veamos, pues, como cargamos nosotros con esta otra pieza.

Los soldados apresuraron su tarea, y poco despues cargaban cuatro de ellos con el cadáver y otros dos con los arneses del caballo.

Hernando de Carrillo se puso en marcha, y el señor Fadrique de Lara, despues de saludar al capitan, picó á su caballo y partió en busca de la cabalgata real.

—Hé aqui otro enamorado: decididamente esa muchacha tiene suerte: habia hecho un casamiento falso, y si no es tonta, podrá hacer un casamiento brillante... Pero ¿qué pensará de esto mi... muger? Paréceme que se ha equivocado. Sobre todo, estoy seguro que no tiene parte alguna en la muerte de ese bribon: ello es que Teresa es viuda... pero ya sabrá lo que haya de hacer doña Mencía... y sobre todo, nada me importa de esto.

Y el buen Hernando de Carrillo siguió adelante en silencio, espoleando de tiempo en tiempo su caballo y seguido de su gente.



Apuntes históricos.

DURANTE un año nada aconteció que de contar sea: si escribiéramos un cuento, hubiéramos llenado ese espacio intercalando algo de nuestra cosecha, pero referimos una historia, y la verdad nos obliga á ser severos en nuestro relato.

Las cosas andaban mas revueltas que nunca en Castilla, por una parte prevaliéndose de la division interior el rey moro de Granada apretaba por la frontera causando talas y daños enormes, á los que era preciso acudir, so pena de dejar abandonado el reino á una invasion sarracena: de otra parte Navarra, se aprovechaba cuanto podia de los bandos de Castilla y la acometia, la estrechaba y sostenia la guerra, encarnizada dentro por los amaños del almirante Enriquez, servia las ambiciones de su hermana doña Juana, reina de Navarra, y fuera atacando las villas fronterizas: ganóse por una parte la villa de Torija y por otra se perdió la de Atienza, con lo que, irritando al rey, le hizo marchar con el condestable y tres mil ginetes sobre la frontera de Aragon para hacer entrada por ella, y poco despues se apoderó de Berdejo en la frontera aragonesa.

Siguió adelante la guerra, y entretanto los navarros se apoderaron de Campezu y de Huelamo: á la sombra de estos empeños y reveses, la guerra civil ardia, los grandes se sublevaban, el príncipe don Enrique se sublevaba contra su padre y era en vano intentar una reconciliacion entre ellos, reconciliacion que impedian los odios y ambiciones encontradas del condestable don Alvaro de Luna y de don Juan Pacheco, marqués de Villena. El obispo de Avila don

Alonso de Fonseca, ardiente partidario de la reina, y hombre de gran ingenio, pretendió cortar estos males en beneficio del rey, y avenir al condestable y al marqués de Villena. Esto era lo mismo que reconciliar al príncipe don Enrique con el rey su padre, puesto que don Juan el segundo no veia ni obraba sino por los ojos y con las manos del condestable, y del mismo modo el príncipe se dejaba manejar enteramente por el marqués de Villena.

Al fin, el rey y el príncipe se vieron entre Tordesillas y Medina del Campo, y se avinieron, no sin que, como sucede siempre, estas avenencias fuesen en daño de tercero: las rebeldías del príncipe habian sido tales, que para descargarle de su responsabilidad, era necesario que esta cargase sobre otros, y cargó naturalmente en aquellos en quienes don Alvaro de Luna veia sus mas encarnizados enemigos. Don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, don Fernan Alvarez de Toledo, conde de Alva, don Enrique, hermano del almirante de Castilla don Alonso Henriquez, hermano de la reina de Navarra, y los dos hermanos Pedro y Suero de Quiñones fueron presos, en Portillo don Enrique Henriquez, el conde de Benavente, y Suero de Quiñones, y en Roa Pedro de Quiñones y el conde de Alva. Escaparon de una suerte semejante el almirante y el conde de Castro á quienes no se pudo lograr traer engañados á la corte, y satisfízose la opinion pública acerca de aquellas prisiones, diciendo que los tales caballeros habian sido presos por haber hecho traicion al rey, procurando introducir en Castilla al rey don Juan de Aragon y de Navarra, cosa que parecia cierta, atendido el parentesco del almirante con aquel rey y la amistad y obligaciones que unian con el almirante á los otros caballeros presos

Como era preciso y natural, confiscáronse sus estados á estas gentes, y el almirante huyó á Zaragoza y el conde de Castro á Pamplona, y entrambos caballeros hicieron de modo que el rey de Aragon y Navarra tomase la demanda por ellos, y aunque escribiese á los presos en términos altamen-

te favorables para ellos y ofensivos á la dignidad é independencia de la corona de Castilla.

Estos asuntos, el largo tiempo que fué necesario para apoderarse á viva fuerza de los castillos de los caballeros presos, el abandono en que se encontraba la administracion del reino, las continuas esacciones, los tributos forzados y onerosos con que el condestable procuraba subsanar lo exhausto del tesoro real, continuamente sangrado por las atenciones de la guerra, empobrecian mas y mas al reino, hacian que se sintiese el hambre, flaqueaba la administracion de justicia, hervian los bandidos, se multiplicaban los crímenes, y era inminente el peligro de que un dia, disuelta Castilla, fuese repartida en suertes entre los reinos fronterizos, cosa que sin duda hubiera acontecido á estar el poder en otras manos que en las de don Alvaro de Luna, hombre admirable por su valor y su prudencia, por su inaudita firmeza y su actividad incansable. Puede decirse que fué el hombre mas grande de su tiempo, y esa ambicion de que le acusa la historia, no fué acaso otra cosa que la necesidad de dominar para procurarse un poder, cuya no existencia, hubiera causado, lo repetimos, la disolucion de Castilla.

Pero las avenencias entre este grande hombre, con el ambicioso y rastrero marqués de Villena, no podrian ser de mucha duracion. Don Juan Pacheco no se satisfacia con menos que con en el mando absoluto, y necesitaba por lo tanto que su instrumento, el príncipe don Enrique, fuese rey, ó al menos que se apoderase del poder real. Con el pretesto de una rota sufrida en Humilla por don Alonso Giron, primo de don Juan Pacheco, contra los moros, rota que se atribuyó á amaños del condestable, el príncipe se separó del rey, y desde Madrid, donde estaba, pasó á Segovia, y se rebeló. Envió el rey gente á reducirle, y como el poder estaba de parte de don Alvaro de Luna, temeroso don Juan Pacheco de un desastre, tuvo habilidad para probar un nuevo avenimiento. El rey, por instigacion del condestable, para concluir

de una manera estable esta lucha, convocó córtes para Valladolid.

Todo se presentaba amenazador, todo auguraba un rompimiento estremo: los ánimos estaban exasperados, la nobleza recelaba de don Alvaro de Luna, la reina celosa del ascendiente que el condestable tenia sobre el rey, le atacaba: el palacio hervia de sordas intrigas, y el reino, sin gobierno, sin timon, marchaba de mal á peor.

Esto era cuanto en la parte pública habia acontecido durante un año hasta el mes de agosto, para el que habian sido convocadas las córtes por el rey en Valladolid. Pero en lo privado, en lo perteneciente á nuestros personages, habia otras no menos sordas é intestinas luchas, como verán nuestros lectores en los capítulos subsiguientes.



Del estado en que se encontraban algunos de los principales personages de nuestra historia.



En el discurso del año trascurrido desde el primer periodo de nuestra historia hasta la época en que nos encontramos, si bien no habian tenido lugar acontecimientos notables, se habian operado grandes variaciones en la posicion respectiva de nuestros personages.

Al muy poco tiempo del enlace del rey con la infanta doña Isabel, el condestable que habia creido encontrar un

apoyo en el agradecimiento de una princesa á quien habia hecho reina, comprendió, como hemos dicho anteriormente, que se habia engañado de una manera trascendental. Doña Isabel habia no solo querido ser reina, sino que lo fuese su esposo don Juan el segundo, y su puro amor, su rígida virtud su alta dignidad, brillando como un inmaculado diamante entre el fango de la corte, habian acabado por impresionar al rey, en cuyo carácter habia encontrado don Alvaro alguna variacion, cierto espíritu de firmeza, aunque torpe aun y vacilante, trasmitido por la reina que se habia puesto abiertamente de parte del almirante Enriquez, apoyándose en él, y en Aragon y en Navarra, por su medio, y dejando que el rey dejase cierta libertad para sus rebeldaís al príncipe y á su bando; la reina esplotaba todos los elementos contrarios al condestable, y don Alvaro se ocupaba de la reina apartando de ella con frívolos pretestos al rey, humillándole continuamente y aun amenazándole.

La reina estaba, pues, enteramente puesta en lucha con el condestable, pero aun no tenia lo que puede llamarse un partido: en los primeros tiempos pensó en doña Blanca de Navarra; pero la princesa era una pobre débil é inofensiva víctima y le fué necesario renunciar á aquel apoyo: pensó en doña Mencía de Padilla; pero doña Mencía era una muger de sistema, y su sistema consistia en variar de amigos ó enemigos, segun era conveniente y oportuno: Doña Mencía ante todo, queria hacerse una influencia, tenia talento y travesura, la importaba conocerlos á todos, y tan pronto era del partido del rey, como del del condestable, como del príncipe, habiendo ocasiones en que servia á Aragon ó á Navarra.

Doña Mencía necesitaba hacerse una poderosa influencia, porque necesitaba procurarse un hombre digno á quien amar y de quien ser amada; Doña Mencía era un ser escepcional, se habia casado sin amor, comprometida por una intriga de corte, con Hernando de Carrillo, de quien vivia enteramente separada y con quien jamás se habia unido; del mismo modo Hernando de Carrillo se encontraba en una situa-

cion escéntrica: estaba casado y no tenia muger ni nunca la habia tenido.

Esto para los dos esposos equivalia en el fondo á ser solteros, con la diferencia que Hernando de Carrillo estaba furiosamente enamorado de doña Mencía, y doña Mencía solo se acordaba de Hernando de Carrillo para abusar de él, comprometerle y utilizarle para sus asuntos.

Doña Mencía, pues, doncella y casada á un tiempo, de corazon ardiente y apasionado, necesitaba un ser á quien amar, pero no habia encontrado un hombre digno: pura y honrada por educacion, y por índole severa guardadora del honor de su padre el adelantado de Castilla Juan de Padilla, no habia dado ningun escándalo ni habia autorizado á ninguno de sus innumerables adoradores á que concibiesen una esperanza, ni á las lenguas mas maldicientes á que se permitiesen respecto á ella la mas leve intencion: por el contrario, habia obrado de tal manera, habia puesto tan de bulto su conducta, que todos sabian en la corte que Hernando de Carrillo no poseia de doña Mencía mas que el título de esposo.

Esto irritaba, y era muy natural que asi sucediese, al buen capitan del rey, que si se contenia, era por temor á la poderosa influencia de su esposa, que asi como era una muger de lo que nadie podia dudar nada respecto á su conducta doméstica, no podia decirse lo mismo en cuanto á sus intrigas de corte, en las que nadie lograba ver claro.

Asi, pues, los hombres de partido codiciaban su ayuda, y los galanteadores de oficio su amor: Don Pedro Giron, maestre de Calatrava, la habia demandado su mano, lo que queria decir que el maestre tenia por seguro deshacerse de Hernando de Carrillo, ya por disolucion de matrimonio, ya por muerte, en el momento en que doña Mencía se prestase á su política ó á sus deseos: el príncipe habia pretendido hacerla su manceba. y el rey su padre se habia declarado en el mismo concepto rival del príncipe: aun el mismo don Alvaro de Luna habia mirado con cierta intencion á doña Men-

cía, y esta, asediada por todas partes, ni habia humillado á los amantes, ni les habia dado ocasion para concebir esperanzas. Llegó un dia en qué todos prescindieron del amor para con doña Mencía, desesperados de conseguirlo; y mas que como muger, la miraron como hombre de partido.

La reina supo todo esto, llamó á doña Mencía y la esploró: por algun tiempo aquella muger estraña sirvió la causa de la reina: pero llegó un dia en que comprendió que sirviéndola se gastaria y se haria un instrumento inútil, y se pasó al partido de don Alvaro.

Pero á mas de ella habia en la corte una muger en quien doña Mencía tenia fija con recelo la vista: aquella muger era Teresa: doña Mencía la habia presentado en la corte, la habia introducido en ella casándola con un rufian, y contando tener en ella un hermoso instrumento que la sirviera en asuntos en que su dignidad y su corazon la impedian servirse á sí misma: pero Teresa habia quedado viuda de una manera providencial, y una mano misteriosa la habia provisto de oro bastante para hacerla rica é independiente, y lo fué: habia pasado al servicio de la reina y estaba enteramente emancipada de doña Mencía.

La reina comprendió á Teresa y se apoyó en ella: pero Teresa, como doña Mencía, necesitaba hacerse una influencia, valer por sí misma, y engañó á la reina, pero con una astucia superior al noble recelo de doña Isabel, cuyo altivo corazon era incapaz de comprender bajezas á que su despecho por Jimeno ó don Juan de Albornoz, arrastraba á Teresa. Servia esta, pues, á la reina y servia al condestable, sonreia al príncipe don Enrique y se dejaba enamorar por el rey.

Esta conducta oculta para todos, no lo era para una persona, víctima infeliz de la conducta de Teresa, y esta persona era don Aleluya.

Veíasele continuamente mustio y pensativo, habia perdido su locuacidad, y el bachiller Cibdadreal á pesar de la astucia del bufon, sabia bien que no estaria nunca muy dis-

tante del lugar donde estuviese Teresa. El bufon era su sombra, su guarda invisible: sabia á dónde iba y á dónde venia, pero no lo que hacia, porque el bufon para no ser notado, jamás pasaba de cierta distancia. A pesar de esto habia llegado á notar que habia un noble, jóven y hermoso caballero que amaba á Teresa.

Aquel hombre era Fadrique de Lara.

El bufon amaba á Fadrique por la sola razon de que este amaba á Teresa.

Se trataba de una viuda jóven, rica y ennoblecida, y Fadrique no vaciló en declararse pretendiente: mucho antes de que Fadrique se lo dijese, Teresa sabia que era amada, y acogió al jóven con una de esa fórmulas generales que á nada comprometen y que dejan siempre abierta la puerta á una retirada.

Pero por otra parte se aprovechaba cuanto podia de Fadrique para sus asuntos: el enamorado jóven por instigacion de Teresa, empezó á apartarse de su familia, esto es, de su tio don Pero de Aguirre, de su prima doña Elvira y del esposo de esta don Juan de Albornoz. Primero con pretesto de vivir de una manera mas independiente y de dejar de pesar como hasta entonces en el bolsillo de su tio, tomó una pequeña casita, desde cuya torre se veia el jardin de la casa de Teresa, y allí en aquella torre, en las horas en que esperaba ver en el jardin á la jóven viuda, pasaba el tiempo entristecido y pensativo, ó vagando por las antecámaras del alcázar, en busca de una ocasion en que ver y hablar rápidamente á Teresa: mas adelante, enteramente dominado y abstraido por su amor, dejó enteramente de ver á sus parientes, y acabó, en fin, por prestarse á todo lo que le exigia Teresa, entrometiéndose como un conspirador de segundo órden, como un instrumento, en los negocios públicos.

Teresa tenia á un mismo tiempo en él un conspirador y un espía: un servidor ciego, enamorado, dispuesto á romper por ella por todo, hasta por el honor.

Inútil es decir que Teresa solo le amaba como se ama á un instrumento útil, porque pensaba hacer con él uno de los escalones de la escala con que pensaba llegar al objeto de su ambicion.

Teresa, como doña Mencía, necesitaba hacerse una posicion, y con el mismo objeto á entrambas la arrastraba su corazon, con la diferencia de que doña Mencía solo buscaba á un hombre digno de su amor y aun no amaba, y de que Teresa amaba con el frenesí de la desesperacion á don Juan de Albornoz, aborrecia con toda su alma á doña Elvira de Aguirre, que se lo habia robado, y ansiaba humillar al amante traidor y vengarse de la rival afortunada.

Teresa no tenia razon, porque ella, con su insensata vanidad habia provocado el intempestivo casamiento de Jimeno, y Elvira no habia hecho mas que ceder á las exigencias de su amor y de su honor. No tenia razon, decimos. ¿Pero cuándo las pasiones han reconocido la razon, ni cuándo se han subordinado á ellas?

El corazon nos arrastra. Este es el destino de la miserable humanidad. Ansiamos lo mismo que deberíamos huir, y cuanto mas reprobables son nuestros deseos, con tanta mayor debilidad nos dejamos arrastrar por ellos.

¡Ay del alma que arde en un amor funesto! Volará en derredor de él como la mariposa, y no cesará en su vuelo hasta que la haya devorado la llama en torno de la cual gira imprudentemente.

Elvira, dama de la reina, como Teresa, estaba siempre delante de ella, satisfecha sonriente, feliz. Habia encontrado á su padre, ocupaba la brillante posicion que la correspondia, amaba y era amada por un cumplido caballero. El aspecto de esta felicidad era un tormento indecible para Teresa, que ignoraba quiénes eran sus padres, que solo disfrutaba los derechos de una nobleza concedida por merced y como por limosna, en aquellos tiempos en que el capricho de los reyes ó de los favoritos ennoblecia á cualquiera; habia perdido al hombre de su amor; era, en fin,

una existencia combatida por un torbellino de pasiones á las que daba vuelo un corazon enérgicamente tenaz y violento.

Aborrecia, pues, de muerte á Elvira, con la cual, como ya sabemos, tenia motivos de rivalidad aun antes de que se hubiese casado con don Juan de Albornoz, y ansiaba una ocasion de vengarse, pero de una manera cruel: una de las pasiones que con mas fuerza nos arrastran á los crímenes, es la de los celos, y Teresa los sentia desesperados. Por lo tanto, para procurarse una venganza segura, luchaba, conspiraba, se entrometia en los bandos para hacerse una posicion, y tanto habia luchado, que al fin habia logrado alzarse hasta la reina, hasta el rey y hasta el condestable.

Doña Mencía por su parte, tenia fija su vista de una manera demasiado cuidadosa en Teresa; veia en ella una ambicion que se alzaba, pero inesperta, audaz, confiada en sus propias fuerzas: Doña Mencía estaba segura de dar al traste cuando quisiese con aquella muger á quien habia sacado de la oscuridad de su pobre posicion. Lo que no podia esplicarse doña Mencía, era de dónde habia sacado Teresa la fortuna que la constituia en una posicion independiente: algunas veces creyó si se habria vendido como manceba al rey, al príncipe ó al condestable, pero se vió precisada á desistir de esta sospecha, en vista de razones que para ella eran concluyentes: el príncipe andaba ansioso en pos de ella, lo que significaba que nada habia conseguido, el rey la miraba con la timidez de un enamorado, y el condestable la trataba con respeto: ninguno de ellos hubiera observado con Teresa esta conducta á haber conseguido sus favores, y por otra parte, Teresa les trataba con toda la tiranía de una muger que sabe que es amada, y que no ama á quien la enamora.

Pero aconteció una cosa estraña: doña Mencía que nunca habia amado observando á Teresa, reparó necesariamente en don Juan de Albornoz, y sin notarlo, sin sospecharlo siquiera, empezó á interesarse por el jóven, y al fin creyó encontrar en él el hombre que tanto habia ambicionado.

Aunque don Juan poseia una muger que era un tesoro de pureza y de hermosura, doña Mencía comprendió que el amor que don Juan la manifestaba era afectado, violento: en efecto, don Juan, en la noche de la fiesta de las espigadoras, si se habia dirigido á Elvira, si la habia arrebatado de la fiesta, si se habia puesto en el caso de obligarse á satisfacer su honor, habia hecho todo esto bajo la influencia de la desesperacion que le habia causado el abandono de Teresa. Por algun tiempo, la hermosura, el candor y la pasion de Elvira, le hicieron creer que habia olvidado enteramente á Teresa: pero lentamente su antiguo amor se sobrepuso á su amor ficticio; la noble conducta de Teresa en la corte la sinceró á sus ojos; se arrepintió de haber obrado con precipitacion y volvió á adorar á Teresa. Pero huyó de ella, esquivó su vista, luchó por olvidarla, se dedicó esclusivamente á Elvira, pobre inocente que gozaba un paraiso con las demostraciones de amor de su esposo. Pero doña Mencía no se engañó: comprendió que don Juan se violentaba, y en vista de su sombrío disgusto, no teniendo motivo para atribuir aquel estado á Teresa, creyó que don Juan, como ella, tenia sed de amor, la agradaban el carácter y la posicion del noble jóven, y se decidió á probar si era efectivamente digno de su amor.

Pero doña Mencía era prudente, y supo hacer callar á su corazon y contenerlo hasta el momento en que estuviese segura de que podria entregarse sin reserva á aquellos amores.

Esta era la posicion relativa en que se encontraban nuestros principales personages, posicion, que á estrecharse como debia estrecharse necesariamente, producirian una esplosion. Mas adelante veremos lo que resultó de este estado de cosas, y de qué manera los asuntos privados de algunos vinieron á influir en los negocios públicos del reino.



En el que se esplica lo que no ha podido esplicarse en el anterior y se continúa el detalle de otros no menos interesantes sucesos.

Habia en Valladolid por aquellos tiempos en un estremo de la poblacion, que entonces era tan monstruosamente estendida como ahora, y cerca de la puerta de Tudela, apoyándose en el muro, un destartalado meson que no sabemos por qué causa se llamaba en aquellos tiempos el meson del Gato, sino es porque el dueño era un tanto marrullero, astuto y morlaco: llamaban este tal Andresillo Zampabuches, que como conocen nuestros lectores, era un nombre villano, que hacia pensar mal, por sí mismo, de quien le llevaba.

El tal Andresillo era en efecto un bribon como de treinta y cinco años, diez de los cuales los habia pasado en galeras por no sabemos qué virtudes negativas que encontraron en él los señores alcaldes de la casa y corte del rey cuando era mozo, y habia aprovechado de tal modo la enseñanza de los diez años de *gurapas*, que cuando la sala, en vista de su humilde y recordatorio memorial, le dió por libre horro y suficientemente castigado, el tal Andresillo era capaz de cortar un pelo en el aire, y diestrísimo y consumado en todo lo que podia buenamente llamarse malo.

Pero habia adquirido en galeras, y por temor al corbacho del comitré, una virtud que no le habian conocido los alcaldes de casa y corte: esto es, se habia hecho hipócrita y suave de una manera prodigiosa, y hasta tal punto, que quien no conocia sus antecedentes, se veia obligado á decir

de él á primera vista por resultado de su aspecto: hé aqui todo un hombre de bien.

Pero bajo aquella capa, el buen Andresillo tenia mas garras que un escribano, peores intenciones que un jorobado, y el alma mas holgada y ancha para toda clase de picardías que un usurero.

Y como en el mundo, antes, ahora y despues, ha servido, sirve y servirá un hombre, tanto mas cuanto mas malo sea, Andresillo, para todo género de bribones y bribonadas era un hombre útil, y sobre útil, reservado, y sobre reservado esperimentadísimo, que no podia serlo menos quien cerca de diez años habia estado en un banco entre un grillete y un remo, en relacion íntima y estrecha con toda clase de inteligencias y capacidades.

Andresillo habia, pues, aprendido entre las principalísimas cosas que sabia, que á aquel que vivia y obraba con cierta maña, y tenia mucho dinero, no le ahorcaban ni le destinaban á galeras, ni aun le azotaban; y desde el momento en que pudo, se destinó de la manera mas mañosa del mundo á hacer dinero, para lo cual pensó trasladarse á la corte, lugar el mas á propósito del mundo para que gentes de cierta clase se enriquezcan, y como lo pensó lo hizo; y como lo hizo de repente, y con buenas esperanzas, le salió á las mil maravillas, haciendo su buena suerte, que siempre protege á los pícaros, que entrase en Valladolid por la puerta de Tudela, que se le pusiese ante los ojos el meson del Gato, y á la puerta de él la mesonera, moza robusta y de empaque que en su desenfado, y en cierto puntillo de soberbia y dominio, daba á entender claramente que tenia, como suele decirse, bien cubierto el riñon, ó para decirlo mas claro, que tenia en el fondo del arca un gato bien relleno de escudos de oro.

Pensó Andresillo, se relamió, envistió la fortaleza posaderil, valiéndose de su esperiencia, y tan acertado andubo y tal maña se dió, que á los ochos dias la entró al asalto, y al mes no cumplido se apoderó de ella en regla. Es decir, que se casó con la posadera.

Pero esto no bastaba: al año la enamorada cónyuje se prestó á hacer un testamento mancomunado, en que se declaraban recíprocamente herederos marido y muger; y á los trece meses del consorcio la mesonera pasó á mejor vida. Nadie se entrometió á averiguar de donde la habia provenido su enfermedad postrera: pero de tiempo en tiempo el solapado de Andresillo solia esclamar:

—Era mucha muger mi Maruja, para que hubiera podido vivir mas tiempo... el casarse conmigo la mató.

Y como Andresillo era buen mozo y robusto, y decia aquello con cierta sonrisita maliciosa, todos se sonreian maliciosamente de escuchar aquellas palabras, pero nadie pensaba mal.

Desde que Andresillo quedó viudo, se estendieron sus relaciones: no habia mancebo galanteador en la corte que no frecuentase su posada, ni dama aventurera que no conociese su nombre aunque no lo confesase, ni comerciante de vidas que no le quisiese, ni usurero ó dueña buscona que no le buscasen. La casa por delante de la cual pasaban los alcaldes y las rondas con menos cuidado era la suya, y vivia, en fin, en una dulce pero prudente libertad, querido de todos, buscado por todos y por todos regalado, pagado y solicitado.

Y no se crea que sus relaciones se limitaban á cierto género de personas: conocíanle graves y altísimos personages sin dejar de contar entre ellos á don Juan Pacheco, marqués de Villena, á su hermano á don Pedro Giron, gran maestre de Calatrava, y aun al mismo príncipe don Enrique, sin entrar en cuenta otros altos y encopetados señores.

Una noche, por el tiempo en que marcha nuestra historia, entróse de rondon un hombre alto y mal carado en la posada, y apenas estubo dentro, cuando lanzó un seco silbido, semejante al que se usa para llamar á un perro, al cual silbido se presentó nuestro Andresillo con un asador en la mano en el que tenia ensartada una gallina.

—Buen modo de presentarse á un amigo, dijo el recien llegado: basta con lo visto para saber que aqui no nos podemos morir de hambre.

—Siempre hay en mi corral una docena de aves cebadas para el buen Pero Valiente, contestó Andresillo.

—Hagamos, pues, cierto ese ofrecimiento, encerrémonos con un par de capones, media docena de botellas y otras golosinas, y hablemos.

—¿Tienes que hablarme?

—Y tanto como tengo.

—Pues sígueme.

Entregó Andresillo el asador á un marmiton, y subiendo unas escaleras se encerró con Pero Valiente en un aposento retirado, despues de haber hecho cubrir una mesa con viandas y frascos de vino.

—¿Y de qué se trata? dijo Andresillo mientras Pero Valiente envestia á una pechuga de pato cebado.

—Se trata de muchas cosas.

—Pero entendámonos: ¿esas cosas merecen la pena?

—¡Y cómo si la merecen! Se trata nada menos que de dar al traste (el bribon bajó la voz) con el señor condestable.

Andresillo se sacudió los dedos como quien se quema.

—¡Diablo! dijo... pues mira, el asunto es mas que peliagudo: el condestable es ni mas menos que el rey de Castilla: ya va de muchas que se le acomete y siempre ha vencido... y no es lo malo que haya vencido, sino que al vencer ha revolcado á los que han querido dar con él al traste: que lo digan sino los Henriquez y los Quiñones, y los Benaventes.

—Antes se han hecho las cosas de mala manera.

—¿Y ahora?

—Ahora contamos con mas recursos.

—¿Y entre esos recursos estoy yo?

—Indudablemente: antes nos reuníamos en la abadía de Juan-sin-alma, pero hace un año sucedió allí una traicion y nos vemos reducidos á buscar otro lugar.

—Y habeis pensado en mi casa.

—Tu casa tiene grandes sótanos, y en esos sótanos una mina que sale al cauce del Esgueva.

—Todo eso es verdad; pero á mí me va muy bien con mis negocios y no me conviene meterme en tantas honduras.

—Eres un cobarde, Andresillo.

—Si se tratára de otra persona... ¡pero tratándose del condestable!

—Te digo que de esta cae.

—Veamos vuestro plan.

—El condestable está enamorado.

—¡Enamorado!

—Como un loco: y ya sabes que quien se enamora...

—De cinco sentidos pierde por lo menos tres: la vista, el oido y el olfato, porque no ve, ni oye ni huele mas que á la muger que le enamora.

—Asi, pues, el condestable está ciego... y si no lo está, está á punto de serlo: sucede ademas que de la muger á quien ama el condestable está enamorado, y es correspondido, mi señor el contador mayor del rey Alonso Perez de Vivero; y como mi amo ha sido page del condestable, y goza de su favor, conoce sus secretos y sus artes, le aborrece por celos, y puede servir de mucho para hacer que abra los ojos el rey.

—Pero al rey no se acerca nadie mas que las personas que el condestable quiere.

—Se acerca una, en la que por pequeña nadie repara.

—¿Y quién es esa persona?

—Don Aleluya.

—¡Bah! ¡el bufon! ¿Y para qué puede servir ese mal engendro mas que para decir sandeces?

—Te engañas; no hay hombre, por inútil que sea, que no sirva de mucho en su tiempo y ocasion. Hay medios para que don Aleluya se declare enemigo abierto del condestable.

—¡Otra muger! dijo con sarcasmo Andresillo.

—¿Y por qué no? acaso don Aleluya no tiene corazon?

—Con malas armas contais.

—Añadamos la influencia de la reina, que ya es otra muger.

—El condestable la vencerá.

—Añadamos otra muger.

—¿Cuál?

—Doña Mencía de Padilla.

—¡Ah! ¡ah! paréceme que das mucho valor á esa dama.

—¿Y cómo si se lo doy? Pero doña Mencía de Padilla...

—Obra en su tiempo y ocasion segun le conviene, segun marchan las cosas en pró ó en contra de doña Blanca de Navarra.

—Que ya es otra muger.

—Pues concluyamos: esta es una rebeldía de mugeres.

—Ni mas ni menos, y manejándolas bien...

—Pero en último resultado, cuáles son mis ventajas en este negocio.

—Tu meson está afortunadamente junto á la puerta de Tudela: por esta puerta entrarán uno á uno los conjurados y te se presentarán.

—¿Y cómo podré conocerlos?

—De una manera muy sencilla: cada uno de nuestros hombres te dará veinticinco florines de oro.

—¿Y cuántos serán, sobre poco mas ó menos, los conjurados? dijo Andresillo, en cuyos ojos brilló una chispa de codicia.

—Sobre cincuenta.

Andresillo escribió algunos guarismos con el dedo sobre el polvo de la mesa, y multiplicó cincuenta por veinticinco, operacion que le dió por resultado una cantidad de mil doscientos cincuenta florines.

—Pero esta es una cantidad enorme, dijo; y sin duda se me exigirá algo mas.

—Sí por cierto: se exige de tí que tengas en los subterráneos cincuenta buenos caballos, cincuenta arneses y cincuenta lanzas.

—El precio de todo eso será necesario adelantarlo.

—No por cierto; te se dará el dinero: de modo que cada conjurado, suponiendo que te cuesten el caballo y los arneses de cada uno seis florines, te dará diez y nueve.

—¿Y nada mas se me exige?—Algo mas.—Sepamos.

—Lo que te se exige por último no te costará dinero.

—¿Y qué es?—Que avises de cualquier huésped ó persona que te parezca sospechosa, de cualquier suceso estraño, ¿estamos, eh?—Comprendido.—¿Aceptas?

Rascóse detrás de la oreja derecha en ademan distraido Andresillo.



—¿Que si acepto, eh? bien quisiera aceptar, pero..,

—¿Pero qué?..

—El negocio...

—Es negocio en que se juega la cabeza.

—Pues vé allí una razon demasiado fuerte para que no acepte.

—Es que de igual modo la arriesgas, si no te prestas á servirnos.

—¡Cómo! ¿qué?... esclamó Andresillo todo hosco, levantándose, ¿se pretende acaso mandar en mi casa?

—Escucha, Andresillo, repuso con grande aplomo Pero Valiente engulléndose un tasajo de solomo: ello es cierto que hay algunas gentes que se entromenten á mandar en nuestra casa, ni mas ni menos como en la suya... pero á veces, hijo, vale mas obedecer... y mas cuando de tal modo nos pagan la obediencia, que esponerse... vamos... es ya tarde y yo me voy... ten presente esto... dentro de tres dias, al oscurecer, ha de estar dispuesto todo: cincuenta caballos, cincuenta arneses y cincuenta lanzas, para cuyo efecto te dejo en esta bolsa trescientos florines.

Y Pero Valiente se descolgó un pesado bolson que llevaba pendiente de un cinto de cuero al lado de su tremenda espada.

—Cuando se manda de este modo, dijo Andresillo, no hay otro medio que obedecer. Dí á don Juan Pacheco, que es quien sin duda te envia, que soy su mas reverente criado.

—Y yo te digo de parte de don Juan Pacheco y del arzobispo de Toledo, su tio, que, como sabes, son dos altos y temibles señores, que si por un acaso llega á tener noticia el condestable de lo que se trata...

—¿Quieres callarte, Pero? Pues, ¿y por qué habia yo de esponerme?... allá ellos, allá ellos... que yo siempre saldré bien sin hacer traicion á nadie.

—Pues á Dios Andresillo.

—A Dios Pero Valiente.

El antiguo capitan de la gente de armas de la cofradía del Cristo de las Tinieblas salió, y calándose la gorra hasta los

ojos atravesó un estrecho puente sobre el Esgueva y se perdió en la revuelta de una calle inmediata.

Apenas habia quedado solo Andresillo en la misma habitacion donde habia estado encerrado con Pero Valiente, cuando se abrió la puerta y apareció un alto y fornido señor, vestido con camelote negro, con cadena dorada al cuello y grandes trazas de principal, aunque con aspecto algo mas de un tanto rudo y salvaje.

Andresillo ocupado en contar las monedas que le habia dejado Pero Valiente no reparó por el momento en él, y el hidalgo fué á sentarse en la misma silla que habia ocupado el rufian.

Entonces no pudo menos de verle Andresillo.

—¡Ira de Dios! pensó mientras le saludaba: ¿á quién servirá ahora el señor Hernando de Carrillo?

—¿Sabes que me van entrando grandes ganas de meterme á posadero, Andresillo? dijo el capitan del rey mirando de una manera harto intencionada el dinero que Andresillo guardaba precipitadamente.

—¿De veras, señor? dijo afectando la mayor candidez del mundo el posadero.

—¿Cómo que si de veras? ¡como que no hay mas que despreciar un oficio que de tal modo produce! ¡vientre de Lucifer! no he visto yo nunca junto tanto oro.

—¡Bah, señor! la cadena que llevais al cuello vale mas, mucho mas, y luego este dinero no es mio... es un depósito que me ha dejado un viajero que tiene que atravesar toda Castilla, y que como están tan plagados de bandidos los caminos, no se atreve á llevar consigo su oro.

—¿Y ese viajero va á Navarra ó á Aragon?

—Lo ignoro, señor.

—Precisamente debe ir á uno de esos dos reinos... yo conozco el rastro por la pieza... de seguro, si ese hombre sale de Valladolid, no para hasta ir á visitar á don Fadrique Henriquez ó al conde de Castro.

—Bien podrá ser, señor.

—Puede suceder tambien que mientras él vuelve te encerremos con este saco en la cárcel, donde entrambos estareis mucho mas seguros que en una casa pública.

Y con su puño de hierro asió el saco que tenia en la mano Andresillo y le retuvo.

Quedóse maese Andrés hecho una estátua: el rostro del capitan demostraba una intencion profunda, y sobre todo, que habia ido allí á tiro hecho; todo consistía en que doña Mencía de Padilla sostenia un espionaje inmenso, porque la policia secreta, aunque no haya tenido hasta los tiempos modernos este nombre, es una institucion muy antigua, y apenas habia puesto los pies en la villa Pero Valiente, lo habia sabido doña Mencía, y habia sobrevenido el capitan Hernando de Carrillo, que era un eterno instrumento de su muger.

Mas adelante sabremos el verdadero interés que doña Mencía tenia en mezclarse en estas intrigas.

Volviendo á nuestros personages, Andresillo vió, como suele decirse, la muerte al ojo: con Hernando de Carrillo, no le quedaba el recurso de la fuerza, porque el buen capitan era forzudo y valiente como un toro, y el de la astucia era dudoso, puesto que Carrillo era malicioso y sutil como un escribano: asi pues, Andresillo se decidió por un término medio, y dijo con el mayor aplomo del mundo al capitan:

—Yo creo, señor, que debemos esplicarnos.

—Espliquémonos.

—¿A qué habeis venido á mi casa?

—¿Por qué te han dado esta bolsa?

—Estamos como al principio.

—Pues concluyamos, dijo el capitan quitándose la rica cadena que llevaba al cuello y echándola en el saco: tú dices que esta joya vale tanto ó mas que el dinero que aqui se encierra: si cantas de plano, todo es tuyo; si no me satisfacen estas esplicaciones... peor para tí, mucho peor.

—En verdad, señor, que yo hubiera deseado que nadie

se acordara de mí; pero á veces vive uno en sitios que parecen buenos á ciertas gentes para sus asuntos, y hay gentes tan poderosas, que en vano pretende resistir á sus deseos un desdichado como yo.

—Es decir que se necesita tu casa.

—Sí señor.

—¿Y quién la necesita?

—El marqués de Villena.

—¿Y para qué?

—Hé ahí, señor, lo que no se me ha dicho.

—Quiero suponer que nada sepas... pero voy á iluminarte... el marqués de Villena no puede querer tu casa, sino para alguna nueva rebeldía del príncipe don Enrique.

—Lo que no me agrada mucho, señor: quien ha estado ya diez años en *gurapas*, se hace prudente y evita que tengan nada que ver con él la justicia ni señores tan poderosos como el escelente condestable don Alvaro de Luna: pero hay situaciones... el arzobispo de Toledo, el maestre de Calatrava, y el marqués de Villena, son tambien poderosísimos señores, y cuando un pobrete como yo se encuentra como quien dice entre la espada y la pared, no le queda mas recurso que escurrir el bulto, lo que yo no puedo hacer porque no puedo abandonar mi casa sin arruinarse.

—Escucha, maese Andrés, se me ocurre un escelente medio.

—¿Cuál?

—Sirve á esas gentes.

—¿Que las sirva, señor? ¿y el condestable?

—Sirve tambien al condestable.

—Pues no veo la manera de servir al mismo tiempo á dos gentes enemigas.

—Engaña á la una, dijo el capitan.

—Es decir que engañe al marqués de Villena.

—Justamente.

—El marqués de Villena me mandará azotar si le engaño.

—El condestable te mandará ahorcar si no le engañas.

Volvió á encontrarse perplejo el antiguo galeote, ante el amenazador y seguro acento de Hernando de Carrillo.

—Y bien, dijo al fin, ¿quién me asegura de la venganza de los rebeldes?

—Mi fé de caballero.

—Vuestras intenciones son sin duda buenas, señor, pero ¿quién os asegura de la fé del condestable?

—Su interés, su nobleza, su poder.

—Bien, muy bien; de todos modos es inútil que yo luche y me resista: solo la suerte puede salvarme de este terrible aprieto: ¿qué se quiere de mí?

—Que nos avises, punto por punto de todo lo que sepas.

—Os avisaré.

—Si asi lo haces, tendrás en recompensa este saco con todo lo que encierra y que me llevo conmigo en rehenes.

Acometieron sudores de muerte á Andresillo al ver que el capitan se colgaba el saco en su cinturon.

—Pero ved, señor, dijo, que este dinero no es mio.... que me lo han dado para....

—¿Para qué?

—Para comprar cincuenta caballos, cincuenta arneses y cincuenta lanzas.

—¡Oh! pues por eso no queda, yo te vendo todo eso.

—¡Señor!

—¿Qué te importa?

—Es verdad... nada me importa, pero...

—¿Cuándo necesitas esas armas y caballos?

El hostelero meditó un momento.

—Esta noche, dijo.

—¿Dónde?

—En Casa-quemada.

—¿Y qué casa es esa?

—Es una alquería situada á media legua de Valladolid á la orilla izquierda del Esgueva.

—Los tendrás: ahora bien, ¿para cuando te han pedido esos caballos y esas armas?

—Pasado mañana deben estar en los sótanos de mi casa.

—Bien, muy bien; ten presente que ya sabemos lo bastante para estar sobre aviso... y que á la primera traicion, mueres: para desbaratar ese plan, que ya sabíamos antes de que yo viniera á tu casa, tenemos medios sobrados, pero queremos apoderarnos de toda esa gente... ¿entiendes? dar un golpe maestro... si eso no sucede por tu causa... te colgamos..... con que á Dios maese... Cuando tengas que avisarnos de algo, ya sabes... yo soy el capitan de la guarda morisca del rey, y se me encuentra siempre en el alcázar... con que... á Dios.

—Pero señor, dijo Andresillo, viendo que el capitan se llevaba decididamente los trescientos florines: espero que no olvidareis...

—Los caballos y las armas, ¿eh? descuida.... los tendrás esta noche en la Casa-quemada.

Y sin decir mas el capitan salió.

El hostelero quedó aterrado, como un lobo que yendo por su camino, sin objeto alguno, cae en una trampa, y se encuentra sujeto por sus brazos de hierro: si hacia atraicion á don Juan Pacheco, le esperaba una desgracia, si no servia al condestable se esponia á la horca. Su conciencia le recordó todas sus picardías, y como aunque rufian y ladron era cristiano, creyó que le castigaba Dios.

Perdido estaba en un torbellino de pensamientos contradictorios, cuando se le presentó un caballero jóven y apuesto.

—Necesito hablaros á solas, le dijo.

Andresillo se despojó cortesmente de la caperuza, llevó al recien venido á un aposento apartado, y cuando estuvieron en él, le dijo:

—Puede hablar vuesamerced cuando guste, caballero.

—Ante todo, bueno será que conozcais por las obras con quien hablais: dijo el jóven poniéndole un bolsillo en las manos.

El hostelero tomó el bolsillo estremeciéndose porque no sabia si aquel oro le traeria un nuevo compromiso.

—Me han dicho, continuó el jóven despues de haberse dado á conocer con el anterior sonante prólogo, que vos sois muy servicial y muy discreto para ciertos asuntos.

—Segun y conforme sean esos asuntos, señor.

—Se trata de una muger, de una dama.

—¡Ah! esclamó respirando Andresillo.

—Pues, de una dama que acaso me vea precisado á traer á vuestra casa, en una ocasion dada; hoy, mañana, dentro de un mes... cuando me sea posible, en fin.

—En mi casa encontrareis siempre secreto y silencio.

—Bien, muy bien; pero vuestra casa es una casa pública.

—Que no por eso deja de tener mas de una entrada secreta.

—¿De modo que podré traer á esa dama sin temor de que sea vista?

—Venid conmigo, y os diré el medio.

Andresillo se trasladó al despacho, tomó de un cajon del mostrador una llave, y llevando consigo al jóven por un pasadizo, le condujo á un postigo que abrió con la llave que habia tomado.

Entrambos se encontraron en una calleja tétrica.

—¿Sabeis qué calle es esta? dijo el hostelero.

—Sí por cierto: es el callejon de los Gitanos.

—Pues bien, cuando os convenga podeis venir por aquí: como veis, la calle tiene muy pocas casas, y la mitad de ellas deshabitadas: de noche, aunque haga luna, está por su estrechez oscura como boca de lobo: aunque la dama grite, lo que no creo que suceda, una vez aqui, ningun vecino se asomará á su ventana. Cuando llegueis á este postigo, tirareis de este cordon que está en ese marco y hareis sonar fuertemente una campañilla. A esta señal, yo cerraré todas las puertas y solo dejaré franca una escalera, junto á la cual hallareis una luz; en lo mas alto de la escalera, encontrareis en un corredor un aposento que tiene el número siete, y que podreis abrir con esta misma llave, con la cual habreis abierto el postigo.

—Bien, muy bien, maese Andresillo; estoy satisfecho de vos.

—Me habeis pagado bastante para que yo os reserve el aposento número siete por quince dias: pero en pasando este tiempo, será necesario que me aviseis.

—Bien, muy bien.

—Ahora, señor, si quereis, salid por la puerta principal.

—No; me voy desde aquí.

—Pues entonces tomad la llave y hacedme la merced de cerrar el postigo. Que os guarde Dios.

El hostelero entró, encajó el postigo y el caballero le cerró, despues de lo cual tomó apresuradamente la salida del callejon de los Gitanos.

Aquel caballero era Fadrique de Lara, el sobrino de don Pero de Aguirre.

Apenas Andresillo estuvo en su trastienda, cuando se le presentó una dueña rebozada.

—Guardeos Dios, maese, le dijo.

—¿Qué quereis, buena madre? dijo saliéndola al encuentro el ex-galeote.

—Quisiera hablaros en secreto dos palabras.

—Hablad, aunque sean ciento.

—Una hermosa dama me manda entregaros esta sortija.

Andresillo la tomó, y su inteligente vista le dijo que se trataba de un rico diamante.

—¿Y qué quiere esa dama? dijo guardando la sortija.

—Esa dama sabe que sois discreto y callado, y necesita un aposento en vuestra casa.

—¿Para cuándo?

—Para mañana, para pasado mañana ó para dentro de un año.

—Decid á esa dama lo que vais á ver y á oir, dijo el hostelero tomando otra llave del mismo cajon donde habia tomado la anterior, y llevándola al mismo postigo á donde habia llevado á Fadrique, le dió las mismas instrucciones y añadió:

—Decid á esa señora que durante quince dias desde hoy,

tendrá dispuesto y corriente el aposento número ocho de la galería; pero que si le necesitase despues será preciso que me avise

—Bien, muy bien, maese; quedo perfectamente enterada y prefiero irme por aqui.

—Os acompañaré, dijo Andresillo; y cerrando el postigo y entregando la llave á la dueña, la acompañó hasta la salida del callejon de los Gitanos, se despidió de ella y dió la vuelta para buscar la puerta principal de su posada.

Antes de llegar á ella, se tropezó con otro caballero, que le detuvo al reconocerle.

—En tu busca iba Andrés, le dijo.

—¿Y qué me quiere vuesamerced, señor Barrasa?

—Poca cosa. Necesito cuatro bribones desalmados capaces de todo, que sean buenas espadas, y que no conozcan al príncipe don Enrique.

—¿Y para qué quiere su señoría?...

—A tí te se puede decir todo... el príncipe anda enamorado de cierta dama de palacio que es un tanto andariega, y suele salir de noche acompañada de un solo escudero...

—¡Ya! y su señoría...

—Su señoría quiere robar á esa dama.

—Bien, muy bien. Tendremos los cuatro bribones que me pide vuesamerced.

—Que desde mañana á la noche esperen, desde la oracion hasta la media noche en el Espolon viejo.

—Esperarán.

—Por cada noche que pase darás á cada uno de ellos una dobla.

—Ved, señor Barrasa, que de cosas como esta me debe ya su señoría...

—Ya sabes que su señoría, aunque tardío, es buen pagador y nunca repara en cuentas.

—Asunto concluido: entremos y daré á vuesamerced una llave del postigo.

—Es inútil, ya sabes que su señoría tiene una.

—Es verdad.

—Ahora bien, desearia que tuvieses dispuesto el aposento número siete.

—No puede ser, le tengo dado.

—El ocho.

—Tampoco... será necesario que su señoría se contente con el nueve.

—Es el peor.

—Y bien... yo no puedo remediarlo... ¿cómo habia yo de preveer?...

—Sea el nueve, y á Dios, Andrés; cuento con esos cuatro.

—No faltarán.

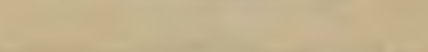
Barrasa, que era caballerizo del príncipe, siguió adelante, y Andresillo quedó solo en su posada murmurando:

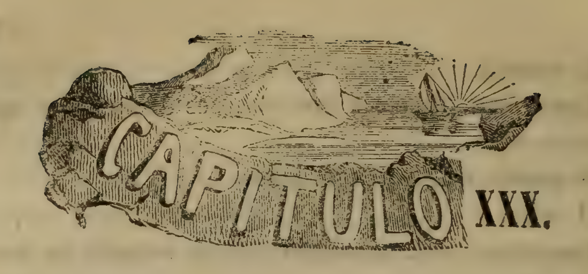
—Mis negocios van bien: mis parroquianos crecen, mi casa adquiere cada dia mas fama: pero ese maldito asunto de don Juan Pacheco... y bien, ya encontraremos medio de quedar á salvo.

Y dirigiéndose á las caballerizas gritó á uno de los mozos:

—¡Ola! ¡Pablo! el caballo tordo rodado; enjaézalo al momento y sácalo á la calle por el corral.

Tras este mandato Andresillo entró en su aposento situado en el piso bajo, tomó un capacete, una adarga y una lanza de las de á la gineta, se ciñó una larga espada, y calzándose una tremenda espuela en el pie izquierdo, salió al corral, montó en un caballo fuerte y de gran alzada que le tenia un mozo, partió y salió de la villa por la puerta de Tudela tomando un camino transversal que conducia á la Casa-quemada.





CAPITULO XXX.

En que se da á conocer el estado en que se encontraba Teresa un año despues de su viudez.

Era el trasponer el sol de una hermosa tarde del mes de agosto de 1448.

Dos personas paseaban lentamente por una de las galerias altas del alcázar viejo de Valladolid. Aquellas dos personas eran el médico del rey Fernan Gomez de Cibdadreal, y nuestro buen conocido don Aleluya.

El bachiller estaba estacionado, parecia que no habia pasado sobre él un solo dia: era el mismo hombre, alto, seco, huesudo, pálido, de semblante grave y traje negro. Por el contrario, parecia que sobre el bufon habia pasado un siglo; sus megillas se habian demacrado, sus cabellos habian encanecido, arrugádose su frente, y se mostraba mas pequeño porque se habia encorbado: sus chistes habian empalidecido y en su mirada se veia esa mate lacidez que se advierte en todos los que están poseidos durante mucho tiempo por un pensamiento fijo.

Parecia que sobre don Aleluya habian pasado veinte años: era, pues, un viejecillo; sus chistes empezaban á cansar al rey porque se habian hecho demasiado agresivos y cáusticos, y la bolsa del pobre loco no habia crecido á pesar de haberse prestado á venderse á Teresa. Estaba, pues, tan pobre como viejo.

—Vos morireis de consuncion, mi buen Aleluya, le decia cariñosamente el médico, si no seguís mis consejos. Os inte-



D. Juan II.
lám. 10.

resais demasiado por esa dama: ¿qué os importa lo que sea ó deje de ser? ¿No es viuda, libre y rica? ¿no decís que está emancipada enteramente de doña Mencía de Padilla?

—Es verdad, señor bachiller, es verdad: hace mucho tiempo, desde poco despues de la muerte de don Rodrigo, que doña Teresa vive sola en su linda casita del Espolon acompañada únicamente de una dueña, dos doncellas, un paje, un escudero y un palafrenero: es cierto que vive honestamente reducida á su luto; que nadie tiene que decir de su recato; que es la dama mas respetada de su alteza, y que con su virtud ha hecho callar las murmuraciones que nacieron á su llegada á la corte acerca de su orígen. ¿Pero de qué vive? ¿con qué paga esa servidumbre? Sé de seguro que á los tres dias de la muerte de don Rodrigo, se trasladó á esa casita y envió las llaves del palacio de la calle del Conde á doña Mencía que encontró en él cuanto la habia dado sin que faltara un traje ni una joya. Ella era pobre, tan pobre como yo; doña Mencía viendo que no le sirve la ha abandonado, y sin embargo, Teresa mantiene su casa noblemente y se presenta con ricos lutos en el alcázar á desempeñar las obligaciones de su oficio. Ya veis que aqui hay misterio.

—Y bien, ¿qué os importa? dijo el médico.

Don Aleluya calló y suspiró como siempre que despues de una conversacion semejante, le hacia el bachiller la misma pregunta.

—La razon de que doña Teresa satisfaga puntualmente sus nobles gastos, continúo el médico, es muy sencilla. Como dama de la reina...

—Tiene un sueldo que no la pagan, dijo con amargura don Aleluya; hace mucho tiempo que los oficios en palacio son enteramente honoríficos. En cuanto á mí, ya sabeis que despues de haber gastado mis ahorrillos, me veo reducido á pegarme al rey para comer, y cuando su alteza va á la guerra, ó hace como que va, en fin, cuando el rey se separa de la reina, me veo precisado á comer de limosna presentándome á la hora precisa en casa de algun conocido y sentándome

sin ceremonia á su mesa; ademas, mi ropilla está ya tan raida que toca en desvergonzada, y el rey no ha pensado en comprarme otra.

—Eso consiste en vuestra enfermedad, en vuestra tristeza. ¿Qué quereis que haga don Juan el segundo, que es tan egoista, con un loco que no le divierte?

—Esto consiste en que el rey tiene bastante juguete con estar enamorado... ¡Ira de Dios! el rey está tan loco como yo, y casi casi tan pobre como yo... pero no se trata de eso, sino de que no pagándosele su sueldo á Teresa...

—Teresa priva con la reina.

—La reina está mas pobre que yo.

—En último caso, os repito que nada me importa. Doña Teresa tiene indudablente oro, puesto que lo gasta; y ese oro saldrá de alguna parte que no puede menos de ser honrada, puesto que nada se murmura de esa dama en la corte.

—Si no se murmura, es porque todos no tienen los ojos que yo tengo.

—¿Luego habeis visto algo?

—He visto mucho.

—Y... ¿qué habeis visto?

—He visto que el condestable...

—El pobre condestable tiene sino de que se le atribuya todo lo maravilloso que acontece en Castilla, ó por lo menos en los lugares donde se halla.

—El condestable trata con demasiado afecto á Teresa, y algunas noches...

—¿Habreis sido capaz de rondar la casa de Teresa?

—Y he visto lo que no hubiera querido ver.

—Vamos, don Aleluya; estais verdaderamente loco: hasta ahora habia creido que erais el hombre mas cuerdo de Castilla, pero me equivoco: vos estais rematadamente perdido: estais enamorado de esa dama y veis visiones.

—Ademas de que para el amor no hay alma vieja, ni desengaños, ni imposibles, hay otros afectos superiores al amor que engendra el deseo; afectos santos, puros, inma-

culados... ¿Qué tendria de estraño que yo amase con uno de esos afectos á Teresa?

—Solo se ama como decís á una hija ó á una hermana.

—¿Y quién os ha dicho que Teresa no sea mi hija? esclamó el bufon, pronunciando estas palabras que parecian por su acento particular una esplosion de su alma.

—¡Vuestra hija doña Teresa! esclamó el bachiller deteniéndose y lanzando una ruidosa carcajada.

—Es verdad, dijo el bufon rehaciéndose como si le hubiera pesado el haber pronunciado aquellas palabras: os parece ridículo que un ser tan raquítico como yo pretenda ser padre de una dama tan hermosa... teneis razon, es una locura.

Lo que no habia creido Cibdadreal por el exabrupto de don Aleluya, le hizo vacilar por el acento de su disculpa.

—En verdad, dijo, que nada tendria de estraño: se han visto casos... y luego la ciencia no lo contradice... ¡no! ¡no! y luego yo recuerdo que en otro tiempo, en vuestra juventud mas de una hermosa dama se reia de muy buen grado con vuestras agudezas.

—Pues confianza por confianza bachiller, dijo el bufon.

—¿Creeis que yo tenga algun secreto que revelaros?

—¿Acerca de Teresa? sí: habeis estado encerrado con ella durante un mes: durante aquella terrible enfermedad que la avino hace un año; ella amaba á Jimeno, quiero decir, á don Juan de Albornoz, y no pudo resistir al verle casado con doña Elvira de Aguirre. La enfermedad de Teresa fué una de esas terribles enfermedades en que el delirio se apodera del enfermo, y cuando deliramos lo decimos todo... todo cuanto se encierra en nuestra alma.

El bachiller miraba gravemente á don Aleluya.

—Bien sabeis, le dijo, que los secretos que un médico escucha de los labios de un enfermo durante un delirio, son tan sagrados como los que revela el penitente al sacerdote. Seria necesario que os asistiesen tales derechos....

—¿Y si los tuviese?... esclamó anhelante el bufon.

—¡Oh! si me probáseis palpablemente...

—¿Me rebelariais?.. porque yo necesito tener un exacto conocimiento del corazon de Teresa... lo necesito de todo punto, para deducir, para juzgar... vos no sabeis á qué estremo podriamos llegar... ¡oh! ¡no! si es preciso que yo hable, hablaré: si es preciso que pruebe, probaré. Venid, venid conmigo.

Y tomando la galería adelante seguido del bachiller, le condujo á su zaquizamí, á aquella torrecilla que describimos en el primer capítulo de nuestro libro, y cerrando cuidadosamente la puerta, y llevando al bachiller al ángulo mas apartado del departamento que le servia de cámara, se sentó en sus almohadones despues de haber apilado otros tres de ellos para procurar un asiento de regular altura á Cibdadreal.

Despues de un momento de vacilacion, de duda, como quien teme revelar un secreto de gran importancia, el bufon empezó en estos términos acariciando con sus pequeñas manos el lomo de Tragamagras que se habia sentado sobre sus rodillas.

—Ya sabeis mi procedencia, señor bachiller, soy hijo de un atlético ballestero del rey don Enrique tercero, de Alfonso Alvargonzalez, y de una no menos membruda moza de escoba de la cámara de la reina doña Catalina, lo que no impidió el que yo viniese al mundo tamaño como una mano de mortero: sabeis tambien que soy hermano de leche del rey, y como andando el tiempo llegué á ser su loco: pero lo que no sabeis es que por los años de 1425, vivia en Valladolid una noble y hermosa señora, cuyo nombre no hace al caso: básteos saber que solo contaba, cuando yo la conocí, veinticuatro años, y que era mas hermosa, mas encantadora que Teresa.

—Con cuya señora tuvísteis amores; observó el bachiller.

—Estraño parece: pero prestadme atencion: por aquellos tiempos hubo un sarao en palacio, y ya sabeis que entonces y despues, en las tales fiestas, era cosa obligada que

yo hiciese una no pequeña parte de la diversion: acá me aprisionaba un caballero y me llevaba como una cosa estraña á una dama; mas allá una desvergonzada cortesana se burlaba de mí descaradamente, y ricos-hombres, señores abades y aun arzobispos, tenian la mala complacencia de divertirse de una manera estúpida á costa de mi pequeñez y de las insolencias que yo me permitia en despique de sus abusos. Pero en el sarao de que os hablo, y cuando mas irritado estaba con las soeces burlas de que era objeto respecto á un grupo de hidalgos, una voz dulce, pura, argentina tomó mi defensa: afeó á aquellos caballeros el que empleasen su mordacidad contra un ser inofensivo, incapaz de defenderse por sí mismo, y estuvo tal y tan elocuente, que les hizo avergonzarse del abuso de fuerza y de posicion que obraban conmigo: es cierto que aquella dama era hermosísima, que estaba rodeada de adoradores, y que bastó el que tomase mi defensa como por capricho para que aquellos me respetasen y me dejasen en paz.

Pasó el sarao: el alcázar fué abandonado y quedó silencioso y oscuro: pero mi corazon estaba lleno, iluminado por el recuerdo de la hermosura de la dama, y halagado por la sensacion del sonido de su voz que resonaba aun dulcemente en mi alma... yo amaba... amaba, bachiller, con mas intensidad que otros hombres capaces de destinarse á otras pasiones: el amor llenaba enteramente mi corazon, pero de una manera desesperada, desgarradora: yo no podia creer ni soñar que llegase un dia en que mi amor fuese satisfecho con otro amor semejante, y sufria tormentos horribles, una desesperacion que en vano querria esplicaros.

—Y que yo comprendo perfectamente, dijo el bachiller, como comprendo que irritado por esa misma desesperacion, obrasteis de tal modo, que fuisteis amado por la dama.

Don Aleluya se levantó, fué al arcon donde guardaba sus ropas, le abrió, sacó un cofrecillo de cedro, y de él un paquete de cartas, y un brazalete, todo lo cual puso sobre la mesa.

Despues deslió el cordon de seda que sujetaba las cartas, buscó una entre ellas, la abrió y la mostró al bachiller.

Aquella carta decia:

«Una muger que os ama y que se cree hermosa, os suplica espereis esta noche á la hora de la queda en la plaza de »la Cuatropea, donde irán á encontraros. La persona que os »enviaré os pedirá que entreis en una litera y que os dejeis »vendar los ojos. Consentid, seguro de que ningun mal os »acontecerá. Quien bien os quiere.»

—¿Y fuisteis? dijo el bachiller devolviéndole la carta.

—No fuí, contestó el bufon, plegando cuidadosamente el billete y poniéndole aparte, temí que se me tendiese un lazo por algunos hidalgos desocupados para hacerme sufrir una pesada burla. Pero al dia siguiente recibí este otro billete.

Y dió un segundo al bachiller, cuyo contenido era el siguiente:

«Sin duda habeis temido cuando no habeis acudido á mí »cita: pero os advierto que si no vais esta noche al sitio que »os he indicado y con las mismas condiciones, haré que en »la primera ocasion os traigan á mí. ¿Qué tiene de estraño »que una muger á quien solicitan en vano gentiles caballe»ros, os ame á vos que sois un pequeño hombre gentil? Con»fiad y no me desespereis.»

—Pues la dama estaba mas loca que vos, dijo el bachiller.

—En verdad, en verdad, este segundo billete me hizo pensar en que para que fuese de una dama, era preciso, á mas que un estraño empeño, una falta de recato que yo no podia suponer en la muger de mis amores. Por lo tanto, suponiendo lo primero, no estaba en el caso de prestarme á servir de juguete, y si lo segundo, os juro que nada me interesaba una muger que de tal modo atropellaba por su honra.

—De modo que...

—Tampoco fuí.

—Por consecuencia recibisteis un tercer billete.

—No por cierto, pero al tercer dia, ó mejor dicho, á la tercera noche cuando me volvia al alcázar, fuí acometido de repente por dos embozados que sin darme tiempo para gritar, me taparon la boca y los ojos y dieron conmigo en una litera.

—¡Ah! ¡ah! ¡las dificultades habian irritado los deseos de la dama!

—La litera se puso en marcha y no paró durante mucho tiempo: noté que saliamos de la villa, porque al ruido de su poblacion sucedió el silencio del campo, por el que caminamos durante dos horas. Al fin, á la media noche, segun pude calcular, los hombres que conducian la litera se detuvieron, sentí llamar fuertemente á una puerta que se abrió, entró la litera y la puerta volvió á cerrarse.

Entonces me sacaron, y sin quitarme la venda que cubria mis ojos, me subieron en vilo por unas escaleras, atravesaron algunas habitaciones alfombradas, segun pude notar por el poco ruido que producian los pasos de mis conductores, y al fin me dejaron en una habitacion cuyo ambiente estaba perfumado.

Apenas me ví libre, me arranqué la venda: pero esto fué inútil, estaba á oscuras.

En aquel momento una voz dulce, una voz de muger que me hizo estremecer, porque crei reconocer en ella la voz de la dama que se me habia mostrado tan favorable en el sarao del alcázar, me dijo:

—¿Dónde estais, Pero Alvar?

—Aquella muger tenia la delicadeza de no llamarme por mi sobrenombre.

Me acuerdo perfectamente como si acabara de acontecer, y palabra por palabra, la conversacion que tuvimos.

—En verdad, la dije, que no sé para qué se me haya traido con tanto misterio, ni para qué pueda servir un loco.

—Locos como vos, dijo la dama llegando hasta mí guiada por el sonido de mi voz: tienen juicio bastante para enloquecer á otros.—Os digo las mismas palabras de la dama, añadió el bufon.

—Á las que supongo sucederian otras progresivamente mas tiernas, mas apasionadas.

—Os aseguro que aquella muger me amaba tanto y que me lo demostró de tal manera en los seis meses que duraron aquellos tristes amores, que me sentí engrandecido, y no me hubiera trocado por el caballero mas poderoso de la corte.

—Sabriais el nombre de aquella muger.

—Le supe, pero no por su boca.

—Pero si la conociais...

—Tampoco pude conocerla: siempre me llevaban hasta ella del mismo modo; siempre con el mismo misterio, y siempre nos rodeaban las mismas tinieblas.

—Era, pues, mas recatada de lo que debia suponerse de su conducta y de sus cartas.

—Yo no la habia visto mas que una vez en la corte, ni volví á verla mas: desesperado ya de aquel misterio, y despues de haber suplicado en vano, una noche, la primera que la hablé, la robé ese brazalete.

—¡Rica alhaja! dijo el bachiller examinándola; de oro macizo y cuajada de diamantes: no sé por qué os quejais de vuestra pobreza.

—Antes venderia mi alma al diablo que esta prenda, dijo el bufon mirándola con avaricia.

—Pero observo que la falta algo, añadió el bachiller: en este medallon que forma su centro, ha estado una pieza que ha sido arrancada sin duda.

—En esa pieza habia engastado un escudo de armas, por el que llegué á saber de quién se trataba, valiéndome con gran recato del señor rey de armas Avanguarda, que conoce al dedillo todo el blason castellano.

—¿Y la dama, era?...

—Permitidme, señor bachiller, que os calle su nombre.

El bachiller era demasiado discreto para insistir.

—¿Y volvisteis á ver á la dama? dijo.

—No, esclamó suspirando don Aleluya; porque aun cuan-

do la he vuelto á ver, ha sido para verla morir.—Cuando al dia siguiente fuí á la plaza de la Cuatropea esperando que al sonar la queda, aparecerian los emisarios de mi hermosa, esperé en vano. Pasaron las horas, llegó la media noche, y nadie llegó; esperé aun y fué necesario que amaneciese para que perdiese la esperanza de que vendrian. Supuse que, enojada por el robo del brazalete, cederia al fin cuando pasase algun tiempo; y alentando esta creencia, fuí todas las noches durante cuatro meses, y al fin una noche...

—¿Tuvisteis noticias de ella?...

—Pero noticias horribles. Acercóse á mí un hombre, me dió esta carta y desapareció; leed, leed y juzgad.

Y dió al bachiller una tercera carta que este leyó,

Decia asi:

«Pedro mio, tu amor me cuesta la vida: el dia siguien»te á la última noche que viniste, volvió mi esposo de Ara»gon, donde se encontraba de enviado del rey. ¡Si solo hu»biese impedido nuestros amores!... pero me encontraba en »cinta... este estado no podia ocultarse por mucho tiempo á »sus ojos, y al fin lo conoció con rabia; en el primer mo»mento quiso matarme, pero luego, ansiando saber quién era »el cómplice de su deshonra, prefirió dejarme la vida: he »sufrido con un valor que no esperaba tener, cuantos tor»mentos y cuantos tratamientos brutales son imaginables, y »nunca he conocido tanto lo que te amo como cuando he »visto que tu amor me ha dado valor para callar.—Acabo de »dar á luz una niña que ese hombre funesto me ha arreba»tado, pero he tenido tiempo para ver que tiene un lunar ne»gro en el hombro derecho.»

El médico se detuvo al llegar á este pasage.

—¡Es ella! ¡es Teresa! esclamó.

—¡Cómo! ¿vos tambien habeis visto ese lunar?

—Sí, en momentos en que el delirio me obligaba á sujetarla...

—¿Y dudareis ahora?

—No, no dudo, ni quiero saber mas; dijo el médico en-

tregándole la carta que el bufon plegó y guardó cuidadosamente despues de haberla unido con las otras.

—¿Y creeis que tengo un derecho á saber en qué estado se encuentra el corazon de mi hija?

—Afortunadamente es viuda, no tiene un esposo que la haga responsable de su honra... y aunque su amor á don Juan de Albornoz la arrastrase...

—¡Oh! es necesario impedir ese amor á todo trance. Es necesario apartarla de Jimeno ó de don Juan.

—Bastante la aparta de él el desprecio con que don Juan la trata... ¿pero no temeis que tras un amor despreciado venga el odio?... ¿no temeis que una vez contraido el odio, sintiéndose débil para vengarse, piense en hacerse fuerte por medio de amores con el condestable ó con el rey?

El bufon palideció.

—Si llegase el caso de que fuese querida del rey, me olvidaria de que soy vasallo y de que nos hemos amamantado con una misma leche...en cuanto al condestable, Dios le guarde de ponerse delante del bufon, porque el loco chiquito le haria pedazos.

Y los ojos de don Aleluya centelleaban con un fuego salvage.

—¿Quereis encomendar este asunto á mi cuidado? le dijo el bachiller.

—Sí... sí... sois prudente, señor Fernan Gomez; y sobre todo mirais este asunto mas á sangre fria que yo.

—Pues bien; yo os aseguro que curaré á vuestra hija.

—¡Que la curareis! ... ¿Y con qué?

—A propósito, dijo el bachiller que se habia levantado y miraba por una de las ventanas, las galerías interiores del alcázar; con aquel remedio.

Y señalaba á Fadrique de Lara que pensativo y cejijunto estaba apoyado en la balaustrada de una galería.

—¿Y ese jóven?... dado caso de que lográsemos que Teresa le amase, ¿consentiria en casarse con ella?

—El señor Fadrique está mas loco por ella que lo estuvo por vos su madre; y si no, mirad, mirad.

En aquel momento Teresa salia de una cámara para entrar en otra y Fadrique la saludó profundamente, la dió el brazo, que la jóven tomó con languidez, y entró con ella en una cámara inmediata.

—Pues no veo que en esto cometa una locura ese mancebo: mi hija parece acogerle bien.

—Doña Teresa, se vale de él y le arrastra á un precipicio; dijo el bachiller.

—¡Cómo!

—Dios me entiende y yo me entiendo, dijo el médico.

Y saludando despues de algunas palabras á don Aleluya se separó de él y salió de su vivienda.

El bufon se quedó mirando la puerta por donde habia entrado su hija.



En que se ve como conspiraban la reina y sus damas contra el condestable.

AQUELLA puerta que guardaba espada en mano un doncel del rey, armado de todas armas, era la puerta de cámara de la reina doña Isabel de Portugal, en la que vamos á entrar acompañados de nuestros lectores.

Pasando una antecámara, donde dormitaba una espléndida servidumbre, y una cámara desierta, se llegaba á una recámara pequeña, pero amueblada con un gusto esquisito.

Sin duda que el mejor adorno de la cámara era la languidez y dulce hermosura de la reina que sencillamente pren–

dida y vestida con un severo trage de seda negro dejaba percibir la densa blancura de su tez y la delicada morbidez de sus formas.

La reina leia una larga carta escrita en portugués, y cada vez que un ligero ruido, semejante al de los pasos de una persona que se acerca, llegaba hasta ella, ocultaba precipitamente aquella carta bajo su brial, indicio claro de que tenia poderosos motivos para recatarse.

Pero apenas desaparecia aquel ruido, volvia á salir la carta á luz, y la reina á su estudio.

—¡Que sostenga mi dignidad de reina contra el favorito! decia refiriéndose á un pasage de aquella carta; mi tio (el rey de Portugal), cree sin duda exageradas mis quejas. Cree que la reina aqui vale algo. No sabe que la reina es una pobre muger, casada con un hombre débil, que hasta para rezar pide licencia á su favorito y á su médico. ¡Oh! esto es horroroso: ese condestable ha cobrado demasíado ascendiente con el rey para poder esperar...y luego esa infame nobleza, corrompida, vendida al oro; que no se rebela sino cuando tiene hambre, y que se doblega cuando esa hambre se le satisface...¡oh! esto es una lucha innoble... y lucho, sí... no porque amo al rey... ¡oh! le amo porque es mi esposo... le amo porque aunque mal rey, es un cumplido caballero, le amo... ¡oh! sí... y solo por la gloria de nombre lucho... ¡solo por su decoro de rey!

Sonaron entonces verdaderas pisadas, y la reina se levantó, volvió á la puerta, plegó precipitadamente la carta, la guardó en su seno, y se volvió.

—¡Ah! ¿eres tu, doña Teresa? dijo viendo aparecer entre los tapices á la hermosa jóven.

—Si señora, yo soy, contestó Teresa.

—¿Vienes sola?

—No por cierto, señora, espera licencia de vuestra alteza, para entrar, el señor Fadrique de Lara.

—Que entre, esclamó la reina con una impaciencia febril.

Teresa desapareció y volvió á aparecer trayendo de la

mano al jóven que temblaba, no de verse delante de la reina, sino por el adorado contacto de Teresa.

Llegó hasta doña Isabel de Portugal, que se habia sentado en su sillon, hincó una rodilla en tierra y la besó respectuosamente una mano.

—Alzad, caballero, alzad, le dijo doña Isabel; sois segun creo, el adorador favorecido de mi hermosa dama doña Teresa Garcés.

—Tengo la audacia de atreverme á esperar que alguna vez se dolerá de mi quebranto, señora, dijo Fadrique posando una ansiosa mirada en Teresa, que apoyada en el respaldo del sillon real, estaba deslumbrante con su trage de luto.

—Sin duda espera, caballero, probar vuestro amor con algun sacrificio, dijo la reina.

—Despues de vuestra alteza señora, dijo cortesmente Fadrique, ella es la primera que pueda disponer de mi vida.

—Y estad seguro de que no será ingrata á tanto amor. Ahora bien; aprovechemos el tiempo. ¿Con cuántos procuradores podemos contar?

—Con uno solo.

—¡Con uno solo! esclamó palideciendo la reina.

—Las elecciones se han hecho en todas partes por influencia de don Alvaro, y las ciudades y las villas de voto en corte, han elegido para representarlas, á caballeros de la casa del condestable, personas que le deben demasiado para hacerle traicion.

—Es decir, que vos llamais una traicion el contrarrestar el poder de don Alvaro de Luna, poder que puesto en egercicio como ese hombre le pone, es ya una contínua y escandalosa traicion contra el rey.

—Creo, señora, que esos caballeros que todo lo deben al condestable...

—¡Obran lealmente sirviéndole!....

—Yo no digo que obren lealmente, porque yo solo refiero la lealtad á los reyes, sino que por agradecimiento se ven obligados á obrar asi.

—Pero vos no os encontrais en este caso, vuestra casa era noble, ilustre, fuerte, antes de que el condestable tuviese el poder de que hoy abusa.

—Es verdad, señora; pero tambien es cierto que mi tio don Pero de Aguirre y su hija doña Elvira, y su yerno don Juan de Albornoz y yo, debemos al condestable el no gemir bajo la dura mano de la desgracia.

—De modo que mostrándoos vos tan agradecido á los beneficios del condestable, se hace peligroso el fiar de vuestros servicios.

—El condestable, señora, al aconsejar á su alteza el rey que repusiese á nuestra familia de sus bienes y honores, solo ha obrado justicia, y esto no es bastante para obligarnos á que sostengamos sus desafueros.

—¿Y piensan como vos vuestro tio y el marido de vuestra prima?

—Yo solo hablo por mí mismo, señora; pero creo que don Pero de Aguirre y don Juan de Albornoz, siempre se mostrarán consecuentes á su honra de caballeros.

—Deciais que podíamos contar con un prccurador. ¿Qué hombre es ese?

—Es Diego de Valera, procurador de la ciudad de Cuenca.

—¿Y qué piensa el señor Diego de Valera?

—Cree que es afrentoso á la magestad real, el que la nobleza se encuentre dominada y á la merced del condestable, sin que nada pueda defenderle de sus iras; piensa como nosotros que es necesario rechazar ese poder tiránico que hace que Castilla se despedace en bandos; y aunque solo, está tan resuelto, que aunque nada decisivo se consiga por el momento, se preparará bastantemente al rey para un golpe mas oportuno.

—Y decidme, ¿si para el dia en que se hayan de celebrar las córtes se contase con un ejército de Portugal?...

—Entonces el golpe seria seguro.

—Pues tomad, caballero, tomad, dijo, la reina sacando un pliego cerrado y sellado de su limosnera: llevad estas

letras al rey de Portugal... partid al momento y entregádselas en persona. Ademas dijo la reina ruborizándose, y bajando los ojos; será necesario que hagais de vuestro bolsillo la costa del camino hasta allí, donde os satisfará el rey don Alonso mi tio; yo no tengo qué daros, ni otras joyas que las de la corona de Castilla: las de mi propiedad particular están en poder de los judíos: la miseria y el hambre de nuestros vasallos nos aquejan por todas partes, y seria necesario poseer los tesoros de Creso.

—¡Señora! esclamó con arranque Fadrique doblando una rodilla y besando la mano de la reina; sois un ángel sobre la tierra, y poco es la hacienda y la vida, el alma os sacrificaria todo el que supiese admirar el valor, la magestad, la virtud que brillan en vuestra alteza.

La reina se levantó y se sonrió.

—No me habia equivocado, dijo, al incluir en ese pliego que llevais una nota respecto á vos para el rey de Portugal: partid, caballero, partid, y tened por seguro que llevais con vos el agradecimiento de la reina. Acompañadle, doña Teresa, y amadle mucho, añadió de modo que no pudo ser oida por Fadrique: ese mancebo os adora y os hará feliz.

Teresa suspiró, necesitó de un esfuerzo para que sus ojos no se llenasen de lágrimas, y salió de la cámara real precediendo á Fadrique.



De como la conducta de Teresa era oscura y cuestionable.

TERESA siguió adelante por las galerías. Si hubiera levantado la vista hácia los tejados del norte, hubiera visto á don Aleluya que la miraba de una manera ansiosa; pero ella iba profundamente preocupada; apenas veia lo que pasaba á su

alrededor y no pudo reparar en esta circunstancia.

Fadrique la seguia silencioso : habia probado tantos desdenes de Teresa, que no se atrevia á hablarla de su amor, temeroso de que por tercera vez le lastimase con su indiferencia ; al fin, al llegar á las escaleras del alcázar, la jóven tomó un manto de manos de un escudero que la esperaba, se cubrió con él y volviéndose á Fadrique le dijo lánguidamente:

—¿Cuándo marchais?

—¿Que cuándo marcho? señora, dijo el jóven asombrándose de que aunque no fuese mas que por cortesía, no tuviera para él Teresa otra palabra mas adecuada á su situacion.

—Creo que el encargo de su alteza es urgente, repuso la jóven.

—Muy urgente, sí, dijo Fadrique balbuceando, pero....

—¿Acaso os hace falta dinero para el viage? dijo dulcemente Teresa : si es asi, venid á mi casa, y puesto que esta empresa puede llamarse mia, yo os proveeré.

Tentaciones tuvo Fadrique de aceptar una propuesta que le procuraba entrar por primera vez en el misterioso asilo de una muger á quien tanto amaba, pero no era muy honroso el pretesto y le rechazó su orgullo.

—No, no, ciertamente, dijo : aunque el viage fuese diez veces mas largo, encontraria bastante dinero en mi bolsa para ir, volver y tornar.

—Sin embargo, no sois muy rico, Fadrique, y no es justo que hagais por vuestra cuenta un viage al que yo os he impulsado.

Bajaban entretanto lentamente las escaleras seguidos del escudero.

—En verdad que no soy rico, señora, contestó Fadrique; pero desde hace un año el estada de mi corazon me trae retraido de las gentes, solitario, y he ahorrado gastos: apenas he gastado la centésima parte de mis rentas: creo que el año que viene gastaré menos, porque si esto sigue asi.....

—¿Qué sucederá? dijo Teresa posando sus magníficos

ojos negros con una espresion particular en Fadrique.

—Si esto sigue asi, moriré.

—¿Que morireis, y apenas empezais á vivir?

—Mi vida se ha secado en su primavera.

—Creo que os entregais demasiado á la soledad, y que esto os ha hecho contraer pensamientos estravagantes.

Salian entonces del alcázar, empezaba á cerrar la noche, y Fadrique se atrevió á ofrecer su brazo á Teresa: esta se dignó apoyarse en él, y el jóven sintió por lo mismo una dolorosa impresion de felicidad.

—¿Llamais estravagantes á mis pensamientos, porque eternamente estan fijos en vos?

—Llamo estravagante á un empeño tan pertinaz, tan impaciente: ¿no os he dicho todo lo que podia deciros?...

—¡Que espere!... que es lo mismo que decirme: desesperad.

—Desesperad, ¿y por qué?

—Escuchad, Teresa; desde el momento en que os ví, os adoro.

—Eso mismo dicen todos los enamorados.

—Y si quien lo dice lo prueba, no se puede buenamente dudar de su dicho.

—Y aunque eso sea, ¿qué habeis visto en mí para que asi os desespereis? ¿hay alguien en la corte que pueda decir que yo le amo?

—Hé ahí lo que me desespera, señora; que no puedo decirlo.

—Os juro Fadrique, que si alguna vez me caso... vos sereis el hombre que elija.

—¿Y si no os casais nunca?

—Entonces no podreis quejaros.

—¡Teresa! ¡Teresa! os juro que este estado no durará mucho tiempo.

—¡Bah! al fin y al cabo, os acontecerá lo que á todos los enamorados que nada consiguen; acabareis por ser mi enemigo.

—Os lo repito, señora; antes de que llegue ese caso, habré muerto.

Pronunció el jóven de una manera tan profunda estas palabras, que Teresa se conmovió.

—Es que yo quiero que vivais, le dijo.

—Viviré, pues, esclamó con una admirable buena fé Fadrique, ni mas ni menos que si estuviese en su mano vivir ó morir: y decimos esto, porque entonces habia valor y creencias religiosas, y nadie, por desgraciado que fuera pensaba en suicidarse.

—¡Vivid, sí, vivid, Fadrique! y cuando me hayais probado que me amais lo bastante para que yo pueda sacrificaros mi libertad, sereis mi esposo.

—¡Que os lo haya probado bastante!... ¿pues qué no teneis aun bastantes pruebas? ¿no me he prestado á ser correo de la reina contra el condestable? ¿no me he declarado su enemigo, procurando por cuantos medios han estado á mi alcance, volver contra él las córtes del reino? ¿Ignorais que mi tio don Pero de Aguirre, es ahora tan decididamente amigo de don Alvaro de Luna, como antes ha sido su enemigo, y que del mismo modo le sirve el marido de mi prima, don Juan Albornoz? ¿No me ha devuelto el condestable el señorío de mi padre, que aunque pobre, me produce lo bastante para vivir con honra en la corte? Y cuando despues de todo esto, muerdo la mano que me favorece, faltando á mi honor, porque quien falta al agradecimiento es un malvado, cuando llegó á tal punto por vos, ¿aun me pedís mas pruebas?

—Vos me creeis noble sin duda.

—Sé, doña Teresa, que sois hija de un labrador, y nada mas.

—Vos me creeis pura, sin mancha.

—Y lo sois... sí lo sois; no tengo duda.

—Si mañana cuando la calumnia me manche, pensais del mismo modo; si me seguís amando y respetando; si llega un dia en que como ahora deseais ardientemente tomarme por

esposa, entonces me habreis dado la mayor prueba de vuestro amor... y entonces... yo tambien soy agradecida... yo no puedo agradecer sin amar... yo no puedo amar sino con toda el alma.

—¿Y habeis amado asi?

—Sí, asi he amado.

—¿Y amais aun?

—No, ahora aborrezco.

—¿A quién?

—¿Qué os importa? tendreis celos tambien del hombre á quien odio.

—Odio que nace del amor, puede muy bien cambiarse en amor.

—Eso seria si se tratase de otra muger, no de mí: tanto para amar como para aborrecer necesito grandes motivos, y os juro que una vez decidida, no varío: creed, pues, lo que os digo y esperad; no amo, tal vez no ame nunca, pero si llego á amar, vos sereis el hombre de mí amor.

—Decidme al menos qué he de hacer para que se apresure ese anhelado momento.

—Nada, nada mas que obedecerme; lo demas lo harán el tiempo y Dios. Y no paseis de aqui. Volveos. La comision de que estais encargado es delicada y urgente; partid, partid esta misma noche y volved lo mas pronto posible.

—¿Y podré al volver ir á vuestra casa á daros noticias del cumplimiento de mi encargo?

—Id, dijo Teresa, despues de haber meditado un momento.

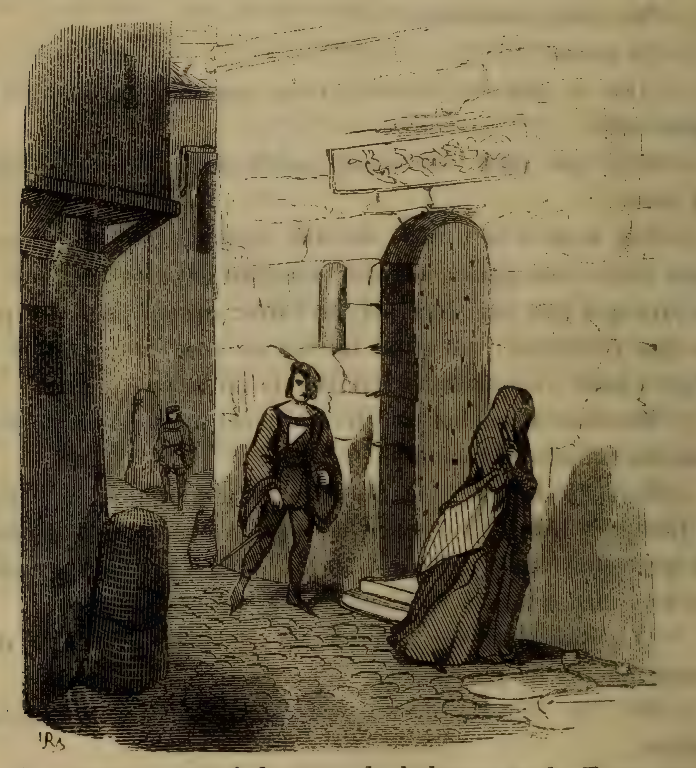
Fadrique la besó respetuosamente una mano y se alejó.

Teresa andubo lentamente mientras se oyó el ruido de los pasos de Fadrique: cuando este se hubo perdido en el silencio, tomó por una estrecha y oscura calleja cercana, seguida de su escudero.

Otra persona la seguia tambien, pero de una manera silenciosa, como una sombra.

Aquella persona era don Aleluya.

Teresa se detuvo delante de la puerta de una desvencijada casuca de madera, y tocó levemente un silbato: poco despues se abrió aquella puerta y apareció en ella un moceton fornido y malcarado, cuyo semblante pudo ver la vista perspicaz de don Aleluya, á la luz de una bugia de sebo con que aquel hombre se alumbraba: vió ademas que Teresa llevaba puesto un antifaz.



La puerta se cerró despues de haber entrado Teresa y el escudero: el escudero permaneció con una vieja en una habitacion del piso bajo, y Teresa subió con el jayan á una habitacion reducida y pobre.

El hombre que habia ido á buscar hasta allí Teresa, era ni mas ni menos que el capitan de la gente de armas de la cofradia de los hermanos del Cristo de las Tinieblas, Pero Valiente, á quien en otra ocasion vimos apoderado de Elvira

á quien habia robado desmayada de la gruta de la abadia de Juan-sin-alma, y á la que tan oportunamente salvaron don Pero de Aguirre y Fadrique de Lara, á costa sin embargo de graves heridas de este último.

Teresa habia conocido á Pero Valiente en una de las escursiones á las ruinas en busca de Iñigo de Ayvar el de la Barba-larga, y la intimidad que habia notado entre el bandido y el montero, por efecto de sus respectivos oficios en la cofradia, le hicieron reparar en él: entonces con ese sagaz instinto peculiar á la muger, comprendió en el avieso semblante de aquel hombre, un alma venal, dispuesta á todo con tal de que se le pagase bien: Teresa tuvo bastante habilidad para obtener de Barba-larga, sin hacerle sospechar, noticias acerca del bandido y le buscó, se acercó á él, y de una manera encubierta, compró sus servicios.

Era la tercera vez que Teresa hablaba con Pero Valiente, y el bandido la miraba con una espresion tal de respeto, que mostraba, no solo que sabia á que atenerse respecto á la persona que tenia delante, sino que ignoraba el verdadero móvil de su conducta.

Teresa se sentó en un escabel: Pero Valiente continuó de pie dando vueltas en las manos á su mugrienta gorra.

—¿Con qué medios se cuenta, dijo Teresa, para vencer al condestable en el caso probable de que las córtes le apoyen?

—Poderosa, señora, dijo el bandido que ignoraba con quién hablaba; en caso de que las córtes apoyen á don Alvaro, será imposible la reconciliacion entre el señor rey y el príncipe, como es de todo punto imposible una avenencia entre el condestable y el marqués de Villena: el asunto es de hondas consecuencias; se trata nada menos que de saber con qué autoridad se confiscan los bienes á caballeros, tales como el almirante y el conde de Castro, y por qué se prenden como á traidores á don Enrique Enriquez, al conde de Alba y demas caballeros que están presos en Roa y Portillo, con el solo pretesto de que se han levantado contra el rey,

cuando en realidad solo se han alzado contra el condestable.

—Esto no tendrá consecuencias, dijo Teresa; los procuradores de las villas y ciudades del reino, están vendidos al condestable, y si alguno no lo está y se atreve á levantar la voz, será insultado y preso.

—Pues os digo, señora, que esto traerá grandes consecuencias.

—¿Cuáles?

—Habrá un motin en Valladolid.

—Le sofocarán las lanzas del condestable.

—Los que han de mandar ese motin, están acostumbrados de antigüo, á vencer á los soldados de su señoría.

—¿Y qué gente es esa?

—La de las compañías negras, ayudada por la gente de armas del Cristo de las Tinieblas.

—La última vez que vencieron las compañías negras, tenian un capitan que ahora no tienen.

—¡Jimeno Nuñez! esclamó con acento feroz el bandido.

—Don Juan de Albornoz.

—Lo mismo es.

—El valor de ese hombre hacia invencibles á sus soldados.

—Aunque ese miserable nos ha hecho tracion, pasándose al bando del condestable, dijo el jayan con un acento en que se notaban las malas pasiones de la envidia, no falta alguien tan valiente como él, y mas leal que el que se ponga al frente de las compañías negras.

—¿Y quién es ese hombre? de seguro no es Iñigo de Ayvar, que como sabeis, tiene hecho voto de no salir del Abrojo ni de vivir con otra cosa que con la caza de su ballesta,

—Ese hombre soy yo, señora.

—¿Y creeis tener tanto prestigio como don Juan de Albornoz sobre las compañias negras?

—Los soldados valientes respetan siempre y aman á un capitan que sabe llevarlos al peligro y sacar de él con honra su bandera.

—Sin embargo, ¿no temeis que si encendido un motin

don Juan de Albornoz se presenta á sus antiguos soldados y les habla, todos se vayan con el?

—En verdad señora, que bien pudiera suceder: los buenos soldados negros adoran el nombre de Jimeno.

—Ved, pues, como yo tenia razon en venir á preveniros: el momento se acerca: es mas que probable que nada se consiga por medio de las córtes, y es necesario preveer hasta el menor percance. ¿No se os ocurre nada?

—Sí por cierto, dijo ferozmente el bandido: Jimeno ó don Juan, como le llaman en la corte, puede ser acechado una de estas noches al encaminarse á su casa, y...

El bandido á falta de la frase que debia completar su pensamiento puso enérgicamente la mano en su puñal.

Teresa se estremeció, y comprendió á su despecho que aun amaba, y acaso con mas fuerza que nunca, á Jimeno.

—No; no se trata de eso, dijo afectando una serenidad completa: ese es el camino mas corto, pero el que menos se debe seguir: hay otros mil medios tan eficaces y menos ruidosos: todo consiste en hacer que don Juan tenga bastante que pensar con sus asuntos, para que le sea imposible ayudar en los suyos al condestable.

—¿Y cómo? esclamó con un verdadero embarazo el bandido.

—No se os ocurre nada mas que matar, por lo que todo lo atropellais, todo lo empeorais: herir á un hombre en el alma, es mucho mejor que esterminarle: un hombre como don Juan debe conservarse, vale todo el oro que pesa, y ¿quién sabe si mañana un incidente cualquiera podrá traerle á nuestro partido?

—Decis, y decís bien, que herir á un hombre en el alma es preferible á matarle: esto es cierto; pero yo no veo el lugar por donde pueda herirse el alma de don Juan.

—Don Juan está enamorado.

—Creo que os engañais, señora; don Juan no ama á nadie mas que á su esposa.

—Y bien, ¿no os parece ya una singularidad un hombre que despues de un año de casamiento está enamorado de su muger?

—¡Ah! ¿creeis que debe herirse el alma de don Juan en doña Elvira?

—Si tal.

—¿Pero cómo?

—Decidme: ¿os atrevereis á robar á doña Elvira?

—¿Que si me atreveria á robarla? esclamó con un acento de avaricia brutal el bandido: tanto me atreveria, como que tengo un empeño formado acerca de esa dama.

Brilló tras el antifaz una mirada sombría en el semblante de Teresa.

—Sí, ¡vive Dios! esclamó con ansia Pero Valiente, tengo un formal empeño en desagraviarme de cierta aventura.

—¡Cómo! ¿habeis tenido vos aventuras con doña Elvira?

Pero Valiente se retorció de una manera satisfecha el bigote.

—Todos tenemos nuestros dias de buena suerte: á veces se cruzan importunos... pero el mundo da vueltas... y en fin... os prometo que haré cuanto esté de mi parte por serviros,

—Podrá suceder que se encuentre alguna estocada.

—En oficio vivo, señora, en que de esa fruta se coje todos los dias.

—¿Contais con gente determinada?

—Gente tengo que se hará desollar viva, antes que dar un paso atrás en un empeño.

—Pues bien; para que os alenteis, tomad á cuenta.

—Nunca viene mal el dinero, sobre todo cuando hay que ser ayudado de ciertos buenos mozos; por lo demas os juro señora que esta empresa es tal que me haria cargo de ella por mi cuenta.

—Espero, pues, que con este doble motivo cumplireis mejor.

—Sí, cumpliré bien de todos modos, pero lo veo difícil... muy difícil.

—¡Cómo! esclamó Teresa con recelo, ya empezais á ponerme dificultades.

—Doña Elvira jamás sale de la casa de su esposo, y la casa de don Juan de Albornoz está muy bien guardada.

—Yo os proporcionaré la ocasion y os avisaré.

—Pues en ese caso, si la ocasion es buena, os prometo que heriremos el corazon de don Juan hiriéndole en su muger.

—Asi lo espero: y mirad bien esta sortija: ¿la conocereis?

—Sí por cierto, señora: una sortija de oro con piedras balages.

—Pues bien, como no me conviene mucho esponerme á ser vista viniendo á esta casa, cuando os necesite enviaré á vos una persona que os mostrará esta sortija. Preparad entonces á vuestra gente, y con ella seguid á la persona que yo os envie.

—La seguiré.

—Ahora sacadme de vuestra casa.

Pero Valiente tomó la lámpara que habia dejado sobre la mesa, bajó y abrió la puerta. Teresa salió acompañada de su escudero.

La noche estaba ya densamente oscura, y ninguna de aquellas tres personas pudo ver al bufon que estaba agazapado en el dintel de una puerta inmediata.

—Quién será esta dama, dijo Pero Valiente mientras cerraba la puerta; casi me atreveria á asegurar... ¡bah! lo que menos la importa es que el condestable venza ó no... esta es una muger enamorada de Jimeno que tiene celos de doña Elvira... ¿si será?... si tiene el mismo talante, la misma blancura, los mismos ojos negros que ella... y el príncipe don Enrique, daria algo por... paréceme que la buena niña se ha metido en la boca del lobo sin saber que yo sé mas de lo que aparento saber. Pues bien: comamos á dos carrillos.... ello dirá; indudablemente, ¡si yo he de hacer suerte alguna

vez, ha de ser por medio de las mugeres... ahora, y puesto que ya hemos cumplido con la cita de esa dama, vamos á casa de mi señor Alonso Perez de Vivero.

Y tomando una capa y una espada, salió y se perdió por las revueltas callejas de Valladolid, en direccion al Campo grande, cerca del cual, en un enorme palacio vivia el contador mayor del rey Alonso Perez de Vivero con su esposa doña Juana.

En tanto el bufon siguió á gran paso para él, el no menos ligero de Teresa que llegó á la calle de Francos, tomó por una callejuela á su espalda, y dejando á alguna distancia al escudero, llamó al postigo que poco despues se abrió; dejando ver un criado con vesta blasonada: el bufon creyó distinguir de aquella vesta, los cuarteles del condestable.

El postigo se cerró despues de haber entrado Teresa, y el bufon se replegó en el hueco de una puerta, mientras el escudero se paseaba impaciente por la calle.

—¡Oh! ¡es una prostituta! ¡una miserable! esclamó don Aleluya, llorando de dolor y de cólera á un tiempo: se aventura de noche con un gentil mancebo en las calles de la villa; le deja, entra en un burdel, sale y luego se introduce por un postigo de la casa del condestable... ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡y yo la amo aun!... ¡es mi hija! ¡mi hija, y yo soy la causa de sus desgracias!



En que se ve como Teresa tejia la red de sus intrigas.

Teresa subió por una escalera enteramente alfonbrada, entapizada de cuero de Córdoba, y en la cual se apagaban las pisadas sin producir ruido; el escudero que la precedia y que parecia hidalgo, la mostraba el mas profundo respeto y la mas delicada galantería. En el aspecto de aquel hombre, se concebia que estaba seguro de que la dama que entraba de una manera tan ambígüa en la casa del condestable, no era una cortesana.

De la misma manera recatada y silenciosa atravesaron un estrecho pasadizo y al fin de él el escudero apretó el resorte de una puerta que se abrió sin ruido, dejando ver una magnifica cámara.

—Tened la bondad de esperar aqui, señora, la dijo; su señoría me encarga de suplicaros le dispenseis sino viene al momento por impedírselo negocios enfadosos.

Tras esto el escudero cerró la puerta y salió.

Teresa quedó sola, y aunque en el año que hacia estaba en la corte, habia visto magníficas cámaras en el alcázar y en las casas de los nobles, no pudo menos de confesarse á sí misma que no habia visto nada tan rico ni tan bello; tapicerias, brillantes de oro y colores; espejos de plata, con magníficos marcos de hierro cincelado; estátuas, estrados, sillones, cuadros, alfombras todo de un valor y de un gusto admirables; hé aqui lo que veia en torno suyo Teresa sentada, ó por mejor decir, hundida en un magnífico sillon de terciopelo bordado de oro.

Reinaba un profundo silencio; que al poco espacio de estar Teresa en la cámara, se alteró por el sonido de una voz irritada que tartamudeaba en una habitacion inmediata.

—Os digo, os dii...go que... que... es impo...impo...si...ble...Alonso Perez de...de... Vivero, no puede hacer...hacerme traicion...miente quien...quien... lo...di...ga...

—El contador mayor del rey, señor, sostiene amistades peligrosas... trata demasiado con el maestre de Calatrava don Pedro Giron, y sabe vuestra señoría que el maestre, es todo de su hermano el marqués de Villena y de su tio el arzobispo de Toledo.

—Señor Juan de Mena, contestó la otra voz ya mas serena y sin tartamudear, vos como gran poeta que sois, teneis el corazon de oro puro, y no creeis que pueda hacerse otra cosa que lo que se aparente hacer para el bien ó para el mal.... de modo que estais espuesto por vuestra buena fé á que un bribon os parezca un hombre honrado, y un hombre de honor, un vil, como os acontece ahora con el señor Alonso Perez de Vivero: al decirme vos continuamente que me hacia traicion, me pusisteis en sobresalto, y la traicion de que hablais consiste en que tiene hospedado en su casa á don Pedro Giron, de que él y su esposa doña Juana tratan con gran miramiento al maestre y por todas partes se le ve reunido con Alonso Perez. Cabalmente en esto el contador mayor, que me lo debe todo, obra como debe obrar... me da una prueba de su lealtad.

—¿Que os da una prueba de su lealtad coligándose con vuestros enemigos?

—Os repito que lo veis todo con vuestros ojos de poeta: Alonso Perez de Vivero en vez de ayudar á esas gentes es mi espia junto á ellos: será muy posible que cuando anda con tales compañías, no me deje hueso sano, que hable infamias de mí... pues, bien, entonces es cuando me sirve mejor.

—Os confieso, señor condestable, dijo con un generoso arranque Juan de Mena, que en vuestro lugar...



D. Juan II.
lám. 11.

—Sé lo que vais á decir: obrariais de frente.

—De frente, sí; con la espada desnuda desharia de una vez en una sola campaña ese torbellino de rebeldías que atacándoos atacan al rey, degollaria cien nobles que son el cáncer del reino...

—Vos, mi buen amigo Juan de Mena, no hubierais podido sosteneros dos dias en mi puesto: no es asi como vos decís la manera de hacer la guerra á esa gente: sin haber degollado á ninguno se me acusa de que tiranizo al rey, de que usurpo su autoridad... ¡como si el rey fuese rey! ¡como si tuviese autoridad propia!

—Pero los buenos castellanos, que saben que habeis cargado sobre vuestra cabeza con el peso de la corona de don Juan el segundo, no os acusan porque goberneis en su nombre, y de la misma manera no os acusarian aunque obraseis como si realmente fueseis el rey, como si en vez de gritar los sediciosos ¡muera el condestable! gritasen ¡muera el rey!

—Volveis á espresaros como poeta: debajo del trono y de la nobleza, está el pueblo, están las villas y las ciudades del reino: el pueblo y los consejos, son el sosten de todos; si ellos nos negasen su ayuda, se desplomaria la monarquia, pues de ellos vienen el oro y los brazos que sostienen el poder, que hacen la guerra: el pueblo juzga las cosas segun las ve, sin meterse á averigüar si bajo un manto de púrpura y una celada de oro se oculta un cadáver corrompido, ó dentro de un mohoso arnés de hierro, un hombre á toda prueva, hermoso, justo, prudente, fuerte. Desengañaos: es necesario no arrojar mucha sangre á los ojos del pueblo, porque la sangre le cegaria, y veria una fiera en quien la vertiese. No hay otro medio que obrar como yo obro: algunas veces, es verdad, me escedo, pero de una manera precisa: algunos buenos caballeros ahora y antes de ahora, me han negado su ayuda y se han vuelto contra mí engañados por las apariencias. Y yo sigo adelante: mi destino es igual, enteramente igual al de ese rey á quien llaman cruel, y que solo

fué enérgico, decidido á obrar cuando era necesario obrar, el bisabuelo del rey don Juan, el rey don Pedro de Castilla. Solo nos separa la respectiva posicion: pero como él luchó, lucho yo, con una nobleza no menos infame que la de su tiempo: acaso como él cayó, caiga tambien yo, con una pequeña diferencia: el sucumbió bajo el puñal de su hermano, y es muy posible, si un dia triunfan mis enemigos, que yo caiga bajo el cuchillo del verdugo.

—Es necesario, señor condestable cerrar los ojos á ese horrible porvenir, y sobre todo conjurarlo.

—¡Conjurarlo! ¿y cómo? os juro que tales se van poniendo los asuntos, que voy perdiendo el tino: yo creia que poniendo en el trono de Castilla á una muger tan discreta y tan hermosa como doña Isabel de Portugal, tendria mucho que agradecerme y seria mi amiga: entonces yo hubiera valido por dos: hubiera tenido una influencia constantemente al lado del rey, hubiera estado libre para reducir los castillos de los nobles rebeldes y para poner en respeto en las fronteras al aragonés, al navarro y al moro: ya sabeis que en el momento en que me separo del rey, su débil carácter se doblega á las influencias de mis enemigos, y me veo obligado á dejar lo de afuera para acudir á lo de adentro: me engañé haciendo reina de Castilla á doña Isabel de Portugal, y ella se engaña haciéndome la guerra; llegará un dia, si caigo, en que llore lágrimas de sangre, despechada por no haberme comprendido.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Teresa, se aproximo mas al tapiz, tras el cual resonaban aquellas voces, y al que se habia encaminado silenciosamento, desde el momento en que las escuchó á su entrada en la cámara.

—Pero es imposible que caigais, señor condestable, dijo Juan de Mena: imposible de todo punto: es cierto que os acometen poderosos enemigos, que todo se subleva contra vos; pero os quedan corazones generosos que os ayudan, y os ayudarán siempre; y esos amigos...

—Esos amigos me abandonarán en la hora de la desgra-

cia, y se volverán á mis enemigos para conservar, por una infame traicion, la nobleza que yo les he dado, las mercedes con que les he enriquecido: cuando el leon cae, señor Juan de Mena, todos le insultan, todos, hasta los mismos que se han alimentado á sus espensas.

—Desconfiad, pues, y en cuanto á Alonso Perez de Vivero....

—Os repito que os engañais, señor Juan de Mena; tengo sobradas pruebas de la lealtad del contador mayor.

—Sin embargo.... su intimidad con don Pedro Giron.....

—¿Y qué diriais si personas que se muestran muy afectas á la reina me sirviesen?

—Diria que es muy espuesto enseñar á ser traidor á aquel de quién necesitamos servirnos.

—Descuidad, mi buen amigo, descuidad; tened presente que el hierro se combate con el hierro, y nada temais: el dia que sea necesario obrar de una manera decidida y terminante, obraré... por ahora aun no es preciso; os agradezco sin embargo vuestra solicitud.

—Quiera Dios que algun dia no os arrepintais de no haber dado mas á valor mis palabras. Y á Dios, señor condestable; es sábado, y ya sabeis que en estos dias y á estas horas el rey acostumbra reunir su consejo de poetas. Me esperan el señor Jorge Manrique, el marqués de Santillana, el señor Alonso de Baena, y el buen Rodrigo de Cotta, que aqui para entre nosotros, es un rapaz que tiene demasiado buen ingenio para no causar celos dentro de poco al mas estirado.

—¿Me dejais, pues, vuestras últimas estancias del *Laberinto*?

—Sí tal, y espero que me advirtais las faltas que hallareis.

—A tan gran ingenio como el vuestro, es dificil acusar defectos, aun tratándose de un enemigo. Quien os estima, señor Juan de Mena, solo halla motivos en vuestros versos para alabar á Dios que ha concedido á Castilla la gloria de haber nacido en ella tan gran poeta.

—¡Oh! ¡Señor condestable! paso, paso en vuestras alabanzas que pueden ensoverbecerme, lo que no quisiera. A Dios, pues.

—A Dios, señor Juan de Mena.

Oyéronse pasos que se alejaban, puertas que se abrian y se cerraban, y Teresa se retiró al estrado donde habia estado sentada, y se sentó de nuevo.

Poco despues se levantó el tapiz, tras el que habia escuchado, y se presentó el condestable severamente vestido con un sayo de terciopelo negro, y unas calzas de grana; despojóse galantemente del birrete y acercando un sillon al estrado, saludó con afectuoso interés á Teresa y se sentó.

—¿Habeis esperado mucho, señora? la dijo.

—¿Qué importa lo que haya podido esperar? dijo en un acento ambigüo Teresa. Hombres como vos, tienen demasiado en qué pensar para que no sea para ellos una cosa muy secundaria una muger de tan poco valer como yo.

—Vos valeis mucho, indudablemente, señora; y tanto lo creo, que á ser yo viudo y mas jóven...

—¡Ah! ¡ah! teneis una mala costumbre, señor condestable.

—¡Una mala costumbre! indudablemente tengo muchas; pero quisiera saber, cuál es la mala costumbre á que os referís.

—La de creer que no se puede sacar partido de una muger sino galantéandola.

—¡Señora!...

—Y en efecto, la mayor parte de las mugeres son asi: pero yo, sea por lo humilde de mi cuna, sobre la cual solo me ha levantado la casualidad...

—Y vuestra magnífica hermosura...

—Sea como querais; suponiendo que para alguien sea yo hermosa, decia pues, que sea por lo que fuere, yo no me parezco á lo general de mi sexo.

—Razon mas para que se os admire como á un prodijio.

—Conozco que vuestra cortesanía encubre una gran im—

paciencia por conocer hasta qué punto marchan bien ó mal vuestros negocios.

—En verdad... sí... espero mucho de vos.... la reina...

—La reina me concede cada dia mas confianza.

—Era preciso; poseeis el don de haceros simpática.

—Doña Mencía de Padilla está engañada: cree buenamente que yo me plego á la voluntad de la reina, que la adulo, que la sirvo para sacar partido.

—Guardaos de esa muger, doña Teresa.

—Yo daré á esa muger un golpe de gracia.

—Guardaos, os repito...

—Cuando doña Mencía quiera volver en sí estará á mis pies.

—Dios os ayude. ¿Y decís que la reina?...

—La reina no me recata nada.

—Es cierto, ¿es sincero su amor al rey?

—¿Que si es cierto? Doña Isabel de Portugal adora á su marido como se adora todo aquello que nos hace sufrir contrariedades y nos obliga á formar empeños... esta es la base del carácter de la muger: para que ame es necesario que esté en lucha con su amor. El rey, débil para todos, es demasiado fuerte para su muger.

—¿Que el rey es fuerte?

—Ciertamente: doña Isabel no puede reducirle á que os arroje el rey de su lado, á que os despeñe desde la altura en que os encontrais á un abismo de desgracias.

—La soberbia de doña Isabel la perderá.

—Sin embargo, guardaos, señor condestable; guardaos, porque la reina es incansable, tenaz, violenta, fuerte.

—Todo se reducirá á apartarla de su marido.

—Esto la irritaria mas.

—¿Y qué me importa que se irrite? eslamó con desden el condestable: como la he casado la descasaré.

—¡Cuidado! ¡Cuidado, don Alvaro! estais en una posicion harto resbaladiza...

—¿Creeis, pues, doña Teresa, que no debo confiar mu-

cho en mi poder? dijo con cierto sarcasmo el condestable.

—No; pero os digo que la demasiada confianza en ese poder puede perderos, si os hiciese traicion uno de vuestros amigos...

—Seria un enemigo mas.

—¿Y creeis que un enemigo mas?...

—No pasaria de aumentar en uno la lista de mis enemigos, que es ya demasiado numerosa.

—¿Qué creeis que sucederia si yo os hiciese traicion?

—¿A qué suponer, lo que no puede ser? dijo encubriendo mal cierto acento de recelo el condestable.

—Supongámoslo: si yo os hiciese traicion, ciertamente que no sabriais algo que es grave, urgente.

—Y...¿qué es ello?

—La reina ha enviado un mensagero á su tio el rey de Portugal pidiéndole un ejército contra vos.

—¡Bah! esfuerzos impotentes.

—La reina tiene tan predispuesto al rey en contra vuestra, que si en las próximas córtes hubiera un solo procurador que levantase de una manera valiente su palabra contra vos, erais hombre desterrado.

—Desterrado he estado ya otras veces, y el rey me ha llamado, no pudiendo vivir sin mí.

—Entonces os ayudaba la reina doña María que os amaba como muger, y ahora está en contra vuestra una reina jóven, hermosa y discreta que os odia.

—Y en fin, ¿quién será el diputado que se atreva á acuserme?

—Diego de Valera, procurador de Cuenca.

—¡Diego de Valera! ¡un hombre que me debe cuanto tiene!

—Pero que es grande amigo del almirante y de los hermanos Quiñones.

—Diego de Valera es valiente, arrojado: su palabra cuando se exalta está llena de fuego...pero esto es una conspiracion tenebrosa.

—Conspiracion hecha por mi.

—¡Hecha por vos! ... ¡y decis que sois mi amiga!.

—Ciertamente que lo soy: urdiendo esa conspiracion, he impedido que se urda otra, de la cual acaso no hubierais podido tener noticia.

—¿Y de quién os habeis valido para esa trama?

—Del señor Fadrique de Lara.

—Por de contado, el señor Fadrique Lara está en el secreto.

—El no se hubiera prestado por nada del mundo á una mentira.

—De modo que es mi enemigo, de buena fé.

—Y contra su voluntad.

—No os comprendo.

—Fadrique de Lara, está locamente enamorado de mí.

—¡Ah! y vos...

—Yo me he mostrado vuestra enemiga...

—Y habeis arrastrado á ese infeliz jóven...

—A que se ponga de acuerdo con la reina... él ha sido quien ha incitado á Diego de Valera á que se os muestre hostil, á que os acuse en medio de las córtes del reino: él es el que se ha encargado de llevar un mensage de la reina á su tio el rey de Portugal.

—¡Oh doña Teresa! ¡doña Teresa! sois un tesoro, y acabareis por hacer que la amistad que os tengo se convierta en amor.

—Recuerdo, señor condestable, que hace un año erais mi enemigo.

—Hace un año, apenas os conocia.

—Pero supísteis que doña Mencía de Padilla, presentaba en la corte una dama que tenia fama de hermosa: aquella dama era yo: entonces para contrabalancear la influencia que mi pretendida hermosura pudiera alcanzar en el ánimo del rey, apelásteis á otra dama no menos hermosa, hicísteis grandes mercedes á su marido, y los presentásteis á entrambos en la corte el mismo dia, y á la misma hora en que yo fuí presentada.

—Paréceme que os desmayásteis.

—Sí en verdad, dijo Teresa posando sus grandes ojos negros en el condestable de una manera profunda: me desmayé porque yo tambien tengo corazon, corazon vehemente, corazon que ama, y se me presentaba á un hombre que me habia hecho traicion casándose con otra.

—¿Y ahora os vengais?

—Quiero vengarme.

—Os confieso que sois un misterio para mí.

—Lo soy para mí misma

—¡Cómo!

—Sé que pertenezco á una familia ilustre, mora ó cristiana; pero no sé quiénes son mis padres.

—¿Y no teneis indicios?

—Sí, si señor: creo saber quien fué mi madre.

—Y... ¿dónde vive vuestra madre?

—La que sospecho era mi madre, ha muerto, don Alvaro.

—¡Que ha muerto! ¿pero dónde vivia, quién era?

—Era la penitente de la ermita de nuestra Señora de Pero Alarcon.

Palideció levemente el condestable.

—¿Qué indicios teneis de ello? dijo despues de un momento de silencio.

Teresa le refirió cuanto sabia sobre el asunto: cuando le hubo relatado lo que ya conocen nuestros lectores, continuó.

— Mi madre, debió ser una rica y gran señora.

—¿Qué pruebas teneis?

—Escuchad, dijo Teresa inclinando sobre el condestable su hermoso rostro y bajando la voz como si temiera ser oida; tres dias despues de aquel en que se encontró muerto en el bosque del Abrojo al aventurero que doña Mencía me habia dado por esposo, llegó un fraile de san Francisco á mi casa, y pidió hablarme en secreto para un asunto importante. Le hice entrar, pero el religioso no entró solo. Venian con él dos legos que traian con gran trabajo un cofrecillo

de hierro. Dejáronlo, salieron y el religioso quedó solo conmigo.—¿Sois doña Teresa Garcés? me dijo.—Si señor, le respondí.—Pues, repuso el fraile, vengo á cumplir con vos un encargo que me ha sido hecho en penitencia: vuestra madre al morir, ha encargado que se os entreguen los dineros y joyas que se encierran en ese cofre, y la persona á quien hizo este encargo, me envia para que le cumpla.—El religioso abrió el cofre y me hizo ver un tesoro de joyas y dinero.— Solo falta, me dijo, que escribais un recibo de estas riquezas, y me lo entregueis.—Entonces yo no sabia escribir mas que mi nombre con gran trabajo: el religioso estendió el recibo y yo firmé.

—¿Y no os reveló nada acerca del misterio de esa herencia? dijo el condestable.

—¡Nada! defendióse con el secreto de la confesion, y como yo le opusiese algunos escrúpulos acerca de recibir aquel legado, me afirmó por su fe de sacerdote, que podia aceptarle sin escrúpulo de conciencia, puesto que aquella era mi herencia legítima materna.

—¿Y en esas joyas no habia un blason, una empresa una señal cualquiera por la que hubiera podido venir en conocimiento de vuestra familia?

—Solo habia un brazalete en el cual se habia arrancado una pieza en que acaso habria alguna señal.

—¿Y el otro brazalete? dijo el condestable.

—Le busqué en vano entre las demas joyas; sin duda se habia perdido.

Quedó pensativo por algun espacio el condestable.

—¿Cómo se llamaba el fraile que os entregó el cofre? dijo al fin.

—Fray Lope de Avila, contestó Teresa.

—¡Fray Lope de Avila! ¡oh! le conozco mucho.

—¿Que le conoceis?... ¿y podreis recabar de él?

—Acaso, acaso.., pero no confieis: Fray Lope de Avila es un hombre de gran virtud y de gran firmeza... pero no importa... me interesais demasiado, para que no

haga algo por vos... á propósito... ¿cómo andais con el rey? yo le he ponderado vuestra virtud, vuestra discreccion...

—Y tanto habeis hecho, que el rey me enamora...

—¿Que os enamora el rey?... y nada me ha dicho... esto prueba que os ama.

Teresa hizo su mohin particular de desden levantando los hombros en ademan de desprecio.

—¡Cómo! ¿seriais capaz de desdeñar los amores de don Juan el segundo?

Don Juan el segundo vale para mí, menos, mucho menos que un mendigo. Ademas, yo no podria envilecerme.

—¿Desde cuándo se tienen en Castilla por viles las mancebas de los reyes?

—Bastaria con que yo misma me envileciera á mis ojos.

—Pero no es necesario que os envilezcais... entretened al rey, enloquecedle, evitad que le enloquezca su esposa... cabalmente para lograr ascendiente sobre él será necesario que os mostreis rigorosa... cuanto mas rigorosa, cuanto mas digna, cuanto mas inflexible seais, mejor, mucho mejor.

Teresa volvio á dilatar la profunda mirada de sus ojos sobre la mirada del condestable.

—Y ¿qué hareis por mí, si me presto al fastidio de escuchar los impertinentes amores del rey?

—Os daré lo que querais,

—Dadme pues un sarao.

—¡Un sarao!

—Sí con mascaradas, baile, botargas y comediantes.

—Me pedís muy poco

—Pues bien, espero que me lo concedais.

—¿Cuándo quereis que sea ese sarao?

—Tres dias despues de que os haya acusado en las córtes Diego de Valera.

—Eso será dentro de quince dias.

—Pues bien; dentro de quince dias en vuestra villa de Escalona.

—¿Y por qué no en Valladolid?

—Quiero que sea en Escalona.

—Será.

—Convidad á toda la corte.

—La convidaré

—Pues bien; os prometo volver loco al rey.

—No basta volverle loco; es necesario contrarrestar la influencia de la reina.

—La contrarrestaré.

—Ahora bien; decís que el señor Fadrique de Lara os ama.

—Si señor; dijo Teresa bajando los ojos.

—¿Y vos le amais?

—No, no señor, dijo Teresa con precipitacion: no puedo amarle, pero le estoy agradecida.

—Tras del agradecimiento viene el amor.

—¡El amor! he gastado todo el que tenia y no espero volverle á adquirir.

—Creed á mi esperiencia, doña Teresa; podrá suceder muy bien que un dia ameis á ese mancebo: y como aunque me debe mucho, solo me ha hecho traicion por vuestro amor, es necesario ser indulgente con él en gracia á lo fuerte de la tentacion. Por lo tanto, no prenderé al señor Fadrique do Lara, pero le impediré llegar al fin de su viage, del mismmodo que tan poco prenderé al señor Diego Valera: es neecesario afectar que no estamos prevenidos.

—Creo que hemos tratado de cuanto teniamos que tratar y que podemos recordarlo en muy pocas palabras: el mensaje de la reina, la acusacion de Valera, el baile en Escalona y la averiguacion por medio de Fray Lope de Avila...

—En cambio vos debeis recordar...

—Que es necesario que el rey...

—Enloquezca.

—No lo olvidaré. Pero como es ya tarde, me permitireis que me retire.

—Iré acompañándoos.

—No por cierto: he traido conmigo uno de mis escuderos

y me basta para seguridad con su compañía.

—Permitidme, sin embargo, que os acompañe hasta el postigo.

—Sea como vos querais, dijo Teresa aceptando el brazo de don Alvaro, que habia tomado una lámpara.

Bajaron en silencio, abrió el condestable, y dijo á Teresa:

—No os olvideis del rey.

—No os olvideis del sarao, contestó la jóven.

—A Dios.

—A Dios.

Cerróse el postigo y Teresa fué al encuentro del escudero, se rebozó en el manto y siguió las calles adelante en direccion á su casa.

El bufon la seguia.

Marchaban á largo paso y de tal manera, que el pobre don Aleluya sudaba y trasudaba por seguirlos y no perderlos de vista.

—¡Es mucho, es mucho ya! esclamaba con despecho; ¿cuántos amantes tiene esta desdichada?... y bien; ello es necesario que yo lo sepa, que yo lo impida... ¡pero cómo Dios mio!... ¡cómo!... y luego las intenciones del bachiller.... yo voy á volverme loco... arde mi cabeza... mi corazon parece que va á partirse.

De repente el bufon se detuvo, porque se habian detenido Teresa y el escudero, y retrocedió porque retrocedian.

Poco despues, el escudero y Teresa forzaron el paso, mas como quien huye que como quien camina, y poco despues vió el bufon que cuatro bultos avanzaban entre lo oscuro á la carrera, y alcanzaron á Teresa y al escudero, los rodearon y asieron á Teresa despues de una ligera lucha, en que el escudero fué vencido.

—¡Oh! ¡oh! esclamó entre aquellos cuatro hombres una voz muy conocida de don Aleluya: damas que son tan desdeñosas, no debian ir de noche tan tarde y tan mal acompañadas.

Aquella voz era la del príncipe don Enrique.

Los bultos se alejaron y don Aleluya dió á correr tras ellos gritando y pidiendo socorro, con cuanta ligereza le permitia la cortedad de sus piernas.

No pasaba un viviente por las calles de Valladolid, y las voces del bufon eran infructuosas: solo servian para que los raptores apresuraran su marcha, que no podia ser muy lijera, puesto que iban embarazados con la carga de Teresa, á quien sin duda, cuando no gritaba, habian tapado la boca

El bufon perdia visiblemente terreno, y su voz era cada vez mas ronca y débil; adelantaba á ciegas, y al volver una esquina, tropezó con un hombre.

—¡Vive Dios! ¿vais ciego? esclamó el tropezado.

El bufon no contestó á aquella pregunta, sino que dijo anhelante.

—¿Sois caballero?

—¿Lo dudais? dijo el interpelado poniendo mano á sn espada.

—Respondedme, insistió don Aleluya con gran impaciencia.

—Creo serlo, contestó con acrimonia el hombre, no comprendiendo bien la intencion de la pregunta.

—Pues si lo sois, probadlo, amparando una dama qne se llevan robada cuatro miserables.

—¿Y quién es esa dama?

—Doña Teresa Garcés.

—¡Doña Teresa Garcés robada! ¡ah! ¿por dónde van?

—Hácia el Espolon.

Sin hablar mas, el incógnito dió á correr, haciendo envidiar la velocidad de sus piernas á don Aleluya, que muy pronto le perdió de vista.

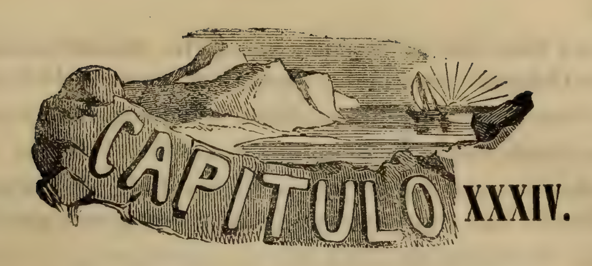
Cuando este último llegó al Espolon solo vió, perdido en la oscuridad, un bulto informe que huia y los retumbantes pasos de personas que se alejaban á todo cerrer. En la plazoleta que formaba el Espolon dominaban un silencio y una oscuridad profundas; pero andando á tientas, tropezó en un

bulto y cayó. Sus manos sintieron un cuerpo humano, y se mojaron en un líquido viscoso y tibio.



Don Aleluya procuró hacerse cargo de lo que era aquello, y conoció que se trataba de un hombre muerto á estocadas.





CAPITULO XXXIV.

En que se vé de qué manera un amante por caballero que sea, se aprovecha de las circunstancias.

Era el aposento número siete del meson del Gato: en él, sobre un no muy ostentoso lecho, habia una muger desmayada: junto á ella posando en su pálido semblante, una mirada de amor, á un tiempo de cuidado y de temor, habia un hermoso jóven.

En el semblante de aquel hombre, habia esa espresion de sobresalto, de quien teme que le echen en cara una mala accion; y parecia que por una parte deseaba que la dama volviese de su desmayo, y por otro lo temia,

Se levantaba; iba á la mesa; se sentaba; preparaba un papel para escribir, y luego iresoluto volvia á la dama que aun continuaba desmayada.

Aquella dama era Teresa: aquel hombre Fadrique de Lara.

Teresa estaba pálida, destrenzada, entregada á un parasismo profundo; él pálido, ensangretadas las ropas y las manos.

En uno de los momentos en que se acercó á la mesa, se decidió, tomó un papel y escribió con mano trémula.

«Teresa: esta noche os he salvado y á un tiempo os »he perdido: pero si antes no os hubiera salvado, vuestra »pérdida hubiera sido segura, y vuestra deshonra cierta. »Sé que no me amais... y... he sido un miserable... pero per»donadme: el amor es un frenesí que hace que un caballero »se olvide en algunos momentos de que lo es. Perdonadme...

»¡Quiera Dios que la fatalidad que os ha puesto en mis bra-
»zos os obligue á amarme!... porque el corazon de la muger »guarda misterios incomprensibles: vos que me conoceis, que »sabeis hasta dónde llega en mí el culto del honor, com- »prendereis cuánta debe ser la fuerza de la pasion que me »ha llevado hasta el punto de faltar á ese honor que es mi »ídolo.—Fadrique de Lara.»

Luego por bajo como *postdata* y en letra en que se notaba una mano mas temblorosa, decia:

«Os dejo un antifaz y un escudero de cofianza de que »os podeis servir: huyo de vos, porque temo el momento en »que me reprocheis mi villanía.»

Dicho esto salió, cerró con llave la puerta, y luego metió aquella lláve por debajo.

Poco despues Teresa empezó á dar señales de volver en sí como quien despierta de un pesado letargo, se incorporó sobre el lecho, se apoyó en uno de sus brazos y miró en torno suyo.

—¿Dónde estoy? dijó: sí, unos hombres me arrebataron... era él... el príncipe don Enrique: me taparon la boca... y luego... luego oí ruido de espadas, gritos de muerte... ah! he soñado... he sentido que me herian, que me despedazaban....

Teresa calló aterrada, lanzó un grito agudo, y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh infame! ¡infame! gritó lanzándose rugiente del lecho: y me ha dejado encerrada, sola... entregada á la vergüenza.

Entonces vió la carta que Fadrique habia dejado sobre la mesa, se acercó y la leyó, ó por mejor decir, la devoró.

La carta, cayó de sus manos, y volvió á cubrirse el rostro.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! sí; sí; me ama, me ama demasiado... me ha salvado... ¡pero Dios mio! yo no puedo amarle... no... yo amo á Jimeno...

Teresa se detuvo, y miró en torno suyo asustada, como

temerosa de que hubieran oido sus palabras.

—¡Que amo á Jimeno! murmuró; parece que el cielo ó el infierno se oponen á estos amores: ni aun confesarlos puedo ya á mí misma: ¡no! ¡no! mi honor me lo prohibe... ¡mi honor Dios mio! ¿y mi voluntad? ¿de que ha servido mi voluntad?... pero, al fin, Fadrique me ha salvado del príncipe... sin su ayuda... ¡oh que horror!... pues bien.... concluyamos... apuremos la copa... empecemos á fingir... Quiera Dios que mi corazon se mude... quiera Dios que ame al hombre á quien solo debo amar.

Y rasgando la parte blanca del papel en que habia escrito Fadrique escribió á su vez.

«Venid: yo os perdono y os disculpo creyendo en vuestro amor: venid: yo os amo... porque debo amaros y soy... vuestra esposa.»

Luego se puso el antifaz, tomó la llave del aposento que estaba bajo la puerta, donde la habia dejado Fadrique y salió á un aposento oscuro, á cuyo fondo habia una puerta por la cual penetraba una débil claridad: Teresa atravesó aquel espacio sin notar que en él se escuchaba la fuerte respiracion de alguien que dormia.

Llegó á la segunda puerta y la abrió: tras ella habia un corredor, y paseándose por él un hombre embozado; aquel hombre al ver á una dama rebozada en la puerta, se acercó y dijo á media voz:

—Gracias á Dios, señora; mi señor se desesperaba ya.

Teresa quiso hablar y se lo impidió la vergüenza; estendió la mano hácia el hombre, le mostró el papel cerrado, le tomó el hombre y Teresa se retiró precipitadamente y entró de nuevo en el aposento de donde habia salido.

Una vez allí procuró dominarse: su situacion era estrema y necesitaba fingir, doblegarse á su suerte, y aceptar el esposo que esta le imponia.

Teresa supuso que Fadrique se apresuraria á venir á su cita pero pasó mas de media hora, y nadie pareció: esto era ya demasiado para el orgullo de Teresa; pero en la si-

tuacion en que se encontraba la era preciso sufrirlo todo. encontrábase ademas, sola en un meson, y necesitaba que el mismo que la habia llevado allí la sacase.

Al fin se oyó rechinar la puerta esterior, sonaron pasos en la habitacion inmediata, se abrió la puerta y apareció un hombre armado, pero con la visera alzada; al verle Teresa lanzó un grito ahogado y se dejó caer sobre una silla; aquel hombre no era Fadrique, sino Jimeno, ó don Juan de Albornoz, como mejor queramos.

Don Juan por su parte, bien ajeno de encontrar allí á Teresa, y tomándola sin duda por otra persona dijo:

—¿Es vuestra esta carta, señora? y la mostró la que la jóven habia escrito poco antes.

Teresa calló y se apretó mas el antifaz sobre el rostro como temerosa de ser reconocida.

—Permitidme que os diga, doña Mencía, añadió Jimeno, que no comprendo lo que esto significa: me citais, vengo; pongo un escudero á la puerta del aposento que ocupais, me escribís de una manera estraña, llego, y vuestro silencio se me hace mas estraño todavia: y el tiempo urge, señora... urge de una manera, que solo os hará apreciar los sucesos que no tardarán mucho en tener lugar: despojaos del antifaz y entendámonos: pongámonos de acuerdo: ¿no os digo que el tiempo urge?

Inútilmente pretenderíamos describir á nuestros lectores lo que pasó por el corazon y por la cabeza de la jóven al escuchar las palabras de don Juan: los celos, mas horribles que nunca, germinaron en su corazon y estallaron: olvidó la situacion difícil en que se encontraba, el lugar, la hora, la carta que estaba entre las manos de Jimeno: solo vió que otra muger á mas de Elvira le arrebataba el corazon del hombre á quien amaba cada vez con mas frenesí: los celos son ciegos, y solo vieron los de Teresa á don Juan enamorado de doña Mencía de Padilla é impaciente: en un momento de cólera se arrancó el antifaz y dejó ver su demudado y hermosísimo semblante al jóven que retrocedió, llevan-

dose la mano al corazon como si le hubiese herido una puñalada.

—¿Me conoces? le dijo Teresa con un acento indescribible.

Don Juan vaciló, pero luego adelantando con la mirada vaga, ardiente, fascinada, esclamó:

—No te he olvidado un solo dia.

—Para despreciarme.

—Para sufrir.

—¡Jimeno!

—¡Teresa!

Los dos antiguos amantes callaron asustados por la espresion que habian dado á sus últimas palabras.

Aquellos dos nombres pronunciados recíprocamente de una manera suprema y desesperada, habian espresado mas que lo que hubiera podido espresar una conversacion de muchas horas.

—¿Qué haces aqui? dijo Jimeno.

—¿Qué haces tú? esclamó Teresa.

—Yo sirvo al rey, contestó Jimeno.

—Yo sirvo á la reina, esclamó Teresa.

—¿Y la sirves escribiendo citas de amor á un hombre?

—¿Le sirves tú, citándote en un meson con doña Mencía?

—Doña Mencía en lo que menos piensa es en amores.

—Y bien, dijo Teresa; ¿qué me importa que tú, joven, noble, hermoso, corras tras el placer?... ¿qué te importa que yo ame ó deje de amar? esa carta no era para ti Jimeno.

—Lo comprendo: era imposible que supieses que yo habia de venir aqui esta noche.

—¿Quién sabe? esclamó insistiendo Teresa.

—¡Es verdad! ¿quién sabe? estás en la corte, tratas todos los dias con doña Mencía, la reina te concede su confianza... es posible que una imprudencia... ¿sabes para lo que estamos aqui?

—Acaso...

—¿Sabes que don Enrique?...

—Don Enrique, continua en sus rebeldías... dijo aventurando una suposicion Teresa.

—Sí, dijo Jimeno.

—¡Ah! y para eso...

—Sí; para eso estamos aqui doña Mencía, yo, y un centenar de hombres de armas, ocultos en las caballerizas.

—Don Enrique, aprovecha el descontento de la nobleza, la lucha de la reina con el condestable y pide la libertad del hermano del almirante y de los demas caballeros presos en Roa y Portillo.

—Tú lo sabes todo, Teresa, dijo don Juan.

En verdad, todo consistia en que Teresa estaba al corriente de las intrigas de la corte, habia aventurado suposiciones, y habia acertado: en la situacion estrema en que se encontraba, teniendo don Juan entre sus manos una prenda de amor, ó que al menos lo representaba, de Teresa, esta prefirió el engañar á Jimeno, á pasar ante sus ojos por una ramera.

—Yo sabia que habias de venir aqui, dijo.

—¿Lo sabias?

—Sí, contestó ruborizándose Teresa, porque comprendia que su situacion, que la obligaba á mentir, la hacia entrar en un terreno peligroso

—¿Y era para mí esta carta? dijo anhelante don Juan.

—¿Y á quién podia yo decir que le amaba?

—¡Oh! Teresa, Teresa; ¿acaso antes de ahora no has pisado mi amor? ¿acaso por tu ambicion, no te has entregado al diablo?

—Tú me hiciste soñar, Jimeno: yo no comprendia lo que te amaba hasta que...

—Hasta que me viste noble, poderoso y caballero.

—Hasta que te ví en los brazos de otra.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Jimeno: esta es demasiado tentacion..... y es horrible.... no, no, no puede ser... imposible.

—Sí, es imposible, dijo Teresa... imposible de todo punto:

el honor y el deber nos separan... pero es tambien horrible, Jimeno, que seamos enemigos... es tambien horrible que me desprecies... cuando por tí, por mi desdicha, soy la muger mas infortunada que existe... ¡oh! tu no comprendes toda la estension de mi desgracia.... no.... Dios ha castigado mi vanidad de una manera horrible... si alguna vez, Jimeno, me ves esposa de otro, no creas que le amo; no... imposible; yo no puedo amar á nadie mas que á tí... ni puedo amarte mas que de una manera desesperada... dame esa carta, Jimeno, dámela; la he escrito en un momento de olvido... necesito destruirla...

Jimeno se acercó á la luz, y puso en ella la carta: entonces vió la que Fadrique habia escrito á Teresa, y la tomó: la jóven dió un grito, quiso arrebatar á don Juan aquella prueba de su deshonra, pero el jóven la rechazó, y leyó aquella carta del principio al fin.

Aunque estaba allí la deshonra de Teresa, estaba su completa justificacion; el corazon de don Juan se desgarró, porque amaba á Teresa de una manera desesperada, á pesar de la pura y noble pasion de Elvira de Aguirre su esposa, con quien como en su lugar habrán comprendido nuestros lectores, se habia casado en un arranque de celos y de desesperacion: al ver aquella funesta carta, comprendió cuanto la fatalidad perseguia á la pobre jóven, fatalidad que él mismo por desgracia representaba.

—¡Oh! ¡Teresa! ¡Teresa! hermana mia, esclamó con los ojos arrasados en lágrimas; ¿por qué nos encontramos la primera vez, si la suerte nos guardaba tantas desventuras?

—¡Oh Jimeno! Jimeno de mi alma, esclamó la jóven arrojándose en sus brazos: ¡yo te adoro! ¡yo no puedo vivir sin tí! ¡cree en mi pureza, Jimeno! ¡cree en ella! yo jamás me hubiera deshonrado voluntariamente ni aun por tu amor; pero ya estoy deshonrada: ha habido un hombre, á quien un amor loco, ha arrastrado á cometer una infamia: un hombre que se ha aprovechado de un desmayo fatal... un hombre que primero me ha salvado ... y despues... ¡oh! ya no

hay nada que me contenga; la copa de mi sufrimiento se ha colmado, y estoy loca, desesperada... perdóname Jimeno, y ámame... ámame... porque yo no he amado á nadie mas que á tí... ni amaré á nadie...ámame y huyamos... yo tengo un tesoro... tu eres rico... tenemos lo bastante para vivir desconocidos en Aragon ó en Navarra... y aunque fuéramos pobres, ¿no has vivido tú hasta ahora de tu ballesta? ¿no estoy yo acostumbrada á la vida rústica y frugal de la cabaña de Garcés? ¿no nos recompensará bastante nuestro amor, de la posicion que perdamos?

—¿Por qué escuchaste los consejos de tu vanidad, Teresa?

—Pero... estoy arrepentida... mi vanidad me ha costado muchas amargas lágrimas... en vano, ofendido de mí, me has despreciado: tus desprecios no han hecho mas que avivar mi amor; la desgracia le ha purificado, y la desesperacion le ha llevado al último punto posible: tu amor es mi existencia, sin él, moriré... y no, no querrás que muera tu Teresa, ¿no es verdad?

—¡Oh! malditas sean las rebeldías del príncipe don Enrique que me han traido aqui esta noche, esclamó don Juan; mas valiera Teresa, que no nos hubiéramos esplicado, que hubiéramos vivido mútuamente ofendidos.

—¡Jimeno! esclamó con acento desgarrador Teresa.

—¡Es imposible! imposible de todo punto, esclamó don Juan: la fatalidad nos separa: Dios ha puesto entre nosotros un abismo, que no podemos salvar.

—Pero déjame la esperanza... déjame esperar un dia en que libre tú como yo...

—Nunca seremos libres... existe un hombre en el cual está depositado tu honor, pobre niña... y una vez esposa de ese hombre...

—¡Oh! ¡Jimeno! ¡Jimeno! me desgarras el corazon.

—Es preciso... voy á sacarte de aquí... Fadrique de Lara es caballero... te ama, y...

—Y cumplirá con lo que debe; dijo una voz ronca á través de la puerta.

Un hombre adelantó: aquel hombre era Fadrique.

Teresa retrocedió aterrada, como Saul á la aparicion de Samuel. Jimeno tendió la mano á Fadrique, y le llevó hasta Teresa.

—No podeis quejaros de esta dama, primo, le dijo: ella no os ha dado ni una esperanza, ella solo os ha tratado como amigo... vos la habeis hecho por vuestra voluntad, vuestra esposa ... vos debeis cumplir lo que habeis prometido... porque jamás un noble, un hombre de honor comete arrastrado por sus pasiones una accion indigna, sin que el recóndito grito de su honor, prometa una reparacion inmediata.

Teresa cayó de rodillas entre los dos jóvenes.

—Alzad, doña Teresa, alzad, la dijo Fadrique: desde este momento sois mi esposa delante de Dios y de los hombres... solo por un momento habeis sido mi muger, y no volvereis á serlo jamás... pero yo os prometo que pronto quedareis por segunda vez viuda.

En aquel momento se escuchó un estraño ruido en las habitaciones bajas del meson y en la calle: ruido de armas, gritos de soldados, esclamaciones sediciosas. Don Juan se separó de Teresa y de Fadrique, y desnudando su espada, se lanzó fuera del aposento.

—Sigámosle.

Apenas salió á los corredores, cuando se encontró con una dama envuelta en un manto.

—¿A dónde vais don Juan? le dijo.

—Dónde he de ir señora, ¿no ois?

—En efecto, gritan muera el condestable... ¡libertad para los presos de Roa y Portillo!

—Es pues necesario que....

—Nos pongamos en salvo: ya se ve, cuando los hidalgos se entretienen en recordar amores pasados, se olvidan de todo, hasta de su propia seguridad. Nuestros hombres han sido sorprendidos.

—¡Oh! esto quiere decir....

—Lo que no es raro en estos tiempos, que ha habido trai-

dores entre nosotros; andad, andad, seguidme: ¿no veis que las gentes del príncipe, ó por mejor decir, las de don Juan Pacheco inundan el meson?

—La dama seguia apresuradamente los corredores adelante, arrastrando consigo asido de una mano á don Juan, que se dejaba conducir maquinalmente.

—¿Dónde me llevais, señora? dijo viendo que la dama se aventuraba por unas estrechas y oscuras escaleras.

—Yo nunca entro en un lugar, dijo la dama, sin asegurarme antes la salida. Por esta escalera subiremos á un desvan, y por el desvan pasaremos á una casa, por donde escaparemos.

En esto habian llegado á lo alto de las escaleras, y se encontraban en un espacio lóbrego.

—¡Ola! dijo la dama: ¿velais?

—Aqui estoy señora; dijo un hombre.

—Haced luz, dijo la dama.

Apareció al momento la luz de una linterna, que sin duda era de resorte, y á su luz apareció un hombre con trazas de escudero; en cuanto á la dama, estaba cubierta con un tupido antifaz y no se podia juzgar de ella.

Asi adelantaron encorvados á lo largo del desvan, y al fin de él, el escudero abrió una compuerta, y nuestros fugitivos bajaron por unas escaleras de madera, atravesaron una casa deshabitada, y salieron por el postigo de un enorme huerto, á una calle enteramente opuesta y harto distante de aquella en que estaba situado el meson.

Cuando estuvieron en la calle, el escudero silbó, y de un oscuro soportal salió una litera y algunos hombres de armas: entró en la litera la dama, y dijo desde la portezuela á don Juan:

—La casa del condestable está cerca; id avisadle, poneos al frente de sus ginetes, y deshaced esa tormenta; os suplico que recateis á don Alvaro que yo he tomado parte por él en estos asuntos: no me conviene que lo sepa. Adios don Juan, adios.

Cerróse la litera, y se alejó: don Juan de Albornoz se alejó en distinta direccion con la espada desnuda, por entre las oscuras y sombrías callejas de Valladolid.

Entre tanto la dama, decia en la litera para sus adentros:

—¡Diablo! ¡diablo! indudablemente tengo suerte.... he estado á pique de dejarme arrastrar de un capricho.... ¡vaya por casualidades! en lo que menos pensaba yo, era en ese motin... aunque le conocia... me valí de un pretesto para provocar á una esplicacion á ese don Juan. Don Juan se ha esplicado por sí mismo antes que yo me descubra... está enamorado... pues bien, me alegro... yo no estaba mas que un tanto predispuesta en su favor, y hubiera sido necesario que se me hubiera mostrado tal como yo le creia, para que me hubiera obligado á enamorarme bien... este desengaño me ha curado enteramente, y en adelante no partiré tan de ligero... conservemos el corazon libre, para quien sepa apreciar lo que vale... y si no existe el hombre que le pueda llenar, mas vale que sufra su vacío, que esponerlo á ser pisado.

Quien hablaba de este modo, era doña Mencía de Padilla.



En que se trata de otros notables acontecimientos que pasaron aquella misma noche.

Por un momento Fadrique y Teresa continuaron mirándose frente á frente, confusos, avergonzados, sin atreverse á decir una sola palabra.

Pero era tal la situacion, que Fadrique se vió obligado á decir al fin:

—Partamos señora, y fuera de aqui nos entenderemos mejor: las gentes del príncipe estarán aqui de un momento á otro.

En efecto, se oian en la parte baja del meson, ruido de voces y de armas: Teresa se asió del brazo de Fadrique, salieron del aposento, atravesaron el corredor, bajaron las escaleras, y llegaron al postigo que daba sobre el callejon de los Gitanos; antes de abrirle, Fadrique desnudó su espada, despues de lo cual puso la llave en la cerradura, y abrió.

En el momento en que puso el pie en el dintel de piedra, retrocedió; habia tropezado con un cuerpo humano.

—¿Qué es eso? dijo Teresa asustada.

Fadrique se inclinó, y examinó el bulto que tenia á sus pies.

—Es un soldado muerto á hierro, dijo.

—¡Un soldado muerto!

—Sí, sí, apresurémonos señora, y lleguemos cuanto antes á vuestra casa: el aire huele á sangre.

Y sin cerrar el postigo, dió á andar apresuradamente con Teresa que le seguia jadeando. Inmediatamente se puso en su seguimiento un pequeño bulto que estaba agazapado en una puerta inmediata, y los siguió á la carrera.

Cuando hubieron salido del callejon, y se deslizaron á lo largo del muro de la villa, se encontraron en lugares oscuros, desiertos, y silenciosos: oíanse por lo tanto distintamente, las pisadas de la persona que los seguia á la carrera.

Fadrique se detuvo, y se volvió.

—¿Quién va? dijo.

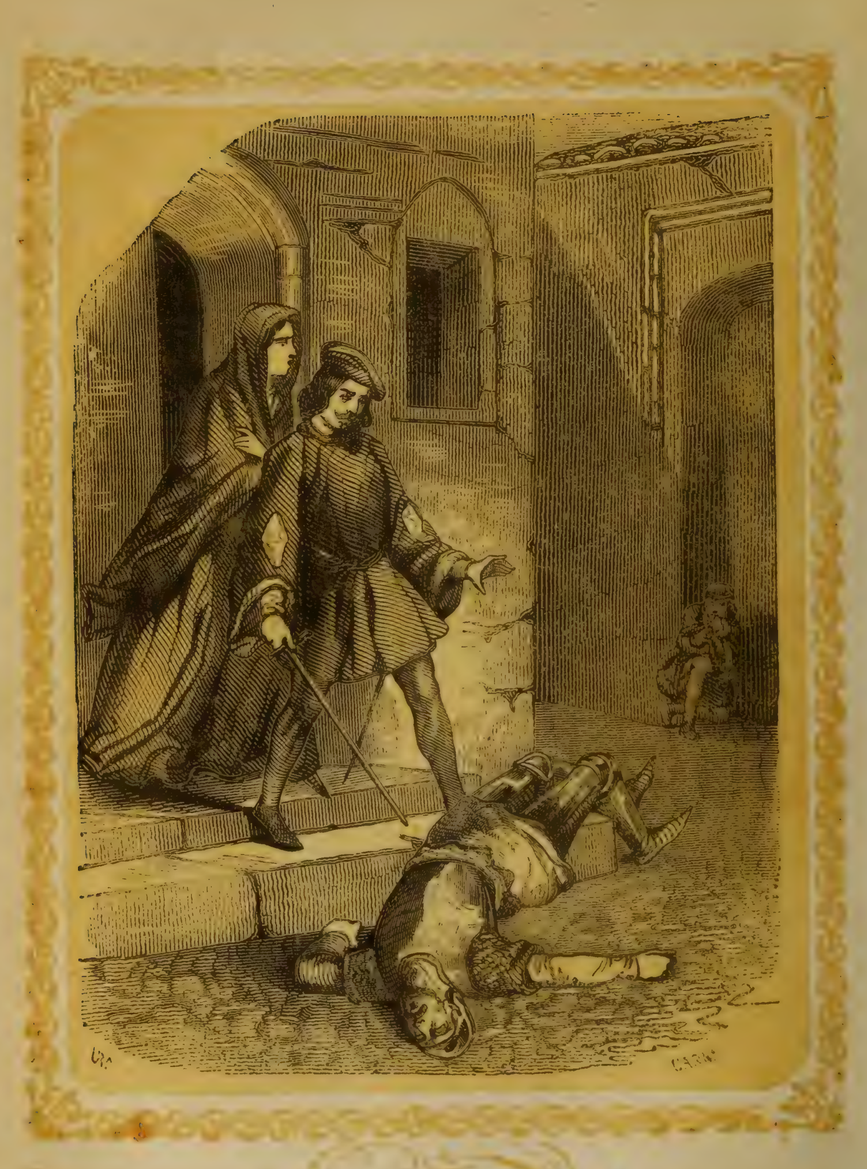
—Un amigo, contestó una voz jadeante.

—¡Don Aleluya! esclamó con asombro Teresa.

—Sí, yo soy... yo que os guardaba, señora.

—¡Que me guardabais! dijo la jóven.

—Sí, sí; pero sigamos adelante: no sabemos lo que esta noche puede suceder; se engañan unos á otros, hay traiciones... todos estan preparados: esta noche se dará una batalla.



D. Juan II.
lám. 12.

—Sigamos, sí, dijo Fadrique; esta noche habrá cuchilladas y carreras... y no estaré tranquilo hasta que os deje en vuestra casa.

—¡En su casa! esclamó con espanto el bufon... si nos acercásemos á su casa, la prenderian los satélites de don Enrique.

—¡Cómo! ¡don Enrique! esclamó Teresa.

—Don Enrique os persigue, señora, y no desistirá hasta que se apodere de vos.

—¿Pero cómo sabeis eso, don Aleluya? dijo Fadrique.

—Esta noche, seguia yo á doña Teresa: al entrar en el Espolon, cuatro hombres se arrojaron sobre ella, y la arrebataron: con aquellos hombres iba el príncipe don Enrique.

—Seguid, seguid.

—Encontré á un hidalgo, y aquel hidalgo, á quien pedí socorro para doña Teresa, partió, y la libertó: yo le habia perdido: pero el hidalgo habia tenido necesidad de cargar sobre sus hombros á doña Teresa; caminaba, por lo tanto, despacio, y por un acaso cuando yo iba andando sin saber por dónde, á la ventura, le encontré todavia con su carga, cuando entraba en el callejon de los Gitanos.

—¿Y qué interés teneis en seguirme? dijo Teresa con recelo.

—Sois dama de mi señora la reina...

—¡Ah! y ¿las damas de la reina...?

—Me interesan como todo lo que toca á mis señores.

—Seguid, don Aleluya, seguid.

—El hombre llegó á un postigo en el fondo del callejon, abrió con una llave y entró con vos, señora, que aun ibais desmayada. Yo no pudiendo entrar, me quedé agazapado en una puerta inmediata. Pasó algun tiempo. Por aquel postigo entraron sucesivamente una dama con un escudero; entró un hidalgo y salió otro, en quien creí reconocer á don Fadrique, que poco despues volvió y entró con otro hombre, tambien escudero al parecer: despues llegó don Enrique.

—¿Cómo le reconocisteis siendo la noche tan oscura?

—Le oí hablar con uno de los hombres que le acompañaban: guarda esa puerta, Pontejos, le dijo; y si sale ella, silba tres veces.

—¿Esa ella era yo? dijo Teresa.

—Sin duda.

—El príncipe no podia saber que yo os habia conducido al meson del Gato; esa ella debia ser doña Mencía de Padilla.

—Acaso, acaso... pero yo no tenia motivos para saber nada seguro... entonces me dije: ella saldrá y este hombre no llamará á las gentes del príncipe.

—¡Y le matasteis! dijo profundamente Teresa.

—El escudero Pontejos se sentó en el dintel del postigo apoyándose de espaldas contra la puerta, y como era tan profundo el silencio y la calle tan solitaria, se durmió..... cuando escuché sus ronquidos. adelanté en silencio... y... es la primera vez que lo he hecho... jamás habia matado...

—¡Oh! ¡gracias, gracias, don Aleluya! me habeis salvado dos veces... demasiado desgraciada soy yá, para que Dios permita que caiga en poder del príncipe.

—Indudablemente caereis, si vais á vuestra casa esta noche.

—¿Cómo?

—Despues que el príncipe dió sus órdenes á Pontejos, se volvió á otro de los hombres que le acompañaban y le dijo: por lo que pueda suceder, ve á casa de doña Teresa Garcés, y guarda los alrededores con diez hombres: si va, apodérate de ella y de quien la acompañe.

—¿Y á dónde ir? Dios mio: esclamó Teresa.

—Al alcázar, dijo Fadrique.

—El alcázar está rodeado de las lanzas del condestable, y es muy posible que no esten en él ni el rey ni la reina, dijo el bufon.

—¿Y no conoceis vos, don Aleluya, algun lugar seguro?

—Y tanto como le conozco, y bien cerca que está por cierto, al revolver dos esquinas en el Corral de las Doncellas.

—¡Casa del bachiller Fernan-Gomez! dijo Teresa.

—¿Y dónde mejor? dijo don Aleluya: apresurémonos, porque si mis orejas no me engañan, ya empiezo á oir en la villa cierto hervidero de mal agüero.

En efecto, se oian ya á lo lejos voces tumultuosas.

Los tres personajes apresuraron el paso, y llegaron á un estrecho ángulo de una plazuela irregular, sin salida, que se llamaba entonces y se llama ahora Corral de las Doncellas.

En aquel ángulo habia un casaron oscuro, cerrado y sombrío; á ser de dia se hubiera visto que su gran puerta mostraba por las telarañas que cubrian su quicio, que habia mucho tiempo que no se habia abierto, y solo parecia servir de entrada un pequeño postigo: en el muro rojizo de la fachada, no se veia balcones ni ventanas, ni mas perforacion que una rejilla situada sobre la puerta y resguardada por polvorientas celosías.

Don Aleluya llegó al postigo de la puerta, tiró del nudo de un cordel que cubria un agujero, é instantáneamente sonó dentro una campana.

Por el momento nadie contestó: don Aleluya tiró por segunda y tercera vez de la cuerda.

Al repetido son de la campana, se oyó ruido en la reja, se abrió, y una vieja displicente y gangosa, esclamó con acento gruñon:

—¿Qué quieren á estas horas y en tal noche?.. el bachiller Cibdadreal no saldrá ni aunque se esté muriendo el obispo... que se esperen á mañana... ¡buena está la noche, para que asi deje un honrado señor su casa!

—No se trata de que el señor bachiller salga, dijo don Aleluya... solo se trata, mi buena señora Genoveva, de que entren unos amigos.

—¡Ah! ¡ah! ¡don Aleluya! ¿es vuesamercé...? perdonad... pero están los tiempos tan malos.. y luego se dice si esta noche hay ó no hay motin.

—Por lo mismo, señora Genoveva, bueno será que nos

abrais la puerta antes de que les dé la gana de descolgarse por aqui á algunos de los malsines.

—Voy, voy al momento á avisar á mi señor... don Aleluya.

Y la vieja tras estas palabras cerró la ventana.

—Podrá suceder muy bien, dijo el bufon, que no seamos nosotros los únicos huéspedes.

—¡Cómo! dijo Fadrique.

—Será muy posible que esten aqui tambien sus altezas.

—¡Cómo!

—El condestable no se descuida: hay poca gente de armas en la villa para defender el alcázar, y desvandar al mismo tiempo á los rebeldes.

—Pero siempre estarian sus altezas mejor en el alcázar que es mas fuerte.

—Sí, si hubiera bastante gente para defenderle.

—Menos defensa tiene esta casa.

—Pero nadie sospechará que en ella están sus altezas.

—Pueden haberlos visto entrar.

—Desde el alcázar aqui hay unas minas que nadie conoce.

—¿Cómo las conoceis vos?

—Yo las conozco porque he venido algunas veces por ellas con el rey. Pero me parece que se escuchan pasos.

En efecto, se oian pasos cercanos en el interior; y poco despues brilló el reflejo de una luz entre las junturas de la puerta.

Al cabo el postigo se abrió y apareció el bachiller Fernan-Gomez con una lámpara en la mano.

—¿Cómo es esto, señores? dijo el bachiller reconociéndolos ¿tan serio es el alboroto que os habeis visto precisados á venir aqui huyendo de la quema?

—La tormenta zumba á lo lejos, dijo el bufon, y de tal modo, que mucho será que no suceda algun desastre. Pero entremos y pongámonos á cobro.

Entraron: el bachiller cerró la puerta y adelantó hácia las escaleras.

Al subir por ellas, don Aleluya dijo á sus acompañantes, señalando dos largas hileras de soldados que apoyados en sus ballestas estaban sentados en los peldaños:

—¿No os lo decia yo?

—¿Y qué deciais vos, don Aleluya? dijo Cibdadreal.

—Decia, continuó el bufon en voz baja acercándose al bachiller, que mucho seria si no estaban sus altezas en vuestra casa.

—Está el rey.

—¿El rey solo?

—Sí.

—¿Y la reina?

—En casa del condestable, asistida por su esposa doña Juana Pimentel, y guardada por su hijo don Juan de Luna... prisionera, en una palabra.

—¿Y el rey prisionero en vuestro poder?...

—No por cierto... puesto á cobro, para evitar el que como otras veces se apoderen de él los confederados, cosa que podria traer malas consecuencias á don Alvaro. Por esta vez, esa intentona tendrá el mismo resultado que otras veces; se darán algunas carreras, se prenderán algunos nobles, se ahorcarán algunos villanos, el príncipe y sus gentes escaparán ó serán presos, y nada mas... Pero henos ya en mi aposento; sentaos señora y considerad que estais en vuestra casa; del mismo modo señor Fadrique de Lara, tened en cuenta que mi casa es vuestra. Voy... voy á mandar á la señora Genoveva que os prepare aposento, señora: en cuanto á vos, señor Fadrique, como yo no dormiré esta noche, podeis usar de mi lecho.

El bachiller salió; don Aleluya no sabiendo que otra cosa mejor hacer, se puso á hojear uno de los librotes de medicina que estaban sobre la mesa, despues de haberse encaramado como pudo en el sillon del bachiller: Fadrique tomó de una mano á Teresa, y la llevó á un balcon que daba sobre un patio.

—Necesito hablaros mucho, señora, la dijo.

—Fadrique, esclamó con voz trémula Teresa, yo era desgraciada pero vos me habeis dado el golpe de muerte.

—Si yo hubiera podido preveer, dijo con confusion el jóven, el intenso amor que os inspira mi primo don Juan....

—¿Y quién os aseguraba de que yo no alentase amores en mi alma, caballero?...

—Vos me habeis dicho...

—¡Qué! ¿acaso está obligada una muger á revelar sus secretos á un hombre por la sola razon de que esté enamorado de ella?

—¡Ah, Teresa!

—Yo solo os he dicho: esperad... yo solo os he dicho: si me caso alguna vez me casaré con vos, y... nada mas... vos sin embargo no habeis esperado.

—Estaba desesperado, señora... pero ahora lo estoy mas... yo creí que no amabais, y me dije: deshonrándola la obligaré á que se case conmigo para recobrar su honor, y despues de casada obraré de tal modo, seré tan amante, la obligaré tanto, que me perdonará y me amará... ademas señora, yo estaba loco... mi locura me arrastró... pero ahora... ahora... ¡Dios mio! Satanás mismo tendria compasion de mí, porque su infierno no debe ser tan terrible, como es el que tengo en el alma.

—¿Es culpa mia, Fadrique, el no poderos amar?

—¡Oh! no, no, señora: pero estoy obligado á daros una reparacion y os la daré: antes de partir á cumplir el encargo de su alteza la reina para con su tio el rey de Portugal, seré vuestro esposo.

Oprimiósele el corazon de tal manera á Teresa que rompió á llorar en silencio.

—¡Oh señora! esclamó Fadrique... perdonadme... yo os juro que no tendreis esposo mas que para cubrir vuestra honra... despues... despues...

—¡Oh! ¿qué quereis decir?

—Nada, señora, no quiero decir nada, esclamó tristemente Fadrique: para vos el casaros conmigo es una desgra-

cia... bien lo veo... pero yo procuraré tenga un límite corto...¿qué importo yo? ¿qué importa mi amor tratándose de vos?... vos sois para mí primero que todo, primero que yo mismo... pero es necesario concluir... acaso entre las gentes que han acompañado al rey haya alguno de sus capellanes... sois libre; la reina os ama, y el rey no se negará á dar una licencia aun cuando se haya efectuado el matrimonio con fecha anterior... esto es cosa de un momento, y ya es necasario partir cuanto antes.

—¡Partid! dijo Teresa.

—¡Partir! ¿ignorais señora, que la comision que voy á desempeñar es peligrosa, que puedo morir en ella?

—Me espantais Fadrique, esclamó Teresa; por mas que me hayais cruelmente ofendido, por mas que no os ame con el amor que vos necesitais, siento por vos un afecto profundo, que me haria llorar desesperadamente vuestra muerte... vivid... vivid... sed mi esposo y amadme... amadme mucho, yo os amaré como una hermana, y seré para vos una esposa. ¿Podemos acaso contrariar los decretos de Dios? Partid; y cuando volvais...

—La situacion en que nos encontramos no nos permite aventurar nada; Don Juan de Albornoz sabe por una fatalidad...

Teresa devoró un gemido; Fadrique calló no sabiendo ya que decir.

En aquel momento se oyó una voz á sus espaldas.

—Con que es decir, que hay caballeros que se cobran de una manera infame de los servicios que hacen á una dama, dijo aquella voz convulsa por la cólera.

Fadrique y Teresa se volvieron y encontraron delante de ellos á don Aleluya cuyos ojos centelleaban.

—¡Oh! ¿qué es esto? esclamó Fadrique. ¿Será que todos se crean con derecho de terciar en nuestos asuntos?

—¿Quién os avisó de que Teresa estaba en peligro? dijo opacamente el bufon.

—Vos, contestó con estrañeza Fadrique.

—¿Quién mató al escudero Pontejos, para facilitar á Teresa la salida del meson del Gato?

—Vos, segun vuestro dicho.

—¿Y quién os ha traido aqui para poneros á cubierto de las asechanzas del príncipe?

—Vos tambien.

—¿Y creeis que un hombre que ha seguido á una dama desde el alcázar guardándola, que ha hecho todo esto por ella, no tiene derecho á...?

—Ese derecho puede apropiársele cualquiera, á título de proteccion, esclamó con desden Fadrique.

—Yo conozco desde hace mucho tiempo á esta señora... ¿no es verdad Teresa que te conozco hace mucho tiempo?

—Sí, contestó bajando los ojos Teresa.

—¿No es verdad, que quien te ha visto pequeñita, quien te ha tenido sobre sus rodillas, cuando aun no pensabas en el amor, tiene casi los derechos de un padre?

—¡Oh! ¡sí!

—Y si supierais ademas caballero, que al morir su madre me encargó que velase por su hija...

—¡Mi madre! esclamó Teresa: habeis conocido á mi madre.

—¡Mucho! esclamó dolorosamente el bufon.

—¡Y la habeis visto morir! esclamó con un acento indefinible Teresa.

—Murió en mis brazos, señora...

—Y mi madre era...

—La ermitaña de Pero Alarcon.

—Pero su nombre... su nombre.

—Le ignoro, Teresa.

—¡Que le ignorais! y decís que la conocisteis mucho.

—La conocí siendo ya ermitaña.

—Pero mi madre... ¿cómo me reconoció mi madre...? mi difunto esposo me habló de esto.

—Vuestra madre vió un lunar negro que teneis sobre el hombro derecho.

—¡Oh! ¡vos me ocultais un secreto!

—Nada os oculto señora: pero ya veis caballero, que me asisten derechos sagrados: la última voluntad de una madre. Desde que Teresa está en la corte, yo he sido su sombra y he jurado defenderla de todos hasta de los mas altos, y si no puedo defenderla, vengarla. Ahora bien, yo sé que Teresa no os ama, y que la habeis obligado... ¿y no es una infamia en un caballero una violencia á una dama?

—Yo me presto á reparar ese crímen, repuso confundido Fadrique.

—Bien... y creo que despues de repararlo sabreis lo que debeis hacer.

—¡Morir! esclamó Fadrique.

—Morir ¡no! esclamó aterrada Teresa.

—Morir no; esclamó el bufon, sino sufrir: espiar con una vida de abnegacion vuestro crímen, procurar ser amado... y yo espero que llegará un dia en que Teresa os amará, añadió el bufon mirando á la jóven de una manera suplicante, en que será feliz á vuestro lado, en que no pensará en nadie mas que en vos. ¿No es verdad, hija mia?

—¡Oh! quiera Dios que ese momento llegue.

—Y ese momento llegará si tu quieres, si escuchas mis consejos. Ahora bien, creo que el señor Fadrique necesita partir.

—Asi es.

—Que su comision es peligrosa.

—Mucho.

—Por lo tanto es necesario prevenirlo todo. Necesitais un sacerdote que os una en secreto, mientras se obtiene la licencia del rey; pues bien, yo os buscaré ese sacerdote, y acaso la licencia esta misma noche.

Y el bufon salió anhelante de la cámara del bachiller á quien encontró á la puerta.

—Venid conmigo, le dijo.

—¿A dónde? contestó el bachiller.

—A la habitacion en donde teneis guardado al rey.

—¿Para qué?

—Necesito casar antes de una hora á mi hija.

—¡Casarla! esclamó con estrañeza el bachiller; ¡casarla! ¿y con quién?

—Con el señor Fadrique de Lara.

—¿Pero no sabeis que doña Teresa ama á don Juan de Albornoz?

—Lo sé.

—¿Y la casais?

—La caso.

—Todo lo que acontece á vuestra hija es estraño, don Aleluya: su nacimiento, su educacion, sus amores con don Juan, su casamiento con don Rodrigo, y ahora otro nuevo casamiento de improviso, con un hombre que no puede jactarse mucho de ser amado por ella: ¡señor! ¡señor! el buen Juan de Mena encontraria aqui asunto para escribir una fábula mucho mejor que la de Calisto y Melibea con que anda entre manos. ¿Y para eso quereis ver al rey?

—Y tanto como quiero.

—Pues no entiendo que tenga el rey que ver con esto.

—¿Habeis olvidado que doña Teresa es dama de la reina y el señor Fadrique caballerizo del rey, por cuya razon no pueden casarse sin su licencia?

—¡Ah diablo! es verdad. ¿Pero tan urgente es ese matrimonio?

—Demasiado urgente, dijo suspirando el bufon.

—¿Tanto que sea necesario hacerlo esta misma noche?

—El señor Fadrique de Lara tiene necesidad de partir al momento á no sé qué comision peligrosa... y si muriera... si muriera, Teresa se veria espuesta á la deshonra...

—¿A la deshonra...?

—¡Oh! sí; los tiempos han llegado á tal corrupcion, que lo mas que puede pedirse á un caballero, no es que respete á una dama, sino que consienta en reparar una accion villana casándose...

—¡Ah! ¡ah! ¿el señor Fadrique ha llegado á las villanías?

—El pobre jóven estaba loco de amor.... es necesario disculparle... y ya que se presta... ¿decidme pues dónde se encuentra su alteza?

—Por eso no quede: venid y arreglaos como podais con el rey: pero tened en cuenta que yo no os presento: don Juan el segundo está asustado; receloso como nunca, y creo que llegareis en mala ocasion: ademas de eso, de un momento á otro debe venir el condestable.

—Me basta con que me dejeis á la puerta del aposento.

—Pues mirad don Aleluya, vos conoceis mi casa: á lo último del corredor, la cámara donde yo tenia mis esqueletos: ¿recordais?

—Recuerdo perfectamente.

—Pues entonces id y que Dios os ayude.

—¿Pero tales andan las cosas?

—Negras, muy negras; el rey está cambiado; doña Isabel de Portugal ha hecho milagros... y si no id, id y ya vereis.

Don Aleluya salió á los corredores y el bachiller Fernan Gomez entró en su aposento.

Teresa y Fadrique estaban hablando acaloradamente en el balcon,

Fernan Gomez hizo rüido al entrar para ser notado; Teresa se volvió á él y le dijo:

—¡Cuánto abusamos de vos, señor Cibdadreal!

—Usais, no abusais, señora; dijo el médico, y usando de mí, me haceis una señalada merced: á mas que ya sabeis que somos antiguos conocidos.

Teresa se ruborizó, porque sabia bien que el bachiller conocia sus secretos.

—En verdad, que no puedo olvidar nunca que os debo la vida, señor; dijo la jóven... sin vos...

—No hablemos de eso... la noche avanza y es necesario que penseis en descansar; ved á mi buena ama doña Genoveva que viene por vos. Conque id, hija mia id, y disimuladme si no os aposento como quisiera.

—¡Ah! ¡señor! cuan bondadoso sois, dijo Teresa sonriendo tristemente al médico.

Y despues de tenderle su mano y de saludar con afecto á Fadrique, salió acompañada de doña Genoveva que poco antes habia aparecido en una de las puertas de la cámara.

—Decidme señor bachiller, dijo Fadrique, ¿qué hombre es aquel que está tan tenazmente mirando hácia aqui, tras las vidrieras de aquella ventana del frente?

—Aquel hombre es el rey, caballero; dijo Cibdadreal.

—¡Ah! es el rey, esclamó profundamente el jóven.

—Sí por cierto, el rey don Juan el segundo de Castilla, que se fastidia y que—sea esto dicho entre los dos—tiene miedo.

—¡Miedo!

—Sí, miedo de no dar al traste con el condestable.

—¡Ah! ¿con que su alteza está decidido?

—Le ha decidido su muger.

—Pues que Dios ayude al condestable.

—Teneis razon: que Dios le ayude, esclamó profundamento el médico: está rodeado de envidiosos y de ingratos.

Fadrique se ruborizó, y aquel rubor no pasó desapercibido para el viejo bachiller.

—Guardeos Dios, señor Fadrique, le dijo; si os cansais usad de mi lecho: dispensadme si os dejo, porque la noche es una noche como otras muchas que han pasado ya, por desgracia, con demasiada frecuencia.

—Id con Dios, señor Fernan Gomez, dijo Fadrique; y en cuanto á lo del lecho, paréceme que tanto velaré yo como vos.

—Quedad pues en paz, y preparaos para lo que pueda suceder.

El bachiller salió, y Fadrique quedó solo.

—¿Qué habrá querido decirme ese hombre? murmuró... ¿si sospechará?.. él es muy partidario del condestable... ¡oh! yo debia serlo tambien... pero Teresa... y el rey que no se ha apartado de la vidriera mientras ella ha estado conmigo en el balcon...

Fadrique fué al balcon y miró á la ventana de enfrente: el bulto que antes habia visto en ella ya no estaba allí.

—No me ama ni me amará, esclamó el jóven apoyado tristemente en la balaustrada del balcon: y bien... yo cumpliré con lo que debo, y despues... despues... ya sé lo que me toca hacer.

Y apoyando los codos en el balcon y la cabeza en las manos, quedó profundamente pensativo.



CAPITULO XXXVI.

Siempre el mismo rey don Juan.

Hacia ya mucho tiempo que el condestable desde la prision del conde de Alba y de los otros caballeros en Roa y Portillo, veia prepararse y agolparse sobre su cabeza una de aquellas tormentas que mas de una vez le habian puesto á pique de perder su privanza, y de las cuales solo habia triunfado, merced á la influencia que egercia sobre el ánimo del rey.

Sin embargo, cada una de estas intentonas le inquietaba cruelmente, porque sabia demasiado que si sus enemigos llegaban á haberle una vez por sorpresa á las manos, atropellarian por todo, y acabarian de una vez arrojándole sobre un cadalso, ó valiéndose del puñal ó del veneno en el fondo de un lóbrego encierro.

Por lo tanto don Alvaro sostenia un numeroso y activo espionage, lo preveia todo, compraba á los que podia, prendia á los que se descuidaban, aterraba con ostentaciones de autoridad á los débiles, y robustecia su partido ennobleciendo y enriqueciendo á los que se le mostraban adictos,

Esta defensa obligaba al condestable á gastos dispendiosos, á sostener un ejército de tres mil lanzas, y á rodearse de una corte y de una servidumbre, no ya rivales, sino superiores á la del rey y á la del príncipe reunidas.

El dinero, pues, para sostener estos gastos salia del pueblo, á quien el condestable gravaba cada dia con nuevos tributos, exacciones y gabelas, no sin que esto le contrariase, porque sabia bien, cuanto vale el apoyo de la opinion pública, y que esta se vuelve indignada contra todo aquel que sangra á los pueblos; y solia decir en algunos momentos de confianza á sus amigos mas fieles y allegados:

—Yo caeré, abrumado necesariamente por los mismos actos á que me obliga la lucha que sostengo, si no logro dar un golpe seguro. Sus reinos ayudaron al rey don Pedro, mientras no los abrumó demasiado, pero desde el momento en que sacó á los naturales de sus provincias para hacer con ellos la guerra, y hundió la agricultura, y secó los manantiales de la riqueza, sus reinos le abandonaron: reducido solo á sus grandes vasallos fieles, cayó y pereció bajo el puñal de su hermano. Del mismo modo caeré yo, si sigo mucho tiempo azotando á los labradores y á los mercaderes.

Y don Alvaro tenia razon: el pueblo al ver sus exacciones, no comprendia que necesitaba dinero y mucho, para vencer á una nobleza que era un verdadero y terrible azote del reino; que no permitia ningun género de gobierno que pudiera buenamente llamarse gobierno: que hambrienta é insaciable, lo devoraba todo, y que no encontraba valladar á su soberbia: el pueblo solo veia el escesivo fausto del condestable, su ejército, su corte, y la dependencia vergonzosa en que tenia al rey, y empezaba á murmurar y á acusar al condestable de que estaba apoderado de la casa y estado real, y constituido en un rey de hecho.

Esto no era otra cosa, que el eco de las detracciones de los enemigos del condestable: la historia ha juzgado imparcialmente á aquel grande hombre, y ha escrito su nombre entre los de los reorganizadores de los pueblos. ¿Qué importa

que no lograra realizar su gran pensamiento? con otro rey mas digno, don Alvaro de Luna hubiera sido un vasallo respetuoso: con el débil don Juan el segundo, se veia obligado á ser tirano. Ni podia ser de otro modo. Si el condestable se hubiera dejado dominar por el rey, de seguro no hubiera pasado de ser una vulgaridad, como lo fueron los favoritos de otros muchos reyes, cuyos nombres ha colocado en lugar harto humilde la historia.

Como hemos dicho, desde la prision de los caballeros encerrados en Roa y Portillo, don Alvaro habia visto levantarse una nueva tormenta, y habia llegado el caso de que aquella tormenta estallase en el seno mismo de unas córtes del reino. A mas de esto los confederados habian sido impacientes, y no habian pensado en apelar al último recurso de una acusacion en medio de la representacion nacional, sino cuando hubiese fracasado una prueba de armas.

Pero como quiera que en cuanto á espionage el condestable estaba bien servido, ya hemos visto que apenas entró en Valladolid como agente de los rebeldes Pero Valiente, ya el capitan Hernando de Carrillo, se presentó á conjurar la tempestad, comprando á maese Andresillo.

Pero maese Andresillo, que como tambien hemos visto, sentia tanto miedo por don Juan Pacheco como por el condestable, puesto entre la espada y la pared, avisó á unos y á otros, y llegó el caso de que los bandos se encontrasen frente á frente en el mismo lugar de la conjuracion.

A pesar de los dobles avisos, fuese porque Andresillo hiciese mas traicion al condestable que á los confederados, ya hemos visto que las gentes de estos sorprendieron á las gentes de aquel, y que doña Mencía de Padilla y don Juan de Albornoz, se vieron obligados á huir por los desvanes, para no caer en las manos de don Juan Pacheco.

Don Alvaro no perdió un momento, reunió sus ginetes y los del rey, los puso bajo las órdenes de su hijo don Juan de Luna, de don Juan de Albornoz y de Hernando de Carrillo; se hizo fuerte en su casa, llevó á ella á la reina, mas bien

como presa que como resguardada, por temor de que no tuviese parte en aquel alboroto, y condujo al rey por las minas á casa del bachiller Fernan Gomez, con una guarda de ballesteros.



Esto habia ya sucedido otras veces, y el bachiller para aposentar á su real huesped habia desalojado una gran cámara de esqueletos, animales disecados y otros objetos de estudio relegándolos á un desvan, y sobre aquellas negras paredes en que se veian algunos aforismos y sentencias en griego, se habian puesto tapices, sino muy nuevos, muy abigarrados, una descolorida alfombra un armario con libros de poesias y romances, una mesa con recado de escribir, algunos enormes sillones y un voluminoso lecho.

A aquel aposento, fué donde se dejó conducir mal su grado, sumiso á la voluntad del condestable, el señor rey de Castillla don Juan el segundo, que se paseaba á la sazon macilento y cari-acontecido, á lo largo de la cámara

Estaba solo; dos velas de cera puestas en candeleros de

bronce dorado sobre la mesa, arrojaban de sí un turbio resplandor que no bastaba á iluminar enteramente la estensa cámara: nada absolutamente se escuchaba á escepcion del chascarar de las velas, y el ruido acompasado de los pasos del rey.

Vestia don Juan, un ropon encarnado, ya harto raido, unas usadas calzas de seda, unos borceguies deslustrados y un birrete cuyos bordados, dorados un tiempo habian empezado á descubrir el color del cobre: su espada sencilla, espada de caballero, estaba arrojada como un mueble inútil junto á un sillon, y solo conservaba en su cintura un pequeño puñal, del que pendia su escarcela, en la que podemos asegurar no se encerraba nada mas que un paño de narices.

De tiempo en tiempo se acercaba el rey á una ventana, y miraba á través de sus vidrios de colores, á un balcon situado enfrente de ella y que correspondia á una cámara, dentro de la cual se veia luz, y un hombre paseándose.

Cuando la sombra del rey se marcaba en los vidrios, destacábase en el balcon otra sombra, y casi al mismo tiempo, al retirarse el rey, se retiraba el otro del balcon.

—¡Por Caliope y sus ocho hermanas! esclamó el rey una de estas veces; si Juan de Mena estuviera aqui, él que es tan receloso me diria lo que pensaba de esto. Mi vista no alcanza á distinguir quién es el hombre que vela en la habitacion de Cibdadreal, pero la he conocido perfectamente á ella... ¿qué hará ella aqui? El, comprendo que sea uno de los buenos guardianes de que me rodea mi buen condestable... ¿conspirará ella tambien?.. por lo menos ha estado hablando en ese mismo balcon, y con gran interés, con ese hombre... ¡Diablo! no puede acontecerme otra cosa peor que la que me ha acontecido hasta ahora... continuar siendo menor de edad, viviendo en tutela... y ya empieza á cansarme esto... de un lado el príncipe, de otro don Alvaro, de otro la reina... pero la reina tiene razon. ¡Diablo! si esos revoltosos que sirven á mi hijo, ó mejor dicho, á don Juan Pacheco, se apoderasen del condestable...

El rey estaba tan acostumbrado al dominio de don Alvaro, que se aterró á este pensamiento.

—Si se apoderasen de él le matarian... ¡oh! ¡oh! y esto seria ya demasiado... ese hombre... indudablemente... vale mucho... y la reina... ¡empeñarse la reina en que él es el verdadero rey de Castilla... y en que yo... no soy mas que una sombra!.. sin disputa, doña Isabel se engaña... su altivez la estravia... lucha con la altivez del condestable, que es demasiado duro.... pero sin él.... vamos.... es necesario no pensar en esto... don Alvaro tiene mi corona, y si él no la tuviera, me aplastaria bajo su peso... yo no sirvo... tiene razon don Alvaro, no sirvo... y la reina encuentra esto vergonzoso... ¿qué culpa tengo yo si no he nacido con bastante ferocidad en el alma, para hacerme respetar de esos nobles feroces?

El rey hablaba con su conciencia, y su conciencia le decia la verdad: sin embargo, delante de su conciencia estaba su orgullo, y cuando recordaba las justas recriminaciones de su esposa, acerca de la debilidad de su carácter, se sonrojaba, y luego sentia miedo... miedo de encontrarse entre la reina y el condestable.

Y en medio de esta máquina de pensamientos, don Juan el segundo que, como era gloton y sensual para el alimento, era gloton y sensual para el amor, recordaba á Teresa, la jóven y hermosa dama de la reina, con sus brillantes ojos negros, su boca fresca y purpúrea, su cuello nacarado, su turgente seno, sus mórbidos brazos, y su esbelto talle. Una llama impura, ardiente, intensa devoraba todo su ser, y un hondo suspiro se exhalaba de lo hondo de su pecho.

—¡Y ella tambien!.. decia; ¡ella!.. ¡esa muger que se pone continuamente á mi paso, y me enloquece, y me desdeña!.. ¡tambien ella metida en estos alborotos, en estas sediciones!.. porque ¿qué hace esa dama aqui... acompañada de ese hidalgo que me espia desde el balcon de Cibdadreal? ¿qué hace? servir sin duda á don Alvaro, á don Alvaro que acabará por irritarme ¡voto á...!

Y el rey se detuvo sin terminar su juramento: á sus espaldas habian resonado unos leves pasos.

Volvióse su alteza, y encontró tras sí la pequeñez de don Aleluya.

—Buenas noches, Juan, le dijo el bufon; estás solo y te fastidias ¿no es verdad, hermano?

El rey miró con estrañeza á su loco.

—¿Por dónde has entrado don Aleluya? le dijo.

—Por la puerta como tú, y como todos los que no entran por la ventana.

—¡Ah! ¡ah! es decir que mi puerta está franca.

—No tal, rey mio, no tal: á tu puerta hay dos escuderos hidalgos con el hierro hasta los dientes, y con unos espadones en las manos que meten miedo.

—¿Y cómo te han dejado pasar?

—A mí me deja pasar todo el mundo.

—¡Dichoso tu...

—Sí quieres gozar de las mismas preminencias, hermano, haz lo que yo: sé un loco mas cuerdo y no te dejes llevar de las mugeres.

—¡Oh! ¡Oh! ¿con que tu crees?...

—Yo no creo: yo sé que hay alguien aqui que manda mas que tú y que yo, á quien no conviene que quiera mandar tu muger.

—Con los años te vas haciendo gruñon é insolente, don Aleluya.

—Pues con tu licencia, Juan, no soy yo mas viejo que tu: nacimos en un mismo mes: pero yo tengo corazon y tu no le tienes.

—¡Que no tengo corazon!

—Lo afirmo: tu corazon no puede llamarse buenamente corazon porque es de corcho... el mio es de fuego: sobre tí pasan las cosas sin hacerte sentir mas que hambre ó lujuria: yo... yo tengo ya canas y arrugas porque mi corazon se ha desecho, y tu tienes todavia los cabellos negros y los ojos brillantes.

—¿Quién te envia, don Aleluya?

—Me envio yo mismo.

—Pues escucha: si no te ha enviado nadie á atormentarme, cállate en cuanto á estas cosas, cómete un tanto de gigote que encontrarás en el armario y que habia guardado de mi cena, y despues vete; no estoy de humor de sandeces...

—Ni yo tengo hambre.

—Cosa estraña.

—Mas estraño es que no te diviertan tonterias, porque tu te alimentas de necios.

—¡Don Aleluya!...

—¿Y qué otra cosa son tus poetas, con sus prados y sus flores, y sus pastores y su Dios Saturno y su estrella Venus, mas que papiones, que no ven dos dedos mas alla de sus narices y se alimentan de aire y aire y mas aire?

—¿A qué has venido?

—A buscarte.

—Pues has venido á buscarme en mala ocasion porque me fastidio y me aburro.

—Siempre te sucede lo mismo, y es necesario tenerte lástima: no vives bien sino cuando el bachiller Cibdadreal te deja comer, y cuando don Alvaro te permite encerrarte con tu muger.

—Pues sí, te lo confieso, me fastidio y me aburro.

—Pues, mira; entreten tu fastidio haciendo algo como rey.

Don Juan miró á su bufon de una manera singular.

—¿Tu tambien conspiras? le dijo.

—Debiera conspirar y conspiraré, si me obligan; y si conspiro, vive Dios, Juan mio, que no ha de ser en valde.

—Pues yo diria que empiezas á conspirar.

—¿Porque quiero que seas rey? ¡vah! pero no quiero que seas rey para desheredar á tu hijo como debieras y encerrarle por toda su vida en un castillo; ni para que cortes la cabeza en un mismo dia á don Alvaro de Luna, á don Juan Pacheco y demas gente; ni siquiera para que pongas órden

en tu alcázar, que se va volviendo un lupanar... yo no me meto en estas honduras; allá te compongas tú con ellos y ellos contigo: lo que quiero es que me firmes una licencia de matrimonio.

—¿Estás loco, don Aleluya?

—¿Y cuándo he sido yo cuerdo?

—¡Venirme ahora, en tal noche, con tal pretension!

—Es que les urge casarse.

—¿Y quien son ellos?

—Un caballerizo tuyo y una dama de tu muger.

—¡Los nombres! ¡los nombres!

—Fadrique de Lara y doña Teresa Garcés.

—¡Diablo! están por dicha en esta casa.

—Sí que están

—¿Y piensan casarse en ella?

—Sí que piensan.

—¿Y se necesita para ello de mi licencia?

—Sí que se necesita.

—Pues no la doy.

—¡Que no la das!

—¡No me conviene!

—¿Qué no te conviene?

—No.

—¿Y qué te importa que esos dos jóvenes se casen?

—Impórtame mucho.

—¿Sí? dijo el bufon mirando fijamente al rey. ¿Y querrás decirme rey mio por qué te interesa?

—Oye don Aleluya, esa dama es viuda.

—Sí por cierto.

—Pero á su marido, le aconteció con ella lo que le ha acontecido con su muger al capitan de mi guarda morisca: es decir que no es, propiamente dicho, su muger.

—¿Y á qué viene eso?

—¿Cómo que á qué viene?... esa dama me mira con buenos ojos, hermano don Aleluya.

—¿Que te mira Teresa con buenos ojos á tí? escla—

mó el bufon: ¿crees acaso que será tu manceba?

—Asi me lo ha asegurado don Alvaro.

—Pues mira, yo sabia que don Alvaro era ladron, déspota, insolente, audaz, pero no sabia que fuese rufian. ¡Oh! ¡don Alvaro! ¿con que don Alvaro, para entretenerte, para apartarte de la reina, te arroja sus damas? ¡oh! ¡bien! ¡bien! me alegro de saberlo: yo creia que mi oficio era el mas bajo de la corte; pero ya veo que hay otros mas ruines.

—Guárdate de que te escuche el condestable, porque de seguro te desuella.

—¡Ah! esclamó don Aleluya, exhalando esta aspiracion con la fiereza de un rugido.

—¡Calle! ¿estarás tu tambien enamorado de esa dama? esclamó riendo el rey.

—Sí, sí, rie lo que quieras, pero te afirmo que esa dama puede costarte mas cara que lo que crees.

—Por lo mismo no consentiré en que se case; puesto que me ha de costar cara, quiero gozar sus primicias.

—Pues te engañas, rey mio... te engañas: esclamó don Aleluya soltando una risotada histérica; porque si Teresa no es esposa de Fadrique, ha sido ya su muger.

—¡Cómo!

—Sí, es necesario de todo punto un casamiento para cubrir el honor de esa dama; y es preciso que ese casamiento se haga esta noche, y para que se haga se necesita tu licencia.

—¿Con que doña Teresa ama á mi caballerizo? dijo el rey con envidia.

—Yo no he dicho que Teresa ame, sino que es necesario que se case.

—¿Ha habido violencia?

—Yo no sé lo que ha habido: pero de seguro si quieres conservar la gracia de Teresa, será necesario que firmes esta licencia.

—Pues te digo que no la firmaré.

—¿Y por qué no la habeis de firmar señor? dijo una lenta y poderosa voz á espaldas del bufon y del rey.

Entrambos se volvieron y encontraron tras si á don Alvaro de Luna.

—Loco amigo, dijo el condestable; te suplico que vayas á esperar en los corredores á que te se firme esa licencia.

—¿Lo manda vuestra alteza? dijo el bufon con sin igual insolencia encarándose con don Alvaro.

—Tu pequeñez y tu oficio te sirvan, dijo el condestable; pero te anuncio que si no sales en el momento por la puerta, sales por la ventana.

—Bi.... bi.... bien.... po...po... derroooso... see... se... ñor... guardeos Dios, que bien lo habeis menester; esclamó don Aleluya remedando el tartamudeo del condestable, y saliendo con una alegria que podia muy bien ser fingida, pero que se exhalaba en ruidosas carcajadas.

—El pobre Alvar Gonzalez acabará por volverse loco, murmuró para sí don Alvaro. ¡Infeliz padre! y volviéndose al rey continuó. Será bien que firmeis esa licencia... es justo; doña Teresa está, segun he oido, deshonrada, y doña Teresa nos sirve demasiado bien, para que no la protejamos.

—¿Con que doña Teresa te sirve, duque?

—Sirviéndoos señor, me sirve: soy vuestro primer vasallo y el mas leal: cuanto redunde en vuestro bien, redunda en bien del reino.

—¡Oh! ¡oh! ¿Y en qué estado estan nuestros asuntos? dijo el rey procurando desviar la conversacion de su objeto.

—Mientras por un lado corre la sangre del combate, por otro vuestro verdugo real ahorca traidores; dijo gravemente don Alvaro que se puso á escribir en un pergamino.

—¡Que se ahorcan traidores! dijo espantado el rey.

—Sí por cierto, señor; dijo el condestable sin dejar de escribir: la conspiracion era mas grande de lo que parecia: se han ahorcado á dos frailes emisarios de Aragon, y á un miserable que se llamaba Andresillo, y era dueño del meson del Gato.

—¿Que se han ahorcado dos frailes y un mesonero?... el mesonero bien... ¡pero dos frailes!... ¿sabes que esto pue-

de traernos una tormenta de Roma; una escomunion?

—Téngase el Papa firme en su trono y no se entrometa en nuestros asuntos, dijo sin dejar de escribir el condestable... me agradaria ver como nos escomulgaba Su Santidad : Nicolao V se acordará siempre de la ayuda que nos debe; sin nuestros cardenales, no hubiera sucedido, de seguro, al Papa Eugenio IV. El nuevo Pontífice nos debe mucho, mucho, para que intente lanzarnos su anatema por una justicia necesaria.

—¡Hum! dijo el rey mas por desviarse cuanto pudiera del asunto de Teresa que por otra cosa: esos buenos cardenales, prometen mucho cuando nos necesitan, se muestran muy humildes... pero en el momento que consiguen la tiara, se hacen tiranos... no debias de haber ido tan de prisa, duque, tratándose de gente de Iglesia

—Por mi patron Santiago, señor, esclamó impaciente don Alvaro: lo que importaba era castigar á dos traidores y se les ha castigado: ahora desafio al Papa á que les vuelva la vida que les ha arrancado el verdugo, á fuerza de anatemas... nada os importe eso... firmad ahora señor, y poned en este papel vuestro sello, que urge mas de lo que parece, añadió el condestable dejando de escribir y mostrando al rey un pliego de papel lleno hasta la mitad de la primera llana con una letra menuda y redondita.

—¿Y que es esto duque? dijo el rey vacilando.

—¿Qué ha de ser sino la licencia de casamiento de doña Teresa Garcés, dama de su alteza la reina, con el señor Fadrique de Lara, caballerizo de vuestra alteza?

—¡Es decir que te has empeñado en que yo firme esa órden contra mi voluntad!

—Vuestra voluntad nunca esta propicia sino para vuestros caprichos, señor; dijo impaciente don Alvaro.

—¡Ola! ¡eh! dijo el rey atreviéndose á ser valiente; ¿con que mis caprichos?.. pues bien, no queremos firmar y no firmaremos, señor condestable, ¿lo entendeis? y sobre todo, os mandamos que no nos hableis mas de este asunto.

El condestable miró al rey con la misma espresion que



D Juan II.
lám. 13.

un padre de carácter enérgico, pero prudente, contempla á un hijo que se rebela á su voluntad; y luchando un momento entre la contemplacion y la cólera, le dijo con acento reposado y frio, pero severo y firme:

—¡Firmad!

El rey vaciló ante la mirada del condestable, tomó una pluma y la puso sobre el pergamino.

—¿Pero tiene noticia la reina de este casamiento?... dijo balbuceando el rey... al fin y al cabo ella es su dama...

—Firmad, dijo con algo de impaciencia el condestable.

El rey á su despecho firmó, dominado por la terrible influencia que ejercia sobre él don Alvaro.

Este, selló el pergamino con el sello real que siempre llevaba consigo, le enrolló; y como si el rey que comtemplaba admirado todo esto, no estuviese en la cámara, se sentó y escribió algunas líneas en dos papeles diferentes que cerró y selló con su sello particular.

Sobre el uno escribió:

«A don Juan de Luna, canciller del sello de puridad; del condestable, maestre de Santiago.»

Sobre el del otro:

«A don fray Diego de Illescas, prior de San Pablo, de su reverente hijo don Alvaro de Luna.»

Apenas acabó esto, llamó. Presentóse un doncel del rey.

—Hidalgo, le dijo con altivez el condestable: mandad entrar al loco de su alteza que debe estar en la galería.

El doncel desapareció y poco despues entró don Aleluya triste y cuidadoso.

—Tomad, señor insolente, le dijo el condestable dándole el pergamino enrollado y las dos cartas. Hé aqui que el rey os concede lo que le pediais.

—¿Y qué es esto, señor? dijo con una formalidad heróica el bufon.

—Este pergamino es una real cédula, por la que su alteza concede licencia para que se case á vuestra protegida.

—¡Mi protegida, señor!...

—Ya sabemos que teneis mas de un motivo para amar á esa dama.

—¡Yo, señor!...

—Vamos, vamos, don Aleluya... todo, por muy guardado que esté, se sabe...

—Y muchas veces, señor, se aparenta saber lo que se ignora, para encontrar un medio de saberlo.

—Lo que importa por el momento, es que completeis esa cédula.

—¿Pues qué le falta, señor? esclamó admirado don Aleluya.

—El sello de la cancillería de su alteza.

—Pero el señor canciller es vuestro hijo, señor, y de seguro estará en el ruido que han levantado no sé qué gentes.

—Mi hijo está en mi casa resguardando á su alteza la reina, y para él llevais esa carta.

—Pero no basta esto.

—Es verdad: despues de la licencia se necesita un sacerdote que case: ved pues que esa otra carta va encaminada al prior de S. Pablo.

—¡Oh, señor! señor: os juro que no seré loco en adelante con vuestra señoría.

—Id en paz, buen Aleluya, pero no partais sin dar las gracias á su alteza.

—¡Oh! ¡oh! dijo don Aleluya recobrando su oficio, para dirigirse al rey: tú, hermano Juan, no quisieras muchas cosas que quieren otros... pero para que pudieras hacer tu gusto, era necesario que tuvieras mas voluntad de hacerlo. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! eres un pelon con andadores, hijo mio, y asi va ello.

Un severo ademan del condestable contuvo las insolencias del bufon, qué sin saber por qué, empezaba á aborrecer al rey y al condestable.

Salió y quedaron solos señor y vasallo; aunque hablando en verdad no se sabia cuál era el uno y cuál el otro.

—¿Querrás decirme, maestre, lo que soy yo aqui? dijo el rey... mi primer vasallo se me rebela, mi último vasallo se me insolenta.

—Dejad de ser lo que sois, dijo con impaciencia el condestable y vereis lo que debeis ser.

—Es decir, me aconsejas que sacuda tu tiranía.

—¡Mi tiranía!.. ¿llamais tiranía al insoportable trabajo de deshacer lo que vos haceis? ¿llamais tiranía á la precision en que me veo de evitar, á veces con severidad suma, actos que os reducirian á la nulidad?

—¿No lo estoy hace mucho tiempo?... acuérdate del seguro de Tordesillas en que cada cual hizo lo que mejor le vino su agrado, incluso el buen conde de Haro.

—Pero la paciencia de los conciertos de Tordesillas, señor, se cobró á lanzadas en los campos de Olmedo, donde dejó la vida el infante de Aragon don Enrique, uno de los mas aviesos de los confederados, y se juramentó á su hermano el rey de Navarra, y al almirante....

—Pero en cambio el príncipe don Enrique...

—Si el príncipe don Enrique no fuera vuestro, hijo esclamó sesgadamente el condestable, y se detuvo.

—¡Le matarias! dijo el rey palideciendo.

—Oid señor, oid: un muerto escucharia ese estruendo, y sin embargo vos estais sordo á él.

En efecto, se escuchaban distintamente, aunque lejanos, algunos disparos de arcabuz y gritos de pelea.

—Sí, sí, ya lo oigo, dijo el rey; y no puedo desentenderme de ello: no, aunque quisiera; ¿acaso ignoro que esas gentes se sublevan porque se ponga en libertad á Enriquez, á Benavente, á Alba y á los Quiñones? ¿acaso no me veo preso, con pretesto de atender á mi seguridad, de la misma manera que la reina está presa en tu casa?

—Acabemos de una vez, señor: si creeis que lo que hago está mal hecho, decidmelo frente á frente.

—¿Y qué sucederia?

—Sucederia, que en vez de velar por vuestro nombre y

vuestra honra de rey, tomaria partido por cualquiera, por el rey de Navarra, por el rey de Aragon; y lo que todos esos rebeldes no pueden hacer lo haria yo. ¿Creeis que no me recibiria con un contento infinito cualquiera rey comarcano?

—¿Y para qué quieres hacer eso, duque? ¿acaso no eres tú el rey en Castilla? dijo con acento servil el rey: ¿acaso no te amo yo? ¿te parece que aunque débil y nulo como me llaman, no tendria una ocasion para venderte?... el dia en que yo deje de amarte, maestre, tú caerás, y caerás de una manera sangrienta, porque al fin soy tu rey; y tu tienes muchos enemigos, muchos... y yo lo sé...

Estremecióse involuntariamente el condestable; el rey continuó sin apercibirse de la conmocion de su valido.

—Pero del mismo modo que yo no te abandono, tu no me abandonarás... no... ¿no es verdad? seria una horrible ingratitud. Tu me has servido bien... pero en cambio, por mí tienes veinte mil vasallos, y eres señor de sesenta villas y castillos, y eres maestre de Santiago y duque del Infantazgo, y de Trujillo, y conde de Santisteban de Gormaz: mantienes un egército constante de cuatro mil lanzas, eres en fin un vasallo mas rico y mas poderoso que tu rey: ¡oh no! ¡tu no me abandonarás! ¡seria una ingratitud!

—No os abandonaré, dijo gravemente el condestable, porque caballero nací, caballero soy y caballero he de morir: que á no ser asi... ¡voto va!

Y el condestable soltó un redondo juramento.

—¿Pero qué queja tienes de mi, duque? prosiguió el rey arrastrándose aun mas, aterrado por la cólera del condestable.

—Lo que yo hago por un lado, vos lo deshaceis por otro.

—¿Yo?

—Dais oidos al injusto rencor que ha contraido contra mí la reina.

—¡Oh! ¡es que la reina!...

—La reina es demasiado altiva, demasiado ignorante....

—¡Duque!

—La reina se echa en los brazos de los que la adulan, y la reina os matará.

—La has ofendido, don Alvaro.

—Evitando el que acabe de enloqueceros.

—La has apartado de mí.

—¡Y... vive Dios! ¿quién os casó con ella?

—¡Es verdad! yo queria casarme...

—Queriais casaros con una infanta de Aragon,

—Pero al fin...

—Al fin si *ella* se empeña, como la casé la descasaré.

El rey, que merced á lo poco que se la dejaba ver el condestable, estaba enamorado de doña Isabel de Portugal, palideció y juntó las manos suplicante.

—Será necesario... necesario de todo punto, dijo el condestable paseándose por la camára ni mas ni menos que si hablase consigo mismo... un repudio... y despues seis meses de cercos y entradas de castillos y villas rebeldes... un centenar de cabezas nobles cortadas por mano del verdugo. ¡Oh! sí, será preciso... y si lo hago... ¡oh! si lo hago, temblareis don Juan de Navarra, porque iré á arrojaros con un ingenio la cabeza de vuestro suegro el almirante por cima de los muros de Pamplona, y luego os arrancaré vuestro reino... guárdeos Dios de que á fuerza de oirme llamar rey por vosotros, no me venga en mientes hacerme rey sin hacer traicion á mi señor natural. ¡Oh! ¡sí! será preciso romper de cualquier modo este círculo de hierro que me estrecha cada vez mas!

El rey escuchaba anhelante transido de terror, la furiosa mirada del condestable.

—Muchas veces has arrancado de las manos de mi verdugo una noble cabeza que yo le habia arrojado, dijo tímidamente el rey.

—Sí, sí, es verdad: sois cruel y vengativo, don Juan de Castilla, dijo profundamente el condestable, y no sabeis tener en balanza el rigor y la clemencia... pero estamos perdiendo el tiempo... yo habia venido á advertiros que duran-

te mi ausencia, no dieseis ningun paso imprudente y me he entretenido demasiado.

—Metiéndote á casamentero, dijo el rey, procurando dar un sesgo de broma á la conversacion.

—Ese casamiento es justo y necesario.... doña Teresa.... podrá suceder...

—¿Qué podra suceder?

—Doña Teresa puede tener amores, dijo el condestable mirando con intencion al rey; pueden sobrevenir hijos y siempre es bien que los hijos tengan un padre...

—¿Tu crees? dijo el rey...

—Yo creo, que si de una vez no damos un golpe seguro, no acabaremos nunca. A Dios pues señor, y tened en cuenta lo que os he dicho, no me fio de nadie... las circunstancias son estremas... me veo obligado á dejaros... mientras dura mi ausencia desconfiad de todo el mundo y... sedme leal.

—¡Oh! ¡oh! sí, te guardaré fidelidad duque... ¿pero á dónde vas?

—El motin cunde... hace mucho tiempo que me he propuesto no meterme personalmente en ninguno de estos ruidos, porque me parece que solo se arman para tener una ocasion de asesinarme ó prenderme... pero mi paciencia se irrita; creo que ninguno mejor que yo... á Dios señor, á Dios.

—Vé duque, vé: yo quedo orando por tí y por mí.

El condestable salió. El rey quedó solo.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó: ese hombre... ¿qué habrá hecho ese hombre á la reina que tanto le aborrece?... y sin embargo tiene razon... sin él... sin él, hace mucho tiempo que no seria yo rey.

Don Juan el segundo se sentó en un sillon con la misma fatiga que si hubiera acabado de dar una batalla, y á pesar de que se escuchaba cerca el ruido del combate, cruzó los brazos, estendió las piernas, inclinó la cabeza, y se durmió.



CAPITULO XXXVII

De las aventuras que pasaron á Don Aleluya antes de poder entregar las dos cartas del condestable.

Entretanto don Aleluya llevaba todo lo deprisa que podia su pequeña persona por las estrechas y oscuras callejas de Valladolid: inútil nos parece decir, aunque lo decimos, que en aquella época no se conocia el alumbrado ni otra multitud de cosas pertenecientes á policia urbana, que se conocen hoy: no habia, pues, mas luz en las calles que la de algun farolillo ó lámpara agonizante en los exvotos de cristos ó imágenes que sostenia la piedad de los vecinos en algunas calles: las demas estaban oscuras como boca de lobo, escepto cuando las iluminaba la luz de la luna, alumbrado conocido en todos los tiempos y en todos los paises; y en sonando el toque de queda no se encontraba en las poblaciones populosas ni un alma viviente, escepto algunos honrados cofrades, que obligaban á los correjidores á sostener continuas rondas que de nada servian, y tropas de perros hambrientos que rebuscaban huesos en los montones de despojos que arrojaban á la calle los vecinos.

La noche en que acontecian estos sucesos, era oscurisima, lo que avenia perfectamente á don Aleluya, puesto que las tinieblas le aliviaban en cierto modo del miedo, permitiéndole atravesar sin ser visto una poblacion en cuyo seno, como sabemos, se ajitaba un motin. Don Aleluya aunque caminaba de prisa, lo hacia con gran cuidado, escuchando atentamente y volviéndose atrás, cada vez que un ruido estraño se dejaba percibir sobre su camino.

Don Aleluya, para evitar el motin que ardia en el centro de la villa se habia visto precisado á dejar el camino recto que conducia desde la casa del bachiller Cibdadreal á la casa del condestable, y habia dado un gran rodeo. De tiempo en tiempo se veia precisado á detenerse y á ocultar su pequeña persona en el vano de una puerta, para evitar ser tropezado por algun ginete, armado, que pasaba á la carrera: esto le habia acontecido varias veces, lo que le habia hecho desesperar, porque habia perdido mucho tiempo; al fin se encontraba ya cerca de la casa del condestable cuando le sobrecogió un estraño y atronador ruido, ó por mejor decir, dos ruidos que retumbáron á un tiempo por delante y por detras de él: al mismo tiempo vió adelantar resplandor de luces en ambas direcciones.

Don Aleluya era naturalmente cobarde, y en aquella ocasion éralo mas porque llevaba consigo los instrumentos de la reparacion del honor de Teresa: las dos cartas del condestable y la cédula del rey: aquellos papeles eran para don Aleluya un tesoro, y hubiera preferido á perderlos perder la vida.

Pero como no hay situacion, por desesperada que sea, en que no se encuentre un recurso estremo, don Aleluya reparó que se hallaba en la plaza de la Red, hoy del Mercado, y frente por frente al pórtico de la iglesia de Jesus Nazareno, cuyo atrio se cerrraba con un no muy alto pretil: el ruido se acercaba, el resplandor crecia, no habia que perder tiempo; por todas partes se acercaba gente armada y revuelta á la plaza, á juzgar por la gritería, las pisadas de los caballos, el crugir de los arneses, el son de las trompetas y alguno que otro tiro que retumbaba de vez en cuando.

Don Aleluya se abalanzó al pretil, y como el miedo duplica la ajilidad y la presteza y nos hace casi tener alas, encontróse sin saber cómo dentro del reducido espacio del atrio y en las gradas del pórtico.

Pero no bastaba esto: don Aleluya comprendió con su

sagacidad que el pretil podria ser aprovechado como baluarte por algunos de los que se acercaban, y buscó un nuevo reparo; entonces vió entre la columnata del pórtico, y á entrambos lados, dos enormes estátuas góticas de San Pedro y San Pablo, encajadas en enormes nichos, y sin reposar en el pensamiento, ni vacilar, como aquel á quien gran prisa corre, gateó por los salientes de las pilastras góticas, se agarró á sus junquillos, se apoyó en sus botareles, y al cabo, despues de haberse dado mas de un golpe crudo en codos y rodillas, logró verse enteramente oculto cubierto y á salvo, tras la estatua de San Pedro, en el estrecho hueco que mediaba entre la túnica de piedra del apóstol, y la parte cóncava del nicho.

Imposible era que nadie hubiera sospechado que allí habia un hombre.

Entre tanto por la calle de Fuendorada, por la rinconada, por las avenidas que comunicaban con la plaza real, aparecieron ginetes, banderas, pendones, ballesteros y turba multa, y se encontraron en medio de la plaza.

Por un momento se detuvieron y se contemplaron, dando tiempo á don Aleluya, á que sacando un tantico la cabeza por detras de San Pedro, los examinase.

—Hé allí, se dijo, la bandera del marqués de Villena, llevada por su alferez Alfon de las Navas, y junto al alferez al mismísimo don Juan Pacheco y don Pedro Jiron. ¡Diablo! les siguen las famosas compañías negras... ¡mal año! paréceme que de esta vez obligan al condestable á que se retire de la corte. ¡Ah! ¡ah! alli viene su señoría don Alvaro de Luna con el estandarte real... y don Juan de Albornoz con su bandera roja... ¡oh! y don Pero de Aguirre, con su blanco estandarte barreado en negro... ¡esto es una batalla, Dios mio! y por la parte de la plaza, los gremios con sus banderas y sus pendones. Pues no vienen de paz. ¡Poder de Dios...! que él y la túnica de San Pedro me valgan.

Y el bufon escondió precipitadamente la cabeza, y se achicó cuanto pudo, y se pegó á lo mas hondo del nicho, temero-

so de que aun allí no le alcanzase un venablo, pelota, ó bohordo de los que con gran estruendo y en medio de una espantosa gritería y crugimiento de armas, se disparaban de la plaza.

A pesar de esto, importaba tanto á don Aleluya que triunfase don Alvaro, y era tal su ansiedad por ello, que sobreponiéndose al miedo, asomaba de tiempo en tiempo un ojo, cuidando de descubrir lo menos posible la cabeza.

La plaza era un horno, un hervidero, en cuyo centro se martillaban revueltos unos contra otros: escuchábanse de una manera informe y mezclada, mueras al condestable y á los traidores; vivas al rey y á los leales: las antorchas alumbraban de una manera lúgubre.

El combate era encarnizado y dudoso: en aquel estrecho palenque se embestian, como leones hambrientos los bandos: allí estaba la flor de la nobleza castellana departiendo con las armas en la mano, sus ambiciones y sus odios: allí el pueblo congregado al grito de libertad, y ayudando á un poder que seria su opresor si vencia, contra otro poder opresor entronizado: era aquel uno de los sangrientos episodios de la guerra civil que nació en la azarosa minoría de don Juan el segundo, continuó á su advenimiento al mando, duró lo que su reinado, se prolongó al de su hijo, y solo cesó bajo la mano de hierro de los reyes Católicos.

Don Aleluya miraba aquello estremecido: parecia que la lucha no debia cesar sino cuando se hubiesen devorado mútuamente los contendientes: tan equilibrada estaba por ambas partes. Súbito sobre aquel estruendo atronador, retumbó el poderoso toque de una corneta de monte: á aquel sonido se notó una estraña oscilacion entre las lanzas negras, que eran el principal reparo del marqués de Villena: volvió á retumbar el toque mas fuerte, mas dominador, mas impaciente, y entonces don Aleluya vió que el negro escuadron se revolvió, levantó las lanzas, abandonó al marqués de Villena, al maestre de Calatrava, á Benavente, al almirante, y se pasó en masa al condestable, agrupándose en derredor de la bandera de don Juan de Albornoz.

Esto se esplica perfectamente: un soldado olvida tarde á un capitan que le ha llevado á la victoria, y para no encontrar esto natural y preciso, es necesario negar el prestigio de un caudillo sobre su hueste.

Los buenos soldados negros, aventureros y monteros á un tiempo de Jimeno, acudieron á su voz cuando este desesperado de vencerlos los llamó á sí, robusteciendo sus fuerzas y debilitando la de los enemigos: aquellos mismos hombres que habian embestido al estandarte real, siguiendo la bandera del marqués de Villena, acometieron á esta, siguiendo á aquel: el resultado fué decisivo: las gentes del príncipe, ó lo que es lo mismo, del marqués de Villena, fueron arrolladas, llevadas á lanzadas por delante: muy pronto los confederados volvieron grupas, se lanzaron en tropel por la Rinconada, atravesaron un pequeño puente sobre el Esgueva junto al monasterio de San Benito, recorrieron como un vendaval el Espolon, y salieron al campo, atravesando el Pisuerga por el puente Grande.

La plaza de la Red quedó abandonada y oscura, pero no silenciosa; quedaban en ella á mas de los cadáveres, hombres y caballos heridos y moribundos; los profundos lamentos, los gritos desesperados, los gemidos de agonía, llenaban de horror el espacio de la plaza.

Don Aleluya tenia los cabellos erizados de espanto. Sin embargo, temeroso de que los vencedores viniesen á reconocer el campo de batalla y prolongasen su espera de una manera indefinida, se decidió á aprovechar su ardor en el seguimiento de los vencidos, y saliendo de su escondite, se deslizó por los junquillos y los salientes, sin acordarse de dar gracias á San Pedro por la proteccion que le habia dispensado: y fuese que el santo quisiese castigar en algun modo aquella ingratitud, fuese un accidente casual, hijo de la distraccion de don Aleluya, uno de sus pies resbaló en un saliente, fuéronsele las manos, y cayó al suelo desde una altura de dos varas.

Por afortunada que fué la caida, se derrengó; quiso po-

nerse de pie y sintió agudos dolores en una pierna; hizo un esfuerzo, se levantó, y no pudo sostenerse.

El bufon juró, blasfemó, y se dió á todos los diablos: en aquel momento como si el diablo le hubiera oido, se destacó por detras del pretil una sombra atlética.

—¿Quién grita ahí? dijo una voz áspera.

Don Aleluya calló aterrado.

—Parecióme que ese bulto que se revuelve ahí dentro, dijo la misma voz, maldecia del condestable y del rey... ¡ola! ¡eh amigo! ¿quién sois? dijo el mismo hombre saltando el pretil y acercándose á don Aleluya.

—¡Calle! continuó aquel hombre ¡pues si es un niño! ¿qué hacias aqui, rapaz?

Don Aleluya insistió en su silencio: entonces el hombre le asió, y al traerlo á sí, sonaron las campanillas del bufon que lanzó un grito, porque el incógnito le habia asido por un brazo lastimado.

—¡Calle! dijo el hombre: dicen que el bufon del rey es tamañito como una mano de mortero y que gasta campanillas. ¿Sois acaso don Aleluya? si lo sois, hablad: soy vuestro amigo.

—¡Que sois mi amigo! esclamó el bufon con estrañeza; ¿y quién sois vos?

—Yo me llamo Juan Cercena.

—¡El egecutor de alta justicia de su alteza!

—¡Cabalmente!

—¡Y vos sois mi amigo!

—Mucho... como que cuento con vos, y estoy seguro de que me servireis.

—Pues no entiendo una palabra.

—En otra ocasion me entendereis. Por ahora será prudente que nos retiremos de aqui.

—Es que yo no puedo retirarme.

—¿Que no podeis?

—Estoy derrengado.

—Y bien; ¿á dónde teneis que ir?

—Al convento de San Pablo.

—Lejos es, pero no importa: y una vez que no podeis ir por vuestros pies os prestaré los mios.

Y sin decir mas cargó con don Aleluya, se le echó al hombro, saltó el pretil, y dió á andar á gran paso hácia la direccion indicada por el bufon.

Media hora despues dejaba su carga debajo de un ancho soportal, en que habia una luz delante de una Virgen pintada en un nicho. A aquella luz, aunque opaca, pudo ver don Aleluya la facha y el trage del verdugo: era un hombre como de unos cuarenta años; de semblante feroz, con la frente partida por una cuchillada: llevaba largos y enmarañados los cabellos, cubiertos por un casquete de cuero, un jubon rojo ajustado por un cinturon, unas calzas de lana encarnadas, y unos fuertes zapatones blancos con hebillas de acero: llevaba á la espalda un ancho espadon de justicia, sujeto con un talabarte, un puñal á la cintura y una bolsa de piel de zorra.

Este hombre singular dejó á don Aleluya junto á la puerta del convento. El bufon fué á tirar de la cadena de la campana.

—Esperad, esperad, don Aleluya, dijo Juan Cercena: no me conviene que me vean en el convento, y tengo que deciros algunas palabras antes de separarme de vos. ¿Aborreceis al condestable?

—Puede suceder dijo el bufon, que tenga que vengarme de él.

—¿Quereis contraer conmigo una alianza?

—¡Con vos!

—¿Y con quién puede uno aliarse mejor para vengarse que con el verdugo?

—Acaso tengais razon.

—Cuando penseis en vengaros buscadme.

—¿Y dónde?

—En las Tapias del verdugo, junto á la fuente: todo el mundo os dará razon.

—Pues hasta entonces, dijo don Aleluya, que deseaba verse libre de aquel funesto acompañante.

—Espero que no tardareis en buscarme, dijo Juan Cercena: á Dios don Aleluya á Dios, y tened en cuenta que puedo proporcionaros una terrible venganza.

Y sin decir mas, el verdugo se alejó.

Don Aleluya se apresuró á tirar de la cadena de la campana ansiando verse dentro del convento, temeroso de que volviese aquel funesto personage.

Abrióse una rejilla y apareció el portero.

—¿Qué se ofrece hermano? le dijo.

—Necesito entregar unas letras del alto y poderoso señor condestable don Alvaro de Luna, al prior don Fray Diego de Illescas.

Al nombre del condestable, se abrió el postigo y don Aleluya entró, aunque cojeando, por sí mismo.

La puerta volvió á cerrarse.

Poco despues salió una litera conducida por dos jayanes, y acompañada por cuatro ballesteros.

En aquella litera iba don Aleluya que se hizo conducir á casa del condestable.

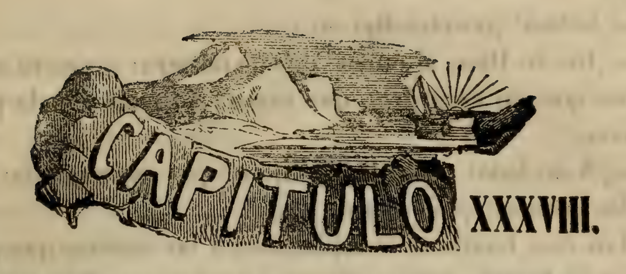
Diéronle entrada á vista del sello de don Alvaro, y un momento despues don Juan de Luna sellaba con el sello de la cancillería la real cédula en que el rey otorgaba licencia para casarse á Teresa y Fadrique.

Cuando el bufon llegó á casa del bachiller Cibdadreal, ya le esperaba en ella un anciano monje enviado por el prior de San Pablo.

Teresa y Fadrique fueron esposos aquella misma noche, sirviéndoles de testigos, el bachiller Cibdadreal y el capitan Hernando de Carrillo. El matrimonio á peticion de los contrayentes quedó secreto, y se tomó juramento á los testigos de no revelarlo so pena de traicion.

Los testigos juraron.

Inmediatamente Fadrique de Lara se trasladó á su casa, se armó, montó á caballo y salió de Valladolid para cumplir como leal el encargo de la reina, tomando el camino de Tordesillas. Eran entonces las dos de la madrugada.



CAPITULO XXXVIII.

De la negra aventura que aconteció á Fadrique en el Abrojo mientras seguia su camino.

A la izquierda del Pisuerga, entre el rio y el camino de Simancas, y no lejos del Abrojo, hay una fuente que se llamaba allá en tiempo inmemorial, y aun se llama hoy, fuente de la Vieja.

El lugar era entonces agreste y solitario: las ruinas de algunas casucas incendiadas por la guerra civil y que su dueño no habia pensado en reedificar, le daban un lúgubre aspecto de destruccion, y algunas ruinosas encinas estendian su fuerte ramage sobre la fuente, cubriéndola con su sombra.

En este sitio pues, y desde la media noche, habia apostados diez hombres á caballo, atalayando el camino de Tordesillas y prestando una esquisita atencion á cualquier ruido que venia de la parte de Valladolid.

Pero no se escuchaba otro que el de la corriente del rio, y el zumbar del viento entre los árboles.

—Paréceme, dijo uno de aquellos hombres, que el zorro ha olido á los cazadores, y que se nos vá por otra parte.

—Cuando se nos ha dicho que esperemos aqui, contestó con acento de autoridad uno que parecia jefe de aquella gente, se sabrá por qué se nos ha dicho, y en todo caso con esperar hasta el dia hemos cumplido.

—Es que siempre habrá alguien que crea que el hombre ha burlado nuestra vigilancia ó nos ha comprado, y como segun el encargo que tenemos, debe ser asunto de gran importancia...

—¡Callad! ¿no ois? dijo otro.

—¡Ira de Dios, si oimos! dijo un tercero: no es ni mas ni menos que un escuadron que avanza á media rienda por el camino.

—¡A un lado! ¡á un lado! dijo el que parecia jefe: ¡entre las encinas! ¡dejémoslos pasar!

Los diez hombres se replegaron á las encinas que guarnecian la fuente, y poco despues pasó como alma que lleva el diablo, y en silencio, un numeroso escuadron que tomó el camino de Simancas.

Muy pronto se perdió entre el silencio la rápida carrera del escuadron, y los diez hombres del apostadero salieron de nuevo de entre los árboles.

—¡Por mi santiguada! dijo uno de ellos. ¿Sabeis lo que pienso?

—¿Y qué piensas tú? ¿algo digno de tu cabeza de buey?

—Cabeza de buey ó de vaca, creo que en esta ocasion no me engaño: esta noche habia danza armada en la villa cuando salimos de ella.

—Bien; ¿y qué?

—El condestable estaba en el alcázar, y don Juan de Luna estaba al frente de las lanzas de su padre.

—Bueno; ¿y qué tenemos con eso?

—¿Qué tenemos? que una de dos; ó ese escuadron es del marqués de Villena, ó del rey que va á refugiarse á Simancas ó al Abrojo.

—Todo se reducirá á que si no encontramos al condestable en Valladolid, vayamos á donde esté á darle cuenta de lo que haya sucedido.

Y aquellos hombres siguieron hablando y disputando hasta que les entró sueño. Quedáronse velando dos atalayas á caballo, y asi pasó el tiempo hasta cerca del amanecer.

Nadie habia pasado por el camino, pero á aquella hora uno de los atalayas dijo al otro:

—¿Oyes?

—Sí que oigo; un ginete de la parte de Valladolid.

—¡Arriba, arriba y á caballo! dijeron aquellos dos hombres á los que dormian.

Despertaron estos, cabalgaron y se pusieron en silencio á ambos lados del camino.

Poco despues se acercó un ginete, que iba armado, á juzgar por el ruido que producian las piezas de su arnés al andar de su caballo.

Al igualar con los que esperaban, estos salieron á un tiempo sobre el camino y pretendieron cogerle en medio: pero el ginete, que sin duda iba apercibido, revolvió su caballo.

—¡Daos, daos! gritó el jefe de aquella gente cortándole con una rápida evolucion la huida.

—¡Darme! ¿y á quién? esclamó una robusta voz en la que se reconocia á Fadrique de Lara.

—¿Qué os importa á quién? daos, si no quereis pasarlo mal.

—¡Paso, villanos! gritó Fadrique; ó de no hacérmelo, yo me lo haré con mi lanza.

—¿Y no fuera mejor que os alijeráseis del peso que llevais en vuestra escarcela, mi buen caballero?

—¡Ah! si no quereis mas que mi bolsillo, tomad.

Y Fadrique arrojó una pesada bolsa al camino.

—No nos basta eso, dijo el jefe... necesitamos registraros: sin duda llevais algo mas precioso que ese dinero.

Fadrique creyó que aquella gente no era otra cosa que bandidos, y teniéndolos en poco á pesar de su número, los embistió con la lanza baja: pero era gente escojida, y el combate duró muy poco tiempo; cercado y combatido por todas partes, Fadrique cayó mal herido del caballo.

Los que le habian acometido, desmontaron y se arrojaron sobre él.

—¡Está muerto! dijo uno de ellos.

—¿Qué nos importa que esté muerto ó no? dijo el jefe; desarmadle pronto por si sobreviene gente, y busquemos lo que debe llevar consigo.

Fadrique estaba desmayado ó muerto, puesto que ninguna resistencia opuso ni con la voz ni de otra manera; des-

hebillarolé aquellas gentes la coraza, le abrieron el coleto, y debajo de él encontraron una cartera, y dentro de la cartera una carta.

Aquella carta estaba mojada por un líquido espeso y caliente: por sangre.

—¡Ah! ¡ah! he aqui nuestra presa, dijo el jefe de los asesinos: ahora matad ese caballo, dejad esa bolsa vacia; que todo demuestre un asalto de bandidos, y á caballo... á Valladolid.



Las órdenes de aquel hombre fueron cumplidas, y los asesinos se alejaron en direccion á la villa.

No había pasado mucho tiempo cuando un hombre á pie que atravesó el camino, tropezó con el caballo.

—¿Qué es esto? dijo; un caballo muerto: ¡un cadáver! ¡oh! ¡oh! aun quedan bandidos en el Abrojo... ¡ira de Dios...! bien han aprovechado una sola noche en que las lanzas negras han faltado del bosque... y es necesario borrar estas huellas: si las encontraran, atribuirian este asesinato á los mon-

teros del Abrojo, y el señor abad don Sancho de Benavides se llenaria la boca llamándonos bandidos...

Aquel hombre hizo sonar una corneta repetidas veces: al fin acudieron algunos otros.

Despues de algunas rápidas órdenes dadas por aquel hombre que habia llegado primero, cargaron con el caballo, ataron á él algunas gruesas piedras y la armadura de Fadrique, y le arrojaron al centro del rio: despues cargaron con Fadrique y se alejaron en silencio, en direccion á la selva del Abrojo.

Entre tanto en Valladolid en una estensa y magnífica cámara, el condestable decia á la reina doña Isabel de Portugal mostrándole una carta ensangrentada:

—Otra vez, señora, elegid mejor vuestros mensajeros para pedir contra mí lanzas, á vuestro tio el rey de Portugal.

Doña Isabel reconoció en aquella carta la que habia confiado á Fadrique: sus ojos se llenaron de lágrimas, y para ocultarlas volvió la espalda al condestable, y salió en silencio de la cámara.

—¡Oh! ¡oh! dijo don Alvaro; ha habido algunos cadáveres, pero los rebeldes han quedado escarmentados, y ya sabemos á qué atenernos respecto á la reina. ¡Hé aqui una noche bien empleada!

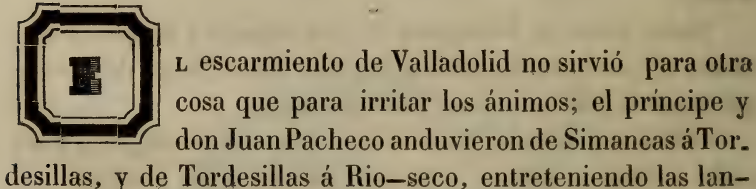
Y trasladándose á su cámara, se acostó cuando amanecia, y durmió como nunca habia dormido.

Al dia siguiente nadie vió sangre en Valladolid, ni aun en los lugares en que habia sido mas encarnizado el combate, ni en el camino de Tordesillas en el lugar en que habia caido Fadrique.

Pero Dios habia visto aquella sangre, y habia contado aquellas víctimas.



De como renovaron su alianza Teresa y el condestable.



EL escarmiento de Valladolid no sirvió para otra cosa que para irritar los ánimos; el príncipe y don Juan Pacheco anduvieron de Simancas á Tordesillas, y de Tordesillas á Rio—seco, entreteniendo las lanzas del condestable, mientras se abrian las córtes.

Abriéronse estas al fin, y el condestable vió que tambien en ellas le amenazaba la tormenta: el príncipe, á instancias de su padre, habia dejado á Tordesillas, y el rey antes de reunirse con él, declaró en las córtes que su voluntad era acogerle y perdonarle, asi como á los de su bando segun que cada uno de ellos lo mereciese.

Los procuradores, elegidos todos segun las instrucciones del condestable, hicieron al rey los mayores elogios por su resolucion. Solo Diego de Valera, fiel á su compromiso con la reina, y á lo que creia su deber, tomó la palabra por Cuenca, y aunque con mesura, pero no sin firmeza, amonestó al rey para que no se prendiese y se despojase á los nobles sin oirlos en juicio, usando de una tiranía de que hacia mucho tiempo no se daba ejemplo en Castilla. Y siguió y prosiguió diciendo lo que le pareció justo decir hasta tal punto, que Fernando de Rivadeneyra, caballero de la casa del condestable, no pudiendo sufrir las alusiones desembozadas que se hacian á don Alvaro por Valera, siguiendo su natural arrojado y turbulento se permitió esclamar:

—Ved lo que decis, no os pese luego de ello.

Este incidente que en otros tiempos solo hubiera tenido consecuencias personales, las tuvo de una consecuencia moral harto significante para el condestable.

El rey se mostró ofendido del atrevimiento de Rivadeneyra, se levantó de mal talante, salió de la sala, y dió claro á entender lo inclinado que estaba en contra del condestable.

Ocho dias despues, y ya despedidas las córtes, Valera escribió al rey una carta revolucionaria.

Quien entregó al rey aquella carta fué don Aleluya: los motivos de esta conducta del bufon, se justificaba en la muerte ó desaparicion de Fadrique, noticiada por la reina á Teresa, y por Teresa á don Aleluya.

El bufon veia claro, ó creia ver en esto la tendencia de dejar abandonada á Teresa, á disposicion del condestable para que pudiese usar de ella á su sabor y sin escándalo para sus intrigas.

Don Aleluya se declaró enteramente enemigo de don Alvaro, tuvo conferencias secretas con el verdugo, y se prestó á entregar al rey la carta de Diego de Valera.

Y cuando mas enemigo era del condestable, aparentaba servirle con mayor fidelidad; fingíasé su espia, y espiaba para él, pero avisaba al mismo tiempo á sus enemigos, lo revolvia todo, y sin partido, sin dinero, sin fuerza ostensible, era acaso el enemigo mas terrible del condestable. Asi la encina que resiste al huracan y á la tormenta, se seca y muere si la carcoma la acomete por el pie.

El condestable apuraba todos sus recursos, separaba al rey de la reina, azotaba á sus enemigos: siempre á caballo y con el arnés al hombro iba de una á otra villa, de uno á otro castillo rebelde: los sujetaba, los desmantelaba, prendia á sus señores, y sin embargo el condestable veia menguar cada dia mas su fortuna.

Ya los tratos secretos de Alonso Perez de Vivero, que, como el bufon, se vendia su amigo y le vendia, no fueron ocultos para él: el condestable no se engañaba en cuanto á

la procedencia del mal estado de su fortuna: todo consistia en que el rey se encontraba dominado por un poder superior, y aquel poder, era la voluptuosa hermosura de la reina que hablaba fuertemente á los sentidos del rey.

El condestable separándole de ella, teniéndole continuamente vigilado y espiado por sus parciales mas adictos, creia evitar el mal: pero entre aquellos mismos servidores habia gentes solapadas que mantenian entre el rey y la reina secretas intrigas; y esta contrariedad, estos deseos mortificados, eran mas perjudiciales al condestable, que lo hubiera sido la aproximacion, la union continua de los esposos. El rey con arreglo á su carácter se hubiera hastiado de doña Isabel, y la influencia del condestable hubiera predominado.

Don Alvaro se engañó casando al rey con doña Isabel, y se engañó doblemente separándole de ella.

El condestable estaba cansado de lucha y habia perdido el tino.

Entonces pensó en llevar á cabo un proyecto que habia aplazado para un caso estremo: este es valerse de la hermosura de Teresa, y hacerla favorita del rey para contravalancear el prestigio de la reina.

Ya habian pasado dos meses desde la noche del motin. Teresa se mostraba abstraida de las gentes: su aventura de aquella noche, su nuevo y estraño casamiento, la desaparicion de Fadrique... desaparicion ó muerte de que ella era cómplice, puesto que habia avisado al condestable de que Fadrique estaba encargado de llevar una carta de la reina al rey de Portugal, su nueva situacion respecto á Jimeno ó don Juan de Albornoz, á quien encontraba continuamente, que la trataba como una hermana, y sobre todo, un sentimiento íntimo, misterioso que la hacia ruborizar, que no habia confiado á nadie, y que hacia arder su alma en un nuevo amor, en el purismo amor maternal, porque estaba en cinta: todas estas pasiones, todos estos elementos juntos la habian retraido, entristecido, y convertido en otra muger.

La desesperacion, la desgracia, el sufrimiento, la habian

empalidecido y habian dado un encanto sobrenatural á su hermosura: crecian sus admiradores, pretendíanla los mas nobles y jóvenes caballeros de la corte, y eran desdeñados por igual, sin distincion de persona, edad, ni clase: esto produjo fatales consecuencias: nada hay mas injusto que un enamorado irritado por desdenes: empezóse por murmurar de Teresa: primero de una manera vaga, y despues mas concreta: acabaron por decir unos que era amante del condestable, otros que del rey, y que el condestable no tenia otro oficio en aquellos asuntos que el de tercero.

No pasó mucho tiempo sin que aquella suposicion gratuita fuese recibida como una verdad, y lo supiesen todos en la corte escepto tres personas, á saber: el rey, el condestable y Teresa.

Pero esto tuvo aun otras consecuencias: creyólo don Juan de Albornoz, merced á la frecuencia con que el condestable visitaba á la jóven, y se mostró severo, circunspecto, y aun grosero con ella: lo creyó la reina y la apartó violentamente con un leve pretesto de su servicio: creyólo don Aleluya y se repitió, no ya el juramento de esterminar al condestable, sino tambien al rey.

Una sola persona habia que veia claro en estos negocios y esta persona era doña Mencía de Padilla.

La ambicion habia hecho perder á Teresa, primero su amor, despues la paz del alma, luego la conciencia, y al fin la honra.

Teresa estaba, pues, desesperada.

Un dia del mes de octubre de 1448, á la caida de la tarde, en ocasion en que Teresa, pensativa y abstraida, estaba sentada en sus miradores sola y triste, se abrió la puerta de la cámara y un paje dijo desde ella:

—Señora, el alto y poderoso señor condestable.

Teresa levantó la frente que tenia inclinada sobre el pecho, y dijo con voz indolente:

—Haced pasar á su señoría.

Poco despues entró el condestable, saludó afablemente

á Teresa y se sentó junto á ella en un estrado; el sol que penetraba verticalmente por la ventana próximo á ponerse, iluminaba de lleno su ancha calva dándole cierto aspecto venerable y casi fantástico.

El condestable mostraba una espresion de pena y de cansancio tales, que fácilmente se comprendia que no tenia muy risueñas esperanzas respecto á su porvenir. Emanaba de aquel semblante una espresion tal de desaliento que daba compasion.

—¿Y qué hay de Toledo, señor? le preguntó Teresa.

—¿Qué ha de haber, sino que allá han tenido miedo los hermanos Pacheco y Giron de que Pero Sarmiento le entregue los alcázares y de que el pueblo se arme por ellos? El príncipe sigue presentándose dócil como un borrego á los amaños de esa gente y será necesario ir de nuevo allá y habérnosla otra vez con los confederados. Ya me cansa esta vida y es necesario concluir.

—Pues concluid, señor.

—Sí, pero yo no puedo hacerlo todo solo.

—Amigos teneis que os servirán hasta perder la vida.

—Y... ¿puedo contaros, señora, entre el número de esos amigos?

—¿Y de qué puedo yo serviros?

—¿Tan pronto habeis olvidado las promesas que me hicisteis hace dos meses?

—No las he olvidado por cierto: pero no os he pedido el pago de esas promesas.

—¡Ah¡ sí, ya recuerdo; me pedisteis...

—Sí, os pedí que dieseis un sarao á la corte en vuestro palacio de Escalona.

—Vos me prometisteis enloquecer en él al rey.

—Pues bien, dadme ese sarao, y el rey cae en mis manos.

—Os le daré.

—¿Y convidareis á él á toda la corte?...

—A toda.

—¿Y me permitireis llevar conmigo toda la gente que quiera é introducirla en el sarao.

—Sí.

—Escuchad: ¿vuestro palacio de Escalona tiene un huerto?

—Sí.

—¿Y en ese huerto una galería?

—Sí.

—¿Y en esa galeria una sala morisca que comunica por una puerta secreta con el campo?

—Sí.

—¿Me dareis la llave de esa puerta?

—Os la daré

—Pues bien, yo os juro que recibiré al rey en esa sala.

—¡Oh! doña Teresa.

—Pero aun no he concluido: me digísteis que por Fray Lope de Avila, averiguaríais quiénes eran mis padres, ó al menos de dónde me habia venido el tesoro que me entregó el tal fraile.

—Lo averiguaré.

—Ademas necesito...

—¿Qué mas necesitais?

—Necesito saber qué ha sido de Fadrique de Lara.

Nubló la frente el condestable.

—¿Y qué os importa eso? la dijo.

—Fadrique es mi esposo.

—Por una casualidad.

—Lo es sin embargo.

—No le amábais.

—Le amo ahora, dijo Teresa con voz trémula y ruborizándose.

—¡Que le amais! esclamó con asombro el condestable: permitidme que os demuestre mi estrañeza; ¿amais á ese desdichado que acaso no es mas que un cadáver?

El condestable palideció profundamente al pronunciar esta última frase.

—Ecuchadme señor, dijo Teresa; y despues de escucharme me comprendereis.

—Os escucho, señora.

—¿Conoceis bien mi pasado?

—Le conozco.

—Entonces es inútil que os hable de él: que os diga que el hombre de mi amor, fué el primero que me perdió haciéndome ambiciosa.

—La ambicion, señora, os salvará.

—Dejadme continuar: yo no conocia la corte, ni su doblez, ni sus infamias: yo creia que era un salon dorado, en que todo, desde el rey hasta el último page, era noble y bello: pero vine, costándome el venir mi amor, y me desengañé: conocí la verdad, me sentí herida en el corazon por los celos y quise vengarme.

—¡Y no os habeis vengado!

—Pero me vengaré... cuando con mas fuerza pensaba en mi venganza, un incidente casual me puso en poder de Fadrique que hacia mucho tiempo me aquejaba con sus amores, y contra mi voluntad fuí suya: otro accidente casual me trajo á aquel mismo aposento de deshonra, y cuando habia una prueba de ella sobre la mesa, á Jimeno.

—¡A Jimeno! dijo con estrañeza el condestable.

—A don Juan de Albornoz, he querido decir. Don Juan me abrió su alma y yo la comprendí; don Juan se habia casado celoso con otra y no habia dejado de amarme: solo la fatalidad nos habia separado, y como yo habia sido la primera que habia dado motivo á aquella separacion...

—¡Le perdonásteis!

—Sí, le perdoné con toda mi alma.

—Lo que quiere decir que volvió vuestro amor...

—Mas fuerte, mas desesperado que antes, porque tenia obstáculos: yo no me pertenecia, pertenecia por desgracia á otro hombre, y tal le pertenecia, perteneciéndole mi honor, que como sabeis bien aquella misma noche, aunque de secreto, fuí su esposa.

—¿Y eso solo ha bastado para que ameis al señor Fadrique?

—Esperad, señor; al dia siguiente la reina me mostró una carta partida de una lanzada, y ensangrentada.

—¡Oh! señora...

—No os culpo, creo que os era preciso... pero yo no podia disculparme: aquel desdichado habia muerto ó sido herido y preso, por mí... por mi amor... él al verme irritada por su violencia me habia dicho: seré vuestro esposo... despues yo sé lo que debo hacer.

—¡Oh!

—Al ver la sangre coagulada que manchaba aquella carta fatal sentí dentro de mí un dolor y una desesperacion como nunca habia sentido: me acusé de su muerte y... empecé á amarle... despues, despues... mi amor ha crecido... porque...

Teresa se detuvo y su bello semblante se tiñó de un vivo rubor.

—¿Por qué señora? dijo el condestable.

—¿Por qué? por resultado de la noche fatal en que Fadrique me tuvo en su poder, soy madre.

—¡Oh! ¡oh! murmuró doblemente pálido el condestable. ¡Fatalidad! ¡fatalidad! desde hace algun tiempo parece que Dios maldice todo aquello en que yo pongo la mano. Es imposible que Dios haya permitido... Fadrique debe vivir... sí... de otro modo Dios seria demasiado cruel, con vos y conmigo.

Y el condestable no pudiendo dominar su agitacion, se levantó y se puso á pasear á grandes pasos por la cámara.

—Sí, debe vivir, dijo ; y si viviese, yo lo sabré.... os le devolveré... le daré una villa por cada gota de sangre que ha vertido por mi causa, le arrojaré en vuestros brazos y publicaré vuestro casamiento.

Teresa rompió á llorar.

—¿Por qué ese dolor señora? dijo el condesteble... ¿acaso se sabe algo de cierto?

—Si Fadrique no ha perdido la vida á mano de los vues-

tros, se la habrá arrancado él mismo, porque estaba desesperado.

—Cuando se tiene en el alma un amor tal, como el que siente por vos ese desdichado, amamos la vida, señora, porque siempre nos sostiene una hermosa esperanza.

—Esa esperanza ha sido herida de muerte. Fadrique supo por sí mismo que yo amaba á Jimeno.

—Fadrique cuando vuelva, que volverá, al veros pálida, enferma, desolada por él, creerá en vuestro amor.

—Si Fadrique vuelve, me encontrará deshonrada.

—¡Deshonrada!

—¡Sí, deshonrada! ¿no os he prometido enloquecer al rey?

El condestable alzó la frente radiante de magestad, sus ojos brillaban con un fuego santo; con el noble fuego del honor y de la virtud.

—Yo os hago libre de esa promesa, señora, la dijo.

—¡Libre! ¿y por qué?

—Yo no os he conocido hasta ahora; os tenia por un instrumento que podria servirme de mucho, manejado bien; perdonadme señora: vos os prestais á servirme, arrastrada por vuestras pasiones... líbreme Dios de cobraros una infame usura.

—¡Señor! esclamó Teresa.

—Vos sin duda tampoco me conoceis: juzgais de mí como todo el mundo juzga, por las apariencias, como yo he juzgado de vos... ¡oh! ¡y cuán dañoso es fiar en las apariencias! ¡cuán aventurado! yo os creia una muger vulgar, y guardais dentro de vos un tesoro de valor y de pureza; oidme señora, oidme: me avergonzaría de que una persona como vos juzgase mal de mí.

—¿Que yo juzgo mal de vos? esclamó Teresa, mas que por otra cosa, por cortesanía.

—Sí, vos, como todos, creeis que si yo domino al rey es por tiranía, por orgullo, por ambicion. Se engañan, ¡vive Dios! Yo domino al rey, porque si yo no le dominase le dominarian otros... y ¿sabeis lo que harian otros? lo que ha-

rán cuando yo caiga ó muera, lo que harán cuando reine el príncipe don Enrique; lo que vos vereis, porque sois jóven señora; el rey y el reino irán de degradacion en degradacion; la guerra civil que ahora es terrible se hará miserable; la corrupcion, que, á pesar de mis esfuerzos ha penetrado en los claustros, se desbordará; la administracion de justicia se corromperá mas y mas; las rentas reales, ya demasiado empeñadas, llegarán á la nulidad; el rey y la corte se revolcarán en el fango, la lepra cubrirá al reino, le mutilarán y le despedazarán los reyes vecinos y el moro de Granada, y acabarán por repartírselo, y arrancar una corona degradada y manchada del fango, de las sienes de Enrique IV, todo esto sucederá, y eso hubiera sucedido ya si yo no dominase al rey, si no le hubiese arrancado la corona con valor y me la hubiera ceñido: es cierto que hoy los pueblos están azotados por tributos, que los campos hierven de bandidos, que la peste deja sentir su terrible azote acá y allá: es verdad: son males irremediables, hijos de la terrible lucha á que me retan, y que sostienen encarnizada y terrible los confederados: ¡se me culpa de que me hago donar por el rey una tras otra ciudad, uno tras otro castillo, una tras otra villa! pero ¿cómo pagar un ejército que me veo obligado á sostener? ¿cómo pagar y tener contentos y á mis órdenes una nobleza y un clero nuevos que yo he formado y he estendido por todo el reino para que me sostengan? ni ¿cómo luchar contra todo un bando rebelde sin disponer de tesoros y parciales. Si el reino estuviese en paz, y la nobleza contenida, si el rey fuera rey, yo seria lo que soy, sin parecer lo que parezco; domino y tiranizo al rey, como un padre azota y castiga á un hijo voluntarioso, lleno de vicios, débil y accesible para dejarse arrastrar por cualquier consejo, ya sea bueno ó malo. Tratándole asi, soy su mas leal vasallo; si yo le dejara hacer su voluntad se perderia. ¡Oh! ¡oh! ¡me llaman ambicioso y traidor! ¡mienten! Si yo fuera traidor, del mismo modo que con mis propias lanzas he arrojado cien veces delante de mí á los infantes de Aragon y á los nobles rebel-

des; del mismo modo que he entrado á saco y degüello uno tras otro castillo sublevado, y he entrado en la vega de Granada, y la he corrido, y he encerrado á los moros tras sus murallas, hubiera preparado un dia de triunfo, hubiera arrancado de hecho la corona al rey, y tal hubiera obrado, que los reyes vecinos se hubiaran estremecido de terror en sus fronteras, y hubieran respetado al usurpador. Pero soy leal, y mi lealtad me cuesta la paz del alma, la salud del cuerpo. Hace treinta años que lucho con la envidia y las malas artes de la nobleza, y en esos treinta años he sido apartado de la corte tres veces, calumniado, obligado á reprimir de una manera dura los desafueros de los bandos. Me ensangriento, lucho, mando y me hago obedecer á lanzadas. Parezco tirano, pero mi tiranía sostiene la integridad del territorio de Castilla y la honra del pendon real, que nunca ha cejado ni huido cuando yo le he llevado al combate. Lucho con la fatalidad, obro como obrar puedo, me sostengo, no solo por el bien del reino, sino por mi propia conservacion, porque hemos llegado á un punto en que mis enemigos no se satisfarán, sino arrojándome sobre un cadalso. Hé aquí lo que soy: un poder que lucha con cuantos medios están á su alcance, con un poder que le combate sin reparar en lo odioso de los medios. Nadie que conozca mi posicion me culpará por lo inconveniente de los recursos de que me veo obligado á valerme, porque, señora, el acero se labra con el acero y el diamante con el diamante.

—Indudablemente, señor, que sois grande, dijo Teresa arrastrada por el calor con que habia pronunciado su relacion el condestable.

—Ya os he dicho lo que yo soy. ¿Quereis que os diga lo que sois vos, señora? Seré rígido como vuestra conciencia, porque como ella os conozco desde el momento en que me habeis dejado entreveer vuestra alma.

El condestable miró con afecto por algunos instantes á Teresa que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, y luego continuó:

—Existe en la naturaleza un género de hormosura, que hace altivo á quien la posee, porque esta hermosura le hace objeto del aprecio y de la admiracion general: vos poseis una noble hermosura, señora, y de seguro habeis sido objeto desde hace mucho tiempo de amores desesperados: el homenaje contínuo engrandece el alma, la hace enseñorearse sobre los demas: volvísteis los ojos en torno vuestro y no encontrásteis nada digno de vos, ó por mejor decir nada que os satisfaciese. Pero llegó un dia en que se puso ante vos un hombre, hermoso como vos, altivo como vos: aquel hombre era un noble, un caballero encubierto bajo el traje de un montero, ó el arnés de un capitan de aventuras: nada os dijo, nada os reveló; pero vuestra hermosura halló otra hermosura; vuestro orgullo otro orgullo, y os unísteis: aquella union de dos seres orgullosos produjo precisos resultados: Jimeno os hablaba con el altivo lenguaje de un hombre que sabe que es caballero, y con la valentia de un bravo capitan: os refirió galantes aventuras, os leyó romances de caballería, os hizo entrever otro mundo, y vos anhelásteis entrar en él: desde entonces levantásteis la vista á los brocados, á las galas de los caballeros y de las damas que pasaban en monteria junto á la choza de vuestro padre: anhelásteis ir como ellos y vuestro orgullo se convirtió en vanidad.

Teresa lanzó un jemido.

—Y la vanidad nos arrastra mas allá, mucho mas allá del punto adonde nos hemos prefijado llegar: no os satisfizo ya ser esposa de un montero, por mas que fuese orgulloso y altivo; necesitásteis mas: os encontrásteis bastante hermosa para enloquecer á un noble; y vendísteis vuestra alma al demonio de vuestra vanidad.

—¡Ah señor! ¡es verdad! esclamo Teresa.

—¡Fatalidad! ¡siempre fatalidad! si vuestro primer amante os hubiera dicho: yo soy hijo de Alvar Garcia de Albornoz, sobrino de doña María de Albornoz y de don Enrique de Aragon, marqués de Villena: pariente, aunque lejano, del

poderoso condestable don Alvaro de Luna, proscripto y encubierto por una fatalidad: si os hubiese dejado entreveer la posibilidad de llegar á un noble y poderoso estado, ni vos hubiérais escuchado los galanteos del príncipe don Enrique, ni os hubiérais dejado arrastrar por doña Mencía de Padilla, ni os hubiérais prestado á ser esposa de una manera tan estraña de un miserable disfrazado de gran señor, para hacer posible vuestra presentacion en la corte.

—Es verdad, murmuró Teresa.

—Y siguió la fatalidad: ella os arrojò delante, el mismo dia de vuestra presentacion en la corte, á Jimeno, ennoblecido, trocado su humilde nombre con el de D. Juan de Albornoz, hecho rico-hombre, señor de villas y lugares, y esposo de la noble señora doña Elvira de Aguirre, que como vos, por sus desgracias de familia, habia llevado el traje de las villanas, y que habia sido vuestra rival en hermosura—Esto os irritó: volvió vuestro amor á Jimeno exaltado por las dificultades, y cuando otra fatalidad os dejó viuda y os dió oro, pensásteis en vengaros por todos cuantos medios creísteis á vuestro alcance. Vuestro empeño de venganza os llevó á los brazos de Fadrique, y... comprendo que una mujer como vos, sin olvidar sus pasiones, cambie de afectos, ó por mejor decir, que sobreponga un nuevo afecto mas profundo, mas íntimo, á su afecto anterior. Vos amais á Fadrique como toda mujer de alma noble ama al padre de su hijo.

—¡Oh! ¡es verdad! esclamó llorando Teresa.

—Vos no sois, pues, una mujer vulgar: la fatalidad os ha arrastrado del mismo modo que me ha arrastrado á mí: líbreme, pues, Dios de ser una nueva fatalidad para vos: os ayudaré con todas mis fuerzas, buscaré á vuestro esposo y... no usaré de vos.

—Ayudémonos, pues, dijo con arranque Teresa.

—Que nos ayudemos... y ¿cómo?

—Vuestro mas duro enemigo es la reina.

—Sí, la reina.

—El rey está enamorado de mí.

—Harto lo sé.

—Dadme ese sarao y dejadme el rey.

—¡Señora!

—Os juro que no me deshonrará... pero ataré á mis pies al débil don Juan el segundo.

—¿Cuándo quereis que eso sea?

—¿Cuánto tiempo necesitais para preparar vuestro palacio de Escalona?

—Mis palacios están siempre preparados.

—Pues bien, dentro de tres dias llevaos la corte á Escalona.

—¡La corte!

—Y la reina.

—¡Señora!

—Llevad á la reina.

—El rey está locamente enamorado de doña Isabel.

—No importa.

—Ved que podeis engañaros.

—Fiad en mí.

—Pues bien, señora, mis escuderos vendrán por vos para conduciros á Escalona.

—No, no; yo iré con mi servidumbre. Pero acordaos de enviarme la llave de la puerta de la sala del huerto que da al campo.

—Os la enviaré.

Era ya tarde y el condestable se despidió de Teresa y salió: apenas don Alvaro habia salido de la casa, cuando la jóven llamó con una ansia febril á uno de sus escuderos.

—Ve al momento, le dijo, á la calle de Cantarranas, en ella hay una taberna, busca en ella á Pero Valiente y tráele contigo.

El escudero salió, y algun tiempo despues volvió con el bandido, con el que estuvo encerrada Teresa hablando por espacio de una hora.

Al dia siguiente Teresa recibió una cajita de sándalo por

medio de un paje del condestable; dentro venia una llave de oro que don Alvaro habia mandado fabricar, sin duda, por galanteria, y una magnífica diadema de rica-hembra, de perlas y diamantes.

Aquella joya era de un valor inestimable: Teresa comprendió que tratándose de una fiesta en que debia haber máscaras, aquella joya estaba destinada á ser una señal.

Al dia subsiguiente la corte conmovida por la noticia de que el condestable preparaba una magnífica fiesta, partió provista de galas y disfraces á Escalona.

Muchos decian al recibir la noticia:

—El condestable ha perdido el seso: ¿fiestas al rey mientras arde la lucha en Toledo?

Pero otros mas prudentes murmuraban:

—¿Qué será esto? ¿el condestable da una fiesta á la corte? Bueno será llevar bajo la máscara una buena cota de mallas.



CAPITULO XL.

De como el condestable dió una mascarada en su castillo de Escalona.

Magnifico era el castillo de Escalona. Habia hecho el rey merced de él á don Alvaro de Luna, con su villa, jurisdiccion, vasallos, pechos y derechos, en 1438; y desde aquel año habia gastado el condestable en el hermoseamiento y solidez de aquel edificio sendos y buenos florines de oro. El palacio pues, de Escalona, no tenia rival en Castilla, ni en la hermosura y riqueza de las cámaras, ni en lo sombroso, florido y bello de

sus jardines, ni en lo fuerte de sus almenas que se elevaban como desafiando al cielo.

Cuando aquellas cámaras y aquellos jardines, se mostraban resplandecientes de luz; cuando en ellos se agitaba un mundo de damas y caballeros de la galante corte de don Juan el segundo; cuando resplandecian por todas partes joyas, brocados, sedas, y plumas; cuando vibraban en sus artesones una deliciosa música y el compás de una alegre danza, dicen las crónicas contemporáneas que: «á la fermosura de aquellos divertimientos non habia cosa que semejarse pudiese, nin parescia al, sino que la corte celestial, abajádose habia á la tierra.»

Atendidos el fausto y la riqueza del condestable, nosotros que hemos desentrañado su carácter de antiguos papeles respetados en parte, y en parte roidos de los ratones, que hemos encontrado en ellos testimonios de su magnificencia, no encontramos exagerados aquellos elogios de sus contemporáneos.

En cuanto á la noche en que se celebraba la mascarada cortesana que el condestable habia ofrecido á Teresa, nada habia que pedir en ostentacion de adornos, de aparato, y de belleza al palacio de Escalona.

Desde el puente levadizo tendido sobre la cava, empezaba lo maravilloso. Veíanse sobre aquel puente, en dos hileras á lo largo, penetrando bajo la poterna hasta las gradas del pórtico esterior, y desde allí hasta las escaleras, pages maravillosameute vestidos con brocados y velludos, inmóviles y sosteniendo en las manos hachones de cera. De trecho en trecho, delante de los pages, se veian hombres de armas, caladas las viseras, empenachados, cubiertos en los hombros y en el pecho, con cotas de armas bordadas de seda y oro, representando los nobles blasones de la casa de Luna, con los escudos embrazados afianzando magníficas lanzas de torneo con pendoncillos de brocado.

Estaba cubierto el puente de dobles alfombras, alfombrado el pavimento de la poterna, alfombrado en su centro el

patio y cubierto en su totalidad de enramadas artificiales entre las que brillaban millares de luces.

En el primer peldaño de la escalera junto á una mesa cubierta con un tapete de terciopelo verde blasonado y franjeado de oro, con una arca de plata en el centro, y dos candelabros del mismo metal con seis bugias á los lados; junto á esta mesa, repetimos, habia dos graves mayordomos vestidos de gran gala, y tras la mesa una nube de pages, destinados los primeros á recibir las *señas* ó billetes sin los cuales no podia penetrarse en el palacio, y los segundos á servir ramilletes de flores á las damas, dentro de los cuales habia romances de amor, estancias y madrigales, procurados á gran precio por don Alvaro de los poetas de la corte.

En punto de las oraciones, esto es, en cuanto cerró la noche, empezaron á entrar las cuadrillas ó comparsas, destinadas á divertir á los concurrentes con las danzas y *mogigangas*, ensayadas al efecto. Habia cuadrillas de salvages, de sátiros, de nereidas, de osos, de monos, cada una puesta en ordenanza con sus caporales y su música á la cabeza; las cuadrillas subieron y entraron en el estenso salon donde comian, maravillados de verse juntos, el rey y la reina, acompañados de la princesa doña Blanca, «que non llantaba cosa» segun dicen los papelotes de que estractamos esta reseña, abandonada por su esposo el príncipe don Enrique, que á la sazon se encontraba en Toledo: asistian tras las sillas de sus altezas, el condestable y la condesa doña Juana Pimentel: tras la silla de doña Blanca estaba doña Mencía de Padilla, como su camarera mayor, y detras de esta nobilísima servidumbre, estaban las damas, los camareros, los pages, y al fondo los escuderos hidalgos del rey, bajo el mando de su guarda mayor don Juan de Luna, hijo del condestable. En la puerta habia dos maceros de armas, y por aquella puerta entraban los pages que servian los platos en un aparador puesto delante de la mesa de sus altezas, y donde asistian los trinchadores, los reposteros, y los gentiles-hombres de boca, que despues de probar los manjares los pasaban á la mesa de los reyes.



D. Juan II.
lám. 14.

Ultimamente, al lado del señor rey, habia una pequeña persona vestida chillonameote de encarnado, á quien el rey daba de tiempo en tiempo como á un perro favorito un plato, que el agraciado ponia sobre un escabel, y del cual se atracaba con escelente apetito.

Aquella persona era don Aleluya

Don Aleluya, que hacia penosos esfuerzos por dominar su ansiedad y su tristeza; don Aleluya, que por la primera vez de su vida estaba desganado, y tragaba y engullia haciendo de la necesidad virtud y fingiendo una alegría y un apetito que no tenia, y esponiéndose por lo tanto á los funestos resultados de una indigestion.

Nadie reparaba en él, y sus esfuerzos pasaban desapercibidos para todos, escepto para el condestable que hacia algun tiempo no miraba con indiferencia las menores acciones del bufon, que, como hemos dicho ya, era un agente de cierta clase y afectaba servirle.

Acabóse la comida, sirvióse á los reales huéspedes vino y especias, esto es, vino especiado, bebida que entonces se usaba mucho, é inmediatamente entraron las cuadrillas.

No hay por qué nos detengamos en describir sus danzas, sus visajes y sus pantomimas que dieron mucho que reir y holgar á sus altezas y á los circunstantes.

Aquello duró media hora.

En seguida sus altezas y su señoría se retiraron á sus cámaras con su servidumbre para disfrazarse, y don Aleluya que no habia podido contener su impaciencia, abandonó la comitiva real, y mezclándose con las mojigangas que salian del comedor, llamémosle asi, y como si formase parte de ellas, se escurrió por las galerias, bajó las escaleras, y se puso á alborotar, á fisgar y á burlar á los enmascarados que ya entraban.

Y burla burlando, entre chiste y cabriola, nuestro hombre se dió tal maña, que hurtó sobre media docena de señas, de las que por la premura del recibir, arrojaban los maestresalas sobre la mesa, para que los pajes las echa-

sen en el arca, y escurrióse hácia la poterna con muy gentil talante y compostura.

Una vez en la poterna pasó el puente, una vez fuera del puente atravesó la plaza, tomó las calles de la villa adelante y llegó al campo.

Una vez en el campo encaminóse á un arbol y silbó.

Inmediatamente de detrás de aquel arbol salió un hombre.

Hacia una luna muy clara; y á su luz pudo verse que aquel hombre era el verdugo real Juan Cercena.

—¿Habeis traido mi vestido de mono? dijo el bufon.

—Y vos ¿os habeis procurado esas señas?

—Hélas aquí.

—¿Cuatro?

—Cuatro.

—Hé aquí el vestido.

Y el verdugo desplegó una especie de funda de cuerpo humano, con una ridícula cabeza de carton y cubierto en su totalidad de estopa, imitando, aunque mal, los pelos de una piel.

—Estamos al corriente, maese Juan, dijo el bufon: ahora bien, ¿son resueltos los que os acompañan?

—A nadie ni á nada temen.

—Temed no os vendan.

—No me venderán.

—Pues por mi parte hé aquí que he cumplido. Quedad con Dios que yo voy á otro lugar.

—Id con Dios don Aleluya.

Don Aleluya siguió adelante, saltó un arroyo, no sin mojarse un pie y avanzó hácia un caserio, llamó quedo, le abrieron y entró.

Poco despues se abrió la puerta y salieron dos hombres, ó por mejor decir, dos estrañas figuras. Representaba la una un oso encarnado, la otra un mono amarillo.

Hombre y mono se encaminaron á Escalona, atravesaron las calles de la villa, llegaron al palacio, entraron, y merced á sus señas, pasaron.

Todos tuvieron que reir: el oso tenia el aspecto mas grave del mundo; el mono, que era estremado en agilidad, y diabluras, arrancó la caperuza á un page, dió á otro una zapateta en el vientre, tiró á esotro un desaforado tiron de las narices, y todo esto mientras dió al mayordomo su seña, y pasó.

Al mismo tiempo entraron cuatro horribles salvages negros con taparabos de pieles, coronas de yedra, antifaces rojos y terribles clavas al hombro.



De lo que hicieron una ninfa, cuatro salvajes, un oso, y un mono en la mascarada de Escalona.

Somos enemigos de exagerar los misterios, y cúmplenos decir á nuestros lectores, que no lo hayan comprendido, que serán ciertamente muy pocos, que aquel mono tan travieso y de intenciones tan diabólicas, no era otro que don Aleluya.

Acompañábale eternamente el oso rojo, y era tan notable la diferencia característica de estos dos pretendidos animales, que no podia menos de producir un enérgico contraste, y de llamar por lo tanto de una manera marcadísima la atencion pública.

Don Aleluya saltaba, chillaba, asustaba á las damas, burlaba á los galanes, se revolvia, iba de acá para allá, y saltaba sobre los hombros de cualquiera con una agilidad maravillosa, mientras el oso grave y sério se contoneaba, miraba

valanceando la enorme cabeza, á derecha é izquierda, y seguia su camino.

Pero á pesar de sus cabriolas y de sus travesuras, don Aleluya no perdia ni una persona, ni un accidente de cuantos pasaban á su lado. Pasó cámaras y mas cámaras, atravesó galerías, y nada halló que calmase su impaciencia. Habia conocido á muchas personas, que nada le importaban, y despues de haberse burlado de ellas impunemente, por resabio de su oficio de bufon, seguia conociendo y burlándose.

—Alla vá doña Inés de Silva, dijo al ver pasar una pastora púdicamente cubierta hasta el cuello: ¡maligna vieja! aun se acuerda de los buenos tiempos en que el condestable la casó con el señor Ruy Diaz de Mendoza. Pero hace bien en cubrirse el cuello; de otro modo todos conocerian por él que es una res acansinada y vieja... una osamenta ambulante.

Y seguia:

—¡Ah! ¡doña Inés de Torres! esa muger que así va provocando á los hombres, demuestra dos grandes verdades: primera: que no hay hermosura que resista al tiempo, ni muger con quien el tiempo pueda: tapad la cara á una vieja... y probad... ya vereis.

Y de este modo seguia, y seguia, fingiendo siempre, y cada vez mas impaciente.

Hubo un momento en que se detuvo y miró ante sí de una manera ansiosa: tenia delante una sombra alta envuelta en un balandran verde, cuyo capuz le cubria enteramente.

—¡Ah! ¡ah! esclamó; ¡ah! ¡rey mio! aun todavia no has perdido la aficion á los disfraces, pero no has aprendido aun á disfrazarte: era necesario que dejases ese tu andar desgavilado, esa vaguedad de tus movimientos que no parece sino que en ellos esté retratada la debilidad de tu ánimo. ¡Ah! ¡ah! buscas... pues yo busco tambien; busquemos pues juntos.

En efecto, aquella fantasma verde era el rey, y el rey buscaba indudablemente á alguna persona que no encontraba.

El rey siguió adelante.

Detras del rey, siguió don Aleluya.

Detras de don Aleluya, siguió el oso.

Aquella especie de cadena verde, amarilla y roja, atravesando cámaras y galerías, causaba un estraño efecto.

El rey buscaba y seguia buscando; no encontraba, y se impacientaba.

—Una ninfa, decia para si, con diadema de ricah—embra en la cabeza, de perlas y diamantes: he visto muchas náyades, muchas nereidas, muchas musas, pero no he visto á la tal ninfa con túnica de plata. ¿Si habrá engañado ésa muger al condestable?

Y el rey siguió adelante.

Y le siguieron el mono y el oso.

Y anduvieron cámaras y camarines, y volvieron á andarlos, encontrando siempre parejas empeñadas en conversaciones galantes, danzadores incansables, trages caprichosos hasta la ridiculez, delirios, monstruosidades dignas de haber sido reproducidas por el pincel fantástico de Goya.

Y siempre el rey caminaba delante, y el mono en pos, y detras el oso.

De repente el rey se detuvo admirado; acababa de parársele delante una ninfa deslumbradora: llevaba una diadema de perlas y diamantes, un antifaz de seda color de rosa, un magnífico collar de perlas, una túnica descotada de brocado de plata que dejaba ver sus blanquísimos hombros, y sus brazos desnudos, y en el izquierdo mostraba un rico brazalete de oro y pedrería, en cuyo centro habia un medallon en que estaba esmaltada una imitacion grosera de la imagen de la virgen de Pero Alarcon.

Esta máscara, vagaba distraida y como á la ventura: su belleza, esto es, la belleza de la parte descubierta, su esbeltez, lo magestuoso y gallardo de su cabeza, y lo lánguido de su andar, habian producido ya mas de una inoportuna declaracion de que la ninfa se habia desembarazado de una manera enérgica. Parecia buscar á alguno con el mismo in-

terés que la habia buscado el rey á ella, porque segun las señas que don Juan el segundo tenia, aquella era la ninfa que buscaba.

Pero el rey sabia que no debia hablar una palabra; que la hechicera ninfa estaba prevenida, y que ella le conduciria al lugar donde debia quitarse el antifaz y darse á conocer; la ninfa á la vez pareció reconocer el trage ó balandran verde del rey, se volvió y siguió entre la multitud.

El rey la siguió á su vez.

A su vez don Aleluya y el oso siguieron al rey.

Pero don Aleluya no se limitó á seguir, sino que adelantó hasta igualar con ella, y entre salto y cabriola la examinó detenidamente.



Al ver el brazalete que la ninfa llevaba en el brazo izquierdo, un grito involuntario se exhaló del alma del bufon: la ninfa se volvió á aquel grito, pero nada vió: don Aleluya

habia huido á tiempo y se habia ocultadotras el oso.

—¡Es ella! ¡ella! esclamó en voz baja empinándose hasta el oido del oso que se habia inclinado.

—¡Ella! murmuró con voz trémula el grave animal.

—Sí ella, dijo alentando apenas el bufon.

—¿Y quién es esa máscara verde que la sigue?

—El rey.

—¡El rey! esclamó con acento sepulcral el oso.

—Pero esto es imposible: ella ha rechazado siempre los amores del rey.

—Pero un rey que ruega...

—Valdria mucho para otra muger... ¡ah! ¡ah! ya decia yo que en esto debia andar el diablo.

—¿Qué quereis decir?

—¿Veis aquel ballestero que lleva la gorra, el coleto, y la loba de brocado verde, la corneta de marfil, los venablos dorados y las calzas de grana?

—Sí.

—¿Está hablando con ella?...

—Sí.

—¿Y no conoceis á ese hombre?

—No.

—Pues torpe sois para ser del otro mundo.

—Seré todo lo que querais, pero no adivino.

—Pues es el condestable.

—¡Vah! el condestable es mas delgado.

—Le abultan los vestidos.

—El condestable tiene los cabellos grises.

—Se habrá puesto una peluca.

—Ah, de ese modo...

—Pues qué, ¿queriais que el condestable no se disfrazara bien?

—Pues mirad, creo que estais engañado.

—¡No, vive Dios! mirad como anda, como habla,... ¡ah! ¡ah! si tuviera alguna duda, aquellos cuatro salvages me la hubieran desvanecido.

—Que os la hubieran desvanecido aquellos cuatro salvages.

—Entre ellos viene una persona que tiene mas de un motivo para conocer al condestable... y ved, ved... decididamente han reparado en el lujoso ballestero... y mirad ahora, se ha separado de ella y los cuatro salvages le siguen... se pierden... guardaos, señor condestable, guardaos.

En efecto, la ninfa habia estado hablando un momento con un hombre que tenia todo el porte del condestable, despues de lo cual se habian separado en distintas direcciones.

Al atravesar una galería un veneciano con el traje de los *condottieri* se cruzó con la ninfa é instintivamente se detuvo.

A pesar de los antifaces aquellos dos seres se conocieron y sus ojos chispearon.

—¿Vas á buscar á tu bella esposa? le dijo la ninfa con sarcasmo.

—Mi esposa asiste á su alteza, dijo el condottiero, picado por la caústica pregunta de la ninfa.

—De modo que estás libre.

—¡Libre! ¿y para qué necesito estarlo?

—Yo quisiera...

—¿Y qué quisieras tu?

—Tu piensas mal de mí.

—Si pienso, motivos tengo.

—Te engañas.

—Pruébamelo

—Aqui no... me acosan aquel fantasma verde, aquel oso rojo y aquel mono amarillo. Pero pienso burlarlos. ¿Quieres esperarme en un lugar determinado?

—En la cámara dorada donde está el gran baile, en el retrete del fondo.

—Esperaré, dijo el condottiero, con la voz trémula.

—Pues ve á esperarme.

El condottiero se alejó, y la ninfa, cuando le hubo perdido de vista, tomó á buen paso la galería adelante murmurando:

—Está con la reina... él mismo me la entrega... ¡oh! me vengaré.

El rey, el bufon y el oso, la siguieron.

La ninfa entró en una magnífica cámara circular; en ella en un testero rodeada de sus damas sentada en un estrado, grave y reflexiva sin antifaz ni disfraz, estaba doña Isabel de Portugal sufriendo y fastidiándose visiblemente con la fiesta.

Junto á un estremo de la barandilla dorada que separaba á la reina y á su servidumbre de la concurrencia, habia una jóven morena, que al parecer, feliz y satisfecha con su suerte se reia de muy buena gana de los accidentes cómicos que tenian lugar entre las máscaras.

La ninfa se sentó en el estremo de una banqueta junto á la balaustrada en que se apoyaba Elvira, que al ver la hermosura de su vecina, la miró con benevolencia, y la dijo sonriendo:

—Muy sola andas, hija del Parnaso, para ser tan hermosa.

—Pues mira, creo que la hermosura nos sirve de muy poco, dijo la ninfa desfigurando la voz.

—Yo no soy hermosa, dijo Elvira; pero soy feliz: tu debes serlo tambien...

—Yo... yo no he probado todavia mas que desgracias.

—¡Pobre ninfa! dijo con una sonrisa incrédula Elvira.

—¿Acaso hay muger que no lo sea? muchas veces nos creemos felices porque nos engañan.

—¡Que nos engañan! dijo Elvira frunciendo un tanto su lindo entrecejo.

—No hay hombre por enamorado que esté de nosotras, que cuando nos ha poseido no ansíe poseer á otras, aunque sean menos hermosas, aunque le amen menos que nosotras.

—Pero un hombre que obra así es un mal caballero.

—Yo conozco á alguno, dijo la ninfa siempre alterando la voz y mirando á Elvira de una manera terriblemente fija, que pasa por un cumplido y leal caballero y sin embargo engaña á su esposa que es un tesoro de pureza, de virtud y de hermosura.

—¿Y qué hombre es ese? dijo palideciendo Elvira, porque habia comprendido una intencion en el acento de la ninfa

—Ese hombre es jóven, noble, caballero, valiente, poderoso, priva con el condestable y tiene un alto oficio en la casa del rey.

—¡Su nombre, su nombre! esclamó con ansiedad Elvira.

—Ese hombre es el ballestero mayor de su alteza.

—¡El ballestero mayor del rey! esclamó Elvira levantándose.

—Sí; acabo de oirle citarse con una dama muy hermosa: y eso que dicen que su muger es una joya.

—Qué ¿no conoceis á la muger del ballestero mayor?

—Soy nueva en la corte: he venido con mi esposo, á quien ha convidado el condestable para esta fiesta, de uno de sus castillos.

—¿Y cómo se llama vuestro esposo?

—Don Ferran Gomez.

La ninfa sabia que el tal Don Ferran, estaba en una tenencia de una villa fronteriza hacia mucho tiempo, y que en ella se habia casado con una dama hermosísima.

—Pero sino conoceis á la esposa del ballestero mayor, ¿cómo le conoceis á él?

—Me ha hecho reparar en él mi esposo.

—¿Qué vestidos lleva?

—Un vestido de aventurero veneciano.

—¡Y decís que ese hombre!...¡que el ballestero mayor ha hablado con una muger!... ¿qué muger era esa?.. ¿la conocia vuestro esposo?

—Sí por cierto... era una viuda hermosísima.

—¡Una viuda! ¿y no os dijo su nombre vuestro esposo?

—Sí por cierto: me dijo que se llamaba doña Teresa Garcés.

Los ojos de Elvira se nublaron, vacilaron sus rodillas y tuvo necesidad de volverse á sentar.

—Ya veis, dijo la ninfa, de una manera indiferente, lo que puede confiarse en los hombres: yo no soy feliz con don Fer-

ran Gomez: me casé con él obligada, pero estoy libre de celos porque es viejo feo.

—En verdad, dijo dominándose Elvira, que la conducta de don Juan de Albornoz es alevosa... y estará entretenido con esa muger mientras su esposa sin duda... nada sospecha...

—Y debe estar dulcemente entretenido, porque el lugar en donde se han citado es solitario y silencioso.

—¡Oh! y esa doña Teresa ha podido llegar hasta el caso...

—Hasta un caso horrible... ya veis en la sala de la galería morisca, en el huerto... en un lugar construido á propósito por el condestable para citas amorosas. ¿Pero qué nos importa eso...? ¡vah! estamos perdiendo el tiempo en valde... ¡ah! me parece que veo allá al fondo de la sala á mi marido; ya sabeis, don Ferran Gomez... espero que nos veremos muy pronto... Adios.

Y la ninfa se levantó y se alejó sin dar tiempo de que la contestase Elvira.

Luego tomó por una galería, la atravesó, llegó á unas escaleras, y las bajó.

El del sayo verde, el oso, y el mono, la siguieron.

La ninfa adelantó por las oscuras calles de un jardin bajo árboles sombrosos; nadie habia en aquel lugar: entonces el rey adelantó temblando, y se acercó á Teresa que al oir pasos cercanos se detuvo asustada.

—¡Quién sois! dijo con voz trémula.

—¿Vais á la sala morisca?...

—¿Quién os ha dicho eso?

—Basta que os diga, hermosa señora, que allí teneis una cita.

—¡Una cita!...

—De amor.

—¿Cómo os llamais?

—Don Juan.

—¿Don Juan á secas?

—No, hermosa mia, no; don Juan de Castilla.

—¡Ah! esclamó riendo la ninfa... ¡su alteza que anda á caza de amores, mientras su alteza la reina procura divertirse... ¡en buena hora señor, tengo que pediros algunas gracias y no puede darse ocasion mas oportuna.

Y la ninfa se asió del brazo del rey y siguió adelante.

El mono y el oso siguieron recatando sus pasos, y á una razonable distancia.

—¿Y qué gracias teneis que pedirme, señora?

—En primer lugar, que envieis á la frontera de los moros á don Juan de Albornoz.

—¡Ah! ¿os punza aun mi buen ballestero mayor?

—Me importa que esté algun tiempo fuera de la corte.

—Pero ya sabeis que yo no soy aqui nada mas que lo que quiere que sea el condestable.

—Si me concedeis las tres gracias que tengo que pediros, el condestable hará cuanto querais.

—Bien, veamos la segunda gracia.

—Yo no he amado nunca.

—¡Oh! ¡oh! dijo con cierta codicia el rey.

—Por lo tanto, si una vez amo querré ser sola... sola, enteramente sola.

—¿Qué quereis decir, señora ?

—Que si llego á amaros tendré celos de la reina.

—¡Oh! ¡oh!

—Ciertamente... por lo tanto necesito que os separeis de ella.

—¿Sabeis lo que me pedís, señora? esto de seguro me traeria una guerra.

—Pues mejor, mucho mejor, asi podreis distraer con ella á los bandos.

—Pero el condestable...

—El condestable os dejará hacer.

—El me casó con doña Isabel.

—Pero no se opondrá á que la repudieis.

—¡Oh! ¡oh! mas despacio, mas despacio, señora... un repudio... ¿sabeis lo que me pedís?... un escándalo... y yo

soy demasiado pacífico... no, no, no, no puede ser.

—Decid que amais demasiado á doña Isabel, y que á mí me tratais como á tantas otras.

—Sentémonos, señora, sentémonos en esta enramada, porque el negocio es grave.

El rey queria sentarse para que la ninfa no notase el temblor de miedo que le habian causado sus peticiones.

Sentáronse, pues, delante de una enramada en un banco de cesped. Don Aleluya y el oso rojo tomaron silenciosamente la espalda de aquella enramada, y se colocaron de modo que podian escuchar perfectamente la conversacion del rey y de la ninfa.

—Me exijís demasiado, dijo el rey, y veo que no es esto, ciertamente, lo que yo esperaba.

—¡Cómo señor! ¿Creísteis que yo era una de esas mujeres que se venden, que nada les importa su corazon con tal de que se las cubra de oro?... no y cien veces no: si yo os pertenezco alguna vez, será porque os ame... para amaros necesito que me demostreis vuestro amor con grandes sacrificios... de otro modo, señor, dejadme: mujeres hermosas encontrareis, mas hermosas que yo, que os exijirán menos.

—Es que yo no quiero dejaros.

En aquel momento otra sombra opaca apareció sin ser sentida por el rey y por la ninfa, y se puso á escuchar en el otro estremo de la enramada.

—El condestable, dijo don Aleluya, en acento casi imperceptible al oso.

Entrambos se estrecharon, se redujeron al menor espacio posible, y contuvieron la respiracion para no ser sentidos.

—Meditad, decia el rey, cuando el condestable, que él era, pudo escuchar; que me pedís cosas demasiado duras.

—No os pido, sin embargo, mas que lo que os conviene: la reina, señor, es ambiciosa.

—¡Oh! ¡oh!

—La reina no ama en vos mas que al rey.

—Sin embargo, me ha dado pruebas...

—La reina os engaña.

—¡Cómo, señora! esclamó el rey con una entonacion particular: ¿teneis pruebas de que la reina?...

—No, no hablo yo de ese engaño torpe y vulgar que empaña la honra de un esposo... no por cierto, señor... líbreme Dios de calumniar á su alteza... quiero decir que os engaña demostrándoos un amor que no siente.

—Una muger que no me amase no seria capaz de demostrar tanta ternura... tanto amor.

—Hé ahí en lo que consiste el engaño, en que no se le conoce.

—¿Pero qué interés puede tener la reina?

—La reina quiere mandar... para que mande su alteza es necesario que mandeis vos, os impele á la rebeldía...

—¡A la rebeldía! esclamó asombrado el rey, ¿quereis decirme quén es el señor contra quien yo me rebelo?

—Os rebelais contra la razon... rebelándoos contra la razon os rebelais contra el condestable.

—¡El condestable! ¡el condestable! ¡siempre ese hombre!

—Ese hombre es vuestra espada y vuestra cabeza... su nombre es vuestro sosten, y sois ingrato con él, con él que os ha sacrificado su vida entera. ¡Decís que la reina os ama! si os amara ¿violentaria vuestro carácter haciéndoos conspirador?

—¡Conspirador! ¿acusais á la reina de conspirar, cuando vos conspirais contra ella, y por lo tanto contra mí?

—Es que yo, señor, quiero que no sufrais, que descanseis, dejando quieta y pacíficamente vuestro poder real sobre los hombros del condestable que son demasiado robustos para no sostenerlo con honra.

—¿Quereis hacerme una merced, señora?

—Mandadme mas bien, señor.

—Pues bien, no os mando pero os suplico que no hablemos mas de asuntos de gobierno. En verdad, en verdad, que

no me he puesto yo este balandran verde para tener un consejo de estado con una muger hermosa por quien hace tanto tiempo suspiro.

Y el rey, sin duda, quiso asir una mano á la ninfa puesto que esta dijo:

—Aun no es tiempo de que esta mano os pertenezca, señor, me disputais demasiado vuestros favores para que yo os conceda los mios.

—Pues bien, lo pensaré, lo pensaré... dijo el rey arrastrado por su impaciencia, porque era para el amor tan gloton como para la comida, y cuando se disputaba un plato ó una mujer á su hambre, era capaz de prometerlo todo.

—¿Os apartareis de la reina?..

—Si no es mas que apartarme, demasiado apartado me tiene de ella vuestra hermosura. Hace mucho tiempo que no pienso en nada mas que en vos.

—Bien, apartaos por ahora, y... mas tarde, puesto que no habeis tenido sucesion en la reina, ni la tendreis si vivís separado de ella, á la primera ocasion... un divorcio.

—Sí, eso es, un divorcio, dijo el rey que estaba en posicion de prometerlo todo.

—Será necesario, ademas, que seais severo con el príncipe que en estos momentos está abiertamente rebelado en Toledo.

—Eso quiere decir que permita á don Alvaro que corte la cabeza al marqués de Villena y al maestre de Calatrava... pero siempre quedarán su señoría el arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo, que en cuanto á revoltoso, vale por sus dos sobrinos, y por todos los rebeldes del reino.

—Dese un ejemplo de rigor, y el arzobispo dejará de ser lo que es.

—Os prometo ser inflexible.

—Bien, aun me queda algo que pediros.

—¿Qué teneis que pedirme mas? esclamó asustado el rey... creo que sois insaciable, señora.

—Lo que tengo que pediros interesa á mi honor.

—¡A vuestro honor!

—Sí tal.

—Sepamos.

—Hace algunas noches, cuando estábais en casa del bachiller Cibdadreal, ocultándoos á un motin...

—Creo que estábais allí tambien, señora.

—Es verdad, allí estaba.

—Y que se me pidió cierta licencia de casamiento.

—Sí, cierto.

—¿Y os casasteis?

—Me casé.

—Segun creo vuestro segundo marido...

—Ha desaparecido, señor.

—Pero dejando rastros de sangre.

—No todo el que vierte su sangre muere.

—¿Y os interesa?...

—Es mi esposo.

—¡Que le amais!

—Le amo.

—¿Pues si amais á un hombre?...

—¿Qué os importa?...le amo con el amor del deber, del agradecimiento... á vos no os amo aun, pero conozco que estoy predispuesta á amaros con el corazon.

—Es decir que... en fin.... quereis hacerme vuestro esclavo.

—Quiero probaros.

—Yo dí aquella licencia contra mi voluntad.

—Bien, pues contra vuestra voluntad haced buscar al señor Fadrique de Lara, si quereis que os ame su esposa.

—Y si parece el señor Fadrique de Lara ¿sereis mia?

—¿Os he dicho acaso que seré vuestra?

—¡Oh! señora, señora, acabad de decir que quereis volverme loco.

—Enloqueced... haced lo que vos llamais locuras, y creeré que me amais.

—Pero...

—Esperad.

—¡Esperar! ¡esperar! ¡y si nunca!...

—Siempre podreis gozar el placer de la amistad, del amor puro de una muger honrada.

—¿Y me habeis traido á este sitio tan solitario, tan apartado, para decirme: esperad, y seré vuestra amiga?

Teresa, que ella era la ninfa, se estremeció porque habia en el acento del rey cierto tinte de agresion.

—Lo mismo hubiera podido deciros en los salones, contestó Teresa, pero allí pudiéramos haber sido observados y reconocidos.

—Pues habeis hecho mal, muy mal, doña Teresa, en desesperarme de este modo en un lugar en donde están de mi parte las ventajas.

—¡Cómo, señor! vuesta alteza es un caballero; tiene obligacion de serlo, dijo asustada Teresa.

—Sí, sí, eso es verdad; pero estoy loco.

—¡Y sereis capaz!...

—De todo... porque luego pienso mostrarme tal, que me perdonareis.

—Yo no perdono jamás una villanía.

Hubo un momento de silencio. Seguidamente se escuchó la voz de Teresa que esclamaba con angustia:

—¡Apartad! ¡vive Dios, apartad! ¡sois un villano y os desprecio!

—¡Oh! ¡oh! ¿conque esto era una farsa?... pues bien, yo te probaré que no se me burla impunemente.

Oyóse una porfiada lucha: en aquel momento crujió violentamente la enramada, y el rey sintió que un objeto saltaba sobre sus hombros, y asia su cabeza con sus manos crispadas, al mismo tiempo que otras dos manos fuertes, como el hierro, le separaban de Teresa.

Apenas la jóven se vió libre, huyó y se perdió entre los árboles: los dos bultos que sujetaban al rey, y que no eran otros que don Aleluya y el oso, huyeron asustados de los gritos que lanzaba el rey. Cuando este quiso ver quienes eran

los que habian auxiliado á Teresa, ya habian desaparecido.

El rey mohino, contrariado, colérico, se aventuró por una calle de árboles, y se perdió en ella.

Entonces de detrás de la enramada, un bulto que habia permanecido inmóvil en ella, salió y se dirigió á las habitaciones del castillo murmurando:

—¡Maldita sea mi estrella! hace algun tiempo todo me acontece mal... habia confiado en esa muger... es demasiado hermosa y de seguro hubiera enloquecido á ese rey de copas... y por un momento siguió el buen camino.... pero.... al tocarla el fuego... es demasiado honrada esa muger... demasiado digna, y cuando la tocan á su pureza se subleva.... lo echa todo á rodar... ¡oh! ¡oh! esa muger no puede servir para instrumento... se ha engañdo á sí misma y me ha engañado... será necesario tomar otro camino.

Diciendo esto, la sombra se perdió.

Aquella sombra era el condestable.



CAPITULO XLII.

En que prosigue lo comenzado en el anterior.

Lo veis! ¡lo veis! decia don Aleluya al oso rojo; ella es noble y honrada; ella es incapaz de una bajeza ¡oh! ¡oh! ¡cuánto bien me ha hecho el oirla!.. ¡yo que la habia creido una cortesana!

—Sin embargo, dijo el oso; se presta á servir de una manera dudosa á don Alvaro.

—¡Don Alvaro! ¡Don Alvaro! su maldita ambicion es la

causa de esta y de otras mil desdichas que acontecen en el reino; pero no olvideis aquel adagio vulgar que dice que á cada puerco le llega su San Martin.

—¡Pero Teresa! ¡Teresa!

—Teresa acaba de darnos una prueba de honradez. ¿Creeis que haya muchas mugeres que resistan á los amores de un rey, aunque sea tan poco rey y tan poco hombre como don Juan el Segundo?

—Teresa está enamorada.

—Teresa está ofendida...

—Sin razon.

—¿Y qué quereis? la razon de las mugeres no puede buenamente llamarse razon: todas nacen bajo el influjo de un diablo que se llama capricho, y la que sale juiciosa no creais que es porque realmente tenga juicio sino porque el capricho ha despuntado en ella por ahí en vez de despuntar por otra parte: pero á todo esto, aunque andamos bien de prisa, la perdimos.... se perdió.

—¿Y á dónde va esa muger? dijo severamente el oso.

—A satisfacer un capricho; pero esperad: ¿qué es esto? ¿no sentis el crugido de una falda de seda entre el ramage?

—Sí pardiez: pero viene por la parte opuesta á aquella por donde se ha perdido Teresa.

—Pues ocultémonos y veamos quien es.

Don Aleluya y el oso, se apartaron de la calle de árboles, y se ocultaron entre la espesura.

Poco despues apareció una muger, vacilante, como quien duda de la direccion que debe seguir; cabalmente en aquel punto, se cruzaba otra calle con la calle que seguia, y se detuvo junto á los escondidos sin reparar en ellos á causa de la oscuridad.

—Me han dicho, esclamó, que á la derecha, siempre á la derecha: creo haber seguido esa direccion... pero he andado mucho... ¡oh Dios mio! ¡Dios mio!

Y la muger como decidiéndose siguió á la derecha.

—¡Doña Elvira de Aguirre! esclamó el bufon: ¡la esposa de don Juan de Albornoz!

—¡Doña Elvira! esclamó el oso.

—Sigámosla, sigámosla; ella nos llevará de seguro á donde está Teresa.

Ni el mono ni el oso hablaron mas; siguieron recatadamente y de lejos á Elvira, y vieron que se encaminaba un edificio oscuro, alto como una torre, pegado al muro del huerto, y del cual no se podia juzgar por la densa oscuridad de la noche.

A ser de dia se hubiera visto que era un bellísimo pabellon gótico bizantino.

Elvira llegó á aquel edificio, empujó la puerta y se dejó ver luz en el interior.

Elvira se detuvo un momento irresoluta y escuchó por algun tiempo, antes de decidirse á entrar; al fin hizo un movimiento brusco y entró.

Don Alleluya y su compañero no se atrevieron á entrar, pero se acercaron á la puerta y miraron por su abertura el interior.

Era una sala morisca, al estilo de las cámaras de la Alhambra, fabricada por alarifes moros, que el condestable habia hecho venir exprofeso á fuerza de oro para que le construyeran un departamento digno de rivalizar con los maravillosos aposentos de los reyes de Granada: de la cúpula, semejante á un cielo estrellado, pendia una magnífica lámpara morisca de plata y hacia brillar la luz de sus ocho mecheros sobre el oro de los arabescos de que estaban labradas las paredes. En la parte baja de los muros corria una ancha faja de mosáico de vivos colores y caprichoso dibujo: el pavimento era de mármol blanco bruñido, y en su centro, de una taza sostenida por doce leones, á imitacion de la de uno de los patios de la Alhambra, surgian caprichosos juegos de aguas, que cayendo de la ancha taza corrian por los arrietes de mármol del pavimento: frente á la puerta habia un ancho divan, y á los dos costados, tras dos magníficos arcos, sos—

tenidos en columnas de mármol, habia dos alhamíes ó alcobas. Una de estas alcobas, la de la derecha de la entrada, tenia comunicacion por un pasadizo estrecho con un postigo que daba al campo, no lejos de una de las puertas de la villa.

Decíase que el condestable habia mandado construir aquel pabellon para sus citas de amor, y se aseguraba que mas de una noble dama, y un número incalculable de hermosas villanas, habian pasado por aquel postigo, garantia de su recato y de la profunda reserva del condestable.

Elvira no sabia nada de esto: sino que su esposo, á quien habia buscado en vano en los salones antes de decidirse á ir á sorprenderle, tenia una cita de amores con una dama en aquel aposento.

Elvira entró. Pero no vió á su esposo; en cambio encontró á una muger que salió con una impaciencia febril al encuentro.

Aquella muger era la hermosa ninfa.

—¡Ah, señora! esclamó Elvira reconociéndola: ¡habeis adivinado ó sabiais que yo era la esposa de don Juan de Albornoz, y no contenta con haberme avisado de su traicion habeis venido á ayudarme!

—Si he venido... dijo con la voz convulsa Teresa... he venido antes que vos.

—Y ya veis, no hay nadie... nadie... os habeis engañado.

—No por cierto, Elvira, no te he engañado, puesto que estoy aqui.

Teresa se arrancó el antifaz.

Al verla Elvira dió un grito agudo y quiso huir hácia la puerta, pero la detuvo Teresa.

—No, no saldrás por donde has entrado, le dijo esta: no te he traido aqui para eso... escucha: pronto van á cumplirse dos años desde la fiesta de las espigadoras á Nuestra Señora de Pero Alarcon; en aquella fiesta me arrebataste á Jimeno; en esta, que es tambien otra fiesta, aunque noble, te le arrebato yo.

—¡Que yo te arrebaté á Jimeno, á don Juan! esclamó con dignidad Elvira: ¡tu estás loca, Teresa!... yo no sabia que él era tu amante cuando le seguí enamorada, loca: cuando me casé con él fué despues de haberme jurado que no te amaba.

—¡Oh! ¡te juró que no me amaba!... ¡me pospuso á tí!... ¡me arrojó á tus pies!... pues mira: hé aquí lo que me obliga á vengarme: esta injuria, no mi amor: yo no le amo: si, le amo, soy bastante hermosa y Jimeno me ama demasiado para que no te hubiese abandonado por mí: yo le he amado, pero le aborrezco ya: Jimeno no ha tenido confianza en mi honra, y engañado por falsas apariencias, me ha creido una cortesana y me ha hecho sentir su desprecio: esto le ha sentenciado... tu, tu serás la que tendrás que bajar la frente avergonzada, porque...

—¿Por qué? esclamó con altivez Elvira.

—¿Te acuerdas del hombre que te arrebató en las ruinas de Juan–sin–alma, y del cual te libertaron, tu padre y tu primo, á los que socorrió á su vez Barba–larga?

Elvira se aterró.

—¿Y aquel hombre?...

—Aquel hombre será tu señor.

—¡Ah! ¡socorro! ¡socorro! esclamó asustada Elvira.

En aquel momento Teresa tocó un silbato y arrastró á Elvira hacia la alcoba de la derecha.

Al mismo tiempo entraron en la cámara don Aleluya y el oso, y cargaron con Elvira en el momento cuatro hombres armados. Por pronto que don Aleluya y su compañero quisieron amparar á Elvira, aquellos cuatro hombres la arrebataron consigo y desaparecieron por el pasadizo.

El oso sacó un puñal de debajo de su piel, y se lanzó en el pasadizo: pero estaba oscuro, tropezó, cayó, y cuando se levantó y siguió adelante, solo encontró una puerta cerrada.

Entonces se volvió y se encaró ferozmente con Teresa.

—Acabais de hacer una infamia, la dijo.

—¡Una infamia! esclamó Teresa procurando sobreponerse



D. Juan II.
lám. 15.

al terror que le causaban aquellos dos estraños disfraces. ¿Me querreis decir vos, quien quiera que seais, qué derechos teneis para acusarme?

El oso solo contestó despojándose de la enorme cabeza que le cubria.

Entonces quedó descubierto el pálido y hermoso semblante de Fadrique de Lara.

Teresa lanzó un grito de verdadero placer, lo olvidó todo y avanzó con los brazos abiertos hácia Fadrique.

—¡Ah! ¡sois vos! ¡sois vos! esclamó; ¿no habeis muerto? ¡oh! ¡gracias! ¡gracias, Dios mio! me lo concedeis todo en un momento: mi amor y mi venganza.

—¡Vuestro amor! esclamó con estrañeza Fadrique.

—¡Oh, sí! mi amor... esto os parece increible, ¿no es verdad? yo tambien lo habia creido: yo tambien hubiera jurado en algun tiempo que no os amaria nunca, pero la naturaleza ha triunfado Fadrique!... porque... porque vos sois el padre de mi hijo!

Fascinaba de tal modo la hermosura de Teresa al jóven, que este lo olvidó todo.

—¿Que me amais Teresa?.... ¿que me amais?.... esclamó Fadrique ¡oh! ¿y cómo puedo yo creer tanta felicidad?

—Arrojando ese disfraz y presentándoos conmigo en los salones del condestable, y en ellos yo diré á todos: hé aqui á mi esposo, el esposo de mi amor.

—¿Y qué dirás, Teresa? esclamó don Aleluya despojándose de su antifaz de mono y quedando convertido en la figura mas risible del mundo; ¿y qué dirás á Jimeno cuando te pregunte por su esposa?

—¿Y qué me importa Elvira? Jimeno me ha insultado, yo no podia medirme con él, y le pago sus insultos...

—¡Entregando tu hermana á la deshonra! esclamó desesperado don Aleluya.

—¡Mi hermana!...

—¡Su hermana! esclamaron á un tiempo asombrados Teresa y Fadrique.

—La ermitaña de Nuestra Señora de Pero Alarcon, era tu madre, Teresa... esclamó solemnemente don Aleluya.

—¡Mi madre! ¡pero las pruebas! ¡las pruebas!

—¡Oh! yo te las daré cumplidas, esclamó don Aleluya.

—¿Y qué tiene que ver mi madre con Elvira?

—La ermitaña de Pero Alarcon, continuó con doble solemnidad don Aleluya, se llamaba doña Berta de Rojas.

—¡Ah! esclamó profundamente Fadrique.

—Doña Berta de Rojas, esclamó llorando ya el bufon, era esposa de don Pero de Aguirre, y madre de Elvira.

Teresa se avanzó á don Aleluya

—Y yo soy hija suya tambien, ¿no es verdad? esclamó anhelante Teresa.

—¡Tu! ¡esclamó don Aleluya con acento desgarador: tu eres hija del adulterio y del crímen y has sido maldita en la cuna.

Aquella terrible revelacion aterró á Teresa, que retrocedió y cayó quebrantada en el divan por las terribles emociones que habia recibido aquella noche: ocultó su rostro entre las manos y rompió á llorar. Su energía, sostenida hasta entonces, se desplomaba.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó ¡hija del crímen, maldita, autora de la deshonra de mi hermana!

Y como si aquel último pensamiento la hubiera devuelto toda su energía esclamó:

—Es necesario salvarla al momento, sin perder tiempo, ¡oh Dios mio, Dios mio! y la salvaré.

Y se alzó valiente, inmensa, con una generosa decision marcada en el semblante.

—Seguidme, dijo al bufon y á Fadrique!

—¿Y adónde? esclamó con angustiado acento don Aleluya.

—Por aquí.

Y tomó el pasadizo, adelante llegó al postigo y le abrió.

Los tres salieron: el postigo volvio á cerrarse y se encontraron en el campo.

—¿Pero adónde vamos asi con estos disfraces?

—No importa, dijo Teresa: cerca dè aqui hay algunas gentes de mi servidumbre con caballos... pero no basta esto.. es necesario avisar á don Juan de Albornoz á Jimeno, que su esposa ha sido robada... yo enviaré á uno de mis escuderos. Ademas, ¿cuál de vosotros conoce á Iñigo de Ayvar, á Barba—larga?..

—Yo, dijo el bufon.

—El me salvó la vida, recogiéndome medio muerto del camino en donde fui traidoramente acometido cuando llevaba la carta de la reina á Portugal.

—¿Y sabeis dónde está Barba—larga, Fadrique?

—Por la primera vez, desde hace veinte años, ha salido del bosque del Abrojo y está con sus lanzas negras en las inmediaciones, por si puede dar un golpe de gracia al condestable; Juan de Villafranca está en el castillo, disfrazado de salvaje con tres nobles enemigos del condestable.

—Pues bien, tomad esta llave, Fadrique: entrad por el mismo postigo por donde hemos salido, id al sarao, buscad á Juan de Villafranca y lleváoslo con vos á Barba—larga; avisad de paso á Jimeno, y decid tanto al uno como al otro, que Elvira está en el castillo de la Rocafuerte á dos leguas de aqui en la margen del Alberche; id, id, yo voy á salvarla ó morir con ella.

Y se alejó con don Aleluya hácia una luz que brillaba á lo lejos. Fadrique volvió al castillo de Escalona por el postigo y entró, recogió su cabeza de oso de sobre el pavimento, se la puso é iba á salir, cuando tropezó con un hombre que entraba y que abarcó con una ansiosa mirada la cámara.

Aquel hombre era Jimeno.

—Decidme, quien quiera que seais, dijo el jóven á Fadrique: ¿habeis visto en esta cámara una dama?

—Esa dama acaba de ser robada, primo; y os encuentro á buen tiempo: reunid vuestros ginetes é id al momento al castillo de la Rocafuerte y allí encontrareis á vuestra esposa.

—¡Que ha sido robada!... esclamó Jimeno con acento amenazador asiendo á Fadrique y empuñando su daga; ¿y vos quén sois?

Fadrique se despojó por un momento de la cabeza de oso y dejó ver su semblante á Jimeno que le miró asombrado.

—¡Vos! ¡sois vos! ¿no habeis muerto? esclamó.

—No, puesto que me veis vivo: pero apresuraos, no perdais un momento: al castillo de la Rocafuerte.

Y sin decir mas escapó; Jimeno salió tambien desalado de la cámara.

Cuando Fadrique llegó á los salones habia en ellos un tumulto espantoso: cuatro salvajes habian acometido á puñaladas á un ballestero á quien todos creian el condestable y que no se habia quitado el antifaz en toda la noche: los puñales de los asesinos se habian embotado en la cota de mallas que llevaba bajo su traje de brocado el ballestero que se hizo atras, se despojó del antifaz y dejó ver el semblante de Pero Calvillo, alconero mayor del rey.

Los asesinos que habian errado el golpe, huyeron y pudieron escapar entre el tumulto general.

—No hay que dudar, dijo Pero Calvillo, que el condestable acertó en valerse de mí. La equivocacion de esa gente me demuestra que con el rostro cubierto me parezco mucho á su señoría, que tiene demasiados enemigos, para que yo no procure llevar el rostro descubieto y esta buena cota siempre sobre la piel. Bien puede decir su señoría que me debe la vida.

Entretanto los cuatro salvajes desaparecieron y nadie pudo dar con ellos, escepto un oso que sabia bien el camino que debian seguir y marchaba sobre su pista. Cuando estuvo cerca de ellos los cuatro salvajes se volvieron.

—¿Qué nos quereis? dijo uno de ellos con acento terrible.

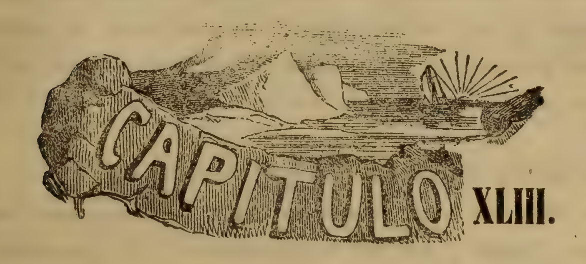
—Que me lleveis donde está Iñigo de Ayvar. ¿ Pero estais ciego, señor Juan de Villafranca, que no me conoceis?

—Culpad á lo oscuro de la noche, y á lo terrible de las circunstancias.

—Pues adelante.

—Adelante.

Los cinco hombres se aventuraron por caminos de traviesa, por sendas y se perdieron en la montaña.



En que se descubren muchas cosas que el autor cree de buena fé han sido un misterio hasta ahora.

El castillo de la Rocafuerte era una pequeña fortaleza situada como un nido de águilas, en la punta de una roca, no de gran altura, pero inaccesible, por la singularidad de su forma cónica y tajada, al rededor de la cual se torcia un camino murado por la parte esterior, que ascendia desde la margen del Alberche, hasta la alta poterna del castillo en forma de espiral.

En aquel recinto habia un centenar de bandidos mandados por Pero Valiente, que servia con ellos de avanzada á la fuerza del príncipe don Enrique, ó mejor dicho, del marqués de Villena, que se habia hecho fuerte en Toledo.

De este hombre se habia valido Teresa para llevar á cabo su venganza contra Jimeno y contra Elvira, y al saber que esta era su hermana, al querer salvarla, habia comprendido tambien que teniendo Pero Valiente un empeño

contraido respecto á Elvira, no se la dejaria arrancar, y tanto menos cuanto era capitan de una fortaleza rebelada contra el rey.

Por lo tanto formó el generoso proyecto de salvar á Elvira, ó de caer con ella: esta era la única reparacion que podia dar á su hermana, á aquella hermana, hasta entonces ignorada, del ultraje que la habia hecho; asi pues, se encaminó con don Aleluya á una cabaña de pastores donde tenia parte de su servidumbre, y montando á caballo, y haciendo que uno de sus escuderos tomase á la grupa á don Aleluya, se dirigieron á la carrera al castillo de la Roca-fuerte.

Era tal la velocidad con que marchaban, que en poco espacio llegaron á él. Antes de llamar á la primera poterna Teresa se volvió á los dos escuderos que la acompañaban.

—Quedaos ahí, les dijo: cuando lleguen las gentes que esperamos, les direis que, mientras este caballero, y señalaba al bufon, se muestre en las ventanas de la torre mayor del castillo, no hay nada que temer; pero que si pasa mucho tiempo sin que se presente, pueden acometer al castillo.

Los escuderos ofrecieron hacerlo asi y se separaron á un lado del rio para esperar á los que debian venir.

Teresa adelantó entonces hácia la poterna inferior.

—¿Quién vá? esclamó desde ella un soldado.

—Decid á vuestro capitan, dijo Teresa, que una dama le busca.

—De damas anda la noche, contestó groseramente el bandido: ¿de qué capitan hablais, prenda?

—Del señor Pero Valiente.

—El señor Pero Valiente no está en el castillo.

El bufon se aterró al oir aquella contestacion: era evidente, segun él pensaba, que Pero Valiente habia mandado que se le negase á todo el mundo.

—¿Y no ha dejado quien haga sus veces de alcaide? insistió Teresa.

—Sí por cierto: acá tenemos al licenciado Anton Do-

bladillo, que es un buen sugeto, muy callado, y muy cortés con las damas.

—Decid al señor licenciado que queremos verle.

—¿Y quién son ellos?

Don Aleluya sacó de su perplegidad á Teresa que no sabia qué contestar.

—Somos la noble señora doña Angélica Vargas, y su escudero, Tristan Buscon, dijo.

—Pues esperen la Angélica y el Buscon, dijo el atalaya, é hizo correr la voz por las atalayas del primer recinto de que buscasen al sota-alcaide Anton Dobladillo.

Al cabo de media hora apareció un hombre con algunos otros en la muralla con una linterna en la mano, y asomándose á las almenas dijo:

—¿Quiénes son?

—Una dama y su escudero; dijo don Aleluya.

—¿Y á quién buscais?

—Al señor Pero Valiente.

—Paréceme que el señor hermano mayor es afortunado: á pares, una que él se trae y otra que se le viene.

—¿Nos dais entrada ó no? dijo con mal talante don Aleluya.

—¡Ola! con fuero venis, señor escudero: espere, y espere la señora, que allá voy; no es tiempo este de recibir así, como quien dice á bulto, á gentes estrañas en una fortaleza de su señoría el príncipe don Enrique.

Desapareció de las almenas el licenciado Dobladillo, y poco despues se escuchó abrir la poterna que se franqueó á medias, y el sota-alcaide dijo desde ella:

—Avanzad.

Teresa y don Aleluya avanzaron y entraron: apenas estuvieron dentro, el licenciado Dobladillo, que era un hombre casi redondo, pequeño, obeso, con una mohosa coraza sobre el pecho y un capacete de en tiempo de los godos sobre la cabeza, les miró de alto á bajo con una mirada maliciosa y burlona; pero de repente aquella mirada se hizo grave, y la sonrisa que vagaba en sus labios se borró, y quedó espantado

mirando á don Aleluya, que por su parte le miraba con una espresion atenta.

—¡Diablo! dijo don Aleluya: bien habeis elegido el nombre: Dobladillo y mas que dobladillo sois, hermano: doblado y redoblado y mostrenco: ¿os ha enviado vuestro señor el obispo de Cuenca, don Fray Lope de Barrientos para que os convirtais de donado de san Francisco en sota-alcaide?

—¿Y á vos os envia el rey, don Aleluya, á tomar castillos? dijo reponiéndose de su sorpresa el hombre gordo.

—Aqui no se trata del rey ni de castillos, ni de castellanos, hermano Anton; si no de saber donde se halla el señor Pero Valiente; con que asi guiad allá y concluyamos.

—El señor Pero Valiente, no está en la fortaleza, dijo el donado, que tal era, á pesar de su coraza y de su capacete.

—¡Que nó está en el castillo! dijo Teresa; ¿pues dónde ha ido?

—Le ha mandado á llamar urgentemente el señor marqués de Villena á Toledo.

A todo esto subian por el camino cubierto que conducia al castillo.

—Y decidme, ¿se ha llevado consigo una dama? repuso Teresa.

—¡Una dama! esclamó el hermano Anton haciéndose el reservado: no sé de qué dama hablais.

—¡Cómo! ¿no ha traido el señor Pero Valiente á este castillo una dama?

—Si la ha traido yo no la he visto, contestò Anton.

—Sin embargo, vos mismo dijisteis que el hermano mayor era afortunado en cuanto á damas, que se habia traido á una y se le venia otra.

—Pues mirad, si lo he dicho no me acuerdo.

—No importa que no os acordeis; subamos, quedémonos solos, y hablemos.

El hermano Anton anduvo cuanto deprisa pudo, llegaron á lo alto de la roca, y á una poterna abierta en un mu-

ro entre dos torres: la poterna se abrió, entraron en un estrecho patio de armas en donde habia algunos grupos de hombres, cuyos semblantes sesgados hicieron estremecer á Teresa, y subieron por unas estrechas escaleras: al fin se encontraron en una cámara desmantelada, en que no habia mas muebles que un mal lecho, media docena de escabeles, cada cual de su forma y color, y una mesa: á un costado habia una puerta, y á otro una ventana.

El hermano Anton habia cerrado la puerta de las escaleras, y del mismo modo cerró la de la cámara: despues de lo cual puso la linterna sobre la mesa.

—Estamos absolutamente solos, dijo mirando con algun cuidado á sus huéspedes.

—Que me place, dijo don Aleluya: asi podremos hablar sin temor.

—¿Pero qué venís á hacer aquí, señores? dijo el donado que no acertaba con la causa de aquella estraña visita.

—Venimos á tomar posesion del castillo por el rey, y á ahorcaros si persistís en vuestra rebeldía, dijo con una audácia infinita don Aleluya.

Aquella audacia aterró al donado porque no podia concebir que se gastasen tales fueros en un castillo enemigo sino contando con grandes recursos para sostenerlos.

—Me agradaria ver, dijo el sota-alcaide sobreponiéndose á su ansiedad, de qué manera haciais eso.

—¿Cómo? prendiéndoos, dijo don Aleluya, á quien lo estremo de las circunstancias prestaba valor y audacia; saltando como un gato sobre el hermano Anton antes de que pudiera echar mano á sus armas.

Ayudóle Teresa que era robusta y fuerte, y el fraile se vió sujeto y maniatado con las mismas correas de su talabarte, antes de que pudiera hacerse bien cargo de lo que le sucedia.

Al verse en aquel estado, todo el valor ficticio del hermano Anton se desplomó: púsose pálido de miedo, se echó á temblar.

Es de advertir que don Aleluya le amenazaba con la daga que le habia arrancado, y el pobre hombre no las tenia todas consigo.

—Yo no soy culpable de nada, dijo el miserable enteramente vencido.

—Pues bien, si de nada sois culpable, entregadnos el castillo.

—Aunque quisiera no podria porque no me obedeceria la gente, dijo con angustia el donado.

—¡Que no os obedecerian! ¿pues entonces qué sois aquí?

—Nada.

—¿Pero sabreis?...

—Preguntadme y os contestaré.

—¿Dónde está Pero Valiente? dijo Teresa.

—Pero Valiente va ahora mismo camino de Toledo, de donde le ha traido órdenes un ginete.

—¿Solo?

—Con algunos hombres de armas.

—¿Y la dama que ha traido al castillo?

—Esa dama está encerrada en esta misma torre.

—¿Dónde?

—En la armería.

—Dadnos las llaves.

—No las tengo.

—¿Cómo?

—Se las ha llevado consigo Pero Valiente, jurando y votando, que si alguien se atrevia á romper las puertas y llegar á la dama, haria un escarmiento.

—¿Pero esas gentes se hubieran atrevido?...

—Son salteadores capaces de todo, gente desalmada y aficionados á damas; pedid á Dios que aunque yo he cerrado las puertas, no las fuercen y lleguen hasta nosotros.

—¿Y á qué habian de venir aquí?

—Sois muy hermosa, señora, y á mas de eso habeis cometido la imprudencia de venir cubierta de ricas joyas.

Teresa habia montado á caballo para encaminarse á la Ro-

ca–fuerte con su trage de ninfa; y don Aleluya no habia hecho otra cosa que arrojar su trage de mono, quedándose en calzas y jubon.

Teresa comprendia que tratándose de bandidos, la observacion del donado estaba en su lugar.

—¿Pero esas puertas serán fuertes? dijo Teresa.

—No hay puertas que valgan cuando se trata de gente como esa; lo que únicamente puede salvarnos es el respeto que tienen al señor Pero Valiente: pero si esos condenados que se entretienen en apurar algunos pellejos de vino que se han encontrado en las cuevas del castillo, se embriagan, no respondo de lo que pueda suceder.

—Razon mas para que aprovechemos el tiempo: aqui hay una ventana.

—Pero esa ventana da sobre una escarpadura, y la torre es bastante alta para que no se estrellase los sesos quien saltase por ella.

—Y decid; ¿dan á esta cámara las puertas del lugar donde está encerrada esa dama?

—Despues de esa puerta hay una cámara, y en esa cámara la puerta de la armería donde está encerrada esa dama.

Don Aleluya fué á aquella puerta y la tanteó.

—No es muy fuerte, dijo; solo tiene un candado, y si me ayudais, hermano Anton, podremos romperla.

—¿Y si entre tanto vuelve el señor Pero Valiente?

—Tened en cuenta que si no me ayudais, os mato como á un perro.

Don Aleluya parecia haber crecido en brios y en estatura: el hermano Anton era cobarde y se doblegó á las circunstancias.

Los dos se pusieron á sacar astillas de las junturas de la puerta, y cuando don Aleluya se cansaba le sustituia Teresa trabajando con ardor; al fin despues de mucho tiempo lograron descubrir los hierros que sujetaban el candado, y la puerta se abrió. Inmediatamente se encontraron en otro aposento mas estrecho, á cuyo fondo habia una puerta.

—Esa es la puerta de la armería, dijo Anton.

—¿Y está alli encerrada esa dama?

—Sí.

—¡Elvira! ¡Elvira! esclamó Teresa.

—¿Quién me llama? esclamó una voz trémula y llorosa.

—Yo..... Teresa Garcés..... tu hermana que viene á salvarte.

Elvira no contestó, como si al escuchar aquel nombre hubiese adoptado un silencio de desprecio.

—¡Oh! contéstame, hermana mia.... vengo á salvarte... yo no sabia que eras mi hermana.... no me desesperes con tu silencio....

Oyéronse pasos que se acercaban á la puerta.

—¡Mi hermana vos! dijo Elvira; ¡y me habeis vendido!.. yo no os comprendo.... no quiero comprenderos.... os desprecio....

Teresa quiso insistir aun, pero la habian herido en el alma las palabras de Elvira: las palabras se anudaron en su garganta y rompió á llorar.

—¿Y me despreciais á mí tambien? dijo el bufon con voz angustiada.

—¡Ah, don Aleluya! esclamó Elvira con acento de confianza.... á vos sí os creo porque sois honrado y bueno.

—Creed tambien á vuestra hermana, señora; creedla y consoladla: si no conociéndoos, si no sabiendo el lazo de sangre que la unia á vos, ha podido entregaros, venderos, al saberlo ha espuesto la vida por salvaros.

—¡Salvarme, Dios mio! ¿y cómo?

—Esperad, dijo el hermano Anton, á quien el terror habia hecho oficioso; esta puerta tiene una gatera por donde cabe mi linterna. Tomad, señora, tomad; añadió metiéndola por la gatera: tomad esa luz y ved si entre las pocas armas que hay en la armería encontrais una hacha.

Elvira tomó la luz, se alejó con ella al interior y se la sintió buscar: al fin volvió y dijo pasando un objeto por la gatera:

—Hé aquí lo que he encontrado.

Don Aleluya tiró de aquel objeto. Era una pesada maza de armas: despues el donado recobró su linterna.

—Tenemos cuanto habemos menester, dijo contemplando la maza: el astil es de hierro y puede servirnos para violentar la puerta.

—Manos á la obra, dijo don Aleluya introduciendo el astil de la maza por debajo de la puerta.

Teresa y el fraile le ayudaron. A los primeros esfuerzos la puerta se resistió, pero al fin saltaron sus goznes, y Elvira se precipitó fuera.

Las dos jóvenes quedaron mirándose confusas y avergonzadas, la una por su crímen, la otra por su dudosa posicion.

—Vamos, vámonos de aqui, dijo don Aleluya al fraile: estas damas tienen que hablar de cosas que no debemos oir nosotros.

Y arrastrando consigo al fraile se lo llevó á la habitacion inmediata.

Quedaron solas y frente á frente Elvira y Teresa.

Por un momento se miraron en silencio sin que ninguna de ellas se atreviese á romperle. Al fin Teresa, olvidándose de que aquella muger era la esposa de Jimeno, y no viendo en ella mas que á su hermana, á una hermana cruelmente ofendida, se arrojó á sus pies esclamando:

—¡Perdon, hermana mia, perdon!

Elvira la levantó aturdida.

—¡Mi hermana! esclamó: os he oido llamarme hermana y mi corazon no ha llegado á creeros... vos me habeis tratado con demasiada crueldad...

—¡Oh Elvira, Elvira! este ha sido un sueño horroroso... yo sentia hacia tí un odio terrible... un odio que me habia hecho pensar en una venganza horrorosa... ¡oh! y estaba ofendida... Jimeno... ¿pero no hablamos mas de esto?... yo no amo á Jimeno... no le he amado nunca... lo que estaba ofendido en mí no era el amor, sino el orgullo: me

he convencido de que me engañaba cuando creia amar á Jimeno: si le hubiera amado, no le hubiera abandonado: ademas, no hubiera amado á otro hombre y amo con toda el alma á mi esposo.

—¡A vuestro esposo!

—Sí, á vuestro primo Fadrique de Lara.

—Hé aqui otra víctima sacrificada por vos.

—¡Ah! ¡no! ¡no! Fadrique vive, Fadrique me ama: muy pronto vendrá con tu padre.

—¿Si sois mi hermana, por qué no decís nuestro padre?

—Porque somos hermanas de madre y nada mas, dijo Teresa con rubor: porque mi madre era doña Berta de Rojas.

Un terrible rayo de luz iluminó el pensamiento de Elvira: siempre que habia hablado á don Pero de Aguirre de su madre, el noble anciano habia palidecido, y sus miembros se habian agitado con la convulsion de la cólera: cuando habia pedido la esplicacion de este misterio á Jimeno, Jimeno la habia dicho: Respetemos los secretos de nuestro padre: al fin Teresa llamándose hija de su madre esclarecia de una manera terrible, las sendas de Elvira que comprendió que su madre habia sido criminal, y que era justa la cólera de su padre al escuchar el nombre.

Entonces su aspecto de hija, el amor que guardaba en el fondo de su noble alma hácia una madre que no habia conocido, la impusieron silencio: luego cuando vió ante sí arrepentida, pálida, llorosa á Teresa, su nuevo amor se desarrolló en su escelente corazon, miró con ternura á Teresa, abrió los brazos y la estrechó en ellos llorando.

Por un largo espacio entrambas hermanas, permanecieron en silencio con las bocas unidas en un prolongado beso, y mezclando sus lágrimas al fin Teresa se separó de ella y la dijo:

—Ante todo es necesario salvarte, hermana mia.

—Es necesario que nos salvemos las dos.

—Sí, nos salvaremos; Dios no puede permitir que nos ha-

yamos conocido para perecer juntas, porque pereceríamos antes que consentir en ser deshonradas.

—¡Deshonradas! ¡oh! ¡no! ¡no! la mano de Dios me ha protejido, y ella nos seguirá protejiendo... ¡pero como salvarnos Dios mio!

—¡Venid, venid, don Aleluya! dijo Teresa acercándose á la puerta.

Don Aleluya entró, comprendió á primera vista que las dos hermanas se habian reconciliado, y sus ojos se arrasasaron de lágrimas.

—¿Qué me quereis? dijo don Aleluya procurando contener su emocion.

—Vos que sois tan perspicaz, ¿no encontrareis un medio de salir en el momento del castillo?

—Sí que le encuentro, tenemos en nuestro poder al sota-alcaide

—Pero el sota-alcaide, dijo el hermano Anton que se habia aproximado á la puerta, no puede hacer nada, don Aleluya: esas gentes no me dejarian salir tratándose de mí solo, y mucho menos cuando se tratase de una prisionera de su capitan.

—¡Y entonces qué hacemos, señor! esclamó desesperado don Aleluya

—¿Qué hacemos? esperad: tenemos á nuestra disposicion la armería; puede suceder que haya en ella una escala, ó al menos podremos contar con cuerdas de ballesta: veamos.

Todos entraron en la armería y revolvieron las armas, que consistian en algunos arneses viejos, algunas espadas mohosas, y algunas ballestas, pero sin cuerda. Al fin, cuando ya estaban desesperados, don Aleluya sacó de entre el polvo de un ángulo un enorme envoltorio de cuerda: era una escala magnífica, larga cuanto era menester para llegar al pie de la torre á las quebraduras de la roca, que por aquella parte, aunque pendientes, eran practicables.

—Venid, venid, esclamó frenético de alegría don Aleluya: ¡nos hemos salvado!

Y todos fueron á la ventana de la cámara esterior.

Don Aleluya descolgó con gran silencio la escala, y afianzó sus gárfios en la balaustrada.

Pero en aquel momento ocurrió una grave dificultad. ¿Quién descolgaria á las damas? don Aleluya no tenia fuerzas; el hermano Anton era demasiado pequeño y gordo para poder manejarse. Ya se desanimaba don Aleluya, cuando Elvira esclamó decidiéndose:

—Yo bajaré sola.



—¡Vos sola, señora! esclamó palideciendo el bufon.

—No hace dos años trepaba yo á los árboles y á las rocas por nidos de pájaros.

—¡Pero si se os va un pie, Dios mio!... ¡si os faltasen las fuerzas!...

—Descuidad: no solo bajaré yo, sino que bajaré conmigo á Teresa.

—¡Oh! ¡no! hermana mia: como tu, he trepado yo tambien á los árboles y á las rocas.

—Pues bajemos una tras de otra.

—Seria acaso demasiado peso para la escala... baja tu... luego vete hácia el rio y busca unos ginetes: llámalos por su nombre: el uno se llama Garceran, el otro Diego...

—Pero si tu bajas conmigo...

—Puede suceder una desgracia cualquiera, y siempre es bueno que sepas de quién puedes ampararte.

Elvira quiso insistir, pero al fin se vió obligada á ceder: montó sobre la balaustrada de la ventana asida á Teresa, se asió á la escala y empezó á descender lentamente y en silencio; fué aquel un solemne momento en que la ansiedad paralizó los corazones de aquellas tres personas, que tenian los cuerpos avanzados fuera de la ventana, procurando en vano esclarecer con sus ojos las densas sombras de la noche. al fin la escala que tenia asida don Aleluya perdió su tirantez, señal de que Elvira habia llegado sana y salva al pie de la torre.

—Ahora vos, señora, dijo oficiosamente el fraile.

Teresa iba á seguir á su hermana, cuando un presentimiento horrible se presentó á la imaginacion de don Aleluya: Teresa era robusta, pesada, la escala podia estar resentida, y no resistir dos descensos: era necesario asegurarse de la bondad de la escala, y pensó en el obeso sota-alcaide; si la escala resistia su enorme masa, bien podia confiársele el peso de Teresa: asi pues, se dirigió al hermano Anton:

—Bajad vos primero, le dijo; vos conoceis este terreno y podreis servirnos de guia allá abajo; salid pues.

El sota-alcaide no se lo hizo repetir dos veces: desde el momento en que habia visto libre á Elvira, cualquier ténue ruido que resonaba junto á él, le parecia el de los pasos de

Pero Valiente que venia á pedirle cuenta de su prisionera. Espoleado por este terror, aunque con gran miedo y torpeza, ayudado por don Aleluya y por Teresa, montó en la balaustrada, se asió á la escala, y empezó á descender. En el momento el bufon notó que la escala adquiria una gran tirantez, luego la sintió crugir; cada crugido que sucedia era mas fuerte: al fin la escala saltó, oyóse un grito horroroso, y despues un golpe sordo como el de una odre que se hubiese reventado al pie del muro.

—¡Ah, pobre hombre! esclamó aterrada Teresa.

—¡Oh! ¡si hubieras sido tu! esclamó con una espresion indefinible don Aleluya.

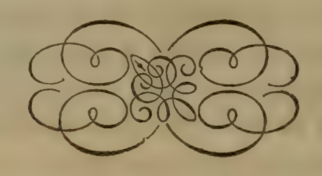
—Y ademas, dijo Teresa; nos hemos quedado aquí encerrados, aislados.

—Y á ese maldito le ha quedado vida bastante para gritar de una manera horrorosa.

En efecto, el donado sota-alcaide, criado de don Fray Lope de Barrientos y rebelde al rey, lanzaba unos alaridos espantosos.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esclamó don Aleluya; mira Teresa, mira; se ven luces por las almenas; la gente se pone en movimiento; acaso, acaso, Elvira no tenga tiempo de salvarse; ese maldito fraile ha dado la alarma.

En, efecto las gentes del castillo descendian apresuradamente hácia la poterna: pero en aquel momento oyéronse en el campo pisadas de cabalgaduras, voces de hombres, y crugir de armas. La oscuridad no permitia distinguir si eran amigos ó enemigos.





Prosecucion del antecedente.

No tardó mucho en oirse rumor de combate, lo que demostraba que las gentes que se acercaban eran amigos. Don Aleluya y Teresa se vieron obligados á retirarse de la ventana porque cerca de ella habian rebotado en el muro algunos venablos lanzados desde el campo.

Cuando don Aleluya se vió solo con Teresa encerrado en una cámara de un castillo combatido, sus ideas tomaron uu giro singular: parecióle que aquella noche era la última de su vida, y este pensamiento de muerte le inspiró naturalmente otros pensamientos.

Tenia delante de sí á Teresa, á su hija, de quien habia sido durante casi dos años un guardian celoso: muchas veces su amor de padre le habia inspirado la terrible tentacion de abrazar aquella jóven tan hermosa y llamarla hija: pero su condicion, su pobreza, el misterio del nacimiento de aquella niña, le habian contenido. Entonces sus lúgubres pensamientos le decidieron, y se acercó á Teresa.

—Escúchame, la dijo: estamos en un supremo momento, en un momento en que la muerte puede venir sobre uno de nosotros ó sobre entrambos á la par.

Teresa se estremeció.

—Si antes de morir, dijo, sé que ella se ha salvado moriré tranquila despues de haber sellado con mi sangre una culpa de que no puedo perdonarme.

—Estamos en el momento de las revelaciones, Teresa.

—¡De las revelaciones!...

—Sí: en la sala morisca del castillo de Escalona me preguntabas esta noche quién era tu padre.

—¿Y le conoceis?

—Sí,

—¿Quién es?

—Escucha primero... tienes en el brazo derecho un brazalete... ¿quién te ha dado ese brazalete, Teresa?

La jóven contó sucintamente á don Aleluya, como un fraile de San Francisco la habia entregado un tesoro que le habia sido confiado para ella bajo confesion.

Entonces don Aleluya sacó de debajo de su coleto un emboltorio, y de él un paquete de cartas y un brazalete: el brazalete compañero del que tenia puesto Teresa, con la diferencia de que la jóven en el lugar en que faltaba una pieza habia hecho poner una placa de diamantes y la pieza semejante á aquella faltaba aun en el brazalete de don Aleluya.

—¿Y quién os ha dado esta joya? esclamó trémula de emocion la jóven.

—Esta joya tenia encima el escudo de armas de los Rojas.

—Es decir que estos brazaletes han pertenecido á mi madre.

—Sí; como todas las joyas que te han sido entregadas.

—¡Oh madre mia! esclamó Teresa estrechando contra sus labios el brazalete. ¡Pero mi padre! ¡el nombre de mi padre!...

—Escucha antes la historia de tu madre, Teresa. Doña Berta de Rojas era una de las mas hermosas y nobles dade la corte: pretendida por todos, su padre se decidió por don Pero de Aguirre, con quien la casó contra su voluntad... El matrimonio fué poco feliz... á pesar de esto tuvo una hija... esta hija es Elvira...

—¡Y yo! esclamó con ansiedad Teresa.

—Tu ... tu... añadió el bufon no pudiendo ya contenerse... tu, Teresa, eres mi hija.

Teresa retrocedió asombrada.

—¡Mi padre! ¡vos mi padre! ¡oh!

Aquella esclamacion fué una herida de muerte para el bufon que se apoyó en la mesa y dobló la cabeza sobre el pecho. Luego la alzó y adelantó hácia Teresa.

—Sí, sí; yo, aunque parezca estraño, soy el padre raquítico y deforme de una criatura tan hermosa como tu... yo, por la maldicion de Dios, inspiré unos insensatos amores á tu madre durante una ausencia de su esposo... yo, el mas desgraciado de los seres, escarnecido por los hombres, rechazado la fin por su hija.

Era tan sentido el acento del bufon, que Teresa se conmovió, corrió á él, le miró un momento, y cediendo, mas á la situacion que á un amor, que no podia sentir, enlazó los brazos al cuello de su padre, reclinó la cabeza en su hombro y lloró.

Don Aleluya olvidó el peligro en que se encontraban su hija y él, no oyó el estruendo de combate que zumbaba fuera, asió con ambas manos el semblante de su hija y le cubrió de besos, de caricias, jugó con sus cabellos, besó sus ojos, su frente, su boca , y luego se puso á reir.

—¡Oh! ¡oh! esclamó: ¡que feliz soy! ¡hasta que he podido... hasta que me atrevido á decirla tu eres mi hija, no he tenido hija!... ¡y qué hermosa es! ¡qué feliz será con su Fadrique!... ¿no es verdad, Teresa que tu amas á Fadrique? dímelo, porque si no le amas, no serás suya.

—¡Oh ¡sí! ¡sí! ¡yo le amo, padre mio!

—¡Padre mio! ¡padre mio! ¡oh qué dicha es oirse llamar padre por una criatura tan hermosa! ¡ cuán terrible haber vivido veinte años sin conocerla, sin saber lo que ha sido de ella, y despues de conocerla verla pasar indiferente junto á uno! ¡Oh! ¡hija mia! cuando nazca el inocente que tienes en las entrañas, entonces. y solo entonces comprenderás hasta dónde llega el amor de un padre.

—¡Oh! lo sé ya; padre mio, y porque lo sé el amor intenso que profeso á ese inocente, el placer infinito de la

maternidad, me han hecho amar al que ha producido en mí tan santo amor... ¡Oh! sí; le amo señor, le amo... ¡y vos! ¡oh! tambien os amo, padre mio. ¡qué me importan vuestra pobreza, vuestra condicion! ¡nada! ¡sois mi padre! y ese amor inmenso que me profesais me obliga á amaros.

Teresa se violentaba hablando así, porque aunque en verdad la voz de la naturaleza hubiese hablado á su corazon, aunque se hubiese desarrollado en ella ese amor filial que en ningun ser es tan poderoso como en aquellos que no ban conocido á sus padres, faltaba á aquel amor la costumbre. Sin embargo, Teresa comprendió que debia ser tierna y amorosa con su padre, y lo fué.

—¡Oh señor! ¡bendito seas, pues me das á mi hija! de hoy adelante dejaré al rey, y viviré con ella, con ella, con mi hija... pero escucha, Teresa, que nadie sepa que soy tu padre: basta con que lo sepamos los dos; si supieran que yo era tu padre, el desprecio que me profesan pasaria á ti: ya no serias la noble doña Teresa, viuda antes del infanzon don Rodrigo de Sandoval, esposa ahora del noble caballero Fadrique de Lara: no... te llamarian la hija del bufon, y Fadrique huiria de ti... no, no; que nadie lo sepa...

En aquel momento un estruendo horroroso interrumpió al bufon: el cumbate se acercaba; los sitiadores habian forzado el primer recinto y los sitiados golpeaban las puertas de la torre donde se encontraban, sin duda para defenderse en ella.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! la felicidad me ha hecho olvidarme de todo... y esas gentes se acercan... esclamó el bufon.

Entonces una súbita inspiracion brotó en el pensamiento de don Aleluya, tomó la linterna y corrió con ella á la ventana.

—¡Aqui, aqui! gritó haciendo señal con su lenzuelo: ¡aqui, señor Fadrique de Lara! ¡aqui señor Juan de Villafranca! aqui Barba-larga, aqui está Teresa!.. ¡venid, salvadla, poned escalas!

Las voces de don Aleluya hubieran sido inútiles, per-

didas entre el fragor del combate, pero no fueron inútiles su presencia y sus ademanes desesperados: poco despues sintió el bufon que muchos hombres hablaban debajo de la ventana y luego sintió chocar en el muro una escala de madera.

Pero al mismo tiempo se oyó un tropel de las gentes del castillo, que habiendo forzado la puerta inferior, subian por las escaleras.

Don Aleluya, en el colmo de la desesperacion, fué á la puerta de la estancia y apoyó sus espaldas contra la puerta, con el enérgico valor sobrenatural del gorrion que pretende defender su nido de un gato ó de una culebra.

Pero la puerta cayó hecha astillas en un momento, y una turba de soldados penetró en la cámara y al mismo tiempo saltaron dentro por la ventana, y uno tras otro con una rapidez increible, Fadrique de Lara, Jimeno, Barba—larga, don Pero de Aguirre, Juan de Villafranca y una veintena de soldados.

Los del castillo fueron rechazados de la cámara, pero cuando ella quedó libre se vió un espectáculo lamentable: don Aleluya habia sido herido en el pecho de una estocada, defendiendo la puerta, y Teresa estaba desmayada.

Los soldados con Juan de Villafranca siguieron el alcance de los del castillo y los persiguieron por todas partes.

Solo quedaron en la cámara, Teresa que empezaba á volver en sí, don Aleluya moribundo, Barba—larga sosteniéndole en sus brazos, Fadrique sosteniendo á Teresa y Jimeno y don Pero de Aguirre contemplando de una manera sombría aquellos dos grupos.

Teresa volvió al fin en sí.

—¡Y Elvira! esclamó.

—Elvira, contestó Fadrique, está en salvo en un caserío inmediato y vos lo estais ya tambien, señora.

—¡Don Pero de Aguirre! esclamó el bufon reconociendo al noble que volvió el rostro para disimular su conmocion.

—Necesito hablaros señor, antes de morir, dijo don Ale-

luya: la justicia de Dios ha caido sobre los que os ofendieron, y ha sonado la hora del perdon.

Don Pero de Aguirre se acercó, aunque violentamente, al bufon, á quien habian puesto en el lecho que habia en la estancia, y los demas personages se agruparon en un ángulo.



CAPITULO XLV.

La hidalguia castellana.

Yo nunca os he ofendido, señor; dijo don Aleluya á don Pero de Aguirre, en un acento tan bajo que apenas fué oido por el noble: ni aquella infeliz tampoco, añadió señalando á Teresa.

—¿Y qué quereis decirme con eso? dijo conmovido don Pero.

—Quiero deciros, señor, que aunque deliberadamente os hubiera ofendido, estoy en un momento solemne, en el momento en que voy á presentarme ante Dios.

—¡Que me habeis ofendido! esclamó don Pero de Aguirre, cuyo orgullo le aconsejaba no hacerse cargo de la confesion de don Aleluya.

—Os he ofendido sin quererlo, sin pensarlo: yo no conocia á vuestra esposa...

Don Pero de Aguirre volvió la vista receloso á los que estaban en el fondo de la cámara, temiendo que á pesar de la distancia y del acento recatado con que hablaba el bufon, hubiesen sido oidas sus palabras: pero se tranquilizó; don Juan

de Albornoz, Barba-larga y Fadrique, estaban harto ocupados y distraidos con el cuidado de hacer volver en sí á Teresa, para apercibirse de la conversacion del noble y de don Aleluya.

—No me rechaceis, señor, dijo el bufon; escuchadme, en nombre de Dios, si no quereis que muera desesperado.

—Habeis hablado de ofensas hácia mí, dijo roncamente don Pero: habeis nombrado á mi esposa...

—Vuestra esposa se casó con vos violentada... vuestra esposa no os amaba.

—¿Y quién os autoriza para decir?...

—Un moribundo debe decir la verdad, y la verdad os digo.

—Por último: ¿qué quereis de mí?

—Buscad, señor, bajo mi ropilla una cartera: yo apenas tengo fuerzas... aquí... hácia la izquierda...

Don Pero buscó con ansiedad aquella cartera, y la encontró: era abultada; dentro de ella estaban el brazalete y las tres cartas de doña Berta de Rojas que conoce el lector,

La mano de don Pero de Aguirre temblaba al sostener estas cartas, mientras sus ojos se nublaban al leerlas, y sus megillas empalidecian mas y mas.

—¡Infame! ¡infame! murmuró.

—Sí, infame fué al manchar vuestro honor, esclamó el bu fon; pero Dios la ha castigado: no bastaba que hubiese marchitado su hermosura, mortificado su espíritu y macerado su carne durante veinte años: era preciso que sufriese el martirio: encontró su hija, y su hija le fué arrebatada de los brazos, encontrando la muerte en vez de las caricias filiales: ¡ah, señor! yo he visto aquella magnífica hermosura, agarrotada, ensangrentada, lívida, convertida casi en un esqueleto: yo he echado sobre ella la tierra de la sepultura, y solo he tenido en mi profundo dolor el consuelo de que Dios debe de haber aceptado tanto infortunio, tanta desesperacion, tantas lágrimas vertidas, tanta amargura apurada, y la habrá recibido en su seno: ¡ah, señor! ¡no querais ser mas justiciero que Dios! ¡lo que vos llamariais justicia solo seria crueldad!

¡perdonodla, señor! ¡perdonadla y tened en cuenta que he vertido mi sangre por vuestra hija doña Elvira... y por Teresa! añadió tímidamente don Aleluya.

—¡Teresa! ¡Teresa! ¿con que esa Teresa era hija?...

—Hija de doña Berta de Rojas... y vuestra, señor... sí, sí, vuestra... vos podeis reconocerla.. vos debeis reconocerla... porque vos tambien teneis faltas que espiar; porque vos habeis sido muy cruel con esa pobre niña... con esa niña, inocente de las culpas de sus padres... vos estais obligado, señor, á reparar esas faltas.

—¡Yo!... esclamó don Pero de Aguirre.

—Vos la vendisteis á los moros.

—¡Ah! esclamó profundamente el noble.

—Vos habeis dado ocasion á su abandono... si hubiera podído apoderarme de ella... hubiera comprado una muger que se hubiera prestado á llamarla su hija... la hubiera procurado un nombre humilde pero legítimo, la hubiera criado en el recogimiento y en la humildad... hubiera dirigido al bien su jóven alma, y hubiera sido la esposa de un mecánico; vos la habeis robado con vuestra venganza todo esto, abandonasteis á vuestra esposa, creyéndola muerta, la habeis arrancado su hija, y precisado á huir de Castilla, la vendísteis á los moros... sí... sin duda la vendisteis para perpetuar vuestra venganza haciéndola esclava; y si no lo ha sido, lo debe á la providencia de Dios que envió á la alquería donde se encontraba, al valiente Alvar Garcés, que hasta ahora ha pasado por su padre... vos sois la primera causa de sus desgracias, del estado de violenta desesperacion en que se halla su alma, y vos, señor... vos debeis reparar el mal que habeis causado puesto que ese mal es vuestro.

Calló el bufon fatigado por aquella larga declamacion, y don Pero quedó profundamente pensativo: habia un innegable fondo de verdad y de justicia en las razones de don Aleluya: la venganza de don Pero de Aguirre sobre Teresa, habia sido inmotivada y cruel, puesto que ella era inocente de las culpas de sus padres: añadíase á esto que don Pero ha-

bia pensado mucho en ella: que aquella desventurada que había entregado á los moros, era para él un doble remordimiento como caballero y como cristiano: bajo el primer concepto habia robado á una infortunada criatura su libertad, su felicidad, su virtud, acaso; bajo el segundo, habia robado una cristiana á la Iglesia, un alma á Dios: las pasiones de don Pero de Aguirre se habian calmado con los años: sus desgracias le habian hecho conocer las debilidades humanas, y su corazon siempre noble y bueno, se habia estremecido al recordar aquella niña en la cual se habian ensañado sus pasiones. Y aquella niña, convertida ya en muger, se le presentaba de repente, y el remordimiento le hablaba por boca de un moribundo. Don Pero se estremeció: el sacrificio que se le pedia, como inspirado por Dios desde la eternidad, era inmenso: ¡llamar su hija, á la hija del adulterio de su esposa! vaciló, y el bufon que parecia leer en su alma, esclamó:

—La mano de Dios toca á vuestro corazon; no la desoigais, señor.... habeis causado males.... reparadlos.... y ved bien que vos sois la causa de vuestra propia desdicha: vos la habeis buscado: sabeis bien que Berta no os amaba, que os entregó su cuerpo, aterrada por su padre, pero su alma no, porque el alma es libre como el espíritu de Dios de quien es hija: vos creisteis que despues de casada os amaria, y os engañasteis... su desamor os irritó, y os separasteis de ella pretestando largas ausencias.... la dejasteis abandonada á sí misma con el corazon sediento de amor... ¡si al menos la hubierais guardado!... ¿y cómo os atreveis á acusar á una muger que al cabo tenia corazon, y corazon apasionado, si satisfizo al fin su sed de amor, sed que vos no podíais calmar, porque para ella representabais un tirano? Ademas, señor, Teresa es parienta vuestra.

—¡Parienta mia! esclamó asombrado don Pero de Aguirre.

—Esposa de vuestro sobrino Fadrique de Lara... hermana de vuestra hija, y á mas de eso, su salvadora... sin ella, Elvira estaria deshonrada.

Don Pero de Aguirre quedó de nuevo profundamente pensativo.

En aquel momento Juan de Villafranca entró precipitadamente en la cámara.

—¡Pronto! ¡pronto! Barba-larga, esclamó; huyamos con nuestra gente.

—¿Que huyamos? esclamó el montero.

—Y sin perder tiempo: el rey y el condestable se acercan con sus lanzas, lanzas á las que no podemos resistir: ademas de esto mis nobles parientes son amigos del condestable (y señalaba á don Juan de Albornoz, á Fadrique, y á don Pero de Aguirre) y no nos entenderiamos bien, no podriamos avenirnos.

—Si somos amigos del condestable, mi noble tio, dijo don Juan, dirigiéndose al verdugo (que tal era Juan de Villafranca) razones sobradas tenemos para ello, y si quereis conocer esas razones, señalad dia, hora y sitio.

—Pues bien, dijo Barba-larga: dentro de tres dias, al cerrar la noche, en las ruinas de Juan-sin-alma.

—Iremos, dijeron en coro los tres nobles.

—Y nosotros os aguardaremos, dijo Juan de Villafranca; y asiendo á Barba-larga salió.

Poco despues se oia sobre las rocas la carrera de un escuadron que se alejaba.

Quedaron solos en el castillo los tres caballeros y algunas lanzas de su servidumbre.

—¡El rey! ¡el condestable! esclamó con afan don Aleluya: ¡si viniese con ellos el bachiller Cibdadreal!..

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Teresa que habia vuelto enteramente en sí al escuchar la voz del bufon, débil y dolorida, en que se revelaba su lastimoso estado.

Y la jóven se arrojó sobre el lecho del bufon.

—No me llames tu padre; esclamó en acento bajo don Aleluya... hay quien pudiera oirnos... y luego... luego yo no soy tu padre... te he engañado.

—¿Y quién es mi padre entonces? esclamó trémula de

emocion Teresa en un acento que todos pudieron escuchar.

La sangre de don Pero de Aguirre se heló porque preveia la contestacion.

—¡Acercaos! ¡acercaos todos! tu, Jimeno y vos, Fadrique y vos, don Pero de Aguirre.

Todos se acercaron. El bufon tenia entre sus manos las de Teresa.

—¿Cuántas hijas habeis tenido, señor? esclamó don Aleluya fijando en don Pero de Aguirre una mirada en que parecia brillar un precepto de Dios.

—Dos, dijo balbuceando el noble.

Don Juan de Albornoz hubiera podido contradecirle con pruebas irrecusables, pero comprendió la situacion y calló.

Fadrique no tenia las mismas razones que don Juan, ignoraba que en aquello estuviese envuelta Teresa, á quien creia hija de Alvar y de Inés, y esclamó:

—¡Cómo, señor! nunca me habiais dicho que tuvieseis otra hija que mi prima doña Elvira.

Don Pero de Aguirre se encontró en un verdadero apuro sin saber qué decir: don Aleluya sostuvo la situacion.

—En efecto, dijo; cuando don Pero volvió de Aragon en 1430 encontró que su esposa doña Berta de Rojas le habia dado otra hija.

Don Pero de Aguirre quiso hablar, pero le contuvo de nuevo la lúcida mirada del bufon.

—Por aquel tiempo, don Pero estaba desterrado como revelde, y solo habia venido á Valladolid encubierto: su es-esposa, por ciertos escrúpulos de conciencia, concernientes á un voto de ser monja hecho á Dios antes de su matrimonio, desapareció, dejando una carta para don Pero de Aguirre, que, amenazado por el condestable, huyó del reino de Granada, llevándose sus dos hijas: doña Elvira y doña Teresa. ¿No és esto cierto, señor?

—Sí, dijo roncamente don Pero.

—Pero á poca distancia de Valladolid, la niña doña Elvira se puso notablemente enferma, y su padre se vió obli-

gado á confiarla al ganadero Artal Ramirez, dejándola ciertas señales por las que pudiera ser reconocida como lo ha sido despues. Esto tambien es cierto.

—Es verdad repitió don Pero.

—Despues prosigió su camino y llegó á Granada; una vez allí, buscó nodriza para doña Teresa, y la encontró en una alquería de la Vega. Doña Teresa vivió en ella oculta hasta 1431, en que aconteció la batalla de la Higuera, durante la cual fué incendiada la alquería donde se encontraba doña Teresa y esta fué salvada por Alvar Garcés, que entonces era hombre de armas del condestable, ó del rey, no recuerdo bien. La verdad es que Alvar Garcés, ha pasado hasta ahora por padre de doña Teresa, y que solo por cierta señal que esta señora tiene en su cuerpo...

—¿Y qué señal es esa? dijo Fadrique de Lara.

—Un lunar negro sobre el hombro derecho, dijo lentamente don Pero de Aguirre.

Todos callaron despues de esto: todos, escepto Fadrique, conocian la situacion: Jimeno comprendia que debia callar y callaba: el remordimiento hacia callar á don Pero de Aguirre y aceptar aquella hija, para pagar en algun modo las desgracias fatales que habia causado á Teresa, y esta lloraba de una manera desconsoladora.

Hubo un momento en que su noble cáracter se sublevó contra aquella superchería, y tuvo impulsos de declararlo todo: pero en aquel momento vió á su padre agonizante, comprendió que aquella falsedad rehabilitaba el honor de su madre, y era una prenda de felicidad para Fadrique, cuya esposa era. Calló pues, y su protesta acerca de los que conocian la verdad, solo se redujo á un llanto desgarrador.

Aquel llanto, mal comprendido por don Pero de Aguirre, le conmovió. Asió á Teresa, la levantó de sobre el lecho, y arrojándose en sus brazos esclamó:

—¡Oh! ¡perdonadme señora, las desgracias que os he causado! ¡perdonádmelas en nombre de vuestra infeliz madre, y delante de ese lecho de agonía!

—¡Ah! sois demasiado noble señor, dijo Teresa reclinando la cabeza en su hombro y llorando con mas desconsuelo.

—¿Por qué no la llamais hija? esclamó el bufon; ¿por qué tu, Teresa no le llamas padre?

—¡Oh sí, sois mi hija, mi hija!.. mañana lo sabrá la corte, el reino, el mundo entero... ¡oh! necesito olvidarme del peso que me oprime el corazon... ¡y vos, señora!... ¿sereis tan cruel que no me perdonareis? ¿acaso mis faltas pasadas os hacen dificil y odioso el llamarme padre?...

—¡Oh! no señor: por padre os tendré, por padre os respetaré.

—Fadrique, mi noble sobrino, dijo volviéndose al jóven don Pero de Aguirre; tengo entendido que esta dama es tu esposa.

—Yo la adoro, señor... pero...

—¿Pero qué? esclamó tímidamente Teresa.

—Vos no me amais, señora.

—Oh sí; os amo, os amo con toda mi alma.

Y arrancándose de los brazos de don Pero, se arrojó en los de Fadrique,

Habia sabido dar Teresa tal acento de verdad á su esclamacion, que Jimeno en cuya alma ardia el amor de Teresa como en la de ella el de Jimeno, se cubrió el rostro con las manos para ocultar las lágrimas que habian brotado de sus ojos.

—¡Oh! esclamó el bufon: ya puede venir la muerte cuando quiera

Entonces retumbaron al pie del castillo trompas de guerra: eran las del condestable, que poco despues entró con el rey, el bachiller Cibdadreal y algunos caballeros en la cámara.

—¿Qué significa esto, señores? dijo el condestable; ¿cómo es que os encuentro aqui?

—Esto quiere decir, esclamó débilmente el bufon, que yo te he conquistado un castillo rebelde, mi buen hermano Juan.

—¡Que tu has conquistado un castillo! dijo el rey.

—Sí; y ocupo el lugar que tu debias ocupar, mi buen hermano... me muero... debes alegrarte: te dejo libre mi plaza... ya no habrá en la corte mas loco que tu.

—¡Bufon! ¡bufon, hasta la muerte! dijo conmovido Cibdadreal que se habia acercado á él.

—¡Muerto! esclamó el condestable.

—¡Muerto! esclamó el rey.

—Ha recibido una herida mortal, dijo profundamente Cibdadreal.

Esta terrible sentencia los conmovió á todos, porque don Aleluya era generalmente estimado en la corte.

—No te aflijas, hermano Juan; ni vosotros tampoco, mis buenos señores; no os faltarán locos que os diviertan... yo me alegro... sí... por mis cascabeles... al morir dejo de ser martir, un martir que nadie ha comprendido, que ha sufrido su martirio riendo y haciendo reir. ¿Y estais seguro de que la muerte no se burlará de mí, señor Cibdadreal?

—Solo os quedan algunas horas de vida.

—Es decir que debo aprovechar el tiempo: pues bien, mi testamento será breve; conservadlo en la memoria, señores: lego mis martirios al señor condestable, mis campanillas á mi hermano Juan, y mi desprecio, mis necedades, á la corte. Dejadme solo, y ved si ha venido con vos algun clérigo que me ayude á pensar en Dios.

—Sí, poderoso señor rey, dijo el bachiller; noble condestable, caballeros, el infeliz está delirando, dejadle entre la religion y la ciencia.

Uno tras otro salieron en silencio. Salió tambien, aunque á su despecho Teresa, entre don Pero de Aguirre y Fadrique: Jimeno los siguió cabizbajo.

—¡Oh! no quiero, no quiero verla mas. No tendria valor para apurar el sacrificio. ¡Mi hija! ¡mi hija, Dios mio!

—Vuestra hija os ha costado la vida, pobre Pero Alvar: Dios os castiga y debeis resignaros.

—Sí, sí, Dios hace bien en matarme, de otro modo yo no

pudiera sufrir que ella llamase padre á otro hombre.

—¡A otro hombre!

—Acercaos bachiller, y juradme que cumplireis mi última voluntad.

—Os lo juro.

—Pues bien: que jámas reveleis á nadie que Teresa es mi hija.

—Os juro sepultar ese secreto en lo mas profundo de mi alma; ¿pero si no os lo llama á vos, á quién llamará padre esa desdichada?

—Don Pero de Aguirre la ha reconocido aquí, en presencia de su yerno y de su sobrino, por hija suya y de su esposa doña Berta de Rojas.

—¿Pero don Pero sabe?...

—Se lo he revelado todo.

—¡Oh! pues es hidalgo y cristiano.

—Sin duda... pero reconociendo á Teresa guarda la honra de su esposa, que es su honra propia.

Don Aleluya y el bachiller hablaron otras muchas cosas que nada importan á nuestro propósito: cerca del amanecer vino un eclesiástico de Escalona, y el bufon se dedicó entero á Dios.

Antes de medio dia Pero Alvar Gonzalez, bufon del rey de Castilla, bajo el nombre de don Aleluya, pasó á mejor vida; y segun unos apuntes del bachiller Cibdadreal que tenemos á la vista, fueron tales y tan edificantes sus últimos momentos, que es de presumir que aquella alma lacerada, alcanzó eterno descanso y gloria en el regazo de Dios.

Aquí respecto al bufon del rey, concluye nuestro relato: pero aun nos quedan otros personages cuya suerte seguiremos, hasta llegar al último dia de don Juan el segundo de Castilla.



En que empiezan á enlazarse muchos cabos sueltos hasta ahora, en la trama de esta historia.

La traicion que habia tenido lugar en Escalona contra el condestable, la espugnacion de los rebeldes del castillo de la Rocafuerte, y la muerte en él de don Aleluya, causó una profunda sensacion en la corte, cuyo efecto duró ocho dias: despues nadie se acordó de ello, mas que las personas que estaban demasiado íntimamente enlazadas con aquellos sucesos para que pudieran olvidarlos.

Elvira y Teresa se habian reconciliado enteramente, y podia decirse que se amaban. Esta última vivia en casa de don Pero de Aguirre, y este, consecuente á su propósito y á su palabra, preparaba todas las formalidades judiciales indispensables para dar á conocer como á su hija legítima á Teresa.

Entre tanto habian tenido lugar algunos sucesos, que arrojan una luz clarísima sobre los misterios de esta historia.

Como recordarán nuestros lectores, el verdugo (á quien hemos llamado Juan de Villafranca) Iñigo de Ayvar (Barbalarga, don Pero de Aguirre, don Juan de Albornoz, y Fadrique de Lara, habian quedado aplazados para una entrevista en las ruinas de Juan-sin-alma, en el término de tres dias contados desde la noche en que se habian reunido por primera vez despues de veintitres años, los individuos de aquella familia proscripta y desmembrada por el condestable.

El plazo se acercaba, y el dia anterior á la noche en que debia tener lugar la entrevista, don Pero de Aguirre se trasladó á la casa de su yerno, llevando consigo la cartera que le habia entregado el bufon en el castillo de la Rocafuerte.

Don Juan de Albornoz le esperaba en una magnífica cámara sentado junto á una mesa en la cual habia un manuscrito.

Cuando estuvieron solos, don Juan cerró las puertas de la cámara despues de haber hecho lo mismo con las de las habitaciones que á ella conducian, para evitar ser escuchados, y haciendo sentar á don Pero, se sentó en otro sillon quedando entre los dos la mesa.

—Y bien, don Juan, dijo don Pero al jóven, con el acento de un hombre que esplora; ¿qué decis de mi reconocimiento de hija legítima de doña Teresa?

—Digo que cumplis con vuestra conciencia como cristiano y con vuestro honor como caballero, haciendo un sacrificio penoso.

Don Pero de Aguirre palideció.

—¡Es decir que no creeis que doña Teresa sea mi hija!

—No puedo creerlo, señor... pero he hecho que lo crea doña Elvira, Fadrique lo cree, Teresa se doblega á las circunstancias, y este secreto solo está entre tres: Teresa, vos y yo. Ella le guardará porque le conviene guardarlo; vos porque vuestro honor os lo manda; yo porque soy vuestro hijo.

—¿Pero teneis pruebas decisivas?..

—Sí, dijo don Juan poniendo la mano sobre el manuscrito: y esas pruebas estan aqui.

—¡Aqui!

—Sí, aqui está la historia entera de vuestra esposa, de sus amores, de su desesperacion de sus intrigas: intrigas que han causado la proscripcion de nuestra familia: vos solo conoceis las cartas de vuestra esposa y de la reina doña María, cartas que justifican el rigor con que nos ha tratado el condestable y que nos han obligado á reconciliarnos con él: pero aun no conoceis el móvil de estas intrigas. Tomad don Pero, y leed.

El noble abrió el manuscrito y leyó el principio: sus ojos desde el momento en que empezaron á leer, se llenaron de lágrimas y su rostro palideció á impulsos de las fuertes acusaciones que le hacian probar aquel escrito.

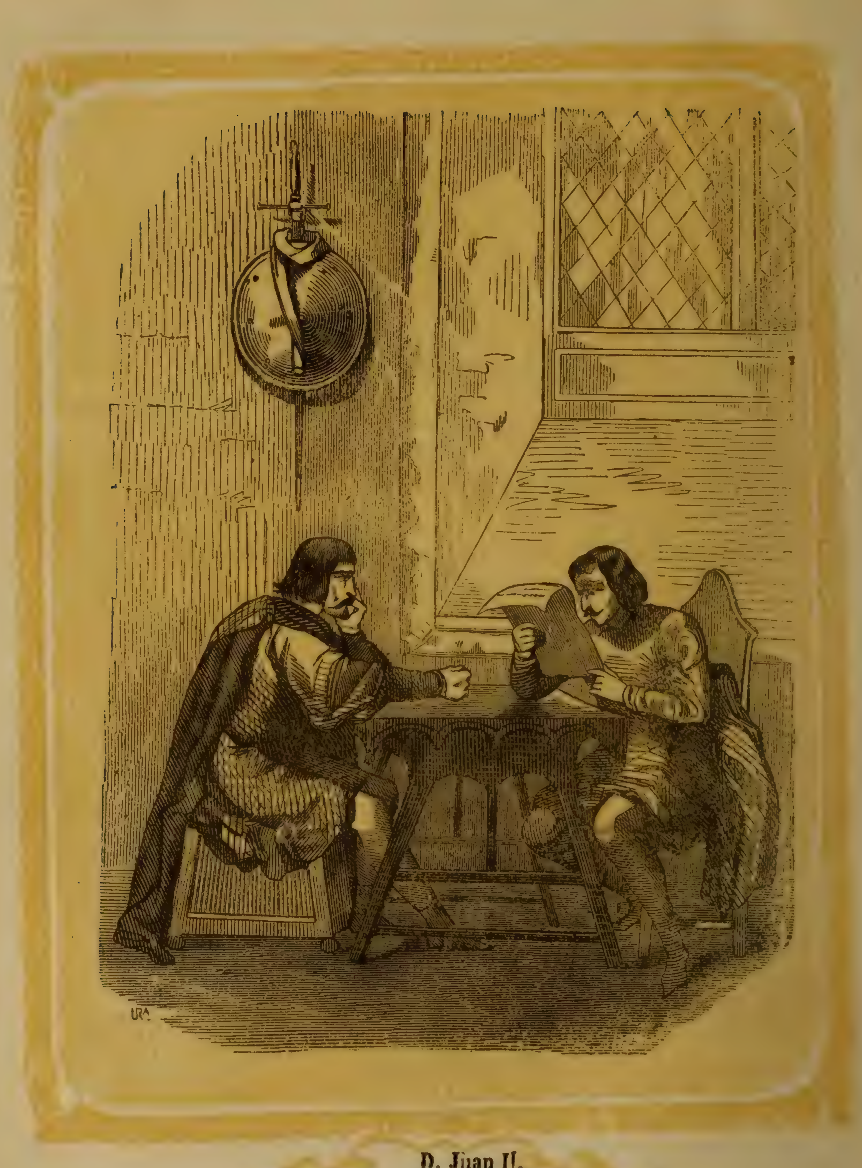
—Mi funesto amor hácia doña Berta de Rojas me cegó, dijo al fin con voz conmovida; y alentado por el favor que me daba el despótico carácter de su padre, me casé con ella. ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! ¡cuántas desventuras, y cuántas lágrimas nos hubiéramos ahorrado!

—Leed, señor, leed y mirad, dijo don Juan, y juzgad al mismo tiempo de mi conducta.

Don Pero de Aguirre empezó á leer, pero á medida que adelantaba se nublaban sus ojos... al fin no pudo proseguir.

—Leed vos, don Juan, leed, le dijo; á medida que veo esos caractéres escritos por esa muger, á medida que la escucho, renace en mí el amor insensato que la tuve, recuerdo mis ofensas y mi corazon se hace pedazos.

Don Juan tomó el manuscrito y leyó lo siguiente, de que no queremos privar á nuestros lectores porque es el fundamento de nuestra narracion: solo nos hemos limitado á abreviar el contesto de la parte inútil que tiene en el manuscrito original.



D. Juan II.
lám. 16.

HISTORIA

DE

DE DOÑA BERTA DE ROJAS.

I.

Ya han blanqueado diez veces las escarchas las pizarras del retiro en que vivo, y ya la primavera ha cubierto diez veces de verde los árboles que le rodean, desde que desgracias inauditas, contrariedades de la suerte, pasiones incontrastables, me trajeron á buscar la misericordia de Dios, condenándome á la penitencia en un lugar apartado.

Muchas veces he tomado la pluma para escribir mis faltas, mis perjurios, mis desdichas: pero aun estaba ardiente é inflamada la llaga de mi corazon: las pasiones hubieran alterado la verdad de mi confesion, y esta debe ser verdadera, humilde, clara, porque de ella acaso pende la paz y el honor de muchas familias.

Por lo tanto mi confesion es un deber: despues de cum-

plido no sé si tendré valor para deshonrarme ante el mundo, pero Dios me dará fuerzas.

. . . .

. . . .

Nací en Valladolid á siete del mes de mayo del año de mil cuatrocientos cinco. Fueron mis padres don Sancho de Rojas, repostero mayor del rey, y mi madre doña Inés de Vargas.

La piedad de mi madre me destinó desde niña al claustro, y apenas cumplí quince años cuando me dijo:

—Te he prometido á Dios, ¿qué mejor esposo pudiera darte? eres hermosa, y en el mundo solo encontrarias tentaciones, asechanzas y peligros: si quieres que tu madre sea feliz, hija mia, confirma el voto que yo he hecho por ti á Dios.

Yo era una niña, ni aun sospechaba el amor: fuí con mi madre á la iglesia, me arrodillé delante de un altar, y prometí á Dios en las manos de un sacerdote, todo lo que mi madre quiso que prometiera.

Dicen que si mi madre me destinó para monja, fué aterrada por el horóscopo que me leyó un judio en mis primeros años. Segun aquel horóscopo, yo debia ser desgraciada, y causar muchas desgracias si contraia matrimonio.

. . . .

. . . .

Pasaron dos años y cumplí diez y siete.

Mi razon y mis pasiones se habian desarrollado, y sin saber por qué, sin que el amor hubiese hablado aun á mi alma, me aterraba la sola idea del convento.

Llegó un dia en que mi madre se me presentó llorosa: yo amaba á mi madre y su dolor me conmovió. Acariciela y mi madre se arrojò llorando en mis brazos.

—Quieren casarte, me dijo.

—¿Y quién piensa en casarme? contesté entre indecisa y alegre, porque siendo casada no podia ir al convento.

—Tu padre.

—¡Mi padre!

—Pero tu no consentirás, hija mia, si no quieres provocar la cólera de Dios.

—Me defenderé con mi voto, señora, la contesté.

. . . .

Mi madre se separó consolada de mí.

Aquel dia á la hora de comer, ví en la mesa un caballero como de treinta años, que hablaba amigablemente con mi padre: sin saber por qué, la mirada, el semblante, la voz de aquel hombre, me dieron frio; me aterraron como pudiera haberme aterrado la imágen de la muerte. Y no era aquel hombre deforme, ni contrahecho, ni repugnante: por el contrario, era hermoso, de aspecto noble y continente gentil: la aversion que me inspiraba, era una de esas aversiones misteriosas de que no podemos darnos razon. No le habia visto hasta entonces, y ya le aborrecia.

. . . .

. . . .

Despues de comer mi padre se acercó á mí, y me dijo:

—Es necesario señora, que os mostreis cortés con ese caballero, y tanto mas como que dentro de tres dias sereis su esposa.

. . . .

. . . .

Y asi fué: pero no en tan corto plazo; yo alègué para defenderme mi voto, pero mi padre pidió dispensa al Papa.

La dispensa tardó cuatro meses.

Entonces á pesar de mis lágrimas, y de las lágrimas de mi madre, fuí esposa de don Pero de Aguirre, que me llevó á la corte,

(*Siguen aqui en el manuscrito una multitud de declamaciones, y de máximas morales sobre los padres que casan contra su voluntad á sus hijos, que suprimimos por difusas.*)



II.

Una vez casada, comprendí que por decoro á mí misma,

por consideraciones al mundo, por deber, en fin, debia resignarme á mi situacion: procuré hacer grata la vida á don Pero de Aguirre, que á parte de la repugnancia que me inspiraba, era un cumplido caballero, y me profesaba un amor ardiente: engañado por los esfuerzos que yo hacia para complacerle, por mis falsas demostraciones de amor, era feliz, y su contento llegó al colmo cuando en 1425, al año de nuestro casamiento, le dí una hija que se llamó doña Elvira.

Pero ni el sentimiento de la maternidad, ni las delicadas atenciones de mi esposo, ni los esfuerzos de mi razon pudieron hacer que le amase: era una repulsion instintiva de la que no podia defenderme ni darme cuenta; repulsion cada dia mas poderosa, que acabó por hacerme imposibles con mi esposo hasta las apariencias de contento. Él atribuyó mi tristeza, mi displicencia, á lo triste de la villa á que se habia retirado para consagrarse enteramente á mi amor, y me llevó á la corte.

En ella fuí presentada á don Juan el segundo y á su esposa doña María de Aragon, y admitida como camarera al lado de la reina.

III.

La reina doña María era una de esas mugeres á las que no se puede llamar hermosas, y que sin embargo no pueden verse sin esperimentar una profunda sensacion: era de mediana estatura, esbelta, con magníficos ojos verdes, semejantes al agua del mar, en cuyo fondo habia un volcan de pasion, de voluptuosidad, de deseo: tenia los cabellos dorados, la frente pálida y tersa y las cejas negras: su nariz pequeña, sus lábios finos y un tanto descoloridos, sus mejillas de una blancura límpida, trasparente y mate, la sonrisa de aquella boca siempre lánguida, pero bajo cuya languidez no podia ocultarse cierta espresion punzante, sarcástica, burlona; la mirada fulgurante de aquellos ojos, cargados siempre de promesas para todo el que hallaba gracia en

ellos; la movilidad de aquel semblante; el profundo sello de inteligencia y de valentía que en él brillaba, y luego una indudable espresion de grandeza, hacian de la reina una belleza irresistible, un conjunto encantador, lascivo á veces, malicioso otras, pero siempre insinuante y simpático.

Ademas el deseo no podia pedir un cuello mas dulcemente contornado, unos hombros de mas redondez, un seno mas turgente, unos brazos mas mórbidos, y unas manos mas perfectas.

La reina doña María era una tentacion.

La habian casado con el rey don Juan por razon de estado, como á mí me habian casado con don Pero de Aguirre por conveniencias de familia: la misma repulsion que me inspiraba mi esposo, inspiraba el rey á la reina: entrambas habiamos sido sacrificadas, y esta igualdad de circunstancias nos hizo comprendernos, acercarnos, estrechar la distancia gerárquica que nos separaba, y prescindir al fin de ella. La reina y yo fuimos amigas, amigas íntimas, amigas del corazon, mas que esto: hermanas.

IV.

Esta amistad fué fatal para mí. Sola yo, entregada á mis propios instintos, jamás hubiera pensado en el mal; jamás hubiera buscado mi felicidad, ó al menos la compensacion de mi infortunio fuera de mis deberes. Yo comprendia porque lo esperimentaba, que podia muy bien aborrecerse, por antipatía á un marido: pero jámás habia pensado en que podria amarse á otro que no fuese el hombre á quien unen con la muger, Dios y el mundo, de una manera noble y legitíma. La reina pensaba de otro modo: era avara de placeres, de emociones que no podia procurarla el débil don Juan, y amaba á otro hombre.

V.

Y aquel hombre era ciertamente digno de ser amado, ya se le considerase en sí mismo, ya en la posicion que ocupaba. Ante él se doblegaba el rey y le obedecia: la nobleza le miraba con temor y envidia: su bandera era la bandera mas honrada y valiente del reino, contaba por cientos sus castillos, y por miles sus lanzas: lo gobernaba todo, lo hacia todo, aunque en nombre del rey, y ayudado por la reina aquel hombre era omnipotente.

Quien tenia en sus manos, el honor del rey, el corazon de la reina y la suerte del reino, era el condestable don Alvaro de Luna.

En 1423, á mi entrada en la corte, don Alvaro contaba treinta y tres años.

Pocos hombres habrán alcanzado el partido que él alcanzó: era de mediana estatura pero gallardo, de buen semblante, de mirada dulce y alegre, de conversacion galana: sabia insinuarse, hacerse admitir, y despues de admitido hacerse amar: los hombres, cuando del no les separaban una gran ambicion, le concedian todos su amistad, y las mugeres todo su amor. Era generoso, mas que generoso, espléndido y magnífico con sus amigos y con sus queridas: quien una vez probaba su amistad ó su amor, no sabia olvidarle, ni vivir sin él: poseia el arte de hacerse necesario, y sobre él fundaba su privanza. El rey estaba ciego para él, ó por mejor decir, no veia sino con sus ojos: cuanto hacia el condestable estaba bien hecho. Si don Alvaro le hubiese pedido su corona se la hubiera dado.

VI.

La reina adoraba á don Alvaro: hacia mucho tiempo, desde su casamiento, desde el punto en que le vió, la reina le habia concedido su intimidad: pero el condestable, afectó no reparar en ello, y trató respetuosamente á

la reina, sin salir de las condiciones de vasallo, y de vasallo que venera á su señor, y que no levanta hasta él otro pensamiento que el de una acrisolada lealtad.

Acaso esto no era otra cosa que cálculo en el condestable. El carácter de la reina era demasiado insustancial y ligero, para que pudiese confiarse en la estabilidad de unos amores fácilmente empeñados; don Alvaro, ó no necesitó hacer tal ofensa al rey, ó quiso afirmar con una contrariedad contínua, con unos deseos desesperados, el amor de la reina.

Aquella fué una verdadera lucha: cuantos recursos puede poner en práctica una muger para empeñar á un hombre, fueron usados por la reina: la seduccion de la mirada, el desden, la burla, el sarcasmo, los celos: don Alvaro parecia no reparar en ella: doña María enloquecia al caballero mas galan mas afortunado de la corte, y lo presentaba favorecido en la apariencia y como un cebo al condestable. Esto era tambien inútil; la reina despechada arrojaba de sí al favorito, que no le habia servido de reclamo, y emprendia el ataque por distinto medio y sin obtener jamás mejor resultado.

En tal estado se encontraba el corazon de la reina cuando entré á su servicio.

VII.

La reina me abrió su corazon. Refirióme con la energía de una pasion contrariada, sus pensamientos insensatos, sus noches pasadas en vela, la rabia del desden del hombre amado, la sed rabiosa de sus deseos, sus locuras, sus debilidades, sus enojos, sus lágrimas, su esperanza, su desesperacion.

Cuando referia lo feliz que podia hacerla el amor de don Alvaro, lo desdichada que la hacia su indiferencia, se revolvia entre mis brazos, me bañaba con sus lágrimas, me cubria de besos rabiosos, reia y lloraba á un tiempo; era

en fin una muger convertida en fiera por el amor: maldecia al rey, se maldecia á sí misma, juraba vengarse de don Alvaro y proyectaba los planes mas descabellados.

El ejemplo de la reina influyó en mí de una manera terrible: no siendo feliz con don Pero de Aguirre empecé á mirar sin terror el procurarme en otro el amor que no podia encontrar en mi esposo: este pensamiento fué arraigándose en mí, hasta apoderarse enteramente de mi alma: á medida que la rigidez de las doctrinas que debí á mi madre, fué menguando, crecia en mí la aversion que me inspiraba don Pero de Aguirre, hasta que al fin le aborrecí, como aborrece el preso la cadena que le sujeta. No me bastaba esa breve felicidad, que se satisface entre sobresaltos y remordimientos por medio de un crímen; yo necesitaba ser libre, enteramente libre, para poder buscar un hombre digno de mi amor y entregarme á su amor sin reserva.

Esto no podia ser mientras viviese don Pero de Aguirre, y mi primer crímen, crímen horrible en una esposa, fué desear su muerte.

VIII.

Pero entonces estaba libre mi corazon, y estos pensamientos horribles huian de mí rechazados por mi conciencia. Sin embargo, luchaba, y cada dia esta lucha labraba en mí una nueva cantidad de odio hácia mi esposo. Llegó al fin el caso de que mi corazon ansioso de amor se fijase en un hombre.

Pero fué un amor estraño, escepcional, por el objeto que le produjo: los mas bizarros caballeros de la corte habian rendido á mis plantas el homenage de sus deseos ó de su amor, y yo les habia desdeñado: unos me habian parecido fátuos, otros insolentes, ridículos todos. Habia llegado á adquirir tal fama de muger fuerte entre los galanteadores de oficio, que ya no me conocian sino bajo el nombre del *castillo roquero*.

Pero la terrible fortaleza que habia resistido á formidables escaladores haciéndoles volverse escarmentados, se allanó por sí mismo á lo último, á lo mas débil, á lo mas abyecto de la corte, á un ser que nada podia por sí mismo, sentenciado á arrastrar las cadenas doradas de una servidumbre impuesta por la naturaleza: el hombre que á pesar de su debilidad, de su pobreza, de su bajo origen, y de su no mas alto empleo en la corte, se habia apoderado de una manera estraña de mi alma, era... ¡el bufon del rey!

Muchas veces me he preguntado en un momento de lucidez las razones que pudieron obligarme á amar á un hombre que tenia todo el aspecto de un niño voluntarioso, y mal educado: y entonces aquella pequeña persona ha crecido á mis ojos: he visto desarrollarse, brotando de aquel cuerpo de niño, un alma de gigante: he visto bajo las bufonadas á que le sentenciaba su oficio, un fondo de amargura intensa, un contínuo sarcasmo contra los hombres, una sonrisa horriblemente llena de hiel, un infortunio inmenso, siempre riendo, siempre diciendo chistes, siempre burlándose amargamente de todos. Yo necesitaba un alma, y la encontré en Pero Alvar Gonzalez, á quien llamaban por escarnio don Aleluya.

A mas de esto Pero Alvar, que ya contaba diez y nueve años (uno mas que el rey del que era hermano de leche) era un niño hermosísimo, de cabellera blonda, ojos negros, dulces, entusiastas, ardientes, en que brillaba el alma de un hombre. Las formas de su cuerpo, ajustadas por su trage de bufon, eran perfectas, y una dama hubiera envidiado la frescura de su tez blanca y ligeramente teñida de un leve color purpúreo. Ya mas de una alta señora habia dejado traslucir el escándalo de aventuras amorosas con Pero Alvar, y aquel pequeño y malicioso jóven habia dado furiosos celos á mas de un formidable caballero. Protegíale el condestable á quien servia de instrumento en mas de una ocasion; amábale el rey por costumbre, puesto que se habian criado juntos, y, apoyado en estas dos fuerzas, Pero Al-

var se mofaba de los nobles que, sin aquella proteccion, le hubieran hecho pedazos.

Pero el pobre Pero Alvar era continuamente objeto de los tratamientos mas humillantes, de las burlas mas groseras, y parecia que si no pasaban de las palabras á las obras era por temor de que el rey les pidiese cuenta por haber roto un juguete que le divertia.

Por lo demas ni el rey ni el condestable procuraban impedir los sufrimientos sordos, el contínuo punzamiento de alfileres, por decirlo asi, con que torturaban su alma, noble y grande, los mas estúpidos señores, que no le llevaban otra ventaja natural que la estatura.

Mi primer sentimiento hácia Pero Alvar fué el de una ardiente compasion: tras la compasion vino el afecto, tras este el amor, y al fin los deseos: deseos incontrastables, sed rabiosa de una alma comprimida hasta entonces y que necesitaba dilatarse. Y entonces comprendí mas que nunca cuan pesadas eran las cadenas de mi posicion: entonces temblé por el hombre á quien amaba, porque comprendí que si aquel amor era imprudente y llegaba á traslucirse, los celos de don Pero de Aguirre le matarian.

Asi pues encubrí mi amor, le disimulé, le guardé en el fondo de mi alma y aun tuve miedo de confesármelo á mí misma. Veia todos los dias á Pero Alvar, que me saludaba con una chocarreria de bufon, y pasaba haciendo sonar sus cascabeles. Yo no veia en aquella chocarreria, en aquella alegria de oficio, otra cosa que la grosera corteza con que se encubria un alma lacerada, huérfana, que flotaba, sin punto de apoyo, en el espacio: cada dia que pasaba, mi alma necesitaba de una manera mas exigente acoger en sí misma aquella alma, y al fin necesité tener libertad, apartar de mí á mi marido: mi amor habia llegado á la locura, y era este tal, que me arrastraba á romper por todo

IX.

No sabia sin embargo, de qué medios valerme para lograr mi objeto. Mientras mi alma no acogió ningun pensamiento criminal, mi conducta con mi esposo fué fria y severa. Pero desde el momento en que amé á otro hombre, el temor de que se conociese en mi semblante, en mis miradas, en en mi acento mi falta, me hizo hipócrita. Volví á ser cariñosa y dulce con mi marido, que, enamorado y ciego, abrió su alma á la felicidad.

La felicidad de aquel hombre, felicidad gozada á costa mia, me irritó, y llegué al punto, no ya de desear su muerte, sino de pensar en procurársela por mí misma.

La fatalidad me ayudó. Un dia que estaba sola con la reina en su cámara, doña María me tomó de la mano, me llevó á su oratorio, y abriendo los santos Evangelios me dijo:

—Júrame que nunca revelarás lo que voy á decirte.

—Lo juro, dije poniendo la mano sobre los Evangelios.

—Júramelo por la vida de tu hija.

—Por la vida de mi hija lo juro á vuestra alteza, contesté.

Entonces la reina volvió á tomarme de la mano y me condujo á su cámara.

—Siéntate, me dijo, sentándose en su estrado.

Me senté y observé con terror el semblante de doña María: estaba convulsa, lívida; sus grandes y hermosas ojos verdes parecian arrojar llamas de ódio, de venganza, de muerte: yo no sabia de qué se trataba y temblé por mí misma.

—Ya sé, me dijo, con voz temblorosa en qué consiste el que don Alvaro no repare en mis miradas, en mis demostraciones, que son demasiado claras para que no las haya comprendido: ya sé por quién me desprecia.

—¡Que desprecia á vuestra alteza!

—Sí, me desprecia... me desprecia por una judia que le tiene loco.

—¿Y quién os ha dicho?...

—¡Qué! ¿no vierto yo mi oro para tener siempre á ese hombre rodeado de espias?

—Pueden engañaros, señora.

—No; no me engañan. Escucha: quiero vengarme, vengarme de los dos, matarla á ella, matarle á él... y cuento contigo.

—¡Conmigo!

—Sí, contigo.

—¿Y qué puedo yo?...

—Puedes mucho.

—No os comprendo, señora.

—Escucha: tu marido es poderoso.

—Es verdad.

—Tiene muchos parientes nobles: una parienta suya está casada con Alfonso de Albornoz, señor de las Bárcenas, hermano que fué de doña María de Albornoz, esposa de don Enrique de Aragon, el nigromante marqués de Villena. Por su casa, por sus estados, por el favor de que goza en la corte, Alfonso de Albornoz es uno de los caballeros mas fuertes de Castilla, y es ademas de eso grande amigo de tu marido.

—Es verdad, señora.

—Ademas tu marido es cuñado por su hermana doña Aldonza de Aguirre de Inigo Perez de Lara, señor de Castrofiel... una gran amistad le une con él.

—Tambien es cierto.

—Juan de Villafranca, que es amante de esa judia, y su hermano Gutierre, son tambien amigos de tu esposo.

—Y bien, señora, la dije, ¿cómo pensais que podemos valernos de esa gente?

—Escucha, tengo aqui un pensamiento infernal... horrible... pero que mis celos pondrán en práctica. Este pensamiento nos hará libres á las dos.

—¡A las dos! esclamé.

—Sí, Berta, continuó la reina, á las dos: tu amas como

yo: tu aborreces como yo. Amas á un hombre... no sé á quién... pero sé que amas, lo he adivinado.., y aborreces á tu marido, que te causa miedo... lo he adivinado tambien: pues bien, nos desaremos de tu marido y de la judia, y tu quedarás libre y yo vengada.

En vez de horrorizarme con aquella proposicion, la acogí con una alegria como un amor criminal habia hecho nacer el crímen en mi alma, y acepté sin reparar en las consecuencias.

—Y ¿qué he de hacer, señora? la dije.

—Esa judia dicen que es muy hermosa, y que á mas de hermosa es hechicera: es necesario que vayas á verla.

—¿Dónde vive?

—En la plaza del Ochavo.

—Pero si me ven, señora... todos saben que soy vuestra dama, vuestra favorita.

—No importa, es necesario que yo vea á esa mujer.

—¿Y cómo?

—Escucha: gastarás algun oro... enviando á una persona de confianza, se logrará que Rebeca ¡se llama Rebeca la descreida! consiente en recibirte á solas. Entonces la dirás: su alteza la reina me envia á tí: sabe que eres hechicera, y quiere consultar contigo su destino.

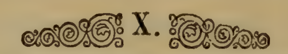
—¿Y cuándo ha de ser eso, señora?

—Al momento.

La reina se levantó, fué á uno de sus cofres, le abrió, y sacó de él un puñado de oro.

—Toma, me dijo: todas esas judías son interesadas: valte de una persona que se entienda con ella y te procure verla.

Dicho esto, la reina me mandó que lo pusiese al punto por obra, y yo salí del alcázar.



Aquella misma tarde al oscurecer, fuí en demanda de la

judía. Vivia esta en una linda casita de madera en un ángulo de la plaza del Ochavo. Yo, para evitar ser conocida, me habia puesto un antifaz negro, y á pesar de mi timidez iba sola, no habiéndome atrevido á hacer partícipe de aquella aventura á ninguno de mi servidumbre.

En el camino tomé una litera alquilada, y me hice acompañar por dos de esos soldados aventureros, que se encuentran á cada paso en la corte.

Cuando entramos en la plaza del Ochavo, uno de aquellos hombres fué á llamar á la puerta de la judía y á decirla que una alta dama deseaba verla.

Rebeca estaba sola y bajó ella misma á la puerta. Entonces salí de la litera y la revelé el objeto de mi ida.

Aquella muger estaba sin duda acostumbrada á esta clase de visitas, y me hizo subir á un bello aposento.

Sentóse en un estrado, y me hizo sentar junto á sí.

Una lámpara colocada sobre una mesita inmediata, reflejaba en su semblante iluminándole de lleno: aun no he podido olvidar á aquella muger: me parece que aun la tengo delante, pero no llena de vida como la primera vez que la ví, sino pálida.... inmóvil.... muerta.... ¡oh! ese recuerdo me perseguirá siempre hasta la eternidad.

Jamás habia visto una muger tan hermosa, tan dulce, tan jóven, y al mismo tiempo tan pura. Era la representacion de un angel: pero un angel humano, con largas y abultadas trenzas de cabellos negros y brillantes, rostro teñido de un ligero color moreno, suave y terso como la seda, sonrosado y puro como el cielo á la salida del sol: sus cejas, sus ojos, su nariz, su boca, eran admirables; su mirada ardia; su boca suspiraba, al parecer un amor eterno é increado; su cuello, sus hombros, su seno, sus torneados brazos, su pequeño pie, que asomaba bajo su corto brial, todo era puro, todo encantador: la reina era hermosísima, yo me escuchaba llamar hermosa, y sin embargo, entrambas colocadas junto á ella hubiéramos parecido lo que dos lámparas comparadas al sol.

Y luego, aquella muger poseia el don de hacerse amar: hacia apenas un momento que estaba á su lado y ya me sentia interesada con un afecto dulce por ella. Sin embargo, dominaba en mí el infernal proyecto de la reina, y cerré mis sentidos y mi alma á las fascinaciones de Rebeca.

—¿Qué me quereis, noble señora? me dijo con un ligero acento estrangero que daba mas encanto á su voz pura y sonora como la de un ruiseñor.

—Una alta y poderosa señora, me envia á vos, la dije.

—¿Una poderosa señora? dijo; en efecto, muy alta debe ser cuando se vale para entenderse conmigo de una dama tan hermosa como vos, á no ser que vos seais esa misma dama.

—No; no ciertamente: la dama que envia es la reina.

—¡La reina! dijo Rebeca con un cándido asombro; ¿y qué quiere la reina de mí?

—Dicen que sois hechicera.

—¡Que yo soy hechicera! ¡oh! ¡Dios mio! ¡no! ¡no! han engañado á su alteza.

—Dicen sin embargo, que muchas y nobles damas os han consultado.

—Todo consiste en que conozco la astrología, ciencia que conoce por tradicion nuestra raza, y nada mas: ¡oh! ¡si yo fuera hechicera!..

—¡Si lo fuerais!...

—Si lo fuera no estaria hoy donde estoy, abandonada y sola.

—¡Abandonada!

—Mi padre murió, señora, hace dos años, y quedé sola sin familia ni parientes: únicamente me quedaba mi vieja nodriza con la que vivo. Soy pobre, y aunque podia haberme enriquecido la locura de algunos caballeros de la corte, he preferido vivir del trabajo de mis manos bordando, y prediciendo el destino, á perder mi honra. Soy cristiana: el dia en que posea lo bastante para poder satisfacer el dote necesario para entrar en un convento, seré monja.

—¡Cómo! ¿tan hermosa, tan jóven, tan desgraciada, y no teneis amores?

Rebeca suspiró.

—Los tengo, señora, dijo; pero son unos amores imposibles.

—¡Imposibles!

—Quien me ama y á quien amo, es un noble y poderoso caballero.

—El amor lo allana todo.

—Pero sobre mi amor está mi orgullo.

—¡Ah! pero, el amor, me atreví á decir, puede satisfacerse á despecho del mundo.

—Soy demasiado orgullosa para deshonrarme, dijo con acento triste.

—El amor os vencerá.

—Ya os he dicho que el orgullo es en mí mas fuerte que el amor.

—De modo que moririais antes que...

—Antes que envilecerme á mis propios ojos.

Aquella muger hizo pasar en un momento por mi imaginacion cien contradictorios pensamientos: parecia que Dios me habia enviado á recibir un saludable egemplo de aquel angel que preferia la muerte al envilecimiento. Y sin embargo la voz de mis pasiones, hablaba en mí mas alto que la pureza de Rebeca, y mi alma rebelde ya, resistia las saludables influencias de la virtud, como pasa el agua sin mojarlo sobre un objeto engrasado; cerré, pues, mi corazon á aquellas dulces y nobles impresiones y continué.

—La reina sufre, la reina es desgraciada.

—¡Con que tambien las reinas prueban la dura mano de la desgracia! dijo con una hechicera languidez.

—La reina lucha, y quiere saber su destino.

—Pues bien, que venga su alteza cuando quiera.

—La reina está espiada, y temeria que se interpretase mal una salida misteriosa suya.

—Eso quiere decir que vaya yo.

—La reina os lo suplica.

—¿Y cuándo?

—Si puede ser, esta misma noche.

Quedóse un momento pensativa Rebeca, y murmuró á media voz:

—Esta noche es sábado... no, no vendrá. Y añadió alto: estoy dispuesta á seguiros.

—Conmigo traigo una litera, dije con alegria al ver que con tanta facilidad se me ponia Rebeca en las manos.

—No, no hay necesidad: mi nodriza me acompañará: decidme únicamente en qué lugar he de ir á buscar á su alteza.

Medité un momento y luego la dije:

—Id al Espolon viejo, allí encontrareis una persona á quien seguireis solo con que os muestre esta sortija.

Y la hice reparar en una de las que llevaba en las manos.

Rebeca la miró atentamente.

—Bien, me dijo; dentro de una hora estaré en el Espolon.

Conocíase que la pobre jóven se hacia una violencia, y que solo el deseo de tener una buena recompensa, la impulsaba á prestar aquel servicio.

Entonces dejé mi bolsillo sobre la mesa: Rebeca aparentó no reparar en ello; y despues de haberme despedido de ella me acompañó hasta la puerta, entré en la litera y me encaminé al álcazar.

XI.

Una hora despues entraba Rebeca por un postigo en el alcázar, y por una escalera escusada en la cámara de la reina.

Apenas estuvo dentro cuando dos hombres se apoderaron de la anciana nodriza, la taparon la boca, la sujetaron de pies y manos, la metieron en un cofre y salieron con él del alcázar. No he vuelto á saber lo que fué de la anciana judía.

Rebeca no pudo apercibirse del rapto de su nodriza, y entró radiante de hermosura, sencilla pero bellamente atavíada, ruborosa y humilde: una espresiva espansion de celos, de rabia, de odio que no pudo ocultarse á mis ojos, se pintó en el semblante de la reina á la vista de Rebeca; pero inmediatamente se serenó, y la pobre jóven no pudo notar aquella sensacion que la hubiera avisado de su peligro.

Adelantó, con ademan modesto y magestuoso en su sencillez, dobló una rodilla, besó la mano de la reina, y posó en ella con una espresion infantil la radiante mirada de sus grandes ojos negros.

—Levanta, niña, levanta, la dijo doña María, no pudiendo contener el odio que la causaba aquella purísima criatura, y que se revelaba en lo tembloroso de su voz.

Rebeca se levantó y permaneció de pie á alguna distancia de la reina: esta replegada en su sillon, la miraba de una manera profunda.

—Eres hermosa, muy hermosa, la dijo.

—¡Ah, señora! esclamó Rebeca cubriéndose de rubor.

—Si tu ciencia es tanta como tu hermosura, continuó doña María, tengo en tí cuanto necesito.

—La astrología señora, es una ciencia que conoce todo el que la estudia

—Pero los conjuros...

—Los conjuros son la herencia que nos dejaron nuestros padres, que no todos los de nuestra raza conocen.

—¿Pero los conoces tu?

—Sí señora.

—Pues bien, quiero que conjures mi destino.

—¿Cuándo quiere vuestra alteza?...

—Ahora mismo, pero no aqui: temo que haya un espia tras cada tapiz, tras cada puerta...

La reina fué á un armario, le abrió, sacó de él un haz de llaves, y abriendo una puertecilla oculta, nos dijo:

—Venid cnomigo.

La reina desapareció por la puertecilla: yo tomé una bu-

gia y la seguí: Rebeca me siguió á su vez: notábase en la paz de su semblante que nada sospechaba, ni podia sospecharlo. ¿Quién habia de suponer una traicion en una reina jóven, y hermosa, que era de creer no conocia á la judía, ni tenia ningun punto de contacto con ella?

La reina, Rebeca y yo, bajamos una larga escalera de caracol, atravesamos un pasadizo estrecho y húmedo, y al fin de él abrió una mohosa puerta de hierro.

Detrás de aquella puerta habia un espacio estrecho, cuadrado, lóbrego, sin mas respiradero que una reja estrecha abierta en la puerta: en un ángulo habia un poyo de piedra, y unida á él por una argolla, una cadena con un grillete: un cántaro sucio y negro, y un monton de paja podrida, eran los únicos objetos estraños á aquel lugar que en él se veian. Aquella era una de las muchas prisiones de estado que habia en los subterráneos del alcázar viejo de Valladolid: calabozos demasiado fuertes y profundos para que pudiesen oirse los gritos desesperados, las imprecaciones, las blasfemias de los seres sepultados en ellos: horribles tumbas en las cuales entraba un ser viviente, y solo salia un cadáver, flaco, horrible, repugnante: al ver sentenciada á esta horrible suerte á una niña tan hechicera, tan cándida, que estaba tranquila, llena de vida, de fé y de esperanza, en aquel metífico y lúgubre espacio que iba á ser su tumba, un secreto terror se apoderó de mí, sentí en el alma el frio del remordimiento y tuve impulsos de salvar á aquella pobre víctima: pero mis esfuerzos hubieran sido inútiles; la reina estaba celosa, irritada, llena de odio, de un odio á muerte, y mis esfuerzos por salvar á Rebeca, solo hubieran dado por resultado el sentenciarme á una suerte igual á la suya.

—Aqui nadie nos oirá, dijo al fin la reina con acento tembloroso por el odio; por mucho que grites, por mucho que gritemos, estas murallas son demasiado profundas y estrechas para que puedan oirnos.

—¡Ah, señora! dijo cándidamente Rebeca; no hay necesidad alguna de gritar para consultar vuestro horóscopo.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero saber mi horóscopo? ¿qué me importa lo que haya de ser de mí? No eres tu quien me has de predecir mi suerte; yo soy la que te voy á vaticinar la tuya.

Rebeca sorprendida por el cambio de carácter de la reina, no supo que contestar: únicamente se puso densamente pálida, y miró con inquietud hácia la puerta.

—¿Con que te ama? dijo la reina viniendo bruscamente á su objeto; ¿y tu le amas ó finjes amarle? ¡oh! ¡oh! en verdad que eres bastante hermosa, muy hermosa para que un caballero tenga orgullo en tenerte por querida.

—¿De quién quereis hablar, señora? esclamó trémula Rebeca.

—Es verdad, me habia olvidado que son dos; el noble, el hermoso, el valiente Juan de Villafranca, y el alto, el poderoso, el soberbio señor condestable de Castilla.

—¡Oh! ¿quién os ha dicho?...

—¿Que quién me ha dicho que el condestable va con frecuencia á tu casa? ¡qué! acaso rodea á don Alvaro alguna nube, ó guarda misterios?

—El condestable va muchas veces con el señor Juan de Villafranca, que es su amigo, y muchas veces se reunen allí tambien su hermano Gutierre, don Alfonso de Albornoz y don Pero de Aguirre. No, ninguno de esos señores me habla de amor, escepto el señor Juan de Villafranca á quien amo como he amado á mis hermanos, como he amado á mi madre.

—¿Con que el condestable no te ama?

—Nunca me lo ha dicho, señora.

—¿Ni tu amas al condestable?

—¡Yo amar al condestable! ¡á un hombre casado! esclamó con horror Rebeca.

—Pues bien, si no le amas préstate á lo que voy á decirte y te creeré.

—¿Y qué quereis que haga?

La reina sacó de su escarcela un tintero de oro y un papel enrollado.

—¿Sabes escribir? la dijo.

—Si señora, contestó maquinalmente Rebeca.

—Pues bien, escribe en ese papel lo que yo te diga.

La pobre niña se sentó en el suelo para que la sirviera de mesa el poyo de piedra, sobre el cual habia yo puesto la bugia.

Rebeca levantó su semblante lleno de paz y de candor aunque pálido, hácia la reina, como esperando su palabra, mientras tenia suspendida la pluma sobre el papel.

—¿Es tu amante el señor Juan de Villafranca?

—No señora, dijo Rebeca con rubor; es solamente un hombre que me ama, que me pretende... cuyas seducciones resisto... á quien amo con toda mi alma... pero que jamás tendrá en mí una manceba.

—¿Y cómo conociste al señor Juan de Villafranca?

—Encontróme en la calle, me siguió, rondó mi casa.... al principio le rechacé... despues perseguida incesantemente por él, me acostumbré á verle... luego le amé... y al fin las puertas de mi casa se abrieron para él... cuando ya hacia mucho tiempo que se habia abierto á su amor mi corazon.

—¿Y tus padres consintieron?...

—No tengo padres, respondió tristemente Rebeca, ni parientes ni hermanos; todos han muerto... todos: estoy sola en el mundo, y no tengo á nadie, á nadie mas que al señor Juan de Villafranca... y á vos señora... que tendreis lástima de mí.

Una fiera se hubiera enternecido al escuchar aquel acento dulce, humilde, suplicante, pero una muger celosa es mas cruel que una fiera, y la reina no se conmovió.

—De modo, dijo la reina con sarcasmo, ¿que eres virgen?

—¡Oh! ¡señora! esclamó Rebeca como ofendida por aquella duda.

—Lo que quiere decir, que ni Juan de Villafranca, ni el condestable, han obtenido nada de tí...

—Nadie, señora, nadie; esclamó con dignidad Rebeca

—¿De qué vives pues?

—Del trabajo de mis manos bordando, y de la ciencia que me dejó mi padre prediciendo lo futuro.

—¿Y podrás predecir lo que ha de acontecerte á tí misma?

—Yo moriré, dijo la jóven en cuyos ojos al pronunciar estas palabras brilló una luz radiante.

—Morir es el destino de todos los mortales, esclamó con impaciencia la reina.

—Yo moriré de mala muerte, dijo Rebeca con una triste resignacion.

Aquellas palabras, y sobre todo el acento con que fueron pronunciadas, me helaron la sangre y noté que la reina se habia estremecido.

—En tí consiste que eso no suceda, dijo doña María con acento áspero; escucha.

—¿Y qué he de escribir?

La reina empezó á dictar á Rebeca lo siguiente:

«Señor Juan de Villafranca: esta noche he sido arrebatada con engaño de mi casa, y trasladada á un lugar que no conozco. El autor de esta infamia es el condestable...»

Rebeca se detuvo y posó una límpida mirada de reproche en la reina.

—Eso es falso, esclamó; y yo, que no he mentido jamás no escribiré esa mentira.

—Ten presente que te tengo en mi poder.

—¿Y qué podeis hacer conmigo? ¿matarme? matadme en buen hora, pero yo no escribiré una mentira que puede traer terribles consecuencias.

—¡Terribles consecuencias! esclamó la reina con interés; ¿y qué consecuencias pueden ser esas?

—Juan de Villafranca me ama de tal modo, me cree tan incapaz de una mentira, que si esta carta llega á sus manos la creerá, y se hará enemigo del condestable: el condestable es demasiado poderoso para que su enemistad no sea funesta á Juan; eso será asesinarle yo misma, yo que le amo, y esto es horroroso.

—¿Y te importa mas su vida que la tuya?

—¡Mas! ¡si! ¡infinitamente mas! ¿qué valgo yo, pobre judia, despreciada, tratándose de un caballero como el de luciente espada! la esperanza de una familia, la paz y el orgullo de de un reino? No, no: aniquiladme en buen hora, pero no escribiré.

Y Rebeca al decir estas palabras arrojó la pluma con una valiente indignacion.



La reina la contempló un momento temblando de colera!

—¿Que no escribirás? la dijo.

—No, y cien veces no.

—¿Y si yo te atormentase?

—Sufriria el tormento.

—¿Y si yo te deshonrase?

—¡Vos no podeis deshonrarme!

—Escucha: eres hermosa, muy hermosa; yo puedo encerrar contigo uno de mis esclavos; puedo luego arrojarte al mundo envilecida: con el testimonio de tu afrenta presen-

tarte á Juan de Villafranca; pero muerta... muerta, para que no puedas revelar quién ha sido el autor de tu deshonra.

—¡Oh! ¡vos no hareis eso señora! esclamó Rebeca aterrada: Satanás mismo no tendria tan horrible pensamiento. Vos no lo hareis, no: lo decís para aterrarme ¡Dios mio! ¿qué mal os he hecho yo para que me trateis asi?

Y se arrastraba á los pies de la reina y asia sus vestidos y se apoderaba de sus manos y las cubria de lágrimas.

—¡Escribe! repitió implacable doña María.

—No: no señora, no: vos estais poseida sin duda de un mal pensamiento: orad á Dios señora: orad, y pedidle que aparte el mal de vuestra alma, y si Dios escucha vuestra súplica y toca vuestro corazon, vos misma conocereis que es horrible lo que pensais hacer.

—Ni Dios ni el infierno me apartarán de mi propósito: escribe lo que te dicte, ó esta misma noche empiezo tu deshonra.

Rebeca comprendió que la reina seria inexorable: no la habia aterrado el pensamiento de la muerte y la aterró el de la deshonra: comprendió que el amor que le profesaba Juan de Villafranca (segun me dijo despues) era tal, que su deshonra le mataria de desesperacion, de una manera mas segura que la enemistad del condestable: tomó de nuevo en silencio la pluma y esperó á que la reina la dictase.

«El autor de esta infamia es el condestable. Me ama con «una pasion impura que ha ocultado hipócritamente, y al fin «me tiene en su poder: yo me defenderé hasta la muerte; «pero la muerte me aterra. ¡Morir tan jóven y amándote «tanto! ¡oh! ¡esto es horrible! —He pensado mucho en mi «desgracia y al fin he encontrado un medio de conjurarla. «Tu y tu hermano sois poderosos. Teneis valientes amigos. «Valeos de don Pero de Aguirre, de Iñigo Perez de Lara y «de don Alfonso de Albornoz. Unios á la reina que aborrece «de muerte al condestable, y ella os ayudará. Lo que se ha «atrevido á hacer conmigo el condestable, os probará que es «un tirano que nada respeta, ni la inocencia, ni la debilidad,

«ni la virtud, ni el amor. Es necesario destruir ese poder in- «fame; coligados, acometedle, y con la ayuda de la reina «vencereis. Obrad pronto. Mi peligro es inminente. Yo, con- «fiando en vosotros fingiré doblegarme á su voluntad, pero «una larga espera podria impacientarle.—Por fortuna una «honrada dueña que me guarda, aterrada por el condestable, «se ha prestado, compadecida de mi desgracia, á poner en «vuestras manos este aviso.—La dueña buscará medios indi- «rectos para que esta carta llegue á vuestras manos: no debes «estrañarlo, porque la aterra el poder del condestable. Le- «vantaos, y triunfais: cuando tengais en vuestro poder al con- «destable, fácil os será que cambie mi vida por su vida, y que «me entregue á tí.—Tu eres mi única esperanza, y te creo con «bastante valor para que hagas que mi esperanza no se desva- «nezca. Tu hermana, Rebeca.»

La pobre jóven sustituyó la palabra amante que la habia dictado la reina, con la de hermana.

Esta horrible carta habia sido escrita por la víctima llorando: las huellas de aquellas lágrimas impresas sobre el papel, daban una terrible fuerza á aquel escrito que la reina guardó con avidez, y como en recompensa de su docilidad condujo á su infeliz cautiva á una habitacion mas cómoda en que habia un lecho, algunos muebles y libros de devocion, pero situada tambien en los subterráneos: aquella estancia habia servido momentáneamente de prision antes de ser desterrado, al condestable don Ruy Lopez Dávalos, y desde la salida de aquel caballero, no habia vuelto á ocuparse.

La reina cerró las triples cerraduras de la puerta, y subió conmigo á su cámara.

XII.

Cuando estuvimos en ella no pude menos de atreverme á interceder por Rebeca: lo que acababa de suceder, me habia conmovido de una manera terrible.

—¿Pero si el condestable no ama á esa muger, si ella tampoco le ama, á qué ese rigor, señora?

—No importa; esa judía para mí es un precioso instrumento: el condestable hasta ahora nada me debe.... pues bien, yo le obligaré á que me esté agradecido... y me lo estará... yo haré que caiga, que se le destierre, y luego le levantaré: el condestable conocerá entonces que yo puedo tanto como él, me estimará, y si una vez me estima, yo haré que me ame.

—¡Pero á qué precio, señora, comprais vuestro amor! ¡la deshonra de esa niña, la suerte y el porvenir de esos caballeros!... si hacen caer al condestable, y el condestable vuelve por vos al poder, se cebará en ellos.

—¿Y qué me importan una vil judía y cinco nobles? ¿No sabes que estoy desesperada, ofendida? ademas, si el condestable se ensangrienta en ellos, mejor.... mucho mejor para tí. Asi serás libre y viuda.

El egemplo de la reina me contaminaba; mi amor y mis pasiones me combatian: fuí débil ó, por mejor decir malvada, y me presté dócilmente á ser el instrumento de aquella infernal intriga.

XIII.

La reina halló medio para que la carta de Rebeca llegase á manos de Juan de Villafranca.

Los resultados fueron inmediatos; irritados por aquella tiranía, y mal aconsejados por la envidia que les causaba el poder de don Alvaro de Luna, los parientes y amigos de Juan de Villafranca se conjuraron en secreto contra don Alvaro.

Yo lo sabia todo por mi esposo, y aun conocia algunas juntas de nobles conjurados que se hacian en mi casa.

Pero el poder de don Alvaro tenia demasiado fuertes fundamentos para que pudiera derrocarle una sola fraccion de la nobleza castellana. Entonces se pensó en aliarse á los

infantes de Aragon, y en traer la guerra estrangera á Castilla: pero no se pensó esto de una manera tan secreta que no llegase á noticias del condestable: don Alvaro previno el mal, asegurando á los enemigos mas temibles: el almirante don Fadrique se vió obligado á huir para no ser preso; pero el conde de Paredes, los hermanos Quiñones, el adelantado Fajardo, y otros caballeros lo fueron. Por acaso ó por desprecio, ni Juan de Villafranca, ni su hermano, ni mi esposo, ni Lara, ni Albornoz, fueron molestados; pero á pesar de esto cundió en ellos el recelo, y unos se retiraron á sus castillos, otros se apartaron de la corte, y mi esposo mas enérgico, mas indignado que los otros contra el condestable, fué á Navarra á interesar en favor de los nobles coligados al rey de Navarra don Juan, y á su hermano don Enrique de Aragon.

Por la primera vez de mi vida, me encontraba libre, entregada á mí misma. La intriga de la reina habia sido fecunda en resultados; habia sabido hacer formidables enemigos al condestable, habia aprovechado la situacion, y una horrible guerra civil y estrangera á un tiempo, estaba próxima á estallar.

Nada sabia yo de Rebeca: la reina me habia apartado de aquel negocio, temerosa de que yo no fuese un instrumento bastante ciego para servir sus infamias: sin embargo, un vago remordimiento me torturaba, un mes despues de su cautiverio no pude resistir mas al deseo de saber lo que habia sido de ella, y tuve medio de llegar hasta la puerta de su prision.

¡Nunca hubiera llegado! me horrorizé: Rebeca gritaba, lloraba, lanzaba rugidos, verdaderos rugidos de dolor, y en medio de esto se oian las brutales carcajadas de un hombre. Me retiré horrorizada, adivinándolo todo. Algunos dias despues volví. Rebeca vino á la reja del calabozo, y me relató un horrible crímen: la reina no satisfecha con la flojedad que mostraba en sus ataques contra el condestable Juan de Villafranca, pensó en escitarle á un estremo desesperado arrojándole á la muger de su amor deshonrada. La reina ha-

bia cumplido la terrible amenaza que habia hecho á Rebeca la noche de su prision, y con la cual la habia obligado á escribir la carta infernal que habia levantado una tempestad contra el condestable: doña María habia introducido un esclavo moro en el calabozo de Rebeca, y aquel esclavo pasaba desde entonces todas las noches en el calabozo.

Parecíame un sueño que cupiese tanta maldad en una muger, y un agudo remordimiento me devoraba. A veces como el amor propio siempre está propenso á asirse de una disculpa, me decia que si yo no hubiese servido á la reina, la hubiera servido otra persona. Pero esta falsa disculpa no amenguaba en nada mi remordimiento. En mi conciencia se levantaba horrible y amenazadora la blanca y pálida figura de Rebeca, tan inocente entonces, tan infeliz, tan hollada, tan miserable despues.

Rebeca ya no lloraba, estaba resignada con su suerte, pero era aquella una horrible resignacion.

No tuve valor para volverla á ver. El remordimiento contínuo, desgarrador, produce la embriaguez y el marasmo. El temor de que se adivinase en mi semblante lo que pasaba en mi alma, porque el que tiene manchada la conciencia piensa que todos han de leer en ella, me hizo hipócrita; nunca parecí mas feliz ni mas satisfecha: nunca mis palabras fueron mas dulces, pero en el fondo de mi alma ardia un infierno.

Sufria tanto que necesitaba de todo punto un consuelo, una gran impresion que embotase mi padecimiento, y la fatalidad me trajo la ocasion de pensar en el medio de conseguir aquel remedio desesperado.

Hubo por aquel tiempo un sarao en el alcázar: yo asistí á él; dancé, reí, estuve comunicativa, ligera... los hombres segun su espresion, nunca me habian visto tan adorable. Quisieron hacerme un obsequio: buscaron y dieron caza al bufon del rey, y le trajeron junto á mí.

Ensañáronse con el pobre Alvar Gonzalez, y yo tomé su defensa: mi voz le protegió, y mis adoradores satisfacieron,

por mi amor, al bufon: Pero Alvar me dió las gracias con una mirada, y aquella mirada fué tal, tan elocuente, tan discreta, me espresó tanto, que el insensato amor que yo sentia por él, se desbordó.

Entonces rompí por todo: le escribí citándole una, dos, y tres veces: receloso sin duda Alvar Gonzalez de una burla no asistió á mis citas: entonces le hice arrebatar como si se hubiera tratado de una muger.

. . . .

. . . .

Durante seis meses olvidé en medio de un amor indescribible, de los arrebatos de una pasion loca, los remordimientos que me causaba la suerte de Rebeca. Alvar Gonzalez, que no me conocia, que siempre era traido á mi casa dentro de una litera, con los ojos vendados, y recibido por mí entre tinieblas, ansiaba conocerme: una noche me arrancó un brazalete y debió conocerme por él, puesto que en aquel brazalete estaba esmaltado el blason de don Pero de Aguirre.

Pero no le volví á ver: el dia siguiente vino mi esposo de Aragon, y receloso de permanecer en la corte, me llevó consigo á uno de sus castillos.

Yo me aterré porque estaba en cinta de una manera bastante avanzada; la Providencia me castigaba: sentenciada á vivir al lado de mi esposo, era inminente un dia en que se revelase mi estado: un terror frio, horrible, se apoderó de mí; sin embargo, durante algun tiempo nada notó don Pero de Aguirre, y se dedicó enteramente á sus asuntos, dejándome sola largas temporadas.

Dios no quiso sin embargo que se limitase á esto solo mi castigo. Juan de Villafranca retirado de la corte, vivia con nosotros. Un dia se me presentó pálido, demudado, mortal.

—¡Oh! ¡infame! ¡infame! esclamó; toda la sangre de sus venas, y la de su raza entera, no es bastante para saciar mi venganza.

—¿Y quién es, quién os inspira tan terribles pensamientos? le dije.

—El condestable, ese infame bandido, que tiraniza á Castilla, me contestó; nada me digais: leed.

Y me mostró una carta.

Aquella carta era horrible.

«Señor Juan de Villafranca, decia; cuando recibais este «aviso, id á la fuente Honda y buscad junto á ella á vuestra «amada Rebeca: id á ver hasta donde llega la infamia de un «vil asesino: id, ved, y si no os vengais del condestable, sois «el hombre mas cobarde del mundo.»

Esta carta no tenia firma, pero yo vislumbraba, por mejor decir veia la mano que la habia escrito.

Un poder secreto, irresistible, me arratraba hácia el lugar citado en aquella carta: su amor, un amor desesperado arrastraba á Juan de Villafranca: entrambos como poseidos de una misma voluntad, de un mismo pensamiento, salimos del castillo, nos encaminamos á la fuente Honda, y buscamos en sus alredores: al fin encontramos un cofre largo y estrecho, le abrimos, y encontramos... á Rebeca muerta, á Rebeca envenenada, cuando segun todas las muestras estaba próxima á ser madre.

Yo lancé un grito horrible, y me desmayé: cuando volví en mí, me encontré en mi lecho, y ví junto á mí un semblante horriblemente amenazador, el de don Pero de Aguirre que habia vuelto: junto á mí, un recien nacido lloraba... era mi hija Teresa, á la que habia dado á luz durante mi desmayo.

Don Pero de Aguirre no pudo dudar de su deshonra; me arrebató mi hija, me preguntó el nombre de mi amante, me amenazó, me hirió al fin y huyó del castillo dejándome ensangrentada, moribunda.

Durante muchos dias estuve entre la vida y la muerte: al fin la vida triunfó.

Pregunté por mi esposo y me dijeron que habia desaparecido llevándose mis dos hijas: pregunté por Juan de Vi—



D. Juan II.
lám. 17.

llafranca y me dijeron que habia sido ahorcado como reo de asesinato y traicion contra el condestable.

Hé aqui el resultado del insensato amor de la reina hácia el condestable: crímenes, rebeldías, guerras, desgracias sin cuento.

Estos sucesos hicieron en mí tal impresion, que resolv consagrarme á una austera penitencia: para quitar toda esperanza á Alvar Gonzalez, para evitar que me buscase, le escribí una carta con arreglo á la cual debia tenerme por muerta: díjele el nombre de su hija que don Pero de Aguirre, siempre cristiano, habia bautizado, y que me fué revelado por el capellan del castillo; y asimismo por si la encontraba y podia reconocerla, que tenia un lunar negro sobre un hombro, cosa que me fué dicha por una muger de una aldea inmediata que la habia amamantado.

Despues recogí mis dineros, mis joyas, las encerré en un cofrecillo de hierro, y acompañada del capellan del castillo vine á esta ermita de Nuestra Señora de Pero Alarcon, donde quedé sola con mis remordimientos, mi abandono y mis dolores...

. . . .

Diez años han pasado: durante ellos no he olvidado un solo dia el pálido rostro de Rebeca muerta... mi hija perdida... mi esposo desesperado.

. . . .

Algun tiempo despues de mi retiro un buen sacerdote, el arcipreste de Sigüenza don Rodrigo de Ulloa, me conoció, me escuchó en confesion, y desde entonces viene todos los domingos.

Por él he sabido que la conspiracion tramada por la reina habia desterrado á don Alvaro, que este habia vuelto al fin con la ayuda de doña María á la corte, y que aquella infame muger habia logrado al fin satisfacer los deseos que la habian costado tantos crímenes.

. . . .

. . . .

Yo espero entre tanto la misericordia de Dios.

. . . .

. . . .

(*Hasta aquí lo importante del manuscrito.*)

Cuando acabó de leer, don Juan de Albornoz levantó los ojos y posó una mirada cobarde en don Pero de Aguirre: temia conocer el efecto que habia causado en él aquella terrible lectura.

Don Pero estaba tranquilo, solamente una densa palidez, y una gravedad profunda, indicaban lo que habia sufrido.

—Lo quiso Dios, dijo; si aquella desventurada cometió crímenes, los espió: Dios sin duda la ha perdonado, y no he de ser yo mas cruel: no hablemos mas de esto. Hé aquí lo que yo hago con estas tristes memorias.

Y tomando el manuscrito le acercó á la luz y le quemó.

—Con esas pavesas, dijo, ha desaparecido mi pasado: desde hoy soy un hombre nuevo. Ahora bien, á vos como marido de mi hija legítima corresponde el convenir ó no en la legitimacion de Teresa.

—Salvemos el honor de su madre y el vuestro, señor. Teresa será mi hermana.

Don Pero de Aguirre se levantó, y se arrojó en los brazos de don Juan.

Entrambos se comprendieron, y de los ojos de ambos corrieron lágrimas de olvido y de perdon.

Un momento despues caminaban á caballo hácia las ruinas de Juan-sin-alma, donde les esperaban Juan de Villafranca, y su fiel montero Iñigo de Ayvar.



De como por no revelar la deshonra de Berta de Rojas no pudieron entenderse don Pero de Aguirre y Juan de Villafranca.

Cerca de las ruinas les esperaba el mismo Iñigo de Ayvar. Saludólos respetuosamente, como á amigos de sus antiguos señores, y les condujo á un lugar intrincado donde, á una señal suya, salieron dos monteros que les tuvieron los caballos.

Despues por entre murallas aportilladas y derruidos paredones, les condujo á una mina pendiente, les hizo bajar algunas escaleras, y los introdujo al fin en un espacio lóbrego cuadrado, de paredes de mampostería, y pesada bóveda bizantina: algunos toscos y fuertes muebles, un lecho, un arnés y algunos despojos de caza, ocupaban aquel recinto que era la habitacion de Barba-larga.

Sentado en un escabel junto á una mesa, en la que ardia una tea, cejijundo, pálido y sombrio, habia un personage vestido de negro. Aquel hombre era el mismo que habia matado al primer esposo de Teresa, el mismo que habia llevado en sus hombros á don Aleluya cuando el motin de Valladolid, el que disfrazado de salvage habia querido asesinar, durante el sarao de Escalona, al condestable, el verdugo real de don Juan el segundo, Juan de Villafranca, en fin, el que segun el relato de Berta de Rojas, habia sido ahorcado como reo de asesinato contra el condestable.

Y una de dos: ó Berta se habia engañado, ó habia acae-

cido un suceso estraordinario bastante á salvar de la horca al antiguo noble, porque á pesar de la tremenda cicatriz que le cruzaba su frente, de todo tenia muestras menos de fantasma.

Al entrar don Pero de Aguirre y don Juan de Albornoz, se levantó de su asiento, y se despojó con gravedad de su gorra, como si se hubiera tratado de dos nobles desconocidos.

—¿A qué es esto, Juan? dijo don Pero de Aguirre; nos recibes ni mas ni menos como si no nos conocieras.

—En verdad que no os conozco, dijo; porque yo no puedo creer que vosotros, que servís al condestable y recibís mercedes de su mano, seais los mismos que habeis recibido graves injurias de don Alvaro.

—Cuando un hombre como yo, dijo don Pero de Aguirre, tiende su mano á otro hombre, puedes estar seguro, Juan, de que aquel hombre es un hombre de honor.

—¡Hombre de honor el condestable! ¡hombre de honor un miserable que roba mugeres, las violenta, y las asesina en cinta!

Conocíase claro que Juan de Villafranca no habia olvidado aun á Rebeca.

—¿Y si yo te afirmase que don Alvaro ni aun conoce esa atrocidad?

—¿Quién la cometió pues?

—La reina doña María.

—¡La reina!

—La reina amaba á don Alvaro, y puso en juego una horrible intriga para hacerse amar de él; intriga de que Rebeca fué víctima, y nosotros los instrumentos.

—¡Las pruebas!

—¿No te basta mi dicho, Juan?

—Yo no puedo creer en tí, desde que he visto que hombres tan nobles como tu, tan injuriados como tu, se han vendido al condestable.

—¿Por quién decís eso, señor Juan de Villafranca? dijo con severidad don Juan de Albornoz.

—Dígolo por tí, mi buen primo; por tí, mi ilustre pariente, y se dirigió á don Pero; por tu sobrino Fadrique de Lara, por otros ciento.

—En cuanto á nosotros, os engañais, dijo conteniéndose don Juan; y si tuviérais formado un concepto tal como debiérais de nosotros, no seríais injusto: nosotros no servimos al condestable, sino al rey; nosotros no pertenecemos á esa nueva nobleza creada por don Alvaro: nosotros éramos nobles antes que él: nosotros le tratamos como amigo, y le ayudamos contra sus enemigos, porque es leal servidor del rey. Nuestra conducta, en fin, es clara, mientras que la vuestra...

—¡Querreis acusarme de mi destino!... en buen hora, pero tened en cuenta que Juan de Villafranca murió ahorcado, y que Juan Cercena, el verdugo jurado del señor rey, no es otra cosa que un hombre que le ha sobrevivido, para vengar á Rebeca, á Gutierre de Villafranca, á sus parientes, á sus amigos antiguos: un hombre que se vengará sobre el tajo hundiendo su cuchillo de justicia en la garganta del asesino.

—¿Pero si tuvieses pruebas de que todo habia sido una intriga de la reina doña María?...

—Si el condestable se justificara á mis ojos... le pediria perdon, le serviria; ¡pero las pruebas! ¡las pruebas!

—La reina doña María, robó á Rebeca.

—¡Oh!

—La reina doña María, la hizo escribir la carta que nos indignó, y nos rebeló contra el condestable.

—¡Oh! ¡oh!

—La reina doña María, la puso en fin, en manos de un esclavo moro, la deshonró, la envenenó y te la arrojó muerta.

—¡La prueba! ¡la prueba de todo eso!

—No hay mas prueba que nuestra palabra.

—No me basta. ¿Quién os ha referido eso?

—Un cadáver desde la eternidad.

—Eso no pasa de ser una palabra abultada. Yo no creo en la nigromancia: si no teneis mas pruebas que esas, habeis venido en valde; no nos entenderemos nunca.

—Es decir...

—Que mejor que á vuestras palabras, creo á los hechos que han pasado por mí: cuando sentenciado por los jueces á morir ahorcado, como un villano, contra ley y fuero, me llevaron al patíbulo, ese hombre que habia asesinado á mi amante, no tuvo para mí un pensamiento de perdon, á pesar de que conocia con cuánta justicia habia yo pretendido matarle. Cuando puesto en lo alto de la escalera con el dogal al cuello, tendí mi vista á los últimos rayos del sol que morian en el occidente, un pensamiento horrible pasó por mi alma, é hice voto al diablo de entregársela si me salvaba de la muerte, para poderme vengar del condestable: luego el verdugo hizo su oficio, y apuré la agonía... luego me encontré en un lecho: junto á mí estaba una muger... el diablo habia aceptado mi promesa, y aquella muger, que era la hija del verdugo, me habia salvado... ved pues, si puedo yo renunciar á una venganza que me cuesta el alma, añadió con supersticiosa gravedad Juan de Villafranca.

—¿Es decir que debemos perder hasta la esperanza de contarte entre nuestros amigos?

—Sí.

—¿De una manera irrevocable?

—Sí.

—¿Y vos, señor Iñigo de Ayvar, sois de la misma opinion de vuestro amo?

—Enteramente, señor.

—Pues adios entonces, dijo Jimeno.

—Esperad, esperad, don Juan, esclamó don Pero de Aguirre: yo quiero impedir esa venganza, y la impediré.

—Acordaos de Teresa, de vuestro sobrino, de mi esposa, esclamó en acento bajo y breve Jimeno que temió que don Pero revelase cuanto sabia.

El anciano noble se resignó, bajó la cabeza abatido y esclamó:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

Y salieron suegro y yerno de las ruinas.

Mas adelante veremos cuán fatal fue para el condestable el que se atravesase en sus asuntos el honor de una familia.

. . . .

. . . .

A los tres dias siguientes Teresa fué reconocida ante la corte como hija legítima de don Pero de Aguirre y de doña Berta de Rojas, y al mismo tiempo se publicó su secreto casamiento con Fadrique de Lara.

Todos estuvieron alegres, escepto Teresa: su corazon estaba destrozado: aunque amaba á Fadrique de Lara, y sentia aquel amor convertirse rápidamente en pasion, se sentia humillada. Jamás una criatura habia sufrido tales tormentos. La muger que la habia arrebatado su primer amor era su hermana; el hombre que habia recibido una injuria mortal por su nacimiento, la reconocia por hija; su desdichado padre habia muerto desesperado, y ella se veia obligada á recibir nombre, riquezas y esposo de limosna.

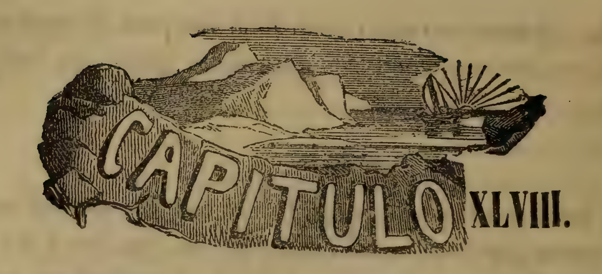
Nunca la vanidad humana se vió mas castigada.

Se le hizo insoportable vivir entre gentes que conocian su verdadera situacion; necesitó respirar libremente, sin tener sobre sí las miradas de don Pero de Aguirre que la sonrojaban, las de Jimeno que la estremecian, las de su hermana Elvira que la causaban un cruel remordimiento.

Asi, pues, interpuso todo el encanto de su amor para con Fadrique, y al fin logró que Fadrique consintiese en ir á vivir á Sevilla, cerca de cuya ciudad tenia algunas posesiones.

Jimeno y don Pero de Aguirre comprendieron los motivos de aquella separacion simultánea y los respetaron. Ellos tambien necesitaban estar libres de la vista de Teresa para vivir mejor.

Al fin una mañana de primavera salieron Fadrique y Teresa para Sevilla, en cuya ciudad, un mes depues, dió á luz la hermosa jóven un robustísimo infante.



CAPITULO XLVIII.

Revista anterior desde 1449 á 1453.

Era un dia del mes de abril del año de 1453, lo que quiere decir que desde los últimos acontecimientos que dejamos referidos han transcurrido cuatro años.

En ese tiempo habian pasado grandes alteraciones por Castilla, pais entonces desdichado que parecia estar sentenciado á la anarquía, á los horrores de la guerra civil, y á los desmanes de la nobleza dividida en bandos.

Don Juan Pacheco, su hermano don Pedro Giron, y su tio el arzobispo de Toledo, ambiciosos pertinaces, ansiosos de apoderarse del mando, y no pudiendo obtenerlo, sino valiéndose como de un pretesto del príncipe don Enrique, atizaban por cuantos medios estaban á su alcance la discordia, y el condestable atacado por todas partes, empeñado en una guerra con Aragon, vendido por sus mismas hechuras, hacia esfuerzos sobrehumanos para sostenerse en el mando á nombre del rey don Juan el segundo.

Apenas se sujetó la rebelion de Toledo, á cuyo cerco fué necesario que, por autoridad, asistiese el rey, cuando los aragoneses, despues de haber hecho algunas correrías por la frontera, ofrecieron al príncipe don Enrique ayudarle en su rebeldía contra su padre. Las noticias de este suceso produjeron severos castigos y muertes de los que se habian sublevado en Toledo, muertes que se atribuyeron al condestable, y que levantaron una nueva tormenta: la mayor parte de la nobleza se reunió en la Coruña, cerca de Soria, y deter—

minóir á aumentar los reales del príncipe. Entretanto los moros de Granada, aprovechándose de estas revueltas, entraron la frontera á sangre y fuego, y adelantaron hasta llegar á Jaen, y á los mismos arrabales de Sevilla. Todo esto acontecia á la sombra de las traiciones del príncipe que entreteniendo á las tropas reales y ocupando gravemente al condestable, daban lugar á Aragon, Navarra y Granada de acometer el reino. Acosado don Alvaro por el temor de estos enemigos esteriores, hizo entrar en tratos de avenencia al padre y al hijo, y el príncipe se reconcilió al fin con el rey despues de su tercera rebeldía.

Libre ya el condestable, pudo castigar con una derrota á los moros, hacer una alianza con Navarra, y acometer, aunque pesadamente, la guerra de Aragon.

Pero entre tanto el bando contrario de don Alvaro se robustecia, al mismo tiempo que presintiendo su caida, ó no inspirándole gran confianza lo avanzado de su edad, que le hacia menos activo cada dia, sus amigos le abandonaban, para ponerse, como suele acontecer en las córtes, de parte del mas fuerte, con tiempo bastante para hacerse merecedores de recompensa.

A mas de esto, la reina doña Isabel de Portugal adquiria cada vez mas ascendiente sobre el rey: ascendiente que creció cuando le dió una hija en 1451, en la infanta doña Isabel, que mas tarde debia ser la grande Isabel la Católica.

Firme la reina en su propósito de robustecer el poder real, atacaba encarnizadamente al condestable, seducia á sus parciales con promesas, amparaba al marqués de Villena y á los conferados, se unia con don Juan de Aragon y de Navarra, y esta union, empezada en vida de su esposo y continuada en su viudez, debia dar por resultado, como lo dió, el enlace de la infanta doña Isabel con el infante don Fernando de Aragon que nació en la villa de Sos, dos años despues, en 1453: enlace que debia llevar á España á su mas alto grado de fuerza, reuniendo bajo un mismo cetro los diferentes reinos en que estaba dividida, y completando los

esfuerzos de siete siglos de restauracion con la conquista de Granada.

Pero era preciso que el prólogo de aquel venturoso estado fuese calamitoso. Las desdichas de Castilla no podian ir mas allá: exhausta, desangrada por onerosos impuestos: tratanda como pais conquistado, ensangrentadas las fronteras, agonizante el comercio, muerta la industria, perdida la fé, desalentada, resignada á todo, mas que cuerpo social, era un cadáver en cuya corrupcion solo vivian y engordaban algunos gusanos.

Estos gusanos constituian la corte: la ambicion de los hombres y la libertad de costumbres en las mugeres, no reparaba ya en límite ni valla: habíase olvidado hasta en las apariencias el honor: los mismos que se llamaban caballeros no tenian reparo en servir hoy al mismo á quien habian combatido ayer, con tal de que su desercion se les pagase á buen precio: no habia fé, porque no puede haberla cuando el interés domina en las sociedades: no habia pudor, porque no puede haberlo cuando la honra se vende en pública almoneda: no habia lazos de familia, porque no puede haberlos cuando faltan honra y fé: desde la primera ricahembra hasta la última sirvienta, no se veia mas que una larga série, una gradacion completa de prostitutas, entre las cuales marchahan avergonzadas, como raras escepciones, algunas mugeres dignas. Cada festin, cada reunion de familia, cada fiesta pública, cada sarao del alcázar, era un escándalo: no habia reputacion libre de injuria, ni aun las verdaderas reputaciones... se traficaba con todo, se prostituia todo, todo estaba mancillado: algunos filósofos medrosos que no sabian que la humanidad para regenerarse pasa por la degradacion, creian llegado el fin del mundo, porque en el estado en que se encontraban las cosas, no habia medio de existencia social.

Ellos creian gangrena lo que solo era una lacéria que la generacion venidera habia de estirpar purificándose con el hierro y con el fuego.

En medio de este hediondo fango de la corte, solo habia cuatro personas en las cuales no se habian atrevido á hincar el diente la envidia ni la calumnia. Estas cuatro personas, eran la reina doña Isabel de Portugal, la princesa doña Blanca de Navarra, su camarera mayor doña Mencía de Padilla, y su dama doña Elvira de Aguirre.

Y sin embargo, cada una de estas cuatro mugeres, era una mártir.

La reina sufria el tormento de una lucha encarnizada y cruel con el condestable, á que la sentenciaban su dignidad y su orgullo ofendidos: devoraba con rabia los tormentos que la hacia sufrir la debilidad del rey, encariñado con el condestable hasta el punto de que se creyese que este la habia hechizado, y sin lograr jamás que brotase del rey un acto de autoridad que diese fin á aquella lucha que ya se habia hecho desesperada. La reina no sabia que el mismo condestable, ó por mejor la fatalidad habian de dar en tierra con ella el carácter de don Alvaro exasperado cada vez mas habia llegado á causar miedo al rey que si no se resolvia á derribar de su privanza á don Alvaro huia de él y le evitaba siempre que le era posible.

Doña Mencía de Padilla era una mártir de otro género: unida por una fatalidad con Hernando de Carrillo, esposa sin marido, corazon sediento de emocion y de dominio, veia con dolor que se pasaba su juventud, que se acercaba á los treinta años y aun no habia encontrado un corazon con el cual partir el suyo, un puesto bastante influyente en la corte para ser casi una omnipotencia; bien pudiera haber encontrado lo primero á ser menos exigente, y haber prescindido de lo segundo, á no haber creido que le era necesario para llegar á su deseo de amor, ocupar su puesto en ambicion. Doña Mencía se engañaba y aquel error debia amargar su porvenir, hasta desesperarla.

Doña Blanca de Navarra era la mas desgraciada de estas mártires; la mas inicuamente tratada por la suerte, la que con mas resignacion y mas pureza sufre su desgracia. En-

lazada por razon de estado con un hombre repugnante física y moralmente, casada y doncella á un tiempo: tratada por su esposo no solo con dureza sino con desprecio, comprimiendo delante de las gentes su gran corazon y buscando la soledad para deshacerle en lágrimas: hermosa, jóven, aislada, sin familia, sin afectos, sin mas consuelo que la tranquilidad de su conciencia. Doña Blanca de Navarra era una santa á la que solo faltaba el martirio, martirio que algunos años adelante debia recibir de su madrastra la ambiciosa y perversa reina de Navarra doña Juana Enriquez.

La cuarta víctima era doña Elvira de Aguirre. La tranquila felicidad que disfrutaba desde la fecha de su matrimonio hasta la memorable mascarada de Escalona, se habia desvanecido enteramente. Por mas que hubiese encontrado una hermana en Teresa; por mas que aquella hubiese desaparecido de la corte, había quedado en su memoria convertida en el fantasma de sus celos: Jimeno por su parte de una manera irreflexiva y casi fatal fomentaba aquella amargura en el corazon de su esposa, que al verle triste, abstraido, agriado, no podia dudar que aquella displicencia contínua, aquel mal estar tétrico, aquel dormir agitado, aquella intensa tristeza, no eran resultado de otra cosa que del recuerdo de sus primeros y malogrados amores. Elvira sufria y callaba, pero sufriendo y callando vivia mártir.

En este estado se encontraban los negocios del reino, las costumbres de la corte y el corazon de nuestros personages, á principios del año de 1453.





CAPITULO XLIX.

En el que vuelven á aparecer algunos de nuestros antiguos personages.

Era pues uno de los primeros dias de marzo de 1453.

Un resplandeciente sol inundaba con su dorada luz, la cabaña de nuestro antiguo conocido Alvar Garcés. La cabaña... hemos dicho mal, porque aquella se habia convertido en una bella casita blanqueada, con su techo de pizarras, su cerca, su corral y su abrevadero, merced á los regalos de Teresa, que no se habia olvidado en la prosperidad de los que durante tanto tiempo habian pasado por sus padres... la casita pues, estaba mas animada que en otros tiempos: Alvar habia dejado de ser uno de esos pequeños labradores que solo poseen una aranzada de tierra en la que todo se lo hacen por sí mismos, era ya un mediano propietario: Teresa le habia comprado todo el bosque que rodeaba su antes pequeño huerto, y aquel bosque habia sido talado, estirpado de raiz, convertido en tablazon, y el terreno que ocupaba en labradío: por lo tanto, se veian perfectamente las márgenes del Duero á lo lejos, Valladolid á un estremo, y al otro el bosque del Abrojo: todo, pues, habia cambiado de aspecto: nada quedaba allí de lo antiguo mas que el banco de madera y el olmo á cuya sombra se sentaba Teresa.

Sentado pues, en aquel mismo banco, y á punto de medio dia, calentándose al sol, y viendo entrar con satisfaccion una hermosa yunta y algunos mozos por la puerta del corral, estaba el buen Alvar Garcés en tranquila conversacion

con Inés, que segun su costumbre hilaba su copo sentada de la parte adentro de la puerta.

—Pues te digo Inés y te repito, que algo debe suceder á nuestra hija...: decia Alvar.

—¡A nuestra hija! ¡á nuestra hija! esclamó con acento regañon Inés;en tomando tu una costumbre, no hay quien de ella te saque... cualquiera al oirte decir nuestra hija, creeria que se trataba de una villana, y no de la noble dueña doña Teresa de Aguirre, muger legítima y velada del muy noble caballero don Fadrique de Lara.

—Es verdad, Inés: ¿pero quién la ha criado? y sobre todo, ¿quién la sacó de entre las llamas en la vega de Granada? hija la llamo, é hija la llamaré aqui y en Valladolid, y á solas, y acompañada, y delante de tí, y aunque sea delante de su padre y del señor Fadrique...

—Del señor don Fadrique dirás: ¿pues no sabes que tiene don desde que el capítulo de la órden de la caballeria de Santiago le hizo comendador? en lo que dicen que don Alvaro le pagó no sé que cosas que le debia, é item mas desde que es adelantado de Andalucia sobre la frontera de los moros.

—Buenas fortunas se hacen en estos tiempos en la corte, dijo interrumpiéndoles un montero que poco antes habia salido de detras de una esquina de la casa.

—¡Ah! ¡ah! ¿sois vos señor Barba-larga? dijo Alvar recociéndole y haciéndole un sitio en el banco: vamos, sentaos y descansad: aqui estamos resguardados del cierzo, y el sol calienta de una manera que conforta.

—En verdad, en verdad, dijo Iñigo de Ayvar sentándose con muestras de gran cansancio, que no me conozco: desde algun tiempo á esta parte me he hecho verdaderamente viejo... antes andaba yo diez leguas de un solo tiron sin cansarme mas que un niño que juega á la coscojita, y con un descanso de media hora me tiraba al coleto otras diez: pero ahora no puedo venir del Abrojo aqui, sin llevar un palmo de lengua de fuera, jadeante y cubierto de sudor, como un

buey acansinado... esto es... al fin se han de conocer los años... y cuando se tienen sinsabores y amarguras...

—¡Oh! pues para esto de amarguras, dijo alegremente Alvar; tengo yo un vinillo añejo que es capaz de poner alegre á un santo: oye Inés, traete... en aquel jarro de plata de la niña... vino hasta el colmo, de la pipa del rincon: ya vereis qué vino: legítimo vino de Arganda que me trae todos los años un traginero amigo... ¿y por qué estais triste?

—¡Eh! dijo suspirado Barba-larga; cuando se ha criado un niño, y se le ha hecho fuerte y valiente, y se le han enseñado honor y caballería... es muy duro... muy triste... perderlo de repente y verlo pasarse á nuestros enemigos y servirlos... ¡qué quereis, señor Alvar!... vos no entendeis de esto....

—¡Que no entiendo! ¡vaya! ¿á qué creeis que se toma mas cariño, á un niño, ó á una niña?

—¡Eh! ¡eh! que sé yo, pero en fin...

—En fin; yo salvé como sabeis muy bien á Teresa, de la muerte esponiendo el pellejo: la crié, me consentí á ser su padre, y ¡zas! cátate aqui que cuando estaba mas hermosa, vienen á mi cabaña unas damas, la ven, se marchan, y luego sin saber cómo me la encuentro casada con un noble caballero, durando la boda todavia me la deja viuda... luego vienen y pasan dias, y uno de ellos me la encuentro segunda vez casada con otro caballero, y reconocida por hija por don Pero de Aguirre... ¿y pensais que yo me he afligido por ello? no: no señor... y eso que Teresa era la alegria de la cabaña, y quien alborotaba, y reia, y zurraba al perro, y colgaba á los gatos por el rabo de la campana de la chimenea.... no, no señor; no me ha pesado, porque al fin...

—Al fin, vos teniais una mala barraca, un rocin cojo, una baca traspillada, y un huertezuelo: ahora teneis una hermosa casa, un buen caballo, dos pares de mulas, cuatro yuntas, un cortijo y mozos y mozas: habeis ganado.... teneis quien os acompañe: yo me estoy como me estaba; ó por mejor decir, voy de mal en peor: he perdido á Jimeno,

que era mi hijo del corazon, mi descanso, mi orgullo, y le he visto pasarse á los enemigos de mis señores; me quedaban aun algunos cientos de bravos monteros, y uno á uno se me han ido al servicio de don Juan de Albornoz: he quedado solo, viejo, enfermo, sin mas compañía que mi ballesta, que, ya veis, no es nueva, y con mi perra que está tan vieja y tan achacosa como yo. Es verdad que don Juan ha venido y viene á verme á menudo, que me deja oro.... oro que yo no toco y que encontrarán en mi mechinal cuando por casualidad alguna vez le descubran.... que me insta para que vaya acompañarle.... pero don Juan ha hecho traicion á su familia; y prefiero antes que vivir con él, morir solo y abandonado.

Iñigo de Ayvar dobló la cabeza entristecido y suspiró profundamente.

En aquel momento apareció á la puerta de la casa Inés, trayendo en las manos la misma batea de plata y las dos enormes copas moriscas en que algunos años antes habia servido aquella á doña Blanca de Navarra, con la diferencia de que entonces rebosaban un espumoso vino tinto.

—Veamos, dijo Garcés: bebamos esto y alegrémonos: contra la tristeza, vino.

Barba-larga tomó la copa que Garcés le ofrecia, la apuró de una sola vez y volvió á ponerla en la batea sin reparar en su materia, ó al menos sin hablar una palabra acerca de ello, cosa que contrarió altamente al viejo Alvar que desde que era semi-rico se habia hecho escesivamente vanidoso.

Barba-larga se limpió lentamente la boca con el envés de la mano y permaneció silencioso.

—Pues digo que yo tambien tengo motivos para afligirme, dijo Alvar: hace cuatro años partió mi hija... quiero decir doña Teresa, para Andalucia, y desde entonces todos los meses nos ha enviado una carta, por medio de los traginantes; pero este mes ha pasado y nada: ya veis, este es motivo para afligirse..., y yo.... por algunos momentos me aflijo... pero

despues... despues doy algunos besos á mi Arganda y á dios tristeza... haced vos lo mismo....

—¡Sí!... ¡sí!... es necesario echar fuera penas... y pensar en lo que conviene... ya es medio dia y tarda mucho una persona que espero.

—Entre tanto estais en vuestra casa, señor Barba-larga, dijo la buena Inés.

—Gracias, muchas gracias, amiga mia... ¡pero qué campanillos son esos!

Oíanse en efecto los campanillos de una mula escuderil, y al dirigir la vista á donde sonaban, nuestros personages, vieron que venia por la senda que conducia á la casa, un hidalgo armado á la gineta y con todas las trazas de escudero de casa noble.

—¿Será por vos ó por mí? dijo Iñigo de Ayvar.

—Pronto lo veremos, contestó Alvar, porque se nos acerca á buen paso.

Un momento despues, el escudero que era jóven y de fisonomía picaresca, despues de haber dado y recibido el Dios guarde de costumbre, dijo:

—¿Quién de vuesas mercedes es el señor Alvar Garcés?

—Yo soy, dijo Alvar.

—Entonces aqui me hospedo, replicó el escudero tirándose de la mula abajo.

—¿Y á qué pretesto, si gustais? dijo algo amostazado Garcés...

—Estas letras de mi señora os lo dirán... y ved de preparar aposento y cama, y demas que es necesario. En cuanto á mi voy á meter mi mula en el establo.

Y sin mas decir se entró por las puertas adentro llevándose tras sí la mula que era alta como una sierra.

Alvar daba entre tanto vueltas entre las manos á la carta.

—Paréceme que es de ella... de ella... de mi hija... ¿y quién otra pudiera ser esa señora que asi dispone de mi casa?.... vamos, hacedme la merced de leerme esta carta, señor Barba-larga.

Este tomó la carta, rompió el sello y leyó de corrido como pudiera haberlo hecho un bachiller de Salamanca, lo siguiente:

«Mi buen padre Alvar: al cabo de cuatro años de au-
«sencia no he podido pasar mas tiempo sin ver los lugares
«en que me he criado. Mi esposo está á la sazon en guerra
«contra los moros, y voy á pasar con vos una temporada:
«un escudero mio os dará estas letras: poco despues de que
«las hayais recibido, vuestra hija os habrá abrazado, y á su
«madre Inés.—Doña Teresa de Aguirre.»

—¡Inés.... Inés!... esclamó Alvar frenético de alegria, arrebatando la carta á Barba-larga. Mira, mira: carta de nuestra hija; viene á pasar una temporada con nosotros....

Y el bueno de Alvar entró desalado en la casa.

En tanto Barba-larga decia con el entrecejo fruncido:

—¡Oh! ¡oh! ¿á qué viene aqui esa desdichada? su marido está en la guerra.... ¡oh! ¡oh!

En aquel momento se oyó el son de una corneta. Iñigo de Ayvar irguió la cabeza como el lebrel que siente la voz del cazador.

El sonido se repitió.

—¡Oh! ya era tiempo, dijo Barba-larga: y tomando su ballesta, sin despedirse de Alvar, echó á andar en paso apresurado y se perdió muy pronto en una quebradura del terreno.

Cuando salió Alvar, quedó maravillado de no encontrarle.

—¡Ah! dijo: creo adivinar por qué el montero se nos ha largado.... no puede ver á Jimeno.... no sé por qué.... y como Teresa ha querido á Jimeno... vamos, esto es... pero eso no quiere decir otra cosa sino que el buen Barba-larga está loco.

Y entregándose enteramente á su anhelo por ver á Teresa, adelantó por el sendero que desde el camino conducia al cortijo, mientras Inés revolvia la casa y hacia correr á los mozos para recibir dignamente á su hija doña Teresa.

Al fin aparecieron en la margen del Duero cuatro ginetes, entre los cuales venia una litera conducida por dos mulas, y detrás algunas acemilas.

Aquella comitiva tomó el sendero del cortijo.

Alvar no pudo contenerse y se acercó á la litera: la puerta se abrió y una hermosísima dama como de veinteiseis años, cayó entre sus brazos.

Era Teresa.

. . . .

. . . .

Una hora despues de haber llegado al cortijo, Teresa acompañada de un escudero, atravesaba á caballo el bosque del Abrojo.

A las dos horas de marcha llegó á un reducido valle, á cuya vista se comprimió su corazon.

En aquel pequeño valle tan desierto y tan silencioso entonces; á la margen de aquella laguna tan tersa y tan trasparente, habia sido elegida seis años antes reina de las espigadoras en medio de una alegre fiesta.

En aquella distante ermita que, abandonada, habia empezado á arruinarse, habia vivido y muerto su madre... Teresa hizo detenerse al escudero, aguijó su caballo, llegó á la ermita y echó pie á tierra: la puerta estaba franca: por mejor decir la ermita no tenia puerta, los bandidos ó los vagamundos la habian quemado. Teresa entró con el corazon oprimido, el altar estaba desmantelado: la vírgen no estaba en su nicho: sin duda los habitantes de alguna de las aldeas cercanas se la habian llevado para evitar profanaciones: el suelo estaba polvoriento, cubierto de restos de hogueras, y las paredes ahumadas: sin embargo, Teresa, para quien aquellas ruinas por mas de un concepto eran un santuario, se arrodilló en las gradas del presbiterio, en el mismo lugar en que se habia vertido la sangre de su madre, y oró como si tuviera delante á la vírgen sobre su altar rodeado de luces y adornada de flores, como la noche en que la veló. Luego se levantó, salió de las ruinas, las dió la vuelta

y llegó á una pequeña cerca derribada, en cuyo centro habia dos montones de tierra y una cruz de piedra rodeada de brezos y jaramagos. Teresa se arrodilló sobre el musgo, y esclamó llorando.

—¡Oh padre mio! ¡Padre mio! no me maldigas porque he vuelto:



La tumba sobre la cual estaba arrodillada Teresa, era la de don Aleluya, que segun su última voluntad habia sido trasladado allí desde el castillo de la Rocafuerte: la que estaba á su lado era la de su madre doña Berta de Rojas.

Teresa se sentó sobre las rodillas y permaneció pálida y pensativa, arrodillada entre las dos tumbas: poco despues un hermoso venado saltó sobre la tapia derruida, puso los pies casi junto á Teresa, y saltó al otro lado desapareciendo como una exhalacion.

Teresa se levantó asustada. Poco despues se oyeron ladridos y una jauría que seguia el rastro, pasó por el mismo

sitio; al fin, un ginete saltó los escombros, y al ver á Teresa que no habia tenido tiempo de alejarse, refrenó su caballo, echó pie á tierra y se encaminó hacia la jóven que lanzó un grito indescribible y cayó desmayada.

El caballero la sostuvo en sus brazos.

Era Jimeno.

—¡Oh! ¡oh! esclamó: Dios tiene compasion de mí y me la envia: pero mis gentes deben estar cerca, es necesario que no la vean.

Y asiéndola vigorosamente la puso sobre el arzon, montó á caballo, recogió el de Teresa que asustado por la jauría habia venido al arrimo de su ama, y llevándole de las bridas se internó en el bosque.



En que se vé cuan tenaces eran los enemigos del condestable.

Barba-larga, despues de haber salido del cortijo de Garcés, adelantó, como dijimos á gran paso, y se perdió en unas ásperas quebraduras del terreno; apenas habia andado por ellas algunos pasos, cuando le salió al encuentro un hidalgo á caballo.

Aquel hombre era hermoso, pero con esa hermosura enérgica y bravía de los tipos de la edad media: parecia contar de treinta á treinta y dos años, vestia con sencillez pero con riqueza, y montaba un magnífico caballo andaluz encubertado.

Aquel hombre era, á no dudarlo, una alta persona en la corte, á juzgar por el desenfado de su aspecto y por la mirada entre recelosa y altiva con que recibió á Iñigo de Ayvar.

—Guardeos Dios, señor montero, le dijo; uno de mis criados os ha avisado sin duda de que yo deseaba que me esperáseis á esta hora, en este sitio.

—Es verdad señor Alonso Perez de Vivero, se me ha avisado de que vendriais á buscarme, y os he salido al encuentro. ¿Qué me quereis?

—Os quiero para mucho, pero este no es sitio donde podemos estar, sin esponernos á ser vistos juntos: alejémonos hácia el lugar mas escondido que conozcais en estos alrededores, y allí podremos hablar sin recelo.

Barba-larga se echó la ballesta al hombro, y se encaminó con paso rápido al cercano bosque del Abrojo, en el que se internó, y por cuyos senderos estuvo andando por espacio de una hora: al fin se detuvo en el centro de un enmarañamiento de árboles.

—Aquí podremos hablar cuanto queramos, bien seguros de que solo nos oirán Dios, que todo lo sabe, los lagartos que son mudos, y los árboles que no oyen.

—A veces oye hasta la tierra.

—Nada temais, señor contador mayor... aunque viejo y muy viejo, aun no estoy cansado de la vida, y como supongo que lo que teneis que decirme no agradaria mucho á alguien que todo lo puede hoy en Castilla...

—Es necesario que ese hombre no pueda nada.

—¿Y venis á buscarme para dar el golpe de muerte al condestable?

—Vos me habeis dicho que podeis herirle de muerte.

—Pero para herir al condestable en la cabeza, es necesario herir al rey en el corazon.

—¿Tan unidos estan esos hombres?

—Con respecto al poder que yo puedo daros, estan unidos por una muger.

—¡Por una muger!

—Sí, por la reina doña María de Aragon.

—¡Ah! esclamó comprendiendo Alonso Perez.

—Hace mucho tiempo que tengo esa arma en mi poder, que deseo la muerte del condestable, y sin embargo no me he atrevido á usar de ella.

—Pues es necesario que os atrevais, dijo impetuosamente el contador mayor... es necesario dar pronto, muy pronto, un golpe decisivo... de lo contrario nos perdemos todos... nadie sabe de dónde ese hombre saca sus recursos: cuando se le cree herido, desalentado, se levanta con mas fuerza, y hemos llegado ya á tener miedo: el príncipe don Enrique le teme; don Juan Pacheco le teme; le temen todos los que algo valen en Castilla: la misma reina, tan valiente, tan firme hasta ahora, ha llegado á tomarle miedo... y el rey... el rey que solo quiere que le dejen en paz, al ver fuerte al condestable y en disposicion de regir por sí mismo el reino se alegra, se admira del poder de don Alvaro, se rie en nuestras barbas llamándonos *pelones*, y se entrega sin cuidado á los placeres y á las disipaciones que el condestable, para entretenerle, le procura. Hastiado el rey por su carácter voluble de la reina desde el momento en que el condestable no temiendo ya la influencia de doña Isabel, le permite vivir libremente con ella, está próximo, indicado ya un dia en que don Alvaro, *descase* segun su espresion favorita, á sus altezas, y envie á doña Isabel insultada y escarnecida á Portugal. Hay ademas otras complicaciones de no pequeña monta: desde el nacimiento de la infanta doña Isabel de Castilla, y del infante don Fernando de Aragon, la reina doña Isabel de Portugal y la de Navarra doña Juana Enriquez, por sugestion de su hermano el almirante don Alonso, piensan en un dia en que, reunidos en uno, por medio del matrimonio, los infantes don Fernando y doña Isabel, se reunan tambien bajo su mismo cetro Castilla, Aragon, Navarra y Galicia.

—¿Pero á dónde vamos á parar, señor Alonso Perez? eso es tentar la justicia de Dios, ó contar con demasiado atrevimiento en la eventualidad de cuatro muertes naturales. ¡Y ar-

blo! para que la infanta doña Isabel sea reina de Castilla, se necesita: primero, escluir de la sucesion al príncipe de Asturias don Enrique.

—El príncipe ha sido lo bastantemente rebelde y traidor á su padre, para que provocándole con arte á otra nueva rebelion no se le pueda escluir y aun sentenciar.

—Ademas, ¿quién os asegura que el príncipe don Enrique no pueda tener hijos de su esposa doña Blanca de Navarra?

—Doce años hace que se casaron, y aun doña Blanca, segun todas las presunciones, está vírgen.

—No os fieis de eso. Don Enrique, que apenas trata á su esposa, puede unirse por un acaso, por un acontecimiento con ella.

—Doña Blanca es demasiado pura, demasiado honrada, para poder tener hijos de don Enrique, dijo con una sonrisa profundamente maliciosa el contador mayor.

—Sin embargo, doña Blanca al fin es muger, y muger de corazon: puede haber tenido algunos amores ocultos, recatados que faciliten...

—No, no... y en todo caso no estando de por medio el condestable, con facilidad se declarará la impotencia respectiva del príncipe y de doña Blanca, y se disolverá canónicamente el matrimonio.

—Y bien, supongamos que ese matrimonio se disuelve, en lo que ganará mucho doña Blanca; supongamos que se escluye de la sucesion al príncipe don Enrique, en lo que ganará mucho el reino; supongamos ademas que la reina doña Isabel no da un hijo varon al rey, y que por resultado de la realizacion de todas estas suposiciones la infanta doña Isabel es declarada y reconocida heredera por las córtes del reino; supongamos ademas que una vez jurada princesa de Asturias no se presentan pretendientes á su mano que valgan mas que el infante don Fernando de Aragon... no veo tan fácil la reunion de esas cuatro coronas; el rey don Juan de Aragon y de Navarra, tiene antes que don Fernando tres hijos, á saber: el príncipe don Cárlos de Viana, que á mas

de ser de hecho heredero de Aragon y de Sicilia, es de derecho rey de Navarra con arreglo al testamento de su madre la reina doña Blanca. El príncipe don Cárlos tiene ya muy cerca de cuarenta años, al paso que la infanta doña Isabel solo cuenta dos... un enlace entre ellos seria imposible: el príncipe de Viana es demasiado viejo para ella.

—Por lo mismo que es viejo está mas cerca de la muerte que el infante don Fernando...

—El príncipe de Viana puede tener hijos.

—Si los tiene serán bastardos, porque no se casará.

—Despues del príncipe don Cárlos, queda doña Blanca de Navarra su hermana.

—Doña Blanca de Navarra, entrará monja en algun convento fundado por su padre; ademas la salud de la princesa es muy delicada, y se puede contar con su muerte.

—Supongamos que muera doña Blanca, aun nos queda una tercera hija del rey don Juan de Aragon.

—¡Doña Leonor de Foix! ¡vah! doña Leonor es demasiado violenta, demasiado colérica, para que no sea presumible que un acceso de rabia...

—Es decir, observó profundamente Iñigo de Ayvar, que se cuenta decididamente con una esclusion; con un repudio, y con cuatro asesinatos para que don Fernando y doña Isabel lleguen á ser reyes de España.

—La espresion es demasiado dura, pero es exacta, amigo mio. Esto no debe importarnos, porque lo que nosotros deseamos es vengarnos del condestable.

—¿Y el condestable es el brazo poderoso que cierra esa horrible caja de donde han de salir tantos crímenes?

—Mientras viva el condestable no osará repudiar el príncipe á su esposa: es mas, el condestable hará lo que solo faltando él podria hacer Dios.

—¿Y qué hará el condestable?..

—Que doña Blanca tenga hijos de don Enrique.

—¿Pues no deciais que eso era imposible?

—Lo será, si muere el condestable; si va el gobierno á

manos del marqués de Villena, don Juan Pacheco.

—Os confieso que casi casi estoy tentado á perdonar á don Alvaro la desgracia de mis señores y la mia propia, si ha de impedir tanta infamia.

—¿Y qué os importa, buen Iñigo? dijo un tanto cuidadoso Alonso Perez de Vivero, ¿creis que si el condestable evita esas infamias no cometerá otras por su parte? ¿y no creeis que debe anteponerse el bien de todo un pueblo, á la muerte de cuatro príncipes?.. ¡Cuántas guerras y cuántas muertes, por lo tanto, no ahorra la reunion de España bajo una misma corona! pensadlo bien: ¿qué importa una poca de sangre real, si ha de redimir la sangre de todo un pueblo? desengañaos, lo que Dios permite está bien hecho, y si Dios permite que eso suceda, bien hecho estará. Don Alvaro es el primer y mas duro obstáculo que encontramos... demos al traste con él... es enemigo irreconciliable de la nobleza, se ceba en ella, la encarcela, y si no la ha matado todavia es porque no ha llegado aun para él la hora de las venganzas... ¡ay de nosotros si llega ese dia! adelantémonos, hirámosle, pero hirámosle en la cabeza... hirámosle de modo que no se pueda levantar.

—Bien mirado, dijo para sí Barba-larga, que participaba de la supersticion musulmana que habian infiltrado en España los árabes y los moros durante su larga dominacion, lo que ha de ser será; no sucede si no lo que Dios quiere... y luego tengo sed de la sangre de ese hombre; ¿qué me importa que caigan ó se levanten príncipes? allá ellos. Y luego añadió en voz alta: ¿Y no encontrais medio alguno para dar en tierra con el condestable?

—Ya os he dicho que la nobleza y los bandos están aterrados... por eso he venido á vos... vos nos habeis dicho: «Cuando no os quede ninguna esperanza, venid á mí; yo tengo en mis manos la cabeza del condestable.» Ha llegado el momento de que necesitemos esa cabeza, y mi grande amigo don Pedro Giron, maestre de Calatrava, me envia á vos...

—Juradme como cristiano y como caballero, que ninguna esperanza queda á los bandos.

—Os lo juro por la salvacion de mi alma, sin temor de perderla, respondió Alonso Perez.

—Pues bien, os voy á dar un arma que os hará invencibles.

—¿Y qué arma es esa de virtud tan prodijiosa, dijo con alguna incredulidad el contador mayor, que puede hacer lo que no ha conseguido toda la nobleza de un reino?

—Es tal que hará nacer una sed rabiosa de sangre del condestable en el corazon del rey.

—¡Ah! pues es cuanto podriamos desear... el dia que don Juan el segundo deje de estar fascinado por el condestable, es el dia de nuestro triunfo.

Barba-larga se abrió su viejo gaban de cuero curtido, desnudó su puñal, y descosió uno de los costados de aquella prenda, hasta abrir una abertura por la cual sacó un objeto cuadrado y plano, envuelto y cosido en otra piel.

—Hace veintidos años, dijo mostrando aquel objeto al asombrado contador mayor, que esto no se separa de mí, que duerme conmigo, que le guardo como podria guardar un tesoro: esto basta por sí mismo para hacer pedazos al condestable.

—¿Y que es esto?

—Esto no debeis verlo vos ni nadie, á escepcion de su alteza la reina que lo hará ver al rey si aborrece al condestable.

—¿Y quién puede dudar que doña Isabel de Portugal se convertiria con gusto en basilisco, con tal de matar á don Alvaro?

—Pues bien, con esto le matará.

—¿Y quién os ha dado ese tósigo tan terrible?

—El mismo condestable.

—¡El condestable!..

—Sí por cierto. Escuchad cómo... ¿conoceis las desgracias de mi señor Juan de Villafranca?

—Sí.

—Fue ahorcado, y una mujer le salvó de la horca: desesperado se hizo verdugo, y verdugo es: sus bienes fueron confiscados, borrado su nombre del libro de la nobleza castellana... derribado su solar, arado y sembrado de sal, como se hace con los infames. Yo huí, y me refugié en el Abrojo: desde entonces hasta ahora he sido y soy montero libre: pero no por eso he dejado de ir alguna vez encubierto á la corte. Una noche de invierno del año de 1452, Dios ó el diablo me pusieron en el pensamiento un deseo irresistible de matar al condestable... yo sabia á dónde el condestable iba todas las noches, solo, confiado en su valor, escusando una compañía, por no comprometer el decoro de una ilustre dama, con la cual tenia amores. Aquella dama vivia en el alcázar viejo de Valladolid.

—¡La reina doña María!..

—Fuese quien fuese, reina ó dama, don Alvaro entraba todas las noches en alta hora por un postigo que daba sobre la Caba, y salia dos horas despues. Yo me encaminé resueltamente á aquel postigo y esperé ocultándome en lo oscuro á poca distancia, pegado al muro como si formara parte de él. Al fin salió don Alvaro, y pasó junto á mí: es mas, tropezó conmigo, porque la noche era muy oscura. Entonces cerré con él y le di de puñaladas: pero el condestable iba provisto de una escelente cota de mallas y perdí el puñal: entonces me así á él, pero el condestable era robusto y fornido y me rechazó de sí, puso mano á su espada y me acometió: yo estaba desarmado y por la primera vez de mi vida huí: el condestable quiso darme alcance, pero á las pocas calles me perdió: entonces, cuando me ví fuera del peligro, peligro que solo temia porque no queria morir sin vengarme, noté que habia retenido instintivamente en mi mano derecha un objeto que habia arrancado al condestable: aquel objeto era una limosnera: lo que habia dentro de esa limosnera, es lo que ahora os doy: Dios no quiso que yo cometiera un asesinato... pero al poner de una manera

tan estraña en mis manos la limosnera del condestable, me entregó su cabeza... tomadla ahora vos: pero escuchad..... si no quereis que lo que aqui se encierra os haga pedazos, entregad este paquete, sellado, como está, con un sello que por su color demuestra su antigüedad á la reina doña Isabel... os lo repito, y yo no miento... me importa tambien muy poco que conozcais lo que aqui se encierra ó no... pero es muy posible que si la reina cree que vos podeis haber visto esto, os acontezca un fracaso: os he avisado. Tomad.

Alonso Perez tomó con dos dedos, como si se hubiese tratado de un cuerpo ponzoñoso, el paquete, y le guardó en su escarcela.

—Os juro que hoy mismo estará esto en poder de la reina.

—Si asi lo haceis, antes de tres dias está preso el condestable, y antes de mucho degollado.

—Os creo, os creo, y haceis renacer en mí una gran esperanza, porque un hombre como vos no miente.

—¡Oh! si vos haceis lo que os he aconsejàdo, los resultados serán inmediatos y precisos.

—Contad con una noble recompensa, señor Barba-larga.

—¡Recompensa!.. ¡recompensa!.. ¿y para qué quiero yo una recompensa?.. mi tumba está abierta allá... en el antiguo solar de mis señores... yo moriré como el ciervo viejo, cansado y enfermo bajo la fronda del bosque en que ha vivido, y la muerte no se me hará esperar mucho. Id con Dios señor contador mayor; id con Dios y que él os ayude.

Barba-larga se levantó de la roca musgosa en que se habia sentado, y echándose su ballesta al hombro, se alejó en paso lento de Alonso Perez de Vivero.

—Id, id con Dios, bueno y leal Barba-larga, dijo el contador mayor; y si triunfamos ya iremos á levantaros de vuestro lecho de hojas secas.

Dicho esto, Alonso Perez de Vivero, desatò su caballo, montó en él, y se alejó á toda rienda.

Cuando Iñigo de Ayvar oyó la carrera del caballo se volvió, y lanzó una fria mirada de desprecio á Alonso Perez.

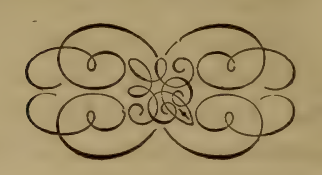
—Hé allí, dijo viendo perderse al contador mayor por una revuelta de la senda, un miserable que todo lo debe al condestable: un verdadero Judas Iscariote, que besa á su señor mientras oculta á su espalda los treinta dineros porque le ha vendido: le habrán incitado acaso con el maestrazgo de Santiago, ó con la condestablía que dejará vacantes la muerte de don Alvaro... Dios es justo y vuelve contra los hombres las armas infames de que se sirven.

Despues de haber pronunciado estas palabras con un acento frio y sarcástico, el anciano montero adelantó en paso lento como quien ninguna prisa tiene. Asi caminó durante una hora. Al cabo de ella se detuvo: su perspicaz oido de montero habia percibido las pisadas de un caballo sobre la senda en que se encontraba: siempre prudente y receloso se apartó de ella y se escondió entre la espesura.

A poco el ruido de las pisadas se acercó, y al fin pasó un ginete que llevaba entre sus brazos una dama desmayada.

—¡Teresa! ¡Jimeno! esclamó al verlos Barba—larga: él conoce perfectamente todos los escondrijos del bosque, y sin duda la lleva á la encrucijada de los Gamos. Pues bien, yo espero señor ballestero mayor del rey que tendreis un testigo.

Y entrándose por la maleza, se perdió entre ella.





D, Juan II.
lám. 18.



En que se demuestra que no hay ambiciones, situaciones ni obstáculos que separen á dos que han nacido para amarse.

BARBA-LARGA no se habia engañado: don Juan de Albornoz, condujo á Teresa á un pequeño claro, en el centro del cual desembocaban muchas estrechas sendas, rodeado enteramente de maleza, y cercado por un transparente y ruidoso arroyo.

Aquel era uno de los lugares mas enmarañados y ocultos de la selva del Abrojo, y era conocido por los monteros con el nombre de la encrucijada de los Gamos, que le habia dado Barba-larga.

Al llegar allí, don Juan echó pie á tierra, tomó entre sus brazos á la desmayada Teresa, y la besó conmovido en la frente; luego la puso sobre el cesped, arregló cuidadosamente el desaliño de sus ropas, como pudiera haberlo hecho un hermano, y fué al arroyo, llenó de agua su birrete, y roció con ella el pálido y hermosísimo semblante de Teresa, que poco despues dió muestra de volver en sí.

Al fin abrió sus negros ojos, y al ver junto á sí á don Juan, se sonrió y un encendido rubor tiñó sus megillas.

—Perdonadme, hermana, la dijo don Juan, si habiéndoos visto sola y desmayada, para acudir á vuestro desmayo os he traido á un lugar solitario, temeroso de que si os veian sola en mi poder pensasen mal de vos.

—¿Por qué me llamas hermana, Jimeno? dijo Teresa.

—¡Qué! acaso, no eres hermana de mi esposa.

—¡Tu esposa! ¡tu esposa! esclamó recobrándose enteramente Teresa: es necesario ser muy cruel, para pronunciar junto á mí ese nombre, cuando acabo de volver de un accidente causado por tu vista.

—¡Por mi vista!...

—Sí Jimeno, sí; ¿qué crees tu que hacia yo sobre la tumba de mis padres?

Don Juan calló, no sabiendo que contestar á esta estraña pregunta.

—Pues bien, dijo Teresa, no obteniendo respuesta: les pedia perdon.

—¡Perdon! ¿y de qué?

—¿Crees tu que no necesite perdon, que no sea culpable una muger que mientras su esposo lidia por el rey en la frontera de Granada, deja sus hijos en manos mercenarias, lo olvida todo y corre á satisfacer una sed que la devora, un deseo con el cual quiere en vano luchar, una desesperacion que no puede resistir?...

—¡Oh! ¡Teresa! ¡Teresa!

—Y cuando llego.... cuando veo al hombre que me desespera, por quien sufro, por quien lucho, por quien lo olvido todo... ¡ese hombre me llama hermana!

—No tentemos á Dios, Teresa... él ha querido que no seamos el uno para el otro; y no solo ha puesto entre nosotros una razon de honor, sino que nos ha hecho hermanos... pero yo no creo... nó, yo no puedo creer que tu, á pesar de todo, tan honrada, tan pura...

—¿Haya llegado al punto de olvidarlo todo?... escucha Jimeno: cuando se vive muriendo; cuando dentro de nuestra alma se revuelve inquieta, rugiente, indomable, una fuerza que cuanto mas queremos contener con mas fuerza estalla: cuando durante cuatro años hemos sostenido una lucha horrible, con el honor, con el deber, con la religion, con la naturaleza: cuando en esa lucha la pasion, mas fuerte que la razon, ha ido gastando lentamente obstáculos, contrariedades, casi imposibles, que en el principio nos hacian hor-

roroso el solo pensamiento de desatenderlos, de pasar por cima de ellos: cuando al fin, la razon ha desgastado, roto, allanado esos obstáculos ante la imperiosa fuerza de una voluntad, siempre ardiente, siempre fuerte, siempre en aumento; cuando ya no ha podido sufrirse mas; cuando nuestro corazon comprimido ha brotado sangre despues de haber vertido todas sus lágrimas; cuando hemos mirado con desprecio, con odio, todo lo que nos hace sufrir un infierno anticipado, terrible; cuando no tenemos aire que respirar que no nos abrase, luz que mirar que no nos enoje, sonidos que escuchar que no nos parezcan otros tantos sarcasmos, entonces se hace lo que yo hecho; se salta por todo, se toma una litera y cuatro escuderos y se vá á buscar el objeto cuyo recuerdo nos hace sufrir; cuyo amor es el premio inefable de la deshonra del peligro, del olvido de sí misma: se busca á ese sér, y cuando se le encuentre se le dice: ¡yo te amo!

—Lo mismo he sufrido y sufro yo, Teresa: esclamó con profundo acento don Juan: por todas partes tu recuerdo adorado me ha perseguido, en la corte, en la guerra, entre el ruido del mundo, en la soledad: en vano ha sido que yo quisiese olvidar: he buscado razones para despreciarte, porque el desprecio, es el mayor enemigo del amor, y solo las he encontrado para compadecerte: he recordado mis deberes, me he robustecido con mi fé de cristiano y de caballero, he meditado en el parentesco que me une contigo y con tu esposo... he recurrido á Dios... y Dios me ha ayudado: luchando con fé y perseverancia, he vencido, y al cabo.... al cabo mi amor se ha convertido en una pasion intensa, purísima, en una adoracion.... la razon y el deber han vencido.... el deseo impuro ha huido de mi corazon, y solo me queda en el alma un fuego divino que me hace ser el mas dichoso de los hombres, cuando pienso en tí; que me hace no temer tu presencia, porque puedo decirte: yo te amo Teresa, te amo mas que nunca, porque mi amor es del alma, tan puro, tan digno como el de una hermana hácia su hermano, como el de un padre hácia su hijo.

Teresa miró de una manera profundamente intensa á don Juan, y esclamó:

—Te creo Jimeno, te creo: en tu semblante no se ven las huellas del sufrimiento... el fuego de la pasion no le ha empalidecido... eres feliz... amas á una muger hermosa á quien gozas sin que nadie te dispute su posesion; eres rico, poderoso, disfrutas del favor del rey y de la consideracion de la corte... es verdad... ¿qué importo yo para amargar con mi recuerdo tanta felicidad?... es necesario que pague con un tormento eterno un error fatal, un momento de olvido ó mas bien una falta de esperiencia... no... no... tu no me amas, mientes.... en la corte te has hecho disimulado y falaz: te parece descortés, indigno de tu nobleza el decir á una pobre muger que te ama, que solo por tí vive: no he olvidado que en otra ocasion me desdeñaste creyéndome villano, ansiando alcanzar un estado que yo no podia darte: no lo he olvidado y me vengo... yo soy ahora un noble y poderoso caballero, y mi esposa es rica-hembra... tu, por el contrario, serviste de instrumento á las intrigas de la corte, y diste tu mano á un intrigante... aquel hombre murió, y despues caiste entre los brazos de un hombre que te deshonró vilmente y te viste obligada á ser su esposa; despues se descorrió el misterio que cubria tu nacimiento, y el nombre que hoy tienes, el estado que ocupas, es una limosna que te se hace: vives unida á un hombre á quien arrastrada por la naturaleza y por las desgracias creiste amar un momento, pero á quien no amas... ni amas á tus hijos, porque tus hijos te recuerdan tus desdichas... ni amas á Dios, porque estás desesperada... bastante vengado estoy, pero es necesario que me vengue aun mas y te digo con una frialdad insolente, cuando sé, cuando comprendo cuanto sufres: te amo, te amo con adoracion, pero como ama un hermano á su hermana, un padre á su hijo: ¡oh! este es tu pensamiento Jimeno, pero este pensamiento es traidor, es miserable, es infame; mas valdria decirme: te desprecio y te aborrezco, gozo con tu desgracia, muere: eso, eso seria menos infame, porque seria verdad.

Don Juan se encontraba en una de esas difíciles situaciones en que una muger se desborda: nada hay tan tremendo, tan terrible, como una muger que llega al caso de prescindir de todo, de hablar con el alma descubierta de ese velo con que la cubre la educacion, las conveniencias sociales, la costumbre, el pudor: nada hay tan enérgico, tan indomable, tan irreducible, como una muger que rompe por todo: el hombre mas valiente comparado con ella, pareceria el mas cobarde; y nada hay tan audaz, tan terrible, como una muger que llega á ese estremo.

Y para que lleguen, basta con que amen ó deseen y se vean contrariadas: mas fácil es contener con un dique á un torrente, que con razones á una muger olvidada de sí misma; el desdichado que ve venírsele encima como una tempestad, una muger en tal situacion, no tiene mas recurso, que huir de ella, si puede, lo que no siempre es posible, ó resignarse temblando á la nube de desgracias, que, de seguro, arrojará la locura de aquella muger sobre su cabeza.

Teresa se hallaba en este estado; habia sufrido tanto, habia comprimido tanto su corazon, que su amor habia estallado, y la habia llevado á ese punto terrible en que una muger se convierte en un espectro aterrador.

Y no hay que estrañarlo, teniendo en cuenta los antecedentes que conocen nuestros lectores. Teresa podia llamarse una muger fuerte; habia necesitado cuatro años de lucha, para ponerse en una situacion en que, la mayor parte de las mugeres nacidas para esas pasiones furiosas, se colocan en quince dias.

Por las palabras, el aspecto y la espresion del semblante de Teresa, comprendió don Juan que era necesario adoptar una resolucion decisiva: y esta decision no admitia mas que dos estremos: ó aceptar aquella pasion y satisfacerla pagándola con otra igual, ó huir.

Recursos los dos desesperados: aceptar era resignarse á una multitud de consecuencias desastrosas, sin poner en cuenta el ultrage que aquellos amores debian hacer á Dios,

á la sociedad y á la naturaleza: don Juan, por mas enamorado, apasionado, enloquecido, que estuviese por Teresa, conservaba aun razon bastante para ver la profundidad del abismo en cuyo fondo estaban colocados aquellos amores, y era demasiado valiente para rechazar la tentacion y demasiado cuerdo para arrojarse con Teresa á aquella sima de desgracias: el segundo recurso, era contemporizar, ganar tiempo, preparar una partida á una tierra lejana, y partir procurando borrar el rastro, para no ser perseguido: esto, ademas de que era un inmenso sacrificio, se hacia muy dificil para don Juan, que se veia precisado á llevar consigo á su esposa, para evitar una segunda y mas horrible venganza que la que, cuatro años antes, Teresa intentó contra Elvira.

A pesar de todas estas dificultades, don Juan recordó que tenia amigos en Francia, que el condestable necesitaba en Paris un agente de confianza y se decidió por este último recurso.

Ademas, tenia una razon poderosa para huir de Teresa: sabia que si la continuaba viendo algun tiempo, escuchando la espresion de aquel amor tan intenso, tan apasionado, tan esclusivo, él mismo no podria contenerse y daria el escándalo de abandonarlo todo por Teresa, del mismo modo que Teresa lo abandonaba todo por él.

La imaginacion es infinitamente mas rápida que la palabra, y don Juan solo invirtió algunos segundos en pensar lo que nosotros acabamos de escribir; asi es que tomado ya el partido de contemporizar contestó sin hacerse esperar, á Teresa.

—¿En qué pruebas fundas tus acusaciones? dijo con acento dulce y conmovido: ¿qué motivos he dado, Teresa, para que pienses de una manera tan odiosa de mi? ¡Despreciarte yo! ¡ojalá que pudiera despreciarte! ¡no sufriria lo que sufro! ¡no me seria la vida tan odiosa, ni el porvenir me espantaria! ¡Pero nada hemos de sacrificar, Teresa, á nuestro interés! Cálmate, escúchame sin impaciencia, hablemos á sangre fria: ¿nada te importa el honor?

—¡Nada! contestó con acento firme Teresa.

—Y bien, si nada te importa tu honor, te importa el de tus hijos... ¿crees que ellos no se avergozarán cuando sepan?..

—Si tu quieres, mis hijos no sabrán nada, dijo con anhelo Teresa; nada sabrá el mundo...

—Tarde ó temprano todo se sabe, Teresa.

—No, no; yo me satisfaré con saber que tu me amas; viviré de una manera digna, decorosa, en la corte al lado de mi esposo... engañaré al mundo como le han engañado tantas otras: pero ámame, Jimeno, ámame, porque sin tu amor no puedo vivir.

—¿Sabe tu esposo que has venido?

—Sí.

—¿Has venido con su licencia?

—Sí.

—¿Y tienes posada preparada?

—No; pienso vivir en casa de Alvar Garcés.

—No, no; allí estás demasiado apartada del mundo, y es necesario que el mundo te vea de una manera clara, es necesario que vayas á la corte.

—Si tu lo quieres, iré.

—Es necesario que jamás nos veamos, sino delante de las gentes.

—No nos veremos jamás á solas, sino cuando nadie pueda vernos.

—Es necesario, tambien, que te muestres con Elvira hermana afectuosa.

—Me mostraré.

—Y es necesario que al momento vuelvas á buscar á tus gentes: si tardas demasiado, y te buscan y no te hallan, sospecharán.

—Vamos, pues, si es tu voluntad.

Don Juan hizo cabalgar á Teresa, y para evitar un contacto demasiado íntimo, tomó el caballo por las bridas, y desandó el mismo camino que habia andado.

Apenas habian desaparecido, cuando Barba–larga salió de la espesura.

—Te comprendo, don Juan, dijo: solo quieres ganar tiempo; pero no has pensado que cuando se trata de una muger como Teresa, cada minuto que se pasa junto á ella es un siglo: ¡oh! ¡oh! es necesario evitar... y lo evitaré, sí: seria horroroso... es necesario que venga á la corte don Fadrique de Lara... y vendrá.

Dicho esto, Barba–larga tomó á gran paso por un sendero, y llegó poco despues á las ruinas de Juan–sin–alma, entróse en su mechinal, y sentándose junto á una envejecida mesa escribió lo siguiente:

«Señor don Fadrique de Lara: el condestable está á »punto de triunfar de sus enemigos ó de caer. En estás cir- »cunstancias no debeis estar fuera de la corte: dejad á vues- »tro teniente vuestro encargo de adelantado de la frontera, »y traeos á vuestra muger y á vuestros hijos: me conoceis »demasiado, y debeis saber que cuando tal os digo razones »tengo para ello. Del Abrojo á siete dias del mes de marzo, »año de nuestra redencion de mil cuatrocientos y cincuenta »y tres años.—Iñigo de Ayvar.»

Barba–larga cerró esta carta, y poniendo en su sobrescrito: Al señor don Fadrique de Lara, adelantado de Castilla en la frontera de Granada, salió de su mechinal y tocó por tres veces su corneta.

A aquel sonido, y algun tiempo despues, apareció un montero.

—¿Nos queda algun caballo fuerte y corredor, Fortuño? le dijo Iñigo de Ayvar.

—Sí señor; tenemos el Lebrel, que aunque es algo viejo, aun puede resistir una larga caminata.

—¿Tienes dinero?

—Sí señor.

—¿Dinero bastante para llegar á Granada?

—Don Juan nos ha pagado nuestra soldada de hombres de armas al principio del mes.

—¡Oh! bien sabe don Juan que puede disponer de los pocos que me quedais, cuando os paga como si fuerais sus soldados.

—Pero nos paga á vuestro nombre, y si no nos pagara seria igual... nosotros no abandonaremos á nuestro viejo capitan hasta que le cerremos los ojos.

—Gracias, hijo mio, gracias; dijo Barba-larga haciendo un esfuerzo para contener sus lágrimas; ármate, monta en el Lebrel, y lleva esta carta á Granada, al adelantado don Fadrique de Lara.

—No lo olvidaré.

—Y si te se olvida, has que te lean el sobre.

—Muy bien.

—Escucha, es necesario que llegues cuanto antes, ¿podrá hacer el Lebrel el camino en cinco dias?

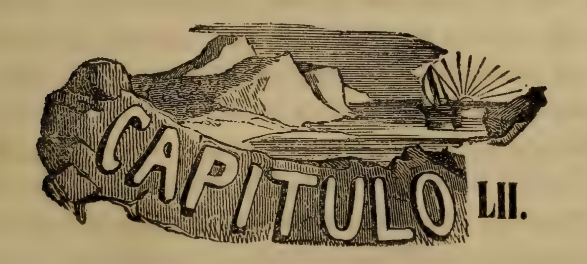
—Reventándole ¿por qué no?

—Pues reviéntale, hijo: luego vente á pie: no importa que á la vuelta tardes un año. Vé, Fortuño, vé, y vé al momento.

El montero desapareció.

Barba-larga entró en las ruinas murmurando:

—¡Oh! cuando esté aqui su esposo, no se atreverá á tanto.



De como el condestable no se dormia en las pajas.

Era la tarde de aquel mismo dia: el rey don Juan el II, se paseaba en su cámara despues de haber comido suculentamente.

Estaba un poco mas grueso, fuese porque habia adelan-

tado en edad, fuese porque el condestable le dejase satisfacer su gula.

Sentado sin ceremonia en un sillon y como en familia, estaba el príncipe don Enrique, y apoyado en el respaldo de su alto sillon don Juan Pacheco, marqués de Villena.

—Bien, muy bien, dijo el rey.... gracias á Dios que podemos vivir: gracias á Dios que la guerra civil....

—La guerra civil, señor, muere pero no esta sofocada; dijo reverentemente el marqués de Villena.

—¿Cómo que no está sofocada? pues yo digo que sí.... y tanto como lo está; como que la tengo delante de mi hablando pacífica y amigablemente conmigo.

—¡Ah! dijo el príncipe con cierta pereza; es decir señor padre y rey, que vuestra alteza cree que yo y mi buen amigo, el marqués de Villena.... ¿representamos la guerra civil.

—Sí, cierto: tú y el marqués, y su señoría el maestre de Calatrava, y su señoria el arzobispo de Toledo, y otro centenar de señorías y mercedes que por fortuna ahora están quietos y sosegados.... y esto era preciso que sucediese.... sí, sí, de todo punto, era necesario que llegase un dia de reconciliacion franca entre vosotros y el condestable... ¡oh! ¡oh! y ese dia ha llegado... vereis qué bien nos va así: el condestable y vosotros, gobernareis el reino: la paz le hará próspero y feliz, y cuando Dios sea servido que yo muera, te dejaré un reino pujante y respetado, Enrique.... la guerra civil era una úlcera que, sobre todo, tenia de mi muy mal humor á don Alvaro, lo que me producia grandes disgustos y privaciones: ya se vé, el bueno del condestable no tenia otra persona mas cerca ni mas á propósito que yo para desfogar... esto es, para desfogar la cólera que vosotros mis turbulentos y descontentadizos vasallos, le haciais tragar á raudales.

—Nosotros, señor, defendiamos los fueros de la nobleza... de la antigua nobleza castellana, del antiguo clero, lanzado del rededor del trono, que estaba rodeado de una nobleza

nueva y asalariada, compuesta de pages y escuderos, del condestable, dijo el marqués de Villena.

—Pero cada uno de esos pages y de esos escuderos, entre los cuales los hay nobles y muy nobles por sus antepasados, ha puesto en claro á fuerza de puños y de valor que son dignos de una carta egecutoria: recordad sino lo que han hecho *los nobles del condestable* en vuestro daño, en Toro, en Palenzuela, en Valladolid, en Toledo y en Madrigal.... recordad, recordad bien: creo que á los brios de esos nobles nuevos, es á lo que debemos que estén tan contenidos y tan satisfechos en la apariencia los nobles viejos.

—A lo que se debe la paz que disfrutamos, señor, no es ciertamente á las lanzas de la nobleza apadrinada por e condestable: á pesar de sus puños y de su valor mercenario, la guerra de bandos que afligia á Castilla, duraria aun, si el muy magnífico señor condestable, no hubiera comprendido al fin que no era el rigor la cura de la guerra civil: desde el momento en que don Alvaro ha dejado de perseguir, encerrar, y desterrar nobles; desde el momento en que ha entrado en tratos de avenencia, y sobre todo, desde que ha restituido su libertad á vuestra alteza, la guerra civil ha cesado.... si el condestable obra de buena fé, la paz se asegurará, se arraigará: pero si, ocultando sus proyectos con palabras mentidas, se atreve alguna vez á darnos un golpe de astucia... ¡oh! ¡oh! entonces volverá la guerra civil, mas encarnizada, mas terrible que nunca, no por nuestras ambiciones, sino por la dura necesidad en que nos veremos vuestros nobles de devolveros una libertad honrosa; de poneros en una posicion digna de un rey.

—¡Oh! el condestable verá bien lo que hace, dijo bostezando el príncipe.

—Descuidad, descuidad, señor príncipe de Astúrias; y vos tambien señor marqués de Villena: el condestable es ya viejo, necesita reposo, y para encontrarlo seguirá apoyándose en vosotros y en las córtes del reino, que sois tambien vosotros.... yo os aseguro que este dichoso estado no se al-

terará.... pero ¡ah diablo! me olvidaba.... vuestra conversacion, de la que he estado tanto tiempo privado, me distrae... la reina me espera....

—Dadnos pues, licencia para que nos retiremos señor, dijo el príncipe don Enrique.

—¡Sí, sí! id hijo mio; id en paz, señor marqués de Villena... ¡ah! ¡ah! hoy es sábado y tengo segun costumbre, academia de poesia.... á la que debeis asistir, si quereis oir unas hermosas estancias, con cuya oferta nos tiene impacientes el señor Juan de Mena.

—Iremos, pues, señor, dijo el príncipe, en tanto que el rey, despues de haber dado á besar su mano al príncipe y al marqués de Villena, escapaba por una puertecilla de servicio.

—¿Sabeis lo que creo, señor? dijo el marqués de Villena.

—¿Y qué crees tú, don Juan?

—Creo que el rey se nos escapa.

—¡Que se nos escapa! ¿y por qué?

—Por temor sin duda de no poder sostener mucho tiempo su fingimiento.

—No, no; te engañas Pacheco: el rey está confiado y el condestable cansado.

—El condestable está ahora mas fuerte que nunca, y el rey no hace otra cosa que repetir torpemente sus lecciones.

—¿Y crees que tenemos que temer sériamente?

—¡Oh! ¡oh! tan sériamente, como que nunca han tomado un aspecto mas sério los asuntos.

—Pero en fin, ¿qué puede suceder que ya no haya sucedido otras veces?

—Puede suceder, que cuando estén convocadas y reunidas las próximas córtes, es decir, cuando en Valladolid ó en Madrigal, ó en Toledo, esté reunida toda la nobleza amiga y enemiga del condestable, amanezcan ocupadas las calles por hombres de armas.... luego puede suceder, que el condestable, que en efecto está cansado de sufrir, vaya apoderándose de nosotros uno á uno; que influya con su po-

der en las córtes aterrándoos y las córtes os destituyan...

—¡Destituirme!

—Os habeis rebelado cinco veces contra el rey.

—Dí mas bien, que te has rebelado tú....

—Pero siempre ha sido en vuestro nombre y con vuestra bandera.... vos es posible que encontreis una prision de por vida... yo perderia de seguro la cabeza....

—Pues oye, marqués, dijo el príncipe con una seriedad heróica: es necesario evitar eso á todo trance.

—Solo nos queda una esperanza.

—¿Cuál?

—Que no esté chochcando ya el famoso capitan Barba-larga.

—¡Pero si de sus famosas compañías negras solo le quedan unos veinte hombres! los demas, ya lo sabes, desde aquel maldito motin de Valladolid cobran sueldo de ese don Juan de Albornoz, á quien Dios maldiga, y forman su mesnada...¿Querrás creer que aun no se me ha olvidado aquella maldita fiesta de labriegos en que me derribó con aquella doña Teresa ó doña diablo?

—Llegará su vez á ese hombre, dijo el marqués de Villena: el condestable le sostiene, y cuando caiga el condestable, caerá.

—Pero en fin, si el capitan Barba-larga no nos puede ayudar con hombres de armas, ¿qué es lo que ese hombre puede hacer?

—Ese hombre me ha dicho muchas veces: cuando hayais apurado todos los medios de vencer con las armas al condestable, venid á mí; yo tengo en mis manos su cabeza.

—¡Bah! ¡delirios de ese buen viejo! esclamó el príncipe.

—Si son delirios ó no, lo veremos en el momento: he aqui al señor Alonso Perez de Vivero, á quien envié á ver á Barba-larga y que sin duda vuelve desempeñado su encargo.

El contador mayor del rey, habia aparecido en efecto á la puerta de la cámara, y adelantaba.

—Y bien, señor Alonso Perez de Vivero, dijo el marqués: ¿habeis visto á ese hombre?

—¿Nos escucha alguien? dijo con impaciencia el contador.

—Estamos en una cámara, que acaso es la única del alcázar que no tiene acechaderos, contestó el marqués de Villena, que segun la seguridad de su acento parecia conocer perfectamente el alcázar; retirémonos á aquella ventana y hablad, hablad sin miedo. ¿Le habeis visto?

—Sí.

—¿Y os ha dado la cabeza del condestable?

—Aqui está, dijo Alonso Perez sacando con gran misterio de su escarcela el paquete que le habia dado Barba-larga.

—¿Que está ahí la cabeza del condestable? dijo el príncipe: pues en poco espacio cabe la cabeza de su señoría.

—Veamos, esclamó con ansia el marqués de Villena, que daba mas importancia que el príncipe á aquel paquete.

Alonso Perez retiró vivamente la mano.

—Guardaos de abrir esto, señor marqués, esclamó, porque segun lo que me ha dicho Barba-larga, seria menos espuesto abrir una caja llena de víboras.

—Comprendo, dijo el príncipe: segun lo cerrado, forrado, atado y sellado que está eso, sin duda guardará un tósigo, de esos que matan solo con el olor y que vos, como admitido que estais á la confianza de don Alvaro, hareis que llegue á sus manos.

—Pues se engaña vuestra señoría; esto debe de llegar tal como se encuentra á las manos de la reina.

—¡A las manos de la reina!

—Es el encargo terminante de Barba-larga, encargo que voy á poner al momento en egecucion.

—¡Y cómo! seria espuesto que los amigos del condestable os viesen entrar en la cámara de su alteza.

—Descuidad: tengo amores con una de sus damas.

—¡Ah! ¡ah! pues entonces id.

—¡Sí! ¡si! con vuestra licencia; no sé por qué tengo gran confianza en esto.

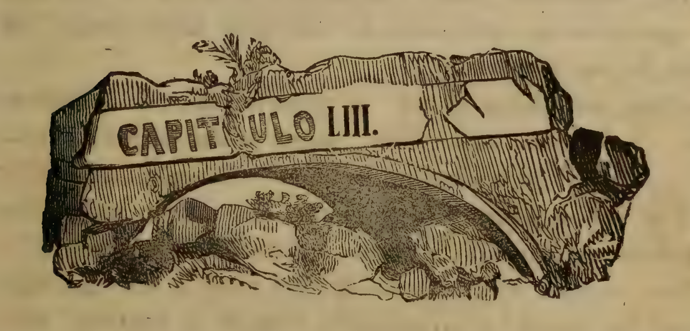
Y Alonso Perez guardó el paquete en su escarcela; se despidió del príncipe y del marqués y salió de la cámara. Tras él salieron don Enrique y don Juan Pacheco.

—¡La cabeza del condestable allí! dijo meditabundo el marqués.

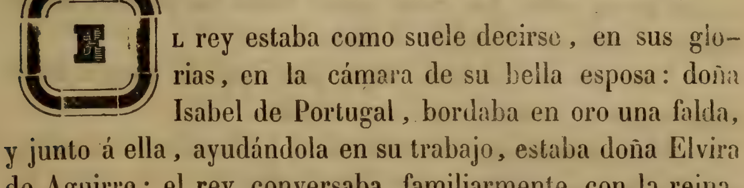
—¿Qué será? esclamó con el vivo interés de una curiosidad, altamente escitado el príncipe.

—Los resultados lo dirán, contestó Pacheco.

Y hablando y deduciendo sobre ello, el príncipe y el marqués se perdieron á lo largo de una galería.



En que se comprende como, aunque pequeño, guardaba el paquete de Barba-larga la cabeza del condestable.



El rey estaba como suele decirse, en sus glorias, en la cámara de su bella esposa: doña Isabel de Portugal, bordaba en oro una falda, y junto á ella, ayudándola en su trabajo, estaba doña Elvira de Aguirre; el rey conversaba familiarmente con la reina, se mostraba contento, y partia á intérvalos su conversacion entre elogios á sus poetas, y al delicado trabajo de la reina, que estaba triste, pensativa y grave.

Era aquella una escena de familia, que hacia bostezar á doña Elvira, y que apenas distraia á la reina.

No hacia mucho tiempo que el rey estaba en la cámara de su esposa, cuando entró una jóven y hermosa dama y se acercó á doña Isabel de Portugal á quien habló en voz baja: el rey reparó que la reina se volvia y tomaba un objeto, que no pudo ver, por la interposicion del cuerpo de doña Isabel.

—Alguna sorpresa, dijo para sí el rey: alguna banda... quién sabe... ¡oh! me ama... me ama y me hace el mas feliz de los hombres... veamos lo que será ello... pues no, yo no he de demostrar curiosidad alguna... será necesario que ella misma se esplique.

Con gran estrañeza del rey doña Isabel se levantó conmovida, despues de haber despedido á la dama, y fué con una apresuracion, que mostraba una gran impaciencia, al hueco de una ventana.

—Pues no, pensó el rey, la reina no sabe de lo que se trata... y debe ser importante, segun se muestra de ajitada... ¡oh! ¡oh! ¿si tendremos de nuevo tramas é intrigas?

Y el rey se asustó solo al pensar que podian volver los disturbios pasados, que ya creia concluidos para siempre.

Pero cuando el sobresalto del rey llegó á ser casi una agonía, fué cuando separándose la reina de la ventana, dijo con la voz convulsa, y el semblante densamente pálido, con la palidez de la cólera.

—Dejadnos solos, doña Elvira.

La jóven salió. La reina cerró todas las puertas de la cámara, cosa que redobló el susto del rey.

—¿Qué sucede, señora, dijo, para que asi tomeis tales precauciones? esclamó con voz insegura.

—¿Creis firmemente en la fidelidad y el amor del condestable? dijo con acento opaco doña Isabel.

El rey se consternó.

—Os ruego, señora, la dijo, que no volvais á reverdecer la llaga que con tantos esfuerzos y sacrificios hemos cerrado: os pido por Dios, que no levanteis de nuevo el torbellino de rebeldías que afortunadamente hemos logrado

arrollar... sepultar... ¿creeis que sea muy grato volver al estado anterior?

La reina miró profundamente al rey por algun tiempo, y luego dijo mostrándole con una mano una bolsa de cuero, mientras en la otra conservaba unos papeles y un medallon.

—¿Qué creeis que se encerraba en esta bolsa, señor?

—Nada de estraño tendria que esa bolsa fuese semejante á la caja de Pandora.

—Esta bolsa encerraba esto, dijo la reina, mostrando al rey los papeles y el medallon.

—¿Y qué es eso, señora?

—Esto es vuestra deshonra...

—¡Mi deshonra! esclamó el rey, abriendo desmesuradamente los ojos y mirando á su esposa con una espresion enteramente estúpida.

—Sí, rey don Juan; vuestra deshonra como esposo.

—¡Cómo!.. ¡qué!.. señora... ¿se habrán atrevido á suponer que vos... vos que sois una santa?..

—¡Yo!.. yo me llamo doña Isabel de Portugal... esclamó con altivez la reina... y el nombre que firma estas cartas es el de doña María de Aragon.

—¡Ah! esclamó el rey palideciendo.

—El retrato que hay en este medallon, es el de la reina doña María.

—¡Ah! repitió el rey con doble conmocion... ya comprendo: resucitarán sin duda ciertos infames rumores que corrieron no sé cuándo... de no sé qué cosas... ¿no sabiais eso señora?.. pues sí.., sí; parece estraño que hubiese traidores que se atreviesen á la honra de una reina... y los hubo... los hubo, ello es cierto que quedaron escarmentados... y ahora vuelven... pues bien, se les escarmentará de nuevo... y si es necesario ahorcar á alguno, se le ahorcará...

—Es que no se trata ahora de rumores, sino de pruebas indudables.

—¡Pruebas! ¡pruebas!.. decididamente quereis que yo oiga lo que no quiero oir... y me habeis encerrado...

—No, no os he encerrado, don Juan; no he hecho mas que impedir el que nadie pueda conocer vuestra deshonra... vuestra debilidad... vuestra... nulidad.

—Acabareis por matarme, señora, con la violencia de vuestro carácter... al casarme con vos no han hecho mas que poner en lucha vidro con hierro... vos sois el hierro: el vidrio yo, y acabareis por pulverizarme.

—Cerrais los ojos para no ver, los oidos para no oir, aunque se trate de vuestra honra; esclamó con un profundo desprecio doña Isabel.

—Es que, señora, ni quiero, ni puedo, ni debo creer, las infamias que se permiten los enemigos del condestable; y es estraño que vos que sois tan altiva, tan pura, os convirtais en instrumento de esa gente.

—Mirad, dijo la reina mostrándole el medallon.

—Y bien... el retrato de la reina doña María... ¿y es esto todo?...

—Leed, añadió la reina entregándole una carta.

El rey la rechazó.

—No, no; no quiero ver calumnias.

—Es que esta carta está escrita por la reina doña María, á quien, tratándose de lo que se trata, bien podeis creer.

El rey tomó con repugnancia la carta; y al arrojar sobre ella su primera mirada, palideció: habia leido la frase: *Amado mio,* escrita de puño y letra de su difunta esposa la reina doña María; sus ojos se nublaron, palideció densamente, vaciló y se sentó en un sillon.

—Leed, leed; dijo implacable doña Isabel.

—¡Oh! por piedad; señora... vos no me amais... si me amarais no querríais destrozarme el corazon.

—Es que para que os desengañeis de ese hombre es necesario desgarraros el alma, es necesario demostraros cuan infame ha sido con vos.

Y la reina arrancándole la carta la leyó: su contenido era:

«Amado mio: desde tu partida ni vivo ni duermo, ni sé «donde estoy... todo me causa tedio, y la presencia de ese

«hombre me mata : no puedo vivir sin tí: ¿no sufres tu tam-
«bien? ¡oh! si sufrirás... lo creo porque creo en tu amor...
«mira, yo no tengo mas consuelo que cuando veo tu imagen
«en que el pintor ha sido tan diestro que parece que estás vi-
«vo, que vas á hablarme; el consuelo que siento cuando la
«veo me ha hecho pensar que tu necesitarás un consuelo
«igual, y te envio mi retrato con nuestro fiel Alvarado. ¿Pue-
«do amarte mas cuando pongo en tus manos mi honra y mi
«vida?... vuelve pronto, vuelve: apura tu valor y destroza á
«esos rebeldes, para que no muera con tu ausencia quien te
«ama mas que á su vida.»

—¡Infames! esclamó el rey levantándose transformado en otro hombre... me engañaban, me escarnecian... y yo ¡ciego de mí! habia creido que aquellas murmuraciones solo eran infamias de los enemigos del condestable!

Y arrebatando la carta á la reina, la examinó:

—Sí... sí... no hay duda, dijo; esta es la letra de la reina... ¡oh! todo, todo menos esto... ¡ah! señor condestable... ¡me habeis creido enteramente nulo, porque os he dejado reinar en mi nombre y os habeis atrevido á todo!.... pues bien, os probaremos que somos rey...que tenemos un verdugo que degüella nobles, por altos y poderosos que sean cuando queremos que los degüelle... ¡oh! ¡oh! tengo tu cabeza entre mis manos, miserable traidor, y la cobraré.

Y el rey empezó á pasear agitado á lo largo de la cámara.

—Aun no es esto todo, señor, dijo doña Isabel cuyo rostro estaba radiante de alegria al ver que al fin el rey era enemigo del condestable.

—¿Que no es esto todo?...

—Aun hay mas: se ha atentado á vuestra vida: mirad.

Y entregó otra carta al rey en la cual, despues de las mas ardientes protestas de amor al condestable, y de las mas groseras invectivas al rey, habia el siguiente pasage:

«Acabemos amado mio: para ser rey de Castilla, solo te
«falta quererlo, y yo estoy resuelta á todo... á sacrificarlo to-

«do por tu amor... dos séres estan interpuestos á nuestra fe-«licidad, el rey y doña Juana Pimentel, tu esposa... mi «médico me ha dado una yerba tal, que sin escándalo nos «deshará de ellos...»

El rey no leyó mas, guardó aquellas cartas y aquel retrato en su escarcela y se dirigió furioso á una de las puertas.

—Esperad, esperad, le dijo la reina: nunca mas que ahora necesitais ser prudente; nunca mas que ahora debeis halagar á don Alvaro; si llegase á sospechar algo...

—Y bien, ¿no soy yo el rey?

—Indudablemente; pero para vencer á ese otro rey que se ha levantado sobre vos durante tantos años, es necesario un golpe seguro... esperad, esperad, y valeos de nuestros amigos.

—¿Y de quién, de quién se puede uno fiar?

—Aconsejaos del marqués de Villena, del maestre de Calatrava, del conde de Plasencia, de los enemigos en fin del condestable... sobre todo, entendeos con Alonso Perez de Vivero, que es quien acaba de entregarme esas terribles pruebas.

—Pero Alonso Perez de Vivero es familiar del condestable.

—Le han atraido á fuerza de promesas los confederados y os servirá en cuerpo y alma.

—Pues bien, señora, adios; yo necesito obrar, y obrar pronto.

Y tras esto el rey salió segun su costumbre como quien escapa, y la reina quedó sola.

—¡Quiera Dios, dijo, que á pesar de todo consienta en herir á don Alvaro de Luna!

. . . .

. . . .

Aquella noche, y con gran secreto, el rey se reunió en consejo en una casa apartada de la villa con su hijo el príncipe don Enrique, el arzobispo de Toledo, don Alonso de

Carrillo, el obispo de Búrgos, don Alonso de Cartagena, don Juan Pacheco, don Pedro Giron y los nobles mas poderosos é influyentes entre los confederados.

El condestable nada de esto supo, á pesar de que en aquel consejo se habia decretado su muerte; pero aquella noche uno de sus mas leales servidores, Diego de Gotor, le decia en su cámara:

—La traicion del señor Alonso Perez de Vivero es ya indudable, señor; vuestra señoría confia en su lealtad y su amor, y él entretanto os vende.

—¡Pero las pruebas, las pruebas!

—Las tendremos: he comprado á fuerza de oro á Ruiz de Alarcon, en quien tiene gran confianza Alonso Perez, y me ha prometido procurarme los papeles de su señor.

—Justo es que á quien es traidor le hagan traicion, dijo el condestable... esa gente piensa sorprenderme... pero se engañan... cuando mas descuidados estén, me sentirán sobre ellos: ¡oh! es necesario concluir. ¡Quieren mi cabeza! pues bien: será necesario que yo me apodere de las suyas.



De los violentos estremos á que llegaron algunos personages de nuestra historia.

La carta de Barba-larga sorprendió á don Fadrique de Lara en su adelantamiento de la frontera: á pesar de lo especioso del pretesto de aquel consejo de que volviese á la corte, un horrible presentimiento nubló el alma del jóven: hacia algun tiempo que

veia en Teresa una melancolía inesplicable; una tristeza suma: la habia sorprendido muchas veces llorando, y él, que nunca habia podido olvidar los antiguos amores de Teresa y de Jimeno, sintió renacer en su alma los celos con mas fuerza que nunca, y cuando Teresa le espresó el deseo de ir á la corte, no opuso ni siquiera una réplica: se lo permitió, y se propuso ir en su seguimiento, oculto, tan luego como se lo permitiesen sus empeños en la frontera, como adelantado.

La carta de Barba-larga acabó de decidirle: entregó al capitan de la gente de Jaen el mando de las demas banderas de que se componia su ejército, y montando á caballo se encaminó de incógnito á Castilla acompañado de un solo escudero.

Cuando dió vista algunos dias despues á Valladolid, era á la caida de la tarde: esperó que anocheciese y entró en la villa á pie, rebozado y solo por la puerta de Tudela.

Al pasar por junto al meson del Gato, que la justicia habia vendido á otro, que no era mas honrado ni menos ladron que el difunto Andresillo, su corazon se comprimió: en aquel meson habia empezado su compromiso de honor con la muger que pudiera haberle hecho tan dichoso y que le hacia tan desgraciado.

Era la noche oscura y adelantó, sin temor de ser reconocido, calles y calles, yendo á ocultarse en el vano de una puerta en la plazuela de los Leones, no lejos de la casa donde vivia su primo don Juan de Albornoz.

Y allí, impaciente, celoso, estuvo esperando hasta que todas las campanas de las innumerables iglesias, conventos, cofradías y capillas de Valladolid, tocaron á la queda.

Poco despues se abrió la casa de don Juan de Albornoz y salió un hombre rebozado: don Fadrique le siguió hasta verle entrar en una casa de noble apariencia en la cercana plazuela de San Miguel.

—¡Oh! sí... no me habia engañado en sospechar, dijo roncamente don Fadrique: era él y ha entrado en su casa...

en casa de ella ; pero esperemos, esperemos aun.

Una hora despues la puerta se abrió y salieron un hombre y una muger. El hombre era Jimeno, la muger Elvira.

—¡Oh! ha venido por su esposa... esclamó el celoso marido, cuyo corazon se dilató un tanto ; pero sin embargo, eso no es una prueba : necesariamente deben tratarse las dos hermanas... no hay motivo, y luego asi se disimula mejor.

Es achaque de celoso el encontrar siempre razones para tener celos, y don Fadrique de Lara desandó el camino que habia andado desde el meson del Gato: entró en él, donde ya le esperaba un escudero, y se escondió en el aposento mas lóbrego y mas profundo, del que no salia sino despues de cerrar la noche.

Entre tanto avanzó el tiempo, y llegó el viernes Santo, la corte, y con ella Teresa, se habian trasladado á Búrgos: Jimeno visitaba á Teresa de dia, primero con algunos intérvalos; al fin consecutivamente: Teresa habia comprendido que tenia que luchar con el honor de Jimeno, para arrastrarle á sus amores, y empleó las mil seducciones irresistibles que puede poner en juego una muger que es amada; don Juan que habia resistido á las imprecaciones, á las súplicas y á las escenas furiosas, fué cediendo irresistiblemente á la dulzura, á la solicitud, al amor de hermana de Teresa; el fantasma de sus deberes se iba alejando de él cada vez mas, y al paso que renacian sus amores locos por Teresa, menguaba en su corazon el recuerdo de Elvira: un acontecimiento terrible vino á precipitar la situacion y á producir la catástrofe que mas adelante verán nuestros lectores.

Prevenido el condestable en contra de la lealtad de Alonso Perez de Vivero, no perdonó medio de hacerse con pruebas, y al fin por una traicion de Ruiz Alarcon, criado de confianza del contador mayor del rey, tuvo en su poder don Alvaro algunas cartas en que don Juan el segundo se ponia de acuerdo con Alonso Perez, para causar la ruina y la muerte del condestable.

Si don Alvaro hubiera tenido calma, y hubiera encubierto su cólera y su venganza, tal vez habria podido prepararse y conjurar la tempestad; pero estaba cansado de luchar: la lucha le habia irritado, y no escuchó los consejos de la prudencia.

Para irritarle mas, aquella tarde en la Iglesia Mayor un fraile de la órden de predicadores, *que por cierto*, segun las palabras testuales de la crónica, *en el semblante e parescer suyo mas parescia mundano que religioso*, despues que hubo acabado el sermon, pronunció como apéndice para el rey y para la corte que asistian, *un muy atrevido é muy agrio, é muy sovexo razonamiento, contra el inclito maestre non merescedor por cierto que sus orejas oyesen tan atrevidas é tan vituperiosas palabras como aquel dia aquel Fraile fabló contra él, oponiéndole tantas é tales orribilidades de crimenes, é de maleficios, que seria por cierto cosa muy prolija haberse aqui de especificar, é esprimir, escandalizando contra él todos los oyentes por una estraña manera, é exortándolos á su destruicion.* (1)

Y, segun continúa relatando la crónica, llegó á tal punto el predicador con su desmandado razonamiento, que no le pudo sufrir el rey, y desde el dosel en que se encontraba le hizo seña de callarse, y el fraile apresurándose á obedecer, no solo calló, sino que bajó del púlpito y salió de la iglesia.

Por mas que el predicador no hubiese pronunciado ni una sola vez en su fraterna el nombre del condestable, decia á cada momento: quien hace esto ó lo otro es un muy alto y poderoso señor que todos conoceis y que está aqui, dentro de la iglesia; y tales ademanes y señales hacia, que todos se volvian hácia el condestable y le miraban y hablaban entre sí.

Don Alvaro, que era de suyo poco sufrido, conociendo

(1) Crónica de don Alvaro de Luna, edicion de Sancha, tit. CXIV, página 505.

que aquel tiro venia de la corte, y acaso por mediacion de Alonso Perez de Vivero, fuese para el obispo de Búrgos, que en la iglesia estaba, y le dijo:

—Reverendo padre obispo, obligacion vuestra es saber por qué ese fraile se ha permitido tanta y tanta injuria contra mi persona, y averiguar quién le indujo á ello, porque de seguro que él de su propio motivo no se hubiera atrevido á tanto.

Y como el condestable dijo esto tartamudeando, como nunca habia tartamudeado, y todos sabian en la corte que cuando el condestable tartamudeaba habia que temerlo todo de su cólera, el buen obispo se apresuró á contestar:

—Dejadme, señor, este cargo que yo lo mandaré luego prender.

Prendiéronle en el momento, preguntáronle, y el fraile solo contestó, que lo que habia dicho no se lo habia aconsejado hombre alguno, sino que le habia sido revelado por Dios.

Cuando el obispo de Búrgos y el relator eclesiástico fueron al palacio del condestable á decirle lo que habia contestado el predicador, el condestable no pudo contener su cólera.

—Cosa es esta, vive Dios, dijo, de mis enemigos, porque es escándalo y heregía el creer que un fraile tan rollizo, bermejo y mundanal pudiera tener revelacion de Dios. En fin, yo bien sé lo que en esto tengo que hacer.

Y arrastrado de su cólera volvió descortesmente la espalda al obispo y al relator, que salieron asustados porque el condestable nunca hasta entonces habia usado tan descorteses maneras.

Inmediatamente el maestre llamó á Fernando de Rivadeneyra y se subió con él á una torre de su palacio que daba sobre un puente del rio Arlanzon, y se encerró en ella con su confidente.

—¿Qué te parece de lo que me sucede Fernando? dijo el maestre.

—Creo, señor, que todas son tramas y mañas de ese infame Alonso Perez de Vivero, contestó el jóven.

—Lo mismo creo, Rivadeneyra, dijo el condestable; ¿pero qué piensas que debo hacer?

—Dejádmele matar, señor, contestó con entusiasmo Rivadeneyra, que creo que Dios me perdonará la muerte de ese desagradecido traidor.

—Mejor quisiera, contestó el condestable, que ese hombre, que tanto me debe, que por mí ocupa en la casa del rey un oficio noble y provechoso, se arrepintiera de su ingratitud y volviera de nuevo á mí, que estoy dispuesto á perdonarle.

—En eso no hay que pensar, señor: Alonso Perez os vende como Judas vendió á Jesus.

—Pues bien, en ese caso, y pues la culpa es suya, que su muerte cargue sobre él: ya habia yo pensado en ello, y tenia preparada su muerte de modo que á todos pueda parecer cosa de desgracia, y no pensada.

Y el condestable miró sombriamente á uno de los arcos de la torre.

—Vé y llámale; añadió con acento ronco.

Rivadeneyra partió y don Alvaro llamó á uno de sus caballeros nombrado Juan de Luna.

—Escucha, le dijo el condestable: he pensado matar á Alonso Perez de Vivero, para lo cual le he mandado llamar; quiero que tu y Rivadeneira le mateis.

—¿Y cómo, señor? dijo sin vacilar Juan de Luna.

El condestable le llevó al arco que habia mirado antes, é hizo notar á Luna que la balaustrada de madera estaba desclavada, aunque no lo parecia.

—Comprendo, dijo Luna; y será como deseais, señor.

. . . .

Y segun el deseo del condestable fué: antes del oscurecer una multitud de vecinos de Búrgos, se agrupaban al rededor de un cadáver, cuya cabeza á pesar de estar destrozada, dejaba conocer á Alonso Perez de Vivero.

Junto á él, habia una balaustrada cuya falta se notaba en uno de los arcos de la torre del palacio del condestable.



—Ha sido una horrible desgracia, decian Rivadeneyra, Juan de Luna, y algunos pages que habian acudido con criados para levantar el cadáver del contador mayor; este desdichado caballero estaba en la torre, se apoyó en el balaustre que falseó, y cayó. Su señoría el condestable está sin consuelo, porque amaba mucho á este caballero.

Tales fueron los estremos, tales los fingimientos, que todo el mundo creyó que aquella no habia sido mas que una desgracia imprevista; pero cuando llegaron estas noticias al rey que estaba en la Iglesia Mayor en el oficio de tinieblas, murmuró todo trémulo:

—Has llegado á la sangre, maestre; acaso conoces los secretos que habia entre Alonso Perez de Vivero y yo... pero

te afirmo que tu sangre no tardará en pagar la de Alonso Perez.

Y saliendo de la iglesia, se fué al alcázar, y mandó llamar á don Juan Pacheco.



De como los enemigos de don Alvaro pudieron decir que aquel que mas alto sube, mayor golpe da al caer.

Pasaron algunos dias en una calma profunda. Don Alvaro á quien siempre, y en las situaciones mas difíciles, habia sostenido su fuerza de voluntad, al notar aquella calma creyó que habia dado un golpe decisivo con la muerte de Alonso Perez de Vivero, y que nada tenia ya que temer de sus enemigos aterrados. El rey le trataba como siempre, la reina le hablaba sin repugnancia, el marqués de Villena le sonreia, el príncipe don Enrique le adulaba, el arzobispo de Toledo se mostraba con él cortés y comunicativo, y don Pedro Giron habia prescindido para con él de lo feroz de su carácter. Don Alvaro se encontró de nuevo rodeado de una corte sumisa, en que todos los semblantes se le mostraban benévolos. Solo habia para él un rostro grave y cuidadoso, y una voz que le decia á vuelta de una sonrisa compasiva:

—No os durmais sobre el volcan, señor condestadle: desconfiad.

Aquel semblante, aquella sonrisa, y aquellas palabras eran de doña Mencía de Padilla.

Pero como la hermosa dama tenia una fama terrible de intrigante, en vez de escuchar el condestable sus palabras

en buen sentido las creia un lazo, y muchas veces don Alvaro despues de agradecer su buena voluntad á doña Mencía murmuraba para sí:

—Esta buena señora tiene la manía de pensar siempre al contrario de los demas: cuando todos son enemigos mios, ella me ayuda; cuando todos me ayudan, ó se resignan, ella se muestra disgustada y recelosa.

Contando, pues, con el carácter que en doña Mencía creaba el condestable, el aspecto de la eterna conspiradora era para él una seguridad.

Esto consistia en que el rey por la primera vez de su vida, tenia carácter, era prudente, y preparaba en silencio el golpe.

Si don Alvaro hubiera podido leer en el alma de su alteza, se hubiera estremecido, ó mejor dicho, hubiera tomado tan á tiempo sus medidas, que hubiera sido muy dificil dar con él en tierra.

El rey lo habia perdonado todo á su favorito, su dominacion, la dureza de su carácter, la ambicion con que habia arrebatado, bajo el título especioso de donacion una tras otra villa, uno tras otro castillo al patrimonio real, hasta el punto de poseer estados que desde tiempo inmemorial habian venido siendo el dote de las reinas de Castilla, como Arévalo Montalvan y otras villas, y de contar en sus estados particulares una ciudad tal como Trujillo, en la cual habia vinculado uno de sus títulos de duque: el rey se lo habia permitido todo á don Alvaro; le habia puesto su corona en la cabeza; pero lo que el rey no podia perdonarle ni le perdonaba, era que hubiese ocupado y mancillado el tálamo real y que hubiese llegado hasta el punto de tratar de su muerte con una reina adúltera.

Barba–larga al entregar á Alonso Perez aquellas terribles pruebas, le habian entregado, en efecto, la cabeza del condestable.

Nada de esto sabia don Alvaro: recordaba, es verdad, algunas veces con terror, que habia perdido aquel retrato y

aquellas cartas; pero como habia trascurrido tanto tiempo desde su pérdida, y nadie las habia entregado al rey, el condestable las daba por enteramente perdidas.

La historia demuestra casi constantemente, que nunca los grandes hombres de estado se han creido mas seguros que en la víspera de su caida: acaso nunca se creyó mas asegurado en la cumbre de su insensata fortuna Bonaparte, que la víspera de Waterloo.

Es tambien de notar que todas esas grandes caidas han sido preparadas por la envidia y consumadas por la traicion.

Al mismo tiempo que el rey se mostraba mas afable y mas descuidado que nunca con don Alvaro, obraba á socapa de una manera activa. La corte, como hemos dicho, estaba en Búrgos, y era alcaide del castillo de la ciudad Iñigo de Zúñiga, sobrino de don Pedro de Zúñiga, conde de Plasencia: otro sobrino del conde, Alvaro de Zúñiga, era guarda mayor del rey.

A estos tres hombres enemigos irreconciliables de don Alvaro, confió el rey la egecucion de su venganza.

Vinieron recatadamente hombres de armas al castillo, preparóse todo, y al fin llegó el martes de Pascua de resurrecion de 1453.

Encontrábanse en Búrgos el conde de Plasencia, Diego Lopez de Zúñiga, su hermano, y los hijos de este, Alvaro é Iñigo, este último alcaide del castillo.

No se hicieron, sin embargo, de una manera tan secreta, estos preparativos, que algunos leales servidores del condestable, entre ellos Fernando de Sese, Gonzalo Chacon, y Fernando de Rivadeneyra, no se apercibiesen de ello y avisasen á don Alvaro.

Por el momento maravillado y cuidadoso con aquellas nuevas, mandó ensillar los caballos, y reunir el mayor número de hombres de armas que fuese posible, para marchar á Escalona, y hacerse fuerte en su castillo. Sin embargo, fuese pór esceso de confianza, fuese por una fatalidad que no se

comprende, el condestable deshizo estos preparativos en mal hora.

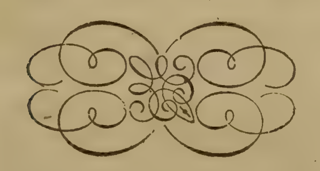
Y decimos en mal hora, porque al amanecer del miercoles de Ceniza, apareció en la calle un escuadron de hombres de armas, en número de doscientos, con un pendon tendido al aire, tocando, segun dice la crónica, *dos trompetas bastardas* y precedido de un andrajoso populacho que gritaba:

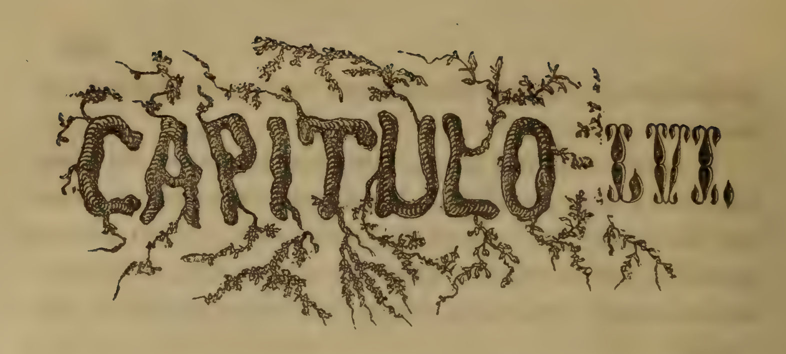
—¡Castilla! ¡Castilla! ¡mueran los traidores!

A este estruendo de cabalgaduras, armas y voces, el condestable dejó el lecho y quiso ponerse en defensa, pero era tarde: cercáronle la casa, se la combatieron, fueron y vinieron mensages del condestable al rey, y respuestas del rey al condestable, y, al fin, don Alvaro se entregó preso, despues de haber recibido un seguro del rey, en que se garantizaba su vida y sus bienes, y en que se espresaba que su prision solo era para calmar algunas alteraciones que habian nacido en el reino.

Don Alvaro, pues, fuertemente resguardado por Iñigo de Zúñiga, fué conducido preso al castillo de Portillo, y la corte, contenta, porque al fin habia logrado dar un golpe de estado, se trasladó á Valladolid.

Don Alvaro tenia aun esperanzas, pero estas esperanzas debian desvanecerse muy pronto: su caida solo podia compararse á su elevacion: era si se quiere aun de mayor bulto, y tanto, que tenia aterrados hasta á sus mismos enemigos.





De lo que hacian entre tanto Teresa, Jimeno y don Fadrique.

DESDE el momento en que la corte, ó por mejor decir, desde el momento en que los confederados se encontraron seguros con la prision de don Alvaro, volvieron las fiestas, y los saraos, y los obsequios.

Cierto es que la villa de Escalona, se sublevó al saber la prision del condestable: pero fué á ella Diego Lopez de Zúñiga, con algunas lanzas, escaladores é ingenios, y la redujo á entregarse en un breve plazo, despues de lo cual no se pensó en mas que en ver de qué modo se deshacian de don Alvaro.

Don Juan de Albornoz habia sido uno de los caballeros mas leales al condestable; se habia batido como un leon, habia escapado por un milagro, y habia vuelto encubierto á Valladolid: buscábanle por todas partes, pero no se le encontraba: le habia amparado el amor; solo una persona sabia el lugar de su retiro, y aquella persona era don Fadrique de Lara, que á fuerza de oro, corrompiendo á uno de los criados de Teresa, habia logrado que las puertas de la casa de su esposa se abriesen, para él de una manera oculta.

En la casa de Teresa era donde estaba escondido Jimeno.

De suponer era que amándose como ambos jóvenes se amaban, la proximidad, el misterio, la soledad, les hiciesen olvidarse de sus deberes: sin embargo, Jimeno era un hombre de honor, y el honor le contenia. Teresa era una

muger de talento, comprendia que solo el tiempo podria vencer los escrúpulos de su amante, y esperaba

Pasaron asi dias y dias. Entre tanto don Pero de Aguirre, perseguido tambien por su afeccion al condestable, se habia visto obligado á huir con su hija doña Elvira y á guarecerse en las ruinas del castillo de Juan-sin-alma, bajo el amparo y la esperiencia de Barba-larga.

Don Fadrique, oculto de dia en el meson del Gato, salia por la noche, entraba subrepticiamente por un postigo en casa de Teresa, y seguia observando: nada aun tenia que castigar; Teresa y Jimeno se trataban como dos nobles parientes, y una demostracion por parte de don Fadrique hubiera sido ridícula; pero el receloso marido comprendia que entrambos se amaban, y que llegaria un dia en que olvidados de todo, diesen un ancho campo á su venganza.

Aquel dia llegó, porque debia llegar: porque se conjuraban para ellos los acontecimientos, los hombres, y las cosas: el proceso del condestable puesto en manos del doctor Juan de Velazquez y de otros once jueces, fué llevado adelante con una rapidez escandalosa, saltando por cima del derecho de la jurisdiccion, de las leyes, en fin, hasta llegar á producir sentencia de muerte contra don Alvaro, que era el fin que se proponian sus enemigos.

La noticia de esta sentencia, aterró á los amigos del condestable: los que á tanto se atrevian contra aquel hombre tan poderoso y tan temido, eran capaces de todo.

Era la noche del 21 de junio del mismo año, á la hora de la queda, cuando por la puerta de Madrid, camino de Portillo, entró en Valladolid, entre una concurrencia muda de asombro, un terrible cortejo: componíalo un escuadron de hombres de armas, á cuya cabeza iba Diego Lopez de Zúñiga, junto á un alferez que llevaba el pendon real: en seguida venia vestido de negro, y cercado de alguaciles, el doctor Hernando Diaz de Toledo, oidor, refrendario y secretario del rey, y despues, entre dos religiosos, uno de los cuales era el maestre fray Alonso de Espina, franciscano, célebre predica-

dor y teólogo de aquellos tiempos, venia con asombro y terror general, montado en una mula negra con gualdrapas de negra bayeta, vestido asimismo de negro , sin armas y preso, el condestable don Alvaro de Luna, el mismo hombre á quien los castellanos habian temido y reverenciado mas que al rey; que por su fausto y grandeza habia igualado y aun escedido á los mas poderosos príncipes.

Desengaño era este de la suerte, capaz de poner espanto al mas confiado en su fortuna. El condestable, sin embargo, si no iba orgulloso y altivo, cosa que no hubiera convenido á la situacion del momento, iba sereno hablando naturalmente con el padre Espina, que se mostraba consternado, pálido, y obligado á hacer grandes esfuerzos para que las lágrimas no le brotasen á las ojos.

Verdad es que el buen religioso habia apurado en el camino un trago amarguísimo : cuando el condestable salió del castillo de Portillo donde estaba preso, no creyó que el fin de su vida estaba tan próximo, ni aun habia pensado formalmente en que el rey pudiese llegar á tal caso; pero como á la mitad del camino le dijo el padre Espina, empezando su conversacion, á manera de predicador, con grandes circunloquios y rodeos.

—Notorio es, señor don Alvaro, que las cosas de este mundo son como movediza arena, que no tiene estabilidad ni asiento, y allá van donde el aire las lleva; por lo que todos los que algo esperimentados en las cosas del mundo somos, dejando las vanidades falsas y engañosas, ponemos nuestra fé y nuestra esperanza en Dios, que es inmutable, y que no se engaña ni puede engañarnos.

—Padre, dijo el condestable disimulando la turbacion que le causaron las palabras del fraile; bien sabeis que cristiano soy, y que abajo de Dios en nada firme creo, antes bien que todas las cosas de este mundo son mentirosas y perecederas; y como yo bien sé, que vuesamerced cumplidamente conoce mi cristiandad, quisiera que buena y lisamente me dijese, sin que le empache temor de lastimarme el espíritu, si será

ya bien poner este pobre y combatido espíritu, en disposicion de que pueda presentarse á Dios con seguridad de salvacion, mediante su misericordia.

—Siempre, dijo el religioso, debe estar el hombre prevenido para hacer su viage, y mucho mas aquellos que se encuentran presos.

—¿Quiere decir sin duda vuesamerced, que el rey mi señor, ha dispuesto como puede de mi vida?

—Señor condestable, los reyes representan á Dios sobre la tierra y...

Calló turbado y trémulo el buen religioso, asomóse á sus ojos el llanto, y como volviese la cabeza para que en él no reparase don Alvaro, este le dijo:

—No habla vuesamerced, padre, con una débil hembra, ni con mancebo que esté tan apegado á la vida que le sea dificultoso y agrio despedirse de ella: hombre soy que cuento sesenta y tres años, y durante ellos, y cuando era mas mozo he visto muchas veces la horrenda faz á la muerte en servicio del rey, sin que la muerte me espante, ni haga volver atrás; puede bien vuesamerced acabar sin lágrimas que no hay para qué; que yo me daré por muy satisfecho y recompensado, si tan grande nueva me viene por una boca tan acostumbrada á decir palabras de santidad y á consolar afligidos.

—Pues ello es cierto, señor don Alvaro, dijo el religioso haciendo esfuerzos para que no se le atragantasen las palabras; y si cierto es, á no ser que Dios disponga otra cosa, que el rey ha decretado vuestra muerte, aprovechemos el tiempo, y oigamos su confesion, que como de hombre tan poderoso, y que tantas cosas graves ha tenido á su cargo, debe ser larga y trabajosa.

Alzó don Alvaro los ojos al cielo al escuchar este ultimatum, y soltando un gran suspiro dijo con la voz serena, aunque tartamudeando un tanto, lo que queria decir que no estaba enteramente limpio de cólera, cosa á pesar del trance disculpable en su condicion:

—¡Bendito tú seas, Dios y Señor que riges y gobiernas el mundo! (1)

«*E consiguientemente*, dice la crónica, *rogó con mucha* «*aficcion al religioso que non le dexasse, nin se partiesse* «*dél fasta el passo de la muerte.... E alli por el camino* «*donde iban, iba el buen Maestre escodriñando su consciencia*, «*é comenzó de fablar con el Maestro Alfonso Espina en peni-* «*tencia, é de le confessar é manifestar sus pecados, en tanto* «*cuanto por estonce duró el caminar, que serian casi dos le-* «*guas de camino, las cuales andovieron mucho á passo é de* «*gran bagar, fablando todavia en su confission... E despues* «*que ya eran cerca de la villa* (Valladolid) *dejando á la hora* «*de mas fablar en el sacramento de la confission, non se par-* «*ten de cerca dél aquel venerable Religioso, é otro compañero* »*suyo*.»

Nunca se mostró mas grande el condestable que presentándose sereno, esforzado y digno en aquel terrible trance, delante de un pueblo que le habia visto hacia muy poco tiempo en el apogeo de su grandeza.

Aquella triste comitiva atravesó lentamente la villa entre un silencio lúgubre, hasta llegar á la calle de Francos y á la casa de Alonso de Zúñiga, en cuyo piso bajo estaba preparada su última prision al condestable.

Las lanzas entraron en el patio, quedaron algunas de ellas de guardia á la puerta, y delante de ella un gentío inmenso, que dudaba si lo que veia era realidad ó sueño: tan monstruosa parecia la caida del condestable.

Al poco tiempo de haberse agrupado la multitud delante de la casa de Alonso de Zúñiga, se separó de ella un bulto rebozado murmurando:

—Tú perecerás mañana, buen caballero, pero juro á Dios que no será la tuya la única sangre noble que se vierta: lo juro por mi honor.

Y despues de estas misteriosas palabras, el encubierto

(1) Histórico.

tomó á buen paso las calles adelante y no paró hasta llegar á una estrecha y oscura, y delante de un postigo: tocó á él recatadamente con la mano, se abrió el postigo, el bulto entró y la calleja quedó de nuevo desierta.



De como quien tiene criados no puede hablar en su casa en secreto.

En una habitacion de aquella casa habia dos personas, Teresa y Jimeno: habia ademas otra, pero oculta, y de cuya presencia no tenian noticia las otras dos: aquel hombre era el mismo encubierto que acababa de llegar desde la calle de Francos, que habia entrado por el postigo, y á quien un page acababa de ocultar tras un tapiz.

Teresa estaba sentada en un estrado; don Juan de Albornoz parecia acabado de llegar.

—¿Con que no hay esperanza? dijo Teresa.

—Ninguna, respondió Jimeno: rebozado, oculto, temiendo ser reconocido he logrado llegar á un puesto, desde donde le he visto revuelto entre la multitud: iba tranquilo, sereno, como si en vez de acercarse á la tumba, fuese su entrada una marcha triunfal.

—¡A la tumba! esclamó Teresa; acaso nos equivoquemos: seis veces don Alvaro ha parecido humillado por la fortuna, y se ha levantado de nuevo con mas fuerza: ademas, cuando se dió á prision, el rey le otorgó un seguro de su vida y estado.

—Y ya ves, Teresa, de que ha servido ese seguro Escalona se ha entregado al rey: la condesa doña Juana Pimentel, está con guardas de vista: don Juan de Luna, que podria amparar á su padre, herido: mi suegro don Pero de Aguirre fugitivo, con Elvira; tu esposo Fadrique de Lara...

—¿Y qué nos importan ni Fadrique ni Elvira?

—¡Oh! esclamó Jimeno.... ¡cómo olvidar!...

—Sí, sí, es necesario olvidar: considerar como un sueño los seis años que han pasado por nosotros: durante esos seis años, hemos visto cosas terribles, y al cabo nos encontramos como al principio.... pobres, porque los enemigos del condestable se ensañarán en sus amigos, te arancarán, me arrancarán, nuestras tierras, nuestros castillos... yo lo he previsto esto; he reunido cuanto oro he podido; aun tengo entero el tesoro de mi madre, y mira... debemos huir... olvidarlo todo; no vivir sino para nosotros mismos... te detenia el honor.. . pues bien, si tu desapareces ahora, todo el mundo creerá que huyes de tus enemigos.... si tardas, supondrán que has sucumbido á una venganza, porque todo puede suponerse en esta época de infamias.

—¡Huir contigo! ¡huir! esclamó aturdido Jimeno.

—Sí, huir y olvidar: en otra tierra lejana, estrangera, podremos vivir sin temor, el uno para el otro: tu me amas y yo te amo... ¿qué nos importan los demas?

—¿Y no has pensado en tus hijos, Teresa?

—Yo haré robar á mis hijos, antes de salir de Castilla, y mis hijos lo serán tuyos, Jimeno.

—¡Pero Fadrique! el desdichado Fadrique que te ama!

—Fadrique obró conmigo como un mal caballero; me obligó... yo no consentí en ser su esposa sino á la fuerza, por cubrir la infamia que habia arrojado sobre mí: Fadrique no puede quejarse.

—¡Oh, Teresa, Teresa! estamos malditos de Dios, esclamó.

—No; dí mas bien que eres cobarde.

—¡Cobarde!



D. Juan II
lám. 19

—Sí, cobarde; te sacrificas por temor: mañana te verás obligado á partir, acaso esta misma noche; permanecer aqui seria una imprudencia; la traicion de un criado podria vender tu cabeza: acuérdate de que has desnudado tu espada contra el pendon real.

—Ese pendon estaba conducido por traidores.

—Pero los traidores mandan hoy y mandarán con mas fuerza mañana: esos traidores jamás perdonarán á los amigos del condestable... si permaneces aqui estás espuesto á morir... sí, y esto es horrible... si huyes solo te espones á no volverme á ver mas, y esto es horrible tambien.

—Horrible, sí; muy horrible: esclamó consternado Jimeno.

—Pues bien, yo como esposa de otro amigo del condestable no puedo permanecer aqui; huyamos juntos, alejémonos de esta tierra de maldiciones en que tantos dolores hemos probado; y en otro pais solos, entregados á nuestro amor...

Y Teresa acabó su frase posando una mirada como nunca habia partido de sus ojos en los de Jimeno.

—Sí, huyamos de aqui, dijo Jimeno enteramente enloquecido por aquella mirada, arrastrado por las circunstancias, cediendo ya á un amor con el que habia luchado poderosamente, y que al fin le vencia.

Oyóse entonces un sordo gemido, y pasos que se alejaban.

—¿Has oido? esclamó Jimeno levantándose.

—¿Que si he oido? esclamó Teresa... no... ¿y qué habia de oir?...

—Un profundo suspiro y pasos.

—El viento acaso que agite las ventanas.

En efecto, el viento zumbaba fuera, como si la naturaleza gimiese por la mala ventura del hombre que al dia siguiente iba á morir.

Jimeno se tranquilizó y creyó haberse engañado; pero no habia sido el viento: al escuchar la determinacion de fuga

de los dos amantes, el hombre que estaba tras los tapices habia ahogado un gemido, y se habia retirado bruscamente de su acechadero.

Atravesó una galería oscura, y al fin de ella una voz contenida le dijo:

—¿Sois vos, señor?

—Sí, sí; yo soy, ábreme el postigo.

Oyéronse otros pasos que se unieron á los del encubierto, bajaron unas escaleras, se abrió un postigo y el encubierto salió: dirigióse apresuradamente al meson del Gato, ensilló por su propia mano un caballo, llevó consigo á un escudero, y haciéndole esperar con su cabalgadura á alguna distancia de la casa de Teresa, se puso á observarla desde una esquina.

Poco antes del amanecer se abrió la puerta principal de aquella casa, viéronse entrar y salir criados, y al fin aparecieron algunas acémilas cargadas, luego una litera, y junto á ella un ginete embozado.

Entonces el encubierto fué al lugar donde habia dejado el caballo, le tomó de manos del escudero, montó y siguió á la cabalgata que habia salido de casa de Teresa.

Aquella cabalgata llegó á la puerta de Madrid que acababa de abrirse, y salió: tras ella, á larga distancia, salió el ginete encubierto.

Siguieron adelante, y á poco trecho tomaron el camino del Abrojo, pasando harto de prisa, y sin detenerse, por delante del cortijo de Alvar Garcés.

El encubierto siguió siempre á larguísima distancia hasta que los fugitivos entraron en el bosque: entonces picó á su caballo y en breve espacio los alcanzó.

Al sentir el ruido de la carrera de un caballo Jimeno se detuvo y se detuvo la cabalgata.

—Seguid, seguid, dijo el valiente jóven; es un hombre solo.

—¿Pero qué quiere ese hombre? dijo Teresa asomando la cabeza por la portezuela de la litera.

—Ese hombre, señora, esclamó el encubierto que acababa de llegar, quiere su honor.

Y desnudando con la rapidez del relámpago su espada avanzó hácia la litera con visibles intenciones de matar á Teresa.

Jimeno se le interpuso con la espada desnuda.

—¡Ah! ¡es verdad! quieres que principie por tí, miserable, esclamó el incógnito; á quien lo convulso de su voz no permitia que le reconociesen: pues bien, empezaré por tí; pero antes quiero que conozcas con cuánta razon quiero tu vida.

Y arrancándose el antifaz dejó ver su semblante: Jimeno palideció, y Teresa lanzó un grito de terror y se desmayó.

Aquel hombre era Fadrique de Lara.

Jimeno procuró dominar la situacion.

—¿Y querreis decirme, preguntó afectando severidad, qué significa esto de honor y de muerte? ¿estais loco, primo?

—El desmayo de esa muger, tu palidez, tu turbacion, lo torpe de tus mentidas palabras, son otras tantas respuestas.

—¡Que miento yo!

—¿Si mientes? y no solo mientes, sino que eres un infame.

—Ved lo que decís, primo, y no os prevalgais para insultarme de nuestro parentesco y de la presencia de vuestra esposa.

—Esa muger no es mi esposa, ni vos sois mi pariente, porque sois indigno de doña Elvira, mi prima. Defendeos, vive Dios, ú os mato como á un cobarde.

Y tras estas palabras saltó del caballo en tierra y se fué con la espada de punta hácia Jimeno, que evitó el golpe, y saltó en tierra.

Estaban en el mismo sitio en que seis años antes habia matado Juan de Villafranca á don Rodrigo de Sandoval.

Aunque habia allí algunos hombres todos callaban ater-

rados, porque todos eran criados de don Fadrique de Lara; circunscribíanse á atender al desmayo de su señora.

Los antes amigos y ahora convertidos en enemigos por una muger, se alejaron en tanto hasta perder de vista á los criados, ninguno de los cuales se atrevió á seguirles. Oyóse poco despues entre la espesura ruido de espadas que duró por mucho tiempo; Teresa volvió en sí y le oyó:

—¡Oh! estan riñendo, dijo; ¿y lo ois y no acudís? ¡cobardes! esclamó saltando de la litera aunque no se podia tener en pie; ¡seguidme! ¡seguidme! ¡es necesario evitar ese duelo!

Pero ninguno de los criados temerosos de don Fadrique, se movió.

Teresa adelantó, pero la aterró tambien el conocimiento de su deshonra y se detuvo: pero de repente lanzó un grito de alegria: aun resonaban las espadas y por una avenida de la selva desembocaba un montero: aquel montero era Barba-larga.

Teresa corrió á él.

—¡Oh! venid, venid, señor Iñigo, esclamó: van á matarse: se estan matando...

—¿Quién?

—Fadrique y Jimeno.

—¡Poderoso Dios! esclamó Barba-larga; ¡y detrás de mí vienen con sus criados don Pero de Aguirre y su hija!

—¿Y qué me importan ellos ni el mundo entero? esclamó desesperada Teresa: venid, venid y evitad ese horrible duelo.

Barba-larga siguió en paso apresurado á la jóven que se encaminaba hácia la espesura, donde se escuchaba aun el ruido de las espadas; pero de repente aquel ruido cesó, oyóse un grito de muerte, y poco despues apareció pálido, erizados los cabellos, estraviada la mirada, con la espada ensangrentada hasta los gavilanes don Fadrique de Lara.

—¡Ha muerto! esclamó con un acento indescribible Teresa.

—Me debia la honra que vale mas que la vida, señora, y se la he cobrado: yo debia completar el precio de esa honra

matándoos tambien; pero os desprecio: vivid.

Y envainando su espada y arrojándose por un momento en los brazos de Barba-larga, que no acertó á rechazarle de ellos, esclamó llorando:

—Adios, amigo mio, adios: aun la amo: sed vos su padre ya que yo no puedo ser su esposo.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, dijo Iñigo de Ayvar levantando los ojos y las manos al cielo.

Fadrique montó á caballo, y gritó á sus criados:

—¡Conmigo! ¡todos conmigo! ¡adelante!

Los criados siguieron á su señor, sin hacer la mas ligera observacion acerca de Teresa: Iñigo de Ayvar permaneció solo é irresoluto sobre el sendero, dudando si iria á amparar á Teresa que se habia lanzado al lugar de la catástrofe y cuyos gritos desesperados se oian, ó si retrocederia para impedir que don Pero de Aguirre y Elvira, á quien servia de esplorador, y que venian mas atrás, sobreviniesen.

En aquel conflicto, llevó como en otros tiempos la corneta á los labios y retumbó en la selva un toque de llamada.

En otros tiempos á aquel toque hubieran salido monteros de sus apostaderos: pero entonces no apareció ninguno.

—¡Oh! esclamó Barba-larga, arrojando con rabia su corneta: ¿para qué te quiero? ¡me habia olvidado de que estoy solo! ¡solo!... ¡solo!.. todo se ha derrumbado á mi al rededor; y el dia de la venganza, el gran dia en que va á caer sobre un tajo la cabeza del condestable, será para mí y para mis amigos un dia de luto y de amargura... Pero es necesario impedir, sí... sí... de todo punto.... pero ya es tarde... habrán oido esos horribles gritos... ¡ah!

Barba-larga se lanzó como un rayo á la espesura, y en un claro de ella, ensangrentada, loca frenética, encontró á Teresa sobre el cadáver de Jimeno.

Fué tan terrible aquel espectáculo para el buen montero, que quedó en el lugar desde donde lo habia visto inmóvil, aterrado, mudo.

—¡Jimeno! ¡Jimeno! esclamó al fin con una voz apagada por el llanto: ¡y yo te he visto nacer, y yo te he criado para verte asi!

Luego se acordó de que Elvira y don Pero se acercaban, corrió á Teresa, la asió, cargó con ella, y dió á correr en direccion opuesta al lugar por donde debia llegar don Pero, aunque tarde; el anciano caballero vió el cadáver de Jimeno, reconoció á Teresa, y al mismo tiempo que llegaba su hija doña Elvira, esclamó tendiendo los brazos á Teresa:

—¡Maldita seas, hija de la adúltera! ¡maldita! ¡maldita! ¡maldita!



CAPITULO LVIII.

De como don Juan el segundo dió su última muestra de debilidad.

La noche del 21 de junio, el rey no solo no durmió, sino que ni aun se acostó

Nunca se demostró tanto la debilidad y la vacilacion del rey. A la media noche un nuevo personaje entró en la cámara: el rey miró con espanto á aquel hombre; y no solo con espanto, sino con terror, un pergamino que traia enrollado en la mano.

Aquel hombre era el doctor Juan de Velazquez, uno de los jueces del condestable: el pergamino que traia en la mano era una sentencia de muerte.

El rey y el juez estaban solos, y reinaba un silencio tan profundo, que podian escucharse las palpitaciones del corazon del rey al acercarse aquel hombre.

—Y bien doctor, le dijo: ¿qué tenemos de nuevo? ¿han visto ya los letrados si se puede hacer algo en mi demanda?

—La demanda de vuestra alteza, señor, es misericordiosa, pero no debe usarse de la misericordia cuando falta á la justicia: don Alvaro de Luna está acusado de grandes crímenes, el menor de los cuales merece la muerte.

—Sí...sí... es verdad...pero matarle... ¡matarle! ¿no sabeis que le amo? ¡no sabeis que á pesar de todo!...

El rey se detuvo recordando las cartas de la reina doña María de Aragon al condestable.

—Pero en fin, dijo, sus mayores delitos los ha cometido contra mí... se le acusa de estar apoderado de la casa y estado real, de maleficios contra mi persona, de cohechos, de malas artes... pues bien, á pesar de eso, no me puedo resolver; me parece demasiado... creo que habria bastante con confiscarle sus bienes, sus estados, sus derechos: con quitarle el maestrazgo de Santiago, sus títulos, sus honores, y arrojarle de estos reinos como aconteció con el condestable don Rui Lopez Dávalos...

—A quien echó abajo de su puesto don Alvaro, sin razon ni justicia, observó cáusticamente el doctor, cometiendo uno de sus mayores delitos por su ambicion.

—Pero no le mató.

—No habia cometido crímenes que mereciesen la muerte.

—Tan apoderado estuvo Ruy Lopez Dávalos de mi padre el señor rey don Enrique, y despues de su muerte, de mi madre la señora reina doña Catalina, como don Alvaro ha estado, segun dicen, apoderado de mí.

—Don Alvaro tiene hechizado á vuestra alteza, esclamó el implacable doctor.

El rey tembló, porque era tal el afecto que sentia hácia don Alvaro, á pesar del trato tiránico que sobre él habia egercido, que parecia verdad lo del hechizo.

—Pues bien, dijo, encarándose con Juan de Velazquez y procurando parecer firme: yo no quiero que muera, y no morirá. ¿Lo entendeis? ¡Ola! ¿qué significa esto? ¡se pretende matar á don Alvaro porque me ha tiranizado y vosotros pretendeis tiranizarme! ¡qué! ¡no soy yo el rey!

—Indudablemente señor: pero antes que el rey está la justicia.

—Antes que el rey no hay nada, nada mas que Dios: gritó don Juan el segundo, ensayando torpemente una severidad y una firmeza que no sabia sostener, el rey no tiene que dar cuenta á nadie, á nadie mas que á Dios de lo justo ó de lo injusto de sus acciones.

—Castilla tiene fueros y libertades; esclamó con una firmeza, que ciertamente no era afectada, Juan de Velazquez: los fueros y las franquicias del reino, están bajo el amparo de la nobleza, del clero, de las universidades, del comun, de las córtes en fin: lo que el rey haga lo pueden deshacer las córtes, y nunca, nunca lo que las córtes hagan puede deshacerlo el rey.

El rey miró con estupor, casi con cuidado, á aquel hombre que hablaba tan alto en nombre de las libertades de Castilla, como si toda la nacion hubiese hablado por su boca... sin embargo, hizo un esfuerzo y esclamó:

—El reino representado por las córtes, me ha rendido juramento de fidelidad y pleito homenaje: me ha reconocido por su rey y su señor...

—Pero las córtes, representando al reino, antes de aclamaros, de reconoceros por rey; antes de poner en vuestras manos la espada de la justicia y de la guerra, os ha presentado dos libros abiertos: los Santos Evangelios y el fuero de Castilla: os ha hecho poner la diestra sobre el primero y os ha hecho jurar que guardariais fiel y cumplidamente lo escrito en el segundo; lo que han respetado y guardado los reyes vuestros abuelos; bajo esas condiciones Castilla os ha jurado rey, pero el dia en que falteis á ellas, Castilla se dará por libre de su juramento de vasallaje y de fidelidad, y eligirá otro nuevo señor en la descendencia de sus reyes: porque las córtes del reino son mas poderosos que el rey, y en todo caso cuando les faltase el derecho, les sobraria la fuerza.

—Es decir que esto es una rebeldía.

—No, no señor; pero la nobleza se ha apoderado de su enemigo natural; de un hombre que por espacio de veinticinco años ha sostenido ardiendo la guerra civil: de un hombre mas tirano y mas ambicioso cada dia, á quien si no se hiere en la cabeza, acabará por apoderarse del reino, y acaso, acaso por ser rey.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! os habeis empeñado en que muera.

—La muerte de don Alvaro de Luna es necesaria, precisa: si no lo fuera, los letrados que vuestra alteza ha nombrado para juzgarle...

—Son incompetentes, esclamó con avidez el rey: don Alvaro de Luna como gran maestre de Santiago es eclesiástico y solo puede condenarle la Iglesia.

—En circunstancias como las presentes se rompe por todo: don Alvaro es un enemigo del reino, y ya que se le tiene preso, es necesario no reparar en respetos ni en jurisdicciones de jueces que juzgarian de una manera tarda, que acaso podrian ser ganados por oro...

—Como vosotros por odio...

—Nosotros hemos fallado en justicia.

—¡La muerte!..

—Sí, la muerte... y aun hemos sido misericordiosos en el tenor de la sentencia.

—Sí, es verdad, dijo el rey... nada habeis hablado de degradacion; habeis mandado que se le mate sobre un cadalso enlutado, con cuchillo y no con cuerda, hacha ó instrumento de madera; habeis mandado que se ponga su cabeza en una picota para escarnio...

—Para escarmiento...

—Pues bien, habeis mandado en valde, dijo el rey; porque yo no firmaré esa sentencia.

—Y bien, dijo don Juan de Velazquez guardándola en una escarcela: no importa que no la firmeis: lo que importaba era tener asegurado y á buen recaudo al condestable, y lo está en tan buenas manos, que no le arrancarán de ellas todo el poder de todos los reyes del mundo, sino muerto.

Importa póco que no firmeis. Lás córtes del reino firmarán esta sentencia y acaso otra mas.

—¡Cómo! ¿te atreves á amenazarme, doctorcillo, envalentonado por los rebeldes? ¡eh! ¡eh! ¿qué es esto? ¿Crees que el rey, por mas que le llaman *el buen rey Juan*, no tiene todavia cerca de sí, gente bastante y sobrante, para azotar á un golilla desvergonzado? ¡Ola! ¡eh! ¡camareros! ¡á mí!

Abriéronse los tapices de una de las puertas y apareció una persona que hizo retroceder al rey lo que habia adelantado.

Aquella persona era la reina doña Isabel de Portugal.

—Y bien... ¿qué quereis aqui?.. señora... dijo todo trastornado el rey.

—Quiero, dijo la reina con altivez, que mireis no solo por la dignidad de vuestra corona, sino por la herencia de la infanta doña Isabel y del hijo que llevo en mis entrañas.

En efecto, la reina estaba en un estado visible de embarazo.

El rey miró por un momento de una manera insegura á la reina: luego sus ojos se animaron, brilló en ellos como una luz profética, y arrancando al doctor el pergamino que á la presencia de la reina habia vuelto á sacar de su escarcela, le estendió, y con una rabia febril escribió por debajo de la sentencia, que condenaba á muerte á don Alvaro: YO EL REY.

Luego teniendo entre sus manos trémulas el pergamino esclamó, dirigiéndose á la reina:

—Habeis matado al condestable, pero tened en cuenta señora, que al matarle habeis matado al padre de vuestros hijos.

Y entregando al doctor Juan de Velazquez el pergamino, salió apresuradamente de la cámara como si hubiera pretendido huir de sí mismo.

Atravesó algunas habitaciones, y al llegar á su recá-

mara se dejó caer desolado en un sillon y rompió á llorar como un niño.

—¡Con que es cosa concluida! dijo una voz ronca junto á él.

El rey levantó la cabeza, y á través de sus lágrimas vió delante de sí á su médico de cámara, el bachiller Fernan Gomez de Cibdadreal: un poco mas atrás estaba el insigne cordobés Juan de Mena.

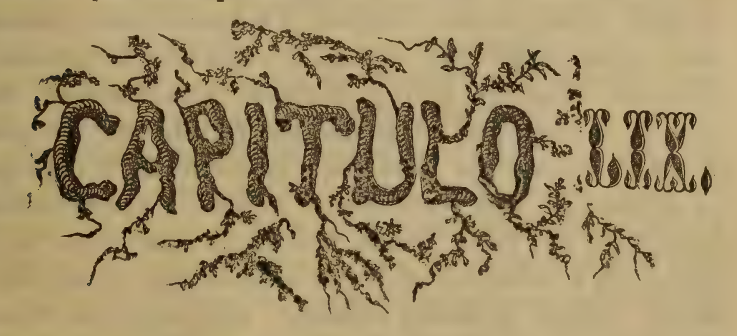
—Rogad á Dios por el condestable, amigos mios: dijo sollozando el rey.

—¡Oh! sí: están apoderados de él, y le temen demasido para no matarle, dijo Cibdadreal.

—Todo consiste en que no ha matado á tiempo: esclamó Juan de Mena.

Cuando el rey levantó la cabeza, el médico y el poeta habian desaparecido.

Don Juan el segundo se encontró solo, solo con su debilidad y su desesperacion.



De cómo fueron los últimos momentos del condestable.

En una cámara del piso bajo de la casa de Alonso de Zúñiga, delante de un altar en que ardian dos velas amarillas delante de un Cristo, habia un hombre arrodillado delante de otro que estaba en un sillon.

El arrodillado era el condestable, el otro maestro fray

Alonso de Espina, que con una caridad evangélica, no se habia apartado un momento del preso.

El condestable, acabó su última confesion: entonces el padre Espina se levantó, fué al altar, tomó de un copon una sagrada forma, y administró la comunion, á aquel anciano de sesenta y tres años, que se acercaba al sepulcro apoyado en el brazo de la religion.

Despues de esto, y de algunos momentos de recogimiento y de reposo, y mientras el padre Espina, doblegado por el sentimiento estaba replegado en un sillon, el condestable le dijo paseándose lentamente á lo largo de la cámara:

—En verdad padre y amigo, que el varon fuerte, no es en los peligros ni en las mayores empresas donde su fortaleza acredita, que bien sucede, que nuestra confianza ó nuestra saberbia, nos hace ver lejano, ó por lo menos, contingente el riesgo, y la esperanza nos engaña, y el corazon nos alíenta: pruébase mucho mejor el buen temple del alma en estos casos en que despues que los jueces y el rey han juzgado y sentenciado, ninguna esperanza queda, mucho mas cuando, como pasa por mí, y en la ocasion presente, todo esta aparejado, junto y dispuesto para la muerte. Mis amigos se regocijan: el pueblo maravillado por tan gran egemplo se congrega: el verdugo espantado de la obra que se le apareja, afila temblando el cuchillo, y puede decirse muy bien que todos tienen mas miedo que el que va á morir. En lo tocante á mí puedo asegurar que si esto digo, no es vanidad, ni interés mundano, sino porque me regocijo de probar que en este trance de la muerte, tan crudo para todos, y en especial, para el que pierde con la vida poder y riquezas, estoy contento y casi alegre, porque veo, que Dios compadecido de mí, me da al cabo paz, y descanso, y permite que pudiéndome acusar de grandes delitos que mancillarian mi memoria, que es la honra de mis hijos, me lleven á la muerte acusado de delitos que no he cometido. Que si yo hubiera obrado con deslealtad al rey mi señor, ni me viera en el lugar y caso en que me veo,

ni mis enemigos se regocijáran: que bien he tenido en mis manos, y mas de una vez, la vida y persona del rey, sin que nadie hubiera podido empacharme sino mi voluntad para tomarlas. Dios, sin embargo, me trata con misericordia, ahorrándome de purgatorio en la otra vida con el brevísimo martirio que en esta se me prepara, cuando bien pudiera haber sucedido que mis contrarios hubiesen dado fin á mi vida de una manera violenta y súbita, sin darme tiempo de levantar á Dios mi espíritu, ni de arrepentirme de lo malo que he obrado, y que cuento que me sea remitido en gracia de la manera de mi muerte, y de mi gran caida.

—Muy cristiano es cuanto acabais de decir, señor don Alvaro, contestó suspirando el padre Espina; pero paréceme que queda en vos algo de la mundana vanidad, inseparable del mortal barro, y yo creo que será bueno que recojamos el pensamiento, no sea que de razon en razon, demos de nuevo en la soberbia y la inquietud, máxime que ya, si no me engaño, ha llegado la hora del amargo tránsito, y de que se ponga á prueba vuestra fortaleza, en la que yo creo y espero que no faltará un solo momento.

En efecto, se oian pisadas de caballos en la calle, ruido de gentes que se agitaban y murmuraban, y producian un zumbido semejante al del mar agitado, ruido al que se unió muy pronto el de cerrojos y puertas que se abrian y se cerraban. Abrióse al fin la de la cámara y apareció, armado de todas armas, el jóven Diego Lopez de Zúñiga, tras el cual, entre cuatro ballesteros, venia, enteramente vestido de rojo, Juan de Villafranca, verdugo jurado de alta justicia del señor rey don Juan.

Y como Diego Lopez de Zúñiga anduviese con temores de hablar al condestable, cosa que se conocia claro en su palidez y en su temblor, don Alvaro le dijo:

—Nada habeis menester decirme mancebo, que yo no sepa: ahorrad pues de palabras que os costarian mucho trabajo, y tened en cuenta que me traeis la mayor nueva que me han dado en mi vida: esto es, que en breve plazo la

muerte va á abrirme las puertas de la gloria: escuchad empero algunas palabras, que como á jóven, y tales cuales si saliesen de un padre, voy á deciros: escarmentad en mí, y ved á qué fin y término pueden llegar las grandezas humanas, para que no os entregueis á los vanos consejos de la soberbia: oid ademas lo que sale de mis labios en palabras de verdad: yo os perdono la parte que habeis tenido en mi muerte: decid esto mismo á vuestro tio el conde de Plasencia, que le perdono y á todos sus amigos y compañeros: que una vez que Dios ha puesto en sus manos el gobierno de estos reinos, que sean tan leales al rey don Juan como yo lo he sido: á mas direis á su alteza que le perdono el cuasi parricidio que conmigo hace, y á la reina direis, que mis últimos momentos, deseo con todo mi corazon que no la pese de mi muerte. Ya que habeis oido esto, marchémonos caballero, marchémonos y ahorremos dilaciones que no son ni prudentes ni caritativas.

Y se encaminó hácia la puerta.

—Esperad, señor, esperad, dijo conmovido profundamente Zúñiga.

—¿Qué me quereis? dijo el condestable con la dignidad de un mártir que habiéndose levantado al cielo, desciende por un momento á la tierra.

—Quiero deciros, señor, que me bendigais, y acepteis mi arrepentimiento, dijo Zúñiga haciendo crugir su arnés al arrodillarse.

El condestable estendió sus manos sobre el yelmo de guerra del jóven, y le bendijo con voz conmovida.

Zúñiga se alzó. Entonces tuvo lugar un incidente sombrío, el verdugo, ó por mejor decir Juan de Villafranca, adelantó y se arrodilló grotescamente delante del condestable.

—¿Qué quiere este hombre? dijo don Alvaro.

—Yo soy mandado, señor: dijo con un acento en que vibraba una feroz alegria: no soy yo, sino la ley quien te va á matar; perdóname.

Al levantar el verdugo su mirada, al posarla sobre don

Alvaro, este parecia entrever como en un sueño una terrible historia del pasado: tembló un momento, y luego dominándose y quedando perfectamente sereno, dijo acercándose al verdugo en un acento que solo pudo ser oido por él:

—Sí, sí en verdad, necesitais de todo mi perdon, de toda mi generosidad, señor Juan de Villafranca, y os perdono con toda mi alma; sabed sin embargo, que si yo os mandé ahorcar obré en justicia; y que vos no habeis tenido ninguna razon para vuestra venganza. ¡Quiera Dios que en su justicia, á pesar de mi sincero perdon, no haga caer mi sangre sobre vuestra cabeza!

El verdugo se alzó temblando: miró frente á frente á don Alvaro, palideció y huyó... cuando los soldados quisieron seguirle no pudieron dar con él: Juan de Villafranca habia desaparecido y fué necesario que se encargase de la justicia un cortador, á quien se pago á peso de oro.

Poco despues el condestable, atravesaba las calles de Valladolid rodeado de soldados y de alguaciles, entre los dos religiosos que no se habian separado de él desde su salida de Portillo. Delante del cortejo sonaba una trompeta en son ronco y desapacible. De tiempo en tiempo se detenia, y el pregonero, que llevaba delante de don Alvaro la sentencia puesta en una caña hendida, gritaba el pregon siguiente:

«*Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor el «rey á este cruel tirano por cuanti él con grande orgullo, «é soberbia, é loca osadia, é injuria de la real magestad, «la cual tiene lugar de Dios en la tierra, se apoderó de la «casa, é corte, é palacio del rey nuestro señor, usurpando el «lugar, que no era suyo, ni le pertenecia: é hizo é cometió «en deservicio de nuestro señor Dios, é del dicho señor rey, «é menguamiento y abaxamiento de su persona y dignidad, «y del estado y corónica real, y en gran daño y deservicio «de la corona y patrimonio, y perturbacion y mengua de la «justicia, muchos y diversos crímenes, y escesos, delitos, «maleficios, tiranias y cohechos. En pena de lo cual le*

«manda degollar; porque la justicia de Dios y del rey sea «ejecutada, y á todos sea exemplo, que no se atrevan á «hacer; ni cometan tales ni semejantes cosas. Quien tal ha- »ce que asi lo pague.» (1)

A pesar de este pregon el condestable se hacia admirar de las gentes que se agolpaban en la carrera: iba tan sereno, tan tranquilo, casi tan alegre, (segun dice un cronista) *como de los mártires se cuenta que iban con alegre cara á rescibir martirio é muerte por la fé de Jesu-Cristo.*

El cadalso, enlutado con bayetas negras como convenia á un tan gran señor, estaba levantado á una gran altura en la plaza del Ochavo, inclinado á la parte donde se alzaba aun la casita de madera, donde habia vivido Rebeca, la infortunada amante de Juan de Villafranca; sus ventanas estaban ocupadas por algunos alegres jóvenes, que estaban muy distantes de sospechar la relacion que existia entre aquella casa y el cadalso.

Cuando el condestable llegó al pie de él, descabalgó de la mula, dejó una larga capa negra, que llevaba sobre las ropas, á su page Morales, que le habia seguido lloroso, y subiendo las gradas con paso firme, como le siguiese el niño llorando, se volvió á él y le dijo:

—No llores, hijo mio, que este dia, mas que afrenta, es de victoria, y mas que de lágrimas de bienaventuranza; toma, le dijo, quitándose su anillo de sellar y su sombrero; toma, y consérvalo en memoria mia: esto es lo postrero que te puedo dar.

Y acabó de subir las gradas: cuando estuvo en lo alto miró sosegadamente en torno suyo á la muchedumbre que llenaba la plaza, y como por acaso tropezase su vista con una escarpia puesta junto al tajo en que habia un gancho de hierro, dijo al que hacia de verdugo:

(1) Copiado á la letra del pregon original: Crónica del condestable: apéndices: página 462.

—¿Para qué es eso?

—Para poner vuestra cabeza, señor, despues que os la haya cortado, dijo el sayon.



—Despues de yo muerto, replicó don Alvaro, del cuerpo haz á tu antojo, que al varon fuerte ni la muerte puede ser afrentosa, ni antes de tiempo y razon al que tantas honras ha alcanzado.

Como viese por acaso junto al cadalso á Barrasa, caballerizo del príncipe, le dijo:

—Id y decid al príncipe don Enrique de mi parte que en recompensar á sus criados no siga este egemplo del rey su padre.

Despues, como el verdugo le dijese que era necesario atarle los pulgares, se arrancó unas agujetas del traje, y se dejó atar. Luego, luego el cuello sobre el tajo.

. . . .

. . . .

Asi murió uno de los señores mas poderosos de Espa—

ña, asombrando con su caida á cuantos fueron testigos de su grandeza.

El cuerpo de aquel hombre estuvo tres dias sobre el cadalso, y á su lado una vacia de barbero para recojer limosna con que enterrar á quien habia pesado por quintales el oro y las alhajas de sus tesoros, y su cabeza estuvo nueve dias en la picota.

Enterráronle en San Andrés, cementerio de los ajusticiados, si bien luego le trasladaron al convento de San Francisco, y de allí á la magnífica capilla de Santiago que él mismo habia hecho construir para su enterramiento en la catedral de Toledo.

. . . .

. . . .

Cuando aquella tarde fueron á buscar á Juan de Villafranca para prenderle por haberse negado, huyendo, á hacer justicia en el condestable, le encontraron ahorcado en su casa de las tapias del verdugo.



En el que se demuestran los resultados que tuvo la muerte de don Alvaro de Luna.

Era el veinte y cuatro de julio del año de mil cuatrocientos cincuenta y cuatro, trece meses y un dia despues de la muerte del condestable.

La corte estaba en Valladolid.

La reina habia dado poco antes á luz un infante á quien se habia puesto por nombre don Alonso.

En el discurso de aquel año, la profecía del condestable se habia cumplido; la reina doña Isabel habia comprendido, aunque tarde, que era preferible el altivo despotismo de don Alvaro, á las groseras intrigas, á los irritantes manejos de don Juan Pacheco, que se habia apoderado del gobierno á la sombra de las rebeldías del príncipe don Enrique.

Desde la muerte del condestable, don Juan el segundo cayó en una melancolía profunda que al fin degeneró en cuartanas: queria gobernar por sí mismo el reino apoyándose en el obispo de Cuenca, y en fray Gonzalo de Illesca, prior de Guadalupe, hombres de entereza y virtud, pero insuficientes para luchar con el partido del príncipe decidido á mandar á todo trance.

Recelosos de que la esterilidad, ó por mejor decir, la virtud de doña Blanca, no dando un sucesor á don Enrique que ya contaba por próxima la corona, diesen ocasion á los reyes de Navarra á entrometerse de una manera decidida en intrigas, que, como hemos dicho antes, podian causar la inhabilitacion de don Enrique para suceder en el trono, pensaron en el repudio de doña Blanca de Navarra y en un nuevo casamiento con doña Juana de Portugal, princesa de costumbres galantes, de carácter ligero, jóven é irreflexiva, en la cual no era dificil obtener un descendiente en la línea primogénita del rey don Juan.

Pero este repudio necesitaba justificarse: no se detuvo ni un momento en ello don Juan Pacheco: compró espléndidamente á algunos teólogos, y logró al fin que un tribunal presidido por don Luis de Acuña, administrador del obispado de Segovia, y por el cardenal don Juan de Cervantes, declarase que el repudio era justo y necesario, por existir entre los esposos impotencia respectiva, *debida á hechizos*, pretesto falso, puesto que segun dice Mariana, la verdad y la culpa era de su marido, que entregado á escesos, habia contraido una

impotencia que le hacia incapaz de tener hijos, ni aun muger en una doncella.

A pesar de esto, y de ser notorias y públicas las torpezas del príncipe, el Papa Nicolás V, consultado sobre el caso, no solo aprobó el repudio de doña Blanca, sino que con grande escándalo autorizó al príncipe para que se volviese á casar.

Doña Blanca habia nacido predestinada, y su vida no habia sido mas que un continuado martirio.

El dia veinticuatro de julio por la mañana se notaba un gran trafágo en la parte del alcázar habitada por la ex-princesa. Llena la repugnante ceremonia del repudio, nada tenia que hacer ya en Castilla. Su padre el rey don Juan de Aragon y de Navarra, habia enviado por ella al conde de Lerin, jefe de los beamonteses y partidario de doña Blanca, y la partida se preparaba.

En la cámara que habia ocupado doña Blanca, solo se veian fardos y cofres que algunos criados trasportaban á los carros que estaban en el patio.

Doña Blanca vestida de negro, de pie, inmóvil, parecia como el genio de la desolacion entre ruinas; doña Mencía de Padilla iba y venia, y hacia correr y sudar á su esposo el célebre Hernando de Carrillo: á un lado de la cámara, con el semblante sombrio y torbo, apoyado en una ventana, estaba el conde de Lerin, rugiendo entre dientes, humillado por el insulto que se hacia á una princesa de Navarra.

—Y bien, doña Mencía, dijo la princesa á su camarera en una de las ocasiones que entró en la cámara: ¿habeis visto á su señoría?

—Su señoría, es un infame, un miserable, eslamó con indignacion doña Mencía.

—¡Cómo! ¿se niega á verme... á recibir mi despedida?

—Me ha dicho con un sarcasmo que me ha irritado: ahorrémonos mútuamente una separacion dolorosa: decid á la princesa, que solo el deber de sacrificarme por la prosperidad de los reinos que heredaré si Dios es servido, es lo que ha podido hacerme consentir en nuestra separacion; pero

que mi amor será siempre para ella el de un hermano, ya que no puede ser, como yo quisiera, y como yo esperaba que pudiera ser, el de un esposo.

La desdichada doña Blanca rompió á llorar.

—Olvidad, señora, olvidad, la dijo doña Mencía; sois jóven, hermosa, delante de vos va la fama de vuestra virtud, y el mundo entero sabe lo que significa el que el príncipe don Enrique os haya repudiado: ese repudio os honra, ese repudio es mas que otra cosa, una infamia mas de esos hombres que estan apoderados de Castilla.

—Sí, sí, es necesario olvidar, olvidar que aqui he pasado una vida tranquila, en el retiro, alejada de las otras infamias de la corte de Navarra.

—Esas infamias, señora, dijo con energía el gefe beamonte, se vengarán con la ayuda de Dios y de nuestras lanzas, y el príncipe de Viana, el noble y valiente don Cárlos vuestro hermano, ocupará el trono de su madre la reina doña Blanca.

—Dios le libre de una traicion y nos libre á todos, dijo la princesa; hágase en fin su voluntad : es necesario concluir, señor conde: cada momento que paso en este alcázar es para mí un martirio, id y haced cabalgar: yo voy entre tanto á despedirme de mi buen padre el rey don Juan; él no me rechazará como me rechaza su hijo. Acompañadme mi buena amiga.

Y apoyándose en el brazo de doña Mencía, salió de la cámara y se encaminó á la del rey.

Al llegar á la antecámara se oyó un sordo rumor como de muchas voces que hablasen en ella de una manera contenida.

Doña Blanca se detuvo irresoluta:

—¡Oh! ¿qué hace ahi tanta gente? dijo; ¿se ha agravado acaso la enfermedad de su alteza?

—Su alteza, señora, dijo uno de los cortesanos que pasaba á punto, y oyó á la princesa, está en gran peligro: acaba de administrársele el viático, y su médico de cámara, Fernan Gomez de Cibdadreal, no se separa un momento de él.

—¡En peligro! ¡el viático! esclamó la princesa dejándose llevar de su cariño hácia el rey, y lanzándose en la antecámara, sin temor á las insolentes miradas de compasion que debia atraerla el escandaloso repudio del príncipe.

La antecámara estaba enteramente llena de cortesanos, rico—hombres, arzobispos, obispos, abades, todos con trages de ceremonia, como preparados á un gran acontecimiento, estaban mezclados, revueltos, divididos en grupos, empeñados en graves conversaciones: delante de la puerta de la cámara cuyas dos hojas estaban cerradas, se veia al rey de armas Avanguarda, con su avigarrado y resplandeciente trage de ceremonias tristemente apoyado en su estoque de oro, teniendo tras sí cuatro heraldos, asimismo vestidos de corte, con sus mazas de armas, sus dalmáticas blasonadas, y sus birretes orlados de plumas.

—¿Qué hace ese hombre ahí? dijo la princesa alentando apenas y señalando al rey de armas, ¿acaso ha muerto ya el rey?

—No, no señora: si el rey hubiera muerto, no estaria ahí el señor Avanguarda. Pero se prevee su muerte y no se quiere perder tiempo.

—¡Pero esto es horrible! esclamó la princesa; esa impaciencia en un hijo...

—Los reyes no tienen padres, ni hijos ni hermanos... un rey no es mas que rey, dijo profundamente doña Mencía: por lo demas, inútil es que queramos entrar; no nos lo permitirian.

—¡Que no me permitirian ver á mi buen padre don Juan! esclamó consternada la princesa; ¿y he de partir para siempre, sin darle mi último adios?

—Venid conmigo, señora, si no entramos por aqui, entraremos por otra parte, esclamó doña Mencía, arrastrando consigo á doña Blanca, y llevándola á través de otras habitaciones desiertas junto á una puertecilla que guardaba un doncel.

—No podeis pasar, señoras, dijo el jóven respetuosamente, pero interceptando la puerta.

—¡Que no podemos pasar, señor Gil de Robles! dijo doña Mencía encarándose al guarda; ¿y quién os ha dado esa órden?

—Baste que os diga, hermosa señora, que no podeis pasar, insistió el doncel; las órdenes que tengo...

—Pero esas órdenes no pueden estenderse á los príncipes de la familia, y á las damas de palacio.

—La reina se ha vuelto, señora, y eso que traia consigo á los infantes hijos del rey... y lloró, y se obstinó, y me ha dado un rato cruel: pero las órdenes...

—¿Y quién ha sido el salvage que ha dado esas órdenes? esclamó en voz alta doña Mencía, con decidida intencion de que la oyesen las personas que suponia tras de la puerta.

—¡Por Dios, señora! dijo Gil de Robles; si os oyesen...

—¿Y qué me importa que me oigan? ¡esto es un escándalo! ¿temen acaso que el rey á la hora de la muerte, á la vista de sus hijos y de su esposa, se acuerde de las rebeldías de don Enrique y le desherede? ¡vah! son demasiado cobardes el señor marqués de Villena y demas ralea; ¡no me importa que me oigan! y tan poco me importa, que soy capaz de salirme con mi marido á las calles de Valladolid, y decir á voz en grito que se quiere matar al rey sin luz y sin moscas.

Al acabar de decir doña Mencía estas palabras, abrióse la puertecilla, y apareció el marqués de Villena, que despues de mirar, como pretendiendo informarse de quién era quien se atrevia á hablar tan alto, dijo:

—¡Ah! ¿sois vos noble y hermosa señora, la que causais este escándalo?

—Creo señor marqués, dijo desdeñosamente doña Mencía, que la proximidad al mando, en que os pone la probabilidad de la muerte de su alteza, os hace olvidaros de todo, hasta del respeto que se debe á la desgracia, y la cortesanía con que todo caballero trata á una dama.

—¡Ah! ¡ah! dijo el marqués de Villena sonriendo; siempre sereis la misma. Y bien, ¿qué quereis? ¿qué deseais?

—No soy yo quien quiero, sino su señoría, respondió señalando á doña Blanca; su señoría á quien debeis algo de condescendencia y de galantería, aunque no sea mas que como una débil compensacion.

—Yo... en verdad... aprovecho esta ocasion para... barbotó todo turbado el marqués.

—Sí, aprovechadla para demostrar que no sois del todo malo, dijo doña Mencía.

—Pero en fin, ¿su señoría quiere ver al príncipe?...

—No, dijo con dignidad doña Blanca; yo jamás solicito una cosa dos veces... quiero ver al rey.

—Al rey... el rey... el rey se ocupa de su testamento.

—¡Ah! de su testamento, dijo doña Mencía; pues yo creo que para nada necesitais del testamento del rey, á no ser que por una sola vez en su vida, y cuando va á morir, tenga su alteza el señor rey don Juan el segundo, una sombra de voluntad.

—Ademas, dijo don Juan Pacheco, desentendiéndose en la cáustica observacion de doña Mencía: el príncipe don Enrique está en esa habitacion inmediata, y seria preciso que sus señorías se vieran, lo que no es prudente en la situacion en que se encuentran colocados.

—No, no, dijo doña Blanca; solo quiero ver al rey, cerraré los ojos al pasar por esa habitacion y no le veré... no... ni deseo verle...

Y doña Blanca lloraba.

—Esperad, esperad: creo que el rey ha acabado su testamento: sí en efecto: hé ahí al doctor Fernan Diaz de Toledo, que sale con el pliego cerrado y sellado... se dirige al príncipe... aprovechemos estos momentos... pasad, señora, pasad.

Pasó doña Blanca, y tras ella doña Mencía: la princesa procuraba no ver, pero á pesar de eso vió al príncipe don Enrique que hablaba con ansiedad con el secretario Fernan Diaz de Toledo junto á un balcon. El príncipe no la vió.

—Entrad, señora, entrad y presentaos como mejor os pa-

rezca, dijo el marqués á doña Blanca, levantando los tapices de la cámara real; el rey está moribundo: valeos del bachiller Cibdadreal ó del señor Juan de Mena, que le acompañan.

La princesa entró temblando, y doña Mencía quedó en la antecámara: en ella, sentado en un ángulo, en un sillon, estaba el maestre de Calatrava don Pedro Giron, guardando un silencio salvage. Al otro estremo de la cámara, como hemos dicho, estaba el príncipe don Enrique hablando de una manera ansiosa, con el secretario que acababa de recibir la última voluntad del rey.

Don Juan Pacheco ofreció un sillon á doña Mencía, que se sentó de mal talante.

—¿Con que decididamente, señora, dijo el marqués, no sois de los nuestros?

—¡Yo de los vuestros! ¡vaya en gracia! ¿y para qué me quereis?

—Para saber que no trabajareis en contra nuestra.

—¡Que yo no trabajaré en contra vuestra! esclamó acentuando y recalcando aquellas palabras doña Mencía; ¿tan poca confianza teneis en vosotros mismos, que os veis en el caso de temer á una muger?

—Las mugeres, cuando son verdaderas mugeres, son mas temibles que cien hombres fuertes.

—¿Y creeis que yo soy una de esas mugeres?

—Ya sabeis que nos conocemos, doña Mencía.

—Pues mirad, dado caso de que eso sea cierto, no debiais decírmelo.

—Soy franco con vos. Yo sé que el dia en que os decidais por un hombre...

—¡Le amaré! ¡le amaré con toda mi alma! ¿Pero dónde está ese hombre?

—Mi hermano, ó yo.

—Es decir, me proponeis con vuestro eterno descaro que sea vuestra querida.

—No por cierto: esposa de uno de los dos.

—¡Esposa! ¿y el pobre Hernando, mi buen Hernando?

—Un repudio... cuando no hubiese otro remedio.

—¡Un repudio! esclamó doña Mencía; pues mirad... sí... me parece que me conviene un repudio.

—Ya lo creo... y esposa de cualquiera de nosotros dos seriais reina de Castilla.

—Es el caso, que he recibido tantos desengaños desde hace algun tiempo, que si pienso en un reino, no es ciertamente en un reino de la tierra, sino en el de los cielos.

—¡Ah! ¿os habeis vuelto devota?

—Siempre he sido cristiana; y si yo entablo un repudio, no será ciertamente para casarme...

—...¿Sino para ser monja?

—Acaso, acaso: por lo pronto salgo de la corte con el corazon lastimado.

—Y... ¿á dónde vais?

—A Ubeda, á casa de mi noble tio el marqués de Santillana.

—Vos no podeis vivir sino en medio del bullicio... volvereis, señora, volvereis, y entonces veremos si sois nuestra amiga ó nuestra enemiga.

—Podrá suceder tambien que me meta monja en el convento de las Ursulinas de Jaen.

—¡Tanta hermosura sentenciada al claustro!

—Dejad vuestras galanterías, señor marqués: reparad que solo nos separa una pared de la muerte.

Oyóse entonces clara y distintamente un llanto desgarrador en la cámara real: todos los que ocupaban la antecámara, avanzaron hácia la puerta, incluso el príncipe don Enrique.

Abrióse entonces el tapiz, y la primera persona que apareció fué el bachiller Fernan Gomez de Cibdadreal, cuyo semblante se mostraba contraido y lloroso.

—¿Ha muerto el rey? le preguntó el príncipe con un acento de repugnante impaciencia.

—No, no, señor, contestó severamente el médico, deján-

dose ver por entero, y llevando de la mano á doña Blanca de Navarra: el rey no ha muerto aun, pero morirá muy en breve: el llanto que habeis oido era el resultado del dolor de su señoría; al despedirse, en tan crueles momentos, del que ha tenido por padre durante doce años.

Al ver á su repudiada esposa el príncipe retrocedió, contrariado, alzó los ojos doña Blanca y ahogó un grito de conmocion.

—¿Qiuén ha dejado entrar aqui á esta mujer? dijo con su habitual grosería don Enrique.

—No os impacienteis por eso, señor, dijo doña Blanca, alentando apenas, sostenida por un resto de noble orgullo: esta mujer, que no ha podido hacer vuestra felicidad, esta mujer, que os es tan enojosa, os deja: he querido daros el último á Dios, y os le doy. Quedad en paz, y que Dios os conceda tanta prosperidad como os deseo. Adios, señor, adios.

—En verdad, señora... que yo... esclamó el príncipe barbotando; y luego como avergonzado de su debilidad añadió, sonriendo con un sarcasmo cruel: en verdad que vos teneis la culpa del estado á que hemos venido: sois demasiado santa y escrupulosa para que pudierais darme hijos.

—¡Y vos sois un miserable! esclamó rápidamente doña Mencía al oido del príncipe mientras arrastraba consigo á doña Blanca.

Cuando don Enrique quiso contestar á doña Mencía, ya esta, atravesando las galerías del alcázar, llevando consigo á doña Blanca, murmuraba:

—¡Oh! ¡oh! don Juan ha sido un rey de copas, pero tu serás un rey de cieno... Y bien, ya que luché en vano contra el condestable, os venceré á vosotros... reinad, reinad en buen hora... alegraos... yo volveré.

Doña Blanca entró un momento en su cámara, y se vistió un trage de camino: luego escribió una larga carta y la entregó con algunas joyas á doña Mencía.

—¿Qué es esto, señora? la dijo su camarera.

—Una carta para el arcediano don Gonzalo de Arévalo: en ella le hablo de mi sobrina Blanca: estas joyas son para ella: ese collar para vos, para que le conserveis en memoria mia.

—¡Ah! señora, lo guardaré como la reliquia de una santa.

Y doña Mencía conmovida se arrojó en los brazos de doña Blanca, y la besó en la boca.

Las dos damas lloraron por un momento, la una en los brazos de la otra.

—No os convido á que me acompañeis, dijo la princesa, porque no se qué suerte me espera en la corte de mi padre... pero escribidme, al menos, segura de que cada carta vuestra será un consuelo para mí.

—¡Ah! señora, si no os acompaño, porque mi destino me une á Castilla, estad segura de que pronto ó tarde os vengaré.

—No, no: he olvidado mis ofensas... pero el corazon se me oprime dentro de estos muros: vamos doña Mencía, vamos.

Las dos jóvenes salieron de la cámara, bajaron solas una escalera de servicio, y en un estrecho patio encontraron una litera y la servidumbre que habia traido consigo el condestable de Navarra don Luis de Beamonte.

—Partamos, señora, partamos, esclamó el valiente jefe beamontes, porque me están dando intenciones de meterlo todo á barato, y apoderarme, con el centenar de lanzas que he traido, de la corona que se cae de la frente de don Juan el segundo.

—¡Oh! ¡desdichado! ¡desdichado rey! esclamó conmovida doña Blanca: dejemósle morir en paz: á caballo, señor condestable y partamos.

Abrazáronse por último la princesa y doña Mencía, entró la primera en su litera, y poco despues resguardada por el conde de Lerin salió de Valladolid por la puerta de Tudela.

Algo mas tarde doña Mencía, entrando en otra litera, se despedia de Hernando de Carrillo.

—Aqui os quedais, señor capitan del rey, le dijo: yo me marcho á Ubeda, antes que el rey muera; cuidad vos de ver donde poneis los pies: avisadme de todo... porque si caeis en mi desagrado os anuncio que lo pasareis mal.

—Descuidad, descuidad, señora: os tendré al corriente de cuanto suceda... ya podeis suponer vos lo que sucederá; asi supiera yo lo que ha de suceder entre nosotros.

—¿Quién sabe, Hernando? ¿quién sabe?

—¡Oh! decis bien: quién sabe cuando sereis mi mujer.

Doña Mencía, por una milagrosa escepcion, se dejó abrazar de su esposo y partió camino de Madrid.

Hernando de Carrillo tomó las escaleras arriba del alcázar murmurando:

—Vive Dios que estoy impaciente por cambiar de rey: paréceme que mi... mujer, se manejará mejor con don Juan Pacheco que con el condeslable: ¡pobre condestable! ¡ciertamente que suceden cosas milagrosas! quien ha visto degollar á don Alvaro, no puede desesperar de nada... sí... sí... yo que he visto eso, espero que algun dia esa mujer que no es mi mujer, y de quien estoy enamorado como un bruto, me hará al fin su marido... ello dirá.

Y entrándose en la antecámara principal se revolvió entre la corte que la llenaba.



La agonía de Don Juan el segundo.

ERAN las cinco de la tarde: la cámara donde agonizaba el rey estaba cercada á la redonda: en la antecámara principal, como hemos dicho, se agrupaba la corte: en la opuesta, esperaban el príncipe

don Enrique y los dos hermanos don Juan Pacheco y don Pedro Giron: últimamente, en la plaza, situada delante del alcázar, fijando la vista en un enorme balcon con balaustrada gótica de piedra, arcos dobles y calados, cerrados con unas enormes vidrieras de color en que brillaba enérjicamente el sol que descendia al ocaso; fijando en aquel balcon la vista, repetimos, se agrupaba en la plaza cuanto pueblo habia podido penetrar en ella, comprimido, estrujado, aprensado por sí mismo: sobre aquel compacto mar de cabezas zumbaba un rumor sordo, inarticulado, álito informe de diez mil bocas que hablaban á la par de una misma cosa; de la situacion del momento.

Y no era esto de estrañar; el pueblo estaba demasiado vejado, demasiado interesado en un cambio de gobierno, para que ademas de la curiosidad natural que escita la muerte de un rey, no estuviese anhelante por saber si, buena y lisamente, sucederia el príncipe don Enrique á su padre, ó seria escluido, para lo cual, segun pública voz y fama, no faltaban motivos, atendidas las continuas rebeldias del príncipe; á mas de esto, los bandos no estaban ociosos: era aquel un momento supremo, en que iba á decidirse, si el reino, por una sucesion natural y justa, continuaria en el mismo estado en que se encontraba, ó si por resultados de una esclusion, que tambien tenia sus razones de justicia, se encenderia una guerra civil, mucho mas terrible, mas desembozada, mas sangrienta que la que se habia sustentado hasta entonces: á acontecer esto último, debia contarse con exhorbitantes exacciones, con carestias, con vejaciones, con violencias de todo género, y el pueblo, que siente venir el peligro por instinto, se agolpaba, se estrechaba, se conmovia delante del alcázar, y dejaba oir su zumbido, unísono, tenaz, voz informe de una multitud que hablaban á un tiempo, que disputaba, que se agriaba, que aventuraba profecias, que proponia remedios de salvacion; este cruzamiento de pareceres, de opiniones, de intereses, solia producir alguna dura disputa, zumbas de las cuales

provenian golpes ó dicterios mas duros que ellas: atizaban ademas esta efervescencia popular los ajentes de todos los partidos, diseminados entre la multitud, á los que era fácil de conocer por su movilidad, por la intencion de sus palabras, por lo aventurado de sus consejos: estaban allí, mezclados entre la multitud, los ajentes de Navarra, los de Portugal, los del príncipe don Enrique, que llevaban á todas partes la sedicion; que procuraban producir un conflicto, que, en aquella situacion estrema, pudiese influir de una manera decisiva en la sucesion al trono: hablábase en unos puntos desembozadamente de que don Enrique debia ser escluido y proclamado rey el infante don Alonso; en otros, que debia don Enrique suceder á su padre, pero mediando el destierro de don Juan Pacheco y demas adjuntos; pensaban otros, en fin, que debia darse la rejencia del reino á la reina doña Isabel de Portugal, y fuese cual fuese el testamento del rey, se sometiese la decision de este negocio á un tribunal de reyes, del que fuese cabeza el Papa, y que se estuviese á su decision: otros creian que aquel negocio, en caso de dudas, debia resolverse por las córtes del reino.

Parecia que estos juicios contradictorios de la opinion pública, presagiaban ya la famosa liga de Avila que tuvo lugar en el reinado siguiente; y, en realidad, aquello no era presagio, sino resultado de las influencias de los mismos elementos que mas tarde debian producir la escandalosa destitucion de Avila.

Sin duda se habian previsto estas cosas, y numerosos espias cruzaban entre la multitud, se detenian en los puntos en que eran mas agrias y avanzadas las disputas, pasaban, y si se les hubiera seguido, se les hubiera visto perderse en el alcázar.

Ademas, no eran solo estos personajes de semblante grave y atento y labios mudos, los que á la vista de un observador profundo hubieran podido demostrar el cuidado del partido dominante: de una manera mas clara, mas des-

embozada, se habian puesto en la plaza y en sus alrededores todas las lanzas y soldados de que se habia podido disponer, para tener en respeto la multitud.

Pero á pesar de esto seguian las disputas, y las riñas, y las murmuraciones, y de tiempo en tiempo se escuchaba una sonora bofetada, un choque de armas ú otro incidente del mismo género.

Nadie, sin embargo, se asustaba por esto, ni alguacil ni soldado intervenian en estos desahogos de la cólera y de la espansion de las pasiones políticas.

Se estaba, por decirlo asi, en un interregno, y el pueblo podia disponer libremente de su lengua.

El pueblo era entonces como lo ha sido despues y lo será siempre, el reflejo de la corte en tanto haya cortes en el mundo: del mismo modo que en las altas regiones corrian noticias absurdas, que no eran otra cosa que la representacion de los deseos, de partidos, noticias de igual género corrian entre la multitud

—El rey ha muerto, decian unos; pero no anunciarán su muerte ni hoy ni mañana: se teme á los bandos y nada se dirá de positivo hasta que esté asegurado el partido de don Enrique.

Esto lo decia con grande autoridad un escudero del conde de Plasencia.

—El rey mejora, decia en otro grupo un navarro; don Juan Pacheco está dado á los diablos, como que dicen que el rey no morirá, por ahora, se entiende, que yo no pretendo que su alteza sea eterno: y ademas, aunque muriese, se sabe de cierto que el rey en su testamento ha escluido á don Enrique, y nombrado por su sucesor al infante don Alonso, bajo la tutela y gobierno de la reina doña Isabel y del almirante don Alonso Enriquez.

Este propalador de embustes era uno de los agentes de Navarra que habia dejado tras sí al conde de Lerin.

Pero estas noticias aventuradas, inverosímiles, producian un murmullo de disgusto entre los que rodeaban al navarro,

que aunque no fuesen partidarios de don Enrique, veian á lo lejos bajo los pórticos del alcázar un escuadron de la guardia morisca, dispuesta, segun las apariencias, á meter, sus lanzas y sus caballos entre la multitud al primer indicio de traicion ó motin.

El navarro al ver que su noticia no encontraba eco, se escurria trabajosamente, se trasladaba á fuerza de codazos y sudores á otro lugar, donde propalaba por la centésima vez su noticia, que era rechazada por el temor y el instinto público.

—¿Y qué decís vos, maese? dijo al navarro parándosele delante, un ajente del marqués de Villena...

—¡Por San Fermin! esclamó el navarro; digo que esto no puede ser, y que no será.

—¿Y qué es lo que no será?

—Don Enrique no reinará.

—¡Vah! tampoco ha reinado don Juan el segundo, y sin embargo ha sido rey de Castilla.

—Eso quiere decir...

—Que reinará don Juan Pacheco.

—Ni don Juan Pacheco, ni don Enrique; lo digo yo.

—Que es lo mismo que si lo dijera nadie.

—¡Cómo! ¿os atreveis á insultarme?

—Y á llamaros á boca llena embustero.

—Vos sois el que mentís.

—Enhorabuena; pero no me lo direis en otra parte.

—Aqui, y al sol, y á la sombra, esclamó el navarro echando mano á la espada.

—¡Paz! ¡paz! señores, dijo un obeso cocinero, cruzándose en medio de los contendientes y levantando en alto, como señal de conciliacion, su gorro blanco: aqui no se trata de matar mas que pabos y gallinas, para cuando lleguen las fiestas de la coronacion del nuevo rey.

—¡De qué rey! ¡de qué rey! dijeron algunos que se accrcaron y acabaron de apartar al castellano y al navarro.

—¿De qué rey ha de ser, dijo el cocinero, sino del señor rey de Castilla? ¡viva el rey!

—¡El rey se muere!

—Pero siempre hay rey, por aquello de á rey muerto otro al puesto.

Y el cocinero pasó, y pasaron grupos y grupos, de modo que aunque el navarro y el castellano hubieran querido encontrarse, les hubiera sido enteramente imposible.

—¿Porqué no salen y nos dicen si se ha muerto ó si aun vive? esclamaba una vieja con voz chillona y displicente: ¿no ven que estamos aqui desde por la mañana, y que hace un calor que sofoca?

—El rey, señora Mónica, dijo otra vieja, será para morirse como para todo: estará en duda.

—Pues yo digo que si su alteza tarda en morirse, vamos á acompañarle algunos, segun aprietan, y aprietan: decia un obeso clérigo: como si hubiera algo que ver... vamos, van á hacer reventar las paredes de la plaza.

—¡Uf! ¡vaya en gracia! esclamó una costurera remilgada; yo no sé á qué se ponen en apreturas ciertas gentes.

Y la costurera lanzó una furibunda mirada al clérigo, mientras hacia desesperados esfuerzos por alejarse de aquella atmósfera.

—No piseis tan recio, mi alma, esclamó un maton volviéndose á la costurera; vaya un modo de dejarse sentir: y luego si fuerais hermosa, vaya en gracia... ¡pero sois un miedo de San Anton, alma mia!

—¡Pues podeis vos hablar bergante! esclamó toda colérica la mozuela: ¡vaya noramala con sus costurones y con sus hoyos, que no parece sino que todo un dia ha estado sirviendo su cara de blanco á tiros de bodoque!

—¡Fuera, fuera, fuera! gritaron alrededor del maton y la doncella, algunos honrados estudiantes, á quienes el agudo diapason de la muchacha interrumpia en su disputa política: ¿por qué no se están en su casa, y no vienen á incomodar á las gentes?

—¡Miren los sopistas! esclamó con desden la costurera.

—¡Miren los barbilindos! esclamó el maton frunciendo el gesto.

—Dad gracias á Dios, añadió la doncella, de que temo á un escándalo...

—¡Fuera! esclamaron en un coro mostruoso los estudiantes.

—Venid, venid, prenda mia, dijo el maton asiéndola de un brazo, necesitamos entendernos.

Y arrastró consigo á la costurera.

Algunos pasos mas allá entrambos eran los mayores amigos del mundo.

—¿Sabeis, ademas caballeros, decia en un grupo un alguacil, lo que para colmo de desventura sucede?

—¡Y que! ¿qué sucede? le preguntaron los circunstantes.

—La peste negra se ha declarado en Madrid.

—¡Hum! ¡Hum! ¿y quién os ha dicho eso?

—Quién me lo ha de haber dicho, sino yo mismo, que acabo de llegar de allá.

Todos huyeron de alrededor del alguacil que esclamó sonriéndose sútilmente, al verse con paso franco para una calleja inmediata: gracias á un embuste que les hace huir para no ser apestados, puedo escapar, entrar por el postigo del alcázar, y decir al marqués de Villena lo que sucede: como el rey no haga pronto testamento...

Y el alguacil escapó de la plaza, en la que á cada momento era mayor la multitud.

Seria asunto de no acabar nunca, si transcribiéramos todo lo que se dijo, todo lo que se mintió, todo lo que se murmuró: las riñas que hubo, los disgustos, los bofetones, los alaridos, arrancados por el dolor de un callo pisado; si entrásemos en fin en todos los detalles curiosísimos que tienen lugar en toda aglomeracion de gente.

Pero, para que nuestros lectores tengan á qué atenerse dejemos las antecámaras, la plaza y las calles circunvecinas al alcázar, atestadas todas de gente, y penetremos en la cámara real.

En ella, en un enorme lecho de estado, estaba desfigurado, demacrado, pálido, luchando con la muerte y con el delirio, y acaso con el remordimiento, el rey don Juan el segundo.

A cada lado del lecho habia un hombre; cada uno de aquellos hombres, estaba consternado, pálido fijando en silencio una mirada ansiosa en el semblante descompuesto del rey y teniendo asida una de sus manos.

Eran el bachiller Fernan Gomez de Cibdadreal y el ya célebre poeta Cordobés Juan de Mena.

El rey se agitaba, se revolvia, pugnaba débilmente por desasirse de las manos que le tenian asido y de tiempo en tiempo tartamudeaba roncas palabras que las mas veces eran ininteligibles.

—¡Ahí! ¡ahí! dijo en una ocasion, fijando la vista en un ángulo de la cámara: ¡está ahí!.. ¡me llama...! ¿no lo oís?.. ¿no oís ese sordo murmullo...? ¡se acerca y con él viene un ejército de muertos!.. ¡oh! ¡oh! ¡defendedme.... ¡me muestra su cabeza ensangrentada...! ¡no!.. ¡no he sido yo, condestable...! ¡han sido ellos.... ellos...! ¡la reina...!

El rey cayó sobre las almohadas de terciopelo, de que se habia levantado un momento.

—¡Oh! ¡oh! ¡que despejen de la plaza esa gente! ¡están asesinando á su alteza! esclamó Juan de Mena.

Es inútil de todo punto, dijo tristemente Cibdadreal; el rey ni oye ni vé: este es asunto concluido.

—¡No, no he sido yo...! esclamó el rey, principiando de nuevo... ¡no me llames parricida, don Alvaro!... ¡no!.. ¡yo nunca te hubiera matado... ¡pero me obligaron.... me obligaron...! ¡ellos... siempre ellos..! ¡escucha... ve y lleva tu cabeza á don Juan Pacheco... haz beber tu sangre al príncipe...! ¡pero á mí no..! ¡escucha... ahí, tras de tí.... haciéndote muecas está ese vil verdugo.... el doctor Juan de Velazquez..! ¡echa sobre él tu legion de muertos... despedázale.... ¡á mi!.. ¡á mí no! ¡yo he pedido absolucion al Papa. y el Papa me ha perdonado....!

Hubo un momento de silencio, despues del cual el rey hizo nuevos esfuerzos.

—¿Qué quieren esos hombres?... ¡ah! ¡silencio! ¡que yo pueda oirlos..! ¡que voy á morir!.. ¡que es necesario que haga testamento..! ¡pues bien, sí... yo tambien quiero hacer testamento...! ¡pero que venga la reina.. que venga mi corte... que venga mi canciller...! ¡y oye.. oye.. que se armen mis lanzas!.. el príncipe es un rebelde y quiero desheredarle...!

Cibdadreal y Juan de Mena se miraron con espanto.

—...¡Sí, quiero desheredarle.. pero no me atrevo...! ¡me ahogaria entre sus manos..! ¡rodeadme mis valientes nobles. ...! ¡desnudad vuestra noble espada, almirante de Castilla...! ¿no quereis vos que mi hijo don Alonso me suceda?... ¡pero es muy niño...! ¡no importa!.. ¡la reina, vos, gobernareis el reino...! ¡yo era tambien muy niño cuando murió mi padre.. y no faltó quien gobernase.... ¡no.. hubo demasiados gobernadores!.. ven acá... mi leal Avanguarda... mi rey de armas.. ven con tus heraldos.. ¡ven, Juan de Silva, mi alferez mayor, ven al instante..! ¡abrid, abrid ese balcon y proclamar al rey don Alonso XII de Castilla..! ¡Don Enrique es un traidor! ¡un traidor! ¡un traidor!

Calló de nuevo el rey y se replegó temblando, como quien se esconde, contra las almohadas. Le devoraba la fiebre, hervia en su pecho el aliento, un sudor copioso empapaba sus cabellos. Cerró los ojos y se durmió.

—Duerme, esclamó Juan de Mena.

—No, ese sueño es un letargo del que solo despertará para morir: dejad esa mano; es ya inútil; ya no tiene fuerza, es un cadáver á quien queda un soplo de vida.

—¿Pero no habeis oido? dijo Juan de Mena dando la vuelta al lecho y alejándose de él con el médico.

—Sí, sí, la conciencia habla en el alma del rey.... su voluntad se revela á la presencia de la muerte.

—Pero esa voluntad.... ¿no podemos aprovechar los momentos...?

—¡Locura, señor Juan de Mena! vuestro gran corazon os engaña.

—Un golpe atrevido, rápido.... abrir aquella puerta.... hacer hablar al rey...

—El rey ha otorgado ya su testamento en forma.

—Se le ha intimidado.

—El rey está delirando.

—Puede tener un momento de razon.

—Durante ella, será débil y se doblegará de miedo.

—¡La reina! ¡acaso la reina!

—Tened por seguro que no dejarán entrar á su alteza.

—¡Oh! entrará, dijo con una entusiasta valentía Juan de Mena.

—Os engañais, no entrará.... y ademas... ademas, el rey aborrece á la reina desde la muerte del condestable.

—¡Oh! ¿porque el condestable ofendió la altivez de doña Isabel?

—Ello era preciso que sucediese y sucedió... ¿pero qué gritos son esos?

Oíanse tras la puertá de la antecámara principal desesperados gritos de muger.

—¡Dejadme entrar! dejadme entrar, traidores! decia aquella voz: ¡soy yo, es la reina con sus hijos! atrás, atrás todos, ó me haré matar!... ¿no ois que estoy resuelta á entrar?

A aquellas voces se abrió la puerta de la otra antecámara y apareció pálido y consternado el marqués de Villena, y tras él, no mas sereno, el príncipe: cerraba el cortejo el maestre de Calatrava sombriamente ceñudo. La reina seguia gritando en la otra antecámara de una manera desesperada, y se oia la robusta voz de algunos nobles que tomaban parte por ella: fuese por acaso ó porque hubiese llegado alguna noticia al pueblo, se levantó al mismo tiempo de la plaza un rugido amenazador.

Un leve murmullo del pueblo, basta para poner en alarma al gobierno mas fuerte; pero cuando el pueblo ruge, su rugido hace temblar al déspota mas valiente: don Enrique

era nulo, y don Juan Pacheco mas astuto y travieso que valiente: á aquel doble rumor en la antecámara y en la plaza no solo palidecieron el marqués de Villena y el príncipe, sino tambien el bravo maestre de Calatrava.

—¡Oh! ¿qué es esto? ¿qué es esto? esclamó el príncipe.

—Esto significa señor, que no hay que perder un momento; si el rey vuelve en sí... si la reina se apodera de él... si los nobles de su partido triunfan....

—La guerra civil, y al campo las banderas, esclamó con energia el maestre de Calatrava.

—¿Y estais seguro hermano, de que no estamos vendidos y cercados?

Redoblábanse los gritos de la reina á la puerta, el rumor de las voces de los nobles, el estruendo de la plaza.

—Es necesario obrar y obrar pronto, esclamó el marqués de Villena. Despeja la plaza con las lanzas reales, hermano.

—No; seria acaso promover un motin: nada podemos hacer aun; el rey vive.

—¡Oh! ¡vive! ¡si vive! esclamó con una horrible espresion el príncipe.

Un nuevo alarido mas fuerte que los anteriores partió de la multitud y corrió á turbar mas y mas á los tres personages, al mismo tiempo que empezaban á retumbar golpes en la puerta, y algunas voces enérgicas gritaban:

—¡Traidores! ¡abrid á la reina!

—¡Oh! ¡oh! esclamó rugiendo de cólera don Juan Pacheco: ¡amaños del almirante! ¡y ese maldito Beamontés, ese conde de Lerin .. con sus cien lanzas navarras...!

Y el marqués como para salir de dudas se encaminó al balcon.

—Evitad un escándalo ó un conflicto, señor marqués, dijo Cibdadreal: es inútil impedir á la reina que entre: el rey ha muerto.

—¡Que ha muerto el rey! esclamó con avidez el príncipe lanzándose al lecho y clavando una mirada odiosa en don Juan el segundo: ¡el rey duerme! esclamó con desaliento.

—Duerme su último sueño... y en fin, señor: la nobleza se revuelve en la antecámara, el pueblo en la plaza: la reina tiene demasiada energia para dejarse matar antes que retroceder....

—Y la reina entrará, esclamó Juan de Mena: entrará porque tiene un lugar legítimo, junto á su esposo moribundo.

Y llegando á la puerta, descorrió sus dos fuertes cerrojos, y abrió de par en par sus dos hojas.

Doña Isabel de Portugal, llevando en sus brazos al infante don Alonso, niño de pocos meses, y de la mano á la infanta doña Isabel, se precipitó primero en la cámara y luego en el lecho del rey.

El marqués de Villena, el príncipe, y el maestre de Calatrava, sorprendidos por aquel imprevisto arranque del poeta, quedaron petrificados, por decirlo así: el espectáculo que se presentó á sus ojos era imponente. Juan de Mena, fijó en ellos una valiente mirada que los aterraba, porque no podian suponer que el noble poeta se hubiera atrevido á tanto de una manera aislada: el almirante don Alonso Enriquez habia penetrado en la cámara, con el obispo de Segovia y algunos magnates del bando de la reina; todo presagiaba un gran acontecimiento, y don Enrique temblaba de rabia, y don Juan Pacheco, y don Pedro Giron , se consultaban con una profunda mirada: el único que comprendia exactamente la situacion, era el bachiller Cibdadreal y estaba abatido y pálido.

A la puerta quedó el rey de armas Avanguarda, y los heraldos, y algunos nobles, mal contenidos, detras de ellos, en las manos de muchos de los cuales se veian espadas desnudas.

La reina, con sus hijos, sobre el lecho del rey, lloraba desconsoladamente, teniendo entre sus manos, y unida á su boca, una mano de don Juan el segundo.

—Pero no morirá, bachiller, dijo volviéndose de repente al médico, como si hubiese estado sola con él; no morirá, ¿no



D. Juan II
lám. 20

es verdad...? ¡duerme... duerme tranquilo...! vos sois honrado y no consentireis una traicion.... ¡hablad, hablad en nombre de Dios...!

—No hay esperanza, señora: solo un milagro, contestó gravemente el bachiller.

Doña Isabel cayó desplomada de rodillas junto al lecho.

Dominaba un silencio profundo, solemnísimo; y sin embargo bajo aquel silencio rugian mil encontradas pasiones próximas á estallar al primer choque.

Solo se oian los sollozos de la reina y el estertor del rey.

Como si los gemidos de su esposa hubiesen tenido la virtud de galvanizar por un momento al rey, este despertó, se incorporó, con trabajo y esclamó con voz débil:

—¡Isabel! ¡eres tú! ¡tú Isabel mia! ¡al fin han tenido lástima de mí y te han dejado entrar!.. ¡no llores... yo muero... muero... pero bendiciéndote... ¡Dios te bendiga tambien!.. mis hijos! ¡oh! ¡mis hijos! acércame mis hijos que yo los vea!

La reina alzó entre sus brazos á los dos infantes, y el rey puso las manos trémulas sobre sus pequeñas cabezas: entonces don Juan reparó con asombro, de una manera sobrenatural, en la mirada fija y reflexiva de la infanta doña Isabel, que estaba posada en sus ojos, y una sonrisa de felicidad dilató el lívido rostro del monarca moribundo.

—¡Oh! ¡Dios! ¡Dios! esclamó ¡Dios me avisa! ¡yo veo una corona sobre la frente de mi hija..! ¡un resplandor de gloria alrededor de su cabeza!

Y luego, como si Dios hubiera querido profetizar por boca de un moribundo, la voz del rey creció, y esclamó de modo que pudieron oirlo todos:

—¡Castilla! ¡Castilla! ¡Castilla! ¡por la reina doña Isabel primera!

Luego cayó desplomado sobre el lecho, en medio del sordo murmullo que se levantó en la antecámara, donde se habia oido la profética proclamacion de don Juan el segundo á su hija doña Isabel.

—¡Afuera! ¡afuera, señora! esclamó el príncipe don Enrique, asiendo brutalmente á doña Isabel: ¡el rey está delirando!

—¡El rey ha muerto! esclamó en acento solemne el médico de cámara Fernan Gomez de Cibdadreal.

—¡El rey ha muerto! esclamó sin poder disimular su alegría don Enrique.

—¡El rey ha muerto! retumbó como un eco lúgubre en la antecámara.

La reina, de rodillas aun, al escuchar esta esclamacion, estendió los brazos sobre sus hijos, y esclamó levantando los ojos al cielo:

—¡Señor! ¡Señor! ¡tu que eres poderoso sobre los poderosos, protege á los huérfanos del rey don Juan el segundo!

El almirante, arrastrando consigo á la reina doña Isabel, ya viuda, y á los infantes sus hijos, salió desesperado de la cámara mortuoria, con el obispo de Segovia y los parciales de la reina.

—¡Oh! ¡oh! esclamaba roncamente: ¡el rey ha muerto y le sucede don Enrique... ¡peor! ¡peor mil veces para ellos!.. ¡esto no es otra cosa que aplazar el duelo, príncipe!... ¡si tu padre no te ha destituido te destituirá la nobleza!.. ¡y si esto no basta, aun encontraremos un buen medio!

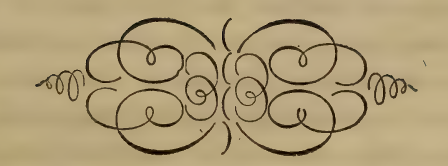
Entre tanto el príncipe don Enrique, arrastrado por su ambicion, sin saber contenerla delante de la corte, gritó al rey de armas:

—¡Avanzad, avanzad, señor Avanguarda! ¡avanzad señor Juan de Silva! ¿no habeis oido que ha muerto el rey?

Avanguarda y el alferez mayor, con el estandarte real, precedidos por sus trompeteros, y seguidos por sus heraldos, fueron al balcon, que abrió el marqués de Villena: al abrir las vidrieras, la multitud, que gritaba en la plaza, calló como por ensalmo: entraron en el ancho balcon los trompeteros, el rey de armas, el alferez mayor y los heraldos, y á tiempo que el sol se hundia en el occidente, sonaron por tres veces con estridente clamor las trompetas, desplegó

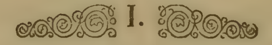
Juan de Silva el estandarte real, le tendió sobre la plaza, cuyo concurso continuaba silencioso como una tumba, y el señor rey de armas Avanguarda, gritó por tres veces, con acento lleno y sonoro, aunque un tanto lúgubre:

—¡El señor rey don Juan el segundo de Castilla ha muerto! ¡viva el señor rey don Enrique IV de Castilla!



EPILOGO.

Si nosotros no supusiésemos que algunos de nuestros lectores, si no todos, desearán saber las últimas noticias posibles, acerca de todos los personajes que han intervenido en el asunto de la historia anterior, no escribiriamos ni una palabra mas; pero como nuestra suposicion, es, de seguro, una verdad, á pesar de los que creen inútiles y reduntantes los prólogos y los epílogos, vamos á complacer á nuestros lectores.



Algun tiempo despues de la desastrosa muerte de don Juan de Albornoz, en el pequeño cercado inmediato á la ermita de nuestra Señora de Pero Alarcon, habia dos sepulturas mas: una llena y con una cruz encima y otra vacia, en la que cababa diariamente una nueva ermitaña, que habia ido á morar en la ermita abandonada.

La tumba llena encerraba el cuerpo de Jimeno, ó don Juan de Albornoz: la penitente que cababa la sepultura era Teresa,

Una providencia inexorable, un destino fatal, habia llevado á la pobre jóven á la misma espiacion que su madre: allí, donde habia muerto Berta de Rojas, debia morir la hija de don Aleluya.

Cuando el sol poniente teñia de un resplandor rojizo las copas de los árboles, se veia un viejo montero que adelantaba lentamente, llegaba al cementerio y se sentaba en la fosa abierta: poco despues aparecia una mujer envuelta en un tosco sayal, hablaban algunas tristes palabras, el montero dejaba á la penitente un cesto con algunos pobres alimentos y se separaban

II.

Un dia, (era ya la estácion del invierno), Iñigo de Ayvar, fiel en su tarea de llevar alimentos á la reclusa, entró en la ermita y subió á la celda: á pesar de que nevaba, y de que hacia un frio horroroso, la celda estaba abandonada.

Iñigo de Ayvar se encaminó al cementerio; pero tampoco halló á Teresa; solo notó que la tumba de Jimeno parecia mas abultada: reparó mas y creyó percibir bajo la nieve, que cubria la sepultura, formas humanas: llegó, arrolló la nieve y encontró... á Teresa muerta, con una cruz de hierro oprimida á los labios y tendida de boca sobre la sepultura de Jimeno.

Barba-larga llenó llorando su último deber; enterró á Teresa en la sepultura que ella misma se habia abierto, se echó la ballesta al hombro, y triste y apenado se encaminó lentamente al cortijo de Alvar Garcés, que le recibió con mil amores. Allí el antigno servidor de los Villafranca vivió otro invierno, y al cabo murió... de viejo.

III.

Don Fadrique de Lara estuvo durante algun tiempo inconsolable: inconsolable tambien estuvo Elvira de Aguirre... pero el tiempo todo lo cura, todo, cuando se trata de enfermedades morales. Don Fadrique, á los dos años de su viudez, de la que le avisó Barba-larga, empezó á encontrar hermosa á su prima doña Elvira, y doña Elvira á encontrar gallardo á don Fadrique: bien es verdad que ella no sabia que don Fadrique habia causado la muerte de su esposo: don Pero de Aguirre hizo sin duda muy mal en no decírselo, y doblemente mal Fadrique en callarlo: pero en fin, aconteció, que, sin perder el recuerdo de sus antiguos amores, se amaron, y, por consecuencia, se casaron, en lo que obraron por cierto imprudentemente, puesto

que se espusieron á ser escomulgados y separados por la Iglesia, siendo, como lo eran, parientes en grado ilícito: que hicieron mal es evidente, pero como su casamiento es un hecho histórico consumado, nos vemos en la obligacion de noticiarlo á nuestros lectores, como tambien que fueron muy felices, y que aunque no tuvieron hijos, Elvira amó y tuvo como tales á los de Teresa.

Don Pero de Aguirre murió á los noventa años.

IV.

Doña Mencía de Padilla se abstuvo de pedir disolucion de su matrimonio, y por lo tanto de ser monja: necesitaba amar é intrigar y amó é intrigó durante el reinado de Enrique IV y aun despues de la muerte de este rey. Lo que sucedió á doña Mencía de Padilla y á su esposo Ernando de Carrillo, requiere una historia aparte.

V.

Del rey Enrique IV, de su favorito don Juan Pacheco y demas adjuntos, vamos á escribir una novela histórica que recomendamos á nuestros bondadosos suscritores. En ella se verá tambien lo que fué de doña Isabel de Portugal: y en cuanto á doña Blanca de Navarra, tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros lectores, que años adelante, despues de la muerte violenta de su hermano don Carlos de Viana, murió envenenada, en el castillo de Ortez, en el Bearne.

Esto es cuanto tenemos que decir á nuestros lectores, ademas de darles las gracias por habernos fovorecido ocupándose en la lectura de nuestra libro.



PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

EFEMÉRIDES NOTABLES DEL REINADO DE

DON JUAN EL SEGUNDO DE CASTILLA Y DE LEON,

desde 1405 á 1454.

1405.—El 6 de marzo dá á luz la reina doña Catalina de Lancaster, mujer del rey don Enrique III el doliente, al infante don Juan que despues sucede á su padre en el reino.

1406.—El 25 de diciembre muere el rey don Enrique III. Segun el testamento del rey, quedaban por rejentes del reino durante la menor edad de don Juan, la reina madre y el infante de Aragon, hermano del rey, don Enrique: á cargo de Diego Lopez de Zúñiga y Juan de Velasco, la crianza y la guarda del rey y la enseñanza á cargo de don Pablo, obispo de Cartagena. La nobleza no conformándose á estas disposiciones, y temiendo una larga minoria, resuelve ofrecer la corona al infante don Fernando que la rehusa noblemente, y, ayudado por el condestable don Ruy Lopez Dávalos, hace proclamar á su sobrino.

1408.—Con motivo de las córtes convocadas á principio de este año para la guerra de Granada, viene don Alvaro de Luna á la corte acompañando á su tio don Pedro de Luna, arzobispo de Toledo, y entra como paje en la cámara del rey.

1413.—El 1.° de junio es proclamado rey de Aragon por eleccion del reino, el infante don Fernando el de Antequera, rejente de Castilla.

1418.—El 2 de junio muere de repente en Valladolid la reina doña Catalina de Lancaster, y se apodera del gobierno don Pedro de Luna, arzobispo de Toledo. El 21 de octubre casa el rey don Juan el segundo con la infanta doña María de Aragon en Valladolid.

1419.—El 7 de marzo sale el rey de su menor edad y toma las riendas del gobierno, predominado ya por la privanza de don Alvaro de Luna.

1420.—El 12 de junio se apodera del rey en Tordesillas el infante don Enrique de Aragon, maestre de Santiago y le prende: pone por precio de la libertad del rey su casamiento con la infanta doña Catalina, y efectuado este enlace, queda el rey libre. Don Alvaro de Luna recibe por premio de sus negociaciones en este asunto, la villa de Santisteban de Gormaz con título de conde.

1423.—El 5 de enero dá á luz la reina doña Maria, mujer de don Juan el segundo al príncipe don Enrique que es jurado heredero en el mes de abril de este año.

1426.—Las Córtes del reino reforman los gastos de la casa real. Los grandes y señores de la corte, envidiosos de la privanza de don Alvaro de Luna se conjuran para derribarle: presentan una peticion al rey, acusando de graves faltas á don Alvaro, y el rey nombra una junta para que sentencie: por sentencia de esta junta sale don Alvaro desterrado de la corte, y se retira á Aillon, villa de su señorío.

1428.—Don Alvaro vuelve á la gracia del rey, y por muerte del condestable don Ruy Lopez Dávalos recibe la condestablia de Castilla.

1429.—El rey de Castilla entra por tierras de Aragon, poniendo espanto por todas partes, y Pedro de Velasco hace lo mismo por Navarra. Don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, se apodera de las villas y castillos del infante don Enrique de Aragon.

1431.—El rey entra en la Vega de Granada y gana la famosa batalla de la Higuera.

1436.—En 2 de setiembre se firma la paz entre Castilla y Aragon.

1439.—Levántase otra nueva tempestad contra don Alvaro, motivada por su privanza, siempre en aumento: conjúrase la nobleza y pide al rey que destierre á don Alvaro. El rey de Navarra y su hermano, el infante don Enrique de Aragon, prevalidos de estas revueltes, entran por Castilla. Los conjurados se apoderan de Valladolid. El rey y los grandes hacen

paces en Castro Nuño con condiciones ventajosísimas para los confederados. Una de ellas es el destierro de don Alvaro de Luna que en cumplimiento de lo acordado deja la corte y se traslada á Sepúlveda.

1441.—El almirante Enriquez se apodera del mando, y sublévanse de nuevo los confederados; los infantes de Aragon persiguen al rey con intencion de prenderle. El rey convoca córtes en Valladolid y las córtes resuelven que vuelva don Alvaro de Luna á la corte. A 25 de setiembre de este año se celebran en Valladolid las bodas del príncipe don Enrique con la infanta doña Blanca de Navarra, por lo que hay grandes fiestas. (1) Es preso el rey por los infantes de Aragon y don Alvaro de Luna desterrado por seis años de la corte.

1444.—Escápase el rey de Portillo donde le tenian preso los confederados y se une al príncipe su hijo.

1445.—En febrero muere la reina doña María de Aragon, mujer de don Juan el segundo. El rey, acompañado del príncipe don Enrique su hijo y de don Alvaro de Luna, vence al rey de Navarra y su hermano el infante don Enrique de Aragon en Olmedo. El infante don Enrique muere de resultas de la batalla,

1447.—Se confiscan los bienes de los conjurados y se confiere á don Alvaro de Luna el maestrazgo de Santiago, vacante por la muerte del infante don Enrique de Aragon, á pesar de la competencia que le promueve el conde de Paredes. Casa segunda vez el rey con la infanta doña Isabel de Portugal.

1449.—El príncipe don Enrique se subleva en Toledo contra su padre, instigado por su favorito don Juan Pacheco. Vá sobre Toledo don Alvaro de Luna. El

(1) *Aguó la fiesta*, dice Mariana, *que la nueva casada se quedó doncella, cosa que al principio estuvo secreta: despues como por la fama se divulgase, destempló grandemente la alegria pública de toda la jente.* Hist. gen. de España: lib. XXI, cap. XV. Aducimos el testimonio de Mariana, para que no se crea de nuestra invencion el que doña Blanca de Navarra volviese doncella á Navarra despues de doce años de matrimonio.

príncipe don Enrique se reconcilia con su padre, y los principales alborotadores son castigados.

1451.—Á 23 de abril la reina doña Isabel de Portugal, mujer del rey de Castilla, dá á luz en Madrigal á la infanta doña Isabel.

1453.—Irritado don Alvaro de Luna de la guerra que le hacen los confederados, mata, arrojándole por una torre, á Alonso Perez de Vivero que estaba en connivencia con el rey y con los confederados, contra don Alvaro en 23 de marzo que era viernes Santo. El 27 es preso, dospues de haberse defendido porfiadamente en su posada de Búrgos, el condestable y trasladado á Portillo. La villa de Escalona se levanta contra el rey por su señor. El rey vá sobre ella y la toma. Ultimamente, sentenciado don Alvaro por doce jueces, es degollado en cadalso público en Valladolid entre ocho y nueve de la mañana del 22 de junio. El 13 de noviembre da á luz la reina en Tordesillas un infante que se llama don Alonso.

1454.—El príncipe don Enrique repudia á doña Blanca de Navarra. Entristecido el rey y enfermo por la muerte de don Alvaro de Luna, se agrava su enfermedad, y muere al fin de cuartanas en Valladolid á 20 de julio. Le sucede en el trono su hijo don Enrique que es proclamado y jurado por las córtes del reino.



